

La violencia ha sido el aspecto que más ha aparecido y que más se ha reiterado en el mundo, de manera que ha tenido incesantemente un juicio de valor que ha tenido un principio rector, el de exponer la existencia del vencedor y del vencido, la del agresor y del agredido o la presencia de la víctima y de su victimario. No obstante, ese principio ha manejado criterios de diferenciación en cuanto a matices y tendencias, pues no fue la violencia durante la antigüedad igual a la violencia desplegada durante el medioevo y así sucesivamente; si bien en la actualidad se prefiere hablar de victimario y de víctima que de vencedor y de vencido tal vez para suscitar sentimientos encontrados de piedad o de solidaridad.

Esta historia de los vencidos en Colombia, primera parte, y que corresponde al quinto tomo de la antología "Bicentenario de Colombia (1810-2010)" podría reputarse, salvo mejor opinión en contrario, como una prolongación de aquel juicio de valor a través de una novedosa crítica histórica y filosófica en donde se meditará acerca del vencedor y del vencido, para proveer dinámicamente un espacio formal a este último de los nombrados a fin de resumir su dramática y desolada condición...

*¡Vae Victis!* (¡Ay de los vencidos!)

Breno  
Caudillo de los galos, 390 a.C

#### PLAN DE LA OBRA

- Tomo 1. El descubrimiento, la conquista, y la colonización de la América Hispánica.
- Tomo 2. Las luchas por la independencia.
- Tomo 3. Episodios Nacionales I.
- Tomo 4. Episodios Nacionales II.
- Tomo 5. La historia de los vencidos en Colombia, 1.
- Tomo 6. Episodios Nacionales III.
- Tomo 7. Episodios Nacionales IV.
- Tomo 8. La historia de los vencidos en Colombia, 2.
- Tomo 9. La historia del río Magdalena desde el punto de vista de sus particularidades geográficas y de su adscripción a la historia patria.

EDICIONES  
UNIVERSIDAD  
SIMÓN BOLÍVAR

RECONOCIDO POR  
COLCIENCIAS  
2014 - 2017

ISBN 978-958-8930-17-6



9 789588 930176

CENTENARIO DE COLOMBIA | LA HISTORIA DE LOS VENCIDOS I

BI

TOMO V

ROBERTO MEISEL LANNER

ROBERTO MEISEL LANNER



CENTENARIO  
DE COLOMBIA  
1 8 1 0 - 2 0 1 0

LA HISTORIA DE LOS VENCIDOS I

TOMO V

EDICIONES  
UNIVERSIDAD  
SIMÓN BOLÍVAR

RECONOCIDO POR  
COLCIENCIAS  
2014 - 2017



Roberto Meisel Lanner nació en Barranquilla (Colombia) en 1952. Abogado de la Universidad Libre de Colombia (1976). Especialista en Pedagogía de las Ciencias de la Universidad Simón Bolívar (2006), Magíster en Educación de la Universidad Simón Bolívar (2010) y Docente en las Universidades Simón Bolívar y Libre de Barranquilla. Miembro de número de la Academia de Historia de Barranquilla.

Ha escrito y publicado los siguientes libros:

- Código de Aduanas de Colombia, Bogotá, 1986.
- Estatuto Penal Aduanero, Bogotá, 1987.
- El hecho punible aduanero, Bogotá, 1988.
- El Tribunal Andino de Justicia, Bogotá, 1989.
- Derecho Aduanero Comparado, Bogotá, 1989.
- Pedro el apóstol y Poncio Pilato, Barranquilla, 1991.
- Las bodas de Caná, Barranquilla, 1994.
- Ospina Pérez, Barranquilla, 1994.
- Los cismas de la iglesia Católica, Bogotá, 1995.
- Tres vidas ejemplares, Bogotá, 1995.
- Ensayos Biográficos, Bogotá, 1995.
- Tríptico de Historia, Bogotá, 1996.
- Tres titanes de la literatura colombiana, Bogotá, 1996.
- La mesa redonda, Bogotá, 1997.
- Tres maestros, Bogotá, 1997.
- Diccionario del Quijote, Bucaramanga, 2002.
- De algunos de los protagonistas del segundo milenio (1000-2000) I-I, Barranquilla, 2006.
- De algunos de los protagonistas del segundo milenio (1000-2000) I-II, Barranquilla, 2007.
- De algunos de los protagonistas del segundo milenio (1000-2000) I-III, Barranquilla, 2008.
- De algunos de los protagonistas del segundo milenio (1000-2000) I-IV, Barranquilla, 2009.
- Bicentenario de Colombia (1810-2010): Una visión compleja y crítica Tomo I, Barranquilla, 2009.
- Bicentenario de Colombia (1810-2010): Las luchas por la independencia Tomo II, Barranquilla, 2010.
- Bicentenario de Colombia (1810-2010): Episodios Nacionales I, Tomo III, Barranquilla, 2010.
- El discurso lógico y el discurso lógico-jurídico, Barranquilla, 2012.
- Bicentenario de Colombia (1810-2010): Episodios Nacionales II, Tomo IV, Barranquilla, 2013.
- ¿Qué es la ilustración cristiana?, Barranquilla, 2013.
- El discurso retórico o el arte de persuadir en el campo político, forense, pedagógico y religioso, Barranquilla, 2015.

**En preparación:** De algunos de los protagonistas del segundo milenio (1000-2000) Volumen I Tomo V; Fragmentos históricos, El Discurso filosófico tras el posconflicto y Bicentenario de Colombia, Tomo VI, Episodios Nacionales III.

e-mail: robertomeisel@yahoo.es

"Y anden con Dios"

ROBERTO MEISEL LANNER



CENTENARIO  
DE COLOMBIA

1 8 1 0 - 2 0 1 0

---

TOMO V  
LA HISTORIA DE LOS VENCIDOS 1

EDICIONES  
 UNIVERSIDAD  
SIMÓN BOLÍVAR



RECONOCIDO POR  
COLCIENCIAS  
2014 - 2017



**PRESIDENTA SALA GENERAL**  
ANA BOLÍVAR DE CONSUEGRA

**RECTOR FUNDADOR**  
JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS (q.e.p.d.)

**RECTOR**  
JOSÉ CONSUEGRA BOLÍVAR

**VICERRECTORA ACADÉMICA**  
SONIA FALLA BARRANTES

**VICERRECTORA DE INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN**  
PAOLA AMAR SEPÚLVEDA

**VICERRECTORA FINANCIERA**  
ANA DE BAYUELO

**VICERRECTOR ADMINISTRATIVO**  
EUGENIO BOLÍVAR ROMERO

**SECRETARIA GENERAL**  
ROSARIO GARCÍA GONZÁLEZ

**DIRECTORA DE INVESTIGACIONES**  
MARÍA DE LOS ÁNGELES PÉREZ HERNÁNDEZ

**DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES**  
WILMAR FERNANDO PINEDA ALHUCEMA  
CARLOS MIRANDA MEDINA

**MIEMBROS DE LA SALA GENERAL**  
ANA BOLÍVAR DE CONSUEGRA  
OSWALDO ANTONIO OLAVE AMAYA  
MARTHA VIVIANA VIANA MARINO  
JOSÉ EUSEBIO CONSUEGRA BOLÍVAR  
JORGE REYNOLDS POMBO  
ÁNGEL CARRACEDO ÁLVAREZ  
ANTONIO CACÚA PRADA  
JAIME NIÑO DÍEZ  
ANA DE BAYUELO  
JUAN MANUEL RUISECO  
CARLOS CORREDOR PEREIRA  
JORGE EMILIO SIERRA MONTOYA  
EZEQUIEL ANDER-EGG  
JOSÉ IGNACIO CONSUEGRA MANZANO  
EUGENIO BOLÍVAR ROMERO  
ÁLVARO CASTRO SOCARRÁS  
IGNACIO CONSUEGRA BOLÍVAR

ROBERTO MEISEL LANNER



CENTENARIO  
DE COLOMBIA

1 8 1 0 - 2 0 1 0

---

TOMO V  
LA HISTORIA DE LOS VENCIDOS 1

Meisel Lanner, Roberto.

Bicentenario de Colombia (1810-2010): Tomo V. La historia de los vencidos 1 / Roberto Meisel Lanner. -- Barranquilla: Universidad Simón Bolívar, 2015.

743 p.; 14 x 23 cm.  
ISBN: 978-958-8930-17-6

1. América – Descubrimiento y exploraciones. 2. Colombia – Historia de independencia, 1810-1819. 3. Colombia – Historia – Colonia, 1550-1810. I. Tit.

986.1 M515 2015 cd 21 ed.

Universidad Simón Bolívar-Sistema de Bibliotecas

## **Bicentenario de Colombia (1810-2010) Tomo V. La Historia de los Vencidos 1**

© *Roberto Meisel Lanner*

e-mail: robertomeisel@yahoo.es

ISBN: 978-958-8930-17-6

**Tomo I. El descubrimiento, la conquista  
y la colonización de la América Hispánica, noviembre 2009**  
**Tomo II. Las luchas por la Independencia, julio 2010**  
**Tomo III. Episodios Nacionales I, junio 2011**  
**Tomo IV. Episodios Nacionales II, enero 2013**

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma por medios electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la previa autorización por escrito de Ediciones Universidad Simón Bolívar y de los autores. Los conceptos expresados de este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Universidad Simón Bolívar y da cumplimiento al Depósito Legal según lo establecido en la Ley 44 de 1993, los Decretos 460 del 16 de marzo de 1995, el 2150 de 1995, el 358 de 2000 y la Ley 1379 de 2010.

Este libro es un producto dentro del proyecto de investigación titulado “Los discursos históricos y lógicos interpretativos: puntos de partida de la construcción sociojurídica” en el marco del Grupo de Investigación Derechos Humanos, Cultura de Paz, Conflictos y Posconflicto.

Director: Raimundo Caviedes Hoyos  
Código colombiano de registro del grupo: COL 0016962.

© **Ediciones Universidad Simón Bolívar**

Carrera 54 No. 59-102

<http://publicaciones.unisimonbolivar.edu.co/edicionesUSB/>

[dptpublicaciones@unisimonbolivar.edu.co](mailto:dptpublicaciones@unisimonbolivar.edu.co)

Barranquilla - Cúcuta

Diseño carátula  
Gabriel Justo Guillén

### **Impresión**

Editorial Mejoras

Calle 58 No. 70-30

[info@editorialmejoras.co](mailto:info@editorialmejoras.co)

[www.editorialmejoras.co](http://www.editorialmejoras.co)

**A este libro se le aplicó  
Patente de Invención No. 29069**

Julio de 2015  
Barranquilla

*Printed and made in Colombia*

*Hanc Igitur Oblationem.*

He aquí, pues, esta ofrenda.



## ÍNDICE

Prólogo.....	9
Introito .....	11
Proemio: Las preguntas .....	15
Capítulo 1. El descubridor El hábitat y el aborigen: En pos de la constitución del sentido del ser .....	31
Capítulo 2. El conquistador El indio, el medioambiente y el negro/esclavo: En pos de la constitución del ser ahí en el mundo.....	137
Capítulo 3. El colono El esclavo/negro y el indio: El tránsito del ser ahí en el mundo al ser ahí en el mundo del vencido. Primicias fácticas .....	215
Capítulo 4. El ser, el ser ahí en el mundo, el ser ahí en el mundo del vencido: el indio y el negro .....	299
Capítulo 5. Cartagena de Indias: El paraje con su bosque <i>Ecce Cartagena, Ecce Homo</i> .....	433



Capítulo 6. La minería: Otro paraje con su bosque .....	497
Capítulo 7. El cura: Un vencido insólito.....	547
Capítulo 8. El turno para otro vencido: El criollo.....	591
Capítulo 9. Una paradoja: El español vencido por sí mismo.....	645
Capítulo 10. En pos de una visión fenomenológica de los vencidos en general: Las respuestas.....	673
Conclusión .....	727
Análisis del texto.....	735
Bibliografía Básica .....	737

## PRÓLOGO

Las efemérides de los 200 años de vida republicana de Colombia deberían ser una coyuntura peculiar para auxiliar a forjar bríos que favorezcan la construcción no solo de un espacio para la deliberación sobre qué ha pasado en estos dos siglos de discurrir independiente en esta parte del mundo sino qué implica hoy por hoy (2009) atisbar la identidad nacional y si cada uno de los colombianos se afirma referido con ese pretérito tan atiborrado de tormentas y afrentas. Estudiar con detenimiento ese lejano pasado se torna cada vez más plausible si se anhela cerrar filas en torno a la estirpe criolla a partir de un discernimiento epistémico del mismo, sin dogmas y sin recelos.

La Universidad Simón Bolívar, a través de sus directivos y el resto del personal académico se ha propuesto —mediante una política de apoyo— promover aquellos aportes intelectuales que fueren necesarios a fin de colocar sobre el tapete las grandes verdades, los colosales errores, las auténticas afugias y los indiscutibles sentimientos que animaron a cada uno de los protagonistas de la gesta nacional desde su descubrimiento hasta el presente. No se trata de memorizar este detalle o aquel, ni de cerrar los ojos ante la realidad, o volver la espalda ante lo que sucedió, sino resaltar un acento patriótico en cada uno de los gestos y pasos ya idos y los por venir, sin sensiblería pero con la convicción de que por la Patria y en defensa de sus intereses, y persistentemente por la vanguardia, todo irá mejor.

Roberto Meisel Lanner, un docente investigador serio y riguroso vinculado a esta casa de estudios superiores para el pueblo desde hace más de una década, justifica esta afirmación, con sus antecedentes literarios y sus logros específicos en el terreno de la historia y de la biografía, especialmente con la saga *De algunos de los protagonistas del segundo milenio* que viene publicando el sello editorial de esta Alma Mater desde el año de 2004 hasta el 2009 y que ya completa cuatro tomos —con más de 1.000 páginas de vida— en su primer volumen de un total de diez tomos en dos volúmenes que aspira a terminar también. Por eso, esta nueva incursión por los terrenos de la crónica patria del profesor Meisel Lanner, recibió el impulso institucional, puesto que es muy probable que esta nueva odisea intelectual llegue a feliz término en su proyección de nueve tomos en un tiempo relativamente razonable.

Más allá de todo esto, es menester exponerle al país que se está a la altura de las circunstancias al mostrarle este tipo de resultados, fruto del esfuerzo del segmento académico de esta ciudad y del Departamento. Este primer tomo, conviene precisar, engloba un periodo extenso del avatar americano desde el descubrimiento hasta la colonia y deja las claves para el siguiente trabajo en donde ya se considerarán las causas de la emancipación nacional y así sucesivamente en un ir y venir dialéctico de enorme trascendencia por lo novedoso del punto de vista.

José Consuegra Bolívar  
Rector Ejecutivo

Barranquilla, octubre de 2009

## INTROITO

Esta crónica de Colombia tras dos siglos de emancipación ofrecerá:

**Primero:** Una visión de conjunto del pretérito histórico del Nuevo Mundo y granadino más allá de las consabidas consignas partidistas o caudillistas, que incorporará las insondables innovaciones que ha experimentado el conocimiento del pasado efectivo en las últimas décadas.

**Segundo:** Un extenso panorama de la Nueva Granada y Colombia al despuntar el siglo XIX, el siglo XX y el siglo XXI, concebido como una sociedad cerrada inicialmente, y paulatinamente sometida a las presiones del orbe exterior para que se abriese con pausa y sin afán, forzada además a integrarse en el plano continental con precaución por la pluralidad y diversidad cultural.

**Tercero:** Un enfoque dialéctico de las distintas sociedades que vivieron durante los siglos XIX, XX, y al iniciar el XXI en esta tierra tan repleta de pesares y preocupaciones, combinando al efecto la competencia científica con el afán de recuperar los importes de la práctica democrática y de los presupuestos de coexistencia de una historiografía progresista.

**Cuarto:** Una síntesis, un relato inconmensurable de la historia de Colombia, entendida desde la multiplicidad, que no brotó de la angustia local o regional sino de la ayuda del drama de un conflicto externo que puso en aprietos al poder

ultramarino y que sirvió para reivindicar la posibilidad de la libertad y las opciones para la cimentación de una nacionalidad activa y libre.

**Quinto:** Una perspectiva de la crónica de los vencidos en Colombia, de aquellos ciudadanos que durante 200 años han vivido bajo el polvo lóbrego del olvido, sencillamente porque no contaron con la esquivia fortuna para sacar adelante sus ideas o sus planes. Será una especie de aserción tardía de sus eventuales maniobras y de los pasos que llevaron a cabo para procurar alcanzar esos propósitos que en definitiva fueron adversos.

**Sexto:** La historia del río Magdalena ya que ha tenido que ver con el desenvolvimiento de Colombia al fluir en dirección meridional desde el sur al norte, y será objeto de estudio a fin de completar la saga de esta parte del globo terráqueo situada en el norte de la región Andina con fachadas al Caribe y al Pacífico y cuya compleja morfología territorial dio lugar a una gran diversidad regional.

El Autor

## DEDICATORIA

*A los humanistas:*

*Raimundo Caviedes Hoyos,  
Enrique García Pimienta,  
Juan Pabón Arrieta,  
Humberto Velásquez Guette...*

*In Memoriam:*

*Jorge Cortés Daza (†2014)  
Edgar Ibarra Ortiz (†2015)  
Fernando José Meisel Acosta (†2015)  
TTE(R) Enrique Aníbal Arce Navarro (†2016)*



## PROEMIO: LAS PREGUNTAS

“Solo hay una salvación a los vencidos:

No esperar en ninguna”

Virgilio

*Eneida*, II, 355<sup>1</sup>

No es sugestivo describir con palabras concretas el desarrollo de esta crónica de los vencidos en Colombia por muchas razones. Una de ellas, la terminante afirmación del epígrafe que encabeza este prefacio que permite deducir que

- 
1. Virgilio, 2008, p.185. Los primeros vencidos fueron Adán y Eva al caer en la trampa que ingeniosamente les tendió la astuta serpiente, mas todo parecía indicar que al hallarse aburridos de la rutina que en el paraíso había, una especie de opresión les acosaba el pecho y cayeron de una. Entonces perdieron la tranquilidad de una existencia bucólica, fueron expulsados del Edén y les correspondió aprender a sortear sus compromisos frente al mundo desconocido y hostil a ratos que tenían de por medio. Más tarde se dijo que ese era el destino de la pareja y que nadie podía desarreglar lo que venía arreglado desde arriba y con tal aseveración se tranquilizaron ciertos ánimos inquietos. Así principió la crisis de sentirse vencido... y a cada individuo le ha tocado en el fondo repararse como tal, desde aquel momento triste para los intereses de la humanidad o desde el momento doloroso en que principiare ese sujeto a otear su ocaso vital. En la crónica de la literatura, el primer vencido puede considerarse al héroe troyano Héctor, quien perdió en una lucha no muy leal con su rival griego Aquiles, pero en el fondo, su derrota ha sido considerado el homenaje que al caído le ha tributado la vida. No obstante, las anteriores aseveraciones para el cristiano, o sea para aquel que profesa casi cien por cien la doctrina del Mesías, estas contingencias terrenales, si bien eran duras, había un bálsamo en el Evangelio y a ese unguento se remitía en los momentos de tribulación (2Cor 5,1). Y desde esta perspectiva el epígrafe solo tendría validez para los asuntos terrenales y afectaría a los no creyentes. Allá cada uno con su tópico (Nota del autor).



no habría nada que hacer ante ese cuadro y eso podría ser suficiente para meditar acerca de la conveniencia de un relato de esa índole en donde de antemano se sabrá cuál será la suerte de los vencidos, pero de todas maneras para los efectos de una historia de Colombia se requiere darle una nueva modulación a este contexto, o sea, a la manera como trataron los españoles a los nativos de esta parte del hemisferio de Colón y también cómo devastaron la riqueza natural que explotaban rudimentariamente aquellos aborígenes hasta el punto que será preciso afirmar que tanto el indio como el hábitat resultaron sometidos ante ese desafuero y después hicieron lo mismo con el negro y con los demás habitantes de este territorio. Para obtener el nivel de eficacia en ese tortuoso recorrido en pos de corroborar ese holocausto, trataré de puntualizarlo de un modo apropiado para que se pueda no solo tomar estricta nota de aquel infortunio sino comprenderlo desde el perfil ontológico-fenomenológico<sup>2</sup>, hermenéutico y epistémico. Largo sería referir estas cosas,

- 
2. Con esto procuro fijar una jerarquía lógica a la investigación: Las preguntas ontológicas que se harán a continuación, buscarán interrogar a la índole de esa realidad y por lo tanto qué se podría conocer de ella, cómo era y cómo funcionaban las cosas en ese entorno y por lo tanto todas las respuestas deberán girar alrededor de aquellos asuntos que tuvieron existencia concreta en el tiempo y en el espacio y en idéntico sentido el tratamiento hermenéutico y epistémico tratarán también aquí, no solo de respaldar objetivamente las afirmaciones, negaciones e indeterminaciones de aquella realidad, sino además señalar cuál fue la naturaleza del nexo entre quien pretende conocer y lo que puede ser conocido aún, y para arreglármelas sobre el particular, debo apropiarme de una metodología que controlare los factores de confusión y de desorientación, que no pudieren finalmente darle coherencia a las respuestas que deberán indicarse. Por ende el paradigma será esencialmente positivista en un marco cualitativo/cuantitativo o mixto. De ahí se desprende lo siguiente: La ontología manejará un realismo aprehensible, el *episteme* manejará un dualismo objetivo/subjetivo y hallazgos en el tiempo y la metodología, lo pertinente para lograr una apropiación de la historia y de la tradición que conduzca a mejorar las preguntas de esta obra (Nota del autor).

largas sus intrincadas correrías; por eso únicamente voy a seguir los hitos principales al giro de los lustros.

De ahí que aborde la temática por escudriñar el sentido al ser tras el descubrimiento, el sentido al ser ahí en el mundo tras la conquista, y luego la consolidación del ser ahí en el mundo del vencido después de la colonia y después ir poco a poco a otros parajes en donde se asentó esa condición y finalmente arribar a las respuestas que fuesen de recibo tras las preguntas ontológicas que se verterán por secuela de este trabajo... enmarcado en el ser y el tiempo... con el propósito de acomodar este espinoso proceso hacia la articulación entre provecho científico y uso social para empezar de ese modo a capitalizar el saber en pos del beneficio de la sociedad o de aquellos que quisieren de una manera u otra percatarse del contexto de los vencidos en Colombia.

Tengo el pálpito de que ha concurrido en aquel escenario una renuncia tácita a la verdad categórica de este asunto tan significativo dentro del descubrimiento, de la conquista y luego de la colonización de esta tierra por parte de la Corona española ya que ha preferido cierto sector manipular otro tipo de verdad, atípica y ambigua, para que repicara menos dramática y más confusa a efecto de minimizar el impacto del tema y como se ha mantenido esa postura, es menester frenar esa tendencia, y oponer en cambio una diferente perspectiva de ese proceso-suceso llamado “La expedición a las Indias Occidentales” que se materializó el 12 de octubre de 1492 a través de un método que ayude a complementar la faena de conocer ese fenómeno social, la del vencido, y a darle por ende un giro diferente. —De esa forma se podrían esclarecer muchas cosas que aún permanecen en el grosero olvido o que han sido enterradas adecuadamente—. Y eso

solo se alcanzaría si se comprendiese ontológicamente hablando ese estatus tan deplorable.

No me cabe la menor duda de que aquello fue un proceso-suceso y si fue un proceso-suceso se podría examinar fenomenológicamente hablando y entonces se percibirá: Primero, que fue un trámite de innumerables pasos, a tientas la mayoría, fraguado por personas en disímiles lugares para llegar a un fin: la obtención de una nueva ruta a las Indias en vista de la caída de Constantinopla en manos de los turcos (1453), y segundo, que tras la preparación, manejo y tratamiento de la información obtenida sobre los eventuales caminos a seguir, cayó en terreno propicio esa semilla, y se organizó finalmente un despacho marítimo a cargo de la Corona de Castilla para hacer realidad ese proceso, que desembocó más tarde en el hallazgo de lo que después sería considerado un Nuevo Mundo. Y desde ese perfil es donde habría necesidad de buscarle el sentido del ser... y así sucesivamente.

Sin embargo tras ese colosal evento que le dio nuevos aires a España y de paso le suministró un novedoso hábito a la existencia de Europa que se hallaba aún atemorizada por la caída de Constantinopla, en vez de alegrar el ánimo a los iberos por esas buenas nuevas, y obrar en consecuencia a ese estado mental de complacencia, hicieron lo contrario, y con rabia la emprendieron de un modo particularmente cruel a pisotear la dignidad humana, y la perfección del entorno, de suerte que solo el grito de goce infernal era lo único que se oía al asentarse por aquí, cuando en sana lógica debía ser el sonido de un gozo indescriptible el que se auscultara en ese crucial momento de la historia universal y de ahí que poco a poco el horizonte se fuera quedando sin estrellas. ¿Por qué

razón? ¿Qué sentido tuvo esa actitud reiterada en el marco de la constitución del ser, del ser ahí en el mundo y del ser ahí en el mundo del vencido de los habitantes de estas tierras y de paso del hábitat?<sup>3</sup> Las respuestas se hallarán en el decurso de esa obra, aunque a simple vista parecería que ese evento hubiera encrespado al corazón de cada español cuando se embarcaba y después cuando llegaba a estas tierras y eso que aparecía en pos de gloria y de doblones. No se justificaba pues desde ningún punto de vista semejante comportamiento con una heredad que le iba a proveer lo necesario a la Madre Patria —y hasta más— durante casi cuatro siglos.

El Presidente de la República de Colombia dijo el día 24 de julio de 2013, que era un imperativo nacional la construcción de “una memoria histórica a partir de la verdad y que esa era una tarea de todos...”. Pues bien, yo trataré de convertirme en uno de los primeros en enarbolar esa bandera de la restauración del pretérito nacional desde sus orígenes para que se conozca a una sola mano<sup>4</sup>, y fenomenológicamente a su turno, qué fue lo que efectivamente aconteció en este medio durante los quinientos años y pico de existen-

- 
3. El hábitat desde luego no podría considerarse un sujeto pero sí como una categoría ambiental y por eso se podría recrear entonces su paulatino deterioro en manos del descubridor, del conquistador y del colono. Eso conllevó a una merma sustancial de los beneficios que podría aportar al futuro si se le hubiese tratado en debida forma y ese fue un valor agregado nefasto que le correspondió asumir al vencido, o sea a la persona, bien el indio o bien el negro que vivían y gemían por estas latitudes (Nota del autor).
  4. Esto lo dijo Descartes: “He observado yo con bastante frecuencia que las obras compuestas de varias piezas y hechas por varias personas no son tan perfectas como las ejecutadas por una persona. Las construcciones edificadas por un solo arquitecto son más bellas y sistemáticas que las levantadas por varios” (Descartes, 2006, pp.23 y ss.).

cia formal<sup>5</sup> en el mundo occidental, y si la razón por la cual sus habitantes han coexistido de pendencia en pendencia, ha sido precisamente porque los que tuvieron el malhadado privilegio de descubrir, conquistar y colonizar esta porción del hemisferio del genovés, no inculcaron a la gente la cultura del amor, la cultura del respeto y la cultura de la solidaridad, sino por el contrario introdujeron en el ambiente los gérmenes de la maledicencia, los microbios del odio y los virus de la agresión como puntos de referencia para convivir en medio del caos, y los nativos y las sucesivas generaciones, ávidos de todo lo novedoso, presurosamente lo absorbieron, lo incubaron rápidamente y lo desplegaron como una pandemia en forma vertiginosa. ¿La secuela natural y obvia de ese bosquejo sociológico? La crisis de una violencia galopante en todos los terrenos de la existencia nacional y que en la actualidad se está palpando con atormentada impotencia, de ahí que Colombia sea todavía una nación de vencidos<sup>6</sup>

- 
5. Esta es una faena literaria que comprenderá nueve tomos y abarcará desde el periodo del descubrimiento hasta la primera década del siglo XXI. Se llama: Bicentenario de Colombia (1810-2010) y aunque alguien se confunda por el tiempo, debo agregar que fue por motivo de los doscientos años de existencia republicana que me atreví a redactar esta saga de Colombia y en la cual tenía también que esbozar sus rasgos ancestrales, pues de lo contrario quedaría el epitome minusválido. Eso es un problema serio, lo asumo, no es fácil contar este tipo de crónicas, especialmente en una Nación que no está acostumbrada ya a reparar en esta índole de lecturas, hallándose como se halla inmersa en el orbe virtual y en otros tópicos, lo adopto, repito, consciente de que el hombre corriente, lo rehuiría, mas el inteligente lo utilizaría para su provecho y el de los demás que así lo quisieren disfrutar (Nota del autor).
  6. En una entrevista que concedió Foucault en 1977, dijo que le hubiera gustado escribir la historia de los vencidos. “Es un bello sueño que muchos comparten: dar por fin la palabra a quienes no pudieron tomarla hasta el presente, a quienes fueron forzados al silencio por la historia, por la violencia de la historia, por todos los sistemas de dominación y explotación...”. Consecuente con ese ideario, yo asumo igualmente ese reto, de devolverle la voz, aquí y ahora, al indio, al

en donde solo ha prevalecido la voluntad del más fuerte en detrimento del más débil y del más indefenso, que han sido realmente los vencidos pese a que han sido indistintamente mayoría y eso ha plasmado tal sambenito en la definición del país: Un Estado de violencia, donde solo hay vencedores y vencidos, cuando debía ser una Nación de armonía y de solidaridad. Eso ya se pudo apreciar tangencialmente tras la lectura de los cuatro tomos anteriores de esta colección, y ahora se distinguirá con el correspondiente énfasis fenomenológico/ontológico en este quinto tomo, y que Dios lo permita.

**A continuación voy a plantear las dos preguntas ontológicas que darán la partida a esta excursión filosófica e histórica para alcanzar las respuestas que fuesen pertinentes y para eso hay que volver el naípe en rueda<sup>7</sup> a fin de hallar el sentido del ser del nativo<sup>8</sup> y demás pormeno-**

---

negro, al esclavo, al mulato y al criollo para que al mostrar sus cicatrices, griten de rabia y de dolor contra tanta crueldad y exijan una condigna reparación a España por esa dureza e incuria con que fueron maltratados de palabra y de obra. De un modo irónico además traeré al escenario al cura y al español, cada cual tiene el monstruo que se merece, para indicar que este mundo es una sucesión de victorias y de derrotas y que al decodificar la confrontación que se ha producido, al final aquellos que han intervenido para afianzar la opresión por la fuerza, terminarán también en el campo de los vencidos. Por eso, alguien acotó alguna vez lo siguiente: “Occidente es una podredumbre que huele bien...”; y para mostrar eso haré énfasis en el indio y en el negro porque ciertamente en ellos, la triste condición de ser ahí del vencido tomó una inusitada fuerza (Nota del autor. Véase además: Foucault, 2012, pp.55 y ss. Cioran, 2013, p.154).

7. Alemán, 2009, p.143.
8. Lo obvio hubiera sido buscarle el sentido del ser al español, a través de las preguntas que se van a formular enseguida, pero no se trata de un estudio fenomenológico/hermenéutico del ibero como vencedor sino del sentido del ser del nativo, del hábitat y más tarde del negro/esclavo especialmente para tratar de encontrar en el acento histórico determinado por la actividad de los extranjeros por estas latitudes, los conceptos que articulen apropiadamente luego las respuestas sobre esos interrogantes. Y los términos claves, no serán sino aquellos

res descritos en el índice.

**PRIMERA PREGUNTA ONTOLÓGICA:** ¿Por qué el descubridor, el conquistador, el colono, el encomendero, el amo, el funcionario de la Corona, y el cura, directa o indirectamente, por acción u omisión, la emprendió cada uno de un modo hostil contra las Indias Occidentales, más concretamente contra la Nueva Granada, si nada le habían hecho sus desventurados habitantes que solo se sorprendieron ante su imprevista llegada y luego los negros si solo fueron arrastrados hasta aquí por el ladino traficante?<sup>9</sup> Así es la vida.

**SEGUNDA PREGUNTA ONTOLÓGICA:** ¿Tuvo responsabilidad política, el Reino de España o la Corona de Castilla en esa campaña de la agresión desplegada por sus súbditos y que terminó en el espantoso holocausto contra los habitantes de la Nueva Granada y contra el medioambiente como se describirá a continuación? Tal es la cuestión en efecto.

---

propios del accionar del descubridor, del conquistador, del colono y así sucesivamente y ganar finalmente el acceso a ese “es” que ya fue pero típicamente fáctico. —Develado el sentido de ese ser, y lo repito, a continuación se rastreará al nativo en su ser ahí en el mundo y más tarde al negro hasta agotar el itinerario trazado en el índice— (Nota del autor).

9. En mi esfuerzo metódico por articular poco a poco los soportes de las respuestas a las preguntas ontológicas y que se irán surtiendo de etapa en etapa conforme al plan de acción, por intermedio de la palabra visible en la génesis histórica, en la noticia, en la información, en la máxima y en la anécdota, que se verterán a continuación, debo puntualizar que habrá necesidad de deslindar el concepto de español a secas del concepto de descubridor, conquistador, colono, amo, encomendero, soldado, funcionario real, e incluso el cura aunque anote, registre o indique ibero, español en esas etapas del índice, al final se verá la razón por la cual acudí a ese mecanismo semántico. Además será necesario contar aparte con la Corona de Castilla o con el Reino de España. Los hechos, solo los hechos puntuales son los que se van a referir enseguida en cabeza de los sujetos que los protagonizaron activamente o pasivamente... (Nota del autor).

Bien: Como estas dos respuestas no han sido satisfactorias, es indispensable por ello, vislumbrar de nuevo ese proceso geopolítico, desde diferentes aspectos, tal como aparece reseñado en el Índice y establecer luego del análisis existencial de rigor, si es factible sacar de su ocultamiento al fenómeno del vencido o al ente del mismo (lo patente) y acomodarse luego de esa manera para valorarlo como descubierto y como algo no oculto con las consecuencias hermenéuticas que le son propias y entonces al final de la jornada el lector hallará las respuestas formales a estos interrogantes. Cuando en una investigación de tipo filosófico en un contexto histórico no se despliegan de ese modo las preguntas ontológicas en forma metodológica que deberán hacerse a partir de una mínima precomprensión de aquel asunto o de este proceso-suceso e ir sujetando el contexto, al final de la jornada, quedará que no se superó lo que se conserva aún de aquel asunto o de este proceso y simplemente sobreviene la repetición de la repetidora.

Entonces el camino a seguir, será utilizar a la filosofía como una metodología de la ciencia, de la ciencia social en este caso, para distinguir lo que se ha dicho sobre el fenómeno social o cultural, en este caso del vencido, y dar otra interpretación más fenoménica a esa trama entretejiendo para ello los conceptos fundamentales, las palabras claves y los hilos conductores que se surtirán en el decurso de la indagación con el propósito de proyectar las respuestas al final, desde la matriz de una incipiente o más o menos coherente precomprensión del argumento a tratar. Cuando no ocurre de esa forma hay un desfase investigativo escuetamente hablando de ese proceso-suceso, en este caso del vencido, y tal condición se mantendrá aún encubierta, pues o se ha apreciado con malicia, o se ha visto con hipocresía o



se ha descrito sin unas reglas filosóficas fiables los parámetros del caso y entonces al no formularse las preguntas sobre el particular en forma adecuada, e incluso al formularse correctamente pero no desenvolverse la exploración del escenario en debida forma, no podrían acertarse nunca las respuestas apropiadas y al final todo quedaría igual o peor.

Y si a esos conflictos, se le agrega la presencia invariable de la arena del tiempo, las cosas quedarán de ese tamaño y sin afirmaciones puntuales que por lo menos explicaran ese fenómeno del vencido de un modo distinto y le pusieren fin en lo que atañe a la Nueva Granada tras su descubrimiento. Aquí podría residir la novedad de este tomo, porque en verdad se ha escrito mucho acerca de la crónica de Colombia, pero no sobre este asunto alrededor del vencido. Y con este enfoque ontológico aspiro tropezarme con el sentido de la percepción del mismo.

Bajo esta perspectiva las dos preguntas formuladas arriba serán el “Ábrete Sésamo” de una diferente concepción de la historia de Colombia, desde el perfil más vilipendiado, el de los vencidos... y a la sazón se irán sacando del cubilete de la historia<sup>10</sup> y de la tradición todas las acciones desplegadas en torno a ese proceso-suceso con el propósito primordial de que se fuese adquiriendo una precomprensión de cada etapa, con sus hilos conductores o con sus conceptos

---

10. Se contaba que poco antes de morir, Heidegger, durante los paseos cotidianos acostumbraba entrar a las iglesias y capillas, tomaba agua bendita y hacía una genuflexión. Una vez le preguntó un amigo si no era eso una incongruencia, pues él se había distanciado de los dogmas de la Iglesia. A lo que el filósofo respondió: “Hay que pensar históricamente. Y donde tanto se ha rezado, allí, está cerca lo divino en una forma totalmente particular...”. Eso significaba que el acento histórico era lo único viable para intentar contar las arenas del pasado y luego ver si esas arenas se dejarían contar... (Nota del autor. Véase además: Safranski, 2007).

fundamentales –otros lo llamarían consideraciones fundamentales– y de esa forma componer el rompecabezas para afinar las respuestas a esas preguntas y solventar de una manera ontológica cómo se produjo ese fenómeno del vencido, a través del descubridor, del conquistador, del colono y de otros sujetos con sus acciones, con sus omisiones, con sus intenciones y en medio de eso, el hábitat... que resistió el furor de cada uno de ellos... sin perjuicio claro está que en el decurso de la sinopsis se pudieren formular otras preguntas ontológicas para seguir interrogando al ser... al ser ahí en el mundo y al ser ahí del vencido... y comprenderlo ulteriormente a cabalidad.

Ahora bien, es pertinente afirmar de antemano que no hay que olvidar que el hombre ha sido inhumano desde que vino al mundo y especialmente frente al que considera de menor categoría o inferior. O sea, al miserable o al subyugado. “La crueldad es la cosa más antigua que tenemos. Es bien nuestra. Nunca es falsa, ya que sus orígenes se confunden con los nuestros. Con frecuencia se dice de alguien que su bondad solo es aparente, mientras que es muy raro hablar de crueldad fingida, simulada, y raras veces se habla de crueldad. La bondad, es reciente, adquirida, no tiene raíces profundas en nuestra naturaleza. No es heredada...” (Cioran, p.91). De ahí que haya que esperar lo más inicuo en las acciones del ser humano, salvo las excepciones de rigor. Esta reflexión acertada de tan pesimista pensador, podría por sí misma explicar alguna de las preguntas que hice arriba, pero eso sería una burda simpleza. Hay que horadar a ese pretérito y toparse con el sentido último del ser, del ser ahí y del ser ahí en el mundo, en este caso del vencedor, y del vencido, con énfasis en este último que es el que me interesa y entonces sí responder o responderse cada uno de los

interrogantes planteados sin olvidar este antecedente. Y por eso tal aseveración podría estimarse como un hilo conductor para comenzar el recorrido hacia un paraje todavía lejano.

Es de recibo agregar inclusive que si desde Platón hasta Hegel, la virtud tanto social como política, e incluso religiosa, eran reputados los únicos medios para alcanzar el estado/espíritu absoluto, y la realización del hombre social en la tierra, ¿cómo es que al apreciar uno el escenario geopolítico de la Grecia del Magno y el escenario geopolítico de la España de Carlos V, por ejemplo, se topen dos realidades culturales diferentes tanto en Arabia como en la América hispánica por secuela de sus acciones?<sup>11</sup> ¿Es que uno era virtuoso y el otro no? La única salida a ese embrollo es sostener que esas apreciaciones sofisticadas de estos filósofos fueron cortinas de humo para encandilar a la gente pues con tanto tiempo de por medio, la obra del macedonio aún se ensalza y en cambio la del emperador por estas latitudes todavía se tacha...<sup>12</sup>, de ahí que eso de la virtud y del vicio, fuesen concernientes

- 
11. No niego que sería significativo hacer un recuento de ambos periplos políticos y militares, e incluso de comentar la gesta cultural de uno que la posteridad ha conocido como el de la helenización del mundo árabe y la gesta cultural del otro que ha recibido el nombre o de conquista o de colonización de las Indias Occidentales y verificar después cuál fue más impresionante en sus logros y fines y explicar más tarde el alcance de las aseveraciones vertidas aquí, pero eso haría oneroso este texto. Basten pues estas superficiales consideraciones sobre el particular (Nota del autor).
  12. Esto podría destruir la presunción de muchos intelectuales de que la existencia humana ha sido un constante camino en pos del progreso moral, no, más bien podría ser un constante camino en pos del perfeccionamiento técnico pero en el terreno de la ética o de la solidaridad, si eso fuera cierto la actitud de Carlos V frente a sus súbditos hubiera sido superior a la del macedonio, pero fue al contrario, resultó peor y entonces uno infiere si todavía se escuchan las epístolas paulinas sobre el particular, en los cultos cristianos es fácil aseverar que eso no ha prevalecido y que no importa ni la distancia ni el tiempo, el hombre será siempre un lobo para el hombre como dijo Hobbes y que actuará conforme a sus inclinaciones y a sus intereses. ¿Otro hilo conductor? Sí, tal vez (Nota del autor).

al momento, o mejor, a la oportunidad que proporcionaba el instante para tornar al vicio o a la virtud, viable o no... Lo demás será vana palabrería... pues si no habría que preguntarle a César, a Napoleón, o a Bolívar sobre el particular. Esta aserción también deberá tomarse como hilo conductor que podría también obligar a poner mojones para llegar a un lugar todavía lejos.

No obstante lo anteriormente expuesto, fluye otra pregunta<sup>13</sup> cardinal, una especie de cabeza de puente metodológico con el fin de que se evalúe rápidamente la naturaleza de lo que se va a exponer aquí: ¿Qué es lo que el fenómeno social del vencido debe “permitir ver”<sup>14</sup>? Lo que por esencia<sup>15</sup> será ineludible de mostrar explícitamente, pues lo que

---

13. La importancia del preguntar —y aquí son dos preguntas— será determinante de antemano para advertir lo que se va a ejecutar a continuación y cómo el procedimiento de responder ambas de un modo coherente encerraría a primera vista lo que se halla en los límites de cada pregunta ontológica en cuanto tal y haría después que lo que parece patente se tornase expresamente patente en su determinación tras las respuestas o los intentos por lograr la adecuada réplica. Y como si fuera poco ese esfuerzo deberá usar además el *logos* apropiado porque no todo hablar le será peculiar al fenómeno social del vencido y nada ganará si ese mostrarse no lo explícito con las palabras que le son genuinas y mostrar aquella realidad del vencido (Nota del autor).

14. Heidegger, 1995, pp.46 y ss.

15. Por esencia ha de entenderse como lo que indica la cualidad o la índole de una cosa, lo que le caracteriza. Quien señalaba la esencia, dijo Aristóteles, a veces señalaba la sustancia, a veces pautaba una cualidad o a ratos mostraba una categoría. Por ejemplo, cuando se decía de un hombre que es un hombre o es un animal, se entendía su esencia como sustancia, cuando en cambio se refería a su color, era una cualidad y lo mismo podría predicarse en otros casos. Aquí por esencia ha de entenderse desde ahora, no solo la sustancia sino la cualidad por la cual se predica o se predicán las condiciones que debe exhibir o que debe permitir ver el fenómeno del vencido. Por fenómeno igualmente ha de entenderse como aquello que se muestra, pero a veces no de una manera integral que pudiese ser comprendido a cabalidad y de ahí que fuese necesario investigarlo para descubrirlo en su dimensión exacta (Nota del autor. Véase además: Howatson, 1991, p.392. Heidegger, pp.39 y ss.).

se ha exhibido hasta ahora de ese fenómeno social, o ha sido lo que parecía ser, sin ser, o una mera apariencia de suerte que ha permanecido velado o deformado el carácter fenomenológico del vencido en este país, circunscrito en principio al indio y al negro y que por analogía se tramitará luego a los otros sujetos señalados en el Índice de esta obra.

Y para acceder a esa problemática en desarrollo, trataré de manejar una ontología con la respectiva forma de determinarlo, mirando las cosas desde el matiz de la fenomenología... que será captado aquí como “lo que se muestra” mas no un mostrarse cualquiera ni menos lo que se dice un aparecer... porque la manera como ese fenómeno social pudo ser tapado o trocado fue, o porque aún no había sido descubierta, o sea, no se había tenido una noción puntual de su estar ahí, o quizá fue descubierta a las carreras y volvió a quedar furtivo por tantos intereses. Y me inclino desde ahora por esta última opción, pues ese fenómeno del vencido en cabeza del indio y en la testa del negro fueron tan visibles, que inclusive era de presumir como “ser” pero precipitadamente se ignoró esa inserción y se dejó en cuanto “parece ser...”. O sea, se manipuló por muchos cronistas un hablar impropio y no se mantuvo en cuanto a ser, a ser ahí en el mundo y finalmente a ser ahí como vencido y por eso ha fluido aquí la maniobra, el engaño o el extravío que han escondido la intensidad de ese fenómeno típicamente humano que se ha mostrado pero no como debía, para comprenderlo.

A eso se reducirá este libro, con la configuración de que las preguntas formuladas al comienzo de este Proemio y destinadas después a buscar las respuestas tras hurgar convenientemente en todo aquello que me guiara al ser, al ser ahí en el mundo y al ser del ente en el mundo del vencido. Básicamente al indio y al negro, y subsidiariamente los de-

más sujetos, para concretar más tarde la formalización del fenómeno social del vencido gracias a las consideraciones de hacerlo evidente<sup>16</sup>, por sí mismo, tras el acento de la historia o de la tradición, merced al tono de la información, a la índole de la noticia, a la eficacia de la cita y a la vitalidad de la anécdota que impondré a continuación aforísticamente hablando, y zanjar de esa manera el asunto.

Y todo este andamiaje que se va a constituir... ¿Por qué? Porque lo que “permanece oculto en la manifestación del ente —lo evidente— “es el ocultamiento de su origen, puesto que la cultura occidental ha caído sistemáticamente en el artificio de cavilar que conoce al ser al conocer la realidad y no sabe que no sabe”. El nuevo saber que se promoverá desde aquí, residirá en hacer entender ese desvelamiento desde la raíz de lo oculto... y aquí el tiempo será la luz que iluminará al sentido del ser, del ente en la posterior indagación para efectos de la constitución de ese ser ahí en el mundo del vencido...<sup>17</sup> y desde luego la consumación del mismo... que por lo general ocurría tras el advenimiento de lo ineluctable... en medio del sufrimiento y del pesar...

Esa plataforma se hará viable por conducto de una tipología textual descriptiva en donde presentaré con eventual claridad y rigor los rasgos característicos de fenómenos, personas, situaciones y acciones mediante el análisis de las fuentes bibliográficas de rigor, a través del pensar lo que vale la pena pensar sobre el particular y seleccionar posteriormente los atributos más típicos de esa realidad —la historia de los vencidos en Colombia— para rápidamente ordenar los elementos seleccionados de mayor a menor, o

---

16. Heidegger, p.29.

17. Reyes Mate, 2008, pp.9 y 10.

viceversa, de arriba abajo, de delante a atrás, etc., y finalmente redactar la descripción prometida con atención al fin perseguido: la objetividad/subjetividad, y oscilando entre ambas, la expresividad degradante o idealizada del contexto y el retrato de cada sujeto de la mano del autor... A su turno, el marco narrativo seguirá un plan lineal en el tiempo y en el espacio, con ocasionales saltos, y lo repito desde la exégesis histórica, pasando por la noticia o por la información, la anécdota, el pie de página, la pregunta o la respuesta, la máxima o la reflexión, e incluso la cita bíblica, para asegurar la congruencia de lo que se esté esbozando cronológicamente hablando con sus respectivos retoques, exposiciones, aclaraciones y críticas, al lado del uso de los tiempos verbales junto a la metáfora, la adjetivación y la comparación<sup>18</sup>.

---

18. Sánchez Lobato, J. (Coord.), 2006, pp.61 y ss.

# Capítulo 1

## EL DESCUBRIDOR

### EL HÁBITAT Y EL ABORIGEN:

#### EN POS DE LA CONSTITUCIÓN DEL SENTIDO DEL SER...

Esta pesquisa se agitará en el marco de las dos preguntas que antes hice y que interrogaron, no al ser ahí del vencido en su temporalidad, sino a las razones de hecho por las cuales cayó en esa situación. O sea a su ser fáctico, como ya era o “lo que ya era” pues eso fue su pasado y le ha quedado a sus espaldas, particularidad que tengo que recrear a continuación para dar las bases de una eventual precomprensión de ese “es” que se gestó desde el advenir llamado descubrimiento y lo que se desarrolló una vez consolidado ese proceso-suceso que va a mostrarse para proporcionar las respuestas ontológicas sobre el particular, sin descartar que en el decurso de este texto —y lo reitero—, aparecieran otras preguntas que le diesen un toque más plausible a ese tópico. Con esa táctica fluirá la posibilidad de apreciar un equilibrado punto de partida para que la tarea de filosofar no se licúe sin pena ni gloria y logre proveer un hábito al sentido del ser...

El sentido del ser significa divisar primero algo que se dio en el mundo en su totalidad y en su cotidianidad, y segundo cómo pudo aparecer, dónde pudo aparecer, y cuáles fueron posteriormente las circunstancias en que eso se hizo real. Para eso hay que hallar efectivamente el sentido de ese ser



ahí en el mundo, en su mundo y cómo se consigue a percibirlo en su medianía o en su plenitud, en este caso sería como hallar al indio en su ser ahí en aquel mundo de entonces y hacerlo comparecer de nuevo, igual con el negro y así sucesivamente y para concretarlo aparecerán dos conceptos fundamentales: el tiempo y el espacio, sendas magnitudes que me permitirán darle el sentido temporal al indio (y a los demás), cuándo ocurrió, y simultáneamente ubicarlo en un sitio determinado. A la sazón, la temporalidad y la espacialidad serán los puntos de arranque de este engranaje ontológico/fenomenológico para mejor proveer sobre el particular.

El trabajo se dividirá por eso en varias partes, la aquí señalada, que comprenderá a los primeros vencedores<sup>1</sup>, o sea a los descubridores bajo la batuta del genovés y la camarilla de seguidores que después arribaron por estas tierras y que ulteriormente se llamaría Colombia; posteriormente se indicará a los primeros vencidos, o sea al medioambiente y a los aborígenes, y así sucesivamente, tal como aparece en el

---

1. El lector deberá entender que fue tan contundente la actividad desplegada de un modo consecutivo por el descubridor, por el conquistador y por el colono, e igualmente fueron eficaces las maniobras de los mercachifles y de los burócratas en España que rápidamente cada uno desde su respectivo perfil asumió de pleno derecho la condición de vencedor sin que fuese necesario desplegar una actividad ontológica y fenomenológica para llegar a ese contexto. En cambio con el indio y con el negro, especialmente, será necesario llevar a cabo un proceso no solo histórico o cronológico y geográfico sino además de tipo filosófico que permita conocer cómo asumieron ellos, entre otros, esa melancólica situación sin proponérselo ni mucho menos codiciarlo y al darle sentido a ese ser ahí en el mundo abrirlo otra vez a cada uno como el ser ahí en el mundo del vencido y tramitar posteriormente lo que fuese propio de esa condición, la precomprensión y las respuestas a las preguntas formuladas anteriormente y subrayadas en negrilla. Este libro será pues un esfuerzo ontológico sobre el particular. Excusas de antemano por las omisiones, por los yerros o por los desenfoques, trataré por ende de hacer lo que más pueda sobre el particular y al límite (Nota del autor).

repertorio. Al hablar de los nativos, debo percibirlos desde ahora como descubiertos, después como conquistados y más tarde como colonizados y de ahí que tenga forzosamente que recordar —muy por encima aclaro, ya que poco interesan aquí— a los vencedores y será desde ese contorno donde esta necrología principiará.

Mas insistiré en rubricar la sagacidad y perfidia del ibero en esta tierra, para provocar sufrimiento, tribulación y muerte como conceptos fundamentales para deducir la índole de esa ecuación social vencedor/vencido... Pues uno inquiere: ¿Por qué no le cantaron un himno a la vida y en cambio adularon a la parca con frenesí a través de diversos cánticos y coros fúnebres o lóbregos? Esa pregunta ontológica de corte romántico hay que tomarla de entrada como una eventualidad óptica respecto a lo grotesco que ha sido esa ecuación de vencedor/vencido aunque la respuesta sería —y lo reitero— secuela de lo que aquí se afirme o no, sobre cada uno de los sujetos que intervinieron en los trámites del proceso-suceso denominado “descubrimiento de América” ya que con esa actitud, lo repito, el hombre ha confirmado que la humanidad no ha representado hasta ahora una marcha hacia algo mejor y en pos de un adelantamiento más dinámico o más valioso. Por el contrario, solo ha sido la manipulación fáustica de la voluntad de poder que se ha agrandado siempre cuando una resistencia ha sido superada.

Desde el descubrimiento y en la medida en que el español percibía que las cosas se le facilitaban aquí de una manera generalmente extraordinaria, con los inconvenientes propios de una actividad de esa índole, y tras el uso sistemático del recurso de la coacción, de la táctica de la amenaza y de la objetividad de la violencia, no cesó un momento de volver una rutina esos mecanismos para salirse con la suya.

Por ende esa lisonja ciega a la intimidación en general asentó en esta parte del globo un orbe de sombras, un mundo en donde el egoísmo alucinado, la malsana codicia, la desmedida ambición y la falta de escrúpulo del descubridor —y luego el conquistador y el colono— eran imponderables para dignificar a unos y lograr así defenestrar al vencido y simultáneamente se transformaba acorde con la ocasión en un marco sicodélico en el que brillaba también con luz propia la fantasía y la quimera de esos personajes junto a la ignorancia y la superstición insensata del indio, y después el lamento del negro y la de los demás subyugados. De esa manera un cosmos patas para arriba se organizó para recreo del mal. Se divisará en síntesis, un abismo que se abría ante el vencido —el indio y el negro— que atónitos no sabían qué camino escoger. Esta afirmación global (intimidación/sombras) será otro concepto fundamental para orientar esta trama en pos de responder a las preguntas por el ser, por el ser ahí y por el ser ahí del vencido...

Pero ¿por qué llegaron a esa vía de coacción global si todo les salía bien en el sentido obvio de la palabra? Ese es el objetivo de esta investigación; de ahí que al final tras el ejercicio de rigor, se puedan responder los interrogantes formulados en el Proemio y que tienen que ver con esa pregunta. De antemano hay que revelar que si los ingleses siempre se han preocupado por parecer educados, los italianos, interesantes y los alemanes, eruditos, en cambio los españoles se impacientaron perpetuamente por dejar una imagen de insolencia chabacana que rayaba en la grosería.

¿El vencido debería ser admitido como víctima también en vista no solo de esa intimidación general que desembo-caba en agresión, coacción y violencia sino en las secuelas

que padeció? Son dos situaciones diferentes, aquí únicamente se distinguirá al indio y al negro como vencidos, no como víctimas, aunque en otro contexto es lógico que pudieran ser considerados de esa forma. Igualmente otros sujetos enumerados en el Índice igualmente figurarán después como vencidos pero de un modo atípico. Con ese deslinde conceptual –vencido/víctima– evito vagar de un campo a otro, o cruzar de un terreno al otro en busca de sustitutos a términos puntuales y que unas veces podría llamarse acción, agresión, consecuencias, lesiones, pasiones, y otras veces de una manera semejante, lo que generaría confusión a la hora de concretar lo que se tiene que determinar en este escenario típicamente de vencidos.

Es pertinente notificar que estos episodios se mostrarán a los ojos del lector desde una borrosa distancia, lo mismo que esas montañas que de lejos parecían que se mudaban en nubes y que de nada servía acercárseles a la ligera porque se detallaba el error en la perspectiva de apreciarla y por eso hay que tener esa cautela aquí, en la aproximación hacia ese paraje (un hilo conductor) para terminar apreciándolo efectivamente como un fenómeno en el marco de aquella realidad. Por ende, a fin de alcanzar ese propósito habrá que seguir en hermético silencio a las sombras de aquella noche que todavía hormigean en medio de ese horizonte, sombras de todo tipo, sociales, culturales, militares, económicas o religiosas que quedaron o que surgieron avergonzadas tras el paso del tiempo y examinarlas todavía para saber que se puede caminar, más dispuesto que la luna errante por el firmamento y hallar en ese *interregno* las pistas que esas sombras dejaron o siguen dejando para tratar de ver alguna

luz que irradiare ese contexto poblado de tinieblas... Las Indias Occidentales, o más concretamente la Nueva Granada.

El fenómeno del vencido puede definirse pues como aquello que se ha caído en un escenario de fuerzas contrarias, parejas o no, y que es explicable en la forma característica de hacer frente a la combinación y al contenido del evento que lo causó. Aquí el escenario se llamó el Nuevo Mundo y más tarde la Nueva Granada, con las fuerzas disparejas, el ibero y el nativo, y el evento que lo causó el descubrimiento de América. Las derivaciones de esa caída del indio y del negro se verán más adelante. Igual que las de los otros sujetos pero sin el acento de estos dos personajes.

Entonces lo ontológico del vencido, o sea lo real, sería aquello que entró y salió como “es” a través de lo que expuse antes, y de las exégesis históricas o cronológicas, datos, informaciones, noticias, apotegmas o anécdotas concernientes a esa condición de vencido que se irán volcando aquí poco a poco. Ya se han puntualizado unos hilos conductores (ver pp.25-27,37) que transitarán para ajustar el contexto a unos cánones y hallar a ese ente (el indio) para que deje mostrarse —o debo correr la cortina al efecto— en la forma de acceso que le era genuina, o sea como se manifestó antes y más tarde tras el descubrimiento, a fin de refrendar ese ente íntegro o integral —desde el sentido de su ser— y después lo que le sobrevino a ese ente tras el descubrimiento y al otro ente (el negro) que se requerirá posteriormente, tras la conquista y la colonia...

Eso será un encargo que deberá ser resuelto a continuación, o sea en los primeros capítulos... para implantar —y lo reitero— una especie de precomprensión del fenómeno e ingresar rápidamente a la fase concreta o real de este

argumento y apurar el carácter ontológico/fenomenológico<sup>2</sup> mediante el cual se hará visible —y ojalá sin restricciones— el fenómeno del vencido en Colombia<sup>3</sup> con plena capacidad para exteriorizar aquello que sucedió a su alrededor.

El ser es el tema fundamental de la filosofía, dijo Heidegger, y si bien no es el género de ningún ente<sup>4</sup>, sin embargo lo toca sólidamente a través de lo patente (lo ostensible... o sea pat/ente) por muchos conductos, “los secretos juicios de la razón común...”<sup>5</sup>, la analogía, los conceptos fundamentales (pp.34-37) y los hilos conductores para llegar a mirar después desde ese entorno al vencido. El apelar a lo comprensible sería otra herramienta digna de tener en cuenta aquí sin que para ello tenga que hallarse vigente el concepto explícito del ser ahí del vencido, bastaría por toparse al sentido del ser y lo demás podría venir por añadidura. A efecto

- 
2. Para el lector cultivado esta indicación es suficiente. Mas para aquel que no esté familiarizado con la jerga filosófica le aclaro lo siguiente: Hay que distinguir entre fenoménico y fenomenológico, lo primero es “Lo que se da y es explicable en el proceso con el que el fenómeno se encuentra...”, en este caso, lo que se dará será la estructura básica —el descubrimiento de América— que se explicará o se confrontará pormenorizadamente desde su antecedente hasta los consecuentes (la expedición a las Indias Occidentales, conquista, colonia y reconquista), con el fenómeno que se va a estudiar, o sea el fenómeno del vencido. Y la forma de mostrar ese nexo, es lo fenomenológico. Ahora bien: Lo ontológico es el estudio procedimental de la doctrina del ser y de sus formas y aquí se analizará eso que “es” considerado vencido, como una forma específica del ser (Nota del autor. Véase además: Abbagnano, 2004, pp.480 y 779).
  3. Dijo Tennyson: “Si pudiéramos comprender una sola flor sabríamos quiénes somos y qué es el mundo...”. Quizá su intención fue la de indicar que no hay hecho por humilde o sencillo que fuera que no implicare la crónica universal y su infinita concatenación de efectos y causas... o que el mundo visible se ha dado por entero en cada representación de igual manera que la voluntad... (Nota del autor. Véase además: Borges, 1986, pp.120 y ss.).
  4. Heidegger, p.6.
  5. Heidegger, p.13.

de manejar esa temática<sup>6</sup> se enlazarán las reflexiones que se esparcirán a continuación, de un modo atípico, sin que pudiese conceptuarse como un capricho estilístico mío porque se tratará de manejar los contenidos de un modo peculiar y personal para un mejor proveer.

¿Y de que estará hecho ese acento? Eventualmente del material disperso que hallé, de mis intuiciones y del paso del tiempo, pero como está sujeto a cualquier riesgo, con este tono fraguaré la narración lo más rica en matices que fuese posible aunque a veces incomode y al mismo tiempo procuraré escribir casi como hablo y dejar advertir el hálito... del carácter de esta crónica. En suma, forjaré de esa operación discursiva como algo asequible y escasamente complicado, porque ciertamente aquí fluirán pasajes altamente oscuros, peliagudos y aparentemente enrevesados o en zigzag, y de ahí surgió entonces la necesidad de acudir a ese procedimiento investigativo con sus protocolos para compensar las cargas y paliar el esfuerzo que debe hacer el lector... por-

---

6. Hay un objeto temático: el vencido, ahora hay que buscarlo fenomenológicamente para que se mostrase como debe ser y abrir un horizonte todavía más original y universal del que pudo exhibirse antes cuando se descubrió al vencido dialécticamente o literalmente aunque rápidamente se le ocultó o se le sepultó retóricamente para que la pregunta o las preguntas que se hicieran ontológicamente hablando no tuvieran una notoria repercusión y la verdad por ese ser ahí del vencido permaneciere oculta o disfrazada. La expresión griega fenómeno, y lo repito, significaba mostrarse, o sea el fenómeno era lo que podía mostrarse a la luz y a ese concepto, de fenómeno, los griegos por rutina, por comodidad, para darle, para proveerle más énfasis le agregaron el término lo patente. Y más tarde para abreviar ese concepto de lo patente, lo redujeron a ente, por la facilidad que podía tener de mostrarse según la forma de acceso a ellos. Entonces el ente es el fenómeno, que dicho sea de paso, puede mostrarse plenamente, parcialmente, aparentemente o como algo que no es en sí mismo considerado. No es de este lugar continuar con el cometario de este tópico, por lo que insinúo la cita bibliográfica correspondiente para que se acuda en caso de ayuda (Nota del autor. Véase además: Heidegger, pp.39 y ss.).

que igualmente deberá hacer su intento para percibir este asunto.

Bien. Hay que partir ahora de un referente anímico (o ético) elemental y que se mutará en un concepto fundamental: En aquel periodo está acreditado que la razón y la virtud, algunos indicarían los valores, rara vez iban juntos<sup>7</sup>, casi siempre se localizaban separados en medio de una sinrazón disparatada, brutal y sanguinaria y por eso prevalecía oronda la malignidad en toda la extensión de la palabra anidada en el corazón del hombre. Desde luego que una prosa del saber en donde la exégesis y la literalidad lo dominaba casi todo sobresalía en ese entorno español antes del descubrimiento ya que ese orbe atascado en un pasado indecifrible se enrollaba sobre sí mismo y por eso se profesaba que todo era obra de Dios o del diablo en su propósito, o por salvar al hombre o en su afán por condenar al hombre respectivamente sin un asidero racional o virtuoso que avalase esas consideraciones en sí mismas, sino que se procedía en un plano egoísta o hipócrita y desde ese teatro de la vida mal enfocada o desde ese espejo del mundo al revés principió la increíble aventura geopolítica por esta tierra que no tuvo parangón en el segundo milenio.

Los filósofos románticos del siglo XIX se equivocaron al considerar que los valores los creaba el hombre en su lucha por dominarse a sí mismo, a la sociedad y al mundo. Si

---

7. Esto podría constituir una eventual apelación al recurso de lo que era comprensible en aquella época, una hostilidad a cualquier manifestación de control racional en pos del bien y una repulsa a todo intento de obstaculizar el afán de gloria y de riqueza que prevalecía en el español. Y de esa manera se podrían situar las piezas y organizar ese colosal rompecabezas fenomenológico para armar luego con paciencia y sin afán el abrupto expediente ontológico del ser ahí del vencido... para comprenderlo (Nota del autor).



esa aseveración hubiere sido cierta, los valores cristianos que predominaban en aquella época y que se imponían a cada uno, se hubieran del mismo modo implantado formal y materialmente en las Indias Occidentales tras el arribo del genovés y esta heredad habría sido la antesala del Edén. Mas eso no fue así. Por el contrario, una escala de antivalores fue lo que apareció en el horizonte de la América prehispánica y trajo consigo el dolor y la desdicha a raudales. Esto podría ser un término medio para ir en busca de la precomprensibilidad que se requiere para los efectos ontológicos que le serán propios.

Pero eso tiene una explicación: ¿Cómo se reflexionaba acerca de la naturaleza de las cosas y cómo se meditaba acerca de la gente por aquel entonces, siglos XV-XVI y parte del XVII? Acudiendo a la semejanza, a la emulación, a la analogía y a la empatía<sup>8</sup> en medio de una oscilación continua hacia su contrario que le correspondía, y creían que la virtud suprema o los valores superiores estaban fijados para amar a Dios por encima de todas las cosas y hacer únicamente su voluntad. El problema era ¿quién determinaba esa voluntad divina en España o en Europa? ¿Cuáles eran esos valores? La Iglesia y la política del soberano más poderoso —España, Francia, Inglaterra o el Sacro Imperio— pero de un modo arbitrario o coyuntural... de ahí que el mundo occidental estaba como el bizco y en medio de constantes crisis religiosas, políticas y culturales ya que tenía enfrente a un enemigo visceral: a sí mismo. Y después apareció un rival de peso, el Islam, y como no podía desterrarlo para hacer la voluntad de Dios y además concurría la necesidad, la intolerancia, la irra-

---

8. Foucault, 2007, pp.26 y ss.

cionalidad y la ignorancia más atrevida, la existencia se volvió un mar de inconvenientes y de enfrentamientos... ¿Era el mejor de los mundos posibles como suponía Cándido?... ¡No!

La España de esa época estaba regida por el espíritu de la tradición del medioevo tardío, que en otras partes ya había sido superado, y entonces el apego al pasado —las gestas de caballería, el romanticismo medieval, los santos, la salvación del alma, la penitencia, la herejía, la ignorancia, la superstición, el afán de gloria mundana, el dislate y la hipocresía— presidían el día a día en todas las escalas sociales, desde la Corte hasta el corro e impedía que esa península volviera a la realidad, como lo hizo Don Quijote pero al final de su vida, y de esa manera recuperara su razón. Pero ya era tarde.

Al no volver a la realidad, entonces el desatino, la improvisación, el azar, e incluso la buena voluntad de los mejores que intentaban forjar lo que se podía hicieron de las suyas y véase lo que aconteció en el ocaso del siglo XV: el sorpresivo descubrimiento de América, sin hallarse preparada Hispania para asumir los retos que un evento de esa envergadura reclamaba, como si fuera un premio.

Por lo tanto se hará necesario realizar una asepsia global a ese procedimiento histórico llevado a cabo por la Corona de Castilla primero, y después por los Reyes Católicos... y así sucesivamente en el marco de las distintas etapas que se desprendieron luego de la gesta de Colón para darle un sentido diferente a ese proceso-suceso y procurar explicarlo desde la instancia del vencido, primordialmente, el indio, el hábitat, y el negro; más adelante se agregarán otros pero bajo un tamiz muy particular.

No voy a expresar a continuación la pregunta que interrogará por el sentido del ser. No. Lo que indago ahora es

encontrar primero ese sentido del ser en un aspecto concreto y delimitado, y para eso acudo al tiempo, ese supremo juez de todas las cosas, a fin de retraer la mirada, rehacerlo o “volver el naipe en rueda” para adaptar una noción que sirviere de guía desde aquel entonces hasta ahora, como era el hombre en general, como se mostraba, como “es” y poder de ese modo ir afinando “un volver a las andanzas” históricamente hablando, con énfasis en el nativo. O sea, si ya por lo menos tengo en mis manos un antecedente frecuente de lo que “es” la condición humana en aquel periodo, estaré en condiciones por lo menos de insinuar una opción para ir en pos del horizonte repleto de oscuridad y distorsión, que se vislumbra a lontananza... con relación al título de esta obra para traerlo hasta acá y comprenderlo de un modo diferente. Y para que coagulare esa iniciativa es indispensable el curso hermenéutico y fenomenológico, desde el ser y el tiempo. Debo desearme suerte para adquirir la constancia y la perseverancia que un asunto de esta naturaleza amerita para que por lo menos fuere factible.

Desde esa óptica es pertinente ir al proceso-suceso que espoleó este trámite...

En el proceso-suceso del descubrimiento de América, es oportuno mostrar aquí que se prescindió el considerar por parte de los protagonistas del mismo —aquí ha de entenderse a los iberos que ya tenían sus antecedentes de irracionalidad generacional— un evento que fue invariable en la humanidad hasta ese momento, y era que en toda cuestión de poder persistentemente se ha requerido de otra elección, aun hipotética, en caso de que fallase la original, y al no apreciar la reina Isabel, sus amanuenses, los patrocinadores y el mismo genovés, esa cuestión cardinal, surgieron luego los instintos malignos que engendraron un nuevo tipo de po-

der a la distancia. De ahí que la máxima, “se obedece pero no se cumple” adquiriera carta de naturaleza casi desde la fecha en que se pisó por primera vez tierra amerindia.

No obstante, existió una benévola intención en algunos personajes dentro y fuera de la corte castellana, para zanjar los problemas generados por esa omisión, eso fue innegable. Sin embargo eso quedó en escueta y vaga retórica y en recursos ambivalentes que después se diluyeron. Y entonces el primer gran vencedor fue el descubridor ya que se convirtió rápidamente en amo y señor de la situación ante esa escasez de medidas audaces que acomodaran en debida forma el asunto político. Como no existía ninguna decisión lógica de poder ni una alternativa viable para un mejor enfoque social del nuevo contexto y predominaba una razón de Estado absurda, se impuso la fuerza y la arbitrariedad por doquier, con todo el vigor de su literalidad, hasta en el ámbito religioso, a la par que una improvisación tremebunda que condujo a un caos inmenso, se acomodaba.

Lo verdadero, y eso se dijo desde la antigüedad<sup>9</sup>, era la escueta percepción sensible de algo —o sea el ver por ejemplo—, que descubría cosas, eventos, colores, por ende el descubrir ha sido la más escueta determinación del ser o de lo que es y nunca será algo falso, aunque como todo frecuentará las excepciones de rigor por las distorsiones visuales. En el caso que me ocupa, el descubrimiento de América, desde ese perfil, ostentaba algo, dejaba percibir algo que era forzoso manejar después con esta o aquella actividad y con esos dos detalles (poder irracional/improvisación) sendo conceptos fundamentales el evento fenomenológico del

---

9. Heidegger, pp.44 y ss.

vencido, en estas latitudes, fue fatalmente concebido. Y de ese modo se puso en condiciones de salir al ruedo más tarde.

Entonces lo que había que hacer era esperar el desarrollo de ese embarazo no deseado y después el consecuente parto mortífero que terminó siendo múltiple y peliagudo con el paso del calendario. Y tras el nacimiento prematuro de la criatura se le agregó una cadena de desaciertos éticos y políticos que enrarecieron aún más el ambiente en el entorno.

Consecuente con lo anterior, voy a referir lo que se ha mostrado hasta ahora en el contexto de la historia, o los hechos como se han expuesto por sí mismos o a sí mismos, si bien lógicamente me preocupa el factor de contaminación que pudieren tener no solo ese contexto de la historia, sino esos hechos históricos como se han revelado, tras el devenir ya sea por la descripción que se hizo de cada hecho en sí, o por las interpretaciones de los mismos, pero como se va a asumir esto desde un horizonte diferente a lo mejor resultará lo más viable y lo más fiable en todo caso, ya que he partido desde las preguntas y he vertido además los conceptos fundamentales y los hilos conductores de tal contexto para mejor avistar el horizonte.

¡Vaya con esos jinetes del Apocalipsis!

Entonces a las cosas mismas, a los hechos expresados de una manera más o menos formal hasta ahora en el tiempo y exteriorizar que poco a poco se podrían estar dando los presupuestos epistémicos para una eventual precomprensión del fenómeno social del vencido. Además, y pese a la tacha que puede provocar, tengo que acudir al acento histórico o a la tradición pues no hay más hilos conductores, ya que deseo luego responder las preguntas acerca de la estructura del vencido, aquí por su sentido, por su ser, y más adelante en su ser ahí en el mundo y después como ser ahí en el mundo

como vencido por estas latitudes tras el descubrimiento de América...

Si voy a organizar las respuestas ontológicas por el sentido del ser del ente del vencido, o de lo que ha sido patente, hay que designar previamente la existencia de los antecedentes fácticos que partiendo de los mismos hechos, explorarán la posibilidad de que finalmente alcance a responder correctamente las preguntas en torno al fenómeno social comentado y objeto de este análisis... y ¿por qué? Porque hasta ahora el fenómeno del vencido en América y en Colombia ha aparecido de un modo óntico, que solo tiene ser, mera presencia, y se requiere —por eso que detrás de los esfuerzos de rigor—, conseguir un perfil ontológico para conocer de una manera definitiva a ese ser del ente o su naturaleza y rápidamente permitir verlo en lo que por esencia era indispensable echar de ver.

El ser, y el ser ahí en el mundo, formalmente, y para arrancar explícitamente este acápite, girarán en torno a la figura del vencido, en este caso, al umbral del indio y el hábitat, mas sin desdeñar filosóficamente hablando al descubridor —que también tuvo su ser, su ser ahí en el mundo, etc.—, pues preparó el proceso que terminó por fijar la estructura de los vencidos y a todos los que le siguieron en esa gesta.

Ese descubridor, ya se le conoce de antemano, y aunque fueron dos eventos, su vida y su obra, para lo que interesa aquí, es simplemente expresar quién fue y cómo fue... su faena en ese proyecto de la expedición a las Indias Occidentales a fin de preparar el camino ontológico de rigor y no dejar dudas en pos de una genuina precomprensión de la existencia del ser de los entes —descubrimiento, conquista y colonización o sus protagonistas— que suministrarán rápi-

damente un apoyo imperativo para procurar responder las preguntas iniciales y tal vez repreguntar otra vez al ser ahí del vencido o lo que le hizo patente...

No voy a extenderme en la cuestión ontológica alrededor de cada vencedor, el descubridor, el conquistado o el colono. Mi interés ontológico —y lo repito— será el nativo en medio de su hábitat y después el negro primordialmente, y a ellos van encaminadas las respuestas que se lograsen entre-sacar de ese océano de eventos, tras las sendas preguntas. Pero eso no obsta para que de una manera u otra tenga que acudir superficialmente a ese mecanismo para dar una imagen hermenéutica y fenomenológica de cada uno y armar una especie de ten con ten...

Mas no se debe olvidar que después de Colón se hablará aquí también de otros adelantados como partes de ese proceso-suceso del descubrimiento de América; de ahí que si aparecieren una que otra reiteración eso fuese fruto de tal fusión que de todas maneras simbolizaran dos contextos diferentes, el del genovés y el de sus herederos en esa proeza. De ahí la división del capítulo que hice y que sigue a continuación:

### **Primer Apartado**

#### **“Esperad: la rueda gira...” Horacio**

El día 20 de mayo de 2006 se conmemoraron quinientos años del fallecimiento del genovés, pero algunas facetas de su existencia siguen siendo una incógnita sin resolver: ¿Dónde y cuándo nació?, ¿Cómo se formó en el arte de navegar?, ¿Cómo conocía una derrota que nadie había llevado a cabo?, y ¿Por qué desembarcó en Portugal en vez de hacerlo en España tras su glorioso regreso? Hay otras como el sitio donde murió y el lugar en donde están sus restos, pero eso poco

importa aquí; lo inapreciable será en cambio hablar de los interrogantes planteados y lo que sobrevino por secuela de su proeza.

La mayoría de los historiadores son contestes en afirmar que nació en Génova o en sus cercanías alrededor de 1451 y que sus padres fueron Cristóforo Colombo y Susana Fontanerosa; consta igualmente que tuvo dos hermanos menores, Bartolomé y Diego que lo acompañaron en la expedición a las Indias Occidentales, y una hermana, Bianchinetta, de la que poco se supo cuál fue su destino. Los entresijos predilectos respecto a su origen se convirtieron rápidamente en epicentro de polémicas, pues se especulaba que era catalán, corso, judío, mallorquín, e incluso un autor llegó a decir que “había nacido en América y ello explicaría su propósito mesiánico y su constancia” (Lucena Giraldo Manuel, 2006), p.24) lo que de hecho no era cierto, y por ende todo parece señalar que fue en Génova, en donde arribó al mundo, aunque fue en España en donde germinó para la inmortalidad.

Según sus propias afirmaciones, al promediar el año de 1469 principió a navegar alternando sus actividades de tejedor con expediciones comerciales de cabotaje por las costas cercanas a Génova. Es de anotar que antes de esa fecha, al parecer había accedido a ciertos conocimientos náuticos por las conversaciones que sostenía con marinos y negociantes de su tierra y eso alentaba su aire de soñador. Alrededor de 1474 intervino en una travesía por el mar Egeo rumbo a la isla de Quíos; dos años más tarde se embarcó en una flotilla que iba con destino a Inglaterra y el 13 de agosto de ese año fue víctima esa escuadra del asedio de un corsario francés y como la nave en que viajaba naufragó se vio compelido a llegar a nado a las costas lusitanas. Ya Lisboa era en aquel momento el epicentro mundial de diversas actividades ma-



rítmicas, entre ellas, las expediciones de exploración al litoral africano hacia el cabo de Nueva Esperanza y es factible aseverar que no solamente llegó al lugar indicado sino que asimismo se puso bajo la sombra de algún próspero comerciante genovés, cuya colonia era importante y numerosa a fin de trabajar en lo que ya más o menos conocía: el mar. Y como también tenía el don de gente es viable conjeturar del mismo modo que rápidamente halló el apoyo que requería en esos difíciles momentos (Lucena Giraldo, p.23).

De hecho gozaba de innegable experiencia como marino porque desde finales de 1476 hasta 1479 efectuó una sucesión de viajes a Inglaterra, Islandia y Madeira que lo transformaron en un hábil navegante por esa zona del Atlántico. En ese año (1479) contrajo nupcias con Felipa Moniz, cuyo padre había sido criado de Enrique el Navegante, organizador de la política lusitana de exploraciones y descubrimientos. Eso le facilitó acceder por intermedio de su suegro, al cargo de capitán de puerto de Porto Santo y desde ese rincón manejó documentos relacionados con cartas de navegación, planos e instrumentos de ayuda para esa actividad, que aumentaron sus conocimientos astronómicos y náuticos, de mucha utilidad para su futuro. Al nacer su hijo Diego, se estableció en Madeira.

Entre 1480 y 1483 efectuó rápidos recorridos comerciales que lo llevaron a Lisboa, las Azores, las Canarias, Cabo Verde y la costa de Guinea y en ese periodo tan intenso recibió abundante y variada información acerca de las cuestiones más acuciantes de esas operación marítimas, los adelantos en el campo náutico, las expectativas por una nueva ruta a las Indias y una serie de anécdotas que fueron creando en su ánimo las condiciones indispensables para fantasear con una aventura de exploración a partir de una idea insólita en

aquel momento: que navegando directamente hacia Occidente se podía llegar a Oriente, inclusive a las tierras que Marco Polo había relacionado en sus viajes, China y Japón.

Sobre el particular bueno es recordar y repetir que el comercio de las especias y otro tipo de productos apetecibles en el Viejo Mundo se hallaba restringido en grado sumo desde que el Imperio otomano había cerrado las posibilidades de enlace y expansión mercantil en el Mediterráneo, y por ende el encuentro de un derrotero alternativo, que no fuera usual, o sea por la costa africana ya que favorecía únicamente a los lusitanos y que era además muy onerosa, podría garantizar prestigio y riqueza. Y entonces este hombre –Colón– versado de los documentos más autorizados de la época sobre el arte de marear y las embarcaciones más adecuadas para esos desplazamientos y, así mismo, como estaba al tanto de la correspondencia que había entre el canónigo de Lisboa, Fernando Martinis y el cosmógrafo florentino, Paolo Toscanelli, quien consideraba que la distancia entre los extremos occidental de Europa y oriental de Asia no era tan colosal como se presumía por el común de las personas, y que podía salvarse rápidamente, le hizo no solo ponerse en contacto con ese científico entre 1480 y 1482 y enterarse de más pormenores, sino que después tuvo la impresión de que podía ejecutar ese atrevido designio, convencido como muchos amigos de la ciencia de entonces, de que la tierra era redonda (Lucena Giraldo, p.25).

Con mucho entusiasmo se puso Colón a elaborar un proyecto en tal sentido, y en 1484 se lo presentó oficialmente al rey lusitano Juan II y tras el dictamen de una erudita comisión de expertos sobre la eventual pertinencia del mismo, fue rechazado por improcedente. Y como si fuera poco su desencanto, había quedado viudo, por lo que es de sospe-

char su estado de ánimo, totalmente aplanado. Mas, existe en la historia de los sucesos un síndrome advertido por Jung, el sincronismo, o sea aquel evento fortuito que de pronto en un momento dado brota y con esa gestación contribuye a encumbrar una causa que se venía reputando irrealizable y eso no depende de nadie ni siquiera de la nada, solo del acaso. Pero es mejor continuar con el relato a fin de vislumbrar cuál pudo ser el evento sincrónico que puso en marcha todo ese aparato burocrático que desembocó en la hazaña del genovés. Por el momento es mejor seguir la pista de los acontecimientos que el día a día le deparaba, para que desde ahora se mire si ese concepto moderno con cierta buena voluntad se puede acomodar y darle el crédito correspondiente.

Pues bien: Aquella desazón que sentía disminuyó al entrar en trato, el genovés con un piloto que, poco antes de fallecer, le contó que durante una expedición que había zarpado de las Azores y que más tarde había alcanzado por el oeste, el mar de los Sargazos, al desviarse por la fuerza de los vientos hacia el norte, alcanzó a percibir en ese intervalo la presencia de aves y otras señales que le hizo conjeturar que Asia no quedaba tan lejana como se sospechaba. Eso alegró en grado sumo al genovés puesto que le confirmaba que su plan era asequible y que en realidad ese continente no se hallaba tan remoto y le instó a mirar hacia el vecino de Portugal, España.

Entonces tomó la arriesgada medida de ir con su hijo a Huelva, donde se encontraba el convento de La Rábida con el fin de buscar apoyo y protección para su proyecto. Algunos historiadores sostienen que fue ahí donde tuvo lugar el encuentro con el marino que le refirió la anécdota arriba citada, pero eso no se compadece con la realidad, porque el

genovés requería de una nueva información sobre el particular, para arriesgarse a liar bártulos y marcharse a otro país. Todo apunta a que persuadió a los frailes de su propósito ya que con el apoyo de Antonio de Marchena y Juan Pérez consiguió en enero de 1486 entrevistarse con los Reyes Católicos y exponerle su proyecto, y aunque solo impresionó a Isabel, ese designio tras ser sometido al escrutinio de una junta encabezada por el teólogo Hernando de Talavera igualmente fue tachado de inverosímil. No obstante, algo de esa trama quedó en el ambiente, pues recibió la indispensable asistencia real mientras se finiquitaba la toma de Granada a comienzos de 1492 para adoptar una decisión definitiva (Lucena Giraldo, p.26).

Con el paso del tiempo y en ese ir y venir de lo cotidiano el genovés no solo ensanchaba el círculo de sus amistades sin aflojar en su empeño, sino que en Córdoba lo flechó Cupido cuando conoció a Beatriz Enríquez de Arana con quien después tendría a su vástago Hernando, y ese conjunto de eventos favorables aclimató su temperamento. Alentado, pues, por tantas perspectivas y terco como era, tras la culminación de la reconquista ibera, consiguió que de nuevo su plan fuera revisado por otra junta, conformada por el ilustre cardenal Mendoza, fray Juan Pérez, Luis de Santángel, tesorero del rey Fernando de Aragón, y Alejandro Geraldini, legado del Sumo Pontífice Inocencio VIII, quienes se mostraron interesados pero parcos ante las extravagantes exigencias del genovés que codiciaba todo: el almirantazgo de todas las islas y tierra que descubriera, título que heredarían sus sucesores, la gobernación y el virreinato, la décima parte de los productos obtenidos y la octava de cuantos bajeles se pertrechasen para diferentes descubrimientos y aunque las negociaciones fueron difíciles, la intervención oportuna

de Santángel redimió el plan y finalmente eso convenció a la Reina Isabel.

Ese fondo de la expedición concita aún esta pregunta: ¿Qué era lo que se perseguía, una ruta o la parte trasera de Asia, andando por Occidente? Al principio parece que la idea era hallar el derrotero perfecto con los lugares específicos y eludir el bloqueo otomano, más tarde con el curso de incidentes relacionados con la navegación de aquel entonces, pistas, rumores, leyendas, y la nueva convicción que tenía el genovés acerca de una sucesión inhóspita de islas y tierra firme que formaban parte del continente asiático, cambió de parecer y habló de una expedición de descubrimiento y conquista. Pero la cuestión que todavía sigue latente es: ¿Cómo hubieran reaccionado los chinos o los japoneses en el caso de que se hubiera descubierto y conquistado un conjunto de islas que eventualmente eran suyas? ¿Tenía alguna salida Colón? No, y eso lo dejó al albur sin una estrategia que permitiera sortear ese acaecimiento. Sin embargo la Corona tomaría sus precauciones sobre el particular como se advertirá un poco más adelante si bien no sobra reiterar aquí la presencia del insólito tópico del sincronismo.

Al cerrarse las negociaciones con éxito, el día 17 de abril de 1492 se firmaron las capitulaciones de Santa Fe sobre cuyo argumento no hay titubeo: los Reyes Católicos —es pertinente añadir que no sé hasta qué punto Fernando el Católico estaba persuadido de la bondad de ese proyecto—, accedieron a todas las pretensiones del genovés, como si en el fondo de su corazón, ellos entrevieran que eso era un disparate y que de pronto podría suceder que se tropezara simplemente con una ruta distinta a Oriente y punto. No aspiraban a más, no obstante, dedujeron que si acaso se coronaba la gesta, sería a la sazón pertinente luego reajustar lo estipulado en

términos más comedidos. Eso trajo posteriormente una serie de problemas judiciales y extrajudiciales que afectaron las relaciones entre la Corona y el genovés. Especialmente con el rey Fernando el Católico y su cerrado círculo aragonés.

Hasta ese instante la imagen de Cristóbal Colón era la de un hombre indomable, ambicioso y constante en sus designios y adyacente a su persona, la serie de individuos que jalonaron la marcha de esa historia parecían así mismo reservados al comienzo pero después entusiastas y hasta cómplices de su plan, convencidos de la conveniencia de la expedición en pos de la indagación de nuevos horizontes geográficos que engrandecieran al nombre de Cristo y a la Corona de Castilla. Tal vez allí radicó la indolencia de Fernando de Aragón, y por eso repetía a menudo: “Qué gran condimento es el ajo” y relativizar de ese modo a las otras especias que eventualmente se iban a encontrar por aquellas lejanas latitudes.

La preparación de esa aventura tuvo connotaciones románticas o extravagantes, por muestra que la Reina Isabel empeñó sus joyas. ¿Cuáles y qué cantidad o si eran de buena calidad? ¿Por qué? Porque debía tener ya muy pocas dado el gasto excesivo de la campaña de reconquista que la obligaron a usar ese recurso tan propio del Medioevo con el fin de eludir el pecado del préstamo con interés, o también que ciertos frailes hicieron lo mismo con los caudales que manejaban, etc., sin que esas aseveraciones fuesen indiscutibles, y pese a esos rumores, de hecho, tuvo un costo exorbitante para la época: dos millones de maravedíes (Lucena Giraldo, p.26) —unos cinco millones de dólares o más para la época de hoy según mis cálculos precarios y provisionales— y que en contexto fue sufragado casi en su integridad por Santángel, de ahí su ascendiente en la Corte, y por un

grupo de banqueros, comerciantes genoveses y florentinos que atentos al giro del tiempo, admitieron que allí, en esa empresa, existía en ciernes un filón de oro, que les permitiría por un lado recuperar no solo lo invertido sino lo que la Reina Isabel les adeudaba y por otro lado los beneficios de la aventura tras los acuerdos de Santa Fe, como inversionistas capitalistas. Esto no se debe olvidar y por ende considero que no tuvo nada de sentimental, más bien fue aquel eventual detalle, un gesto simbólico de la Reina Católica —de los tantos que hizo a lo largo de su fructífera vida— y de esa manera saltar a la posteridad como la gestora generosa de ese proceso-suceso.

El día 22 de mayo de 1492 puede reputarse como el inicio de la gesta que cambiaría la disposición material del mundo occidental, ya que llegó al puerto de Palos la orden real que ordenó la forzosa colaboración de la villa en tal faena logística y, al efecto, debía proveer al genovés de varias carabelas de armada. El léxico para los diversos barcos era confuso para aquella época, porque los constructores o los encargados de redactar los documentos de viaje utilizaban términos incorrectos desde la denominación de coca o coque, navío mercante de casco redondo y escasa navegabilidad concebidos para viajar en la región canaria hasta la denominación de carabela, un bajel con el casco más alargado, con una vela triangular y adaptado para navegar contra el viento (Fernández-Armesto, 2006, pp.189 y ss.) y por consiguiente había que tener precaución a la hora de elegir el tipo de embarcación para no exponer la empresa con un equipo inadecuado.

No obstante la buena voluntad de la municipalidad en colaborar con la ordenanza regia, fue ineludible: arrendar un navío cuyo propietario era Juan de la Cosa y aunque había

un término perentorio de diez días para culminar los preparativos, los mismos solo se cumplieron en diez semanas, y eso gracias a la fructífera intervención de los hermanos Pinzón pues se pudo no solo completar la tripulación que exigía más de cien hombres sino el eficaz abastecimiento de las naves para tal fin. El nombre de cada uno de esos galeones o embarcaciones, “La Pinta”, “La Niña” y la “Santa María” se popularizó enormemente, y sería impertinente aquí recabar sobre las características más trascendentales de las mismas. Consecuente con lo anterior, es apropiado, en cambio, indicar que el 3 de agosto de 1492 una nao (Santa María) al mando del genovés, y dos carabelas, una, al mando de Martín Alonso Pinzón (La Pinta) y la otra, al mando de Vicente, su hermano (La Niña) zarparon con destino a la gloria (Lucena Giraldo, p.28).

Los Reyes Católicos, con innegable moderación y obrando con incuestionable cautela, le hicieron llegar al genovés unas cartas dirigidas al gran Kan de Tartaria, por si acaso eran compelidos por las tropas de aquel exótico reino y mostrar que iban en son de paz. Igualmente le pusieron a su disposición a un judío converso, Luis de Torres, un políglota consumado para que le sirviera de intérprete en aquellos países orientales en un momento dado y esa postura de la Corona, fortalece mi convicción de que en realidad los patrocinadores de esa expedición aguardaban únicamente que se hallara una ruta y unas tierras que pertenecían a China o Japón y que era útil mostrar cuáles eran las intenciones de esos navegantes que se exponían en el contingente piélagos a nombre de la Corona de Castilla y hasta cierto punto en nombre de Cristo con fines pacíficos.

Esa actitud real sugería lo siguiente: Que había una remota posibilidad de que Colón acertase en su pretensión



y llegase a esas lejanas tierras y por lo tanto era preciso cubrirle las espaldas. Decía Kant que una cosa era posible cuando las acciones a emprender concordaban con las condiciones formales de la experiencia, y en este caso, en efecto, las acciones llevadas a cabo por el genovés se proyectaban sobre los presupuestos básicos de la experiencia náutica y hasta más.

El primer viaje de Colón (desde el 3 de agosto de 1492 hasta el 4 de marzo de 1493) fue un intento a ciegas para arribar al Japón y de hecho reputó que había arribado contiguo de su epicentro geográfico. Igualmente nunca se supo a cabalidad a cuál isla del Caribe llegó el 12 de octubre de 1492, y que bautizó San Salvador (los indígenas la llamaban Guanahani) porque las descripciones suministradas por él, fueron muy difusas y revelaban exageradas contradicciones para ser fiables, mas la isla que actualmente se llama Watling es la que mejor se ajusta a su representación y parece ser la que le acogió en medio del estupor de los nativos (Fernández-Armesto, pp.248 y 249).

A juzgar por los antecedentes que rodearon esa recalada, lo que más asombró al genovés fueron los aborígenes, primero por su desnudez, segundo por su ingenuidad, y tercero por su estado de naturaleza salvaje puesto que carecían de casi todo, especialmente de instituciones políticas y de solidez cultural. Mas eran felices en ese estado. Pero a pesar de esa simpatía que le despertaron, pensó luego en explotarlos comercialmente ya que eran unos esclavos en potencia y sumisos y como en realidad su expedición fue un fiasco en el sentido económico, mas no en el aspecto geopolítico, nada mejor que llevar uno que otro espécimen como muestra para evaluar esa posibilidad aterradora. Y entonces a partir de este momento la figura de Colón principiaba a palidecer

ya que comenzaba a perfilarse la atroz silueta del vencedor sobre una raza inferior e incauta en grado sumo<sup>10</sup>.

El segundo viaje de Colón (desde el 25 de septiembre de 1493 hasta el 8 de junio de 1496) fue el intento por resarcir viejas heridas y por hallar un camino más corto a las Indias Occidentales. Lo primero no lo alcanzó, en cambio sí consiguió recortar ese trayecto y eso significó que los viajes desde entonces no fueran tan largos. Tras abandonar los restos del fuerte “Navidad” donde había dejado a sus hombres y dejar ese sitio, optó por fundar Isabela, la primera ciudad de los descubridores en el Nuevo Mundo pero ahí mostró que carecía de las dotes indispensables para mandar y eso provocó la primera sublevación indígena que reprimió con inusitada severidad. Es de ponderar que descubrió, igualmente en su afán por toparse con la retaguardia de la China o del Japón, las islas de Guadalupe, de Montserrat y San Juan Bautista, (Puerto Rico) pero eso no le colmaba completamente el saco de su interés. Por ende, desmoralizado el genovés porque no pudo tampoco hallar oro, decidió retornar, enfermo y frustrado a la Península Ibérica y como si fuera poco los indios que llevaba a bordo se le murieron en medio de una insu-

---

10. Este primer viaje dejó insatisfecho al genovés y quiso por ende retornar rápidamente, pero el mal tiempo se lo impedía constantemente. En cambio Martín Alonso Pinzón, logró zarpar por su cuenta y eso hizo sospechar a Colón de que su colega le era desleal y que buscaba a todo trance opacar su gloria. Es de suponer el estado febril en que entró este navegante y tras múltiples avatares alcanzó a recalar en Las Azores y después enfiló la proa rumbo a Lisboa. ¿Que pretendía con esa maniobra? Lo único cierto de esto fue que se entrevistó tres veces con el monarca luso quizá, con el intento de comprometerlo en una segunda expedición, pero parece que tampoco tuvo eco en la Corte y se vio compelido entonces a cruzar la frontera y reportarse ante la corte castellana. Para su suerte, Pinzón, quien había arribado primero a las costas ibéricas, había muerto de repente y por ende no podía ya disputarle el laurel (Nota del autor. Véase además: Fernández-Armesto, pp.252 y 253).

bordinación de su tripulación lo que aumentó su amargura. En ese sentido tal desplazamiento marítimo fue un fiasco ya que no logró el objetivo que acariciaba que era de tipo económico aunque es preciso asentar que las cosas en el Nuevo Mundo entraban a tomar un rumbo diferente tanto para los descubridores déspotas como para los sumisos aborígenes<sup>11</sup>.

El tercer viaje de Colón (desde el 30 de mayo de 1498 al 25 de noviembre de 1500) tenía por objetivo introducir nuevos cultivos como la caña de azúcar en esas tierras y establecer además una política de repartimiento de tierras entre los colonos de las Indias (Lucena Giraldo, p.30). Sin embargo es menester aclarar que a pesar de que los privilegios le fueron confirmados por los Reyes Católicos, ya empezaba a sentirse en el ambiente una cierta prevención hacia su capacidad como gobernante, no obstante deseosos Fernando e Isabel de contar con su pericia como navegante se plegaron a sus deseos de estimular otra expedición. En

---

11. Poco antes de regresar de su primer viaje, Colón decidió construir un fuerte con la madera de su navío siniestrado y dejó en ese cuartel a treinta y nueve hombres y cuando partió finalmente el 15 de enero de 1493 para el Viejo Mundo, no tenía ni la menor idea de que jamás los volvería a ver con vida, ya que por razones que aún se desconocen, fueron masacrados por los aborígenes. Desde la perspectiva de la historia eso representó para los nativos una victoria pírrica porque le daría armas más tarde a los descubridores para proceder con mano dura en exceso. Un acto aislado de un puñado de hombres enviscó a los altaneros españoles que muy pronto iban a tomar represalias por ese acontecimiento. Sin embargo es menester indicar que aunque no hubiera sucedido esa masacre, los iberos iban a proceder igual, dada su idiosincrasia y su talante para la agresión al más débil. Es de suponer además que siendo esos ibéricos novicios en ese tipo de actividad y que gastaban su tiempo en lo que podían hacer, que no era nada, mas como no sabían con quién trataban, fueron dando bandazos, sonando la tierra y aprendiendo a ser malos huéspedes, e igualmente con seguridad que rápidamente aprendieron a no esperar y sobrevino lo que tenía que sobrevenir en un asunto tan delicado y de esa índole en tierra extraña y exótica: la confrontación con las secuelas anota-das (Nota del autor. Véase además: Fernández-Armesto, p.252).

este trayecto descubrió la isla de Trinidad y la costa que creyó que era otra isla, Venezuela, y al entrar al golfo de Paria se convirtió en el primer individuo en arribar al continente suramericano. En agosto de 1498 retornó a su base en La Española en donde halló una profunda disensión por la escasez de perspectivas de hallar riquezas entre su gente y entonces pactó con los rebeldes la remisión de una cuota de esclavos para venderlos en el Viejo Mundo y obtener los beneficios del caso. Pero enterados los Reyes de esa decisión, y disgustados con la misma, enviaron a Bobadilla, para que se hiciera cargo de la situación política de la isla y por ende Colón y sus hermanos terminaron presos y devueltos a España donde llegaron cargados de cadenas y de escarnio. A pesar de que otra vez le confirmaron sus prerrogativas, sin embargo, esta vez, lo apartaron del gobierno de la isla y todo parecía, por ende, empeorar para el genovés puesto que ese nuevo periplo había sido un fiasco en el peor sentido de la palabra ya que se hallaba inclusive despojado de todos sus honores (Lucena Giraldo, p.30).

El cuarto y último viaje de Colón (desde el 11 de mayo de 1502 al 7 de noviembre de 1504) significó el esfuerzo final de la Corona ibera por facilitarle un medio para que alcanzara sus objetivos económicos en las Indias Occidentales, y por eso le autorizó otra expedición que salió de Cádiz y llegó esta vez a Honduras y pudo recorrer, sin saberlo, todo el istmo centroamericano hacia el sur bordeando Nicaragua, Costa Rica y Panamá; igualmente se enfrentó al mal tiempo y perdió dos barcos, resultando así mismo los otros dos bajeles dañados, aunque pudo en todo caso recalar en Jamaica en 1503. Allí se enfermó de artritis y permaneció un año en espera de auxilios que debía mandarle Nicolás de Obando, Gobernador de las Indias Occidentales, quien lo recibió más

tarde en La Española, pero no le devolvió el poder que tanto ansiaba. En 1504 retornó al Viejo Mundo y ya de ningún modo retornaría porque su principal animadora, la Reina Católica murió un mes después y luego todo se convirtió en una sucesión de desplantes y polémicas que terminaron por acabar con su vida el 21 de mayo de 1506. Se marchó de este orbe sin saber que había descubierto un Nuevo Mundo que además abría un abanico de posibilidades en el agitado panorama geopolítico a Occidente que tanto lo requería. A pesar de esos frutos es procedente añadir que sin embargo sus desplazamientos desde Europa hasta las Indias Occidentales, resultaron todos un fracaso desde el punto de vista de su ventaja económica, no así los intereses mercantiles de la Madre Patria que resultaron favorecidos con esa hazaña.

Colón fue pues sin proponérselo y en su calidad de descubridor del Nuevo Mundo, el progenitor del vencido por estas latitudes más tarde o el que principió a mutar al nativo de su ser ahí en el mundo como tal por el ser ahí en el mundo del vencido, y el artífice de todo lo que sobrevino a continuación en este hemisferio que desde 1507 ya se conocía como América, en honor, quién lo creyera, al navegante Américo Vespucio, un florentino que en la primavera de 1503 le había escrito a Lorenzo de Médici, una carta acerca del Mundo Nuevo en la que comentaba esa novedad geográfica (Lucena Giraldo, p.24). A pesar de que los periplos del genovés implicaron un descalabro en el sentido natural de la palabra, ¿no era entonces forzoso que ese proceso expedicionario en lo sucesivo fracasare de contera? Es ahí precisamente donde hay que examinar al sincronismo en el marco de la tradición de los sucesos del orbe para determinar si fluía un imperativo vinculante desde la sombra entre la fuerza extraña que lo puso a circular y la actitud del destinatario para plegar-

se consciente o inconscientemente al peso de su autoridad dada la formulación cósmica. ¿Tuvo razón Kant cuando dijo que aquello cuya interdependencia con lo real se hallaba determinado por las condiciones universales de la experiencia era necesario que sucediera? Escapa al contenido de esta obra, resolver esa incógnita, sin embargo eso no obsta para que cualquier filósofo escudriñe el sentido de esa pregunta, sopesa el trabajo del padre del idealismo alemán y verifique el contexto de esa situación, y defina más tarde pautas concretas a fin de hallar una respuesta si es que la hay en este mundo. A mí por lo menos me seduce esa idea, puesto que abre un campo de probables explicaciones menos etéreas.

La historia es rica en matices y contrariedades, en la actualidad se ha estimado que los grandes viajes de exploración, como los de Colón y luego los de Magallanes y Vasco de Gama, si bien causaron conmoción y entusiasmo, esa sacudida fue momentánea y pasajera, ya que favorecieron muy poco a la nueva generación para que las travesías de un sitio a otro fueran más frecuentes, lo que pudo ahogar el plan del genovés<sup>12</sup> y de la Corona ibera de expandir el

---

12. Es puntual indicar que Colón principió la faena de pautar el perfil de la tierra ignota con la ayuda de avezados aborígenes que le servían de guías para navegar por el mar Caribe a través de rutas que enlazaban a todas las islas con propósitos mercantiles y de ese modo pudo captar el tráfico comercial desde la parte central de México hasta Yucatán y por el delta del río Misisipi y eso sucedió a partir de su segundo viaje con un poco de más confianza porque ya tenía una noción de las islas que había en medio del piélago. En 1498 fue cuando realmente descubrió el continente americano al arribar a la desembocadura del río Orinoco y acuñó el término o el concepto de “otro mundo” para señalar la gran masa de tierra que formaba parte de Asia, un “orbe que Alejandro y los romanos desearon conquistar...” y nunca se percató de su error, aunque aún cabía la posibilidad tras la expedición de Magallanes más tarde, de que el anhelado paso hacia el Asia se hallara en el norte del Atlántico. Esa ilusión se acabó cuando finalmente se concluyó que eso era un Nuevo Mundo y punto (Nota del autor. Véase además: Fernández-Armesto, pp.311 y ss.).

horizonte mercantil. Y eso no aconteció porque a partir de 1565 la situación de las expediciones tomó un giro diferente cuando se conoció una ruta menos arriesgada desde Filipinas hasta México por parte de Andrés de Urdaneta y Alonso de Orellana y se determinó a la sazón la extensión del océano y se reorientó la estrategia para hacer viable económicamente la frecuencia exploradora. Entonces: ¿Qué sobrevino en aquel momento (1499-1506) de efervescencia y calor por las gestas de Colón y sus secuaces? De pronto un eventual presentimiento de enriquecimiento fácil y eso se apoderó del ambiente porque muchos entreveían que el derrotero que llevaba a esas lejanas tierras bien podía repetirse con mejores resultados y por eso una horda desafiante de aventureros se embarcaron y arribaron luego a estas latitudes con ese fin, para atiborrar su apetito desbordado y para llenarse de gloria, aupados por los Reyes Católicos que intuían algo grandioso tras bambalinas<sup>13</sup>. Aunque es de recibo añadir que también remitían a los contumaces, a los condenados y a los delincuentes para que pagaran con su presencia en tierra extraña sus penas y sacarlos de la sociedad española en donde no podían ya vivir. En fin, fuese lo que fuese sobre el particular, pululaba en el escenario un acento que invitaba al riesgo y a la apuesta de alcanzar la cima o precipitarse por la sima. Y ese esfuerzo por intentarlo hay que abonárselo a los peninsulares ya que de lo contrario muchas cosas no ha-

---

13. Dadas las contingencias de tal periplo y los riesgos superiores a los normales que eso conllevaba, instó a muchos sensatos a quedarse en tierra y no aventurarse en expediciones en donde estuviera comprometida la seguridad de todos y por eso uno cavila si acaso no hubiese sido mejor para esta parte del globo terráqueo que hubiesen arribado ese tipo de personajes, capaces de hacer todo bajo el manto del sentido común y de humanidad. La respuesta ni un oráculo la podría suministrar ahora (Nota del autor).

brían sucedido. ¿Como cuáles? Es indiscutible que así como no hay libro malo que no contenga algo bueno, como decía Cervantes, de igual manera no hay acciones humanas malas en que por lo menos aparecieran otras acciones si no malas, por lo menos regulares o buenas, porque las hubo aunque en este escenario no se tratara de estudiar ni la identidad plena del vencedor con sus virtudes —escasas— y con sus defectos —múltiples— ni tampoco aludir a la similitud/diferencia entre el vencedor y el vencido, sino de hallar el sentido del ser, a este último a través del tiempo a fin de focalizarlo y después mostrarlo de una manera genuina como ser ahí en el mundo...

Durante el año de 1498 tras el tercer viaje de Colón, la Corona ibérica bajo la férula del primado de España Juan de Fonseca (1476-1524) consideró seriamente que se había arribado a la tierra firme de Asia y entonces optó unilateralmente por apartar al genovés de la empresa y a organizar por su cuenta las futuras expediciones que iban a descubrir las costas septentrionales de Suramérica; expediciones que recibieron el nombre de “viajes menores” o “viajes andaluces” y le correspondió entonces al ágil navegante Alonso de Ojeda (1468-1515) emprender en 1499 los preparativos de esa aventura junto a Juan de la Cosa (1449-1510) y al florentino Américo Vespucio (1451-1512) y para tal fin recibió el mapa de Paria elaborado por Colón para que se guiara durante la travesía. El 18 de mayo de 1499 zarpó y en 24 días recorrió con sus hombres el Atlántico y tras algunos avatares en lo que hoy es Venezuela, contorneó la península de La Guajira hasta llegar a un promontorio blancuzco que tanto él, como De la Cosa, bautizaron Cabo de la Vela. De esa manera había entrado al lado de su colega, a territorio patrio pero no prosiguió en la hazaña ya que era indefectible re-



gresar a España para organizar otra expedición con mejores elementos de juicio y con más herramientas logísticas (Del Castillo Mathieu, pp.104-105 y 106).

Colón ¿héroe o villano? A 500 años de su fallecimiento, esta es la cuestión que me exaspera, porque no puedo hasta ahora decir lo uno o lo otro con meridiana claridad y aunque el principio de que siempre toca tomar un decisión por muy dolorosa que fuese, es de recibo, aquí por el contrario, será viable dejar latente la cuestión, esperar los golpes del destino para que fuesen los hechos subsiguientes los que le mostrasen al lector si fue lo uno o fue lo otro.

### **Segundo Apartado**

**“Cualquier novedad se diluye en otras novedades...”**

#### **Valery**

**Si en efecto Colón fue el encargado de ejecutar –bien o mal– lo que se denominó el descubrimiento de América, en cambio el honor del descubrimiento de lo que hoy es Colombia le correspondió más tarde a Rodrigo de Bastidas (1468-1527), un joven que antes de cumplir 30 años ya había estado con Colón durante su segundo viaje (1493) y que al retornar a España, fijó su residencia en el sector de Triana de Sevilla, mas no como notario como algunos supusieron, mejor como vecino y ahí pudo advertir de los rumores que circulaban acerca de las perlas encontradas por Cristóbal Guerra y Peroalonso Niño durante sus despachos a las costas de Venezuela y sus alrededores (1499-1501). Eso le instó a probar fortuna para llenarse de gloria, como era en aquellos momentos el anhelo de la juventud que habitaba por esas latitudes, y al efecto organizó dos naves y se asoció con el experto Juan de la Cosa para que a finales de septiembre de**

1501 zarparan desde Cádiz para cumplir con ese propósito y por esas cosas del destino con ellos iba como simple soldado, Vasco Núñez de Balboa.

A ese sevillano le cupo pues en suerte descubrir en compañía de Juan de la Cosa toda la costa Atlántica, proeza que ejecutaron en menos de cuatro meses –primer semestre de 1502– y además tuvieron el privilegio de mirar desde sus bajeles la imponencia de la Sierra Nevada al entrar en la bahía de la futura Santa Marta y más tarde pusieron en peligro sus vidas al pasar por la desembocadura del río que bautizaron Grande de La Magdalena, en abril de 1502. Incluso se dijo que habían avistado a lo lejos las aguas de la bahía de la ulterior Cartagena si bien lo incuestionable fue que prosiguieron los dos, su recorrido por el litoral avistando a Barú, las islas del Rosario, el golfo de Morrosquillo y el golfo de Urabá y que solo tras el deterioro de las naves tuvieron que retornar a La Española, la capital de hecho de las Indias Occidentales y posteriormente se devolvieron para Cádiz a donde llegaron abrumados de vicisitudes en septiembre de 1502. En 1525 después de su vuelta al Nuevo Mundo fundaría la ciudad de Santa Marta, ubicada en la bahía más linda de América.

O sea que en este singular personaje concurren las dos calidades, la de descubridor y la de fundador de una villa en el Nuevo Mundo. Empero debe recordarse además, que otros personajes de baja estofa o bien intencionados incurrieron por estas tierras y descubrieron lugares o fundaron villas, mas por razones de espacio no se pudo señalarlos. Eso ya se dijo en el primer tomo de esta obra, y a ella remito al lector.

Es oportuno afirmar a la sazón que con Rodrigo de Basti-

das se cerró nominalmente el ciclo del descubrimiento promovido por el genovés para dar paso al terrorífico periodo de la conquista tan repleto de agresiones y de pesares, una especie de noche de san Bartolomé pero duradera.

¿Qué beneficios dejó? Lo escaso que acabo de expresar pero que más adelante ampliaré han sido concisos, aun siendo algunos muy poco explicables, pero dependerán sin duda de teorías y pruritos sobre lo bueno o lo malo y por eso será preciso un cierto cálculo, una abierta especulación sobre lo que aconteció y las improvisaciones en que se incurrieron que revelaron una relación insólita entre un desconocido con otro desconocido en medio de lo extraño y misterioso de un entorno que parecía reclamar medida. Si dejó beneficios, los resultados rápidamente se evaporaron por la llegada de otra fase y luego la otra etapa y si dejó perjuicios, estos en cambio se agigantaron tras la llegada también de la otra fase seguida enseguida de la otra etapa, la conquista.

Lo trascendental hasta ahora ha sido que se ha distinguido el sentido del ser... por intermedio del tiempo en que ocurrió el descubrimiento de América. Y por ende el concepto de lo que “es” dejará de ser teórico y mutarse en un contenido práctico pues avaló que tuvo el nativo experiencias empujadas en el marco de una temporalidad exacta... que le serviría para ir al ser ahí en el mundo... o sea lo que estaba a la mano y lo que iba a estar ahí delante.

Los personajes que arribaron a las costas de las Indias Occidentales, como descubridores tras Colón, y después como conquistadores tras Bastidas, y más concretamente los que vinieron a estas latitudes, lo hicieron bajo una denominación distinta, ya no por azar o por otra circunstancia sino para ejecutar unos cometidos específicos de la Corona ibera

en virtud de los acuerdos que se suscribían acorde con las condiciones del momento, o simplemente para deambular o cumplir distintos deberes y disposiciones legales o penales. Y de contera llegaban los curas para evangelizar, y aunque esa oleada de afluencia ibera fue metódica y consistente significó además en términos materiales que era adentrarse en territorios que aún permanecían ignotos e incorporarlos mediante un mecanismo no muy expedito de búsqueda y conquista, a la Madre Patria habitualmente por la fuerza de las armas y muy pocas veces, contadas diría yo, por la pujanza de la palabra de Cristo, una de las intenciones del soberano de turno en España.

Conviene agregar entonces aquí que pese a las intenciones globales del Reino<sup>14</sup>, que en el marco del descubrimiento luego de los viajes de Colón y después en medio de la conquista y de la colonia se fraguó una especie de exaltación demoníaca desplegada por esa caterva de descubridores, de conquistadores y de colonos sin parangón ya que al carecer casi todos ellos de metas generosas, o de propósitos medianamente honestos dentro de ese proceso, solo los guiaba inicuos fines materiales y groseros muchas veces, con el designio de conseguir el caudal y alcanzar la gloria sin importar nada, y de ese forma por ejemplo mientras en el Nuevo Mun-

---

14. ¿Hasta qué punto esa afirmación es viable? No lo sé. Simplemente especulo que las decisiones que se tomaron durante esos ciclos, del descubrimiento, de la conquista y de la colonia, vistas normativamente hablando nacieron de cada circunstancia, acompañada de una voluntad de poder, en lugar de una legitimación de la intención supestandamente bienhechora que se perseguía con cada decisión... que revelaba la omnipotencia del soberano o de sus validos para imponer el punto de vista que para cada uno de ellos allá en la distancia era el mejor pero que aquí lo acomodaban a su antonjo (Nota del autor. Véase además: Safranski, p.213).

do las huestes del ibérico asolaban todo, allá en España, en cambio, se oraba porque le fuera bien a esa canalla impía<sup>15</sup>.

Esto forjó un esquema hipócrita de unidad y esparcía, igualmente unas notas de extravío paradójico puesto que el mantenimiento de la religión cristiana era un asunto que interesaba a los españoles para exteriorizar su compromiso con el mundo de Dios allá en la lejanía, mientras acá, el deber era solo con la brutalidad a fin de adorar de un modo perverso, por no decir otra cosa, al dinero y a la satisfacción y renovar de boca para afuera su obligación literal con la Iglesia. ¡Vaya contraste!

La plegaria y la penitencia fueron en España, los conceptos fundamentales para alcanzar el favor celestial, mientras que la agresión y la codicia fueron los conceptos fundamentales en la América Hispánica para acceder a la satisfacción terrenal, una de las máximas pretensiones del hispano. Y de Dios muy poco por estas latitudes, ese fue un efecto pernicioso de ese trágico proceso de la conquista. En ese sentido, los musulmanes fueron más consecuentes en la península, ya que además de introducir su cultura dejaron constancia igualmente de su sentido religioso con imponentes obras y con reiteradas actitudes para con su prójimo. Eso no sirvió

---

15. Si la noche de san Bartolomé (1572), esa espantosa carnicería que embadurnó de ignominia a Francia y a Roma ya que fueron degollados en París, todos los hugonotes sin compasión de ninguna índole, podría reputarse el preludio de la violación de los derechos humanos, de un modo formal en el orbe occidental y para efectos estadísticos, si se quiere, sin embargo la eterna, fue la noche aciaga de las Indias Occidentales desde 1512 por situar esa fecha, ya que también podría reputarse como la piedra de toque en la sistemática violación de los derechos humanos y de todo aquello que representara la cultura de esa tierra. Con un agravante, por lo menos los galos invocaron un triste y ladino propósito, extirpar la herejía; en el Nuevo Mundo, en cambio, fluyeron otros fines más protervos, la codicia y el afán de gloria como sacados del averno por parte de los iberos (Nota del autor).

de modelo ni a los castellanos, ni a los andaluces, ni a los vascos ni tampoco a los aragoneses.

¿Qué hubiera acaecido si alguno de esos descubridores conquistadores o colonos ibéricos hubiere llegado con el encargo de transmitir la cultura de su ancestro tal como la recibieron de los árabes o de aquellos pueblos, visigodos, romanos etc., que en su momento los poblaron y los formaron de un modo peculiar pero con circunstancial buena fe? Tal vez no se hubiera dado el fenómeno social del vencido... o se hubiera minimizado en debida forma o ajustado a las debidas proporciones en un evento de esa envergadura como lo fue el descubrimiento, la conquista y la colonia. Pero como había que establecer o implantar previamente la condición de vencido en los habitantes de esta parte del hemisferio de Colón a fin de alcanzar los malévolos designios todo se escondió o se empequeñeció a través de reproches —eran ignorantes—, con quimeras —había que instruirlos en la fe cristiana—, o con esperanzas diluidas —el futuro será mejor— como si con eso se distribuyeran los ingredientes para aliviar la carga siniestra de la depredación y de la depravación.

Hay un asunto que es preciso admitir desde ahora, no estaba España incluida en el escaso número de aquellos países que se han perfeccionado en el mundo a sí mismos, porque muy pocas cosas de su gente eran dignas de hacer fruncir el entrecejo o de arquear las cejas a los demás y al carecer de una forma específica de manejar con decoro el arte de prosperar y de hacer progresar a los demás como hizo Macedonia o Roma, quedó la sensación de que fue un fiasco ese golpe de la fortuna.

Desde luego que es preciso reconocer que cada formación

cultural, una vez fraguada según unos estándares principia a ser minada por la fuerza de la vida, una especie de antítesis hegeliana/marxista, un devenir incesante cuyo ritmo agitado reclamaba con fruición una nueva síntesis. En los pueblos sometidos ese proceso ha durado mucho, en los pueblos poderosos no tanto, pero sin embargo subsiste un forcejo dialéctico en pos de una diferente forma de comprender al fenómeno del vencido o ese ser ahí ante la existencia. Mas hay que entender esa formación cultural como la implementación de un modo de asumir la existencia, aquí con unos parámetros que resultaron exóticos o extraños para los nativos de estas tierras, que no entendieron ni los parámetros ni mucho menos los contenidos de esos parámetros. Ese es otro hilo conductor que se derivó del concepto fundamental del tiempo y del espacio y si a eso se le agrega la anticipada conclusión de que carecía la península de esa capacidad estratégica de promover la cultura, estimular el avance social o aupar el desarrollo de aquellos pueblos que estuvieron bajo su férula, otra sensación de que se aró en el desierto y se sembró en el mar quedó flotando en el ambiente.

Ahora bien: Uno está ubicado ahora frente al fenómeno del descubrimiento que generó no solo el sentido del ser del indio, después dos etapas de actividades, la conquista y la colonia, y entonces afloró en medio de esos tres fenómenos políticos, y por secuela de los mismos, no solo el sentido del ser, sino el ser ahí en el mundo del nativo y del esclavo y posteriormente el ser ahí en el mundo del vencido de ambas razas, como una crisis, y en este caso, al indio primero y más tarde al negro le correspondió vivirlas y en el contexto de ese esquema de entes serán, las fuentes de la precomprensión y de ahí se derivarán más tarde —si se dieran las condi-

ciones propicias— las respuestas a las preguntas formuladas en el comienzo, o nuevas preguntas por el ser ahí en el mundo del vencido sin necesidad de buscar en la imaginación el orden que se reclama ontológicamente. Basta únicamente el acento histórico o la tradición que develaron o develarán el sentido del ser tras el descubrimiento.

La índole del fenómeno, en este caso, el descubrimiento por ahora destacado, y la conquista y luego la colonia española, como se mostrarán o como se manifestaron a través del tiempo y que le ha dado el sentido al ser, tributarían las claves de acceso al tipo de mecanismo que bien pudieran ser característicos del fenómeno social sucedáneo, el del vencido. Y de hecho hay que dar a esas claves de acceso, el tono sin tanto subterfugio.

Las claves de acceso son los hilos conductores y los conceptos fundamentales, eso no debe olvidarse aquí para ir preparando el escenario de una precomprensión del fenómeno del vencido. O el problema del fenómeno del vencido.

Fenómeno y problema, dos eventos que bien apoyados facilitarían conocer tantas cosas en este mundo fenoménico. El fenómeno del vencido, y el problema, su precomprensión. El contexto Europa, España, las Indias Occidentales y el problema a comprender: la gente, en medio el hábitat. Hay que mirar primero a Europa, como fenómeno social y como problema cultural para seguir avanzando en el tejido del final del descubrimiento de América y el posterior ingreso a su conquista y a su colonización, centrado en esta tierra, que ulteriormente se llamaría Colombia. Y posteriormente avistar al medio y al indio o al negro como problemas del mundo fenoménico.

Para lograr ese objetivo de observar ese contexto en el



Viejo Mundo, hay que subrayar las épocas de transición en la historia occidental a fin de poder entender por qué un país sí avanzó y el otro no, en este caso España no pudo y se retrasó. La expansión del orbe europeo más allá de sus estrechos confines empezó tras la gesta de Marco Polo y lo que aconteció después de su recalada, cargado de primicias fue de enorme importancia para avanzar en el progreso mercantil, especialmente en Italia. Y con este propósito, o sea tomándolo como referente, no será tangible mascullar que las condiciones geopolíticas de Castilla y de Aragón eran también favorables al cambio de frente, pero las circunstancias que imperaban en la Península Itálica, ya en el marco del renacimiento, con relación a la forma de notar el mundo diferían notoriamente de las que imperaban en la Península Ibérica. La explicación era que apenas emergían del cascarón de la opresión árabe y vacilaban sobre qué tipo de organización social asumir tras la liberación total. Y distinguían esos eventuales mecanismos de un modo bisojo, invertido y pesimista a ultranza, al contrario de Florencia, por ejemplo, donde el entusiasmo por el arte y por la buena vida, exultaba los ánimos y acompasaba las penas del diario vivir.

El Renacimiento italiano, puede definirse como un correr las cortinas del mundo para que se pudieran apreciar mejor las grandes obras que había en la tierra, y la manera adecuada o inequívoca de disfrutar de esas colosales obras maestras... En la Península Ibérica, por el contrario, nunca existió un clima semejante, ni siquiera durante su siglo de oro porque allá todo era de negro, luctuoso, triste y melancólico, la vida en suma, como obra de arte, era considerada casi por todos como indigna de ser vivida con intensidad. Ese talante ibérico se trasladó cabalmente a este Nuevo Mundo con las

consabidas consecuencias espirituales y un sentimiento de abulia, de insatisfacción que no fuera la riqueza y la gloria se apoderó de la gente que tenía capacidad para aspirar a esos goces.

Si habría que preguntar en aquel periodo, por el sentido del ser, por el ser ahí en el mundo del florentino habría que responder sin titubeos que el tiempo forjó la búsqueda de un sitio que vislumbrara el claro donde de pronto a lo que era obvio en la vida se le devolvía el sentido para ser feliz, mas, el preguntar en aquel siglo por el sentido del ser ahí en el mundo, en el español, habría que encogerse de hombros y simplemente afirmar que el tiempo fue la ocasión para apagar la posibilidad de iluminar la existencia...<sup>16</sup> y de ese modo se condujo por el orbe de entonces... sonámbulo y resignado en su tierra, mas cambió de aires cuando arribó entre ansioso o flemático a las Indias Occidentales...

Cuando pensaba en esos dos tipos de existencia, tan venturosa una y tan funesta la otra, en esa carrera recorrida con ambigüedad, una a paso tranquilo, otra a paso inseguro, me sorprendí del hecho de que hubiese sido un genovés el artífice de la gesta de las Indias Occidentales. Pero repuesto de esa sorpresa, simplemente asentí que eso era obra del talante itálico, que podía verse en ascensos prodigiosos de tantas personas a partir de los más humildes orígenes por la sola virtud de una inteligencia prudente o ingeniosa. Y el genovés fue uno de esos casos.

¿Qué factores influyeron en que fuera España y no otro país el que obtuviera ese portento? No ofrecía ese tiempo

---

16. Safranski, pp.490 y ss.

facilidades para desarrollar planes de esa envergadura, pues los dones del espíritu, especialmente el español, se hallaban a la sombra de una tradición ignara y de una inmensa institución, la Corona, y cubierto de las esperanzas de su siglo, pero de pronto, esa sociedad incapaz y sometida al rigor de la tradición, le dio paso a un hombre de ingenio, foráneo, para que llevara a cabo un plan descabellado... que más tarde se materializó. Sin embargo, ese éxito no vino acompañado de un cambio de actitud ante el mundo y sobrevino el desengaño y la frustración...

Entonces como desde España fue que resultó ese golpe de suerte, el del descubrimiento, pero nada de eso repercutió en lo social o en lo cultural por estas tierras y todo siguió igual y cada vez peor porque se mantuvo la idea de que había sido descubierto de un modo diferente, como guiado por la Providencia que le acompañaba además y de ese modo “providencial” fue conquistado y colonizado ulteriormente a sangre y fuego dadas las circunstancias del entorno indiano y como había el júbilo que despertaba rápidamente la posibilidad de enriquecerse y de llenarse de gloria mundana, únicas deidades que veneraban con fruición en la península, esas actividades de depredación se fueron consolidando. Y me anticipo, pero era indispensable ir poniendo las barras en su sitio.

Desde ese ángulo, la proeza del genovés fue únicamente el prólogo de un excitante y rutilante evento económico para la península pero si se avizorare detrás de bambalinas ese tejemaneje se observará que para consolidar ese golpe resplandeciente pasaron los españoles a convertirse en el paradigma de la agresión, de la alevosía, de la codicia y de la hipocresía como no ha tenido parangón en la crónica de

la historia de cualquier descubrimiento y conquista y el núcleo constituyente de un inédito conjunto de relaciones en donde la voluntad del amo y del señor se imponía a diestra y siniestra.

Desde la perspectiva de la historia uno no podría acertar si la actitud de España hubiera sido tal vez otra, de haber concurrido en su tierra el talante renacentista latino y a lo mejor se hubiera percibido ese proceso de una manera un poco más racional o sea de asombro e inmediatamente de cálculo reglado sobre aspectos que si bien parecían insoslayables, con un tratamiento inteligente se podrían solventar sin recurrir al subterfugio de la agresión, y como eso no aconteció de ese modo, el tránsito de una edad oscura a un ciclo claroscuro, se surtió deficientemente, con equivocaciones fatales, con embelecocos quijotescos y con una sucesión de llanezas que enredaron el escenario del porvenir en las Indias Occidentales. Lo más paradójico fue que señoreó por mucho tiempo...

En otras tierras esas expediciones de conquista hubieran fracasado desde el principio, o hubieran creado un orden más o menos coherente en medio de la disputa, pero vaya uno a saber la razón por la cual subsistió ese trámite de conquista y más tarde cómo se incubó ese inicuo trámite de colonización con tan siniestros propósitos y a continuación con tan aciagas acciones que todavía duelen sus secuelas. Por el momento bastan estas líneas para dejar más o menos la impresión de que lo ocurrió y las causas más o menos remotas y por eso cabe inquirir: ¿Pudo presentarse aquí otra vez el sincronismo del que hablé en páginas anteriores? La fuerza, la constancia, la suerte y el destino han sido los componen-

tes que le han dado señales al hombre y en los mismos dispositivos con niveles mudables de participación es en donde reside la claridad de la simultaneidad y su contrario que han hecho que las cosas se crucen, se desenvuelvan, se mezclen o que desaparezcan en el día a día de la humanidad entera. Esto es una indicación formal, que es menester saborear y colmar como advertía Heidegger...<sup>17</sup>.

A lo mejor el tema del sincronismo no pertenezca a este discurso, y será apropiado por ende, dejarlo de ese tamaño, ya que lo importante aquí es inquirir y comprobar: ¿Quiénes fueron los primeros vencidos<sup>18</sup> en esa orgía preliminar llamada descubrimiento? Esquilo dijo alguna vez que los dioses introducían las ocasiones para los hombres cuando ambicionaban destruir una causa y eso supondría una explicación irracional para este evento ya que las cosas hechas por los descubridores ciertamente desacreditaban la voluntad de esos dioses del Olimpo. Pero ¿y si el mito fuera verdad? Desde luego que si me mantengo en esa tónica, corro el riesgo de descender el pasado a un nivel inferior y solo logro con eso expresar una generalidad o señalar de nuevo algo conocido, por ende será pertinente dejar esta glosa también flotando en el ambiente y aguardar que todo ese trámite fuera digno de criticarse, digno de considerarse o digno de ser rechazado... o quizá que alguien reconozca que este ítem era un modo de medir los hechos incomprensibles de la historia

---

17. Safranski, p.491.

18. Por razones de economía desde ahora aludo al término vencido, ya el lector tendrá la ocasión de vislumbrar y de comprobar luego esa condición en el indio y en el negro con más énfasis que los demás protagonistas, tras el análisis histórico y filosófico que llevaré a cabo. Es una anticipación (Nota del autor).

para orientarlos a una determinada familiaridad y hallar en los mismos el comienzo de una respuesta coherente a una de las preguntas trazadas en el Proemio. Si se quiere ponderar al Destino, hay simplemente que decir Destino y no ir más lejos.

Por ende ya se avizoró aquí el sentido del ser ahí en el mundo del nativo por conducto del tiempo, o sea después del descubrimiento de América, y sin discusión alguna tanto al medioambiente como a los aborígenes se les pudo ubicar a través de esa temporalidad ya ida pero que sondeo reconstruir en este escenario apreciando con pesar cómo el contexto cultural y social del resto de Europa, en aquella época, no pudo influir positivamente para la buena marcha de los sucesos en esta parte del mundo, tan rico, y lo repito, tan repleto de posibilidades, pero tan sazonado también en frustraciones y en contrariedades.

Es insólito que en el marco de la historia de la gesta de Colón, haya pasado sin pena ni gloria el problema del mundo fenoménico acerca del hábitat de aquellas islas y de su gente que aquel personaje vio por primera vez, y por ende hay necesidad entonces de cambiar de sitio todos los límites impuestos para que la luz de la verdad irradie con más fuerza y el tiempo nuevamente imponga su sentido al ser ahí en este caso al nativo y a su medio. Obviamente que no pretendo adaptar ese pretérito a la frivolidad del presente sobre ese tema del medioambiente, sino evaluar las acciones de esos descubridores desde ese pasado y echar un vistazo a las cosas con el albur de que no reproduzca fielmente la esencia de aquellos sucesos con la mirada puesta aquí y ahora o que potencialmente caiga en la trampa del prejuicio, que admi-

to desde ahora es un baremo insoslayable<sup>19</sup> ...y que quiero eludir.

Trataré en todo caso y en el marco de lo posible, otear los nexos y los entresijos de esa temática, la de los vencidos, y procurar conectar los aspectos aislados y singulares de cada acción notable recaída en el medioambiente y en el aborigen y remitirlos luego a la totalidad del argumento para patentizar la afirmación vertida al comienzo de este párrafo. ¿Cuáles fueron esos nexos y cuáles fueron esos entresijos que me permitirán conectar tales aspectos aislados y singulares? El hombre está hecho más bien para extrañarse de las cosas que oye o que lee que para llevar a cabo ninguna...<sup>20</sup> y por eso solo podría afirmar para ir desbrozando poco a poco la secuencia de esta cuestión que grande fue la carnicería que hicieron los españoles y más grande aún el estrago que

---

19. Reconozco sin ambages que ese concepto de la predisposición gira alrededor de mi mente con demasiada intensidad de tal suerte que no hallo la manera de esquivarlo, eso puede resultar traumático con los resultados que se aspiran a presentar a lo largo de la obra, pero le corresponderá al lector llevar a cabo la faena de criba en la jornada, y una vez decantado el proceso, admitir que la historia no es más que un ajuste de cuentas con el pasado, que será interesante si ese trámite viene renovado con un enfoque novedoso pese a las limitaciones que una posición de esa índole apareja. El “concepto límite” es algo que expresa rechazo y hace que muchas cosas desaparezcan de la vista del cronista, suena muy natural pero no es tan obvio como parece. Toda razón teórica debe carecer de límite y eso es algo difícil de cambiar, de ahí la importancia de suministrar los datos, las informaciones, las noticias junto a la exégesis histórica, las preguntas y las respuestas, las anécdotas, las máximas y las reflexiones acordes con el contexto pos de una precomprensión de ese proceso-suceso a fin de que sea el destinatario el que contemple la posibilidad de asentir o de rechazar las eventuales respuestas que suministre al final de la jornada o que incluso con conocimiento de causa, reformulase las preguntas y después reprogramase las respuestas que considere pertinente. Eso para mí será satisfactorio (Nota del autor).

20. Shakespeare, II, p.901.

causaron al hábitat, y eso me permitirá por lo menos fraguar una idea de lo que voy a indicar en los párrafos siguientes.

Hay por eso que anticipadamente echar una mirada en aquellas islas recorridas por Colón y sus camaradas para examinar a los nativos, o sea, aquellos que les acogieron sin prevención, y con ese detalle, mostrar que al hallarse exhaustos tras su arribo, que no fueron mal recibidos, y eso era ya un alivio y prontamente reconfortados por esa acogida, frente al impresionante espectáculo natural del entorno, solemne, un sentimiento unánime de agradecimiento para con Dios fue lo que hicieron —pero no hicieron lo mismo con el indígena— y eso los tornó de entrada desagradecidos y arrogantes pero listos a seguir adelante. Eso sí, sin tener en cuenta lo que les había sucedido voluptuosamente. O sea el desagradecimiento y la altivez para con el anfitrión fueron las primeras categorías que es menester recordar al momento de ubicar el sentido del ser ahí a cada uno, o sea al español y al indio. La fortuna conduce al puerto muchas barcas sin piloto...<sup>21</sup>.

El manejo puntual de esas incipientes categorías, me permitirá inferir que tras el descanso de rigor, los españoles poca atención le prestarían a las condiciones que se extendían en aquellos idílicos parajes para el deleite físico y espiritual del que lo pisaba y en cambio se dedicaron con furor a horadar cada pedazo de ese suelo en búsqueda de oro o de plata para compensar la fatiga que habían superado, y justificar de ese modo la travesía por el oscuro piélago. El ocio parecía ser el antídoto para eludir la placidez y promover en

---

21. Shakespeare, II, p.897.



cambio la agresión y no para vigorizarse y reencontrarse con la naturaleza como debía ser en condiciones normales sino para estimular su devastación.

Los diferentes descubridores, con el genovés a la cabeza, lo repito, propagaron el sentimiento de que todo cuanto comenzaban y luego lo consumaban era con la ayuda divina y por eso, con esa fatua presunción de tener al Señor en todas las circunstancias, les proveía no solo un salvoconducto sino que les suministraba un estremecimiento de superioridad que les autorizaba a proceder como a bien quisieran y llevados de su propia sandez principiaron por olvidar la hospitalidad del medio y de paso a ejecutar desafueros contra todo lo que se les atravesaba en el camino. Y a eso habría que añadirle que la particularidad de la mayoría de los descubridores era semejante a la del “Almirante Mosquito”: ambiciosos, ariscos, resentidos, supersticiosos, pedantes, desalmados y altaneros, de suerte que buena parte de ese equipo terminó convirtiéndose en juguetes de su propia gloria y finalmente víctimas de sus desaciertos en pos de la riqueza.

De ahí que la ingratitud fuese el primer pecado cometido por los españoles por estas latitudes, que podría ser manejado como otro concepto fundamental. Después vendrían los restantes pecados capitales que también podrían catalogarse como conceptos fundamentales en un marco existencial donde dar gracias a Dios era primordial. Y lo más perplejo que ha dejado a la posteridad es que hablaban y actuaban a nombre de Cristo, y al distinguir después los resultados, uno se convence que era dejar mal parada la buena voluntad del Mesías, y se imagina uno siempre qué tal si no hubieran aparecido invocando su santo título. Tal vez se habrían portado

mejor<sup>22</sup>. Porque a veces el diablo no se porta tan mal cuando pretende convencer o seducir.

Una expedición de esa índole, que buscaba a todo trance hallar una salida a la encrucijada geopolítica del instante, sería eficaz, si se compusiere no solo de individuos sensatos sino además contentos con su suerte. Al glosar el expedicionario Humboldt las causas que provocaron los viajes exploratorios del siglo XVI dijo que había que divisarlas, en el reducido número de hombres audaces que se atrevieron a incursionar en el mar, bajo la influencia del pensamiento griego, y bajo el predominio del renacimiento italiano, pues el avance de la navegación y el conocimiento que del Asia se tenía a partir de los viajes de negociantes eran las pautas a seguir. Si eso aconteció de esa manera, era de aguardar entonces que ese tipo de individuos como Colón por ejemplo, debieron tener el grado de madurez necesaria para manipular no una simple aventura geográfica sino algo más profundo, algo substancial que podía trastornar la vida en el mundo y era la de sorprender a los orientales con una ruta inédita y trabar por ende, otro tipo de nexos políticos, mercantiles y sociales. Sin embargo, las cosas no ocurrieron de esa manera. Primero: No habían llegado a Catay y segun-

---

22. Salvo mejor opinión en contrario, yo opino que no ha existido en el orbe, empresa de esta naturaleza que haya sido tan brutalmente manejada por los descubridores y conquistadores, como la que manejaron los españoles en esta parte del hemisferio de Colón. Invito a que se repase la cronología sobre el particular y se atisbará que ni el descubrimiento del Viejo Mundo por parte de los indoeuropeos, ni la conquista mongola/mogola del Asia y sus confines o la colonización de los Estados Unidos, tuvieron un componente tan trágico y tan patético como el de marras. Y aunque “dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala y en ella más los de la comarca de Génova...” (Alemán, II, p. 410) no creo que se haya superado a España y más concretamente a Castilla en ese menester, donde militaba con creces la agresividad más alevé junto a la codicia más aberrante (Nota del autor).

do: Habían tocado en cambio a un orbe distinto, agreste y salvaje. Igualmente carecían del talante propio de personas cultivadas o de personas aptas para el manejo de este tipo de situaciones.

Iban al albur o a lo que saliere... en esa ininteligible aventura, a la buena de Dios. Mas yo intuyo que si hubieran arribado a un sitio en donde se tuviera una noción clara y distinta de lo que era la libertad, la sujeción o la opresión, y en donde además no se admitiera al extraño, a las primeras de cambio, hubieran huido los españoles como gallinas de donde habían venido como águilas.

A los descubridores de las Indias Occidentales, se les olvidó un detalle significativo, y era que a tiempos nuevos como lo entreveían las personas cultas de otras latitudes merced a los sucesos que se advertían y se sentían, era indispensable igualmente repensar en esos tiempos nuevos y mudar de aires que se ajustaran a esa novedad y virtualmente en la manera de tratar a los nativos pero no lo concibieron de esa manera pues no les dio la gana de asumir con decoro su nueva condición de descubridores o tal vez ignoraban qué era lo que estaba aconteciendo en el orbe... pero es importante reiterar que la sorpresa, la admiración, la ingenuidad o la buena fe de los nativos hizo que cada uno de ellos, se despachara a su antojo cuando comprobaron esas virtudes o esas debilidades.

De ahí que la mayoría de esos descubridores, sintiéndose dueños de la situación de una manera caprichosa se sujetaron a la unilateralidad de su veleidad y desde el perfil de la grosera contumelia de la particularidad procedían como les diera la real gana. Y frente a esa postura las secuelas se hicieron notar rápidamente por estas tierras, recién abiertas e ignotas.

En la época del descubrimiento se creía que algunos

eventos extraordinarios preparaban las alegrías futuras, que el tiempo de prueba había pasado y que todo se iba a consumir después en un feliz desenlace, de modo que la aflicción presente iba a ser superada por una dicha futura y eso excitaba la impaciencia de cada uno porque cada gesto del destino lo interpretaba el europeo, en este caso el español, como la prueba reina de que el ave real alisaba sus plumas y se frotaba el pico en señal de que el dios que transportaba estaba contento... y presto a conceder sus dones.

Ha sido proverbial en el español, buscar perennemente el respaldo de algo para que lo valoraran, visitar con frecuencia para que no lo olvidaran, “acompañar para dejar obligados, o ¿cómo descubrir la falta en el otro para que quien oyere que le murmuro, piense que yo no la tengo, o cómo trataré de linajes para encajar la limpieza del mío, o por dónde rodearé para encajar mi dicho, y cómo tendré conversación para hacer ostentación...?” (Alemán, II, p.415) y todo eso sin meter los corrillos donde persistentemente ambicionaba figurar como gallo, para que al salir de la gallera no lo agraviaran. O sea, una suma de detalles que podrían denominarse estrambóticos en otras partes, menos en la península y tal vez en ese sentimiento de “gallo” que albergaba habría que atisbarlo después en el marco del proceso del descubrimiento, no para disculpar sus faltas chapuceras, sino para medir el grado de su personalidad ante esos retos del diario vivir y ante situaciones inesperadas —como la del descubrimiento— en las cuales los que eran malos, se transformaron en peores.

Mas en gracia de discusión, ¿por qué diablos no trajeron en debida forma esas “cualidades” a este medio y en cambio mutaron salvajemente de fisionomía, y en vez de gallos de pelea se convirtieron en panteras? Para una respuesta inte-

gral sería forzoso reconstruir a esa sociedad española donde primaba la vanidad y cuya red en su positividad o en su negatividad hizo posible esa opinión, pero eso llevaría a un debate que rebasaría las limitadas expectativas de este tonel. Pero el apuro hermenéutico sobre el particular reside en que al ser cuando se le quiere obligar a que se deje captar, se sustrae y por eso desde ese tamiz no será posible tampoco calibrarlo en su intensidad<sup>23</sup>, es mejor por ello, contentarse aquí con haber hallado su sentido por el tiempo y seguir con pausa y sin afán en la búsqueda de los demás ítems y alcanzar la precomprensión precisa que logre constreñir globalmente a ese ser, a ese ser ahí en el mundo, en su mundo, en el mundo del vencido, para conquistar las respuestas que se están aguardando... pero con relación al vencido. ¿Por qué? Porque solo desde esa perspectiva el ser, el ser ahí, el ser ahí del vencido, se podría dejar interrogar —con lo que estoy esbozando aquí— y ulteriormente responder las preguntas formuladas anteriormente.

Hay que recordar que una cosa era la personalidad de Colón, italiano al fin y al cabo con una cultura diferente, y otra cosa era su soldadesca o el resto de descubridores que sobrevivieron en ese proceso-suceso, y eso reconocerá en parte exonerar al genovés de tantos desafueros posteriores, mas sin poder alabarlo como héroe o vilipendiarlo como villano. Tal vez aquí se confundan ambas figuras, pero por razones de espacio no puedo dedicarles a cada uno de ellos los renglones explícitos que justifiquen mi aseveración... solamente es suficiente esta afirmación para que cada lector justiprecie ese caudal probatorio y proceda luego en conse-

---

23. Safranski, pp.359 y ss.

cuencia a armar el rompecabezas ontológico en la debida forma.

En todo caso, los actos impropios de esos iberos aquí, a mansalva, y en contravía a lo que eran allá, fueron los que engendraron las deplorables o retorcidas condiciones anímicas y sociales de las futuras generaciones que brotaron como setas en esta tierra contra el menesterozo nativo que en aquel momento era un novicio en casi todo acerca del espectáculo burlesco de la vida humana y que luego, lo repito, se transmitieron genéticamente hablando a los habitantes del Nuevo Mundo (Shakespeare, II, p.536) y eso quizá fue lo peor que abusaron de la ingenuidad del indígena.

La que más adelante se denominaría la República de Colombia, conviene señalar aquí para mejor proveer, está situada en la saliente noroccidental del sur de América y se ha distinguido invariablemente por la variedad de escenarios geográficos que le han permitido a sus habitantes, más para mal que para bien, manejar diversos hábitats. No es de este lugar comentar los pormenores de la Colombia prehispánica ni mucho menos describir los espacios de ocupación humana, las tierras bajas del Caribe, los Andes, las tierras bajas orientales, los pisos térmicos, las áreas culturales ni los esquemas de referencia de la arqueología colombiana con sus tradiciones, horizontes y procesos regionales. Sobre el particular existen sesudos estudios que me relevan de esa obligación ya que mi acercamiento a esa crónica gira a partir del descubrimiento de lo que después sería la América hispánica, con la variable de la violencia contra los aborígenes siguiendo para ello, un esquema específico de etapas cronológicas en donde se rocen vencedores y vencidos pero en el marco de la historia de Colombia.

Hay que colocarse en ese marco del descubrimiento: Ob-

vio que al comienzo, y como todo comienzo, los sucesos iban y venían a tuestas y luego con su inalterable rutina enervante, pero, no obstante, había una rara sensación de desasosiego en los extraños visitantes porque no habían hallado las fabulosas riquezas que refería la tradición y en vez de asumir una posición de seguridad ante el futuro, como eso no se daba a borbotones, la reacción de esos extraños visitantes/ usurpadores, fue la de la agresión mal contenida. Ahí empezó la debacle social en esta parte del hemisferio de Colón.

Los recursos naturales por estas latitudes además eran exuberantes e inexplorados, pero se carecían de noticias sobre ese potencial, no obstante a partir de 1499 cuando Alonso de Ojeda arribó a Venezuela y se encontró con un caudal, había perlas por montones, eso ocasionó una sacudida descomunal, y para la mayoría la espera se había justificado, pues había aparecido un riquísimo filón y de paso la codicia perfeccionaba sus baterías, ya que ese desvelamiento compensaba en parte sus frustraciones puesto que la mirada estaba puesta en el oro y en la plata. Ese puede ser otro concepto fundamental, pues el descubrimiento de perlas a raudales abrió una caja de Pandora de insospechables proporciones y cada persona que venía desde tan lejos traía en mente la manera de hacerse a la explotación de ese yacimiento al precio que fuese y quien se le atravesaba en su designio llevaba todas las de perder, y ese era muchas veces el nativo...

Ante semejante acontecimiento, que fue denominado por los utilitaristas como un segundo descubrimiento, pero no de tipo geomorfológico ni tampoco como el ansiado encuentro de la ruta a las Indias, sino de tipo capitalista, porque tintineaba rentable, e iba además a irrigar recursos de carácter económico y fiscal dada la fuente de riquezas a rau-

dales que iba a generar a los españoles... hizo que ese Nuevo Mundo sufriera una sacudida tremebunda y además pinchara aún más la codicia y espoleara con vigor las ansias de gloria de los nuevos descubridores, asimismo patrocinó un circo de gallos inmanejable con múltiples intereses encontrados y en donde el vencido sería de nuevo el nativo y su hábitat y de igual modo aquel ibero que se quedaba rezagado en el camino de la prosperidad, que por lo general se concretaba con la trampa, con la hipocresía y con la traición.

Si el primer descubrimiento resultó tolerable, el ulterior descubrimiento de lo que después sería la Nueva Granada<sup>24</sup> ya ostentaba otras características de violencia, este segundo descubrimiento no solo fue peor que los dos procesos anteriores sino que abrió un dique a la ambición más desmedida y sirvió de pábulo para institucionalizar luego la conquista ya que se dieron cuenta en España que esto era un rico filón que era necesario expoliar hasta el final.

Diviso entonces, que más o menos pude aclarar el marco del fenómeno del vencido y su problema dentro del mundo fenoménico para que fuese precomprendido en su medianía, el sentido del ser.

### **Tercer Apartado**

Mi compromiso a continuación no será ni una nueva formalización esquemática ni una novedosa glosa excesivamen-

---

24. Debo aclarar otra vez por si acaso, que la crónica del descubrimiento de lo que es hoy Colombia, apenas rozó lo básico, pues en el primer tomo de esta obra, se determinaron los caracteres generales de ese proceso-suceso, y a esa fuente remito al interesado. De manera que no hay que sorprenderse de no encontrar más referencias cronológicas sobre esa etapa turbulenta en este medio, aunque más adelante se esbozaran otros detalles que se hallaban íntimamente ligados con ese asunto (Nota del autor).



te literal; será por el contrario una descripción más integral de lo que aconteció alrededor del descubrimiento pero con énfasis en los sujetos y con otros acentos y abrir así un nuevo espacio en donde quizá la segmentación o el desdoblamiento progresivo de los eventos referidos, tras el paso del calendario le den un empuje final al capítulo que a primera vista parecería como si estuviera al vaivén del viento, pero no ha sido así, pues esa ha sido y será la índole del estilo usado, pues esos acaecimientos reclamaban una actividad de este calibre justamente para darle más consistencia a la exploración del sentido del ser del nativo y del hábitat... ya suministrado aquí por el tiempo. Obvio que esto no aparejará desgarrar la unidad monolítica del capítulo con este apartado o aquel apartado, pero sí accederá a coagular la importancia de ir tomando nota de esas consideraciones fundamentales que colocaron a ese proceso-suceso, en su exacta temporalidad de suerte que así se pudiese acceder a su precomprensión...

Ahora bien: La extraña facilidad con que los descubridores iberos explotaron y expoliaron más tarde esos recursos, tras el advenimiento del segundo descubrimiento, tuvo un aliado inesperado y fue la perplejidad de los aborígenes ante semejante aluvión de avaros y se creyeron más felices —no siempre aclaro— dándole las instrucciones para que procedieran de conformidad con sus deseos de enriquecerse velozmente. Desde luego que cuando de un modo u otro no accedían los indios a suministrar las claves de acceso a esos tesoros, la pasaban mal y muchas veces peor.

Es que en ese segundo descubrimiento, de tipo capitalista, y lo repito, se aumentó la codicia, se agrandó la hipocresía, y se incrementó la violencia no solo contra el nativo y su hábitat, sino también entre los mismos españoles que cicateros reñían entre sí por una porción más generosa del

raudal y así repetidamente los males en esta parte del hemisferio de Colón se fueron acrecentando

Y los indios ya conscientes de tal peso... no imaginaban que alguien apreciara sin problema que el vicio o que el mal provenían de la insuficiencia humana como dijo Thomas Mann y por eso no constituía una ofensa a la existencia... ni tampoco a Dios. De ahí que muchas acciones aparentemente indignas para ellos, para el invasor carecían de importancia o no eran cuestionadas ni desde la Corona ni desde la Iglesia.

Contaba Montaigne (1533-1592) que curioso por ver a los indígenas brasileiros que iban a visitar al rey Carlos IX (1550-1574) al llegar a la Corte, se topó con una sorpresa: Cuando le preguntaron a los cautivos, delante del soberano francés (1560-1574) de qué se habían admirado, respondieron que “no entendían por qué los soldados obedecían a un niño” y que tampoco “podían explicar el motivo por el que la ostentación de riquezas de unos y la mendicidad de otros no provocaba en estos últimos una reacción violenta...” (Abraham, 2010, p.298).

Cuando uno recapacita si acaso ese estado semisalvaje en que vivieron los indígenas de América, no le facilitaba el modo de vivir a todos sus habitantes sin tanto estropicio, es cuando uno también considera si al cotejarlo con el estilo de vida de España, algo tuvo que perturbar seriamente a esa parte de Occidente, para que desdeñara la manera bucólica y a ratos práctica de evaluar la existencia y se metiera en cambio dentro de un croquis trascendental esencialmente egoísta en donde no primaba la voluntad general sino la voluntad particular y de una manera cotidianamente grotesca y egoísta. Esa confusión subsiguiente por la cotidianeidad indígena comprobó una cosa: que por estas latitudes, se desenrollaba mejor la vida,... se vegetaba mejor o con más

dignidad aunque fuera en medio de la ignorancia y de la superstición.

La faena de cada filósofo ateniense era sugerir en el ágora que la mejor forma de conducirse una sociedad, era sometiéndose a tres parámetros: decir verdad, igual derecho a hablar e igual participación en el poder y únicamente así podría tener éxito la gestión oficial sobre el particular. ¿Por qué España o los restantes reinos europeos no siguieron tan paladino consejo y en cambio se dedicaron a crear élite tras élite para abusar del poder? Para responder mejor sería de nuevo preguntar: ¿Así que no les bastó con pastar en buen potrero? ¿Por qué han pisoteado el resto del pasto?<sup>25</sup> ...Esa fue la postura necia de la nobleza ibera aupada por el rey y su valido correspondiente...

Si los griegos e incluso los indios en esta parte del hemisferio de Colón, se ajustaban a unos cánones regulares y moderados, y llegaron a desarrollar sus medios para identificarse social y culturalmente, ofreciendo designios muchas veces inesperados, ¿por qué los españoles se alejaron tanto de esa regularidad y de esa moderación aquí? Quizá a lo largo de estos capítulos pudieran hallarse los indicios para una respuesta...

Al reflexionar uno acerca de la congruencia del sincronismo en la mayoría de los acontecimientos humanos que han desembocado en soluciones inesperadas, catastróficas o benéficas, como una especie de “Ábrete Sésamo” para dar vía libre a la posibilidad de compendiar un nuevo día a día, nada mejor que recrearse aquí con este cuadro patético de los descubridores sedientos y deseosos de riqueza ante una

---

25. Cerón Gonzáles, 2012, p.220.

tribu de aborígenes indiferente, ignara y agorera muchas veces, ante semejante postura e inferir después hasta dónde podía llegar la avidez y el ansia de riqueza en la humanidad sin importar quién cayere en el intento o qué aconteciere con los demás. No obstante es preciso acordarse de Gracián, cuando dijo “Tienen las cosas su vez” (Alemán, 2009, p.281) y ajustar que eso era lo que tenía que suceder<sup>26</sup> para que se diera apertura a una nueva fase del Descubrimiento, esa segunda parte, más sangrienta y más dolorosa, y en donde el resorte de la desolación apenas asomaba su lóbrega faz.

En ese nuevo curso del descubrimiento, se despertó un frenético afán por hallar oro, plata, perlas o cualquier otra cosa que representara valor, y si bien fue anterior a la etapa de la conquista, no tan lejos, en todo caso desencadenó en las Indias Occidentales apenas descubiertas en un quince o veinte por ciento, una frontal lucha por acceder a las mismas y en donde todo se pisoteó sin misericordia.

De ahí que la conquista podría desde ahora entenderse el proceso-suceso por el cual acreditado el potencial de las Indias Occidentales, se dio vía libre para su apoderamiento formal y para su explotación, al precio que fuese necesario.

---

26. Desde luego que prescindiendo de lo que en particular pudiere significar “tenía que suceder...” como si fuera un determinismo cósmico, en todo caso está fuera de duda, de que el análisis de la presencia del descubridor por estas latitudes conllevaría a la idea de que se hallaba en juego un compromiso existencial de hacer valer sus prerrogativas como tal y aunque no puedo describir la conciencia de ese tipo de personaje, por lo menos me dejan la posibilidad de abrir la puerta a una eventual transformación de la existencia humana tanto para el español como para el nativo y las sucesivas generaciones en un ámbito desigual donde campeaba un pretense orden y una pretensa legalidad aupada con la más despiadada arbitrariedad que se iba incrementando a medida en que se pasaba de una etapa a la otra. ¿Qué sucedió por fin? Un cambio en la nomenclatura del ser, del ser ahí y del ser ahí en el mundo, pues se mutaron en vencedor —el descubridor, el conquistador y el colono— y vencido, el indio y después el negro (Nota del autor).

En vista de esa hecatombe, sería plausible vislumbrar si acaso el genovés fue quizá de los pocos que se salvaron de esa avalancha de sinrazón que se precipitó por estas latitudes, porque todo parecería indicar que su móvil no fue el deseo de hacerse rico, si bien tras leer sus escritos uno puede llegar a esa conclusión (Todorov, 2010, p.16) sino por el contrario un eventual señuelo para convencer a los Reyes de la bondad de su empresa y además un medio idóneo para calmar la sed de sus subalternos que ya no lo soportaban.

Su meta era más amplia, perseguía encontrarse con el Gran Kan o emperador de China cuyo retrato había dejado Marco Polo, a fin de conocer sus ciudades y más tarde enseñar la fe de Cristo y expandir su doctrina (Todorov, pp.20 y 21) y si se llegare a escudriñar sus afanes más íntimos se sorprendería cualquiera al observar que incluso codiciaba organizar una expedición —igual a la expedición que emprendió en 1492 pero con recursos propios— para redimir a Jerusalén de las manos de los infieles y esas cosas podrían finalmente mejorar su perfil al final.

Entonces las acciones desplegadas por Colón aquí en esta tierra, pese a que se sentía predestinado para una misión universal, conseguirían ser discurridas como ejecutadas en el marco de la buena fe, o sea sin malicia, aunque sus propósitos no tuvieron eco en ninguna parte<sup>27</sup> pero y las pruebas, todavía no me convencen integralmente.

---

27. En realidad al genovés lo guiaba su alma, su corazón que latía a mil revoluciones y por eso no sucumbía ante el peso de la duda ni se agitaba por el espectro del terror. Su miedo lo teñía de rojo y sus pálidas mejillas no eran consejeras de pavor, sino producto de su idiosincrasia. Vivió lo suficiente para atisbar desde el otoño, el claroscuro de la existencia, o su lobreguez y entendió además que a cierta edad ni el respeto ni la experiencia, valían algo, por eso se ahogó en maldiciones e imprecaciones contra la Corona ibera, maldiciones profundas en sí mismas, y prueba además de que todo había sido adulación para barajarle la partida que consideraba la había ganado en dura lid (Nota del autor).

Pues de lo contrario si eso fue puro embuste, sería pertinente admitir que simplemente era un Proteo... que mudaba de aires según la ocasión y el peligro.

A fin de seguir el ritmo a esta crónica, y para avanzar luego por el sendero pertinente, pues hasta ahora solo he anotado consideraciones personalísimas, aseveraciones abstractas, y conceptos fundamentales, positivos algunos pero difusos, otros, es hora de más explicaciones sobre la índole del encuentro entre el genovés, todavía en la cuerda floja de la aprobación final, para asentir a la precomprensión de la temática y para ese efecto pregunto yo y respondo enseguida y de este modo complementar los dos aspectos anteriores de ese descubrimiento y enfocarlo en el nativo en pos de los objetivos fenomenológicos y hermenéuticos que le fuesen propios, dada la temporalidad de su sentido de ser...

¿Quiénes fueron los aborígenes que recibieron atónitos a Colón y cuál era el medioambiente que halló el genovés y su cuadrilla de ambiciosos en esta tierra tan repleta de pesares y de preocupaciones?<sup>28</sup> Sea lo primero advertir que el descubrimiento de América fue algo insólito, e inusitado además, para el nativo ignorante, y cuando se percató de la existencia del otro, un sujeto como él, al que creyó al principio un dios y que sin embargo no pertenecía a su grupo social concreto, pues era algo lejano y no había por el momento un mecanismo que pudiese unirles en esa aventura que no

---

28. Hasta este momento no había tocado ese ítem con soltura, ya que tenía que esperar la realización de una labor de generalización histórica y filosófica, para rematar con este sujeto, quizá el más importante junto al negro para la índole de esta obra. Esta aclaración se hizo a fin de eliminar malos entendidos de que si acaso, por ejemplo, esta nota debió ir al comienzo del capítulo o incluso en el primer apartado. Por lo demás invito al lector a familiarizarse con la lectura del primer tomo de esta saga en donde amplié la etnografía indígena y un tanto menos la del negro (Nota del autor).

sabía se iniciaba para su persona junto a los suyos tuvo que asombrarse y luego decepcionarse.

Ese topetazo anatómico debió ser algo singular, y ya ninguna vez volvería a concebir la esplendidez de ese instante porque más tarde los encontrones serían a otro precio, y punzantes por cierto, por eso hay que reiterar algunos tópicos que dije antes pues envolverán de nuevo a la figura de Colón que parecía haber desaparecido ya que tiene que reaparecer por razones de logística argumental...

Una explicación será indispensable aquí: Si bien la unidad del lugar es Colombia, en estos momentos se impone la necesidad de hablar del aborigen que halló el genovés al llegar a una de las islas que adornan el mar Caribe en el marco de uno de los encuentros más prodigiosos o más desafortunados que se hubiere registrado en la azarosa necrología de la humanidad (Todorov, *op. cit.*, pp.13, 14 y 15), con el propósito de tomarle el pulso previo al tenor de la depredación que se formalizó después en toda el área del Nuevo Mundo, de ahí que sea ineludible arrancar desde lo más simple para arribar a lo más complejo rápidamente, y ubicarse luego de un modo pertinente en el territorio colombiano.

Mas debo insistir en la pregunta no resuelta aún porque eso me va a permitir seguir con los indios y con el ecosistema: ¿A cuál isla o islote recaló el almirante ese día 12 de octubre de 1492? Lo repito, no se sabe aún, pudo ser cualquiera de aquellas que engalanan ese hermoso piélago, lugar antaño feliz de perspectivas varias, campestres moradas que los árboles con resina balsámica aromaban, y sus frutos tropicales embriagaban el contexto, y en donde no muy lejos las aguas se deslizaban sobre la playa empinada. Por ende es mejor dejar abierta la imaginación porque el hombre desconoce perennemente lo que valen los bienes que tiene por delante y de ahí que las mejores cosas de un

lugar se pervierten por usarlas vilmente. Eso aconteció con el descubrimiento... en la vida supieron los españoles, a lo mejor el “Almirante Mosquito” y un puñado de individuos de mejor catadura, sí, que la dicha que palpaban frente a ese espectáculo de la naturaleza no tendría fin, si no ambicionaran otro eventual deleite que reputaban superior... (Milton, 2009, p.327).

La primera impresión que se llevó el genovés una vez puso los pies en tierra caribeña y que por lo general es la que subsiste en el ánimo de una persona fue turbador: “Luego vinieron gente desnuda...” (Todorov, p.48). Y más adelante ratificó con énfasis: “Desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres los parió...”. A continuación y en el mismo sentido, indicó el matiz de la piel, “Ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos... y hay muy lindos cuerpos de mujeres...” (Todorov, p.49). Esa descripción morfológica espoleó luego al descubridor a presumir que esa pléyade de personas carecían de un soporte cultural específico, por su manera de estar en el mundo y en el modo de andar y substancialmente adolecían de un temple religioso, si se evocare que los seres humanos desde la expulsión del Edén asumieron forzosamente el compromiso de que era inevitable andar vestidos...<sup>29</sup> porque caminar desnudos era ir en contravía al nuevo orden establecido tras la caída.

---

29. Quizá la civilización occidental, de origen indoeuropeo, vio en el ropaje una característica básica para el diario vivir, por razones de higiene, por tópicos de decoro y por circunstancias climáticas muchas veces, pero eso no obsta para indicar que no era en sí señal de una cultural superior, más bien, un modo de manejar el diario vivir. La ropa, embellece el exterior, pero por dentro de la persona que luce, ¿qué hay? Aquellos de los que Cristo llamó sepulcros blanqueados y llenos de molduras, y adentro, pudrición y gusanos. Por fuera mil detalles de perfección, mas siendo en el interior, disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia, detalles de indecencia (Nota del autor. Véase además: Quevedo, 1990, p.228).



¿Cómo fue recibido Colón con sus huestes? Intuyo que con estupor y como ese lugar no era ni la morada de las sombras, ni el hoyo de la adormecedora ni el minarte de la nada, ni mucho menos el refugio de las tinieblas, tan pronto se percataron los indios de su presencia, no alzaron un tumulto, ni le increparon airados alguna expresión irascible que denotara advertencia como la que hizo el barquero Caronte al grandulón de Eneas cuando le vio cruzar silencioso a la orilla del vestíbulo de infierno (Virgilio, 2008, pp.314 y ss.) sino por el contrario revelaron circunspección igual a los que caminan en medio del crepúsculo rodeados en la noche desierta entre la oscuridad y los reinos sin vida (Virgilio, p.310). Y de ese modo el descubridor al plantar su estandarte en la playa hizo que en el umbral poco a poco se fueran acercando, sigilosas, para quedarse, las Euménides, las Gorgonas, y las Harpías además con las líneas de sus macabras intenciones... que por el momento dejarían latentes...

Y ¿cómo era la india? Era una hembra hermosa y fascinante y eso que estaba sin ornamento, solamente con el arreglo sencillo igual que una bella mujer cuando acababa de ser arrancada de los brazos del sueño...

Y ¿cómo era el indio? Era de una grata presencia, bien proporcionados sus miembros y extremidades, sin asomo de malicia y con la auténtica fortaleza de un dios joven al que no le estorbaba que el otro fuera más ágil mientras él también lo fuera o más recursivo mientras él también lo fuera en la medida de sus necesidades y de las de su grupo. De ahí que la plaga de la maledicencia jamás circulara por ese medio, hasta que arribaron los nefastos descubridores, porque a la sazón se abrió con ellos, lo repito, una caja de Pandora.

Desde luego que el porte de los iberos, era heterogéneo, de variada fisonomía, que lucían la mayoría la lozana

y verdecida madurez de los años y no porque fueran caricaturescos o grotescos aunque jamás allegados de París, sino, porque escuetamente eran hombres de acción con una desigual cultura, prendados en cambio de su escamosa mugre y además como un turbio remolino, iban eructando oleadas de nauseabundas pestilencias que envolvían y enrarecían el ambiente hasta tal punto que los aborígenes al sentirlos, ellos tan propensos a la limpieza, no sabían qué actitud asumir, o los mojaban a todos o echaban a correr despavoridos ante tanta hediondez y porquería corporal.

Pero es mejor dejar ver que en aquel momento eran estrictamente hablando una jauría ansiosa de darse un harzago y pese a estos reparos estéticos e higiénicos tenían no obstante casi la mayoría su gracia y su galanura. Sin embargo en el fondo y eso lo dijo el cojuelo irónico “en buen romance, eran hipócritas, embelecocos vivos, mentiras con alma y fábula con voz” (Quevedo, p.228).

Como es habitual al referirse al personaje capital, es viable trazar su imagen, y por ende será menester afirmar que la silueta de Colón —que continúa siendo un misterio aún ya que no existen vestigios oficiales de algún bosquejo que aluda a su semblante— conforme lo sostuvo Las Casas, era “de alto cuerpo más que mediano, el rostro luengo y autorizado, la barba y los cabellos, cuando era mozo rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos...” y si tenía pecas, como declaró Gonzalo Fernández de Oviedo debió tener igualmente la epidermis pálida ya que todos concordaban en que se sonrojaba con facilidad... aunque también llamó la atención por su porte rígido como una especie de enviado para acercar el hombro a la noble causa de Jesús (Lucena Giraldo, p.28).

Mas cabe inquirir ¿cuál era su perfil en aquel instante

clave de su discurrir frente a los indios y ante sus hombres? Posiblemente en ese intervalo sus rasgos reflejaban un semblante extenuado que poco a poco se distendía a raíz de ese acontecimiento y de paso un cuerpo exánime que también recuperaba paulatinamente la tranquilidad que había perdido tras el proyecto expedicionario durante tantos años concebido, que hasta muy poco se bamboleaba peligrosamente. Debió deliberar además replegado como siempre en sí mismo con aquella mirada enhiesta que desafiaba todo, que había alcanzado la meta pero que era ineludible ir más allá de lo que tenía enfrente y encontrar las secuelas de su descubrimiento. ¡Temía a tantas cosas!

¿Cuáles eran las consecuencias que perseguía el genovés con esa expedición? A pesar de que cité arriba un fin religioso, los móviles aparentes eran el oro, para hacerse rico y para conquistar la gloria (Todorov, p.16) aunque más tarde eventualmente se supo que lo que aspiraba era arribar a tierra firme, toparse con el Gran Kan o con el emperador de China, y demandar seguridades para expandir el cristianismo a fin de terminar la odisea de su compatriota Marco Polo, como ya tuve ocasión de anotarlo atrás. De ahí que el pretense hallazgo de oro y plata fueran escuetamente el cebo para obtener la financiación de su plan, asimismo sin la promesa de una ganancia nadie se le hubiera enrolado para introducirse en aguas desconocidas y arriesgar la vida. Entonces parecería que lo suyo no germinó por codicia, vino a este orbe novedoso para la mayor gloria de Dios y después con los recursos obtenidos pretender una nueva cruzada que liberase los lugares santos de manos infieles (Todorov, p.22). Uno propone y Dios dispone...

Sin embargo cuando uno repara en los problemas judiciales que tuvo el genovés con la Corona por aspectos no solo

procedimentales de las expediciones sino también de carácter económico, uno no puede menos que fruncir el ceño y creer la mitad de la mitad como en las cuestiones de santidad o de riqueza.

Indubitablemente que Colón era un hombre espiritual y sensible, distanciado, esotérico y apasionado, dotado además de una ardiente curiosidad y de una ferviente religiosidad dado su trasfondo italiano, y aunque eso se hallaba entreverado con odios profundos, rencores ostensibles y exteriorizaba una cierta complacencia con la retaliación, no obstante ese contraste aunado a ese afán de creer que siempre tenía la razón le perjudicó en ocasiones puntuales. Se hizo entender con rigor y procedía también con ímpetu, pero como cristiano, siéndolo hasta donde llegaron las noticias de corazón, y con absoluta sinceridad, el crédito, si no sucede otra cosa de aquí en adelante habría que abonárselo... aunque las proporciones fuesen variando o al héroe que villano o viceversa.

Suscitar aquí semejante instinto de defensa y tan enérgico interés por su causa podría generar prevenciones, mas por el momento es lo único que atino a indicar sobre su personalidad... ya habrá ocasión de ir al aplauso o a la tacha.

Algún lector podría replicar que este medio ontológico se parece más bien al recurso de una genealogía del vencido ya que al retroceder demasiado en el tiempo y de paso referir los eventos en forma discontinua y dispersa, pude causar esa impresión, mas para llegar al sentido, a la constitución y a la consolidación del ser ahí en el mundo del vencido, se dispararía esa impresión de que tenía otro rumbo, ya que los permanentes sobresaltos obedecieron al indio y más tarde al negro, tuvieron que sobrellevar en el marco de los avatares del tiempo y el espacio —que le dieron el sentido a ese

ser— esa condición y exponer que solo la voluntad grosera de poder del ibero en medio de la ignorancia y del oscurantismo más aterrador, canalizaron ese contexto en ese sentido, ser ahí en el mundo del vencido al final de cuentas.

Sin embargo eso no obsta para afirmar de mi parte que con la perspectiva óptica y ontológica lo que introduciré será —desde las preguntas iniciales—, rastrear, interrogar, responder luego para posteriormente expandir ese contorno del ser ahí en el mundo del vencido en el indio y en el negro como figuras principales a partir de lo cotidiano... que implicaba hallarse en el lugar equivocado en medio del descubrimiento, después en la conquista y más tarde en la colonia.

En los reparos preliminares puse de relieve el carácter del ser, que pudo arrojar luz sobre su sentido tras el curso posterior de esta alegación, y al quedar establecido cuál era el sentido del ser al margen de que se encontraba integrado, aferrado, o incorporado al ente que debe mostrarse como tal más tarde, es indefectible advertir un *a priori* de su sentido, o sea una constante<sup>30</sup>, en este caso no solo el tiempo sino el tiempo manejado desde la óptica del descubridor, y prontamente desde el perfil del conquistador y el contorno

---

30. Ese *a priori* o esa constante que ha de servir de guía metodológica en la persona del descubridor con Colón a la cabeza, del conquistador con Jiménez de Quesada a la cabeza y del colono anónimo, fue sin lugar a dudas lo frecuente con que reiteraron sus acciones agresivas para estar dentro del mundo como tal. O sea, si se ha de mirar a un personaje de estos, siempre se le ha de mirar previamente con la actitud anticipada que asumieron de agredir con frecuencia al más débil y al más indefenso. El hombre está abierto al mundo y en ese momento lo estaba, ahora ese hombre, el descubridor, ya no está en el aquí ahora sino delante de él en una nada que pretendo reconstruir históricamente ...para que fuese comprensible ese ser ahí en el mundo del pasado y lo mismo con el conquistador, con el colono y desde luego con el indio y con el negro, sendos vencidos por el mundo al entrar en ese mundo, perdió su mundo y finalmente se perdió cada uno a sí mismo... (Nota del autor. Véase además: Safranski, pp.197 y ss.).

del colono con sus acciones y omisiones, y después preparar las respuestas que fuesen de recibo a las preguntas iniciales.

Con este boceto confirmaría ulteriormente cómo era ese ser del ente en el mundo del vencido dado el modo de ser de cada uno de esos personajes con relación al ser, al ser ahí en su mundo —que no tocaré aquí— y luego ser ahí en el mundo fijado por el descubrimiento, la conquista y la colonia para saltar al ser ahí en el mundo del vencido a cargo del nativo o del esclavo, básicamente a fin de rematar la faena ontológica y descubrir ese fenómeno social en su auténtica dimensión<sup>31</sup>.

Retorno a los antecedentes abreviados.

Todos los descubridores —Colón, la soldadesca y luego sus sucesores— tras el magno suceso, alzaban dócilmente los ojos al cielo dando gracias al Altísimo pero prontamente al bajar los mismos y fijarlos en la playa de esa misteriosa isla, o de aquellas tierras a donde llegaban después sus almas, se enardecieron y principiaban a rumiar una estrategia que permitiese resarcir los padecimientos de tan lóbrega travesía y semejante a Hécate con su cortejo de perras rabiosas, así se sintieron aquellos hombres desalmados tras las primeras impresiones acerca de esa heredad bendita que les ofrecía sosiego.

¿Qué concepto del bien podían tener los iberos si reputaban al mal o al vicio como algo que carecía de importancia práctica? Igualmente ¿qué concepto del mal podían tener los indios más tarde si veían que el bien no se imponía en su medio frente al invasor y por el contrario solo el mal y el vicio prevalecían? Las respuestas solo mostrarían la posibilidad de

---

31. Heidegger, pp.67 y ss.

confirmar la existencia de las contradicciones más precisas y de los enigmas más complejos en la condición humana que han debilitado en tantos lugares la voluntad de vivir, la voluntad de luchar y la esperanza de comprender y de amar. En el estudio que hago aquí, esto podría constituir un concepto fundamental al lado de los restantes que se han esbozado o que se esbozarán a lo largo de esta obra.

Esa hacienda divinizada por la naturaleza tenía un prado floreado en donde el aborigen se sentía cómodo o resplandeciente, ya que no sentía responsabilidad alguna o compromiso que cumplir salvo los rutinarios con los suyos, y en eso difería a los recién llegados, sobrecargados de deberes y de obligaciones por doquier que los atenazaba con cepos dolorosos.

En aquella tierra exaltada por la naturaleza de las cosas, se disfrutaba de una grata inmovilidad, de un estado cuasi inocente y sosegado, simultáneamente la ausencia del tiempo o sea la negación del imperativo de la acción y de la subordinación tan propia de Occidente, traía un estado de plenitud casi que general o sea que en suma todo trascurría con serenidad, sin afanes y en medio de un silvestre ambiente.

Eso debió desconcertar más tarde a los españoles cuando poco a poco fueron adquiriendo una noción de lo que habían hallado en medio del océano.

Ya asentados en esa isla, lo primero que hicieron los descubridores fue tratar de refocilar con las indias a fin de descargar sus ímpetus varoniles, y eso era perfectamente humano. Hasta ahí no habría nada que objetar, es más, habría que anotar que la primera agresión en estas tierras, la sufrieron los españoles, por ese afán libidinoso de copular sin medida ni control, ya que muchos de ellos resultaron

contagiados por la espeluznante sífilis, y la pagaron casi todos con la vida misma.

El capítulo cuarto del *Cándido* de Voltaire, puso de presente las declaraciones de Pangloss sobre el origen de esa sombría enfermedad, el flagelo en Europa, que de paso afectaba lacrimosamente a tal protagonista:

“...Ya habéis conocido a Paquette, la linda doncella de nuestra augusta baronesa; he gustado en sus brazos las delicias del paraíso, que han ocasionado estos tormentos de infierno que me devoran, según veis, estaba infestada y quizá se haya muerto Paquette, había recibido este obsequio de un franciscano muy sabio, que había remontado a los orígenes pues lo había obtenido de una vieja condesa, que a su vez lo había recibido de un capitán de caballería, quien lo debía a una marquesa quien lo tenía de un paje, que lo había recibido de un jesuita, el cual, siendo novicio, lo había obtenido en línea directa de uno de los compañeros de Cristóbal Colón...” (Auerbach, 2011, p.385).

Cabe indicar por lo anterior que la primera víctima conocida de ese azote, fue Martín Alonso Pinzón (1441-1493), flamante capitán de la nao “La Pinta” quien a pesar de haber regresado con antelación al Viejo Mundo, tras un duro altercado con el genovés, sin embargo exhausto por la sífilis murió en Palos el 14 de marzo de 1493. Ese desenlace le vino en suerte a Colón ya que de haber sobrevivido este marinero, la querella por la preponderancia en la gesta hubiese sido chocante.

Cabe divulgar entonces que la agresión la principiaron las indias o los indios portadores de ese látigo de Dios, ¿cómo se le llamaba? Es menester mejor inquirir ¿tendrá importancia pedagógica esa pregunta? O ¿acaso habría otra forma de arrollar al forastero pendenciero? O era por la fuerza o era



por la debilidad. En todo caso el conquistador tenía todas las cosas en su favor y entre ellas, el *a priori* de la frecuencia con que agredían al indio infeliz y más tarde al indefenso negro.

Sin embargo es de imaginar la impotencia o la furia que sintió el descubridor o la soldadesca cuando cayeron víctimas de ese flagelo y probablemente otro sentimiento de venganza se iba abriendo paso en esos corazones tan propensos a la retaliación...

Es innegable indicar qué presuntuosos y ufanos se atinaban los iberos en esa isla y después en los demás que formaban parte de esa porción de tierra en el mar y en donde poco a poco fueron tomando confianza y producto de esa seguridad descomedida y desordenada también, iban desplazando al aborigen de su hábitat mientras cometían más de una tropelía, la sexual entre ellas, y por ende ese padecimiento corporal que absorbieron bien pudo ser un aviso divino de lo que estaban ejecutando o una advertencia aciaga de la naturaleza acerca de su conducta. Mas como deambulaban y se desenvolvían esos españoles a su capricho como el buitre de Imao, era de aguardar que escasa atención le prestaran a esa señal y se llevaron ese flagelo al Viejo Mundo que bien caro pagó sus secuelas.

Ahora bien: Colón dedujo que los aborígenes eran cobardes, que carecían de fierro y de armas, además temerosos a ultranza (Todorov, p.53) y fruto de ese convencimiento dejó a una parte de su gente en un fuerte al final de su primer viaje, pero al regresar un año después se percató de que sus hombres habían sido masacrados por esos indios supuestamente temerosos e ignorantes y aunque, lo reitero, nunca se supo a ciencia cierta qué fue lo que pasó en ese sitio, lo innegable fue que igualmente le correspondió a los indígenas

de todas esas islas esperar el periodo terrorífico de las agresiones feroces porque las represalias de los españoles por ese incidente serían implacables y lo fueron porque además resultaron monstruosas no solo contra ellos, sino de paso contra el medioambiente. Eso ya lo dije pero mi insistencia en reiterarlo reside en que eso pudo ser el detonante global de una represalia sin cuartel... en contra del indio que en lo fundamental era temeroso... aunque no todos se hallaban cortados con la misma tijera.

De ahí se desprende que cuando Colón se enteró de ese triste acontecimiento percibió que todo se hallaba irreparablemente trastornado y el encanto de ese escenario principió a sentir los dolorosos trámites de su paulatina desaparición para que emergiera una apariencia desolada, tras la devastación y la venganza... El edén había terminado.

No se podía pretender que el genovés permaneciera impertérrito ante ese cuadro, dantesco, ni que su gente no exigiera condigna reparación; sería un completo desatino, porque sus planes, sus intereses y sus aspiraciones mesiánicas o no, sufrieron un duro revés con esa acción y porque ponía en peligro su propia subsistencia y la de la gente, e igualmente los suyos estaban alterados o nerviosos, de ahí que su comportamiento mudara de aires para enfocar la situación a un cuadro apropiado en donde predominaría de plano la fuerza y la retaliación y en ese sentido sus compañeros de aventura lo secundaron a satisfacción.

Pero al lanzar una mirada retrospectiva a lo acontecido, hasta ahora en donde la sangre y el dolor humano jugaron un rol cardinal, pero no en gran escala uno se siente tentado a figurarse los efectos que hubiera producido por ejemplo la presencia de Marco Polo en ese lugar medio inhóspito y qué

derivaciones se hubieran producido de esa eventual expedición que solo apetecería hacer negocios única y exclusivamente.

El inconveniente reside en que Marco Polo viajó sin tropa a esa lejana nación, y eso hace presumir que sus intenciones eran mercantiles, pero cuando se arriba a un sitio exótico en medio del salvajismo, con gente armada y ambiciosa y además ávida por recuperar el tiempo perdido, como lo hizo Colón, eso de hacer negocios con los nativos sonaba raro o extravagante, es más, carecería de sentido.

Si en gracia de discusión, Marco Polo, por ejemplo, hubiera arribado con sus compañeros a estas tierras agrestes, ¿qué tipo de negocio hubiera formalizado? Ninguno, por el contrario lo hubieran matado o convertido en cautivo, pues el aborigen escasa noción tenía de hacer negocio como el foráneo.

Es de recibo indagar: Tras esa intermisión ¿cómo divisaron los indios a Colón y su gente? No se supo a ciencia cierta ya que el genovés había registrado que ni los entendía ni ellos lo entendían porque “no tenían letras ni escritura, no sabían contar bien” ...de suerte que toda comunicación entre las partes para conocer sus impresiones fueron meras especulaciones (Todorov, p.54). Ahora bien: En el umbral de ese proceso los indios pudieron creer que los iberos eran enviados de alguna divinidad, empero al notar posteriormente que tenían las mismas flaquezas e idéntica configuración fisiológica simplemente conjeturaron que no eran de otro mundo, sino visitantes de tierras lejanas.

No es descabellado indicar que los indios se sorprendieran, no solo con la traza sino también con la vestimenta de los insólitos visitantes y de las armas que traían consigo,

pero al diluirse el espejismo de la sorpresa inicial y advertir su codicia escuetamente se resignaron a convivir con ellos. Y eso mostró que la relación entre el indio y el español en términos generales al principio no fue buena, sino muy irregular con tintes dramáticos o patéticos que paulatinamente fueron confluyendo hacia una relación amo-vasallo con frecuente tinte pendenciero por parte del peninsular, que lo consideraba sometido a su disposición.

¿Qué cavilaban allá en España acerca de la índole de los aborígenes? La primera cuestión que se planteó en la península era de que si tenían o no dignidad y de que si podían o no convertirse en esclavos. Eso suscitó la llamada “controversia de Valladolid” que enfrentó en 1550 a Bartolomé de las Casas, entusiasta defensor de los indios y Ginés Sepúlveda, un dogmático organizador de la política de conquista y del sometimiento de los aborígenes que habitaban el Nuevo Mundo.

La argumentación del obispo de Chiapas fue vehemente y categórica; la del valido, en cambio, erudita y concluyente. El primero sostenía que la dignidad indígena era semejante a la del ibero o a la de cualquier europeo, en cambio, el segundo sostenía que no era igual ya que tenían costumbres ridículas y no conocían al Cristianismo. Con eso pretendía este sabiondo de cajón, haber acreditado que Jesús le había dado la espalda a ellos, y que por ende España tenía todo el derecho y el deber de someterlos a como diera lugar. Solo el tiempo, juez único de todas las cosas, pudo desenmascarar esa postura farisea y mezquina del funcionario real, pero ocurrió demasiado tarde y el expolio sistemático a todo lo que había por estas tierras, había cruzado el punto de no retorno.

Parece mentira pero en la actualidad han reencarnado nuevos Ginés Sepúlveda que con petulancia defienden esa dignidad ibera a través de la pretensa superioridad de los modelos de desarrollo implementados allá en el Viejo Mundo, aunque también es preciso reconocer que han resucitado otros Bartolomé de las Casas, para oponerse con vigor a esa nueva carga de opresión, esta vez de tipo económico. Todavía no se puede cantar victoria, es lo que resta añadir (Uprimny, 2012. *Opinión* 45).

Sé que adelanté en el manejo cronológico pero era indispensable de una vez por todas poner sobre el tapete las cartas y como la coartada de la cristianización fue una mera cortina de humo tendida para ocultar las auténticas intenciones de la Corona española, una vez enterada del potencial del Nuevo Mundo, es preciso correr el velo de ese siniestro mecanismo.

Ya es bastante, y para que no se crea que he saqueado los papeles del poeta provenzal Plocio Crispino, famoso por su locuacidad, no añadiré una palabra más sobre el particular, por el momento (Horacio, 2008, p.68).

En todo caso, cuantos mensajes inútiles debieron cruzarse entre el genovés y el aborígen, o entre la soldadesca española y la tribu ribereña durante esos primeros días de tanteo tras el descubrimiento, y por ende una obvia crisis de identidad apareció y obstaculizaba ese proceso de aproximación repleto de suspicacia por parte del genovés y de su gente y de sorpresa por parte de los nativos, y eso se agravaba en la medida en que tampoco existía un punto de aproximación cultural que los uniera en aquel momento.

El descubrimiento de Colón desencadenó una sucesión de fuerzas latentes pero oscuras que acrecentaron el poder de la Corona y de su gente, y de esa manera provocaron esas

fuerzas el paulatino desplazamiento del indio de su tierra, y poco a poco se fue disipando y fue ahí en ese momento crucial en donde se hizo palmario el carácter distintivo de tal suceso, o sea por intermedio de la segregación... y del aislamiento. ¿Era necesario? No.

En América del Norte aconteció algo diferente, los primeros inmigrantes arribaron en medio de la soledad y del hastío más abrumador en busca de una libertad que les era cercenada en el Viejo Mundo, y lo que iban a reinventar allá era la instauración del reino de Dios sobre la tierra, sin eufemismos, y de esa manera al guardar distancia con lo vernáculo volvieron práctico ese trámite y se facilitaron muchas cosas, entre ellas, el progreso material.

¿Fue durante la primera fase del descubrimiento en que se principiaron a sentir los rigores de la represión ibera? En el viaje inaugural de Colón no hubo ese tipo de manifestaciones en sentido estricto, hubo escaramuzas y atropellos, propios de un trámite de esta índole, por eso habría que esperar al segundo periplo del genovés para advertir ya las incipientes secuelas de una beligerancia frecuente y desalmada que se iba a desatar por parte del blanco en contra del indio dentro de un contexto totalmente desigual y que iba a repercutir en el curso de los acontecimientos posteriores a ese periodo de la historia.

En la leyenda de los mártires cristianos se enfrentaron flagelados, exaltados y testarudos a los perseguidores que no siempre eran de esa índole, sino estrictos cumplidores de sus deberes como oficiales romanos. Recuérdese al efecto, la carta de Plinio el Joven a Trajano, el celeberrimo emperador, enfrentamiento que le brindó al espectáculo del suplicio un tono demencial, ya que se manejaban motivos

absurdos<sup>32</sup>. Pero tras el descubrimiento de América, sobrevino algo paradójico, los que revelaron un talante exaltado atormentado y tozudo, fueron los perseguidores, mas no los indios y eso le ofreció al espectáculo un tono no solo demencial sino patético ya que manejaban motivos fútiles o ambiciosos.

Tras estas afirmaciones, tengo la impresión de ir mostrando un caleidoscopio confuso y heterogéneo, tal vez fuese cierta esa opinión, pero debo indicar quizá como excusa que ese proceso-suceso del descubrimiento no fue lineal, sino abrupto, no fue organizado sino en zigzag, tampoco en línea recta sino en curvas o con altibajos fácticos que han impedido instituirlo en debida forma, y aquel que lo haya intentado, si creyó que logró su objetivo, más tarde se hallará con la sorpresa de que su actividad simplemente fue la de contar una rutina sin asomo alguno de variación y de esa manera perdió fuerza su argumentación por excesivamente canónica.

Prosigo con la síntesis... en la que tantas veces ha aparecido y desaparecido Colón, pero su figura señera reclamaba ese tratamiento biográfico peculiar...

¿Cuál fue el detonante de esa represión organizada por el ibero en términos generales? No fue un detonante, a lo mejor fueron varios, el primero y el más significativo, sin lugar a dudas, el hallar Colón masacrada a la gente que había de-

---

32. No se explicaban los oficiales romanos la actitud complaciente de los cristianos frente al martirio y lo juzgaban una locura. La intimidación que producía el ajusticiamiento en el hombre a través de la historia, no hizo mella en la humanidad de esos conversos y desde luego nadie sabía qué actitud asumir. En la actualidad (2015) un fundamentalismo parecido se está viviendo con los musulmanes, pero eso es ya harto conocido y me releva de otro comentario sobre el particular (Nota del autor).

jado en el fuerte bautizado eufemísticamente “Navidad”<sup>33</sup>, eso le hizo mirar las cosas desde otro ángulo. El segundo, el asunto de la conversión de los indios, ya que muchos eran reacios a mutarse en prosélitos de una religión que no entendían, y tercero, desde luego la codicia hispana que iba sembrando violencia a diestra y siniestra de una forma frecuente para amedrentar y espantar a esa pobre gente y por todas partes sin asomo de menguar; por el contrario, cada día subía más el espiral de intimidación especialmente cuando el oro no se hallaba a la vuelta de la esquina o lo que se encontraba era insuficiente y por ende los iberos se iban sintiendo cada vez más frustrados y quien pagaba las consecuencias de ese malestar era el nativo.

Sería interesante manejar aquí el ejercicio retórico de Gadamer, denominado “historia efectiva” que partía en pos de aquellas acciones de las cuales de una manera u otra uno terminaba involucrado... para proporcionar un sentido dinámico a la narración, pero como se está puntualizando el carácter positivo fenomenológico de este ente<sup>34</sup> partiendo de su forma de ser aquí: descubridor/descubrimiento, en su cotidianidad, hasta terminar el examen de los restantes entes, conquistador/conquista y colono/colonia, para armar así una cabal precomprensión etc., por razones de espacio es mejor dejarlo como una mera ilusión.

Quién sabe si algún lector pretendiese hallar aquí la esencia del ente hombre; no niego que sería sustancial departir

---

33. Es probable que el lector se sorprenda por la reiteración de este tópico del fuerte “Navidad” pero es indispensable insistir en esa acción, para vislumbrar tras su repaso si acaso ahí reside el “Ábrete Sésamo” de la agresión sistemática que se originó en contra del nativo (Nota del autor).

34. Heidegger, pp.55 y ss.



un poco sobre esa materia, pero tengo la obligación de olvidar esa cuestión, que de hecho yace todavía arrinconada, y centrar mis esfuerzos en el sentido de escudriñar de un modo superficial el acento histórico y tradicional que ha rodeado a ese ser del ente que ahora está frente a mis ojos, y mirar la índole de su esencia, y me refiero al descubridor, al conquistador y al colono, precedentes ónticos del otro ente, cuya particularidad también se elucidará más adelante, y que es la del vencido. Mas ¿cuál es la esencia del hombre? Creo que el Génesis sugiere algo sobre el particular.

En todo caso para ir al encuentro de la esencia de ese sentido por el ser, de ese ser ahí en el mundo —no desde el perfil de ser ahí en el mundo del vencedor— del conquistador es menester no precipitarse sino comentar que el sentido se hallaba en el tiempo en que vino para esta tierra, en medio de la irracionalidad que lo embargaba, y tras ese desvelamiento casual que presencié, le correspondió ir a su faticidad frente a ese medio, o el estado de yecto<sup>35</sup>, para la proyección de su existencia<sup>36</sup> en ese contorno, y en el cuidado (cura) que tenía a su alcance y disposición en ese medioambiente tropical y sopesar si también era posible aseverar lo mismo, cuando se topó también con el nativo... La crónica de la significación del termino óntico “cura” ha permitido vislumbrar según algunos autores, otras estructuras fundamentales del ser ahí y han llamado la atención sobre su doble sentido, como esfuerzo angustioso y como solicitud o entrega entre las cuatro naturalezas existentes, conforme lo dijo Séneca, árbol, animal, hombre y Dios...<sup>37</sup>.

---

35. Heidegger, pp.309 y ss.

36. Heidegger, pp.309 y ss.

37. Heidegger, pp.219 y ss.

Esto merece una explicación: Tanto para el conquistador como para el nativo concurrían esas cuatro naturalezas, es más, ninguno de los dos entes, como ser, como ser ahí cada uno en el mundo sabía de las mismas, y si ahora lo hago es para efectos metodológicos. Pues bien: El descubridor entendía plenamente que lo suyo era conseguir al precio que fuera oro y gloria. El nativo por su parte, al desconocer en principio esas intenciones de su forzoso huésped, simplemente le seguía la corriente y cuando no podía continuar detrás suyo, tenía que sufrir las consecuencias, sin importar ninguna de esas cuatro naturalezas, ya que estas fueron expuestas aquí, formalmente, a fin de divisar si era posible concebir que cada uno de esos entes, pudiesen en algún momento de aquella existencia medio sicodélica, otear la sacra presencia de la naturaleza de las cosas en el marco de esas manifestaciones y obrar por consenso en busca de un mejor porvenir, pero las acciones y las reacciones de cada uno, mostraron que no tenían ni idea de que lo significaba la índole de las mismas y estrictamente hablando un sentimiento de inercia espiritual invadió todo ese entorno, y esa inercia se transmitió con más fuerza a los demás entes, el conquistador y el colono. Al negro poco le importaba eso, y entonces el conquistador hizo lo que le vino en gana. Y de esa manera la constitución del ser ahí en un Nuevo Mundo fue haciéndose cada vez más patético y evidente.

La situación fáctica para el descubridor fue quizá más difícil que la situación fáctica del conquistador o la situación fáctica del colono más tarde, porque el primero no sabía dónde se hallaba, ni qué hacer, y poco a poco el tiempo le fue suministrando los componentes necesarios para proceder más o menos en consecuencia, en cambio tanto el se-

gundo o el tercero citado aquí, o sea el conquistador y el colono por lo menos sabían y entendían la índole del escenario y las acciones que tenían que desplegar para que las cosas suyas les salieran mejor. Y es aquí, me anticipo, donde hay que vislumbrar ya el futuro entorno del ser ahí en el mundo, pero del vencido que le iba a corresponder en suerte tanto al indio como enseguida al negro.

No ofrecía aquella época en suma alguna facilidad para desarrollar a placer los dones más excelsos de cada hombre y todo se improvisó, se dejó al criterio ambiguo del jefe de turno o al albur y de ahí salieron las secuelas negativas de la agresión sin medida, de la arbitrariedad sin control y de la hipocresía desperdigada.

Esos tres conceptos fundamentales fueron terminantes, decisivos y terribles, y serían luego, precisamente, los que catapultaron a la ignominia y al horror a las Indias Occidentales, instante funesto aquel en que el hombre, en este caso el español, que debía estar por encima del nativo, culturalmente hablando, se alejó de sí mismo y de sus convicciones religiosas, y consumó enseguida el irreparable daño a una población y a un hábitat. ¿Tuvo acaso convicciones religiosas el ibero o el manejo cultural adecuado para arribar a estas latitudes? Había un abismo entre esos dos tipos de persona, hay que reconocerlo de antemano sin ambages.

¿Sirvió de algo la anterior aseveración ontológica? Tal vez, no obstante es pertinente avanzar en el derrotero acordado y no esperar que una descripción de esa índole produjere unos resultados inesperados. No. Sin embargo aunque dejó la sensación de que pudo ser mejor, en todo caso, la diligencia era ineludible... para variar el entorno y acreditar luego que la experiencia originaria o ancestral del español no le sirvió para nada en este medio.

Bien. ¿Cómo era el hábitat del Nuevo Mundo antes del arribo de Colón? Es de afirmar que esa tierra se divisaba agreste y salvaje, y entre sombras azotadas por una llovizna pertinaz, además articulada por un sol inclemente a intervalos rítmicos a lo que habría que agregar tempestades severas y vientos huracanados que despertaban recelo y temor entre sus habitantes. La competente naturaleza revelaba pues sus áureos frutos y demostraba que era pródiga en variedades hasta la exuberancia y los indios seguramente desgranaban un cántico que en éxtasis sublime arrebolaba a muchos, los iberos empero no lo apreciaron en su magnitud lírica y se propusieron en cambio acabar con eso que era fértil y lucrativo...

Colón dijo al respecto en 1492 que “En el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra...” (Todorov, p.50) y aunque uno no se pueda fiar de las cualidades plásticas del genovés lo cierto fue que en este punto de vista había atinado. Obviamente que eso en el fondo no indica nada en particular, pero deja la sensación de que se trataba de un concepto personal que bien mirado fue pertinente, aunque no surtió los efectos esperados con relación a las acciones desplegadas posteriormente.

Y mientras tanto el indio no fue capaz de vislumbrar el potencial que había en su hábitat y poco a poco la indolencia fue cerrando todos los caminos posibles de su diario vivir y entonces esa facticidad, la proyección de su existencia y la caída que constituyen el ser, el ser ahí en el mundo y en aquel momento su mundo, iba en picada, circunstancia que aprovechó el ibero en sus diversas manifestaciones para salirse con la suya.

Por ende señalo<sup>38</sup> que el concepto fundamental de la indolencia al lado de otro similar, la ignorancia —y que hay que tener en cuenta para comprender a ese ser ahí del vencido posteriormente— fueron fraguando las condiciones estructurales diferentes a las que vivía y que germinaron de improviso ante la llegada del invasor, y presumo que de nada le sirvió tener un hábitat agradable pues eso contribuyó a instaurar su condición final, más temprano que tarde.

A primera vista puedo asegurar que Colón tuvo razón pues aquella tierra descubierta era más o menos esplendorosa, no obstante esa manifestación pudo obedecer a un estado de ánimo del genovés (Todorov, p.51) que a la larga resultó inane o quizá perjudicial porque despertó rápidamente apetitos malsanos entre los suyos y los que iban después a venir por acá. Esa afirmación del genovés sobre esta tierra y los efectos catastróficos que posteriormente se sintieron podrían convertirse en el punto de partida para el comienzo de un hilo conductor que ofrecería la garantía de representar inicialmente una adecuada posibilidad de acceso al fenómeno que se va a indagar...<sup>39</sup> o sea al poder ser o poder existir...<sup>40</sup> del ser ahí del vencido.

Pero esa impresión se desvaneció al repasar los lamentables acontecimientos posteriores y la labor sistemática de destrucción a que fue sometida esa heredad por el invasor para posteriormente corroborar sin ambages que si bien era una tierra provechosa y generosa, estuvo destinada, lacri-

---

38. No soy amigo de las afirmaciones categóricas, pero aquí deberán asumirse no en ese sentido, sino en el sentido de que expresan unos conceptos fundamentales que servirán de base para hilvanar las respuestas precisas a las preguntas formuladas en el Proemio (Nota del autor).

39. Heidegger, p.63.

40. Heidegger, p.255.

mosamente a ser sometida a un proceso de depredación como nunca se había visto en la crónica de la humanidad. —Más adelante cuando me involucre de lleno en el ejido colombiano se reparará con amplitud la consistencia de esta aseveración—. Valdría la pena tener en cuenta esta aseveración para describir aquel tejido de horrores.

El sentido de la eficiencia de las fuerzas históricas se despierta totalmente cuando se llega a entender la constante movilidad de los fenómenos sociales en medio de las condiciones naturales como el clima y el suelo. Las circunstancias que concurren en aquella época repleta de sombras (1492) no eran propicias para desplegar de entrada una acción enteramente civilizadora porque el cuadro indígena, entendido como el interlocutor válido del descubridor era heterogéneo y fraccionado, y la vida en conjunto se desarrollaba en un laberinto de intereses a través de reducidas comarcas y parcelas que se habían ido formando en razón de condiciones dinásticas muy peculiares y por eso en cada una de esas tribus y que el genovés halló en su primera y segunda travesía, el ambiente estaba enrarecido y ominoso acompañado por una despreocupada actitud y una indolencia sin par.

Este ambiente sería otro concepto fundamental sobre ese trajinar histórico y que serviría igualmente para adecuar un punto favorable para el descubridor y con ese detalle ir preparando el engranaje de las respuestas ontológicas que fuesen pertinentes a fin de comprender finalmente al ser ahí en el mundo del nativo.

Consecuente con ese orden de ideas un plan de educar a esa generación tenía que pasar por una serie de filtros que los españoles en esa coyuntura ni sabían manejar ni les interesaba llevar a cabo, y en el caso de que hubieren conocido el método, jamás lo habrían puesto en práctica, ya

que su intención era maliciosa y como si fuera poco el aire social que circulaba entre las tribus no era el ideal. Desde luego que el indio no era tonto y si hubiere sido instruido con seguridad habría reaccionado con más racionalidad ante los desafueros ajenos y tal vez la liberación se hubiera producido más rápido.

El indio cabía en ese mundo en el sentido de que se dejaba absorber por su mundo<sup>41</sup> ya que casi nadie le molestaba o le estorbaba, salvo la tribu rival, y su rutina seguía igual con el paso del calendario pero cuando de pronto “su” mundo se vio horadado por el descubridor al principio se aturdió, eso era normal, pero nunca salió de ese aturdimiento y por el contrario fue cayendo por la pendiente de la sumisión, de la obsecuencia o de la indiferencia sin un atisbo serio de resistencia, salvo las excepciones de rigor y desde luego que el ibero sacó partido de esa pasividad, otro concepto fundamental para nivelar aún más las cargas, y con mala fe se propuso sacarlo a empellones de ese mundo, el mundo donde antes cabía solo el indio.

Esta es una consideración adicional en medio del ten con ten, para mudarse más adelante en una pauta típica del ser del ser ahí en el mundo del futuro vencido. “Ser en” simboliza o significa “la forma de ser de un ente que es en otro, como el agua en el vaso o el vestido en el armario...”<sup>42</sup> y en ese mundo donde cabía el indio antes de llegar el descubridor, era su forma de ser o de ser ahí en el mundo, pero poco a poco ese ser en, pasó a convertirse en otro, como el río en el mar, y ante esa nueva evidencia, supo que ya no cabía más, y su ser tomó otro rumbo.

---

41. Heidegger, p.67.

42. Heidegger, p.66.

Aunque el nombre de Cristóbal quería decir “cargador de Cristo” y el de Colón, “poblador de nuevo” eso no implicaba de modo instintivo la puesta en marcha de categorizaciones propicias para que sembrara la semilla de Jesús, pues él tenía otros planes, pero sí estimulaba en cambio un proyecto de conversión en esas islas e instalar de paso unas óptimas condiciones sociales para los indios, y en ese sentido los hechos pudieron desbordar al genovés que rápidamente supo que tampoco cabía en ese mundo porque España en un momento dado entendió —y quizá con razón— que no era el apropiado para terminar la faena del descubrimiento ni mucho menos para comenzar la faena de la conquista, y además, las cosas en el Nuevo Mundo ya habían tomado un giro diverso al previsto desde el comienzo de la aventura tras el segundo descubrimiento. Las épocas teñían a los individuos que pasaban por ellas, dijo Balzac y eso encaja aquí, pues aunque el genovés tenía que estar fatalmente identificado con el sino de ese ciclo en donde la ignorancia, la superstición, que también se les imputaba a los indios y la avidez eran la medida de todas las cosas, y su talante bien pudo ser una de esas tres circunstancias, y que cada uno afirme cuál era la que más se adecuaba a su talante, nuevamente los hechos lo aventajaron y le dejaron en medio sin saber qué hacer.

No quiero decir con esto que también Colón era un ser ahí en el mundo del vencido... o tal vez, porque más tarde conoció la indignidad del español y el desplante real que le dejaron al filo del abismo, o sea, a un paso de mutarse en otro ser ahí vencido en el Nuevo Mundo que había descubierto. Mas no viene al caso.

Yo apunto que el defecto del genovés tal vez sería la apetencia... ese afán de acumular recursos en pos de presun-



tamente manumitir Tierra Santa o el apetito de gloria para perpetuar su nombre<sup>43</sup> de acuerdo con la tradición de esa época, especialmente si se analizare su trasfondo itálico. Muchas veces la imaginación suple con creces las limitaciones del pasado.

El realismo ambiental del Nuevo Mundo invitaba en todo caso, al goce de los sentidos y a la euforia espiritual<sup>44</sup> pero una caterva de necios y ambiciosos venidos de tan lejos en pos solo del vil metal, o forzados algunos a recalar aquí por diversas razones, rechazaron esa ofrenda y en cambio, lo que pretendían era a todo trance enriquecerse sin detenerse a pensar un momento en lo que esos dos puntos —goce y euforia— querían personificar para la buena marcha de la vida subjetiva por esas latitudes. El enramado lírico que hubiese evocado cualquier juglar compañero de aventuras de estos aviesos personajes, hubiera suministrado mejores elementos de juicio para atender esa sublime invitación del hábitat, y esos poemas hermosísimos le hubieran proporcionado rápidamente a un Cervantes, a un Lope o a un Calderón motivos suficientes para loar a esta tierra que apresuradamente se convertía en un muladar repleto de pesares y de preocupaciones...

Frente a un mundo contingente y desconocido, se alzaba

- 
43. El estilo literario de este libro como habrá podido confirmarlo el lector ha sido atípico hasta cierto punto, o sea contiene expresiones anotadas en un párrafo que han guardado cierta ilación con el antecedente y con el consecuente pero no necesariamente deben corresponderse en su unidad semántica, más bien en su vasta generalidad como descripciones, alusiones o indicaciones que están mostrando un estado de cosas en un momento dado de la historia (Nota del autor).
44. ¿Podría presentirse desde aquel instante la existencia de un realismo mágico que siglos más tarde García Márquez perfiló con su novela cumbre? El entorno sicodélico de la región Caribe ha invitado siempre a considerar esa opción... (Nota del autor).

un nativo ingenuo o torpe, que trataba de compenetrarse más o menos con el descubridor y a veces rehusaba pero cuando llegó el conquistador y luego el colono, frente a ese Nuevo Mundo circunstancial, pero agradable, se alzó en cambio una barrera de prevención y resistencia y frente a un sujeto ambiguo y conflictivo como eran esos dos sujetos llegados desde tan lejos, se alzó un indio ignorante, y complicado, y por ende a partir de entonces no hubo ya ningún entendimiento sino que la agresión empezó a tomar dimensiones colosales y después un distanciamiento visceral se abrió entre esas dos realidades, el usurpador y la tierra... con el indio que la habitaba... y luego con el negro que la trabajaba con denuedo. Y pese a que todo es provisorio, aquí se eternizó ... la agresión.

Entonces, ¿qué quedó ahí tras el descubrimiento del genovés? Retazos de nada, polvo y estiércol, ya que subordinado a la brava por el ibero en cada escaramuza, el indio, bien porque se resistiera o bien porque profanara los emblemas de la Iglesia o bien porque se sometía sin más, quedaba aplastado y sin defensa posible y si al mismo tiempo el español también hollaba la tierra en pos del vil metal y tronchaba la vegetación en busca de minas, era de esperar que todo por aquí acometiera a descender de la tontería a la subordinación y de la estupidez a la abyección en medio de una galopante violencia que ponía fin a casi todo lo que por ahí se encontraba. Entonces, lo que antes no era, ahora era...

Las Indias Occidentales fueron, pues, la sombra del cielo en su momento de esplendor, cuando solo cabía el indio, mas al comprobarse que el imperio del invasor era amigo del caos, cierto día del gran año de repente las cosas empezaron a languidecer y las personas a desfallecer frente a la mirada

atónita de las estrellas. El ecosistema de este continente aborigen, mostró las huellas de una rutina rudimentaria pero eficaz que mantenía todo en equilibrio sin sobresaltos, un tradicionalismo ancestral precedía todos y cada uno de los procesos que se iban a ejecutar en la caza, en la pesca y en la agricultura, de tal manera que nada escaseaba y había por ende un orden natural que permitía la satisfacción de las necesidades más elementales de cada tribu y eso impidió, de contera, el avance o el progreso de la progenie. Por eso, frente a ese cuadro cotidiano de tosquedad y simplicidad, es de subrayar que a lo mejor algunos de los iberos y hasta el mismísimo genovés, sintieran un axiomático sentimiento de superioridad que finalmente engendró un comportamiento altivo combinado en otras ocasiones con posturas fuera de tono como la del maestro ante un alumno imbécil. Y en la mitad el fuele.

Pero ¿podían caber el indio y el descubridor en ese mundo, ignoto para ambos? Todo se debe explicar por causas eficientes y no por causas finales, decía Espinoza, y como no había una causa adecuada que facilitara ese efecto de convivencia por los factores que hasta ahora he registrado aquí, esa iniciativa no era viable... mas si hubiesen arribado los sajones o los latinos a lo mejor dados sus antecedentes de exploradores competentes otra cosa hubiera sido este hemisferio.

El tiempo ha sido el fundidor de la historia cuyo brasero silencioso al aislar las escorias de la exaltación dejaba reparar poco a poco en su valor los hechos que habían conformado el pasado y eso es lo que trato de llevar a cabo aquí. Si el sacrificio ha sido el mejor pedestal de la fama y el indio americano desde el principio fue una perenne víctima, ¿por qué diablos no lo ubican en el salón de la inmortalidad como

a otros héroes? Espartaco, por ejemplo... El indio americano ha sido, o ausencia de algo o presencia de nada, y por eso lo han tratado como lo han tratado, como un minihéroe superfluo.

Ese primer encontronazo entre dos mundos, en vez de traer consigo un novedoso esquema social en donde hubieren podido contemporizar las dos razas o por lo menos coexistir a través de una cordial desconfianza, lo que ocasionó fue una galopante agresión contra la tierra y contra sus habitantes que vegetaban sumidos en la más tremebunda incultura, sin que pueda achacársele responsabilidad por ese talante que esgrimieron ya que eso fue secuela obvia del legado que recibieron desde tiempos inmemoriales. Y de eso también se aprovecharon los iberos desde el momento en que hollaron esta heredad.

Una vez le preguntaron al marqués de Sade si ya no existía ni la honradez ni la decencia y replicó que si se ha hablado tanto de ellas, era imposible que existieran. Y la postura de los hispanos mostró la pertinencia de la afirmación del gran prosista francés, extraviado por sus excesos y por sus enemigos.

De ahí surge que el móvil del descubrimiento de las Indias Occidentales, hallar una ruta a Catay, rápidamente se transformara en tres móviles diversos para mantenerse a toda costa ahí, sin importar si era lo que se buscaba, y en aquel tiempo ese primer móvil, fue la riqueza, el segundo móvil, la gloria y el tercer móvil la evangelización, pero a una distancia de las dos, esta última, que prontamente quedó relegada.

Por lo visto el proyecto original de Colón y que motivó la aventura del descubrimiento había sido postergado o arrinconado por completo y finalmente terminó por devorarlo a

él y a su progeñie. El ser de la persona humana “no se ha podido reducir a un mero sujeto racional según ciertas leyes ni tampoco a una sustancia o un objeto natural, es algo distinto a todas las cosas naturales, pues casi todos sus actos se han divisado desde la acción y desde la reflexión, y si eso es así, entonces la esencia del ser humano o descansa en la divinidad (Génesis 1, 26 y 27) o descansa en la objetividad de su voluntad...”<sup>45</sup>. Y la prueba de esa afirmación del filósofo alemán, está precisamente en la índole del ser de la persona del genovés...

Los intercambios comerciales y sociales —si es que tal término resultan pertinentes— que eventualmente llegaron a realizarse de un modo u otro entre Colón —entiéndase su gente también— y los indios<sup>46</sup> y entre Colón —entiéndase su gente especialmente— y la naturaleza no fueron equilibrados ni mucho menos acordes con la sensatez o con el sentido común, fueron de otra magnitud en donde campeaba la mala fe, la rapacidad y la codicia de uno frente a la ignorancia, la incuria y la soledad del otro, de tal modo que al ir en aumento esos vicios del descubrimiento y de paso agrandar la pesadumbre de los indios, lo que estaba generando apuros de diversa índole, se tuvo que optar el paso a la conquista para proveer una etiqueta más consecuente con las actividades que se iban a implementar, o más consecuente con las acciones que se iban a emprender para ensanchar el peculio de los españoles y para someter aún más a los indios y atro-

---

45. Heidegger, pp.60 y ss.

46. Es pertinente añadir aquí que la única comunicación fluida que existió entre el genovés y el indígena fue a través del cielo, o sea mirando las estrellas. Por lo demás parece ser que la astrología fue el patrimonio común que han manejado desde tiempos inmemoriales los hombres (Nota del autor).

pellar con énfasis a la naturaleza que impávida percibía esa ola constante de devastación.

El ser ahí en el mundo solo podrá ser propiamente el mismo cuando se pusiere en posibilidad de ello desde sí mismo o sea auténticamente —siendo lo que es, no lo que le impusiere la tradición, la superstición o el fanatismo, cosa muy difícil o casi imposible en el hombre— y para el caso que ocupa este capítulo uno empieza a vislumbrar no solo el sentido del ser ahí en su mundo (del nativo) sino que además el ser ahí en el mundo que ya se avecinaba y a donde iba a ser proyectado para luego convertirse en el ser ahí en el mundo del vencido que se fraguó desde el momento en que no cabía con el ibero en aquella tierra descubierta y desde el momento en que dada su ignorancia y su indolencia estaba proporcionando pasto a una nueva modalidad de la aventura del descubrimiento, la conquista... pero en ese sentido su contribución a ese nuevo proceso fue muy limitada... el detonante del mismo ya lo dije atrás fueron otras consideraciones, entre ellas, el segundo descubrimiento y la falta de autenticidad del indio sin que importare la falta de autenticidad del ibero; eso era otra cosa como se verá más adelante cuando se analice la estructura básica de la vida fáctica.

Marx creyó que el día en que se resolvieran los problemas económicos, quedarían de hecho corregidas todas las secuelas complementarias de una influencia excesiva del poder, y si uno recapacitare sobre ese sentir y lo retrotrajeré a la época del descubrimiento y de la conquista, supondría candorosamente desde luego, que esas fueron sendas oportunidades históricas para cortar el nudo gordiano de los problemas mercantiles españoles a través de la explotación adecuada y decorosa de la economía nativa, a lo mejor, el

desenlace político/social y financiero de ese proceso que pintaba bien, habría sido diferente o mejor. Y Marx habría tenido por lo menos un antecedente...

Pero si desde aquellos instantes históricos empezaron a tratar a los indígenas como subyugados, y como esa aterradora condición no ha constituido una clase social, que se sobrepusiere en el marco de las interacciones de una sociedad, no se les tuvo en cuenta, sino para expoliarlos. En todo caso la crítica ha cumplido un rol en el examen de las formas de cada discurso o de las figuras preponderantes en cada ciclo de la historia, y ese rol lo han pautado los tropos de las diferentes relaciones sociales por conducto no solo de las palabras del discurso sino de las intenciones de los pensadores que han vivido o sentido ese contexto, y de ahí se puede inferir que muchas veces sus predicciones o sus temores no se cumplieren a cabalidad y quedare luego la sensación de frustración en la sociedad...

Por eso tal vez fuese más interesante agregar a una situación coyuntural o a un evento pretérito, la conjunción condicional Sí, o sea ¿qué hubiera acontecido en el Nuevo Mundo Si los españoles hubiesen sido expulsados por los aborígenes sin contemplación como hizo Blas de Lezo con los ingleses en Cartagena? Una pregunta difícil de contestar porque los elementos que podrían integrar la respuesta son imposibles de unir para lograr advertir la solución y por eso es mejor encogerse de hombros y dejar que la suposición haga de las suyas.

Y además como la dura realidad se impuso es pertinente convenir que el primer nivel de la contienda desatada tras el descubrimiento, entre el español contra el indio y contra el entorno lo había ganado ese usurpador, y luego el segundo nivel de la contienda, la conquista le sería también

favorable al ibero, con el agravante de que fue el prólogo de lo que aparecería más tarde —la barbarie colonial o sea el tercer nivel— pues fue tan concluyente pues como “ya que no existían” —ni creo que coexistan aún— “mandatos morales categóricamente imperativos” (Reyes Mate, p.142) que decretaran el tipo de conducta a seguir en casos similares, los triunfadores operaban en un contexto social en que todo parecía al revés y ante esa anticipación histórica en donde aparentemente ya se hallaba vencido el indio y devastado el medioambiente, lo que podría desvanecer parcialmente la necesidad de las respuestas ontológicas de rigor, es preciso no obstante aclarar o reafirmar la necesidad de interrogar más tarde por la situación, de reconfirmar lo dicho, de abrir más espacio a este contexto que se está abriendo o des-ocultando con el abono de lo que esta precomprensión de la situación ha suministrado hasta ahora y la que indicaré más adelante, para que sirviere de guía metodológica sobre el particular y de ahí que siga la faena filosófica de rigor, vislumbrando después con más ímpetu al negro que vino a constituirse en el sustituto o en el compañero del indio en la dura lucha por la supervivencia en aquella época tremebunda.

Esta acotación permitirá reconocer que el descubrimiento si bien no fue tan agresivo ni tan depredador como los otros niveles —conquista y colonia— y lo repito, lamentablemente sus voceros más epónimos dejaron un legado incierto y chapucero que el conquistador y el colono se encargaron rápidamente de corregir y de aumentar hasta la enésima potencia. Esa fue verruga del descubrimiento, abrir la puerta totalmente para la iniquidad, la devastación y el dolor a los que le sucedieron en ese proceso-suceso llamado el descubrimiento de América.



Esto no obsta para aseverar que España<sup>47</sup> sin embargo desconocía la dinámica del poder que tenía como vencedor, como sí lo tuvo por ejemplo Roma en la antigüedad, y por ello no se percataba que eso era un núcleo estratégico en donde convergían todos los nexos de fuerza y de disposición arbitraria a veces en un escenario determinado así como de una capacidad categórica de control y sin olvidar la existencia de un vínculo recóndito entre el poder y el saber que se tenía que manejar entonces por estas latitudes que también tuvo Roma en su momento. Y la prueba de esta última indicación, la ausencia de un nexo con el saber, fue que dejaron que la ignorancia y el error hicieran de las suyas entre los aborígenes, sin ningún sentimiento de conmiseración. Desde luego que escapa a la índole de esta faena, platicar acerca de ese fenómeno social del vencedor, me lo impiden dos cosas, primero, que aquí escruto al vencido, y segundo, que el tema es muy extenso y complicado.

Sin embargo, es necesario reprochar igualmente desde ese momento las faltas menores y menos graves de los españoles con cierta licencia tan plena como puedan hacerlo la franqueza y la suspicacia para que cuando soplen los vientos gélidos de la cruda realidad que arribaron más tarde, no se confunda nadie en el sentido de que poco a poco paralelamente desde el escalón inferior de la falta levísima, se fue

---

47. Es preciso recordar desde ahora este concepto fundamental, porque más adelante podrían desprenderse conclusiones sorpresivas o inesperadas sobre ese derrotero llamado expedición a las Indias Occidentales liderado por Colón, pues no es fácil asumir de entrada una determinada posición de condena o de cuestionamiento ético hasta cuando se desenvolviese completamente el ovillo de la trama. Todo tomará sentido cuando los sujetos del contexto histórico hubieren comparecido plenamente y mientras eso no suceda integralmente, lo que hay que hacer es tomar atenta nota y atar cabos (Nota del autor).

ascendiendo en acrimonia y agresividad por parte de aquellos personajes iberos que vendrían posteriormente y que no tenían la catadura moral de la soldadesca y de los aventureros de marca mayor que incursionaron por el hemisferio de Colón antes que ellos, sino algo mucho más espeluznante, el afán de arrasarse con todo como Atila.

En el mismo tono es indefectible reprender al indio, y a su comunidad inestable tras la llegada abrupta de los españoles, pues no solo adoptó junto a sus compañeros de tribu, posturas indiferentes, con las excepciones de rigor, sino que tampoco se dedicó junto a sus compañeros a prestarle atención al hombre meritorio de esa colectividad, que lo había, para escucharlo cuando la situación se volvía crítica. Esa falta de solidaridad individual y tribal, esa carencia de sentido de pertenencia, estimuló la ausencia de un liderazgo provechoso, ya que cualquier cabecilla se desanimaba frente a esas flaquezas y por ende se perturbó en demasía la solvencia logística del nativo para contrarrestar en forma adecuada las embestidas del invasor<sup>48</sup>.

¡Cuánta falta hizo en aquel nefasto periodo la presencia multifacética de Temístocles...!

Si uno quería obtener de la gente lo que deseaba, dijo Pirrón, las únicas armas eran la astucia o la fuerza y ambas cosas le hicieron falta al indio... en aquel instante crucial en

---

48. Un líder adecuado en medio del torbellino propio de una acción como la ibera, hubiera informado a Colón o a su oficialidad, que la voluntad suya y la de la tribu requería de su pronto regreso, de su partida por donde habían llegado. Con el imperio de la superioridad numérica aunado a una férrea voluntad, a lo mejor desde un comienzo esa aventura del genovés, hubiera abortado. Sin embargo parecía un decreto irreversible del destino de que la misma prosiguiera y se consumara el prólogo de la victoria a cargo de los españoles y el proemio de la derrota de los nativos (Nota del autor).

que el descubrimiento empezaba a indicarle que muy pronto no cabría en esa tierra...

¿Representó un avance el descubrimiento de América? Sin discusión, sí, fue un salto de la humanidad en pos del progreso –sin saberlo en aquellos momentos– y también encarnó la posibilidad de examinar después mejores rutas para comerciar, de avistar más tierras para expandirse, pero sin la existencia de un mecanismo de transición social o cultural que proveyese las herramientas para un eventual avance positivo para todos, y eso se hubiera podido ejecutar si hubiere existido la voluntad específica sobre el particular y el concurso de personas con un talante singular, o sea con una personalidad arrolladora en el que prevalecieran la firmeza y el desinterés hasta cierto punto, mas eso no fue lo que aconteció en el ínterin entre el descubrimiento y la conquista, pues si bien Colón, Vespucio, Juan de la Cosa, Bastidas, entre otros, mostraron dentro de sus propias limitaciones aquellas cualidades exigidas, sin embargo sus sucesores no mostraron sino un carácter áspero, egoísta, felón y codicioso y se empantanó o se malogró la cabal concreción de la tan anhelada innovación tras la llegada de la civilización a esta parte del globo terráqueo.

¿Civilización? Una genealogía de las civilizaciones, especialmente la europea en aquel ciclo, llevaría a realizar un arduo trabajo histórico y crítico acerca de las prácticas discursivas del poder y del saber desde el presente para alcanzar a determinar si indudablemente ese contexto geopolítico desde el siglo XV al siglo XVII podía denominarse civilización y si por el contrario allá no fue sino una evolución positiva en el marco de las relaciones sociales, pues el toque de gracia lo dio después la Revolución Francesa. Además el holocausto del indio y el sacrificio del negro por el contrario

personificaron la contingencia de estimar que esa sucesión de agresiones que se vivió en aquella época y en esta parte del hemisferio de Colón fue cualquier cosa menos algún resquicio de civilización. Y en España tampoco era que se viviera en medio de un clima de civilización como en Francia o en Inglaterra, pese a las restricciones de ese término en aquella tremebunda época y eso agravaría aún más ese esquema político...

La gesta del genovés hubiera sido colosal en grado sumo, si hubiere convertido al indio iletrado en un aborígen si no docto, por lo menos formado y de ese modo la eventual huella de su mano bienhechora, hubiese recibido el beneplácito de la posteridad, en idéntico sentido la acción de sus acompañantes y de sus sucesores en esa aventura, también habrían recibido el aplauso de las futuras generaciones si se hubieren trasmutado en comedidos mayores de aquella gente inculta que deambulaba sin ton ni son por esta tierra a fin de que manejaran el conocimiento básico de las cosas modernas por aquel entonces, pero no, su gente y la canalla que ancló después metamorfoseó ese rebaño y ese albergue en algo malicioso e infausto respectivamente por la continua sucesión de agresiones a esas dos instancias —la del indio y su hábitat— ... y de esos hechos, ¿debería asumir el “Almirante Mosquito” la condición de culpable, de cómplice por sus omisiones... o un mero juguete en las manos de los poderosos, o simplemente héroe o villano a la vez? Me agrada más esta última cuestión, héroe y villano simultáneamente y en la proporción que escogiese el lector porque ciertamente esos tres cargos que antecedieron a esa calificación, fueron evidentes, y no sé si durante los últimos años de su existencia aprendió a purificarse para borrar la sangre que por su inercia o por su silencio encubridor se derramó a borbotos.

nes. —Pudo haber sido mejor de lo que se aguardaba ...pero lo dichoso suele ser esquivo casi siempre—.

En suma, este hombre se hubiera convertido en el mastín del establo, el cable salvador del navío, la columna que soportaba el alto techo cuando principió su aventura, y su alma se habría deleitado con esos tales epítetos lisonjeros pero merecidos allá en el hades o en el purgatorio, o donde se encontrase... su atormentado espíritu, sin embargo pese a que las cosas salieron casi que a pedir de boca, y pudo cubrir de púrpura su estancia en la tierra, los hechos posteriores callaron los labios de aquellos que tenían que prorrumpir esos elogios, o sea los indígenas, y el trato tuvo que ser diferente. Su destino era próspero, igual su empresa, no obstante de repente encalló... por eso, el aserto (héroe y villano) que acabo de indicar me parece el más ajustado a los hechos, ni tanto que queme al santo ni tan poco que no lo ilumine.

Con todo no se debe ni exagerar ni minimizar el resultado de este capítulo en cuanto compete a la descripción del fenómeno del ser, o sea en cuanto a su sentido, el resto, o sea en cuanto al ser ahí en el mundo del descubridor/tras develar su sentido por el descubrimiento, no se hizo hincapié como era debido, ya que yo solo perseguía ir preparando las cosas para que se tomare poco a poco conciencia no solo del sentido del ser —en cuanto al nativo— y más tarde redondear la forma de ese fenómeno y progresar en las determinaciones fácticas que irán a facilitar no solo la precompresión de ese proceso-suceso sino la capacidad de responder integralmente las preguntas ontológicas aludidas al principio...

Es innegable que el ser ahí en el mundo ha concurrido en todas partes, y sobre el particular aquí, ya se dio el primer paso al hallar su sentido por el tiempo y por la ubicación

geográfica, el descubrimiento de América, pero que en cada caso o dentro de lo rutinario o soy yo o es el lector como condición de posibilidad de la propiedad o de la impropiedad del atributo de ser ahí en el mundo del vencido y luego de que se entienda esa aseveración, la del ser ahí en el mundo y la de ser ahí en el mundo del vencido en sí mismos considerados y con la mirada puesta en su estructura<sup>49</sup> que es antes, la de ser del ente dentro de la cotidianeidad, y después la de ser ente dentro de la nueva cotidianeidad, tras asumir la condición de vencido, y seguir la pista ontológica hasta lograr su comprensión. Con paciencia se asimila este juego de palabras que parecen tautológicas

Ya se percibieron aquí, varios entes, el primero, la de ser ahí en el mundo del descubridor, con Colón a la vanguardia, y el segundo y el tercer entes, se irán decantando al introducirme poco a poco en los restantes ser ahí en el mundo, y así advertir no solo el mundo del conquistador y del colono sino revalidar que llegará el momento en que podría interrogar de un modo distinto, no a esos entes, pues no interesan aquí, sino al ser ahí en su mundo y luego en el mundo del vencido, y aludo al indio y luego al negro, a efecto de que proveídos estos antecedentes fácticos sirvieran para auxiliar a responder las preguntas formuladas y que apuntalarían a

---

49. La estructura hay que definirla como la denominación de lo visible, de ahí su aparente simplicidad, y bajo esa connotación, a casi todos confunde y enreda porque como por lo general permanece muda, distrae a la mirada o desorienta la atención del interesado, de ahí, la importancia que ha tenido el saber para evitar que se nuble el entendimiento a la hora de abordar la estructura de algún fenómeno y finalmente se alcance con la mirada la índole de esa estructura. La importancia del interrogar o de formular la pregunta ontológica de rigor, reside en la posibilidad de minimizar el extravío o la desviación del observador frente a lo observado (Nota del autor. Véase además: Foucault, 2007, pp.133 y ss.).

solventar esa cruel realidad fenomenológicamente hablando.

Bajo esas perspectivas, con este último apartado hice una descripción más o menos integral de lo que aconteció tras el descubrimiento y abrí el espacio correspondiente para perfilar el sentido del ser hacia otras etapas más fructíferas tópicamente hablando. Ahora dispondré de un repertorio de tip o ten, una sucesión de datos que servirán de asistencia para amoldar el contenido de este acápite con el propósito de preparar el camino y ayudar a solventar dudas e inquietudes...

### Tip/Ten

**Palabras clave:** Fenomenología. Ser. Constantinopla. Corona de Castilla. Colón. La expedición a las Indias. 12 de octubre de 1492. Hábitat. Aborígen. Ibero. Nuevo Mundo. Nueva Granada. El bien y el mal. Cristianismo. Sincronismo. Occidente. La sífilis. Fuerte Navidad.

**Conceptos fundamentales:** Tiempo y Espacio. Sagacidad y Perfidia. Intimidación General. Intimidación/Sombras. La razón y los valores. Plegaria y penitencia. Agresión y codicia. Vencedor/vencido. Indolencia. Ignorancia. Hipocresía. Arbitrariedad. Ingratitud. El segundo descubrimiento. España. Depredación. Ambiente Social. Pasividad Indígena. Poder irracional/improvisación. Pasividad.

**Hilos conductores:** La crueldad humana. El hombre es un lobo para el hombre. El vicio y la virtud. El paraje. Poder irracional. Improvisación. Historia y tradición. Formación cultural. Colón y su visión de la futura América en 1492. Móviles del Descubrimiento. Poder ser del ser ahí del vencido.

### **Justificación**

La diferencia entre las palabras clave y los conceptos fundamentales al lado de los hilos conductores, a pesar de que a lo mejor no están incluidas las más importantes, gravita en que las palabras clave permitirán acceder a las definiciones más estrictas de los términos usuales que dieron origen al proceso-suceso puntualizado y captarlo en su esencia, en tanto que los restantes custodiarán desde la periferia hasta el centro, tras su análisis de rigor los hechos o las cosas mismas a fin de consolidar la precomprender el asunto y facilitar la organización del rompecabezas ontológico y de esa manera adecuar la trama argumental brindándole la cohesión y la pertinencia indispensable para su cabal realización conceptual.

Por ende, la diferencia entre el concepto fundamental y el hilo conductor reside en que el primero es un mecanismo que facilita la descripción de un objeto o de un fenómeno, en tanto que el hilo conductor es un mecanismo que prohija los elementos indispensables para unir o seguir no solo al concepto fundamental sino a los restantes componentes lingüísticos en el contexto de esta obra.

Finalmente, las palabras clave, cada concepto fundamental e igualmente cada hilo conductor son los cimientos del principio básico orientador de esta historia...





## Capítulo 2

### EL CONQUISTADOR EL INDIO, EL MEDIOAMBIENTE Y EL NEGRO/ESCLAVO: EN POS DE LA CONSTITUCIÓN DEL SER AHÍ EN EL MUNDO

Por razones de método me corresponde dedicarme exclusivamente en el proceso de la conquista de lo que hoy se denomina Colombia, aunque es puntual detenerse antes, en un misterio que continúa conectado a ese trámite: ¿Cómo fue factible que un puñado de hombres al mando de Colón inicialmente y después un grupo más o menos homogéneo de cabecillas con su tropa pudiese en tan poco tiempo avasallar y sujetar a los indios que eran superiores en número y en el conocimiento de la tierra que pisaban? Una primera razón fue la fragmentación de los habitantes de estas tierras, una segunda razón fue el comportamiento ambiguo y vacilante de los jefes de cada tribu, una tercera razón fue la ancestral división que fluía entre las distintas castas que por motivaciones culturales constantemente se agredían entre sí, y una cuarta razón fue escuetamente hablando una peregrina torpeza que aunada a una galopante ignorancia y a una fantástica superstición hicieron que el foráneo se saliera fácilmente con la suya. La conquista de México, por muestra duró más o menos dos años, y la conquista de la futura Nueva Granada si bien un poco más, pero si se rastrease otro

contexto semejante apenas el conquistador y el pretense conquistado estuvieran todavía luchando, por ejemplo en las Galias<sup>1</sup>, y de ese modo hubiera durado más ese proceso de conquista por estas latitudes o sea si se hubieran dado aquellas condiciones que sí se dieron en las Galias para demorar ese proceso y a un alto costo.

De ahí que las anteriores consideraciones factuales fueron no solo las que facilitaron más tarde el proceso de conquista sino que además las que espolearon a los iberos no solo para lograr la superación de problemas de logística sino para que redujeran los inconvenientes militares con los indios, y eso apresuró la consolidación de esa aventura en esta parte del hemisferio de Colón tras la terminación escabrosa de la fase del segundo descubrimiento por la necesidad que había ya de implementar unas políticas más audaces por parte de España en ese sentido, para su beneficio. Desde luego que es oportuno aclarar que antes de que los romanos llegaran al territorio de la Galia —cisalpina o transalpina— los galos ya habían alcanzado un grado de civilización bastante desarrollado y en el campo castrense su caballería era famosa... Esa empresa no fue fácil por eso, pero aquí todo se proveyó sin contratiempos de importancia, salvo al principio de cada expedición o cuando alguna tribu de nativos se oponía a esa gesta y sin que sea ilógico añadir que muchas veces los apuros más significativos venían de los propios españoles dada su ansiedad de gloria y de riqueza<sup>2</sup>.

Pese a las anteriores razones de hecho, han faltado por

---

1. Howatson, 1991, pp.385 y ss.

2. Howatson, p.385.

desgracia documentos de origen vernáculo<sup>3</sup> que hubieran permitido estar al tanto con más amplitud de tales condicionamientos que prepararon el proceso-suceso de la conquista o de las circunstancias de modo, tiempo y lugar en que sucedieron los hechos posteriores, y como tampoco se pudo comprender la mente de los caciques para saber al dedillo por qué no usaron su poder para contener al enemigo desde el principio y en cambio, la mayoría de las veces de una manera dócil se entregaban o deponían las armas sin más, los contenidos han quedado navegando en medio de la ambigüedad. ¿Por qué no soportaron más el acoso del descubridor y de su gente y más tarde se opusieron a la conquista las restantes tribus disgregadas por el territorio patrio? ¿Acaso no se percataron por las acciones que ejecutaban los invasores de sus intenciones?<sup>4</sup> Tal es la cuestión en efecto, si bien

- 
3. En cambio, tras la caída de Moctezuma y el advenimiento de Cortés, algunos nobles mexicas le escribieron en su idioma náhuatl, al rey Felipe II, varias cartas en las cuales le manifestaban los agravios a los cuales era sometido el pueblo indígena. También los *Cantares mexicanos* y los *Anales de Tlatelolco* fueron sendas recopilaciones —entre otras— de los escritos autóctonos luego de la caída del imperio azteca, tan presentido por tantos. No obstante de nada sirvieron esas protestas pues no se tomaron medidas para detener esa avalancha de agresiones, pero fue una constancia (Nota del autor).
  4. Yo me inclino a conjeturar que ha sido propio del hombre temblar cuando los dioses de mayor potencia mostraban sus garras y prevalecían sobre sus súbditos y eso se advertía con los terribles mensajeros —como los iberos— cuando llegaban tronando a diestra y siniestra. Además como ese hombre —en este caso el aborigen— era torpe e ignorante sin aquel destello de vida que había por lo menos en el indoeuropeo, era de esperar que se pusiera pálido y azarado —la mayoría de las veces— sobrecogido de temor ante esa presencia extraña —véase el caso de Moctezuma— y sucumbiera sin ofrecer casi resistencia. Pero como ese individuo hubiese sido un japonés, habría considerado la verdadera razón de esas cosas que aparentemente venían a mutar el orden imperante y su talante no se hubiera dejado sujetar tan rápidamente. Igualmente tenía otro recurso, aquel oriental, el de liberarse de la existencia con su propia mano. Mas, desdicha del calendario, los errantes fantasmas de la naturaleza vinieron a conspirar en el momento más inoportuno —el siglo XVI— y de ese modo el invasor obtuvo pingües beneficios dada las condiciones sociales del nativo y la virginidad plena del medioambiente. Hizo lo que le vino en gana (Nota del autor).

unos cronistas prefirieron indicar que frente a las novedosas armas de los iberos, a los indios no les quedaba otra opción que huir o someterse sin chistar, mas eso no era genuino para las tribus que eran guerreras –otras en cambio no lo eran y preferían someterse– y por ende una sensación de que en realidad tenían un craso complejo de inferioridad se tornaría la explicación más viable, desde luego con las excepciones a esa regla.

Ya se determinó el sentido del ser ahí en el mundo desde el descubridor –Colón– hasta el indio a partir del tiempo y del espacio: El descubrimiento de América. A continuación y tras los esbozos anteriores, es preciso departir de la nueva constitución del ser ahí en el indio y mirar si la ignorancia aborígen, la ausencia de una noción de progreso y de un sentido de lo que significaba la comunidad tipo Estado, y otras falencias, fueron los conceptos fundamentales, que aunados a la hipocresía, a la treta, al ardid, a la agresión y a la calidad de las armas de los iberos como hilos conductores, fueron los que no solo constituyeron al ser ahí en el mundo de una manera distinta a la que venían manejando, claro que con retoques, sino que iba a preparar el camino para la eyección a otra condición, la de ser ahí en el mundo pero del vencido junto a otro personaje que más adelante aparecerá.

Esos conceptos e hilos conductores a los hechos que en seguida desbrozaré serán la materia prima de lo que fue la constitución de un ser ahí en el mundo, cuando todavía era su mundo, pese a que ya habían llegado a perturbarlo y a moverlo no solo el descubridor sino el conquistador. Hubiera sido interesante profundizar el ser ahí en el mundo originario del indio, desde sus ancestros, y si bien a lo largo de este texto, exterioricé algunas pautas generales, la falta de espacio me

impedirá profundizar sobre ese tópic, aunque en el primer tomo de esta saga aludí a ello con relativa profundidad.

Ahora pues en esta nueva etapa del proceso-suceso denominado la conquista de América, es pertinente conocer el límite y la forma de la memoria a fin de concretar un modo diferente de abreviar la relación de dominación y subordinación que se produjo en esta parte del hemisferio de Colón y fijar las pautas que constituyeron al indio en el ser ahí en el mundo, en su Nuevo Mundo, todavía no del vencido, pero ya casi en tránsito para mutarse como tal.

El proceso de conquista fue ante todo un trámite de opresión y de subyugación con más fruición y como no tuvo eco en el pasado del mundo occidental, y de hecho fue más sangriento que el anterior proceso-suceso denominado descubrimiento..., es menester ir al ser ahí en el mundo no tanto del conquistador/conquistador como sería lo excelente, sino al ser ahí en el mundo del indio y más tarde del negro y auscultar fenomenológicamente la tanda de eventos que hicieron posible esa realidad. Hay que ir por eso a la definición de conquista pues desde esa proposición se podría ir poco a poco entendiendo las particularidades que provocaron esa situación ontológica. Los hechos, solo los hechos serán referentes, bien como exégesis histórica, bien como preguntas y respuestas, sucintas, bien como noticias o informaciones, anécdotas o máximas.

¿Cómo se puede puntualizar a la conquista española? Como un trámite político y cruento de carácter turbulento pero eficaz para los intereses iberos que mudó de aires al mundo de entonces ya que puso de manifiesto la necesidad de explotar con mejores medios el rico filón hallado en el segundo descubrimiento y que empezaba a vislumbrar perspectivas de superación de los apuros fiscales de la Corona y

enriqueció a una cantidad de gente de origen español, asentada aquí o que vivía allá, no obstante esos súbditos iberos no solo continuaron las prácticas de devastación y de violencia contra el hábitat y contra sus habitantes impuestas por sus antecesores, los descubridores, sino que las aumentaron en grado sumo. Y de esa manera, cerca del valle, de la llanura, en la montaña o un poco más allá de la arena de la playa, la historia se repitió... esta vez con más encono...

El énfasis en la depredación y la preferencia por la agresión aquí, en esta parte del hemisferio de Colón, por parte de los españoles han de tomarse desde ahora como sendos conceptos fundamentales para diferenciar al descubrimiento de la conquista... y para entender la oposición que también hubo entre el sentido del ser ahí en el mundo y la constitución del ser ahí en el mundo, en ese mundo nuevo tanto para el indio como para el negro para luego caer en la constitución del ser ahí en el mundo del vencido cada uno.

Es fácil que alguien averiguare si acaso voy a convertir este quinto tomo del *Bicentenario de Colombia, la historia de los vencidos 1*, en un tinglado en donde se observará la relación asimétrica de fuerzas, no entre el romano y el judío, como lo planteó en su momento Nietzsche<sup>5</sup> sino entre el español y el indio primero, después contra el indio y el negro, y más tarde contra todos los habitantes “inferiores” de esta parte del hemisferio de Colón, y sobre eso me atenderé a lo que amplíe a continuación.

Ese eventual tinglado, aunque no fue precisamente el escenario de una confrontación de fuerzas, pues a pesar de que hubo escaramuzas no llegaron al nivel de confrontación

---

5. Cerón Gonzáles, 2012, pp.61 y ss.

total, sí fue el espacio donde se observó el pulso de las pasiones, el impulso de los vicios, y el perfeccionamiento del legado atávico del hombre en el mundo y que desencadenó rápidamente una cantidad de cambios en la forma de vivir la existencia por estas latitudes, en la manera de otear el porvenir sus habitantes y en el modo de cada uno de ser ahí en el mundo que ya se encontraba casi que al revés de lo que era, antes del arribo de Colón.

Y se hallaba casi al revés hasta el grado en que cada sujeto que intervino en los distintos procesos que se dieron tras el descubrimiento de América, transformaron su ser ahí en el mundo que antes era el suyo, inauténtico desde luego, por otro ser ahí en otro mundo o en un Nuevo Mundo, inauténtico también pero diverso en cuanto a las modalidades de comportarse, de actuar y de hacer frente al sambenito de la existencia. Las Indias Occidentales fueron un reverbero de posiciones novedosas, pero no mejores, un resol de actitudes divergentes pero no excelentes; por el contrario parecía que todo iba en contravía al sentido común, si es que en aquella época, repleta de ignorancia, de superstición, de dogmatismo era viable concebir o al sentido común o a la medida, pues la gente cambiaba, sí, pero para empeorar, eso le aconteció al ibero de distinto raigambre apenas pisó esta tierra y al indio y después al negro, les aconteció lo mismo, pasaron de ser ahí en un mundo que no era el mejor pero era el autóctono a otro, peor... el mundo de los vencidos, y a eso se contrae esta crónica: cómo se produjo esa eyección.

La conquista española hay que concebirla pues como aquel procedimiento político, militar, religioso, económico y cultural implementado por la Corona ibera a través del cual, tras solazarse con las perspectivas económicas halladas en



el segundo descubrimiento, iba a facilitar o iba a permitir la adecuada exploración del territorio interior de las Indias Occidentales, más concretamente el territorio interno de la Nueva Granada de suerte que se pudiera hacer de la cosa menor algo grande, trocar lo penoso en útil y medrar a expensas de los recursos del suelo, rico en oro y plata y otros menesteres. Y de paso ganar gente para la causa de Cristo. El potencial valía la pena.

Y como eso requería de operarios, no importaba su talante, se implementaron de una forma si bien organizada burocráticamente hablando, no obstante carentes de evaluación o de proyecciones a largo plazo, estrategias a fin de que la gente se incorporara a ese proceso y de ese modo, una caterva de aventureros y un conjunto de personajes que sabían más o menos a lo que venían, arribaron armados hasta los dientes a esta tierra con sus intenciones, ordinariamente alevosas y maliciosas. Y es que no había y lo repito, un designio a futuro, sino lo que saliera, como aconteció con el Quijote.

Es fácil presagiar entonces no solamente la impresión entre sorprendida y escamosa de los aborígenes tierra adentro y los que se hallaban en el tránsito por tierras aledañas durante esa gesta, ante ese cuadro novedoso de hombres que gritaban en un idioma desconocido tras un símbolo, tras un botín, y después percibir con dolor el desbarajuste tumultuoso de tipo social en ese o aquel territorio donde llegaba esa recua de personajes barbudos e insolentes, lo que semejava al sonar borrascoso de los vientos que en el mar se levantaban por la noche retumbando en el hueco de las rocas, y así el tono de las imprecaciones que soltaban el jefe ibero o sus secuaces y las diversas modalidades de las acciones inicuas que después desplegaban, suscitaban temor

y espanto entre sus destinatarios que rápidamente se resignaban a la condición de subyugados, pero de la peor ralea, o sea los más vejados aunque en ocasiones estos destinatarios, los nativos, daban la cara y peleaban...

Pese a esa escandalosa connotación, había algo que persistentemente mortificaba al español y era la inquietante actitud del sometido... que muchas veces le sacaba de sus casillas, o simplemente le costaba caro, porque no valía ni la amenaza ni la reconvencción, era algo que tenía que ponerlo en alerta... porque no entendía ese estado de sumisión casi que incondicional, una especie de resignación atávica, desde luego con las excepciones que son propias en los asuntos humanos pero que en cualquier momento podía conducir por situaciones inesperadas... y de esa forma también constituía un nuevo enfoque de ser ahí en ese Nuevo Mundo que se abría ante los ojos del indio en tránsito a su definitiva condición, la de ser ahí en el mundo del vencido o de los vencidos, cuando ya se determinaran las condiciones que hicieron factible esa eyección... y eso se verá más adelante.

El descubrimiento del genovés<sup>6</sup> dejó algo bien en claro: que a pesar de la ignorancia de los indios, y otras torpezas congénitas, tenían, no obstante una malicia, llamada poste-

---

6. Al genovés la historia le ha criticado, salvo mejor opinión en contrario, el abuso de su pretensa grandeza ante los suyos y ante los indios, y eso se hizo patente, cuando divorció al poder de la clemencia, de suerte que la humildad que a ratos mostraba no era más que un escalón de la ambición que poco a poco iba tomando envergadura, semejante a la del escalador que vuelve la cara para mirar cuánto ha ascendido y lo que le resta por llegar al peldaño más alto. Esta anotación se puede o no admitir pero no va a incidir en el veredicto que en el capítulo anterior se dio sobre su participación en los desafueros del descubrimiento de América en general aunque tampoco es óbice para permanecer callado sobre esa actitud típica de muchos hombres (Nota del autor).

riormente “malicia indígena” que era indefectible distinguir por parte de los opresores para desbaratarla o para no caer en sus tretas, y en la adopción de uno u otro mecanismo, los nuevos amos de la situación dedujeron que tenían que adoptar sin dilación una especie de antídoto: la postura de la mano dura. Eso mostró que si bien el conquistador o los conquistadores podían superar en fuerza y en imaginación al aborigen, no había posibilidad alguna que lo superara en astucia, luego, en un momento dado ¿quién era más temible? Muchos descubridores y muchos conquistadores pagaron un alto precio al pretender descartar esta apremiante cuestión aunque a la postre de nada sirvió a la causa indígena porque solo acontecía en casos aislados, ya que el destino de esa etnia parecía sucumbir impregnado con el signo más afligido, el del sempiterno olvido por hallarse vencido.

No hay que olvidar empero un problema general que trajo consigo el descubrimiento y luego la conquista, y fue la convicción que tenían los españoles y la mayoría de los europeos de que el estado natural y obvio de la humanidad era el de la jerarquía, no el de la igualdad, a pesar de que el Cristianismo pregonaba a los cuatros vientos lo contrario (Gal 3:28. Col 3:11). Y la única relación de esa índole que manejaba tanto el ibero como el europeo era esencialmente el de superioridad/inferioridad. Ginés Sepúlveda, de ingrata evocación aquí, inspirándose seguramente en Aristóteles y su célebre tratado *La Política*, declaraba con cierta solemnidad que el tema de la graduación tenía su fundamento en “el imperio y dominio de la perfección sobre la imperfección”, y por ende al considerar a los indios inferiores en cuanto a ese sentido, era pertinente la acción de sometimiento a como diera lugar (Tudorov, p.186). “Los que quieren encender pronto una hoguera comienzan con débiles pajas...”. ¿Qué

pedazos de corteza de árbol, qué desecho, qué seca basura eran las Indias Occidentales o la Nueva Granada, a la sazón, cuando sirvieron de ruin componente para alumbrar algo tan repulsivo como al conquistador ibero y después al colono celtíbero? ¡Ay! Aflicción, y malestar, ¿a dónde me transportan tus duras muecas?...(Shakespeare, II, p.180).

Si eso fue la tendencia *in crescendo* o sea la de la agresión/castigo, una sucesión de conceptos fundamentales que no se deben olvidar aquí, entonces innegable será aseverar que el problema de la Corona hispana tras el descubrimiento de Colón era el de construir el Nuevo Mundo sobre unas sólidas bases para que el orden y la jerarquía nunca pudieran ser cuestionados y de esa manera tanto la religión como la fidelidad al rey debían ser inculcadas hasta por la fuerza a fin de salir al paso de cualquier atisbo de réplica o rebeldía... era una política de arriba hacia abajo y quienes la impulsaron desde Madrid la consideraban indispensable ya que de lo contrario el reino del caos y del desorden prevalecerían por estas latitudes. Era una razón de Estado y por eso la conquista arrancó para el nativo, para el hábitat, e incluso para el negro por el lado indebido, y lo más triste sin saber por qué, ya que de haber sido formados ambos en debida forma, lo más seguro hubiera sido que sin chistar hubieren aceptado ese orden implantado, pero bajo otra modalidad, más humana, más cultural.

Pero como tanto el indio y más tarde el negro que se convertiría en esclavo, parecían hojas al viento en otoño, fácil es discernir la manera como les aplicaron esos métodos. Y advierto que esa metáfora sería un procedimiento apto para intuir ya el inmediato ingreso al ser ahí en el mundo del vencido. De hecho el descubrimiento dejó entrever el cambio silueta de “Es” en el indio, más tarde la conquista

iba a cambiar de semblante al aborigen y simultáneamente iba también a mutar de perfil al negro que llegaba desde tan lejos para que luego cada uno desde su minarete fuese considerado dada la realidad que ya estaban viviendo ser ahí en el mundo de los vencidos... sin posibilidad de escapatoria global.

Las etapas de la conquista de México —por ejemplo— y que se inició formalmente en 1519 por parte de Hernán Cortés, están bien acreditadas desde diversos ángulos, y muy bien documentadas desde el prólogo por las célebres cartas de relación de ese inquieto conquistador, y ahí en esos documentos se demostró que lo primordial eran esos dos conceptos vertidos anteriormente, el orden y la jerarquía, y en idéntico sentido, aunque más patético, fue la crónica de la conquista de la tierra que después se llamaría Colombia ya que fue delineada de una manera casuística sobre esas dos bases... para imponerlas contra viento y marea. La consecuencia natural y obvia, dos naciones sometidas, sumisas y escasas de iniciativa en pos de la liberación del intelecto, que dicho sea de paso, también resultó vencido y ultrajado por el orden y por la jerarquía... mal concebidos como mecanismos de represión...

Uno de los aspectos esenciales de la conquista y no sé si debería tomarse como otro concepto fundamental, fue que la inteligencia estuvo marginada de ese proceso, escasa intervención tuvo en el manejo de los asuntos de su incumbencia de manera que todo quedaba a la deriva y a opción del más fuerte, o sea el ibero... y quien tomaba la decisión acorde con sus intereses... Aquí, lejos del mundanal ruido.

El asalto al territorio patrio fue un esfuerzo colosal de la Corona ibera, en eso hay que mostrarse de acuerdo, mas lo hizo para propagar de un modo exagerado en esta área geo-

morfológica tanto al orden como a la jerarquía y aunque es de encomiar, también, hasta cierto punto, las proezas que llevaron a cabo esos hombres, émulos de los cruzados, por los peligros que superaron dado lo abrupto de la topología nacional, y no por esas consideraciones hay que ensalzar las agresiones que a mansalva y casi siempre sobreseguro emprendieron hasta derrotar al núcleo aborígen y erigir sobre sus ruinas el alcázar de la cultura española, de corte cristiano y por eso tal sometimiento al orden y a la jerarquía duró tanto tiempo y de paso en apoyo a tan peregrina concepción política arrasaron hasta con el exuberante ecosistema. El negro también correría igual o peor destino, con el plan de la esclavitud.

Y lo escabroso de esa táctica llevada a cabo por el conquistador, la de implantar el orden y la jerarquía al precio que fuese, era el trato destemplado, grosero, lóbrego, criminal, pendenciero y soberbio para con el autóctono a fin de conseguir esos fines de sometimiento y control, y lucrarse después con más facilidad, además como casi nunca se encontraba en la expresión del conquistador aquella gentileza, propia del hombre educado sin que perdiera por eso su coraje, por el contrario la descortesía y la ligereza eran las notas en su trato con el indio visto como un lacayo, la cosa llegaba a extremos inauditos de brutalidad y de ordinariez. La expresión de afecto a la que estaba más o menos acostumbrado entre los suyos allá en el Viejo Mundo, aquí brilló por su ausencia y por ende el aspecto taciturno del hispano que le acompañaba en su tierra, aquí se agravó o se mutó en insolencia descarada y eso se volvió contra el indio, incluso contra su camarada de armas que le acompañaba desde tan lejos. Quizá el viaje, la expectativa, y la tensión en que vivía le alteraron sus modales... sin embargo eso no

disculpa tampoco su deplorable comportamiento, como ser humano, como conquistador, como colono, como oficial del rey, como señor, como encomendero o como soldado. Y eso que no agregué como cristiano de misa diaria.

Aristóteles preguntaba el modo como se podía imaginar, “el ser uno” o sea la existencia y en este caso, se podría responder que el ser uno del español en esta tierra en aquel ciclo, era no atender al sentido común ni a la razón, sino obrar conforme a su interés personal y al del rey, y el ser uno del indio, simplemente era absorber los golpes del destino de manos de ese ser uno que era el hispano... bajo diversas modalidades.

Al tratar de la conquista es preciso empero distinguir dos tipos de conquistadores, el aventurero con afán de gloria y enriquecimiento, y el conquistador de almas. Algunos autores prefieren incluir en ese listado, al colono, pero a mi juicio y salvo mejor opinión en contrario, ese personaje generalmente de corte siniestro o malintencionado, correspondía a otra etapa del nuevo devenir de las Indias, la colonia (Granados, p.14).

En efecto, tras el arribo de los conquistadores al suelo patrio, y pese a devastarlo a sangre y fuego, sobrevino paralelamente una sucesión de mutaciones sociales de diverso acento, religioso, económico, familiar y desde luego político; mas sucedió algo peculiar, se veía de todo y casi nadie poseía nada, lo que era igual a tener los ojos ricos y las manos vacías. Se hacía de todo pero no cambiaba nada...

En la América hispánica sucedió lo contrario de lo que aconteció en el Asia Menor durante buena parte del siglo IV a.C., pues en aquel continente tras la conquista de el Magno ocurrió un sincronismo cultural impresionante, una fusión de razas tendientes a mejorar las condiciones sociales, como

en efecto sucedió, pero aquí, en el Nuevo Mundo, milenios después, acaeció lo contrario; en vez de una fusión o de un sincronismo, sobrevino un amancebamiento o una discriminación social, cultural y religiosa que impidió que cada raza o la nueva etnia tuviera su propia identidad y de esa manera germinó una sucesión de generaciones impregnadas de taras genéticas, de odios y de rencores ancestrales que echaron a perder cualquier asomo de composición biológica o cultural que rindiera sus frutos con el paso de las estaciones.

En cuanto al elemento familiar hubo tras un periodo de aclimatación una fusión de la raza ibera con la indígena, ya que cada conquistador llegaba sin su mujer y la cópula era ineludible por razones fisiológicas más que emotivas, aunque es preciso consentir que muchos de ellos, dieron la mano de esposo a la india y así podían, de contera, convertirla al cristianismo. Doble conquista se producía entonces. ¿Fue benéfica esa interacción racial? No siempre produjo buenos resultados porque el hijo de esa unión, quedaba como un criollo, con un pie aquí y otro allá, en medio de la discriminación por la pureza de la sangre. He ahí pues un dispositivo más para el vencido, el acoso a la mujer indígena, que pasaba a formar parte de la familia del conquistador, pero a la distancia y eso no era monótonamente por el rito del matrimonio, es de aclarar que muchas veces era por amancebamiento o por violencia contra la débil hembra.

¿Era el indio, en este dilatado teatro del orbe, aquel que mostraba el juego más desesperado en la escena en la que cada hombre ha sido y será actor? Sí, y eso condujo además a suponer que había un antecedente cultural en su persona que justificaba por así decirlo que lo trataran mal todos: el descubridor, el conquistador, el colono, hasta el cura que muchas veces de una forma grosera lo mandaba a la porra.



Parecía, incluso, como si pretendiesen cada uno de esos sujetos que el indio se ocultase de los rayos del sol para recrearse en una prisión, alumbrada por una vela.

En cuanto al elemento religioso hubo tal vez premura en el proceso de conversión, puesto que la actividad del misionero por ese afán que manejaba, acorralaba al por convertir de una manera torpe, y por ende puso a desconfiar al infiel ya que miraba su santidad o su bondad con estupor pues contrastaba con la codicia o con la malignidad del conquistador, y ante ese cuadro incongruente, muchas veces ponía obvios reparos para recibir la luz del Evangelio. Si bien considerables aborígenes adoptaron una postura renuente ante ese proceso que encerraba graves distorsiones como la de dejar en el tintero el amor al prójimo, la espina dorsal del Cristianismo, otros en cambio accedieron aunque no sé si de buena gana, a convertirse a la religión católica o estrictamente para cubrir las apariencias. Hay muchas pruebas en este sentido (Granados, p.15).

En cuanto al elemento económico, este fue aún más rápido, y de un gigantesco impacto puesto que el indio no solo perdió su heredad sino que se vio compelido a trabajar bajo las órdenes del nuevo propietario, el conquistador, y más tarde del encomendero o colono, que ni cortos ni perezosos, lo trataban como a un esclavo sin derecho alguno, pese a las protestas del Clero que caían en el vacío. Indiscutiblemente la agricultura recibió un enérgico apoyo puesto que se introdujeron por parte del conquistador y más tarde por parte del colono, novedosos instrumentos indicados para la faena agrícola y merced a los nuevos productos implantados se activó el comercio para beneficio del conquistador o colonizador en detrimento del aborigen y desde luego del medioambiente.

Eso garantizó de entrada que el indígena era un simple convidado de piedra que observaba cómo su tierra era utilizada por el forastero a diestra y siniestra y sin percibir una congrua utilidad por esa explotación. He ahí pues un dispositivo más para el vencido: vislumbrar cómo otra cosa suya, además de la mujer, la tierra, también le era arrebatada de las manos, impunemente. Y solo el viento cuando soplaba fuerte parecía mostrar su inconformidad.

En cuanto al elemento político, es fácil colegir que al tomar Colón posesión de la ignota isla el día 12 de octubre de 1492 a nombre de los Reyes Católicos y luego de los restantes islotes le estaba quitando de un modo por lo demás arbitrario, el poder que antes detentaba cada cacique y lo puso en manos de Fernando y de Isabel (aunque técnicamente era la Corona de Castilla, la dueña de la situación). Eso fue un golpe letal contra los intereses de la comunidad aborigen que se hallaba diseminada y fraccionada sin una férrea autoridad y contra la autonomía que gozaba cada indio en el seno de su tribu. He ahí pues el primer golpe, serían varios, aclaro, que recibió el indígena y suficiente para otorgarle desde ese momento un pre rol de vencido, dada la contundencia de la usurpación. No tenía otra opción.

¿En esa época hizo España algo positivo por esta tierra? Visto en perspectiva es menester anotar que no todo fue agresión, despojo, linchamiento, supresión de valores, explotación. No. Indudablemente uno de los aspectos positivos de la Conquista española fue la entrada en una especie de renacimiento tardío en este espacio sumido en la barbarie, ya que todo sufrió una transformación radical y en ciertos eventos, para beneficio de sus habitantes que alcanzaban a percibir la existencia desde otro horizonte, si no más halagüeño, por lo menos limitado. Mas eso no justificaba tam-

poco la actitud pendenciera y codiciosa del español<sup>7</sup> que se aprovechó a las mil maravillas de esa incultura ancestral.

Al aparecer los conquistadores por estas tierras, las del norte de Suramérica<sup>8</sup>, aclaro, encontraron a una raza que básicamente adolecía de instrucción y que carecía de la educación que ellos sí habían recibido más o menos formal aunque había muchos de ellos que también eran analfabetos. No obstante los españoles en el Caribe colombiano se sorprendieron al toparse con los taironas, una estirpe diferente y capaz de asumir el reto del día a día sin rubor y sin síntoma de melindre, y en vez de convertirse los iberos en tolerantes y en perceptivos ante ese cuadro etnográfico que mostraba algo diferente, lo que hicieron con sus procedimientos

- 
7. Sin querer fungir de aguafiestas, es del caso puntualizar que el tipo de cultura que llegó aquí no era el usual en Europa, pues la Península Ibérica estaba viviendo en medio del oscurantismo escolástico y la ciencia pero se hallaba postrada ante la magia de la superstición y el poder del dogma y apenas se estaba despertando de su letargo emocional. Bajo ese rubro, no era lo mejor que había, sin embargo en esta latitud simbolizaba un paso adelante en un progreso que daba trazos de no saber a dónde iba encaminado, sin desconocer que ya en España se estaba viviendo su época de oro en las artes, pero eso no importaba aquí ni causó el impacto que era de esperar (Nota del autor).
  8. El aspecto que presentaban estas tierras era mágico, simple y cómico, el acompasado oleaje del mar, la brisa tenue y los árboles cuyas ramas se mecían al ritmo del viento que oscilaba de un lado para otro conforme lo apuntalaba la sierra y daba a todo un tono entre fantástico y abúlico, más tarde en la medida en que fueron adentrándose en el continente, los conquistadores fueron encontrando motivos para maldecir su suerte o para esperar un cambio en la esquiva fortuna que los seguía pues ahí la naturaleza era agreste e inhóspita. Quizá descontentos con el contexto que estaban manejando y pese a la conquista del pedazo de terreno y luego mirar que no era lo que esperaban, oro en creces y gloria inmediata, la tomaron contra los indios, en señal de desquite. Es algo que no se puede desdeñar a la ligera, ya que de lo contrario su comportamiento ruin, malqueriente y odioso sería muestra de su carácter satánico. Puede ser tomada esta nota del pie de página como un concepto incidental dentro de la marcha del proceso de precomprensión que se lleva a cabo aquí para los efectos arriba anotados: interrogar con la pregunta ontológica de rigor al ente correspondiente y hallar la respuesta adecuada (Nota del autor).

insensatos y aciagos de agredir a mansalva, fue ahuyentar y espantar a esa gente –los taironas– que no escatimaron esfuerzo para defenderse aunque a la postre resultó inútil.

Hubieran podido armar el ibero y el tairona una llave formidable que hubiese podido dar sus frutos, pero no se pudo disponer dada esa política desatada por el invasor de fraguar una especie de tierra arrasada con lo que significara lo autóctono y de esa manera hasta el medioambiente sintió el peso de esos escarpines...

“Parece que la fortuna influye en los dones del mundo y no en los rasgos de la naturaleza” (Shakespeare, II, p.69), por eso busco aquí con esta sucesión de descripciones sin asomo de erudición o de vana suficiencia que esos hechos literalmente se volcaren sobre el lector y cumplir con la meta de la precomprensión de la estructura de ese ser ahí en el mundo... y de paso mirar si el bardo inglés tuvo razón en ese aserto...

Los taironas habitaban las vertientes de la Sierra Nevada y eran ante todo, agricultores y cultivadores de algodón, de batata y yuca, entre otras especies –algunos dijeron que cazadores también– mientras que los chibchas habitaban la altiplanicie de lo que sería después la sabana de Bogotá, y sus alrededores y se caracterizaron por ser cazadores y cultivadores de distintas especies. La tribu tairona tenía más o menos quinientos años antes de la llegada de los iberos y cuando Colón conoció a sus miembros durante su tercer viaje, le llamó la atención igual que a su gente, la dura resistencia, activa y pasiva, ante su presencia retirándose de la llanura costera y aislándose a cada vez más altura en parajes inaccesibles de la Sierra Nevada. Por ende los taironas en ningún tiempo pudieron ser conquistados a cabalidad (Davis, 2004, p.20).

¿Por qué se produjo ese éxodo masivo hacia el interior del continente por parte de los españoles? Porque las exploraciones en el mar Caribe y sus alrededores ya se habían acabado, o por lo menos poco o nada había que hacer; y además como no había oro ni plata en cantidades generosas, la apetencia de atinar con “El Dorado”, un mítico lugar, hizo que reorientaran el proceso de la conquista hacia lo profundo de tierra firme pero como iban con un talante conflictivo y ambicioso, esas expediciones tuvieron el carácter de una guerra, claro que muy desigual y sobreseguro. Por eso de ahora en adelante es menester hablar de la guerra de la conquista española que se realizó en medio de adversidad y penalidades producto de la improvisación en la marcha por terrenos agrestes o lugares inhóspitos sin que muchas veces el río Magdalena fuera de utilidad... aunque desde luego que ese concepto de guerra hay que manejarlo con sumo cuidado porque no era entre dos reinos o dos imperios —como las Guerras Médicas— sino entre un grupo de personas a nombre del rey de España y unas tribus indias dispersas, mal armadas e incultas a lo largo y ancho de esta parte del hemisferio de Colón.

La diferencia entonces entre el descubrimiento y ese precitado proceso de la conquista radicó no solo en el aspecto burocrático, sino que durante el primer tramo, solo hubo escaramuzas más o menos irregulares y constantes entre españoles e indios, con un saldo a favor del invasor que poco a poco los iba exterminando sin compasión, pero no había propiamente una sumisión o un sometimiento integral. En cambio con el trámite de la conquista principió una auténtica confrontación con bajas de lado y lado y cada vez se hizo más vejada y más golpeada la parte que resultó subyugada, en este caso el aborigen. Mas todo eso fue el prólogo

de lo que iba a suceder ya que la consumación sobrevendría después.

¿Quiénes fueron los principales protagonistas de esa confrontación bélica tan desigual? Un tigre con un asno amarrado, de donde se infiere el resultado de la confrontación.

Es de aclarar igualmente, que algunos conquistadores se convirtieron en colonizadores al percibir el provenir de esta tierra, y entonces tuvieron ese doble carácter, para encordio del indio, en muchos casos.

Y me refiero a Don Rodrigo de Bastidas, quien en aquel momento tuvo otro carácter, no solo de descubridor y de fundador sino también de conquistador, valor agregado que confirma la excepción a toda regla y además fue un hombre de buena voluntad con sensibles intenciones con relación al Nuevo Mundo. Por eso cuando se enteró del cúmulo de posibilidades que había, pretendió incluso intervenir en el trámite de colonización que ya se vislumbraba en el seno de la Corona ibera para darle un enfoque diferente al proceso de conquista y por eso se alió con antiguos descubridores y se vino para estas latitudes pero solo pudo acceder al nuevo título de conquistador. Lo que no podía entrever este notario, era que apenas concluía el asunto de la conquista y que más tarde resultaría un hecho lo de la colonia, o sea que se estaba adelantando a los acontecimientos, pero como Moisés, tampoco presenciaría ese desenvolvimiento fáctico en la eventual tierra colonial prometida.

El 29 de julio de 1525, este gran hombre, excepción a la regla, fundó la ciudad de Santa Marta cuya bahía es una de las más bellas de América, y con un grupo de hombres a su lado programó sacar adelante la empresa de explotar los recursos naturales que ahí se encontraban silvestres. Era un buen hombre, lo repito, magnánimo en el trato con los

indios, y secuela de ese excelente manejo de las relaciones públicas, consiguió alcanzar gracias al trueque, pingües beneficios con el oro, sin embargo como puso a trabajar a sus huéspedes con los nativos, algunos de ellos se enfurecieron y en un momento dado pasaron a la acción. Es el caso de Pedro de Villafuerte, quien se consideró maltratado y atentó contra su vida. Resultó herido en la intentona y le tocó marcharse a Santo Domingo para reponerse, pero el mal tiempo le hizo recalar en Cuba en donde falleció. Rodrigo Álvarez, su sucesor en el puesto de Gobernador de Santa Marta, se encargó más tarde de apresar a todos los conjurados y remitirlos a La Española en donde fueron ejecutados.

Eso trajo consecuencias infaustas para la comunidad aborigen, ya que habían perdido a un individuo que la trataba con consideración y de ahora en adelante las cosas iban a tomar un giro inesperado porque personas de esa índole no iban a venir con frecuencia por estas latitudes. Desde Santa Marta comenzarían más tarde entre 1533 y 1536 las expediciones de conquista a cargo de Pedro de Heredia y de Gonzalo Jiménez de Quesada y que desembocarían luego en el trámite de colonización de esta parte del hemisferio de Colón. Para los fines cronológicos de rigor, entre la conquista y la colonia medió un lapso que marcaría una diferencia geopolítica, mas no humanitaria, y ese periodo pudo abarcar dos o tres generaciones, la Colonia ciertamente iba a durar más...

Empero hay que afirmar que el proceso de conquista que se extendió hasta el interior del país por intermedio de los dos personajes arriba citados, tuvo un cierto nivel tolerable, en lo que respecta a las agresiones pero poco a poco se fueron deteriorando las relaciones entre iberos e indígenas, aunque sobrevenían intervalos de tregua que disminuían la embestida ibera, que deslumbrados por el oro solo pensaban

en el modo de conseguirlo —o por medio del trueque, y entonces no había tanta tensión o a la brava— y entonces sí se producían los desiguales choques.

En ese interregno es del caso preguntar por la suerte de los taironas: ¿Qué aconteció con ellos, durante las dos o tal vez tres generaciones que perduró ese proceso de conquista y posterior colonización, que no pudo completarse pues ellos fueron refractarios a ese proceso? Un lento asentamiento en la Sierra Nevada en donde también poco a poco fueron perdiendo su identidad autóctona y en donde el paso del calendario iba sacándolos del marco cultural impuesto por los españoles. Se volvieron a la fuerza foráneos en su propia tierra a la cual nunca volverían.

Igualmente como esos aborígenes tenían unas costumbres peculiares y además eran proclives a la homosexualidad, no eran favorecidos de una manera pertinente por los españoles que a todo trance los acosaban para castigarlos o para escarmentar a los demás; esa fue también una causa de su éxodo masivo. El cronista Fernández de Oviedo al contar que una pieza de oro hallada en los asentamientos taironas pesaba veinte pesos y que representaba a “un hombre montado en otro, en ese diabólico acto de Sodoma”, puso el grito en el cielo (Davis, *op. cit.*, pp.36 y ss.) para pedir condigna sanción al orfebre, pero eso sí, fundió la pieza maligna y sacó provecho del metal. Ahora bien: tras las denuncias de aquellos hipócritas, las autoridades españolas de mediados del siglo XVI principiaron a la sazón una campaña sistemática de aniquilación por motivos sexuales y religiosos contra los taironas y eso contribuyó a su paulatina expatriación ya que la mayoría de sus sacerdotes y de sus jefes como eran de esa tendencia sexual fueron descuartizados, y sus cabezas cortadas y luego exhibidas en jaulas de hierro para la pre-



vención de todos los que intervinieran en ese ritual erótico. Incluso en la ciudad de Santa Marta los nativos sorprendidos en uno de tales actos que denominaban eufemísticamente los iberos contra la naturaleza y depravados, eran desmembrados por mastines delante del público que ensimismado asistía a ese espectáculo grotesco (Davis, p.36) ...Faltaba solo Heliogábalo para que encabezara esa macabra danza contra la dignidad humana...

Los judíos tuvieron su éxodo, y posteriormente pudieron retornar a su tierra, pero los indios taironas que también tuvieron su diáspora, no pudieron en cambio regresar a su tierra ya que habían sido metódicamente exterminados o desperdigados como las hojas en otoño. Hablar del holocausto judío concita estupor, pero nadie recuerda aquel holocausto indígena llevado a cabo por los españoles que superó con creces la ignominia de los alemanes en el siglo XX por unas razones tan banales como las esgrimidas en la modernidad por los verdugos teutones. Se especulaba antes que había que expulsar al diablo del seno de la humanidad, mas cuando uno atisba esos horrores que marchaban contra el ser que piensa y gime, ¿acaso no sería mejor expulsar de plano al individuo o ciertos especímenes del seno de la humanidad por inhumanos?

Tampoco se debe olvidar que los peninsulares aunque reprendieron a veces con severidad inexorable aquellas manifestaciones homosexuales, lésbicas y de transexualismo de los vernáculos substancialmente en algunas regiones de la Costa, y en otras ocasiones no tanto, esa actitud de todas maneras podría esgrimirse como otro concepto fundamental de la agresión contra la comunidad que pacíficamente en términos generales vivía su cotidianeidad acorde con unos parámetros ancestrales aceptados, o por lo menos tolera-

dos. Sin embargo es del caso reiterar que muchas veces los conquistadores se hicieron los de la vista gorda frente a tales conductas e incluso también participaban de esas actividades pues no eran inmunes a manejar ese tipo de orientación personal... que vino desde Sodoma o más atrás.

Los españoles consideraban también al desnudo femenino como una tentación del diablo, mas no colegían en aquel instante que las aborígenes en aquel estado habitual y en que actuaban con naturalidad sin morbo, eran más recatadas que las hispanas vestidas para toda ocasión, incluso para las actividades sexuales de rutina con sus consortes. La timorata sociedad española de la época sujeta pues a unos cánones rígidos no condescendía ni aprobaba las exultantes manifestaciones sexuales, por el contrario, las sujetaba a unos criterios que concitan aún desconcierto, y si uno repasa la crónica de la sexualidad desde el orbe griego o romano parecían que estuvieran viviendo antes de esos ciclos. A pesar de sus méritos, hay que admitir que san Agustín le hizo mucho daño a la sensualidad occidental y la ubicó como un lastre, siendo como ha sido algo obvio y natural... y es que la notable primacía del ver para aspectos fenomenológicos la advirtió este filósofo cristiano con ocasión de una expresión suya alrededor de la concupiscencia y de ese modo el descubrir por ver en torno ha tenido el carácter de una primicia del mundo o del ser ahí en el mundo en el que me interesa aquí, el del vencido. Hay que atisbar pues todo lo que ha girado alrededor del indio y del negro principalmente desde las acciones de los descubridores, conquistadores y colonos...<sup>9</sup>.

---

9. Heidegger, pp.190 y ss.

¿Tuvo entonces algo que ver el Cristianismo con ese celo por lo sexual que rayaba en lo patético por parte de los hispanos en esta parte del globo terráqueo? Si se examinan los anatemas de san Agustín sobre el particular y que tuvo un eco trepidante en España, cierto fue y en nada contribuyó al regodeo familiar ya que le suministró un tinte malsano que de hecho carecía. Eso a la postre ha sido apariencia pues han sido cuestiones que el hombre podía fingir, pero lo que por dentro sentía el indio sobre ese tópico sobrepujaba diónisíacamente a todos los estereotipos sexuales —anodinos de suyo— armados por la tradición ibera y que eran atavíos de fastidio y de disimulo... Tal vez por eso muchas veces las acciones que emprendían los españoles sobre el particular fueron una farsa, un vodevil si bien en otros casos persistía la agresión...

Es importante tener en cuenta desde ahora para los fines metodológicos que le son propios a este trabajo que toda aproximación al asunto del vencido ha tomado ya y por anticipado una dirección hacia un paraje... lejano para acercarlo al lector poco a poco, por intermedio de la precomprensión y demás pasos insinuados aquí en estos capítulos de una manera directa o tácita. Al final de la jornada sería posible estar al corriente si ese plan se cumplió o no...

La discriminación sexual, o la agresión sexual, ¿podrían considerarse entonces como otra manifestación del vencedor contra el vencido? Como hilos conductores, desde luego, no obstante es menester mostrarse de acuerdo en que el asunto no tomó ribetes apocalípticos como algunos hilos conductores o conceptos fundamentales que se han vertido y que se verterán ya que en muchos y variados casos los españoles, no le daban una importancia exagerada a esos temas y también en el campo social contraían nupcias con

indias y le daban un tratamiento peculiar. De ahí nacieron los mestizos, fruto de esa integración racial y aunque ya también lo indiqué en páginas anteriores, conviene añadir que eso no varió el panorama general de las relaciones entre los españoles y los demás habitantes de esta parte del hemisferio de Colón; por lo menos era algo que se podía paliar o dejar a un lado. Y es que en los casos de homosexualidad, lesbianismo o travestismo el mundo occidental no ha sido tan severo —con excepciones— aunque la apariencia dijere lo contrario y casi todas las generaciones de personas de ambos sexos han tenido que ver con más o menos discreción, con tacto o con resignación esa orientación personal. A la larga eso ha servido de regodeo o de protesta contra la abúlica rutina que ha abrumado a la especie humana y a la tan anodina y pacata sociedad occidental, pero eso sí de dientes para afuera.

Mucho se ha criticado a los Estados Unidos por su política segregacionista<sup>10</sup> contra las minorías raciales, pero los que han procedido de ese modo, se han olvidado de que en todas las latitudes de la América hispánica eso fue el pan de cada día. Y eso que los indígenas, los esclavos y los criollos eran mayoría frente a los españoles. Las personas se equiparan en sus designios, pero los individuos se diferencian por las secuelas de lo que lleven a cabo.

Si el indio homosexual, la india lésbica o el hombre/mu-

---

10. Un ilustre patriota americano, G. Mason instó a la abolición de la esclavitud en la convención constitucional llamándola “una desgracia para la humanidad...” no tuvo éxito en su gestión, volvió a la carga y propuso que en la declaración de derechos se promulgara como una referencia a los derechos inalienables del individuo pero como fue rechazada esa proposición, se negó, como represalia a firmar la Constitución de los Estados Unidos (Nota del autor. Véase además: *Copi et al.*, 2013, p.59).

jer travestido indisputablemente hubieran sabido volar apoyados en su condición, habrían volado, mas ¿cómo podían hacerlo si tenían las alas cortadas? Obvio que en la actualidad eso ya es casi anacrónico y la diferencia sexual no es un estigma ya todos pueden elevarse y encumbrarse por encima de los demás, asegurados en sus preferencias y convicciones pero hay necesidad de otear en el pasado no muy lejano y constatar que eso no ha sido fácil de asimilar desde el perfil de la objetividad social, religiosa y política. El incidente por secuela de esa condición, o cada incidente por nimio que fuera en atención a esa condición de vencido, ha sido el núcleo de sentido impuesto por el contradictor, en este caso el vencedor. Si el vencedor arrostrara esa confusión de identidad o esa preferencia sexual, con seguridad no sería objeto de cuestionamiento alguno y seguiría su derrotero sin rubor, pero el problema era la dolorosa condición de vencido.

Los grandes hombres de la historia, dijo Hegel (2008, pp.347 y ss.) fueron clarividentes ya que tuvieron la intuición de lo que era indispensable ejecutar y de lo que no era preciso llevar a cabo; de ahí que los fines particulares que se propusieron encerraron lo sustancial que era lo que efectivamente se requería en aquel momento. Desde ese ángulo, el conquistador ibero carecía de esa perspicacia, de la astucia de la razón y optó por valerse de las pasiones —codicia, impudicia, hipocresía—, etc., en un terreno donde tenía todas las de ganar, de ahí que no encajara en el modelo hegeliano. Cuando la Corona española quiso aplicar esa política cultural en el Viejo Mundo, simultáneamente fracasó y colapsó su eventual esplendor y de paso se abstuvo de acarrearla para el Nuevo Mundo. Después de Felipe II, sobrevino el amargo crepúsculo y lo triste fue que le correspondió a la América hispánica —y a la Nueva Granada desde luego— sobrellevar

ese lastre como si fuera propio. Pero al final le convino para sus fines independentistas.

Debo admitir sin embargo que en la crítica, y esto es un libro de crítica histórica, uno corre el riesgo de asumir una postura negativa al pretender mostrar que domina lo que expone, sin haber considerado lo suficiente cada tópico, de suerte que es indefectible esgrimir una relativa prudencia, pero ¿frente a tanto desafuero, se podría reclamar otra textura? Resulta perennemente difícil sugerir lo verdadero y lo falso o lo exagerado o lo pomposo de un asunto en el decurso de una narración histórica; por ende será imprescindible no dejarse llevar por la dispersión que la variedad de antecedentes cronológicos trae consigo. En la leyenda todo es más o menos fácil, en cambio en lo auténtico hay que tener sumo cuidado y manejar lo diseminado y lo secundario quizá con más atención que aquello que parece principal y sólido.

Ahora es axiomático para no caer en distorsiones históricas y darle el matiz adecuado reubicar este escenario de devastación y situar la mirada en Cartagena de Indias, un paraje que podría permitir después un análisis de la realidad con los acentos que le fueron propios a sus habitantes al indio y más tarde al negro. Con esto facilitaría un espacio a la analítica existencial concebida como aquel tratamiento que se le está dando y que se le dará más adelante a la cuestión del ser, del ser ahí y del ser ahí del vencido, puesto que fue ahí en ese sitio donde arrancó con inusitada fuerza lo patente, lo pat/ente de esa situación óptica tanto para el indio como para el negro posteriormente.

Pero ¿qué es ese ser? La pregunta fundamental porque al momento de reconocer a un ente —en este caso al vencido— de una manera práctica o teórica exigirá una consideración básica de cuál ha sido o cuál fue su sentido sobre

el particular. Eso ya se hizo en el primer capítulo. Ahora la observación de esa realidad que fue, tendrá pues un acento histórico o respaldo en la tradición y no tanto psicológico o antropológico pues lo que se anhela es la caracterización ontológica de esa temporalidad inherente a esa condición ya que persigo establecer desde ahora al ser ahí en el mundo... que significa ir a la oscuridad de ese mundo de entonces, y de cada uno —o sea de los protagonistas de esta aventura— y para eso debo ir a tientas, en zigzag con una sutil o descarada arquitectura lingüística según el caso y en donde lo sencillo a lo mejor resultara sospechoso, y lo complicado, refulgente. Solo la historia o la tradición podrían darme ese tono.

La identificación de ese tiempo en la futura Heroica podría hacer asequible —ya se verá— el haber sido cada uno ser ahí en el mundo y luego, el indio y el negro, ser ahí en el mundo del vencido, mas no como una mera secuencia de eventos, si bien es forzoso suponerlo, sino como un advenir con sus inflexiones para que una vez surtidas las etapas de las que vengo hablando, precomprensión, pregunta o preguntas, respuestas en la alegación final, se concluya que no hay la menor contingencia aquí de que surgiera el no ser...<sup>11</sup> o sea se elimine esa posibilidad para reafirmar entonces una caída en un mundo inesperado en cabeza del indio, del negro y de aquellos que en el curso de este texto pudiesen ser incorporados a ese tren ontológico.

Esa villa podría considerarse a la sazón, y para los fines existenciales de rigor, un paraje, lejano ya por la cuestión temporal, y por lo espeso de su bosque de sucesos en aquel entonces, y a la que hay que acercar poco a poco para con-

---

11. Heidegger, pp.357 y ss.

templar de cerca lo que operó ahí, y no con una simple mirada, sino con esa mirada advertida por san Agustín<sup>12</sup> a la que anteriormente me referí en pos de una precomprensión de ese contexto y unificar inmediatamente los elementos que serán útiles para interrogar al ser ahí en el mundo del vencido... pues desde ese paraje –Cartagena de Indias– se podrían divisar datos, acentos, acciones, conductas, comportamientos, etc., que harán luego que el término precomprender muestre que tiene un componente existencial<sup>13</sup> diferente al de una explicación para aprehender lo que aquí interesa.

En el vencido lo que se averiguará será aquello que se tiene, o que se tendrá que ha sido una forma específica de ser, de ser ahí en el mundo y de ser en el mundo del vencido con la nocividad que eso representa<sup>14</sup>, por eso es típico ir a Cartagena de Indias y examinar de un modo preliminar sus acentuaciones históricas con relación al indio y con relación a otro personaje que muy pronto va a adquirir protagonismo, el negro ya que desde ahí se empezó a consolidar esa proyección del vencido...

“Todos los pasados –dijo Pío Baroja (2000, p.198) y en particular el español, que es lo que me preocupa no me parecen esplendorosos, sino negros, sombríos, poco humanos...” El padre Juan de Mariana siglos atrás –por decir más o menos lo mismo al contar la crónica de la conquista ibera en el Nuevo Mundo–, fue tildado de “poco español”. A mí eso no me importa, pues soy más amigo de la verdad que de los españoles, parodiando con esto, la certera expresión del estagirita ya que esa verdad expresada bajo dos presump-

---

12. Heidegger, pp.190 y 83.

13. Heidegger, pp.364.

14. Heidegger, pp.158 y ss.



tos diferentes por estos pensadores, era el reconocimiento de una desalmada veracidad que se afirmaba por sí misma a través del tiempo y del espacio. Pero no es suficiente ontológicamente hablando.

Por eso es necesario vislumbrar aquel pretérito en la futura “Heroica”, ir a ese espacio y a lo que esconde su bosque histórico pues son las únicas formas de situarse en la mira de su trasegar fidedigno a efecto de fundar una idea de cómo fue existencialmente hablando ese acontecer con la vista puesta a lo que aquí se demandaba. Es menester para eso, principiar por el origen... y cómo fue fundada esa urbe hace más de tres siglos. Más tarde habrá ocasión de platicar de otros sucesos más circunstanciales pero dramáticos o patéticos en esa localidad... tan repleta de historias y de tradiciones de diversa laya.

Y desde esa perspectiva hay que recordar su cronología. Y como ese proceso de la conquista y para lo que interesa también aquí, fue bifronte, o sea se desplegó en dos frentes, el Caribe y el Andino, será forzoso igualmente aludir a la fundación de Santa Fe de Bogotá para todos los fines existenciales que le han sido pertinentes con relación al tópico que estoy manejando aquí.

De tal manera, que a continuación, la crónica del ser ahí en el mundo principiará a incubarse desde la perspectiva muy superficial de los conquistadores, después desde el perfil del colono —amo o encomendero— y casi simultáneamente desde una configuración más profunda, de la del indio y ulteriormente de la del negro.

La experiencia, dijo Shakespeare<sup>15</sup>, ha sido la que ha refutado las opiniones recibidas.

---

15. Shakespeare, II, p.889.

A Don Pedro de Heredia se le debe el acto formal y material de la fundación de la urbe, al dirigir una de las dos avanzadas encargadas para explorar y para circundar la tierra que se hallaba al interior del territorio de la Nueva Granada y que alcanzó a esa fecunda región, en tanto que la otra expedición la condujo Gonzalo Jiménez de Quesada, y que terminaría en la futura capital, Santa Fe de Bogotá. Iban pues uno y otro al vasto mundo sin saber, sobre todo este último, los muchos trances que afrontarían, tan lejos de todo y las sucesivas pruebas llenas de contrariedades a las que estaría(n) sometido(s) donde algunas cosas saldrían bien, otras emergerían regulares y muchas prorrumpirían mal. En suma, le aguardaba a esta pareja de conquistadores, un peliagudo porvenir que sin embargo iba a rendir sus frutos a favor de la Madre Patria..., desde luego.

No obstante es menester retroceder un tanto para platicar de los antecedentes que rodearon ese acto y recordar por ello, que la costa de la provincia de Cartagena ya había sido avistada por Rodrigo de Bastidas nueve años después de que el genovés hubiera descubierto el Nuevo Mundo y de ahí tuvo la impresión en su segundo periplo que desde el cabo de la Vela hasta las bocas del río Magdalena había tierra firme y por ende posibilidades de exploración y conquista. Alonso de Ojeda, un astuto hombre de acción entendió lo que eso significaba y obtuvo despachos para seguir hacia el sur incluso lo que después sería Cartagena desde la isla La Española. Era apenas el primer paso.

Con el título de Gobernador y Capitán de la Provincia de Urabá, Alonso de Ojeda, antiguo teniente y alguacil mayor de esa zona bajo la férula de Juan de la Cosa y al toparse además apoyado por el obispo de Badajoz, Juan de Fonseca, pudo soslayar los intentos de su opositor, Diego de Nicuesa,

quien aspiraba con dinero contante y sonante a convertirse en competidor por la investidura oficial en la conquista de tierra firme, y se dispuso, una vez resueltos los inconvenientes y superados los obstáculos, a iniciar ese intricado quehacer aventurero.

La conquista española de esta parte del hemisferio de Colón, estuvo atiborrada de rivalidades, odios y agresiones de toda índole. Parecía que todos ellos, sin excepción alguna, hablaran el lenguaje del resentimiento y de la venganza por doquier, y en la medida en que no podía alguno de ellos, saciar sus impulsos de competición, antipatía y embaute contra uno u otro congénere, descargaban soezmente ese impulso atávico tras bambalinas, y procuraban ponerlo en ridículo o propagar chismes. Y después la cargaban contra el pobre indio. ¿Otro concepto fundamental para ver mejor en torno a esa forma específica de ser, de ser ahí del vencido? Tal vez... y ese concepto giraría alrededor del maltrato como represalia porque no pudo el ibero con el rival y coterráneo o por alguna nimiedad...

Al ibérico de cualquier condición le hipnotizaba escuchar: “Mío, todo es mío, y siempre mío y nada para vos... esa es la voz más dulce para mí de cuantas hay...” (Gracián, 2009, p.351). Es de presumir a la sazón que con ese sentimiento que se anidaba en su espíritu, cualquier embarazo que le impidiera u obstaculizara oír y verificar que eso era suyo o que iba a ser suyo, o que creía suyo debía concitar una prevención descomunal en su ánimo y los resultados eran a todas luces previsibles con tal de confirmar esa avidéz de reputarse dueño de casi todo. “...¡Oh lo que puede el interés!” (Gracián, p.353).

La crónica de los vencidos en la Nueva Granada, revistió en un momento dado, niveles feroces de intolerancia, de fu-

ria grosera y de inicua acometida por parte del español que ya se sentía dueño, superior o triunfante pero no frente a su contradictor, el colega de armas o aventuras al que toleraba hipócritamente, sino contra el nativo, inerme de suyo, y de paso sacaba ventaja. Y en un medio donde prevalecía de manera soterrada, ladina o cara a cara cuando no había más alternativa, la sutileza, el agravio y más tarde la agresión sistemática, las cosas se complicaban, como es obvio suponer poco a poco para el subyugado. Y lo abominable era que a veces cuando la disputa era entre dos iberos el indio llevaba la peor parte ya que estaba como el miércoles —en la mitad de los contendientes— y a la sazón recibía palos de uno y de otro.

El disimulo entre los propios españoles era la nota predominante y por ende casi todo el trámite de la Conquista estuvo estampado por ese estigma tan aberrante de la malevolencia y lo más embarazoso fue que rápidamente se contagió entre los indios como si fuera una pandemia de viruela. ¿Por qué? Porque el aborigen percibió que era ineludible en la mayoría de los casos prestar atención a esa conducta artera del conquistador y aguardar los positivos resultados que la querella deparaba. Yago, Casca, y Aarón parecen ante mis ojos como unos hermanitos de la caridad frente a esos sujetos que bajo diversos ropajes arribaron a esta parte del hemisferio de Colón.

¿Nadie hizo nada para evitar esa sucesión de enfrentamientos antes de iniciar ese proceso de exploración y conquista? Mientras se hallara de por medio la gloria y la codicia era poco menos que imposible encontrar un consenso y por eso se dejaba rodar al mundo con sus afanes y que cada uno se las arreglara como pudiera, el español contra el español por las buenas o por las malas o por conveniencia, y el es-

pañol contra el aborigen generalmente por las malas o a la brava.

Si caía cara ganaba el español y si caía cruz perdía el indio... Lindo juego ese... y entonces será fácil entender cómo iba fraguándose en el nativo ese nuevo ser ahí en el mundo que se le abría paso de un modo poco convencional, y aunque no sabía lo que significaba ser, o es, ahora sí será posible mirar si desde ese ser ahí en el mundo se ha entendido al propio es, y en el caso del indígena, cuando ya no era lo “es” sino cuando era arrojado a otra situación, a otra conformación fáctica de ser ahí en el mundo que ya no era su mundo.

Sin embargo, conviene aquí seguir con la información esbozada y señalar que Diego Colón, hijo del “Almirante Mosquito” y encargado del poder en La Española, epicentro de tantas intrigas, antes de que partiera Ojeda con su expedición a tierra firme había logrado una tregua entre aquel personaje y el pretencioso de Diego de Nicuesa y bajo esa vestimenta, a todas luces simulada, el 11 de noviembre de 1509 pudo salir Alonso de Ojeda con su expedición en compañía de Juan de la Cosa y de Francisco Pizarro, poniendo la proa rumbo a Cartagena a donde llegó el día 17 de noviembre de 1509.

Ese derrotero fue complicado ya que no pudo tomar posesión de Calamar y se vio compelido a internarse hasta Turbaco en donde halló una colosal resistencia y por ende tuvo que retirarse por haber perdido a su protector Juan de la Cosa que reputó muerto por no saber dónde estaba. Falto de recursos y después de muchos y espinosos apuros, se embarcó otra vez para Santo Domingo en busca de auxilios pero murió sin alcanzar su cometido plenamente.

Enterado entonces Pedro de Heredia, subalterno de Pedro de Badillo en la conquista de Santa Marta, de que la

expedición a Cartagena estaba atascada por la tenacidad de los aborígenes y por otra serie de calamidades, se marchó para la Corte en el Viejo Mundo a fin de pedir la autorización para continuar esa expedición y llegar hasta el final.

Tras sortear una serie de enconadas rivalidades dado su pasado turbulento y pendenciero en España, consiguió al fin su rehabilitación y con el beneplácito del rey pudo retornar al Nuevo Mundo con el fin de rematar la jornada de marras. Alcanzados los medios de rigor, se encaminó a la costa de esa futura ciudad amurallada, a la que bautizó Nueva Andalucía si bien estuvo primero en Puerto Rico en 1532 junto con su familia y una cantidad de aventureros, dispuestos a jugársela el todo por el todo. Unos calcularon que eran más de 300 hombres de pelea además de algunas mujeres, dos religiosos e indios libres (Nieto, 1993, p.132.) pero eso no importa aquí.

A continuación, el 14 de enero de 1533, desembarcó con precaución en el pueblo de Calamar, desguarnecido por sus nativos ya que solo se topó a un indio viejo de nombre Corienche que no pudo escapar por su edad. Y eso lo puso en alerta máxima pues los vernáculos habían abandonado el lugar para ofrecer una mejor defensa o una implacable oposición a sus pretensiones de conquista y para eso preparó el plan de acción a seguir en el cual predominaba la cautela. Con Heredia, es de recibo agregar, se hallaba una india que hablaba español y que había sido retenida por Diego de Nicuesa, bautizada Catalina y de ese modo contaba por lo menos con una intérprete, como la Malinche, la amante de Cortés. Eso le sirvió para reducir a muchas parcialidades indígenas sin combate aunque con la parcialidad de Turbaco la cosa fue a otro precio y eso implicó mucho esfuerzo a fin

de someter a esa tribu indómita. Una especie de taironas pero en miniatura.

Superadas las contingencias propias de una aventura de esta índole, el 20 de enero de 1533, hizo el adelantado Pedro de Heredia, la erección del territorio, llamándolo Cartagena bajo la advocación de san Sebastián para que el mártir los protegiese de ahí en adelante contra las flechas envenenadas de los indios salvajes (Nieto, *op. cit.*, p.133) y es pertinente declarar a la sazón que formalmente hablando la Conquista ibera de la futura Colombia había principado. Si Nínive fue la capital del imperio asirio, Cartagena, en aquel momento lo era, de hecho, de la futura Nueva Granada, y ambas metrópolis tenían algo en común, fueron las ciudades del dolor y del derramamiento de sangre (Nahum 3:1) y esa calificación resultó apropiada ya que los relieves de sus ruinas y de sus murallas respectivamente mostraron indicios de brutalidad y rastros de ferocidad.

¿Cuál fue el tratamiento a los vencidos por ese acontecimiento político, militar y religioso que iba a conducir a las diversas estirpes aborígenes a una devastación sin par en su tierra? El adecuado para que condujera al umbral y al fin de una raza. Por ende, la vida desde ese momento se convirtió en un purgatorio, en un descenso al hades, en un negocio sangriento en donde el conquistador desempeñaba a las maravillas su rol de vencedor, y los demás, el triste papel de sometidos. ¿Es que temían los conquistadores ser mal acogidos y por eso actuaban de ese modo, anticipándose a los hechos? O ¿no había un medio de desenvolverse de otra manera? Yo medito, que las insoportables circunstancias del momento exigían un comportamiento activo, sin pusilanimidad, sin embargo eso no justificaba la agresión sin ton

ni son; mejores, fueron las precauciones que por ejemplo había tomado Pedro de Heredia.

“Hay destino pero también hay azar, entonces filosofemos” decía Séneca... (Abraham, 2010, p.56) y es desde esa perspectiva en donde arrancó mi interés por filosofar aquí con un mecanismo diverso, que pudiera ir en contra de los cánones preestablecidos por cada corriente y ahondar no solo en el sentido del ser, sino también en lo que ha sido ser arrojado a un nuevo ser ahí en el mundo y de ahí saltar a otra condición, el ser ahí en el mundo del vencido pero en el Nuevo Mundo, más concretamente, mi tierra.

¿Cuál pudo ser la causa principal de ese tratamiento tan ignominioso y que de hecho hizo saltar al nativo de su mundo a ser ahí en otro mundo para ir luego a constituir, por cuenta del conquistador el ser ahí en el mundo del vencido? No solo los aspectos arriba reseñados sino potencialmente la agitación del ibero por hallar oro o plata u otro menester semejante y que evidenciase luego que todo ese embeleco expedicionario, aunado a la turbación por llenarse rápidamente los bolsillos fue benéfico, y con la necesidad además de gloria y el hambre de renombre a costas estaba justificado...

Todos esos factores, incidieron para que el español/conquistador supiera que valía los esfuerzos y las penalidades sufridas y eso fue la causa eficiente para que se produjera formalmente y materialmente el cambio de ser ahí en el indio, o sea a su nueva condición de ser ahí en su mundo a ser arrojado abruptamente a ser ahí en otro mundo, sin haber salido de su mundo. Igual aconteció con el negro con la diferencia que este sí había salido de su mundo para caer en otro ser ahí en un mundo diferente... Entonces tras los esfuerzos y las penalidades, creyó cada ibero que la recompensa estaba



en la retaliación, en la expoliación y en la agresión contra el nativo y contra el hábitat.

Al hispano, le faltó paciencia para manejar con mejor talante el proceso de la conquista, pues ya sabía a qué atenerse en este suelo, pero es que la impaciencia como lo dijo Kafka ha sido el único pecado verdadero de la humanidad y el ibero no iba a ser la excepción dentro del maléfico espectáculo del mundo. Tal vez la impaciencia del español, y lo reitero, por salir rápido de ese contexto y regresar repleto de riquezas y de gloria, le instó a la depredación y podría convertirse en otro concepto fundamental alrededor del ente del vencido... aunque se hable aquí del ser ahí en el mundo solamente por parte del indio, el conquistador seguía por su parte usufructuando de paso la condición de ser ahí en su Nuevo Mundo que había tejido con antelación Colón y sus legatarios.

Desde luego que eso no obsta para agregar que en ocasiones los indios no iban al encuentro de los conquistadores y de su gente con benévolas intenciones y eso repercutía en el estado de ánimo de aquellos foráneos y propensos como eran a la reacción virulenta, a los estallidos de cólera o a la falta de control, la consecuencia era la embestida anticipada, como señuelo de valentía o de poder. ¿Se podría hablar de legítima defensa social o de carencia de moderación? La primera noción era ignorada, y la segunda era mal entendida y desde ese contexto no se podía hablar ni de una legítima defensa pero en cambio de ausencia de sentido común y eso podría convertirse en un hilo conductor, ni tampoco de carencia de moderación pues era mal conocida, y entonces será fácil inferir que ante la ausencia de tal virtud, la masa ibera aquí, hacía en esos momentos de tráfigo intenso de escaramuzas y reyertas, lo que le venía en gana, sobre todo si era el más fuerte.

¡Cómo sería el mundo si todos sus hombres o la mayoría fueren moderados a ultranza! ¡Cuánto no debió lamentarse Otelo por su falta de moderación!... y sin embargo la ausencia de esa virtud tan importante para la existencia humana podría situar desde ahora o ubicar provisionalmente el marco temporal de aquel entonces y darle un toque no al ente “vencido” sino al ente vencedor como originariamente constituido en virtud de esa falta ética... o proyectarlo también para que fuese precomprendido desde la desaparición de la moderación... o de la coartada por la inmoderación en vista de tan duros escenarios en donde la vida se hallaba en constante peligro.

Y como si lo anterior fuera poco, o sea si no se conocía la legítima defensa social y no se percibía a la moderación, los conquistadores españoles tenían el vicio de los personajes principales de Shakespeare; no oían, solo se escuchaban a sí mismos... por ende eran audaces e insolentes pese a que eran casi todos novicios en la acción y la brecha entre ellos mismos incluso iba ensanchándose y la existencia adquiría por consiguiente ribetes de drama, de trama y de opereta.

Ahora bien: Los indios que moraban en la órbita de la nueva villa, Cartagena, vegetaban en un estado prehistórico de cultura, aunque no es procedente indicar que se hallaban en un estado inferior de salvajismo, por lo menos estaban en el estado superior de ese concepto, en donde el manejo del arco y de la flecha, gracias a los cuales llegaba la caza a ser un alimento regular y el cazar una de las ocupaciones normales era trascendental. Esos dos instrumentos fueron pues para el indio y para la tribu componentes significativos de su estándar social como lo fue el arma de fuego para el español y su tropa en aquel tenebroso instante de la historia. Ese sería otro concepto fundamental en la ardua tarea

de aunar esos conceptos junto a los hilos conductores para consolidar más tarde la situación hermenéutica de una analítica original<sup>16</sup> del ser ahí del indio y rápidamente del ser ahí del vencido de ese nativo, pues pondría de manifiesto el precursor estado en que se hallaba antes de caer en su nueva condición para garantizar en su ocasión, verlo en su ser total... ahí primero y luego ser ahí vencido...

Aquello era ser ahí en su mundo, ese era el nativo, pero muy pronto tras los acontecimientos que sobrevinieron iba a ser lanzado a otro ser ahí en el mundo antes de caer después irremediabilmente en el ser ahí en el mundo del vencido. Fueron tres pasos...

La ausencia de cultura al mejor estilo de la occidental del nativo, me permite inferir que la experiencia del ente —o sea de hacer patente su incultura— se instauró en el zigzag de un proyectar retrospectivo desde sus ancestros y eso me facilita además advertir a través de esa primigenia situación, una dolorosa referencia interpretativa al ser ahí en ese mundo como tal del indio y en Cartagena de Indias esa perspicacia de tal condición dio sus frutos a favor de la sociedad que nunca miró a ese sujeto con simpatía o con benevolencia... ¿Otro concepto fundamental? Tal vez el más sustancial... pues el precomprender ese escenario de deprecación y de agresión tendría que partir de esa ojeada que el lector le haga a la ausencia de cultura del indígena que invitaba al desdén social y a la adopción de decisiones draconianas, ya que el diálogo en esas condiciones de indefensión cultural era un obstáculo.

Si el indio carecía de la conciencia de ser y el negro más

---

16. Heidegger, p.343.

tarde tampoco de lo que solo “es” en la forma de ser ahí en el mundo como tal, paradójicamente y posteriormente sí estuvo al corriente cada uno desde su interior como era estar en ese ser ahí en el mundo del vencido y entonces se exigirá a partir de este momento, no una sucesión de pruebas acerca de la nocividad de esa insolencia intelectual de ser ahí en su mundo y más tarde de lo que era entender ese ser ahí en el mundo del vencido sino una tanda de reflexiones históricas, a efecto de delimitar que esa proyección del ser ahí en el mundo y ser ahí en el mundo del vencido, solo requirieron de acopio de información, como si fuera noticia periodística.

De esa manera se sabría de buena tinta, los hechos sociales, políticos, religiosos y militares que originaron esa primera condición, el haber sido arrojado tanto el indio como el negro a ese de ser ahí en el mundo y que tuvo un origen cultural... y la segunda condición, aquellos hechos sociales, políticos, militares y religiosos más audaces y más ladinos que dieron los sucesores del fundador de Cartagena, para arrojar después al indio y al negro a su nuevo ser ahí en el mundo del vencido... En el interregno el simple ser ahí antes de...

Los datos volcados en ese sentido determinarían velozmente si el aprovechamiento indebido de tan calamitosa condición que desde el principio hizo al indio frágil, y vulnerable al negro después, por parte del español tras el descubrimiento... la conquista y la colonia fue lo que apuntaló con solidez la nueva posición del ser ahí en el mundo, y más tarde del ser ahí del vencido que iba a adquirir el indio y luego el negro.

La analítica del ser ahí en el mundo no conduciría sino a un desierto pues le faltaría en este caso, el condimento for-

zoso de la historia y de la tradición para que posteriormente se pasara al ser ahí del vencido, y se necesitará por ello, de una reorientación constante de la información histórica o tradicional para atraer el horizonte que aún yace a lontananza más cerca y alcanzar no solo una precomprensión más precisa sobre el particular sino una ayuda más efectiva para consolidar después las respuestas de rigor.

Una vez se hubiese alcanzado hasta ahora así fuese en su medianía la precomprensión de todo este proceso de la conquista en un avanzar y de retroceder históricamente habiendo al lado de la tradición en busca de resultados más o menos fidedignos que han de proveer pistas o claves que accedan a otear la temporalidad efectiva del ser ahí del mundo del indio y más tarde del negro será primordial para poder entender lo que vendrá a continuación de este y los restantes capítulos.

El problema cardinal de todo ese asunto de la conquista ibera fue el inconveniente de la relación entre el decir y el hacer, el nexa entre el pensar y el actuar, o el lazo entre la religión y la realidad. Al no poder alcanzar significación ni lograr una completa integración que pudiese reflejarse en el día a día, todo fue paulatinamente empeorando. ¿Por qué? Porque los conquistadores españoles creyeron entonces que lejos de todo control, podrían actuar a su antojo en la medida en que eso significara por un lado, ventaja para la Corona, y por otro lado, lucro para ellos, o sea que haciéndose los de la vista gorda, todos, usufructuando el atraso del indio y más tarde la del negro o procediendo a la brava y agujoneando al que se le atravesase, el que más prerrogativa sacaba era cada uno de ellos en cualquier nivel. Con esa actitud prepotente, altanera y violenta ahuyentaron la alegría y destruyeron la placidez de lo cotidiano. Me atrevo

a afirmar que ni siquiera el conquistador y su recua de desalmados pudieron vivir felices o en paz. Pero eso es otra cosa.

No se puede desaprovechar la ocasión de ir agrupando como en un rompecabezas a los conceptos fundamentales, al lado de los hilos conductores junto a las palabras clave para dominar la faena de montar ese rompecabezas ontológico, si bien la dificultad estriba en delimitarlos con meridiana claridad con el propósito de no reiterarlos o de caer en tautologías.

Con el paso del calendario, todas las secuelas brillantes de una victoria, de una conquista o de un logro fantástico han tenido una corriente oculta de melancolía; ha sido una faena que ha desalentado al género humano, e incluso Copérnico, tras su gesta astronómica sintió un gran vacío existencial pues una profunda congoja le oprimía el corazón tras el suceso, bien y ¿ahora qué?, ha sido el susurro de la razón humana rápidamente satisfecho el deseo. Se ha alcanzado la meta, decían los griegos con la secuela de que ahí concluía la esperanza y el tesón. Entonces se debía apartar de la vista el futuro, puesto que ya no podía traerle algo mejor, sino posiblemente lo peor. En adelante o sea una vez concretada la jornada, ya no habría más que echar un vistazo o esperar salvo lo ineluctable... y eso debieron reflexionar Jerjes, Gengis Kan, Tamerlán el Cojo, Napoleón, entre otros, al alcanzar cada uno su objetivo o escurrírsele de las manos ya que “El hombre es el sueño de una sombra”, como declamaba con suntuosidad el trágico Píndaro... (Hamilton, 2002, p.97) y entonces ¿qué? era la pregunta de rigor del conquistador... ¿qué debía esperar?...

Desde luego que eso le aconteció a todos los iberos, ya que una vez puestos los pies en un lugar desconocido, eli-

minado el obstáculo y consolidado ese proceso de despojo, esas personas concebían un sentimiento de descontento súbito que hacía que no supieran qué hacer luego, aunque es plausible aclarar que no todas las acciones inicuas de los descubridores, de los conquistadores y de los colonos quedaron impunes; muchos procedimientos, el de residencia, uno de ellos, era temido por cada opresor, de suerte que muchos españoles fueron ajusticiados, sentenciados o enviados a prisión, por pasarse de calidad al frente de sus responsabilidades contractuales con la Corona pero eso, difería de aquello que cada uno sentía: hastío... Sin embargo eso fue la excepción y no la regla general, ya que existía la institución de la coima, del cohecho o de la concusión que hacía estragos en el aparato judicial. De haber sucedido lo contrario, hoy se estaría contando otra crónica.

¿Y al fin qué sucedió con Pedro de Heredia?

No todos los historiadores están de acuerdo en que aquel fue el plan que utilizó Heredia para fundar a la futura Heroica, y prefieren en cambio caracterizar que el conquistador si bien arribó a las costas de Cartagena, el 10 de enero de 1522, lo hizo a través de la isla de Manga en plena bahía y como la india calamari, arriba nombrada se ofreció a conducirlo hacia unas tierras más fértiles, la siguió sin saber que una avanzada de los nativos había atacado su retaguardia que había dejado en ese lugar y había recuperado ese sitio. Solo después que alcanzó a derrotar a esos indígenas de la tribu calamari, fue que pudo marchar sobre Yurbaco y el 1 de junio de 1533 cuando tumbó la choza del jefe y clavó una estaca con un letrerito que decía: San Sebastián de Calamari, es que podría ponderarse —según algunos cronistas— la fecha de erección de la futura ciudad. Al finalizar el año

de 1533 todos los expedicionarios estuvieron de acuerdo en cambiarle el nombre por el de Cartagena<sup>17</sup>.

Lo innegable en todo caso fue que a continuación y despejado el panorama, el fundador levantó las edificaciones que eran ineludibles para la buena marcha de la villa aunque dos años después como habían sido construidas en madera la mitad de las mismas fueron destruidas por un voraz incendio. Entre 1534 y 1535 llegaron las primeras provisiones de España así como más personas, y de ese modo, poco a poco, Cartagena de Indias iba tomando la fisonomía que le correspondería a una urbe de su clase con sus pecados al hombro a los que me referiré en detalle más adelante.

El dominio político de este conquistador, como el de los restantes a lo largo del interior del país, significó ni más ni menos, la abolición de las clases sociales que imperaban en las diversas tribus y la jerarquía del cacique solo prevaleció de manera formal, una especie de ritual para que sirviera de intermediario entre el nuevo amo y los demás súbditos.

Es más, la Corona española conceptuó que el trabajo forzoso, la esclavitud y el vasallaje eran la fuente de toda la riqueza, y desestimaron a la naturaleza como el auténtico manantial para surtir tal designio y por eso invirtió la ecuación para el detrimento físico y moral de la población aborigen que no resistió las acometidas de tales labores a las que no estaba acostumbrada. Bajo ese presupuesto, cada conquistador estaba en su sitio, y el indígena, como el Quijote, lejos del suyo, de ahí que esa convivencia, esa relación o ese nexo tomara un ritmo entre trágico y patético.

Entre todas las parcialidades indígenas localizadas en esa

---

17. [http://es.Wikipedia.org/wiki/Pedro de Heredia](http://es.Wikipedia.org/wiki/Pedro_de_Heredia). Leído el 28 de diciembre de 2012.



región, ¿cuál era la más avanzada, la más dinámica y la más numerosa? Sin discusión la tribu de Calamar que asimismo tenía el gobierno más sólido aunque como el gobierno de los judíos o de los griegos, el cacique poseía una especie de cenáculo o consejo de los escogidos que colaboraban con el mando de la tribu si bien los dictámenes de esa cofradía podía desestimarlos el caudillo. Una organización simple sin tanta parafernalia regía el destino de la comunidad, contrario a la organización ibera donde todo estaba minuciosamente contemplado en el papel, pero que en la práctica, no se llevaba a cabo. Ese prurito burocrático se enquistó como la ameba en el intestino de la sociedad que se estaba fraguando y no se ha podido desterrar, ningún vermífugo ha logrado expulsarla del interior de ese órgano. Y por eso Colombia y los restantes países de la América hispánica están como están, postradas de tanto embeleco documental.

Aquella etnia (Calamar) manejaba alianzas estratégicas con los demás clanes —a excepción de los aborígenes oriundos de Turbaco porque eran soliviantados y agresivos—. Igualmente, en el campo religioso la mayoría de los indígenas adoraban al sol, sin embargo efectuaban un ritual muy peculiar a la luna en los momentos cruciales de cada fase, especialmente cuando se acercaba la luna llena. Las ofrendas que se depositaban en los templos destinados a esas deidades naturales, servían para atender en un instante dado a las necesidades de cada tribu y para cubrir los estipendios de aquellos que manejaban esos santuarios.

El sacrificio humano era ocasional y la víctima escogida podía ser rescatada ofreciendo al efecto o en su lugar un animal acompañado de un caudal de oro o de plata. Cuando algún miembro de la tribu fallecía era enterrado con sus

pertenencias, señal de que tenían una idea del más allá de lo terrenal (Nieto, pp.213 y ss.).

Tras el asiento paulatino de la población de Cartagena, con los problemas propios de un proceso de esa índole —bajo el liderazgo de su fundador que facilitaba muchas cosas, eso generó envidias y resquemores, producto de aquellos vicios tan propios del género humano y de pronto le mandaron un remplazo para luego juzgarlo. El personaje llamado para cumplir ese menester fue Francisco Badillo, quien estuvo con él en Santa Marta. Lo primero que hizo ese visitador corrupto fue embargarle sus bienes y reducirlo a prisión con su hermano, el cual al fugarse pudo ir a España para obtener la reivindicación judicial por parte de la Corona.

No hubiera prosperado esa petición, si no hubiera mediado la sucesión de tropelías y vejaciones cometidas contra los indios por parte de ese nuevo funcionario hasta el punto que no tenía reparo en venderlos y enviarlos a Santo Domingo para ampliar su influencia económica. La seriedad de las denuncias del obispo Tomás del Toro obligaron al Rey a comisionar a otro visitador de apellido Santa Cruz para que no solo pusiera en cintura a tan avieso burócrata sino que restableciera las pautas de concordia que había determinado el fundador de la ciudad. Mas la mala fe de Badillo, prófugo ya, le hizo concebir nuevos planes de conquista para borrar de un plumazo su conducta y salió en 1537 por el lado de Urabá acompañado de 350 hombres y descubrió posteriormente un templo afamado por sus tesoros en cercanías del Sinú. Yendo tierra adentro, más tarde fundó Cartago cerca de Popayán colocándole ese nombre a causa de ser muchos de ellos los que instituyeron a la celeberrima Cartagena de Indias (Nieto, pp.134 y 135).

A pesar de ese denodado esfuerzo por limpiar su nombre, fue finalmente alcanzado por una partida al mando de Santa Cruz cerca de Popayán, detenido y remitido a España en donde en su calidad de abogado pudo dilatar su causa y en medio de ese tira y afloje procesal, murió sin pena ni gloria. Otro que la historia ha relegado al infierno del olvido.

Pero es del caso volver a lo más importante aquí, lo que estaba acaeciendo con los indios tras la fundación de Cartagena y qué nuevos vientos soplaban y cuál era la causa de que los nativos de esa urbe sobrellevaran la melancolía, ese padecimiento por la inmediatez de lo separado y el aburrimiento por la limitación de sus movimientos. Y concebían atónitos además que aquello que se retiraba era la vida misma, la de antaño que desfilaba sin cuartel y sin rumbo hacia el futuro.

La situación de los indios era ya casi grotesca, agresiones, represiones, ignominias y desalojo de su entorno natural eran unas constantes que a diario estaban desmejorando su nivel de vida, si bien todavía tolerables, no obstante esa monstruosa realidad en vez de cauterizarse, empeoró cuando apareció en el horizonte de la bahía el primer barco cargado de esclavos procedentes del África.

Mas es ineludible dejar ese tema para otro ítem más concreto y pasar la página para divisar al otro conquistador<sup>18</sup> Gonzalo Jiménez de Quesada con sus designios y a la etnia

---

18. ¿Cuántos conquistadores arribaron a la Nueva Granada? Eran pocos, como tal, pero como casi todos se creían con ese linaje, se lo arrogaban sin rubor, aunque en sentido estricto, conquistador era aquel que exploraba un territorio inhóspito y luego reducía a su población al mediar un acuerdo contractual con la Corona o con sus delegados. Por lo demás que fueran pocos o que fueran muchos no incidía en el grado de malignidad que cada uno le impuso a esa empresa (Nota del autor).

que le tocó confrontar porque una de las cosas que más me interesa en este texto es reivindicar la situación concreta de los vencidos, o sea los suplicios que padecieron, y dispensar una dignidad a cada experiencia sin que medie metafísica alguna o colosales abstracciones, por eso es significativa la analítica existencial que estoy tratando de llevar a cabo.

Frente a esos desafueros, uno no puede menos que pensar que la humanidad no ha personificado una maniobra de progreso hacia algo óptimo o más elevado, sino que desde los griegos ha supuesto un sentimiento de agrandamiento de la voluntad de dominio por encima de todo.

Bien, la faena que estaba llevando a cabo Jiménez de Quesada se desenvolvía, salvo mejor opinión en contrario, en un ámbito áspero y duro de interacción con un medio hostil donde por primera vez se entrecruzaban desiguales aspectos, sujetos, hábitat y padecimientos en un verdadero y complejo círculo que dieron significado práctico y real a sí mismo a esa expedición. Iba, pertinente es reconocerlo, tras un fetiche. A diferencia de Heredia, ni a él ni a su gente le iba bien, por el contrario, las cosas se iban complicando en grado sumo. Desde ese perfil, la gesta de Heredia, fue menos violenta y no estuvo plagada de tantas vicisitudes como la suya, en la que incluso todo parecía oponérsele.

¿Mas qué intentaba Jiménez de Quesada? Este conquistador, letrado e ilustre, con su gente, lo que escudriñaba en el turbulento ascenso por el río Magdalena era alcanzar los Llanos Orientales a fin de hacerse a la riqueza fabulosa de “El Dorado”. Por eso caminaban con desazón y sin aliento en pos de ese vellocino de oro, de ahí que no les importara nada de su entorno, ni la gente con que se topaban ni la dimensión de las tribus de Guarne, Tinjacá, Tunja, y Bogotá o tampoco

la índole de ciertos pueblos que no eran tan pequeños, como Monquirá, Guachetá, Suesca, Nemocón, Cajicá, Chía, Suba, Engativá, pues lo que valía la pena era saciar ese apetito de metales, de ahí que las cosas en esa aventura se condujeran de un modo extraño. Y pese a eso tuvo un desenlace fructífero: la fundación de la futura capital de la Nación.

Uno de los más colosales fracasos de la conquista ibera en esta parte del hemisferio de Colón, fue el mal llamado “El Dorado”. El santo grial para colmarse de caudales sin medida ni control. En efecto, fue un lugar mítico que se conjeturaba poseía ingentes cantidades de oro desperdigadas por todas partes ante la indiferencia de sus habitantes y eso atrajo a muchos conquistadores, españoles, alemanes e ingleses que imbuidos por ese afán de lucro hicieron hasta lo imposible por hallarlo. Es de admitir que eso trajo consigo una cantidad enorme de agresiones contra los indígenas y una desquiciada estrategia de devastación del medioambiente. Y llegaron tan lejos en esa orgía de sangre que si no avanzaron más, el retroceder sería tan difícil como el ganar la otra orilla.

Como todo era presunción, en medio de rumores y conjeturas, se opinaba que ese sitio estaba localizado entre la Nueva Granada y el Perú, no obstante se hizo énfasis en que podía ubicarse en el centro de lo que llegaría a ser la Nueva Granada.

¿Cuándo se inició la leyenda? No han sido contestes los cronistas, pero lo cierto fue que Ángel Guerra, Gonzalo Jiménez de Quesada, Nicolás de Federmann y Francisco de Orellana, entre otros, al prestar oídos a ciertos narradores que a su vez le escuchaban algo similar a un determinado número de indios, dieron rienda suelta a su imaginación so-

bre el particular. Vana jactancia y esa visión creada por la codicia generó una búsqueda frenética sin importar el costo que tuviera ni la sangre que corriera.

Hubo muchas tentativas y arrestos, pero el arrojito más popular fue la expedición de Francisco de Orellana en 1541 y que tras numerosos avatares y sinsabores culminó con el descubrimiento del río Amazonas. Uno de los protagonistas principales de esa empresa era su primo Gonzalo Pizarro, Gobernador de Quito y hermano del conquistador del Perú, que en 1541 animado por las leyendas sobre la existencia de enormes tesoros en forma de oro y canela<sup>19</sup> hacia el oriente optó por organizar una excursión y para ello convenció a Francisco de Orellana que por entonces mandaba en la ciudad de Guayaquil para alcanzar ese propósito (Escudero, Lola, en: *Revista Clío de Historia*, 2008, p.68) y tras muchos sucesos nada consiguió, aunque no por eso la fábula decayó; por el contrario, seguía su curso.

Y ese afán indistintamente era una constante en la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada —tan ávido de ese metal se hallaban todos— y que Colón consideraba “el más exquisito de todos los elementos” ya que con él se podía alcanzar el paraíso terrenal, y por eso al llegar al territorio dominado por la cultura muisca, que se dedicaba al cultivo del maíz, a la papa y al algodón además de manejar la orfebrería de metales preciosos, se percató de su ritual y

---

19. Uno de los mitos muy poco estudiados ha sido el de la canela. Era una especia muy valorada en el Viejo Mundo y que se esperaba también hallar en colosales cantidades en esta parte del hemisferio de Colón. Muy pronto se iban a desencantar los conquistadores iberos de tropezarse con la misma ya que no era propicia la cordillera andina para esos menesteres (Nota del autor).

además cuando confirmó la índole de la vestimenta de los principales jefes de los chibchas durante las ceremonias sagradas en el lago de Guatavita, coligió que estaba cerca de tropezarse con un impresionante sitio repleto de ese metal y por eso no se dedicó a otras actividades que no fueran las de alcanzar esa guaca o con el mítico “Dorado”.

Sin embargo es preciso señalar que una de las cosas que sorprendió a Jiménez de Quesada, “fue la prosperidad de los indios de la sabana y que eran capaces de alimentarse con poco esfuerzo ya que vivían en medio de la abundancia, en tierras llenas de papas, cubios, maíz, curíes, etc., y como si fuera poco le llamó igualmente la atención una particular rutina de esa etnia, y era que dividían al mes en tres partes: 10 días para mascar hoja de coca, 10 días para sembrar y laborar, y los restantes para estar con la familia” (Melo, J. en: revista *Ámbito Jurídico*, Año XVI, No. 379, p.23). Sin embargo esa admiración de hallarse en la antesala del Edén, iba a durar muy poco ya que consideró a los indígenas de esas latitudes, flojos y dominados por una eterna pereza, mas no comprendía que la tierra era tan fértil que proveía de todo sin tanto esfuerzo y que lo ideal hubiera sido que se juntase con el nativo para trabajar mancomunadamente en esa empresa agrícola. Otro hubiera sido el destino de esta parte del hemisferio de Colón de haber actuado de esa forma, pero se equivocó en la orientación de su gesta. Hizo falta una visión y una gestión en ese aspecto pero la fiebre por ese metal era insaciable. Uno de los conceptos fundamentales aquí, sería no el estado de ignorancia que lo dije arriba, sino el de la pereza, que también facilitó ese proceso de caída en la nueva condición, y el otro concepto, el desaprovechamiento del conquistador del potencial del hábitat para sacarle partido

a la tierra sin tener que agredir constantemente al nativo o al ecosistema... ambos conceptos ayudarían también a entender el desplazamiento que se produjo entre los indios y el despilfarro de los recursos naturales de la sabana por esa carencia de sentido común sobre el particular... uno por indolencia y el otro por carencia de una orientación en la explotación de la heredad.

¡Cuántas vicisitudes se vivieron en esta parte del hemisferio de Colón, por haber arribado la gente equivocada a tratar con la gente igualmente descaminada en el tiempo y en el espacio!...

El europeo en líneas generales consideraba al oro como un auténtico “Ábrete Sésamo”, el que era capaz de hacer matar al hombre honrado y el que era idóneo de salvar al ladrón. ¿Qué no podía hacer y deshacer?... Entonces la consigna era tenerlo a como diera lugar y esa consigna echó a perder muchos proyectos que eran viables para engrandecer a cada región en donde llegaba ese tropel de gente, ávida de oro, mas no de otras cosas. He aquí otro concepto fundamental, el peso del oro en el mundo de entonces, lo que valía en el marco de las relaciones humanas, lo que representaba tenerlo o no y las derivaciones sociales que se suscitaron después en este medio por la explotación de la minería.

Ahora bien, los indios de esa zona no conocían el concepto de propiedad privada. Su agricultura se desenvolvía en el marco comunitario y los instrumentos con que labraban la tierra y los utensilios con que confeccionaban orfebrería, no eran objeto de rotación ya que la naturaleza a la que denominaban la “madre naturaleza” les abastecía de lo indispensable para vivir. De ahí que les asombrara el afán de



los conquistadores por las cosas materiales y el desapego con que miraban el despojo sistemático de esos recursos fue mal calibrado por los iberos y eso incitó más su talante codicioso. Quizá si los indios hubieran manejado un nivel más elevado de lo que significaba propiedad, a lo mejor ese proceso ignominioso de conquista se hubiera resuelto de otro modo, menos traumático, o tal vez no se hubiera producido. Es un concepto fundamental para entender toda la mecánica del ser ahí y del ser ahí del vencido en cabeza del indio... al compartir su responsabilidad con el español, pero esta vez, no por los desafueros de aquel, sino por la indiferencia suya pues tenía la obligación de hacer respetar su heredad.

Si los peninsulares hubieran vislumbrado también esa cosmovisión de los aborígenes sobre el particular, de seguro que la política de exterminio y desarraigo impuesta a la ligera o la tendencia de ir por el sustento de un orden y de una jerarquía así como la depredación del medioambiente ejecutada por tanto aventurero o no habría tenido lugar o por lo menos se hubiera morigerado un poco. Y la que más peso tuvo en ese conjunto de actividades criminales fue la interpretación del mundo que tenía la Corona hispánica —orden y jerarquía— y que vino a ser un factor decisivo a la hora de abordar el choque con la sociedad aborígena.

No es que el indígena fuera un santo varón o que la comunidad indígena en general fuera un dechado de virtudes. No. El nativo tenía no solo sus defectos ancestrales sino que manejaba un sentido de la existencia cargado de fatalismo pero con un relativo optimismo, mientras la comunidad esgrimía una escala de valores en donde predominaba el respeto y la tolerancia y de esa manera casi todos vivían cómodos con lo que tenían. Y disfrutaban además lo que les deparaba la existencia con las excepciones de rigor.

La dignidad nativa estaba en cumplir sus deberes y sus compromisos no solo con la tribu sino también con el cacique, así como el manejo de una ciega piedad por lo sagrado. El cielo estrellado representaba muchas cosas para la tribu —cualquiera que fuera su denominación— aunque variaba de intensidad y ritualidad puesto que esa actitud le hacía esperar el cambio del tiempo, resignarse a titiritar en el presente y desear que volviera la estación más benévola. Con esa única ilusión expuesta a la intemperie, contaba, cada clan, con la amistad de las deidades de su Olimpo autóctono.

Entonces cada conquistador debió recapacitar el modo de introducirse con tacto en ese estilo de vida y propiciar acercamientos que redundaran en beneficio de su causa, pero creyó que era mejor saltar a la brava esa barrera pues entendió que podría tropezar si no lo hacía y cerró un camino que pudo obviarle muchos inconvenientes. Fue un craso error de perspectiva, mas eso es responsabilidad de índole cultural que le cupo en suerte al español en general, acostumbrado como estaba a salirse con la suya en el escenario que fuera para tratar de no hacer sino lo indispensable por encima del hombro de los demás.

Desde ese perfil, le encantaba al ibero ser grandioso pero no le apetecía serlo con gallardía o con lealtad sino acompañado de ese apetito voraz que le escoltaba casi siempre, y dado por el mal que debía secundarlo en ese fin; de ahí que la trampa, la falacia, el crimen, la agresión, la lascivia, fueran los resortes para obtener una ganancia ilegítima a expensas del indio y de su tierra. Hizo lo que hizo para que le temieran y no sentía escrúpulo en forjarlo, por el contrario, algo lo espoleaba a ejecutarlo al precio que fuera y eso indicaba que había una fuerza latente que lo llamaba y le vertía

audacia en sus oídos y barría con el ardor de sus palabras todos los obstáculos o miramientos posibles.

En cada conquistador o en cada aventurero ibero mero-deaban internamente dos premisas básicas, la que unos no estaban al corriente de lo que era ser sometido, y la que los otros estaban habituados a dominar... y los aborígenes sintieron en aquel momento en carne propia lo que eran esas dos proposiciones escabrosas, amén de dos conceptos fundamentales.

Si la gente calificaba que el enemigo vencido por la fuerza solo a medias era derrotado, por estas latitudes esa convicción no tenía asidero porque en realidad el subyugado indígena cuando caía, casi nunca lograba levantarse, tan severa era la agresión. Solo al brioso pueblo araucano en lo que hoy es Chile, se le debe la alusión de “Flandes indiano” en atención a que casi hicieron estrellar a los conquistadores españoles en sus pretensiones imperialistas. Pero eso fue el sueño de una noche de verano, un relámpago en la oscuridad que si bien alumbró el firmamento, fue a la postre efímero; pero eso no obsta para rubricar que “El Dorado” con su quimera pétrea había quedado atrás por sustracción de materia. Ahora es preciso ir a lo esencial.

¿Cómo se fundó a la futura ciudad que la historia conoce como Santa Fe de Bogotá? ¿Igual que Cartagena de Indias? No. Gonzalo Jiménez de Quesada, contento por haber superado las ingentes dificultades que arrojó a lo largo de la expedición para llegar a la sabana y que consideró una prueba divina, se sentía entusiasmado al lado de su gente por la perspectiva de conseguir riquezas y visualizaba junto a sus compañeros, la gloria futura.

Entonces con un designio egoísta se encaminó callado

con su gente pero al son de sus pensamientos que aliviaban sus plantas adoloridas a horadar el sendero que los llevaría a la meta anhelada. ¿Cuántos eran? No muchos como las hues-tes del averno (Milton, p.109) pero fluía tanta energía en esa concentración humana que podría irradiar a un poblado entero. Ese fue el prólogo para la erección de la futura urbe...

El acontecimiento que precipitó la fundación de una villa en la zona denominada Teusaquillo, fue la muerte del Zipa, porque Quesada se vio compelido a poner orden el caos que imperó luego, y tras el proceso de asentamiento, fiel a la consigna de la Corona ibera de “Fundar y poblar”, con el propósito de regular las relaciones entre el estamento aborígen y el estamento ibero, con la marcada preponderancia del último de los citados y desde luego para facilitar su plan básico que era la obtención de oro, erigió otra localidad. Si bien no existe una fecha formal de la fundación de la que iba a convertirse en la capital de Colombia, el hecho de que fuera el 6 de agosto de 1638, el día que fray Domingo de las Casas oficiara la primera misa, se adoptó como indicio de la formalización de esa zona que se denominó Nuevo Reino de Granada, después Nuestra Señora de la Esperanza y posteriormente Bogotá, un enclave pródigo en recursos naturales, y especialmente con una vista imponente de los cerros denominados luego, Guadalupe y Monserrate que a no dudarlo brindaban refugio seguro contra los vientos. Y tal vez esos dos factores citados fueron primordiales al momento de fijar el sitio en donde se iba a asentar el trámite de la conquista y a continuación el de la colonización. Más tarde cayeron como el rayo, Nicolás de Federmann y Sebastián de Belalcázar para no solo consolidar ese proceso sino también para unirse al conjunto de personas que iban detrás del vellocino de oro. Mas ya eso supera los límites de este estudio.

Para el procedimiento que me he trazado basta lo anterior para deducir que ni social ni mucho menos económicamente los recientes acontecimientos alrededor de la fundación de una villa, fuese en el Caribe o en el interior de una zona que ya se iba a denominar el Nuevo Reino de Granada, iba a constituir un incomparable estilo de palpar la existencia más grata; por el contrario, se iba a trocar en una pesada carga de denuestos y embates para con el indio y desde luego para con el medioambiente ya que de esa heterogénea idiosincrasia, la ibera, no se iba a escapar, por el contrario iba a ser su tártaro en la tierra.

Mas lo anterior no obsta para revelar que a partir de la fundación de Santa Fe de Bogotá, empezó la incubación de los diversos caracteres granadinos —criollos, indios, negros, mestizos, mulatos y zambos— que fueron perfilándose más tarde al mezclarse de un modo caótico entre sí y que se reflejó en aquellas zonas periféricas con más energía que en otros lugares donde también tenían presencia los españoles. En Cartagena de Indias también aconteció lo mismo, pero a diferencia de la futura capital, epicentro de la aglomeración indígena, esta se volvió epicentro tras la aparición del comercio vil de esclavos y de otros trasuntos tan poco benéficos para la raza negra con sus derivaciones raciales luego de la promiscuidad sexual. Y la diferencia entre una ciudad y la otra en ese sentido, estuvo en que la promiscuidad fue más evidente y más patética en la futura Heroica que en la futura capital de la República.

Entonces si en Bogotá se produjo la consolidación de la encomienda por su ubicación central, y por ende espina dorsal del indio, en Cartagena de Indias, por el contrario, se homogeneizó el comercio de negros con destino a la esclavitud.

vitud y por ende la espina dorsal del negro. Esos fueron los principales parajes etnográficos de lo que después se iba a denominar la República de Colombia, que mostraron un aspecto simple, la consolidación de esas dos razas, acontecimiento que ni siquiera Santa Marta pudo exhibir y quedó por eso situada entre las dos.

De todos modos se produjo un revolcón genético en las regiones granadinas y en el Caribe que al conjugarse de múltiples maneras, especialmente con el medioambiente que era salvajemente depredado, caminaban forjándose el complejo hereditario de las disímiles formas del ser ahí del neogranadino en el mundo —raudo hacia la inautenticidad también— y desde esa consideración ontológica es donde hay que percibir la variedad de temperamentos que crecieron en el terruño patrio. Pero la estrella del indio ya estaba casi desalojada de su entorno y nada había que hacer pues lentamente iba desdibujándose del acontecer social y para luego perderse en la manigua de la resignación por su ignorancia, por su desidia, mal entendida como ya lo dije, y por su pobreza.

Yo considero que si bien debía vislumbrar el paraje de Santa Fe de Bogotá para pautar lo relativo a la constitución del ser ahí del indio en su mundo inicial y luego en su ser ahí en el mundo del vencido, por razones de economía me vi compelido a situar también en el paraje de Cartagena de Indias, a fin de pautar lo relativo no solo al negro sino también al indio y desde esas determinaciones históricas, anecdóticas, informativas, etc., abordar el escenario ontológico propicio pues poseyó en su seno a dos sujetos, al indio y al esclavo, y a los restantes, a sus opresores, el amo, el mercader, el colono, el encomendero y a la sociedad cartagenera.

En cuanto a Santa Fe de Bogotá, lamentablemente discuro que por el momento es suficiente su rastreo cronológico<sup>20</sup> y etnográfico y si se indaga por más información no solo existe en cualquier biblioteca y en abundancia sino que también en el primer tomo de esta saga dije un poco más sobre el particular y lo repito, a eso me remito.

¿Cuál fue el mejor personaje como conquistador y como fundador? Salvo mejor opinión en contrario, indico como prefacio que es difícil la elección; es más, las comparaciones son resbalosas, sin embargo como tengo que hacerla, señalaré sucintamente que para mi criterio, lo fue Jiménez de Quesada, por dos razones: primera, le tocó batallar duro

---

20. De ninguna manera es mi intención soslayar aquí la importancia de la futura capital del Virreinato y de la República, ni tampoco que ese fue un lugar en donde el nativo y después el negro en las restantes regiones de la altiplanicie o la región andina iban a estar seguros, no, como primera medida, para los efectos de este capítulo, o sea para hablar del ser ahí en el mundo, en este caso del indio, que ya iba a ser proyectado a otra condición, la de ser ahí en el mundo que ya no era su mundo pero en transición hacia su estatus de vencido a través de la encomienda, conviene enfilear las baterías a Cartagena de Indias, no solo por economía sino porque igualmente era aquel lugar en donde por los datos recopilados se principiaron a consumir con más énfasis las maniobras torticeras de los iberos para que el indio y enseguida el negro asumieran la tétrica condición de ser ahí en el mundo del vencido y que después poco a poco se fue irrigando como una pandemia por el resto de la Nación, como segunda medida en aquel momento la villa de la futura Heroica tenía un perfil más estratégico para los protervos fines de la Corona, dada su ubicación como puerto, aunque paulatinamente Santa Fe de Bogotá fue asumiendo su rol protagónico en el acontecer virreinal y como tercera medida, si me pusieran a escoger entre las dos urbes, diría simplemente que la fundación de ambas en aquel periodo representó una posibilidad concreta de avanzar por el sendero del progreso. Mas conviene agregar que con relación al ser ahí en el mundo y más tarde ser ahí en el mundo del vencido para el nativo y para el negro, ambas se consolidaron cuando formalmente se institucionalizaron tanto la encomienda como la esclavitud... y esos conceptos se ubicaron mejor en Cartagena de Indias, qué triste mérito. Mas Santa Fe será siempre Santa Fe de Bogotá a pesar de sus parpadeos aunque también jugó un rol importante en ese proceso (Nota del autor).

contra el medioambiente y contra un sector de los indios, y segunda, tenía más cultura que Pedro de Heredia. Con esto aclaro, no zanjo nada y la cuestión seguirá latente.

Ahora surgirán nuevas informaciones y noticias alrededor del indio con el propósito de afianzar sus dolorosas determinaciones históricas.

El indio (chibcha como referente) andaba ya disperso como la hoja otoñal que recubría un lado aquí, un lado allá la tierra, una especie de ripio sujeto al vaivén de la brisa, además humillado igual que centinela que encuentra su oficial en pleno sueño y se tiene que alzar semidormido, y de ese modo fue raspado y tachado del diario trajinar.

“¡Ah desheredado aborígen! Con lágrimas que no le servían de auxilio alguno, el firmamento te veía alejarse con ojos nublados, pero no podía hacer nada en tu favor, tan poderosos eran tus enemigos, igualmente lamentó tu hado y esperó tiempos mejores que por desventura no reaparecieron ya que el vestido de la suerte no te volvió a brillar de ahí en adelante” (Anónimo, 2005, p.1001).

En todo caso es puntual afirmar que no era un esclavo en el sentido literal de la palabra, sino un vasallo peculiar de la Corona si se quiere, hasta ahí, y lo mejor pudo ser, repito, pudo ser que había una remota esperanza de que fuera tratado como tal, pero no ocurrió así y las cosas terminaron por donde terminaban las cosas relacionadas con los esclavos en otras latitudes. Mal o peor.

Es más fácil soportar una mala conciencia que una diabólica reputación, decía Nietzsche (Greene *et al.*, 1999, p.76). Y en este caso, la proterva conciencia<sup>21</sup> del ibero desfilaba

---

21. Al pensar dialécticamente acerca de la conciencia humana, especialmente la conciencia proterva del español por estas latitudes hay que aclarar que la misma no era algo rígida e inalterable, sino que era



inadvertida, en cambio la mala reputación del indio, bien como flojo, bien como caníbal o como insolente, esa sí quedaba flotando con irritación en el ambiente. Y a esas tendencias era preciso aplicarle la política del orden y de la jerarquía.

Un tema que poco se ha estudiado acerca de la personalidad del indio, y que por razones de espacio y de contexto, no puedo solventar aquí en su más dilatada variedad, ha sido que no codiciaba nada que no pudiera alcanzar, a contrario del español que reputaba que todo lo podía y lo debía alcanzar.

La crónica de los vencidos en ese ciclo de la conquista tiene aún sus páginas en blanco; basta repasar cualquier texto sobre el particular y se distinguirá que no ha fluido una continuidad entre descubrimiento y conquista y entre conquista y la siguiente fase, la colonización, y por eso se han procurado llenar tales vacíos con mitos, con leyendas y con acomodadas interpretaciones del accionar del ibero y de su contrincante —si es que lo pudo ser, salvo en contados instantes— que germinaron para depurar e igualmente para desorientar. En todo caso y hasta ese tiempo, el comportamiento del español<sup>22</sup>, a pesar de lo acotado, estaba en pugna

---

algo dinámica impulsada por varios grados de desenvolvimiento social y cultural, de manera que la conciencia proterva del ibero en estas latitudes no podía ser cien por cien el reflejo absoluto del mundo humano y solo deberá por ende asumirse como una imagen relativa de ese ciclo cronológico (Nota del autor).

22. Paulatinamente iba adquiriendo el peninsular que llegaba a estas latitudes, la faz de Mammon, el ser más rastrero de cuantos desde el cielo se habían creado, pues principió a esquilmar sin compasión no solo al indio reduciendo aún más su infeliz condición sino que también horadó las entrañas de la tierra y propagó ese nefasto proceder entre los hombres. Fue una especie de segundo tentador de la especie humana por el ejemplo que dio (Nota del autor).

con la incertidumbre y con la irresolución, o sea, todavía no era resueltamente protervo, pero cuando fue pasando el calendario o cuando el sol recorrió muchas veces el zodiaco, e iban fluyendo otros intereses y otro periodo, el de la colonia sobrevino, se inclinó a perpetrar el plan de la Corona<sup>23</sup> con doblez y malignidad sin parangón.

Esa afirmación escuetamente ha mostrado que el nivel de violencia, de depredación y de codicia del ibero iba en aumento tras el final de una etapa y la llegada de la otra; no hubo posibilidad de adelanto en la sensibilidad social en este parte del hemisferio de Colón, pese al esfuerzo de algunos sectores en Madrid —y para eso enviaban visitantes,

---

23. ¿Había un plan de la Corona? Tras el descubrimiento de Colón, en principio la Reina Isabel, tenía en mente un plan para atender la salvación de las almas de los indígenas de este suelo, tal como consta por su testamento, en cambio a partir de Fernando el católico y sus sucesores, ya la mente de los mismos, no estaba encaminada a consolidar ese proyecto, si bien no lo descartaron, se propusieron, en cambio, a instancia de tantos intereses de fraguar un esquema de orden y de jerarquía que facilitase la adecuada explotación y la pertinente expoliación de estas tierras, con el fin de incrementar el patrimonio real y el de aquellos que quisieran involucrarse en la aventura de la conquista y de la colonización o sea aspiraban a extraer al precio que fuera oro y riquezas (Granados, 1966, p. 14). Ese fue el plan que finalmente prevaleció en el seno de la Corona española. Fue lamentable desde todo punto de vista para los intereses incipientes de las Indias Occidentales que la soberana católica desapareciera rápidamente del panorama terrenal, a lo mejor hubiese estructurado un proyecto más consecuente con la dignidad cristiana. Sin embargo prevaleció, o tal vez se asentó con ímpetu tras su partida la codicia, el afán de lucro y los medios ilícitos por doquier. Ese plan —y excusen la reiteración— introdujo cuatro jinetes apocalípticos, la posesión arbitraria, la explotación sin misericordia, el caudal a como diera lugar y la corrupción desenfrenada para sostener toda esa parafernalia delictual. Habría que agregarle un quinto jinete, la necesidad de medrar a expensas del tesoro real, costumbre que se tornó recurrente hasta el día de hoy. ¡Oh necesidad! cuánto espoleas los ánimos aunque a veces acobardas a los cuerpos y los desmayas sin ton ni son, o cómo destruyes la potencialidad del ser humano o cómo avivas el ingenio de los hombres en todas las latitudes para concretar al mal. He aquí otro concepto fundamental... (Nota del autor).

pero eso no servía a la postre para nada— y por parte de los curas, pero también muchos de ellos cayeron en la incuria o en la rutina y tampoco se pudo hacer nada en definitiva. Y eso condujo a esta colonia por el sendero de una agresividad social sistemática y a un conjunto de acciones individuales o conjuntas por parte del español no solo para prevalecer sino para empujar aún más a los nativos.

“No son tan agresivos ni es tanta arrogancia unos vencidos...” Virgilio (I, 525).

Los romanos creían que los dioses guardianes de una ciudad la abandonaban cuando esta caía en manos del enemigo y así lo confirmó Tácito (V 13) al contar la conquista de Jerusalén: “De repente se abrieron las puertas del templo y se oyó una voz sobrehumana que decía: Se ausentaron los dioses...” (Virgilio, II, p.186)... Es de suponer por ende que un pensamiento similar sintieron los indios cuando lentamente dejaban atrás su heredad y se marchaban al exilio adverso... o sea a la encomienda o a la intemperie y además sin el don de la alegría de Baco. Y también sin la oportunidad de “volver el naípe en rueda” (Aleman, II, p.143)...

Hay un cuadro de Paul Klee (1879-1940) que se titula “Ángel Nuevo” o “*Angelus Novus*” y en él se representó de un modo sicodélico a un serafín que trataba de alejarse de algo a lo que miraba desconcertado; sus ojos estaban enrojecidos, su boca abierta, su faz estupefacta y sus alas desplegadas como si estuviera presto a elevarse por lo que veía. Yo ubico esa obra de arte aquí, para dar una imagen de aquel contexto, que estaba divisoando la trágica diseminación indígena, el patético éxodo del indio y ante ese escenario catastrófico, lo mejor era irse de este mundo, desplegando las alas al efecto.

Es de acordar sin discusión alguna entonces que no fue

escrupuloso ni equitativo el destino para con los indios ya que los instó a pagar un alto precio por algo que no habían comprado. Y se arriba de esa manera a la situación paradójica de plantear una novedad histórica que no puede explicarse mediante consideraciones históricas y todo queda como en el aire o como en el limbo.

¿Podía platicarse ya de una victoria cantada a favor del conquistador? Si bien fue el comienzo pues se consolidó con la colonia, indisputablemente que ya había en el cobertizo un *facto* vencedor y un presunto vencido y eso se confirma al dejar hablar a los hechos expuestos aquí y eso ha sido lo que he tratado de hacer aquí...

¡Oh fortuna incierta! ¡Cuántas veces a pretexto de lo bueno, el malo tiene la recompensa del bien cumplido!

“La victoria es más gloriosa para el vencedor cuanto las fuerzas del vencido han sido mayores...” (Boccaccio, 1991, p.44). Pero en este caso esa máxima no encajaba bajo ningún punto de vista porque las fuerzas del nativo, pese a ser numerosas, eran débiles, dispersas y sin una estrategia coherente, y el hábitat se encontraba potencialmente desamparado. Asimismo no había liderazgo. ¿Cómo hizo falta en esta tierra acomodar aquel famoso temple de los neerlandeses que al sacarlo a relucir le opusieron una resistencia tan tenaz a la Corona ibera que la obligaron a negociar bajo condiciones decorosas y por eso Flandes... se mutó en el sepulcro ibérico... en cambio, América, se transformó en la cuna del oro para Hispania...

¿Había en el fondo de todo ese tejemaneje político y social alrededor de la conquista alguna posibilidad de que las cosas resultaren contrarias a lo que estaba aconteciendo o que por lo menos tomaran el giro que habían tomado en otras latitudes, Flandes o Nápoles? No. ¿Por qué? Porque no

existía la axiomática habilidad de avenirse más o menos con el nativo e interactuar como lo hicieron los españoles en la Península Itálica o en Flandes, a pesar de los problemas que tuvieron, y como consideraban a los indígenas seres inferiores pensaron, de mala fe, que era un error enseñarles las ventajas de la civilización para que pudieran emerger sin ayuda de nadie y crear una comunidad próspera. Entonces repararon al indio, como un infeliz vasallo, como un pobre imbécil, o como un enemigo falaz, que solo merecía escarmiento sin apelar ni a la amabilidad, ni a la compasión ni mucho menos a la nobleza o al diálogo. Y desde ese minarete la faz de la derrota hizo su entrada siniestra, para terror del nativo y de paso para la degradación del medioambiente. Pero todavía faltan por acreditar más elementos... para efectivamente interrogar por intermedio de la pregunta o de las preguntas ontológicas e ir luego por cada respuesta o por las respuestas...

Y como el indio vivía esparcido, la intimidación tomaba vigor y la explotación de los recursos de todo tipo que manejaba el español se surtía también cada día con más eficacia. Potencialmente parecía que al aborigen, salvo las excepciones que eran de rigor, le entusiasmaba sentirse mentecato ante el ibero, por lo tanto el artificio del invasor era desenvolverse sutil e inteligente en grado sumo y sacar partido de eso, amén del instrumento de la agresión que era el favorito.

¿Capituló el indio? No. Hubiera sido una salida astuta y habría mostrado talante político, aunque ya se hallaba inmerso en esa vorágine de la derrota... Concisamente no se rindió sino que rápidamente se sometió a los dictados del usurpador y esa actitud no le permitió recuperarse, ni le facilitó los medios para fastidiar, incomodar, o lacerar al

vencedor. Al inclinarse ante el ibero, consintió pues su condición de vencido y tocaba solo esperar clemencia, que no la hubo ni siquiera en la mente de los que se consideraban humanistas de alto vuelo. Pero ¿fluía otra opción?... ¿Considerarse una víctima? Ya dije algo en páginas anteriores y es mejor sostener lo de vencido para no despertar tanta lástima... de ahí que fuese necesario platicar un poco más sobre alguna que otra noticia sobre lo que compuso la estructura del ser ahí en el mundo del indio...

¿Cuál podría ser? Uno de esos ingredientes podría ser la admisión tácita de ser arrojado a un nuevo ser ahí en el mundo dentro de su mundo, tras su pasividad o tras su sometimiento frente a esos hechos...

Un político, el cardenal Metz (1639-1679), dijo alguna vez que los débiles —y en este caso el indio lo era y en grado sumo— nunca cedían cuando deberían hacerlo (Greene *et al.*, p.219) y esta reflexión me insta a discurrir lo contrario a indagar ¿qué hubiera pasado en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, de haberse mostrado todas las tribus que la formaban, refractarias cien por cien con el descubridor, con el conquistador y con el colono? Ni un oráculo podría responder a cabalidad esa inquietud que ya rebasó los límites de la personalidad de cada uno de ellos, mas como ejercicio académico podría inferirse que eso hubiera alertado al foráneo, le hubiera permitido sentirse inseguro y le hubiera proporcionado el desasosiego al futuro accionar sobre todo con suma cautela, y lo más importante, le hubiera instado a negociar con mejores intenciones y con propuestas interesantes... y eso hubiera evitado tanto desmán, tanto desdoro y tanta depredación en esta tierra...

Por ende, el indígena avasallado y subordinado desde todos los ángulos posibles, en medio de una encomienda

que no comprendía, agarrotados sus miembros, lento para la rebeldía, salvo aquellos destellos de insubordinación que la historia conoce esencialmente con relación al indio pijao en esta parte del hemisferio de Colón, no pudo resistir el empujón de la fuerza bruta, y cayó, y por ende el peso de la justicia del más fuerte se hizo sentir y no le quedó otra alternativa que aceptar la imposición de unas reglas de juego que iban contra su manera de vivir e ir poco a poco evaporándose.

Así se concretó el prefacio de la victoria ibera por estas latitudes a través de una ladina institución, la encomienda, que iba en contra de la autonomía indígena —suelto como los indios, reza una canción popular— y que tampoco cumplió el cometido por el cual fue institucionalizada y que no era otra cosa que la reeducación del nativo y su incorporación en la medida de sus capacidades a la nueva vida que se abría, de la eventual mano paciente y caritativa de su encomendero, lo que nunca resultó indudable ni ajustado a la veracidad.

Además y como si lo anterior fuera borroso, el indio se parecía a la higuera, que ha sido la planta menos protegida de la naturaleza, pero, no obstante esta ha conservado con sutileza sus propios medios para subsistir y preservarse de las arremetidas del hábitat, y como aquel, en cambio carecía de espinas puntiagudas para no dejarse dañar, y de una envoltura apropiada para abrigarse semejante a ese soto, el ibero le atacó sin compasión, le pisoteó su dignidad, le manoseó completamente, y lo despojó no solo de su tierra, sino que de esa tierra donde aparecía con placidez también lo iban a lanzar a otra forma de ser ahí en el mundo.

Esas fueron las noticias imprescindibles que se han conocido para vislumbrar la experiencia que le correspondió vivir al indio en su hábitat que ya empezaba a mostrar signos de

desolación y poco a poco fue proyectándose a un mundo distinto, a un mundo en donde prevalecería el dolor, la angustia y la desolación.

Voltaire vivía en Londres en un ciclo en que predominaba un sentimiento antigalo, y cierto día mientras caminaba por la calle, se topó con una muchedumbre que gritaba: “A la horca con el francés...”. Sin perder el ánimo, Arouet, se dirigió al populacho, le pidió calma y exclamó: “¡Hombres de Inglaterra!, ustedes quieren mi muerte, porque soy francés, ¿no les parece suficiente castigo el no haber nacido inglés?”... (Greene *et al.*, p.219)...

¿Una salida parecida hubiera solventado la situación crítica de cada aborígen? No, porque la anécdota que tuvo ribetes retóricos aconteció entre personas más o menos cultivadas y tolerantes y no entre personas de distintos niveles culturales.

Una consideración adicional: Tras estos detalles que referí, fue indiscutible que se mostraron los españoles como amigos de los indios para defraudarlos, como refractarios de los indígenas para hostilizarlos y sacarlos a empellones de su ecosistema y como superiores de los aborígenes para amedrentarlos<sup>24</sup>. En síntesis, la intención era reducirlos al silencio y a la sumisión sin consideración y los pasos que dieron, a manera de principio o del prólogo de su triunfo, no dejaron la menor duda de que eso querían a todo trance. Y de paso se metieron con el hábitat para estropearlo...

---

24. Los indios eran cazados o cogidos como venados, habían algunos que terminaban siendo esclavos, pese a la prohibición de los Reyes Católicos, y en la Nueva Granada, “muchos amos, si ese nombre se les ha de dar, apremian, vilipendian y tiranizan a muchísimos, aunque de la iglesia santa hijos, tenidos por viles e infames esclavos...” (Nota del autor. Véase además: Triana, 2001, VIII, pp.272 y ss.).



Como si fuera escaso lo anterior, la inercia del indio fue dolorosa.

La encomienda, instrumento idealizado desde España para controlar al indio, manejarlo y adecuarlo a la existencia bajo la férula amistosa del conquistador o del colono terminó en un completo fracaso tras ese empeño formal de la Corona sobre el particular y desde esa perspectiva institucional, el cepo de la victoria ibera se iba cerrando sobre el desvalido aborigen. Sirvió, cierto fue, más para las ambiciones del encomendero que para su auténtico objetivo.

La civilización —palabra de la que se ha profanado a diestra y siniestra— ha simbolizado algo supremo, ha personificado lo imponderable pero seductor, y además ha significado lo sustancioso para aprovecharse de las cosas del mundo en beneficio de cada uno, y el modo de actuar sin menoscabo de los demás... No se requieren pruebas de que los españoles desairaron a la civilización de la cual formaban parte, empeñados como se hallaban en una guerra unilateral y sangrienta contra el nativo, y no dejaron piedra sobre piedra en la estructura racial del aborigen y tampoco dejaron en pie una sola columna de su hábitat social, y por ende revelaron que se encontraban incivilizados... en comparación con los griegos de antaño que se portaron mejor ante sus enemigos, y por eso fue proverbial, por ejemplo, cuando Atenas cayó y Esparta se preparaba para la destrucción final, uno de sus habitantes recitó un trozo de Eurípides y los espartanos al oír esas conmovedoras estrofas declararon al unísono que jamás debía ser devastada la ciudad que había dado semejante poeta... (Hamilton, p.102)... Eso es civilización.

Es innegable que al partir de la percepción de la condición de ser ahí en el mundo del vencedor del conquistador —eso no requería de mayor información— poco a poco se fue

incrementando la medida para consolidar la nueva condición del ser ahí del mundo del indio y más tarde de la del negro también, para dar el salto a la triste condición de ser ahí en el mundo del vencido, de ambos, una especie de interrelación étnica, unidos por el sufrimiento.

El periodo de la conquista, dejó escasos beneficios, quizá la fundación de villas y el descubrimiento de nuevos territorios en el interior de lo que hoy es Colombia —y también en otras latitudes del Nuevo Mundo— y eso mejoró el ambiente de progreso material ya que venía en ancas, igualmente fueron patentes, pero el mal que causó no tuvo parangón con ese provecho social que en definitiva fue para España pues sustrajo todo lo que en ese nativo podía tener un valor, incluida su tierra<sup>25</sup> y desde el perfil del descubridor, primero, como artífice del sentido del ser y luego desde perfil del conquistador más tarde como artífice de la constitución de ser ahí pero en otro mundo, todo empezaba a desmoronarse y lo que vendrá a continuación será peor, arribará el colono con su carga de profundidad definitiva para rotular de un modo radical al nativo como el ser ahí en el mundo del vencido y esta vez al lado del negro que se iba a convertir en esclavo.

Es hora de aclarar lo siguiente para que se comprendie-

---

25. ¿Cómo se devastó al medioambiente? Desde el descubrimiento y en pos del oro y plata, perlas y otros menesteres, los iberos desarrollaron una especie de plan “Atila”, o sea de tierra arrasada, ya que por donde pisaban, horadaban la misma y después se iban, quedando en ruinas, lo mismo pasaba con la tala de árboles y otras actividades con relación al cultivo de la heredad, o sea no respetaron la ancestral práctica nativa sobre el particular y de esa manera poco a poco los recursos naturales fueron mermando. Si en la actualidad, o sea 2015, se quisiera estudiar la razón por la cual el hábitat se halla como se halla, entonces habría que retrotraer la mirada en el tiempo y avizorar estos dos procesos y los restantes a efecto de concluir que se están pagando las consecuencias de tan estúpido atropello (Nota del autor).

re el carácter de este proceso fenomenológico/ontológico. En el primer capítulo toqué el ítem del descubrimiento de América y sus antecedentes, con la finalidad específica de tropezarme más tarde con el sentido del ser, de lo que “es” y cómo cuajó en el horizonte a través de los diversos sujetos activos: los Reyes Católicos, Colón, sus secuaces, el indio y el medioambiente... y lo encontré por intermedio de la temporalidad y de la espacialidad, dos magnitudes que me sirvieron para comprobar que ese “es” y que después fue, fenomenológicamente hablando, sucedió en 1492 y tuvo como escenario la Península Española y el Caribe en el futuro Nuevo Mundo. Desde ese perfil, puedo proporcionarle una forma ontológica más tarde al ser, a esos sujetos, Colón/ descubridor, y el indio/ descubierta, para abreviar, como ser ahí en el mundo cuando lo constituya, habiendo dado el paso de saber cuál era el sentido de ese ser.

En el segundo capítulo traté el ítem de la conquista con la finalidad específica de tropezarme no ya con el sentido del ser, sino tropezarme con algo más definido, la constitución del ser ahí en el mundo de cada sujeto que intervino en ese proceso, o sea el conquistador y el indio, y más tarde con el negro. La constitución del ser ahí en el mundo, exigía como requisito previo, tener el sentido a la mano, para posteriormente ir tras los hechos, en forma de exégesis histórica, noticias, informaciones, preguntas y respuestas, máximas y anécdotas, reflexiones, a efecto de cuadrar ese engranaje ontológico conducto de los conceptos fundamentales y de los hilos conductores: la forma específica de ser ahí en el mundo. El descubridor/conquistador ciertamente fue un ser ahí en su mundo, como extraño/como conquistador/fundador y como vencedor, tres etapas que se irán decantando aquí, mientras que el indio, al consolidarse el descubrimien-

to y hallarse frente a una situación diferente, su anterior ser ahí en el mundo ancestral, rápidamente se trocó en otro ser ahí en el mundo, en un mundo diverso que le instauró el usurpador/descubridor y más tarde conquistador/fundador pero todavía no había sido eyectado —una palabra clave— a su condición final, la de ser ahí en el mundo pero del vencido cuando ya el conquistador había llegado a su etapa de ser ahí en el mundo del vencedor. Lo mismo aconteció con el negro como se verá más adelante.

Resta por ende no solo adecuar y confirmar la forma de ser ahí en el mundo del vencido a cargo del indio, del negro y eventualmente del cura, del ibero y del criollo, a través de los parajes que se han ubicado convenientemente en los ítems subsiguientes, con los hechos típicos o atípicos que acaecieron y que lo justificaran o no, sino decisivamente llegar a la conclusión de que será posible establecer, al margen de las respuestas ontológicas que se surtirán frente a las preguntas esbozadas en el Proemio, si se consumó ese ser ahí del vencido, bien porque desapareció esa lacra que lo puso en esa forma, bien porque se sacudió de ese sambenito cada uno de esos actores, bien porque sobrevino la parca, que es la que normalmente consume a cada ser ahí en su mundo cotidiano, y ¿cuál ha sido la razón, si la hubiere para que subsistiera esa forma de ser ahí en el mundo del vencido en el caso de demostrarse palmariamente que esa triste condición aún subiste entre sus herederos?

¿Cuál es la razón de todo este dispositivo? Descansa en la necesidad que tuve desde el principio de volver la espalda a lo recibido, sin fórmula de reparo, o sea admitir lo recibido una vez se agoten estas pautas a efecto de producir un enfoque nuevo que valiere por su propio contenido y por

su fuerza de convicción en contraste con la seudotradición sobre el particular, la cual ha escamoteado la novedad de los procedimientos históricos de comprensión del pretérito desde el sentido del ser hasta la consumación del ser ahí en el mundo, disolviendo estos aspectos en las nubes de la confusión, del autoritarismo y del dogmatismo...

Tres momentos. Ya el lector habrá avizorado dos superficialmente; quedará el tercero en el tintero para que finalmente evalúe la pertenencia de esta táctica.

Finalmente: ¿Qué garantía hay de que el sentido del ser ahí y la constitución del mismo se surtieron? Al decantarse simplemente revisando el contenido de cada concepto fundamental, hilo conductor y palabras clave, para asentir que fueron los soportes hermenéuticos y ontológicos de este capítulo.

### Tip/Ten<sup>26</sup>

**Palabras clave:** Eyectar. El ser ahí en el mundo. Indias Occidentales. La conquista española. El conquistador. El fundador. Igualdad. Superioridad/inferioridad. Aventureros. Taironas y Chibchas. Corona. Carlos V. Nuevo Mundo. Europa. Analítica existencial. México. Intelecto. Madrid. Nueva Granada. Resignación atávica. Región Caribe. Región Andina. Mediambiente. “El Dorado”. Flandes. Nápoles. Metáforas. Religión.

---

26. Si el lector ha captado los alcances de esos datos finales —palabras clave y conceptos fundamentales e hilos conductores— puede seguir al otro capítulo, de lo contrario deberá retrotraer su mirada al primero o segundo capítulo o releer el contenido del material para mejor proveer sobre los propósitos ontológicos que animan a la obra y los objetivos de estas glosas o ayudas de texto (Nota del autor).

**Conceptos fundamentales:** Ignorancia. Ausencia de sentido político y económico. El ser ahí en el mundo. Indiferencia. Necesidad. Arco y flecha. Ignorancia. Progreso. Hábitat. Pereza. Incultura. Agresión. Moderación. Jerarquía y orden. Oro y plata. Pasiones. Razón e inteligencia. Homosexualismo. Depredación. Sumisión/dominio. Civilización. Antipatía. La encomienda. Resentimiento. Violencia. Maltrato. Superstición. Prevención social. Dogmatismo. Hernán Cortés. Pedro de Heredia. Gonzalo Jiménez de Quesada. Alonso de Ojeda. Juan de la Cosa. Nueva Andalucía.

**Hilos conductores:** Agresión/castigo. Ardid. Hipocresía. Sentido común. Disimulo. Provecho económico. Cosmovisión indígena. Dominación/subordinación. Superioridad/Inferioridad. Explotación económica. División social. Plan de la Corona. Malicia indígena. Mano dura. Elementos sociales. Discriminación sexual. Amancebamiento. Esfuerzos/penalidades. Violencia sexual.



## Capítulo 3

### EL COLONO

#### EL ESCLAVO/NEGRO Y EL INDIO:

#### EL TRÁNSITO DEL SER AHÍ EN EL MUNDO AL SER AHÍ EN EL MUNDO DEL VENCIDO. PRIMICIAS FÁCTICAS

¿Cuándo concluyó el proceso de conquista<sup>1</sup> y principió

- 
1. Uno puede señalar que al irse los últimos conquistadores para España en busca de otras autorizaciones o prebendas, ese proceso llamaba a su fin, y es factible considerarlo de ese modo, pero también hay que tener en cuenta que un indicador peculiar lo fue también el desplazamiento del indio no solo de su hábitat sino de los centros de acopio, producción, recolección o cultivo y su remplazo por una mano de obra más activa, en la que ya jugaba un rol importante el negro, el mestizo y más tarde el mulato. La conquista sirvió pues para acorralar primero y acabar después con el nativo y la colonia más tarde sirvió para asentar a los extraños llegados de afuera y a los propios que eran producto de la mescolanza racial. La colonia fue el “Ábrete Sésamo” para un enfoque social diferente y para enrumbar al Virreinato por otra senda, desconocida y poco fiable. Si el león hubiera acariciado al cordero, de seguro, este no cesaría nunca de seguirle, pero como sucedió lo normal, o sea lo contrario, era evidente que ese proceso empezara su marcha por donde no debía y alejado de quien debía escoltarlo, pues era su hábitat el que estaba de por medio. Desde un matiz sociológico la divergencia fundamental entre el descubrimiento, la conquista y la colonia, residió básicamente en dos ítems: que el descubrimiento y la conquista fueron ejercicios coyunturales sobre el camino, con poco tiempo para realizar a cabalidad ambos procesos-sucesos, y en cambio la colonia fue una larga tarea, un ejercicio de premeditación alevosa para sacar partido económico la mayor parte del tiempo que fuera posible, merced a la docilidad o a la resignación de sus habitantes, de los recién incorporados por la fuerza, como esclavos y de la bondad de la tierra. Hubo en todo caso una articulación que le dio contenido a la pura forma de esos procesos, la colmó y facilitó además las distintas denominaciones y diferencias en el marco de lo común que manejaba cada trámite y de la escasa oposición que generaba (Nota del autor).



el proceso de colonización —a menor y más tarde a gran escala— del territorio de la Nueva Granada? Una pregunta compleja pues de modo fehaciente no hay una fecha que permita vislumbrar cuándo aconteció lo uno y cuándo fue remplazado por lo otro, pero eso no obsta para indicar que en ese *interregno* las agresiones de toda clase seguían constituyendo el pan de cada día, sin que importara la aparición de un nuevo proceso, mas se puede señalar que desde el momento en que llegaron los primeros esclavos a Santa Marta en el horizonte se avizoraba una transformación radical del trámite iniciado por Colón.

Es naturaleza común de las cosas temporales —decía Dante— que una arrastre a la otra y de ahí que los intereses de una casta conduzcan a otra instancia más propicia o menos admirable en busca de los vanos honores circunstanciales a los oficios remunerados sin mirar de dónde había salido esa pretensión y a dónde iba a dar rienda suelta. O sea que el conquistador cedió su turno al colono sin más y les acompañó tanto la fortuna que ambos hicieron los que les dio su real gana (Boccaccio, p.55).

Es preciso señalar por ende que los componentes que en capítulos anteriores reseñé alrededor de la analítica existencial para hacer accesible al ser, en su sentido y luego constituirlo como una de las formas específicas, la de ser ahí en el mundo del vencedor tanto para el descubridor como para el conquistador y del ser ahí en el mundo del indio, lo omitiré aquí y en lo posible lo aplicaré por analogía o que se deduzca desde ese mecanismo, y forjaré en cambio algo con más énfasis en la nueva situación social que se desprendía tras la presencia de un personaje traído a la fuerza desde tan lejos y que iba también a acompañar al nativo en su pesaroso peregrinar por este valle de lágrimas, y además

de sangre para los dos; de ahí que deba acudir a relatar los antecedentes de una lóbrega institución que proveyó la consumación del sentido del ser ahí en el mundo del vencido de aquel desheredado sujeto, que llegaba a esta tierra, y cuyo único pecado era el color, pues por lo menos el pecado del indio fue la ignorancia, pero aquí era peor, ya que concurrían esos dos punzantes factores —ignorancia y color de la piel— y de ahí que dejaré que la necrología de tipo periodístico, o sea informativo o noticioso, sobre este tópico fluyere como un río próximo a desembocar en el ancho mar... de los vencidos...

Mas antes que pondere las cuestiones de hecho alrededor de ese proceso, es exacto afirmar que desde el momento en que se institucionalizó la colonia, se comenzó a perfeccionar la constitución del ser ahí en el mundo del vencido, tanto para el indio como para el negro básicamente. Y esa constitución ya formalizada del ser ahí, en el mundo de cada uno para eyectarse luego en un ser ahí en el mundo de los vencidos significaba los pasos factuales que tenía que ejecutar el ser ahí en el mundo del vencedor, para acoplar al indio y al negro a ese ser ahí en el mundo pero del vencido, como su antípoda. Esta idea parece muy natural, porque existe la impresión general de que todo es lucha de contrarios y que frente a un vencido tiene que haber un vencedor, y esa consideración dialéctica lo constriñe a uno a dirigirse a determinada ruta y arribar luego a la meta. Si bien eso es cierto, también es verídico que serán los hechos, o sea la parte material que se verterá a continuación —exégesis histórica, relatos de la tradición, preguntas y respuestas, notas estadísticas, informaciones, noticias, máximas y reflexiones o anécdotas—, la encargada de confirmar esa apreciación

formal del contexto que se reflejará en los conceptos fundamentales y en los hilos conductores.

Conviene no olvidar en todo caso que la naturaleza del mundo nunca impulsó ni al indio ni al negro desde sus ecosistemas a dar y a tomar las cosas de un modo específico, sino como vinieren y por eso muchas veces en tales momentos adoptaban la posición de ciervos y permitían que el extraño tensara su arco y se saliera con la suya, y aunque mediaba una diferencia entre ambos personajes subyugados y era que desde épocas inmemoriales el negro conocía el artificio humano pero no se hallaba en condiciones de sustraerse a su maléfico sortilegio, en cambio el indio con plena buena fe o sea con ausencia de malicia en muchos casos, reverenciaba a tal grado a la opresión sin saberlo, que parecía un cordero suplicando al matarife.

La estructura básica de la vida fáctica —dijo Heidegger—<sup>2</sup> y en este caso como se está mirando al mundo que quedó atrás para ponerlo delante fenomenológicamente hablando era la del indio, la del ibero y a continuación la del negro, y esa estructura descansaba en el cuidado (*sorge*) que envolvía una cierta sensatez en cada uno de ellos, sin olvidar lo que se ha expresado, pero como cada individuo se hallaba ocupado en sus afanes —un género corriente de estar en el mundo o de ser ahí en el mundo— omitía ese cuidado y se producía por ende la caída, puesto que se encontraba atorada tal existencia en una tradición y en unos hábitos que no correspondían a la esencia del hombre<sup>3</sup>. O sea no se había

---

2. Moran, 2011, pp.215 y ss.

3. Desde una perspectiva filosófica puedo afirmar que el ser de la persona humana no se ha podido reducir a la de un sujeto racional cien por cien conforme a unos parámetros específicos ni tampoco a una

respetado la disposición práctica de la existencia que era el cuidado o la medida y por eso el mundo está como está, carente del “cuidado” ineludible para no despeñarse en lo inauténtico —la seudotradición, el prejuicio, la ignorancia, la superstición, el dogmatismo, la estolidez— y eso tuvo que ocurrir en ese pretérito por parte de cada uno de esos sujetos con mayor énfasis en el indio y en el negro, por razones de fisonomía cultural y por razones de formación pedagógica en el sentido europeo de la expresión sin marginar lo que dije metafóricamente.

Desde luego que la muerte ha sido y será una característica cardinal de la vida fáctica en debida forma, su consumación letal, o sea con o sin el cuidado de rigor, pero desde tiempos inmemoriales se ha encubierto esa cotidiana realidad por los intereses mundanos, sin que fuese un obstáculo en cada uno de los seres humanos para que concurriera en cualquier momento el fin de la temporalidad de las cosas de la naturaleza pero qué plausible sería irse del mundo con la frente en alto o de pie como deseaba Víctor Hugo.

Eso se llamaría el desenlace del ser ahí en el mundo, en

---

sustancia o a un objeto, pues ha sido algo distinto a todas las cosas de la naturaleza, ha sido y será un ente vital que ha manejado una capacidad ilimitada de producir actos vivenciales, a través de la voluntad, y de vivir las experiencias de todo orden a través del yo soy o del yo pienso, aunque para un buen sector, la esencia del hombre ha sido desde el comienzo atípicamente divina conforme al precepto bíblico (Gen 1, 26) y desde ese perfil su esencia sería muy próxima a la realidad/nada de Dios. ¿Realidad/Nada = Dios? El maese Elkhart dijo que Dios era igual a la Nada como lo contrario de Todo, pues si era todo tenía límite, en cambio la Nada desde ese aspecto carecía de límite y era infinita e inabarcable, atributos del Todopoderoso. Hay de todas maneras que echar una mirada a lo primordial de tal afirmación que proviene del Medioevo y abrir los ojos en pos de un nuevo comienzo sobre el particular, ya que el tema lo justifica (Nota del autor. Véase además: Heidegger, pp.60 y ss.; Safranski, pp.61, 230 y ss., 261 y ss.).

su propio mundo, o en su mundo labrado inauténticamente, elementalmente, o sea por la caída de la estructura fáctica. No obstante si se hubiera tenido el cuidado que reclamaba Heidegger, el hombre no es que hubiera podido sustraerse a ese sortilegio sino que hubiera vivido su vida acorde a unos parámetros en donde lo auténtico prevaleciera por encima de todo —o sea Yo, Tú, la familia, la tradición bien entendida, los valores, la virtud, la religión y la cultura— y de esa manera el traumatismo de ser ahí en el mundo en forma inauténtica no habría acaecido.

Eso podría reputarse, salvo mejor opinión en contrario, como una segunda caída o como una nueva expulsión del Edén, por no hacer caso a las recomendaciones, ya no de Dios, sino de la naturaleza de las cosas, que ha sido la sustituta de su voluntad.

Las guerras, la desolación, el crimen, el vicio, la angustia, el aburrimiento y la insatisfacción generalizada entre los hombres ha sido fruto de que su ser ahí en el mundo desde tiempos inmemoriales ha desfilado en medio de la inautenticidad más terrible y por eso se ha sentido íntimamente como un hombre que camina a tientas sobre una cuerda floja, delgada y muy alta, y sin embargo ese riesgo no le constriñe a velar o a precaverse sino por el contrario a arriesgarse sin ton ni son. La guerra y la disensión han sido —específicamente hablando— las dos cuerdas por donde la humanidad ha recorrido buena parte de su trecho histórico.

Si se me pidiera a mí que indicara el periodo de la historia durante el cual la condición de la raza humana fue más auténtica, sin dudarlo diría que el que transcurrió desde la muerte de Domiciano a la entronización de Cómodo... y durante ese ciclo el cetro pasó de Nerva a Trajano, Adriano,

Antonino Pío, Marco Aurelio y Cómodo...<sup>4</sup> o sea que muy poco ha vivido el ser ahí en el mundo de un modo auténtico.

¿Cómo encaja ese punto de vista aquí? Muy sencillo. Ninguna de esas personas, el indio, el ibero y luego el negro fueron auténticas cuando les correspondió ser ahí en el mundo, en su mundo, porque se encontraban taponados todos por la cotidianeidad, en la medida de su hábitat y eso les impidió atisbar lo legítimo. Pero antes de que la temporalidad de la vida acabara con la estructura fáctica de ese ser ahí en el mundo y aquí me refiero solamente al nativo y al negro, aconteció algo que los sacó de su rutina, bien el descubrimiento, bien la conquista o bien la colonia, y bruscamente fueron acarreados a otra forma de ser ahí en el mundo, también inauténtica pero que rápidamente iba a adoptar una designación patética, estar ahí en el mundo, no obstante en el mundo de los vencidos, antes de que la inexorable guadaña hiciera mella en sus existencias, o sea que si al comienzo llevaban los dos sujetos, el indio y el negro, y desde luego el ibero también, mas aquí no interesa, el peso de su inauténticidad, ahora ese peso se había duplicado o elevado a la enésima potencia.

Entonces la apropiación crítica que procuraré llevar a cabo con cautela y de forma subsidiaria, porque no podré confinar la apropiación científica que ha sido la base del andamiaje fenomenológico, será por ende y tras desocultar lo inauténtico que había sido el indio por los factores que indiqué en los capítulos anteriores, ahora nuevamente por conducto de un vademécum de exégesis histórica, de metáforas, de la suma de noticias, de un conjunto de infor-

---

4. Howatson, 1991, p.49.

maciones, así como las preguntas y las respuestas cuando fueren de recibo en este ítem o en cualquier otro, los datos estadísticos, las máximas y las reflexiones al lado de un cúmulo de anécdotas intentaré desocultar también las causas por las cuales cayó el aborígen antes de lo inexorable, la parca, como ser ahí en el mundo de los vencidos, otra condición inauténtica, y revelar de esa manera que el indígena vivió dos inauténticidades, una desde su perfil autóctono y otra desde su perfil a la que fue arrastrado. El primer perfil fue obra de su pasado, de su ancestro, en cambio el segundo perfil fue obra del opresor español desde el descubrimiento hasta la conquista y hasta más porque su pasividad o su indolencia suministró el combustible para que la llama de la opresión siguiera ardiendo. En igual sentido aludiré al negro pero tendré que presumir su inicial inauténticidad porque es imposible seguirle su rastro ancestral aunque debió ser igual o peor que el nativo y con este personaje también se advertirá la inauténticidad producto de un tercero para caer antes de lo ineluctable, como un ser ahí en el mundo de los vencidos.

Hay que recordar desde ahora a la esclavitud como el género por excelencia de la sumisión, el carburante, pero el énfasis será en sus derivados, la encomienda otra vez —si bien en sentido estricto no era esclavitud— y al palenque —refugio de libertad tras la esclavitud—, parajes que permitirán apreciar y al lector tasar, a ese ser ahí del vencido en plena efervescencia y en pleno calor. Con relación al español lo que he expuesto y lo que expondré serán sus acciones inicuas unas, lóbregas otras, regulares un poco y escasas las buenas pero que valieron para apuntalar la constitución de ser ahí en el mundo del vencido del indio y del negro. ¿Merecen un reproche por esa conducta? Hay dos preguntas sobre

el tintero, al final se responderán de un modo u otro si bien puede parecer después de la lectura de los dos capítulos anteriores, que me anticipé en las respuestas, mas es mejor esperar al curso de los hechos, que entre otras cosas, era en lo único en que creía Miguel Ángel.

### **Primicias fácticas**

¿De dónde nació la genial ideal de la esclavitud? Gracias a un apóstol, sí, al apóstol de los indios, Bartolomé de las Casas (1474-1566), quien por defender la integridad de sus indefensos pupilos, exhaustos por el peso del trabajo en las minas y en otros terrenos, sugirió la posibilidad de “importar una raza fuerte” para ese tipo de faenas, arduas de suyo, y entonces el remedio se convirtió también en otra enfermedad —y peor— para la América hispánica. Si ya la encomienda era un problema para el indio y para el encomendero que no sabía sino expoliarlo sin compasión, la presencia de un foráneo, el negro, con escasa o nula cultura o zafio, en estas latitudes lo que iba era a empeorar el ya apolillado campo social.

¿Desde cuándo la sociedad humana podía tener el derecho de hacer sufrir a sus miembros en un caso como este de irracional imprevisión o de impía previsión y de apoderarse casi que para siempre del pobre hombre que cayera en sus fauces en virtud de una salida política, de una excusa social o del exceso de trabajo de otro hombre más débil? Al tener esa licencia, se hizo responsable de su suerte, y a no dudar lo algún día esa sociedad, llámese ibera, francesa, inglesa, lusitana, e incluso granadina, será llamada a rendir cuentas porque no hubo un equilibrio entre el mal que le causó al esclavo, y el bien que había recibido de sus manos encallecidas por el dolor, por el sufrimiento y por la carga laboral que ejecutaba contra viento y marea.



La cólera del destino algunas veces ha podido ser absurda, y el hombre ha podido irritarse fácilmente pero no se ha de indignar cuando ese destino tuvo razón en el fondo al ajustar los tornillos a esa comunidad de personas, que solo había conocido una fisonomía risueña y complaciente y que ahora sentía el rigor de la justicia cósmica.

Los hombres no se han tratado más que para maltratarse<sup>5</sup>.

Cuando el territorio del Nuevo Mundo se desarreglaba, cuando el conquistador reinaba como amo y señor de todo, cuando sus subordinados indígenas caían consumidos por la fatiga de las diversas labores para las cuales no se hallaban preparados es lógico aceptar que una insinuación como la De las Casas, y de esa índole no podía caer en un sitio estéril y muy pronto esa cuestión fue planteada al más alto nivel en la Corona ibera, y sin que mediara un componente intelectual en la discusión sobre la conveniencia o no, de tal estrategia, se autorizó la trata o comercio de negros y por ende, se introdujo con eso un elemento más al caos de la barbarie que por estas latitudes ya concurría.

O sea, se iba a ampliar el abanico de la expoliación humana y de la explotación sin cuartel de los recursos naturales.

Se cuenta que una vez, el capellán del rey de España, Carlos II (1661-1700), llamado el Hechizado, hijo de Felipe IV y de Mariana de Austria, le entregó al monarca en Madrid unos papeles o escritos/denuncias por unos frailes que acababan de llegar de América, desterrados por “indeseables”, y como lo que consignaron en tales documentos era algo delicado y grave le instó a preguntar al Consejo de Indias sobre

---

5. Hugo, p.91.

“la conveniencia de tener negros en América, si había habido junta de teólogos para reconocer la licitud de comprarlos por esclavos y hacer asiento de los mismos y si había autores que hubieran escrito sobre el tema...” (Triana, VIII, p.271).

La réplica como es obvio suponer, no se hizo esperar, y los distinguidos miembros de ese consistorio asesor redactaron una densa y erudita síntesis donde aludían que muchos autores de renombre habían escrito sobre el particular, y citaron entre otros, a Don Antonio de Herrera, y a Don Tomás Sánchez, “o sea a los que de un modo u otro sustentaban que la esclavitud africana era un mal necesario para el sostenimiento de las Indias” y que además “el conducirse negros a la América no solo es conveniente pero necesario porque con la falta que hay de indios en lo principal de América, los negros son los que labran las haciendas sin que se puedan labrar ni se labren por españoles, así porque estos no se lo aplican ni se han aplicado nunca... Se ha tenido tan necesaria la introducción de esclavos negros que aun en el principio del descubrimiento y reducción... que en el año de 1510 se mandaron varios esclavos por el poco espíritu y fuerza de los indios...” (Triana, VIII, p.272). O sea, la escasez de indios, ya en vías de extinción o de merma sustancial y enclaustrados además en una encomienda, requería de la importación de negros para la buena marcha del reino... y de ese modo se eliminaron los reparos de conciencia en la corte.

Los pesares iban a aumentarse considerablemente para alegría del averno...

¡Qué arrogancia y que frenético sentimiento de superioridad se percibían con aquellas palabras despectivas! ¡Qué sonora altivez se aludieron con ellas! ¿Eran acaso las expresiones de un pueblo místico escogido por Dios para ejecutar sus fines en esta parte del globo? —Dios da a todos un auxilio

suficiente para obrar bien, dijo Luis de Molina— pero “el hombre después lo hace o no lo hace eficaz...”. Desde ese entorno, Dios “no tiene la voluntad absoluta de que existan actos pecaminosos, sin embargo tiene voluntad absoluta para permitirlos sin problema concurriendo a través del conocimiento general e indiferente al acto pecaminoso por la voluntad libre y desobediente del hombre...” (Jover, I, pp.184 y ss.) y de esa manera todo quedaba mimetizado...

La construcción teórica sirve aquí para explicar o hacer inteligible los hechos ya registrados, de manera que se pudiesen comprender para explicar posteriormente esos eventos con meridiana claridad. Dos palabras clave: Comprensión y explicación, aunque no deben tomarse con excesiva rigidez pues se corre el riesgo que se perdiera la conexión predictiva entre los mismos, de ahí que una vez que se hubieren surtido los procedimientos descriptivos, dialécticos, hermenéuticos y ontológicos que le fuesen propios, de acuerdo a la tradición que se haya adoptado, la aristotélica, finalista, o la galilea, típicamente mecanicista o causal y aunque aparecieran distintas en el fondo encierran la misma perspectiva<sup>6</sup>, se pudiese asomar la verdad... Y puedo manejar cualquiera de las dos tradiciones si bien puedo además caracterizarme por un Positivismo clásico<sup>7</sup>.

Y de esa manera, contemplando el escenario se percata uno de que el poder sobre la vida humana y sobre su discurrir en esta parte del hemisferio de Colón dependía no de la voluntad del Creador, sino de la voluntad del poderoso, en este caso del español que la convirtió en pauta de acción para conservar por encima de los demás sus privilegios e

---

6. Von Wright, 1997, pp.17 y ss.

7. Von Wright, pp.21 y ss.

incluso desdeñando las eventuales admoniciones de los ministros de Dios... A eso se contrajo la construcción teórica que orientó este libro, desde su Proemio.

Con otras palabras, simplemente el ibérico podía con un chasquido de los dedos hacer morir o dejar vivir al indio mientras en ese *interregno* infernal, la Corona española abría otro frente de indignidad: la esclavitud. Si por lo menos aquel español venido desde tan lejos hubiera causado solo dolor, pues era una aventura, y de riesgo, pero lo grave fue que tanto el descubridor, especialmente tras el segundo descubrimiento, luego el conquistador y a continuación el colono, en las figuras clásicas del encomendero o del amo, se ensañaron con sevicia, con premeditación y con alevosía en provocar y dilatar el dolor y el sufrimiento del indio y después del negro y de todo aquel inferior que caía en sus garras, y confirmaba que se hacía su voluntad sobre aquello que dependiera de su persona, por encima de cualquier consideración, y entonces en esos momentos lóbregos, parecía cada uno que trincharan manjares no con destino a los dioses sino con destino a los guardianes del averno...

¿Qué aconteció tras el dictamen de los expertos? Que el rey, al hacer eco de esa recomendación, que a su turno venía atada por la opinión “docta” de los colonos de que “un negro trabaja lo que tres indios juntos...” expidió la Real Cédula fechada el 12 de octubre de 1683 por medio de la cual se dispuso que en las Indias Occidentales, las audiencias y gobernadores pusieran empeño “en el buen tratamiento de los esclavos...” (Triana, VIII, p.273) para que se pudiera racionalizar ese trabajo con un nuevo personaje y rindiera conjuntamente sus frutos. Pura formalidad.

¿Se optimizó el estatus del negro tras esa orden regia, y se puso remedio además a la sevicia y a la crueldad de los patrones contra el infeliz indio? Las respuestas hasta el hom-

bre más ingenuo del mundo las sabría sin tanto esfuerzo. No.

En efecto, esa disposición en vez de morigerar los frutos letales contra el esclavo/negro y dejar quieto al indio, lo que fraguó fue doble negocio, y un fruto nocivo, pues una especie de represalia o de embate se desató contra ambas especies humanas y no solo se incrementaron de hecho las agresiones por parte de los amos y de los patronos/encomenderos, una especie de declaratoria de guerra racial, sino que principiaron las autoridades iberas de cierto nivel a poner talanqueras y diques a la presencia de los frailes en esta parte del hemisferio especialmente capuchinos, porque no tenían reparo en llevar las denuncias hasta Roma por ese maltrato sistemático a esas etnias, lo que causaba incomodidad oficial, y entonces el escenario de ultrajes, de ignominia y de revancha se acrecentó de un modo notorio. Otra vez hay que señalar que el remedio resultó peor que la enfermedad (Triana, VIII, pp.273 y 274) y tanto el negro como el indio sufrieron sus adversas consecuencias, y el medioambiente en idéntico sentido.

La Corona española descuidó desde el comienzo del proceso de la conquista —y eso se acrecentó tras la colonia—, indicar con meridiana claridad la iniciativa o el conjunto de iniciativas que se debían implementar en el Nuevo Mundo para darle viabilidad a su política de orden y de jerarquía y por ende al carecer los conquistadores, y luego los colonos, de unos parámetros mínimos sobre el particular, obraron a su arbitrio o conforme a sus ladinos intereses en perjuicio del indio, del esclavo y del hábitat. Mas durante la colonia conviene aclarar que habían protocolos regios a los que debían sujetarse tanto la autoridad como el amo o el encomendero, pero de nada servían pues eran letra muerta. Este es un concepto fundamental en el ínterin de este capítulo.

Una explicación podría resultar lógica aquí: Había un problema de comunicación entre la metrópoli y las Indias Occidentales, dada la distancia sideral, y la logística sobre el particular era deficiente y parapléjica. Por eso en muchos casos, la gracia llegaba tarde, o sea después de la ejecución. Además, como militaba en Madrid una fronda burocrática espantosa, y como muchos mandaban a nombre de fulano de tal o de este personajillo de bragueta, y por eso le respetaban sus decisiones, al final todo parecía como si eso fuera obra de un ministro o de un valido hábil que estimulaba a los súbditos del rey y luego aparentaba que los reprendía, cuando se excedían o cometían desafueros, y eso ocurría casi siempre cuando el fisco estaba de capa caída y requería de más recursos. Y las Indias Occidentales, más concretamente la Nueva Granada, era una colosal mina de oro...

Ahora bien, ni la Corona ni Colón esperaban toparse con el indio, esperaban otra cosa, y en vez de adecuar una reacción pertinente, lo que hicieron después fue desconocer esa contingencia y actuar cada uno desde el nivel de su competencia según el momento y eso perjudicó el contexto de la gesta... que pudo ser fenomenal en grado sumo, igual las dos instancias siguientes, la conquista y la colonia.

Entonces al ocuparse la Corona, Colón y posteriormente sus epígonos con semejante carga sin saber si era viable soportar, y sin recursos prácticos a la vista para poner en orden sus ideas de lo que se iba a hacer en esta tierra, se vieron compelidos a tratar de rectificar la política global con los indios, imponiendo la trata de negros en forma de esclavitud y con eso la Corte ibera entendió que tras esa operación burocrática al indígena americano le iba a ir mejor que antes. Igualmente conceptuaron allá en Madrid, los funcionarios que los dictámenes, las ordenanzas o las reales

cédulas tenían un peso específico —y enorme—, pero estaban equivocados casi que en su totalidad. No surtían ese efecto demoledor que aguardaban por el simple hecho de provenir de la capital, “se obedecía, mas no se cumplía”.

Asimismo es de recibo razonar que si bien en 1502 desembarcó en La Española el primer contingente de negros no como esclavos para ayudar en la exploración de la isla, con ese fin y que Fernando el Católico “envió en 1511 una cierta cantidad de negros, comprados en la costa africana para aminorar el desconuelo del aborígen se estimó que eso era lo apropiado y de esa manera con semejante presunción se tuvo en Madrid la sensación de que la importación de negros era la panacea y que con tal actividad, que estuvo al comienzo a cargo del Gobernador de Breda en 1518, pues se le concedió el privilegio de importar cuatro mil negros al año...” (Triana, III, p.333) ...estaba y lo repito, la solución a la encrucijada laboral... y por ende empezó formalmente la esclavitud de los negros.

¡Ignominia! ¿y eso por qué? Porque esa compostura en apariencia laudable, en nada cambió el norte social funesto que se vivía y trocó en cambio todo ese asunto no solo en un doble problema —tanto para el indio como para el negro— sino que transformó ese negocio en un vil tráfico y en puro teatro y del más grosero, pues fue un recurso que ni el mismo diablo osaría en patentizar y a la sazón el estatus de discriminación del indio se mantuvo y la condición del esclavo tampoco iba a ser la mejor.

La ocasión hay que crearla y efectivamente la ocasión en ese instante, era propicia para que se estableciera un disímil bosquejo de avenencia en el duro trabajo... por realizar, pero al implantar la naturaleza de las cosas en el corazón del hombre, especialmente en el español el egoísmo y la

codicia y mostrarse una perspectiva novedosa de enriquecimiento fácil, la sensible intención inicial se desvió y se deslizó por el lado más favorable para el usurpador y más tétrico para el indio y para el negro.

Si en gracia de discusión, todo lo anterior hubiere resultado ejemplar, hasta cierto grado, o si las esperanzas del promotor de ese inicuo negocio, De las Casas, o Las Casas, se hubieran cumplido, o sea que al indio se le hubiera mejorado la situación social y económica, y la situación del negro no iba a ser la más execrable pues uno inscribe, vaya y venga, pero eso tampoco fue de esa manera, por el contrario, se agravó ya que siguió el indio siendo marginado y desplazado, y poco a poco se fue volatilizando sin pena ni gloria de la tierra hasta asumir plenamente la condición de ser ahí en el mundo del vencido y al negro le fue peor ya que también asumió con peores consecuencias esa nefasta condición de ser ahí en el mundo del vencido...

Entonces todo eso fue una comparsa, una burla, a las formales intenciones de la Corona ibera sobre el particular, con mis dudas, pero la responsabilidad principal recayó sobre aquellos aviesos personajes envueltos en esa fetidez social que con el fin de perpetuar y mantener de ahí en adelante el negocio tanto para la Corona por intermedio de sus voces como para el colono traían a los esclavos para la plena disposición de la carne humana en esa ordalía de sangre por estas latitudes y todo por el bellaco dinero...

Pienso que tal vez la Corte ibera tuvo una responsabilidad subsidiaria o culposa en este evento de la esclavitud pues su conducta se acercó peligrosamente al dolo eventual, ya que no supo —o no pudo— prever los efectos nocivos de soltar a unos milanos para cuidar el gallinero que se hallaba lejos



de su influencia. Incluso iría más allá en esta apología en el sentido de que ni siquiera esa casa real debería asumir esa responsabilidad que le endilgó tras los antecedentes típicos que he relatado hasta ahora. Pero para que eso acontezca debo seguir por la ruta trazada desde el principio, o sea con las preguntas de rigor, y vislumbrar al final si efectivamente le cupo en suerte esa culpabilidad o si por el contrario cada quien debería asumir la suya acorde con la conducta desplegada. Las instituciones ni pecan ni delinquen, sería un apotegma que podría paliar esta última afirmación, mas lo reitero, se debe esperar el desenlace fáctico de este derrotero con las respuestas de rigor.

De esos acontecimientos que ya se conocían en los mentideros de la Madre Patria, cabe inquirir ¿Dónde estaban los humanistas iberos? Muy bien gracias, medrando, salvo uno que otro que sí reclamaba una condigna revisión a la política de depredación social que se llevaba cabo en el Nuevo Mundo, pues esos terribles sucesos perturbaban la imagen cristiana de la Corona, mas en un sitio en donde se destilaba una rutina espantosa, un servilismo vergonzoso y una galopante concupiscencia no era de esperar reacción alguna y todo seguía igual o cada vez más abominable sin importarles nada a los cortesanos de turno la triste suerte del indio y del negro.

Los países civilizados de Europa —aparte de España— o mejor, la clase intelectual de esos reinos y ciertos sectores progresistas indubitablemente se oponían a ese baldón, y luchaban contra las medidas sobre el particular lanzando rayos y centellas sobre los poderosos, porque era el único medio que había para batallar en ese escenario, y por lo menos alcanzaron esos segmentos sociales a morigerar los efectos

letales de la esclavitud a mansalva en sus latitudes. Había esclavitud, pero de un modo divergente, más sensata, si es que ese siniestro concepto admite tal adjetivo<sup>8</sup>.

Pero eso de ninguna manera se incorporó en la América hispánica ni mucho menos que tuviera eco tal decisión humanitaria, por el contrario se incrementó aún más la política negrera sobre el particular para escarmentar así la insolencia de esa protesta y silenciarla para siempre, pues todo corría turbio por aquí... y no era menester que se vieran sus fuliginosos cauces. Tapar, tapar, era la consigna de los españoles con relación a esas siniestras acciones y sus tétricas actividades en el continente americano y eso quedó grabado para siempre en el alma del criollo.

Y el indio a su vez, al percibir cómo su situación no se corregía, por el contrario se agravaba, no sabía qué hacer... a veces se escondía, a veces se entregaba al pillaje o a ve-

---

8. Desde luego que esa afirmación admite matices. De 1696 a 1701 España contrató con la Cía. Portuguesa de Guinea, el suministro de 10.000 esclavos y luego durante diez años de 1702 a 1712 el monopolio se aumentó a 4.800 de los dos sexos que no fueran ni de Minos ni de Cabo Verde. Al concluir ese acuerdo, “la liberal Inglaterra obtuvo el monopolio de introducir en la América española 4.800 negros de los dos sexos cada año, mediante 33 piastras y tercio por cabeza. Al negarse España a renovar el contrato, Inglaterra le declaró la guerra” (Triana III, p.334). O sea como estaba de por medio el negocio, los países cultos, especialmente Gran Bretaña, no podían permanecer indiferentes, sin embargo ya por esa época, por obra de los pensadores más propincuos, y de la inquietud del pueblo se empezaban a promover tendencias en pos de la abolición de ese flagelo, y la primera medida que se adoptó, en señal de que la cosa iba en serio, fue la libertad de vientres y más tarde la Revolución Francesa desde el 4 de febrero de 1794, formalmente abolió ese baldón inicuo. O sea eran signos tangibles de una evolución social que revelaba un designio civilizador, y durante el siglo XIX fue progresivamente desapareciendo tal escarnio social de México (1827), de Inglaterra (1833), y de Francia, nuevamente en 1844. El acto final de ese drama terminó en España en 1868 con la declaratoria de manumisión a todos los nacidos de esclava y en julio de 1870 se ratificó esa decisión para Cuba y Puerto Rico (Nota del autor. Véase además: Triana, III, pp.334 y ss.).

ces se sometía voluntariamente, pero eso fue menguando su capacidad de resistencia y muy pronto iba a perder peso estadístico... y peso operativo. Y como vivía en medio de una celda de ignorancia, su visión de la existencia era reducida, de modo que fue sacudido casi siempre como cáscara de huevo sobre las olas del mar o sobre la corteza de los árboles, y fácilmente sucumbía...

Claro que el indio añoraba su vida anterior, que era en medio del reposo y que perennemente ha sido reputada como la idílica por antonomasia...<sup>9</sup> pero como todo exceso es perjudicial, ese estilo de existencia lo perdió...

¿Y entonces para qué se adoptó la esclavitud por estos lares? Para justificar una política discriminatoria y para abaratar la mano de obra en vista de que ni el indio servía para esos menesteres duros ni el español se consideraba digno de oficios innobles.

El Humanismo ha tenido un deber con el mundo, colaborar desde el *episteme* o desde la academia en pos de la sensibilización de la existencia, y en la exploración del santogrial de la medida o del sentido común, para que la existencia humana fuese menos traumática, sin embargo ha faltado un compromiso integral de esa clase intelectual en poner el dedo en la llaga con la constancia que la situación americana, en este caso, ameritaba y enfrentar con coraje la indolencia y la desfachatez del Viejo Mundo.

Entonces uno que otro humanista llegaba a la conclusión, triste por cierto, de que la exclusión étnica, social y cultural eran las consecuencias infaustas de esa política implantada en las Indias Occidentales, pero esa recapitulación era se-

---

9. Shakespeare, II, p.876.

mejante al suspiro que emitía el hombre impotente que no era sino por la pena de no ser una sonrisa que de hecho se burlaba de ese suspiro porque se escapaba del corazón de un individuo arrinconado para ir a mezclarse con los vientos que han acorralado constantemente a la existencia humana.

¿Se pudo mudar ese orden inhumano de cosas en América? La inteligencia que vivía por esas calendas andaba preocupada por sus propios afanes y por un prurito de figuración científica que poco tiempo le dejaba para la denuncia social, salvo las excepciones de rigor. Igualmente hizo falta voluntad política o geopolítica del resto del mundo civilizado para intentar una pauta que facilitara una transición decorosa hacia formas menos ignominiosas de explotación, mas estaba de por medio el beneficio económico, el afán de riqueza y otras arandelas que impedían la implantación de una sana planeación sobre ese tópico social.

¿Mas se le podía exigir peras al olmo? No, porque al comparar la magnífica estructura académica de Francia o de Inglaterra con la de Castilla o Aragón, yo considero que esa insolvencia científica y cultural pudo ser un factor significativo a la hora de criticar e intentar abolir los hechos dantescos que acaecían en el hemisferio de Colón... o al momento de evaluar qué era lo mejor para el hombre en aquella época, si es que podía fluir algo positivo para la gente del común, además los soberanos por aquel entonces si bien eran amigos de tertulias con los intelectuales más ilustres eso no implicaba una eventual sujeción a sus insinuaciones en pro de la humanidad. Igualmente eran de diverso talante los pensadores, por ejemplo, el español era más dado a la obsecuencia o al servilismo que el francés o el sajón, y nuevamente con las excepciones que son de rigor en estos casos.

Y resultaba paradójico echar de ver qué diablos pasaba

si la Inquisición se hallaba asentada allá, en España, y esta no fuera la coyunda que abrazara a los desvalidos y los protegiera contra la infame dominación; por el contrario, era el fuste por medio del cual se coaccionaba todo intento por discernir el estado catastrófico en que vivían los más necesitados. Y los esclavos en el Nuevo Mundo junto a los indios iban a convertirse en sendas fichas dentro del mosaico de las iniquidades de esa sombría institución que buscaba proteger a la fe y ¡con qué procedimientos!

Y ratifica mi aserto, la frase impía de Diego de Covarrubias (1512-1577) teólogo, jurisconsulto y lingüista ibero y una pretensa autoridad en su época, contemporáneo además de ese gran humanista Erasmo de Rotterdam (1496-1536) del que por lo visto no se apoyó como debía ser, y cuyo tenor inserto literalmente: “El esclavo no es suyo sino de su señor, así le es prohibido cualquier acto libre. Y de ahí resultó el nombre de esclavo” (Triana, VIII, p.520). Y como era negro, carecía de talla social... y mientras tanto el indio —simplemente acorralado— se sometía a la voluntad del señor.

Cuando dos maestros del mismo arte —en este caso el español y el neerlandés— difieren en su apreciación, la solución podría residir en el término de medio de ambos (Goethe, I, p.456) pero ese problema no era cualquier discusión académica, semejante a la de los jesuitas con los dominicos, por ejemplo, que se podía soslayar acudiendo a ese recurso, esto era más delicado, y reclamaba de la inteligencia humana una merecedora declaración y no una reumática reafirmación, y en eso el amigo de la integración europea, Erasmo, superó a todos, porque no solo poseía el don de adaptarse a los más variados influjos, y hallarse a tono con su época sino que creía en el corazón bienhechor, y sin embargo no podía renunciar a su credo favorito: La humanidad y sobre todo la

humanidad que sufría... de modo que jamás pudo conllevar la artificial opinión del erudito español y puso de presente su voz de protesta contra lo que significaba avasallamiento...

Pero lo repito, no tuvo eco... fluían no solo muchos intereses sino individualismos exagerados que poca atención prestaron a lo importante, la dignidad humana...

De ahí que nunca le quisieran en la Corte española ni en los medios cortesanos de la península, aunque su palabra tremolaba con vigor por todas partes...

Mas podría alguien reaccionar y señalar, ¿cómo dijo esa frase aquel pretense filósofo español, como lingüista, como teólogo o como jurisconsulto? Si lo hizo como lingüista, debió reducir la definición a los términos más precisos para no dar pábulo a torcidas interpretaciones —pero podría ser válida la inquietud del eventual interlocutor—, pero si lo hizo acompañado de los otros dos títulos, la cosa sí toma ribetes de anatema, porque su erudición y su sentido de lo clásico no podía extraviarse por ese oscuro laberinto. En fin, ocurrió y eso provee el cuestionamiento cultural de España, que solo se salvó por su literatura en el Siglo de Oro, mediática y querellante de la desigualdad social con fina ironía o sarcasmo.

Pese a lo esbozado no es de recibo afirmar todavía que la autoridad regia y la autoridad subalterna e incluso la clase intelectual ibera, ni mucho menos algunos sectores de la Iglesia a través de la Inquisición consintieron directa o indirectamente la organización de una maquinación, con todas las de la ley, para procurar la entrada en escena de un macabro decorado a las novedosas relaciones sociales que se iban a inaugurar o tal vez a consolidar un proceso de enriquecimiento sectorizado, tras el advenimiento de los pri-

meros contingentes de negros procedentes del África, que sollozando partieron de su tierra sin saber el destino que les deparaba el futuro... No, ¡aun faltan más datos!

¡Qué estrella la de esa etnia, de precursores de la raza humana, a lacayos de su creación, y la de amanuenses constreñidos de un próspero porvenir como raza superior!...

Intento no ser injusto con lo que lidio, sin embargo en las cenizas de tal pasado, solo he tropezado al desengaño, al dolor, al furor y a ratos la perplejidad por lo que sucedió como testigos mudos de un sombrío acontecer y eso es lo que hay que fustigar con acrimonia.

¿Qué responsabilidad tuvo pues el apóstol de los indígenas, mentor de tan calamitosa idea? Ni poca ni mucha, puesto que escuetamente se convirtió en un carismático demente, que ni dijo lo que pensaba ni pensaba lo que decía y por ende como hablaba con todos, pero no escuchaba a nadie ni observaba más allá de sus narices, fraguó sin proponérselo un escabroso modelo de agresión social, en donde se laceró hasta más no poder a la dignidad humana. Es que parecía, este futuro obispo, estar englobado en una cáscara de nuez...

Desde luego que actuó con plena buena fe, esto es, con ausencia de malicia, de ahí que fuese ejemplar afirmar aquí que su voluntad iba en pos de mejorar el estatus del indio pero que muchas veces su designio desfilaba por contrarias direcciones, de suerte que sus planes se derrumbaban casi siempre por el lado que no esperaba, era dueño de su intención, sin embargo la realización propicia, le era ajena... y a la sazón ni pudo salvar al indígena ni tampoco pudo sustraer de la hecatombe étnica al negro. No obstante combatió con todas sus fuerzas por la reivindicación del indígena y por eso es aún gratamente evocado.

Esa demanda del prelado de Chiapas debió alterar el panorama social del indio, y lo repito, pero nunca ocurrió lo que era lógico vislumbrar, que al mostrarse conforme con la fragilidad familiar del nativo para las faenas duras, y traer una nueva mano de obra en su remplazo, era axiomático mejorarle el estatus social y que retornara a lo suyo, a lo bucólico, pero eso no aconteció y el aborígen en todo el hemisferio de Colón, tuvo que continuar igual, o peor, con la cabeza inclinada ante la prepotencia pérfida del yugo ibero y por ende su espíritu ya no podría cabalgar por encima de la desdicha que esa situación le deparaba y sus pesares continuaron entonces a todo galope al lado de la triste suerte del importado negro.

De los procesos culturales y políticos que se vivieron en la América hispánica, en el marco de su descubrimiento, conquista y colonización, ninguno más degradante que la institucionalización de la esclavitud, ya que la deformación que ese fenómeno trajo consigo, prorrogada y sostenida contra viento y marea por una tradición de castas señoriales investidas con la categoría de amo, fue monstruosa, puesto que proyectó secuelas impredecibles en el derrotero de esta tierra tan llena de sangre y de llanto.

Si la conquista y más tarde la colonia borraron a capa y espada a los pueblos indígenas, sus jergas, sus memorias y sus tradiciones, con la esclavitud sucedió algo peor: defenestraron a los negros tras su desalmado y torpe desarraigo solariego y de ellos solo quedó el disminuido sonido, lastimero de suyo, del tambor y de otros instrumentos que procuraban no dejar de lado su pasado y del lloriqueo de mucha gente cansada de sufrir.

No se esforzaron ni la Corona ni los colonizadores en edificar un proyecto más humano, más caritativo con esos in-



felices individuos que en condiciones infernales atravesaban los océanos del mundo, constreñidos, para recalar en Cartagena, el segundo puerto negrero más importante del orbe, por debajo del de Luanda; por el contrario, se empeñaron únicamente en ensañarse para instituir la cultura de la exclusión y de la segregación en su propio beneficio. Quizá sería por esos fatídicos hechos o por tan infames acciones, que Kant decía: “Los esclavos solo necesitan entendimiento, los amos razón...” (Blumenberg, 2010, p.34)<sup>10</sup>.

Empero: ¿La razón aquí, en este lúgubre y diabólico escenario, para qué servía? Para nada. Y en ese medio el ser ahí en el mundo del vencido implicaba de antemano asumir esa posibilidad, o sea que no mediara la racionalidad en ninguna actividad dentro de ese marco de existencia. Este es un concepto fundamental para ubicar fenomenológicamente hablando al ser ahí en el mundo del vencido... la irracionalidad.

Si la razón humana no servía para nada allá, entonces: ¿qué significaba allá? Tampoco nada como un dispositivo inútil o caprichoso que obligaba al hombre a pensar en pro de sus semejantes. Y pese a esa acogida tan insensata, la razón perennemente ha sido “la guía autónoma del hombre” en todas sus manifestaciones o en todos los campos en los que es factible una exploración, una búsqueda o una investigación... (Abbagnano, 2004, p.885) y para Descartes “la capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso... aunque no era suficiente tener el espíritu sano, sino que lo principal era aplicarlo bien...”, una especie de

---

10. La razón ha existido siempre, aunque no siempre en su forma racional, exponía Marx, y la actitud ibera en el Nuevo Mundo fue un ejemplo tangible (Véase además: Blumenberg (2010). *Descripción del ser humano*. México: FCE, p.32).

guía común del género humano (Abbagnano, *op. cit.*, p.887) y bajo esos dos alcances conceptuales esa fue razón que despreció el colono ibero, que soslayó el válido del rey que todo lo auspiciaba desde la sombra y que marginaron tanto el traficante como el amo o el encomendero; en síntesis, se había diluido un pensamiento racional que guiara las acciones humanas en el Nuevo Mundo y por eso se convirtió en un circo de fieras.

Si esas definiciones de la razón han sido más o menos pertinentes, pero los españoles ni la admitieron ni la pusieron en práctica, ¿no sería acaso que, el válido, el colono, el amo, el traficante y la autoridad en general, tuvieron una razón mezquina y ambigua para advertir solo lo que era útil para ellos sin importarles un bledo lo demás? Tal vez porque solo manejaron sus propias razones para proceder como lo hicieron, y que eran deplorables en sí mismas consideradas, que es otra cosa, mas eso lo inclina a uno a reflexionar de que carecieron de esa razón que los estoicos llamaban “una parte del espíritu divino infundida en el cuerpo del hombre...” (Abbagnano, *op. cit.*, p.886) y por consiguiente no actuó ninguno de ellos, como debía ser en las condiciones cotidianas de vida pues carecieron cada uno de la razón bien puesta.

Véase aquí que ya en ese periodo cada uno, amo, señor, oficial del rey, regidor, custodio del tesoro real, alguacil, oidor, etc., actuaba conforme a sus intereses individuales en pos de cumplir unas metas globales que iban a beneficiar a la Corona y a los demás, y para ese propósito poco o nada importaba que existieran pautas o disposiciones regias o morales sobre el particular. En el fondo el lucro presidía todo.

Y entonces bajo ese perfil, la irracionalidad del primer Caín empezó a comandar la acción en cada corazón del usur-

pador y al ser agujoneados por ese comején del mal, que no espantaba a nadie, principiaron a desatender al sentido común y desoír a la caridad humana para luego cometer actos inicuos y perversos y tras esos desmanes rutinarios llegaba la noche para cubrir todo y para de paso oír sollozar a los esclavos y para sepultar también a sus muertos. Igual pasaba con los indios, aunque estos gimoteaban con más disimulo... pues no era tan intenso el padecer físico y espiritual.

¿Quién odiaba más al invasor, el indio o el negro?... Quizá con más énfasis el indio porque realmente había sido maltratado en su hábitat aunque el negro también tenía sus argumentos para odiar con más frenesí y por eso el suelo cartagenero fue el único testigo de ese reconcomio de aborrecimiento y nada pudo hacer para paliar o ese resentimiento o esa agresión constante del ibero...

El territorio de la futura Heroica fue sin duda alguna cómplice pasivo de la sangre vertida con gran profusión por el negro y por las lágrimas vertidas a montones por aquel y su prole... con el indio la cosa no trascendió con el rigor hacia el esclavo.

Sin embargo, lo anterior no obsta para indicar una cosa: ¿Sería que los problemas de esa época tan tremebunda y oscurantista y que los graves inconvenientes sociales que aparejó el descubrimiento, igual que los colosales inconvenientes que deparó la conquista y las ligerezas que trajo consigo la colonia luego, no podían resolverse sino a sangre, fuego y con un fiero sometimiento? Si no se podía ser bienhechor, por lo menos se podía actuar con sensatez, pero de nada servía ser moderado entre ambiciosos... y puesto que todo marchaba a las maravillas desde esa perspectiva en que solo importaba la cuestión económica, era mejor dejarlo así, sin

despertar a nadie en especial al que pudiera poner el grito en el cielo.

Y hubo uno que otro que puso ese grito en el cielo, pero nada sucedió de manera global que pusiera fin a tan nefasta política de defenestración social... y por eso el rey creía que con implantar fórmulas desde tan lejano sitio, las cosas iban a mejorar sustancialmente, pero eso fue un craso error de perspectiva... que en la Corte minimizaban constantemente.

En efecto, al conceptuar la Corona española que al instituir de una manera formal la entidad del asiento al promediar el siglo XVI, iba a implantar unas reglas de juego precisas que evitaran el fraude, la manipulación y la corruptela, desde el prólogo del negocio, sin embargo no entendió que esa institución no iba a funcionar como se proyectó desde la Corte, ya que aquel que le correspondía conducirse sobre el terreno en la Nueva Granada, se entendía de antemano acreditado para obrar según su leal saber y entender y a la sazón ese “decente estar al tanto de todo” y forjar, era absolutamente obrar mal y dejar que las cosas siguieran su curso como si nada hubiese acontecido... y era la nota predominante con la *placet* corrupto de la autoridad española a nivel local... O sea se quiso soslayar el fraude y otras prácticas poco santas con disposiciones rígidas, pero ni se morigeraron esas acciones dolosas ni mucho menos pudieron controlar el desafuero y la sinrazón contra el esclavo y de contera contra el indio.

En Madrid, más concretamente en la Corte, existía un procedimiento singular para desnaturalizar la verdad de las cosas, primordialmente las que ocurrían en esta parte del orbe conocido, una especie de luxación histórica que la hacía equipararse a la veracidad, pero era simplemente un disfraz para encubrir a la mentira o al artificio. Y de esa

manera una solazada mancomunidad de personajes junto al rey y su valido de turno o cualquier arzobispo o fraile bien intencionado, escuchaban el tropel de palabras vertidas en el papel u oralmente en una audiencia que se escapaban de la pluma o de los labios del responsable con una solvencia más que impúdica que conseguía despistar todo el evento o el conjunto de sucesos descubiertos y de ese modo se dejaban las cosas encajonadas. Luego se surtía la decisión y esa no clarificaba la realidad del problema o de los problemas que ese acontecimiento o conjunto de sucesos había traído consigo sino por el contrario los enredaba para que las cosas no cambiaran. Es que habían muchos intereses en juego y era mejor no atentar contra ninguno de ellos y que el mundo siguiera su curso.

Uno de las obstrucciones más graves que tuvo que lidiar España fue con su burocracia, era anodina, lenta, podrida, y amiga de dilatar todo al máximo, de ahí que el declive comenzara más rápido que en otras latitudes y le tocara luego un esfuerzo colosal cuando quiso intentar despegar de nuevo en el concierto europeo.

El asiento era un acuerdo de Derecho Público celebrado entre la Corona y un particular —judío o lusitano especialmente— para remplazar al Estado ibero en el abasto y administración de la trata de esclavos y desde 1595 significó el contrato para conducir legalmente negros desde su lugar de origen hasta el territorio de sometimiento.

El asiento podía ser general cuando cubría a todas las Indias Occidentales o parcial cuando aludía a una región en especial. Los asientos —a juicio de la Casa de Contratación— eran la causa de que 20 o más barcos negreros salieran regularmente del África, llenos de esclavos o de portugueses sin documentación que pronto se quedaban en el Nuevo Mundo

sin tributar nada a la Corona y fuente por ende de descomposición comercial.

El judío Manuel Rodríguez Lamego fue el prototipo del asentista enriquecido con ese vil negocio y ya por 1620 aparecía como armador de un navío que llevó a Cartagena de Indias más de 280 esclavos y poco a poco fue adquiriendo fama de “doblado” y “entendido” hasta el punto que terminaron por apodarlo “El malo” y en tierra de malos. ¡Qué maligno interlocutor!

Como se puede evaluar el asentista era el intermediario entre la Corona y los traficantes de esclavos y por eso le correspondía vender las licencias, recaudar los réditos y hacer cumplir a cabalidad los reglamentos que regulaban el tráfico de negros (Triana & Antorveza, pp.196 y ss.). Y por eso no se requiere ser malicioso a ultranza para sospechar la sucesión de triquiñuelas, timos, simulaciones, falsedades, contubernios y concusiones que se llevaron cabo entre los distintos actores de ese nefasto negocio para sacar adelante el mismo sin contratiempo. De ahí que fuese inverosímil extirpar esa funesta industria...

Carezco de información acerca de si hubo alguna intención oficial de moderar los efectos de ese pingüe acuerdo comercial, pero me atrevo a asegurar que no la hubo...

Qué ignominia para la posteridad acordarse de todo eso y estar obligado al día siguiente a tratar al español como si nada hubiere pasado, a reconocerle su semblante o levantar inventario de lo que tenía para lo superfluo o para lo ineludible a fin de seguir avanzando por el sendero de la existencia cósmica. Solo Dios sabrá si eso se denomina connivencia, pero ha sido incuestionable que bajo ese ardid fue como los poderosos se han fortalecido y como los débiles siguieron padeciendo.

Hubiera resultado interesante que el azote, símbolo de la esclavitud, y que era un látigo o el vergajo para golpear y/o la pena que se imponía al esclavo por parte del amo o de la autoridad para escarmiento de los demás, también se le hubiera aplicado a esos negociadores inicuos de la dignidad humana, cuando se les hubiera comprobado la más mínima transgresión al esquema del asiento. De haber actuado en esa forma, a lo mejor los efectos de la trata de negros no hubiera sido tan catastrófica.

Desde luego que aquellos que no oyeron el gemido de los esclavos ni distinguieron sus llagas pudriéndose en medio del calor infernal de Cartagena, ni tampoco percibieron el aire de nostalgia que exhibían los que arribaron sanos a La Heroica, rumbo al matadero, solo podían tener una noción imperfecta y hasta deformada de lo acontecido en esas instancias, pero puedo afirmar que las largas cadenas que aprisionaban a los esclavos fueron el fiel reflejo de lo que pasó sin que tuviese forzosamente que mediar un testimonio gráfico o evidente en sí mismo, que asegurara esa iniquidad histórica. Fue tan patético que el espíritu no reclama más nada... salvo condigna reparación. Y ¿sí será viable tal exigencia? Tal vez pero cuando medito que el hombre nunca ha obrado de otro modo que mal, ¿que se podría exigir? O estas palabras escasean de sentido o tiene uno que asentir que el buen seso no puede por sí solo revelar...

¿Por qué hubo esclavitud y no otra cosa?... Tal vez porque fue una “COM-posición” o sea la organización de algo que vino impuesto por la necesidad y apareció a la sazón como resultado de un plan y de un cálculo. Pero, ¿de quién? A lo mejor producto del eterno retorno de lo igual y de lo desigual por el movimiento incesante de la voluntad (¿de poder?) que solo anhela ser más y más a través del paso

del calendario sin dejar de ser, o de lo contrario, caer en el intento.

La sangre del esclavo, como la de Abel ha venido reclamando justicia, mas, unos con argumentos prestados por la elegancia de la retórica, admiten que se les debe hacer en efecto justicia, y pare de contar, y otros vociferando demagógicamente reclaman con insistencia sanción histórica para escarmentar al capital. Y una de esas opciones debería concretarse formalmente porque es preciso recordar que el negro/esclavo era comprado, vendido, y llevado al paroxismo en el trabajo duro de la tierra, sin más recompensa que un miserable techo donde descansaba unas pocas horas, y mientras el ciego avaro del amo, asido del brazo por el diablo, se enriquecía alucinado por senderos tenebrosos para acrecentar la explotación de aquel y de su descendencia y esa satánica actitud no podrá ser ni olvidada ni perdonada; solo bajo el rubro de la condena, así fuese simbólica, se alcanzaría un poco de sosiego espiritual.

Pero uno enseguida pregunta: ¿Aplaza Dios los favores debidos a los escasos méritos del individuo y troca todo en su contra, como en el caso del indio y del negro, para favorecerlo posteriormente con creces? A lo mejor, pero han existido personas que han recibido la recompensa que le era debida a otras personas, por ejemplo, el negro, que había asumido desde el principio de la creación, la obligación de servir de soporte a la génesis del hombre que actualmente vive y gime en el mundo. Y ¿con el indio? El silencio es la respuesta.

Entonces bajo aquella rúbrica infame, el amo pasaba a convertirse en tirano, en carcelero y en verdugo del infeliz que padecía de todo por culpa de su ambición utilitaria sin tener en cuenta para nada la dignidad humana y por esa



triple condición debería ser no solo enjuiciado sino sentenciado de por vida al infierno de la historia.

Si va a ser enjuiciado ese siniestro personaje, ¿cuáles serían las pruebas? Los testigos de ese infierno privado del negro/esclavo o sean los grillos, las esposas, las cadenas, y los cepos con que cada uno y a diario vivía aprisionado de pies y manos (Triana, VIII, p.280). E igualmente que se enumeren los azotes cruelísimos que le daban por todo el cuerpo ante cualquier nimiedad y muchas veces como lo dijo un fraile con voz ronca por el llanto “no contentándose con las inhumanidades dichas les cortan con navajas sus carnes, con otras atrocidades que la decencia no me da lugar a decir y esto basta para que queden entendidos...” (Triana, VIII, p.280).

¿Esas serían plena prueba para condenar al acusado aunque ya hubiere desaparecido de la faz de la tierra, sin posibilidad de defenderse? Hay procesos que son tan evidentes en sí mismos, como el Juicio de Nuremberg, que no requieren de una réplica o de una defensa del acusado pues la evidencia no admite discusión alguna y aquí esas probanzas son claras y distintas en acreditar con horror la comisión de los reatos que se desprendían de esa triple condición, de tirano cruel, de inhumano carcelero y de feroz verdugo...

Sobra otro comentario.

¿Qué tipo de reparación, qué clase de justicia proporcional se puede clamar en casos de aberración como este como secuela de la condena al infierno de la historia? La que la dignidad del hombre indique... ¿Qué acontecerá también con aquel amo —que sin participar en el negocio de la trata— en cambio sí pasó a trocarse en patrono feroz y sin misericordia frente al negro? Tiene que existir igualmente un pronunciamiento semejante sobre ese tópico tan bestial ya que ese modo de actuar del español o del colono, puso a esta tierra,

como una imagen viva del averno, tierra que Job llamó de miserias ...

Con una genealogía adecuada se llegaría a topar uno con el punto de quiebre de esa conducta y en donde lo formulado no fuese el olvido sino la reformulación de lo que se había arrinconado al rastrear de nuevo las huellas de aquel inmundo trasegar ibero por estas tierras apartando aquella visión altiva que impusieron los historiadores de antaño quizá como un símbolo de su seguridad erudita.

Y esa visión altiva estableció como paradigma singular que la época de la conquista y de la colonia que comprendió más o menos tres siglos y pico estuvo preñada de sucesos extraordinarios, algunos dolorosos y de cambios positivos para la gente del Nuevo Mundo, cuando en verdad, fue lo contrario, por eso es hora de considerar tras analizar tan dolorosas secuelas si valió la pena esa empresa emprendida por España porque las relaciones de poder que impuso descansaron sobre unos dantescos campos: la opresión, la discriminación, el autoritarismo y el dogmatismo que asignaron un frenético y diabólico ritmo a las actividades cotidianas de los habitantes de todas las capas sociales, sin asomo alguno de cambio...

La esperanza escuetamente como Astrea se había ido... porque hasta ahora no existe la posibilidad ni de una reparación ni de una condigna, sanción y ella aparecía a la sazón como una convidada de piedra.

¿Generaron esos campos de poder, resistencias en la cotidianidad de la existencia en la América hispánica o en la Nueva Granada? Desde luego que sí, pero carecían de la consistencia necesaria como para provocar mutaciones y se volvieron simplemente un mero mascullar, un fruncir de labios por parte de los estamentos sociales (o sea el pobre, el subalterno, el pequeño comerciante o artesano) que no

estaban enquistadas en el poder, y no hablo ni del indio ni del esclavo, ellos carecían hasta del derecho a protestar...

Es factible, tras lo anotado que se invoque al tiempo que todo lo borra o excusa para paliar o morigerar los efectos de las pretensiones antes anotadas, pero acontece que poseyendo la índole del tiempo cada negociante o amo, debió cada uno desde sus niveles de competencia revelar mejores sentimientos y no incrementar su impiedad con tales acciones sórdidas. La prescripción como cura o como carta patente parte de un finiquito de perdón y olvido, solo será una solución para el insensible, para el que no le importa el pasado y lo que más triste sería que con esos gestos, lo que en fondo se apeteciera por parte del que detenta el poderío económico fuese la reiteración de esas vejaciones contra el indefenso, como una especie de exorcismo contra el raquismo del que nada tiene, para exterminarlo tal como se ha venido reiterando con la cadencia delirante y galopante de una violencia que no cesa de asestar golpes a la existencia hasta el día de hoy (2015).

Probablemente esos acontecimientos pudieron ser ramificación potencial del acento de la época, y por eso se hizo manifiesta la cómoda postura de Aristóteles<sup>11</sup> cuando dijo sin

---

11. El preceptor de el Magno, fundó la ética separada de la metafísica, pues no estaba de acuerdo con la idea vacua del bien platónico o socrático y puso en frente lo humanamente bueno, de lo que era bueno y de ahí que el esfuerzo (ore xis) fuera lo apetecible que se concretaba a través de la práctica. Más tarde dijo Kant que lo único bueno que había en el hombre era su buena voluntad. Siglos más tarde, los filósofos británicos al rechazar la metafísica continental y reconocer en cambio la debilidad humana, fruto de sus pasiones innobles, se propusieron darle un giro a esa tendencia y buscarle un sentido utilitarista a esas manifestaciones, Hobbes y Smith, en ese sentido pueden considerarse, salvo mejor opinión en contrario, como los precursores de una filosofía de la política que pusiera fin a tanta especulación (Nota del autor).

eufemismos que la esclavitud “era cosa útil no solo al amo sino al mismo esclavo...” (Abbagnano, p.390) y aquí asocio al indio junto al negro, porque en el fondo asumían la misma condición, como si eso fuera una de las tantas divisiones que existían en el seno de la sociedad o era un imperativo forzoso de consentir o tolerar. Sin embargo, se le olvidó al estagirita que el modo de convertirse en esclavo en aquella época, era algo impío, o las deudas insolventes o las guerras y bajo esa condición no debió aplaudir ese estado de indefensión. Pero como era un aristócrata, debía estar aliado con los de su clase. Mas eso no obsta para señalar que el amigo de Platón, hablaba en términos de un nexo de superior/inferior, sin agresiones brutales, sin malos tratos intencionados y sin ese afán de acabar con la persona del esclavo al precio que fuera. Incluso con serena convicción hubiera reprobado tanto agravio, de haberlo percibido en estas tierras, y se hubiera sentido además maltratado de tanto desdoro contra el débil.

Más tarde la actitud de santo Tomás de Aquino fue igual de deferente con esa cruel silueta, ya que consideraba “que este hombre sea siervo, en lugar de serlo otro, es algo que desde un punto de vista absoluto no tiene una razón natural, sino solamente la razón de alguna utilidad, ya que es útil para el esclavo el ser gobernado por uno más sabio y útil a este último para valerse del esclavo...” (Abbagnano, p.390). Y ¿quién le garantizaba al cautivo que su señor fuese ciertamente un sabio? Ya que si fuera sabio en el sentido natural y obvio de la expresión, no habría mimado ese yugo tan diabólico... También el doctor angélico manejaba sus contradicciones, mas igualmente podrían explicarse como fruto del tiempo en que vivió o de las ventajas que eso derivaba a la sociedad. Pero así mismo concurre aquí algo semejante con

lo esbozado alrededor del estagirita y a lo mejor de haber conocido esos hechos lastimosos habría indicado también que esas luces las había suministrado el mismísimo demonio y que ese tipo de amo era un vástago suyo.

San Pablo en su carta a los gálatas expresaba del mismo modo sus reparos a ese fenómeno cultural que ha denigrado a la especie humana al considerar que “no era importante ser siervos o libres, basta ser liberto del Señor...” (Abbagnano, p.390), pero también esa alarma tenía un trasfondo metafísico que los amos atendieron desde la comodidad de su catre para oír simplemente cómo llovía. El cristianismo ninguna vez fue amigo de la esclavitud, especialmente si se era esclavo del pecado, eso debería resultar incuestionable por sí mismo, aunque la posición de muchos miembros de la Iglesia reflejase lo contrario en tantas ocasiones.

En todo caso, fueron los estoicos desde la perspectiva de la historia, los únicos que condenaron con brío el sometimiento de un individuo por otro individuo, a causa de la esclavitud que la definían como la de un conjunto de hombres amarrados a una condición indigna en virtud de un capricho de la fortuna, y ni siquiera el Derecho romano hizo caso de esa advertencia filosófica —Séneca a pesar de sus ambigüedades era un defensor a ultranza de la abolición de tal actitud— puesto que consideraba al esclavo, una cosa que pensaba —igual que Aristóteles— lo que no se compadecía con la realidad.

¿Cuál era esa realidad? La que imponían los mecanismos sociales de opresión desde el poder, un núcleo fundamental donde la actividad y la entidad que lo generaba liberaba, descargaba, o metabolizaba una especie de energía que mantenía las cosas en su punto... igual que antes sin asomo

de cambio en el futuro. Hay que cambiar para que las cosas siguieran igual dijo siglos después Lampedusa...

Me explico: El mundo de las cosas ha sido y será un mundo de mecanismos y es faena de la mente humana, que tiene el monopolio del saber explorar cuáles son los mecanismos que activan una determinada acción o enervan una reacción, y eso ha pasado en el orbe bilógico, con las enzimas o con las neuronas, pero ahora sería laudable que se alcanzara la cota para descubrir cuáles son los mecanismos sociales que impelen a esta actividad o a la otra a fin de predecir su ejecución y lograr desviarla u orientarla en el sentido adecuado y mientras eso no suceda, los desafueros serán el pan diario en este mundo...

Bueno es pertinente platicar por eso de un poco de filosofía... y dejar en el tintero el tópico de la justicia o de la reparación.

Por ello es forzoso ahora y aquí averiguar por la existencia de la esclavitud a partir de la crónica de la metafísica que realizó a su modo, el mundo de las ideas, preformándolo a partir de unas palabras clave —identidad y diferencia, ser y pensar— y de acuerdo con el tiempo para expresar el sentido último de lo real de cada cosa que ha sido mutación de algo (arte) o la ocurrencia de un evento social (guerra, hambre, desolación, dolor) que estableciera una pauta admitida y aprovechada por todos los involucrados en ese concepto. En este caso, fue el de la subordinación<sup>12</sup>. O tal vez la guerra, la conquista y el secuestro como categorías por las cuales

---

12. No es de este lugar continuar con esta especulación filosófica, salvo agregar que el ser la esclavitud de hecho, resultó verdadero, ya que fue derivación directa de la acción creadora o depredadora del hombre. O sea que ha sido evidente, sin discusión alguna (Nota del autor).

esa institución de la esclavitud ha asumido desde tiempos inmemoriales su plena función...

Mi tarea inmediata será hablar rápidamente de ese asunto tan intrincado y salir del apuro dialéctico/hermenéutico para dejarlo a otra instancia más adelante, ya que es menester saber lo que es viable preguntar y lo que es digno de ser respondido. De entrada diré que solo el arte deja ser (Steiner, 2005, p.192), mas ¿el arte deja al ser, ser? En este caso el arte de la guerra, de la conquista o el “arte” del rapto para acceder al mercado podría dejar ser, al ser de la esclavitud. Y bien ¿qué es el ser? Ya lo dije en páginas anteriores pero aquí conviene entenderlo como “Él es el mismo...”. El ser, esto no es Dios pero a mi criterio es el fundamento del mundo y “está más allá de todo ente (lo patente/lo ostensible) y a la vez lo más próximo al hombre que todo ente fuese, sea una roca, un animal, una máquina... o una institución” (Steiner, p.108) que lo insta a reconocer que eso “Es”, y es lo único que se revela por conducto del lenguaje ya que ciertamente expresa y se muestra de esa manera como tal. En suma, el Ser es y de ese modo la esclavitud es lo que está “yendo detrás de todo hombre” (Steiner, p.109) en aquella época para hacerlo ser lo que es,... esclavo... ¿de quién? ¿Del acaso? ¿Del tiempo? ¿Del mundo?... del *dasein* o sea del tipo de vida que no le era propio al negro allá en su hábitat, o sea a través de lo inauténtico que resultaba estar ahí o ser para el mundo, en este caso aquella tremebunda época junto al entorno donde se localizaba esa pobre gente.

Sin el ser de cada ente o sea lo que es cada entidad, lo que es la esclavitud, por ejemplo, sería imposible para el hombre expresarse de un modo adecuado, el “es” alimenta tanto al concepto, como al juicio y como al razonamiento y acomoda para ese menester, alegorías, argumentos, y facili-

ta además colegir hipótesis, plantear teorías y aseverar tesis sobre lo que es y no es... o sobre lo que será o no será en el mundo. Pero esto no es todo. El “es” se ha convertido en un factor explicativo, no en un principio explicativo tan propio de las ciencias, sino en cuanto ha apoyado la descripción de los elementos que han compuesto la realidad, y desde luego ese factor le devino de la fenomenología que ha enseñado a considerar cada fenómeno en su aspecto concreto sin ambages para dar luego la correcta interpretación de ese ser, de ese es, y de ese ser ahí en el mundo.

Según lo expuesto el tipo de “arte” para concebir esa indigna institución, la esclavitud, sería la guerra o la guerra de conquista y el mercado tras el rapto o el secuestro del negro, y a la sazón la pregunta sería obligatorio re-plantearla... mas no conviene por el momento, extendería aún más el tonel. Sin embargo sería atrayente replantearla, mas, aquí y lo repito, para lo que me interesa esbozar es lo equitativo por el instante, y en otro acápite, lo reitero, conversaré sobre ese tema tan farragoso y tan embarazoso de asimilar pues a pesar de que ya existen dos preguntas ontológicas con antelación a este capítulo, será de recibo no obstante aquí o más adelante formular una o varias preguntas adicionales que podrían mejorar el entorno para las respuestas que se irán a dar al final de la jornada; igualmente se requerirá previamente de una precomprensión de esto que he venido platicando. Esas nuevas preguntas y respuestas formarán parte del repertorio con que vengo contando la historia de los vencidos: la exégesis histórica, la noticia, la información, la anécdota, la máxima o la reflexión y la cita bíblica, que son los soportes de los conceptos fundamentales y de los hilos conductores.

Al dejar el tópico anterior, es oportuno inquirir ¿Quién



fue el portaestandarte moderno que exigió la liquidación de tan irracional y nauseabundo comercio desde un perfil histórico? Voltaire, ya que al determinar el concepto de igualdad en su *Diccionario Filosófico*, le estaba dando fueite con rigor dialéctico a la esclavitud en todos los sentidos de esa fétida expresión. No hubo en su posición duda alguna para obrar, porque la valoración que realizó discurría que la oposición visceral a ese concepto tan sombrío era la postura correcta...

¿Será que en el mundo se requiere, de vez en cuando, o constantemente, de la presencia de uno que otro Voltaire? Desde luego que sí, ya que un interlocutor de esa estatura moral, ha evitado y evitaría en lo posible, que las obras de los enemigos del género humano resultaren exitosas al final y de ese modo se ha convertido ese tipo de personajes pintorescos por lo general, en un refugio de los que temen y esperan (Anónimo, 2005, p.933)... pero si ya no salen... ¿Qué se debe esperar?...

Una vez dijo el marqués de Sade, que no habían pueblos más convencidos del dogma de la eternidad de las penas que los españoles, los portugueses y los italianos, mas ¿los había más libertinos y más perversos? Este escenario indiano fue la prueba patente de la aseveración del disoluto pensador francés, porque tanto lusos como iberos en el manejo de la trata de esclavos fueron duros de corazón e insensibles al sufrimiento humano, pero en lo espiritual o en la Iglesia y ante el altar eran unos querubines caídos del cielo.

Cuánta razón tuvo pues Voltaire cuando exclamaba a propósito de la gente de su tiempo, que parecían tan buenos católicos, pero era una lástima que no fueron nada cristianos. La muestra está en esa actitud farsante o de doble moral del colono o del amo ibero en la Nueva Granada. Y la del lusitano comerciando a diestra y siniestra con la carne humana.

Con esto no pretendo satanizar a esas estirpes, ni darle

una interpretación peyorativa a sus acciones pretéritas por el mundo, sino que esto es la expresión de un sentimiento vivo de repulsión por lo que mostraban de una parte y por lo que hacían de otra parte.

¿Cuál era el Dios de esos personajes pérfidos? ¿Quizá el Satán de John Milton? A lo mejor pues es exacto mostrar algo prominente. Si el colono español que pasó su vida por esta heredad haciendo el mal, terminó bien o sea en paz consigo mismo y con los demás, en ningún momento le dará escrúpulo al prójimo cometer cualquier bellaquería, ya que entonces lo protervo en un instante dado se volvería risueño y no pasaría nada. ¿Acaso no existe la filosofía del perdón? O ¿Ya no se debe perdonar setenta veces siete al pecador según el precepto bíblico? (Mt 18:21) ¡Cielos! Si se obrare continuamente así, o sea perdonando a diestra y siniestra sin asomo de contrición, cada uno distinguiría entonces que el hombre que ha subyugado, que ha esclavizado, que ha matado, que ha raído, o que ha mentado para salirse con la suya, que ha humillado sin compasión, o que ha agredido sin ton ni son y que por ende convirtió todo lo que tocaba en piedra de padecimiento y sufrimiento —como el colono, como el amo o como el encomendero celtíbero— sería a la larga simplemente exonerado, y que no valdría la pena ser bueno.

Pero además esa cuestión sentaría un nefasto patrón de que lo malo prevalecería y que lo bueno quedaría postergado al rincón más sórdido de la estancia. De ese modo la repartición de los dones en el futuro deshará todo exceso y cada uno tendría lo bastante —actúe bien o mal— y allá en la distancia, tras consumarse lo anterior, el peñasco que representaba la soberbia del impenitente desafiará al encrespado mar que miraba con estupor o con resentimiento, como no

se había reparado en el desconsuelo y el dolor que dejó esa persona mientras estuvo en la tierra a la que socorrió a impregnar de más pesares y de más preocupaciones.

Sin embargo ronda todavía en el ambiente la sensación de que ese miserable personaje no se saldrá fácilmente con la suya pues supremamente tendrá su condigno castigo de tipo celestial, si se recordasen las últimas instrucciones de Jesús a sus discípulos antes de la ascensión a los cielos... “...Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna...” (Mt 25:31-46).

¿Y aquel que desconfía de esas instrucciones postreras del Señor qué debe aguardar sobre el particular? Aquí se extiende un délfico macizo de montañas que impedirán el paso a cualquiera para ver el valle, si yo lo hiciere, o alguien lograra escalar esos macizos rocosos ciertamente o seré, o aquel privilegiado será huésped de los dioses<sup>13</sup>.

En la antigua Grecia los pensadores llevaron a cabo un esfuerzo tenaz para liberarse del madero del mito y por eso nació la filosofía, pero a pesar de esos arranques dialécticos debieron tolerar la presencia de un dios símbolo —el *daimon* de Sócrates, el primer motor de Aristóteles o el dios indiferente de Epicuro<sup>14</sup>— ya que no había manera de zafarse de su injerencia en los asuntos humanos, y con ello se ganaba una cierta protección en la exposición de los temas cruciales por parte de estos intelectuales intimidados ante la inmensidad del cosmos pero mantuvieron de paso, a título de una

---

13. Safranski, p.464.

14. Solo aquellos que fueron realmente felices en vida, logran hundirse lenta pero gozosamente en el olvido y la tierra más tarde será grata con ellos (Nota del autor).

presencia desconocida, pero presencia al fin y al cabo, perceptible en su maniobrar, o en la figura de una criatura veleidosa, llamada Fortuna a la que le rindieron pleitesía, un doble juego para equilibrar la balanza, una subjetiva y otra objetiva. Y era esta última, la objetiva o sea la fortuna, la que podía desequilibrar la balanza para cobrar en cualquier momento la afrenta o la agresión sin justificación al débil o a cualquier persona o a la deidad. O sea, existía un temor reverencial por esa especie de Moira, o fortuna que a nombre del destino recaudaba las deudas tarde o temprano... más ¿le pasó la cuenta de cobro esa deidad esquiva al ibero?...

Las cosas malas que se han hecho en este mundo se han pagado más tarde que temprano en este mismo mundo, rezaba un adagio popular; resta por añadir si eso se ha cumplido con el español en este tortuoso proceso del descubrimiento, la conquista y la colonización de la América hispánica. ¿Pero sí existen las cosas malas y las cosas buenas? ¿Cuál es la diferencia entre una y otra?...

Creo que he llegado al límite en esa cuestión del castigo o de la recompensa... aunque afirmo que sí existen las unas y las otras, en mayor y en menor escala respectivamente en el concierto de la naturaleza de las cosas. No sin antes aclarar que lo bueno es aquello que eleva al hombre y lo malo es aquello que lo rebaja, según Nietzsche.

Empero, había igualmente un apuro y muy serio, y era lo relacionado no con el problema del mal en sí en el mundo, sino a quién achacárselo. No podía ser aquel dios símbolo, ni siquiera al Dios de los cristianos, y por ende era forzoso escrutar en los alrededores una figura contraria que pudiera individualizar esa tendencia connatural al hombre y así devino el demonio como prototipo de esa pauta tan recurrente.

te en el seno de la sociedad o sea el mal. Sin embargo es preciso aclarar que para los griegos el mal era fruto de un accidente de la fortuna, en cambio para los cristianos, era obra del ángel caído...

Entonces la doble cara de Jano adornaba a la fortuna y se podía mostrar de un modo u otro sin importarle un bledo ante quien se revelaba, mas por lo visto hasta aquí, parecía persistentemente sonreírle al amo o al negociante, en suma al malo y en cambio le daba la espalda al más débil o sea al indio o al negro esclavo. Igual acontecía con el ángel caído que parecía también darle su apoyo al ibero perverso, pues no le acontecía ningún contratiempo serio en su discurrir...

¿Será que la fortuna ha sido aliada incondicional de la voluntad del más poderoso o del más inicuo y ha desdeñado al más enclenque o al de buen corazón? A lo mejor, si se revisare con acento histórico el devenir del hombre en sociedad y se estableciere luego —por ejemplo— cuántas veces el pobre, el bueno, el infeliz, el débil, o la viuda han triunfado en el juego de la vida frente al fuerte, al malo o al rico... quizá se podría hallar la respuesta a esa inquietante pregunta.

Por el momento siempre resultaría reconfortante para el desvalido, o para el infeliz examinar la Biblia (Eze 34:11-17) incluso al que hizo el bien...

De ahí que fuere de recibo indicar potencialmente que el mundo ha venido rodando por la esfera celeste asido de un guardia esquivo, la fortuna, que parcializada en pos de un bando cuando lo otea enseguida encamina sus baterías para aquello que le conviene a los miembros del mismo. O sea al poderoso, al rico o al maléfico...

Entonces, para retornar al siglo XVI en adelante, los ibe-

ros —y margino aquí a los portugueses<sup>15</sup>, a los ingleses y a los alemanes e incluso a los filósofos, por razones de espacio y de conveniencia ya que no intervinieron en esta tierra sino muy de pasada— y responder a la pregunta planteada dos párrafos atrás, es del caso señalar que tuvieron no solo a la fortuna de su lado sino que otra deidad les sirvió de oráculo también para sus protervos fines y ese semidiós, si bien no era ni Satanás propiamente dicho ni la Fortuna en toda la extensión de su palabra, era en cambio un sacristán de la fortuna, y denominado el talismán del dinero al que rendían el culto correspondiente. Y ¡vaya qué culto! ¡Pues no imaginaban a la fortuna sin ese acompañamiento, el de la moneda...! El vil metal ¡y en pos de ese amuleto eran capaces de vender su alma al diablo!

Aportada la anterior información de igual forma es acertado aseverar que casi nunca les salía mal las cosas por aquí al español, sobre todo, si venía con pésimas intenciones. Y bajo esa aseveración cabe preguntar otra vez, ¿esto qué era, un mundo al revés o un orbe manipulado perversamente por un guasón?...

El orden de las cosas no depende muchas veces de uno y por consiguiente hay en el mundo en movimiento necesariamente algo que debe preceder, y una vez puesto ese algo, ha

---

15. Aunque uno busque el modo de separar a los lusitanos de este proceso aberrante, por razones metodológicas, no se debe olvidar en cambio, que aproximadamente en 1441 principiaron sus navegantes a capturar en las costas africanas a negros que más tarde enviaban como esclavos a la península y a otros lugares de Europa. Tras el descubrimiento, la conquista y la colonización del hemisferio de Colón, el tráfico de personas negras se incrementó espantosamente y durante cuatro siglos un infernal triángulo comercial de personas entre África, América y Europa se hizo patente para escarnio de la humanidad por parte de ellos junto a los ingleses y uno que otro italiano. Eran unos traficantes de la muerte a no dudarlo, por las abominables condiciones en que transportaban a esa pobre gente (Nota del autor).

de seguir irreparablemente otra cosa que no es reversible. Y en este caso se ha desconocido cuál fue el mecanismo que puso en marcha todo ese andamiaje de agresión social y de ferocidad humana o sea qué fue eso que debió preceder para que fluyesen esos eventos –agresión y ferocidad– aunque se podría intuir que podría ser por ejemplo el interés... mas es una lejanísima suposición...

Por ende el dinero, ese poderoso caballero, según Quevedo y Villegas, era el catalizador y el señor todopoderoso que tutelaba y acolitaba todas las acciones, y en su nombre se realizaban mil bellaquerías. Si esa acusación está fundada, como de hecho lo está, lo único que habría que hacer en este instante es mostrar lo que el amo o el colono no reveló jamás, indulgencia ante sus desafueros... ¿Indulgencia para con esos bellacos de mala madre? Y luego el perdón... por sustracción de materia a lo mejor sería lo más pertinente...

¿No sería acaso eso un signo evidente de debilidad? Tal vez, puesto que los despreciados y los desgraciados, en suma los miserables, todavía desde el silencio de sus tumbas reclaman una condigna sanción, una ejemplar reparación y un público *mea culpa* por parte de sus descendientes. Y nada de eso se ha hecho todavía... Ni creo que se hará, solo protestas y constancias como esta.

Por ende el comportarse de una manera tolerante para con esos infames personajes sería hacer ostensible el culto a ese caballero tan poderoso, don dinero, y dejar ver además un rostro pusilánime y enclenque ante los desafueros del que tiene ese poder tan letal. Un mal ejemplo para que todo siga igual o para que siguieren repitiendo esos abusos en pos del vil metal. En definitiva y a fuer de parecer un buen católico pero un pésimo cristiano, no es de recibo sugerir la indulgencia... Aunque tampoco la sanción. ¿Entonces? El olvido sería o hacer un mohín de indiferencia...

Cervantes consideraba que España en un futuro no muy lejano sería ella sola el rincón del mundo donde estaría recogida y venerada la verdadera verdad, claro, si esa verdadera verdad era el dinero, mas al faltar en muchos españoles, la verdad y el dinero de paso, eso hizo fallar en sus predicciones al autor de *Don Quijote* y todo se fue a pique ya que ni la península ha sido el rincón del dinero, pues se evaporó y dejó rastros de desolación, ni mucho menos abrigo de la verdad ya que tampoco en esa tierra se le ha reverenciado como se merecen sus credenciales.

¡Cómo descompusieron sociablemente a la humanidad el interés y el dinero!

Para dar una imagen de este planteamiento es necesario proveer una pista cronológica en este contexto y por eso todo se ha de situar a partir de la última década del siglo XV hasta comienzos del siglo XVII a efecto de deducir a cabalidad que se hallaba ese periodo cobijado por dos intenciones que facilitarían entender un tanto el contenido de esta obra, a saber: a) cómo formaba parte de un designio criminal la empresa de traer esclavos para explotarlos de modo inmisericorde, y sin darle a los indios un respiro pues ese era el objetivo de tal empresa, y b) cómo se entendía la noción de beneficio económico, y diferenciar así el sentido último de la colonización ibera contra viento y marea que estaba ya por fuera de consideraciones típicamente humanas o culturales.

Uno no sabe si recapacitar que el interés económico ha sido lo único que ha llamado la atención en este mundo y por ese interés se han liquidado tantas cosas...

En realidad yo sí creo que el interés en pos de algo ha sido el móvil de todo... incluso hasta para la santidad en la cual se perciben indicios de interés...

Ahora bien: ¿cuál era aquel designio criminal en la empresa de traer esclavos?



¿Sí alcanzaron tanto el colono como el amo o el traficante a estar al tanto del significado de designio criminal? ¿Creyeron ellos que actuaban con plena buena fe sobre el particular? Una aclaración previa es significativa para solventar una incertidumbre que dejé latente o no explicité de una manera acertada: el periodo de la conquista se terminó cuando llegaron a Santa Marta los primeros lotes de esclavos negros procedentes del África pues esa presencia masiva indicaba que una novedosa actividad mercantil se iba a generar para el bien de la economía de España ...a despecho de contrariar la decencia humana. Y de entrada la noción de beneficio económico adquirió una fortaleza probatoria inusitada como prólogo al designio criminal que se iba a desarrollar más tarde.

Asimismo los colonizadores<sup>16</sup> españoles eran conscientes

---

16. Hay que entender este proceso histórico de dos formas. El primero como el paulatino repoblamiento del territorio de la Nueva Granada, con gente procedente de España y el segundo la explotación de los recursos naturales para enriquecerse tanto la Corona como el colono. El arribo de la mano de obra esclava incitó lo primero y redobló los esfuerzos por parte de los oficiales reales, y amos por hallar guaca por donde fuera. De ahí que España empezara “por bienvenida a beber a mi honra hasta qué yo que la vi beber, no creía que tenía tanta...” (Jover Zamora II, 1996, p.105) y desde luego que eso significaba que al español –colono, amo o, traficante– le fue bien con el indio y con el esclavo, pues lo que hizo le salió como deseaba, mas no todos los lances mercantiles o de trata le resultaron exitosos, pues en algunos episodios habían algunos actores que ni eran esclavos ni eran indios, eran franceses, ingleses o portugueses que picaban, se llevaban el cebo dejando burlado con el anzuelo vacío y más tarde derrotado al pescador, en este caso al español. Así se cocinó el declive ibero, por eso sería interesante conjeturar qué habría sucedido en esta tierra, si el hispano se hubiera portado de un modo decente con el nativo. A lo mejor los defraudados hubieran sido los naturales de aquellos países. Igualmente es de recibo añadir que el ibero estaba de vuelta de todo, menos de la codicia (o el interés por el dinero) a la que se aferraba con notorio frenesí y ardor, ya que tenía una ostensible debilidad por tal vicio y su deferencia era tal que no paraba en mientes en conducirse de tal modo para lograr su objetivo (Nota del autor).

de que la mano de obra negra<sup>17</sup> le iba a ser útil para sus planes de explotación minera en buena parte del territorio colonial; de eso no había la menor duda, dada la incapacidad del indígena para laborar en esos menesteres y ese conocimiento fue armando la estructura del designio criminal, o sea cómo hacer viable esa empresa al menor costo posible sin importar los medios para alcanzar ese fin. No sobra añadir que la esclavitud fue traída aquí para facilitar la explotación de las minas de oro o de plata que se encontraron en el decurso de la conquista, y como sabían que esa actividad era ardua, lo mejor era importar a los negros para ese fin sin importar los medios, y ahí también empezó a fraguarse ese designio criminal al mejor estilo de Maquiavelo.

Al mismo tiempo distinguieron esos colonizadores —el amo, el colono, el traficante, el intermediario o el burócrata— que eran los segmentos de esa infausta empresa criminal, unos con más énfasis que otros— que al ser esa mano de obra barata en exceso, eso subsanaba su traída desde tan lejos y en condiciones sórdidas, y por ende al no importarles nada acerca de sus padecimientos, solo si eran aptos o no

---

17. La historia ha sido olvidadiza con un adalid de los esclavos, Álvaro de Sandoval (1576-1552), un sacerdote que estuvo en Cartagena entre 1605 y 1652, con un *interregno* en Lima (1617-1619) ya que cuando vio de primera mano los horrores cometidos contra los negros traídos especialmente de Senegal y Guinea Ecuatorial y las condiciones infernales con que atravesaban el océano para recalar en el puerto, dejó constancia de esa infamia, en una obra política y sagrada a la vez, titulada “Un tratado sobre la esclavitud”, en donde señaló a los armadores portugueses y españoles como responsables de traficar sin escrúpulo alguno con las personas oriundas de África e importarlos al territorio de la América hispánica. Aunque su carácter era áspero y desabrido, y ajeno a toda pompa o parafernalia, no por eso debió omitirse su presencia con más énfasis en la crónica de ese flagelo de la humanidad. Eso probó también un designio criminal en la empresa colonizadora al traer negros en esas pésimas condiciones (Nota del autor).

para determinados trabajos, duros de suyo, violentaban uno de los preceptos más caros del Cristianismo que pregonaban a los cuatro vientos: el amor al prójimo... y al agredir ese principio de una manera atroz y sin escrúpulo exteriorizaron además un propósito patibulario.

Pero esa postura no podría considerarse en sí misma como un propósito criminal... era un simple afán de riqueza... con un poco de mala fe, pero hasta ahí.

Desde luego que todavía no era un designio patibulario, pero luego tomó ese cariz cuando se extendió esa práctica, ya que se irrespetó, se agravió y se agredió dolosamente, constantemente, metódicamente y diariamente a la miserable condición del negro esclavo y se laceraba además con actitudes hostiles y bellacas al indio... que en medio de los dos no sabía qué hacer con su vida.

Y eso iba empujado o espoleado con tal de que el beneficio resultara descomunal... o sea no pretendían una ganancia normal sino una utilidad que justificara la inversión con creces... al precio que fuese, incluso si eso implicaba la supervivencia del negro y es ahí donde se concretaba o se concretó el designio criminal... o sea fueron unos delincuentes... esos mercachifes.

¿Cuál pudo ser la razón por la cual los traficantes de cautivos y sus clientes en el continente no se conmovieran o no se sintieran cohibidos por las muestras de abnegación y misericordia que a diario exhibían ciertos sacerdotes, principalmente san Pedro Claver<sup>18</sup>, llamado el Apóstol de los esclavos? Opino que el español en ese caso miraba para otro lado como si eso no fuese con su persona... o estimar que en

---

18. En el primer tomo de esta obra de aliento, consigné algunos aspectos sustanciales acerca de la existencia de este excelso varón, por ende a ese texto me remito, a fin de no reiterar tópicos (Nota del autor).

verdad para ese personaje la sola idea de justicia o de solidaridad era reputada impracticable en un medio en donde todo tenía importe al precio que fuera.

En efecto todo estaba reducido al comercio, que se aplicaba por encima de cualquier otra consideración y por eso los lazos del sentimiento y las redes de la amistad quedaban indubitavelmente ligados a los ardides materiales del interés, por eso ninguna vez se ha podido tantear en esta parte del hemisferio de Colón la idea de una nación para todos, o mejor de una comunidad para todos, porque la noción de beneficio económico siempre predominó en esa época y el sentido último de la colonización por ende estuvo animado por el espectro mercantil, utilitarista a ultranza sin importar el costo que tuviese en vidas humanas o en deterioro social.

Y aconteció algo raro. Como el contenido de la esclavitud en la Nueva Granada y el tema de la minería colonial fue tan brutal, tan descomedido y tan descomunal, los interesados en la historia por aquel tiempo, se dieron a la tarea de mostrar muchos aspectos de su desenvolvimiento cultural y de la explotación difundidas en complejas descripciones<sup>19</sup> sin que pudiere arribarse a una conclusión significativa sobre su auténtico impacto, que a no dudarlo fue negativo pero no en qué grado. Sin embargo eso no representará un obstáculo en reiterar el agravio sufrido tanto por el esclavo como por el indio así como el deterioro del recurso natural; este último, irracionalmente estropeado.

Hasta la historia y la tradición fueron cómplices de esa confabulación aciaga, pues sus contenidos y sus contextos se hallaban desenfocados en unos aspectos, distorsionados en otros, en suma, confusos y alterados, a pesar de que milita-

---

19. West, 1972.

ba la evidencia de un designio criminal a fin de estimular el beneficio económico.

A continuación ya es hora de ir al contexto de la minería, el auténtico calvario del esclavo pero no para instruir los aspectos fundamentales de la excavación, o en sus clásicas divisiones, veta de plata o filón de oro, exclusivamente se completará la idea de asociar el impío trabajo del esclavo con la organización material de tal quehacer en medio de los propósitos delectivos de cada amo o dueño de la mina. Hay que tener presente no obstante que el esclavo no necesariamente era adquirido para trabajar en la minería, también era comprado para otros menesteres, si bien menos duros que esta faena... pero seguía eso sí sometido a la embrollada voluntad de su dueño y señor.

Consecuente con ese orden, es de recibo, exponer que por estas latitudes la colonización ibera se empotró primordialmente en la minería de oro y plata y la explotación al principio estuvo en las manos de las comunidades de indios, estacionarios, buenos para casi nada y que instaron más tarde, como ya lo dije arriba, a importar mano de obra esclava o sea negra, para suplir esa deficiencia ancestral bien física o bien de carácter.

La interrogación que brota como referencia a esa cuestión sería: ¿Cuál fue la razón por la cual en extensas minas de oro o de plata, e incluso en el curso de ciertos ríos en donde el oro fluía por pepitas la labor de los indios, antes de la presencia ibera, se hacía sin contratiempos y en cambio ante la presencia del usurpador, ese proceso se convirtió en un incordio laboral? Acaso porque el indígena cumplía su rol en la extracción de esos recursos sin presiones de ninguna índole, con tranquilidad, en cambio ante la imposición violenta del pendenciero celtíbero, mutó de actitud y se volvió más indolente de lo normal. Tampoco se puede descartar el

peso de la faena a desarrollar, el horario y la carga que se echaba sobre sus hombros que era a todas luces irrazonable y constituía un atentado contra su condición física. A la postre eso acabó con comunidades enteras de indígenas que no estaban habituados a atarearse de ese modo tan bestial y desalmado.

Ese pudo ser el límite y la forma de la memoria sobre el particular, aunque fuese adecuado del mismo modo agregar que al indio por lo general no le instigaba en el grado que sí tenía el español, el esplendor del oro o de la plata tal vez porque desconocía los vericuetos de su valor en el mercado o la trascendencia social que la tenencia en grandes cantidades de esos metales traía consigo.

No deja de ser un contrasentido social que mientras las regiones escasamente pobladas que carecían de las vetas de esos ricos metales, poco a poco se mudaron de aires y pasaron a ser zonas marginales ocupadas por granjeros de otras naciones, por vagos, por misioneros e incluso por indios andariegos, en cambio en aquellas comarcas por donde fluía la explotación mineral, a su vez, se trasmataron en centros no solo de la cultura española sino de una invariable fuente de riquezas en las que mediaban disímiles fuerzas de proveedores a fin de abastecer a toda esa gente —amos, alguaciles, capataces, esclavos<sup>20</sup>, mercaderes— que de una

---

20. En medio de la promiscuidad y algarabía que se produjo al entrar en contacto distintas razas “inferiores” resultaron unos individuos que fueron de inmediato calificados como de “baja extracción” o sea aquella asignación social que se dio en la pirámide colonial y republicana a los pardos y mulatos en razón de su origen mixto de negro o esclavo para lo cual se tenía en cuenta sus rasgos esenciales, o como bajero, o sea la asignación social que le correspondía al individuo costeño, negro, nativo del bajo Magdalena para lo cual igualmente se tenía en cuenta las características culturales de esa región (Nota del autor. Véase además: Triana y Antorveza, I, pp.258 y ss.).

manera u otra manejaban o intervenían en ese floreciente negocio (West, 1972, p.9). O sea hervía en medio de ese caos organizado, valga el oxímoron, una creciente prosperidad mercantil que igualmente con el paso del calendario se diluyó gracias al despilfarro continuo de los recursos monetarios y las tensiones sociales que ese clima de coexistencia generaba.

El escalonado aumento de ese fenómeno social —la repoblación— conduce a señalar que solo el aliciente de la explotación minera en sus variables fue la que estimuló el asentamiento de las localidades que después se convirtieron en las ciudades más importantes del Virreinato, aunque hubo una excepción, la cuenca del Chocó, rica en matices auríferos y de otros tipos, y sin embargo no pudo jamás levantar cabeza como sí lo hicieron otras regiones con menos potencial por explorar.

Fue una oportunidad sensible echada a perder que tuvo esta parte del hemisferio de Colón con la explotación minera, ya que de haberse ejecutado con unos cánones normales para aquel ciclo, sin excesos y sin intenciones criminales, hubiese conseguido más solvencia social y cultural entre sus habitantes, pero al ejecutarse su explotación a diestra y siniestra, con exuberancias extravagantes y con desmedido afán de lucro en detrimento de los más débiles, el desenvolvimiento cultural y social que se llevó a cabo fue pésimo y sin posibilidad alguna de enmendar; por el contrario, empeoraba en la medida en que pasaba el tiempo y la prosperidad iba y venía por todas partes. Y todos perdieron al final de la jornada, pero especialmente la región que quedó reducida a su actual condición.

De ahí que esas comarcas ricas en todo, parecían dibujadas por El Bosco pues se advertían cosas increíbles, ya que

los que habían de ser sensatos por su saber, andaban por el suelo, al contrario, los que debían andar por los suelos, por no saber las cosas sino codiciarlas únicamente andaban por las nubes y a como diera lugar gente incapaz y de poco lustre, allá mandaban con falso señorío... Y de ese modo también marchaba el Chocó, sin ciencia y sin experiencia y por eso no se podía esperar mucho pues era un territorio “que no tenía ni pies ni cabeza”. Y lo peor fue cuando pasaron estos personajes y vinieron otros que se preciaban “de muy personas, y como caminaban hacia atrás, de ese modo todas sus acciones las hacían al revés...” (Gracián, p.133).

Y todavía uno discurre cuáles serían las razones por las cuales en Colombia las cosas están como están aún...

Pero había algo que se divisaba en ese ambiente sórdido de lucro humano y de miseria y no solo en el Chocó sino en las demás regiones de la Nueva Granada, donde existía esa industria y ese comercio: que todo se promovía lánguidamente porque infatigablemente se aplazaba a la esperanza para darle espacio a la expoliación y de ese modo esta tierra, careció de la oportunidad, ¡Qué palabra tan colosal! ¡Cuánto encierra! y ¡Cómo engaña!, para lograr desenvolverse apropiadamente por el sendero del progreso.

Las naciones del Viejo Mundo cuando tuvieron su oportunidad la aprovecharon y se hicieron notar en el resto de la tierra.

En cambio, la Nueva Granada —o mejor la América hispánica— a pesar de tener su oportunidad histórica, no supo lo que era o no pudo saber de qué se trataba y a dónde la encaminaría y por ende se extravió en medio de la riqueza y de la opresión del extraño y de esa manera poco a poco cayó en el desmejoramiento paulatino de su manera de vivir, que dicho sea de paso, tampoco era el perfecto, pero por lo menos gozaba de autonomía.



¿Fue algo atávico lo que se impuso al fin y al cabo? ¿Acaso no se merecía esta zona un instante de balbuceo del destino para ir tras el progreso material que otras zonas sí obtuvieron por ese mismo procedimiento ancestral?<sup>21</sup>. Faltó algo específico: La voluntad de poder que con sus motivaciones hubiera impulsado a los habitantes de este territorio por caminos de perfeccionamientos insospechados, por vertientes de avances nunca halladas mas como no eran idólatras sino de tonterías y vanas supercherías aunadas a una tenaz tosquedad, no pudieron generar ninguna faena positiva alrededor del poder, y aludo no solo al indio sino al negro también aquí, y esa ausencia de voluntad de poder estancó todo un proceso de eventual progreso. Eso era ancestral y estimo que poco intervino la fortuna en ese tejemaneje. O ¿Si?<sup>22</sup>.

Este contexto merece el siguiente planteamiento: Yo

- 
21. Esto merece la siguiente explicación: Las comunidades griegas de Occidente habían sido creadas o forjadas, “desde arriba”, esto es, a través de la distribución racional de la tierra a los colonos por parte de sus líderes —que no eran conquistadores sino guías o arcontes— y ese modelo creó las condiciones necesarias para que surgiera no solo el terrateniente sino también el pequeño y mediano propietario de tierras y se entrecruzaran —no sin tropiezos y conflictos— para mejorar las condiciones de existencia y mirar el futuro con un poco de optimismo. —Sicilia fue un ejemplo sobre el particular, aunque es plausible aclarar que ese esquema no estaba exento de dificultades y aprietos que ponían a prueba el sistema adoptado pero que de todas maneras implicaba un paso adelante— (Nota del autor. Véase además: Lane Fox, R. (2007). *El mundo clásico*. Barcelona: Crítica, pp.159 y ss.).
  22. El propósito de esta investigación es comprender y explicar, entender y reconstruir desde las preguntas formuladas en el Proemio, los sucesos que dieron fisonomía a la condición de vencidos tanto al indio como al negro especialmente, con el objeto de obtener un consenso para las respuestas y dejar abierto el temario a nuevas interpretaciones al ir mejorándose tras el paso del calendario la información suministrada. Soy en ese aspecto un facilitador y un integrante de ese trámite que podría ir más allá de cualquier expectativa que se tuviere normalmente en una indagación de este tipo que busca darle al ser ahí en el mundo del vencido su razón de ser (Nota del autor).

puedo representar aquel presente —ya pasado— como perteneciente a cierta época del orbe, diversa de las otras, por algún carácter peculiar o separado de las restantes por algún acontecimiento catastrófico. En este caso, el descubrimiento de un Nuevo Mundo. Bajo este presupuesto reconozco que aquel presente (siglo XV en adelante en la América hispánica) pertenecía a una de esas sacudidas del mundo en las que este se volvía al revés, con las patéticas secuelas negativas que eso pudo aparejar. Entonces al interrogar ese lapso y descifrar su jeroglífico, se dio el comienzo de cierta hermenéutica histórica en donde se inscribía una expedita minoría de edad en todos los aspectos del discurrir sin una salida a corto plazo. Carezco del talante necesario para entrar en detalles, mas al persistir ese estado de minoría de edad en los actores de ese drama con el paso del tiempo —ya que predominaban el dogma, el oscurantismo, el autoritarismo, la sumisión, la jerarquía, la ignorancia, la superstición, el vicio y la virtud escaseaba y predominaba la tiranía de las opiniones autorizadas— no podía esta tierra elevarse hacia el perfeccionamiento o tener la audacia de superarse plenamente en pos del desarrollo social. Al no existir el uso de la razón, o al no compartirla el invasor, se privó a las Indias Occidentales del componente de orden inevitable para ir en pos de las luces y esto quedó sumido en una tenebrosidad que todavía espanta (Foucault, 1999, pp.335 y ss.).

Por eso, al cotejar uno el proceso de esclavitud de la antigüedad con el que se llevó a cabo durante la colonización de la América hispánica, más concretamente en la Nueva Granada, llega uno a la conclusión, de que solo en ciertas cosas allá, hace ya tantos siglos, se sobrellevaba lo injusto, mas, en esta época terrible que refiero, ni siquiera se admitía el exceso en ciertos tonos del trabajo del negro

en las minas y en ese aspecto, el despotismo del mediocre español distaba de la sinceridad del ateniense o del colono griego. Nada era homogéneo aquí —excepto en la agresión— y se carecía de unidad, incluso en la religión, durante el doloroso trámite de la colonia española. Y mientras tanto el indio andaba de aquí para allá, sin saber a ciencia cierta qué hacer cogido en la encomienda como conejo y sin superar también su ancestral ignorancia, que era uno de los deberes del encomendero.

¿Por qué le cupo en suerte a este hemisferio de Colón, haber sido descubierto, conquistado y colonizado por los iberos? ¿Por qué hay algo en lugar de nada?<sup>23</sup> Hay en la índole de las cosas unas secuelas cuya significación carece de mojonos ya que se perdieron en la tenue niebla del pasado; de ahí que la conjetura fuera la madre de la verdad en este caso, cualquiera que fuera su característica. Lo único que puedo indicar sobre el particular es que esta tierra llegó tarde cuando se iban a repartir las mercedes a las demás naciones y se quedó luego con la más grotesca al momento de ser explorada (Gracián, pp.435 y ss.).

Aristóteles dijo alguna vez<sup>24</sup> que la actitud teórica en la existencia pudo emerger cuando el hombre disponía ya de todo lo que consideraba indispensable para satisfacer sus necesidades básicas y esa afirmación pudo encajar en el

---

23. Estas dos preguntas de tipo ontológico acreditan el problema de la posibilidad y de la realidad en sí misma, si se respondiere adecuadamente lo segundo a lo mejor la primera pregunta se respondería casi que de plano, sin esfuerzo alguno. Sin embargo la cuestión es si América pudo ser distinta de lo que es en realidad tras el descubrimiento, mas esa inquietud quedará insoluble en vista de que lo único que hace posible un análisis de esa índole es la realidad y la realidad resultó bien distinta. En otras palabras eso quedará en el marco de las especulaciones (Nota del autor).

24. Aristóteles, 1995, Libro 1.

aborigen, por muestra, antes de la llegada de Colón, de ahí que su transitar fuera en términos generales, con las prevenciones del caso, casi que bucólico y sin ánimo alguno de seguir avante por la senda de la prosperidad. Incluso me atrevería a sostener que nunca supo lo que era prosperar, solo entendía vegetar mecánicamente. Por eso al llegar el descubridor, el conquistador y el colono, su actitud fue de conformismo –con las excepciones de rigor– y de sumisión ante la situación que le cambiaba la existencia por otra diferente y también sin posibilidad alguna de mejorar, lo que constituyó la nota predominante por parte del aborigen. Y pese a que se hallaba en su hábitat parece que no tuvo una noción exacta de lo que era hacerlo respetar y en eso también falló lastimosamente.

Pero con el negro/esclavo, la cosa fue muy distinta. Había sido sacado a la fuerza de su entorno agreste, mas ese era el medio en donde vivía congruamente, para ser remitido después en las condiciones más infernales y degradantes a otro medio, hostil de suyo, y hundirse sin remedio alguno, en ese mundo vano pero fantasmagórico que le impedía alcanzar un nivel mínimo de dignidad. En esto consiste la diferencia entre uno y otro aunque ambos –aborigen y esclavo– padecían del mismo síndrome, el de la subordinación sin eufemismos de ninguna especie y de ese modo carecían de expectativa alguna de cambio.

En igual forma la incertidumbre<sup>25</sup> fue un temor arraigado

---

25. En el proceso de precomprensión de la problemática del ser ahí en el mundo del vencido para lograr después responder las preguntas ontológicas de rigor u otras para mejor proveer sobre este trámite y arrancar el proceso de aprehender al ser ahí del vencido en cabeza del indio y del negro tras la el vasallaje y la esclavitud a la que fueron sometidos, es necesario puntualizar estos conceptos fundamentales al lado de ciertos datos para formarse un preconceito o una idea

en ellos, junto a la espantosa soledad. De ahí que sea incuestionable explicar que el espacio de vencido del indio en la colonia estaba perdiendo fuerza a favor del negro/esclavo, pues su presencia se expandía por casi todos lados, pero no por eso hay que dejar de citarlo aquí de vez en cuando, porque si bien el indio gozaba de un tratamiento peculiar en la encomienda, muchas veces era también víctima de la agresión del encomendero cuando este veía que las cosas no marchaban según su ladino sentir.

No obstante esta acotación, ambos, el negro y el indio, quizá con más énfasis el primero, sintieron en carne propia la dolorosa condición de vencido y por ende mostraron el registro de un variopinto mosaico de posturas patéticas, una especie de *collage* de sentimientos, de impulsos, de imaginación siempre viva que hubiera podido abatir al mundo de no tener cada uno en la faz amargada, no por el padecimiento sino por la resignación que ese contexto les impuso. Faltó un aliento soberano que instara a cada uno a mantenerse erguido en pos de sacudirse de esa aflicción, pero las voces que pregonaban lo contrario eran más fuertes y solo muy pocos hicieron caso omiso de esas recomendaciones de paciencia o de pasividad.

He tratado pues de esgrimir aquí la exégesis histórica, las noticias e informaciones, así como las metáforas, las máximas y reflexiones y las anécdotas, etc., sencillamente puntualizando lo que encontré en la escala registrada como evidente o factible casi en un 50 % de cada caso, no obstante

---

sumaria de lo que había sucedido, en otras palabras forjarse provisionalmente una imagen de esa situación con el propósito de establecer posteriormente las pautas ontológicas de rigor. Es en suma una especie de preparación hermenéutica estos capítulos en donde se refieren tan dolorosos hechos (Nota del autor).

al tratar de socavar las fuentes un tanto más, hallo para mi sorpresa, que eso fue mucho más execrable de lo que exteriorizo de manera deficiente aquí.

Fue indudable que esta novedad me exigió a ir más allá de la perspectiva de un simple método y aplicarlo luego al lado de un sucinto planteamiento filosófico; por el contrario, me exigirá especificar los datos más dramáticos y luego establecer dadas las circunstancias, las auténticas condiciones sociales acerca de la existencia del indio y del negro por estas latitudes, afrentadas por tanto desafuero del usurpador ibero. Y después maniobrar esa realidad desde una perspectiva ontológica o sea como parte estructural del ser ahí... en el mundo y en el mundo del vencido con base en estas precomprensiones acerca de la índole del indio y del negro por estas regiones para los fines previstos desde el Proemio de este material y allanarse a sus requisitos formales y materiales como se verá más adelante.

¿Qué posibilidades concurrirían de que en virtud de mi condición de nativo —y colmado de suspicacia— de esta parte del globo terráqueo, me podría equivocar por haber entendido mal o valorado incorrectamente una tradición, un esbozo, un aserto histórico o un testimonio sobre el particular? Es un riesgo hermenéutico, un peligro epistémico pero esto no simboliza en ningún caso que tenga que morigerar los efectos de lo que aprehenda para aislar ese conjunto de hechos. Puedo solventar mal, si bien eso no borraré el contenido de ese pasado nefasto y que me impida finalmente responder a los interrogantes indicados arriba. Además este escrito está dirigido esencialmente a un lector ávido, capaz de conocer los límites de los contenidos expresados, ponerle freno, asumir su propia versión y responder de un modo

diferente las preguntas que fueron el “Ábrete Sésamo” de este trabajo.

Hay que recordar desde ahora que la fenomenología asume a la naturaleza de las cosas como su deidad, a las pautas que trazare consagra sus servicios, pero sin caer en una esclavitud necia y perniciosa tras sus efectos, de ahí la importancia de un interlocutor aquí que no tragase entero, y que dentro del proceso fenomenológico que adelanto efectúe una labor de criba y pueda después al margen de mis aseveraciones, tomar una ruta distinta... en lo que concierne a las formas del ser ahí en el mundo tras el análisis de los fenómenos que hicieron aparecer esas formas... del ser ahí en el mundo, desde su sentido, pasando por su constitución hasta llegar a su consumación.

Y como secuela a la anterior inquietud arguyo que para eso acudí al recurso ontológico, una ventana abierta a la realidad, para advertir después al ser y su sentido, a su posterior constitución de ser ahí en su mundo, luego en tránsito hacia al ser en cuanto tal, y en cuanto ser en el mundo del vencido en el mundo, y confirmar si me pude exceder en mis apreciaciones o si por el contrario tras las preguntas ontológicas de rigor, las respuestas que generaré al final resultaron acordes con el contenido programático de este texto y con el complemento de que el recorrido adicional que deberá hacerse por otros contextos aquí, de carácter histórico e informativo o anecdótico, avalaría también esas réplicas y finalmente se colegirá que lo dicho hasta ahora no ha sido producto de una prevención atávica, sino que fue fruto de esa realidad definitiva del indio y del negro la de ser cada uno, ahí, en el mundo de los vencidos. Por eso, aspiro que el riesgo sea mínimo.

Y en todo caso lo que no hay que dudar es que eso fue

un mundo... y verdadero, ya que lo verdadero aquí es el ente mismo (lo patente, lo abierto a...) en el sentido de su ser manifestado o manifiesto puesto por las condiciones del momento en ese lugar para que “ES” o sea para cada uno, el indio y el negro, en un ten con ten, fuera colocado luego en tal condición o sea de vencido. Mi faena ha sido hasta ahora apropiarme de la índole del problema —la historia de los vencidos— y con las preguntas ontológicas formuladas en el Proemio, arrancar el proceso de desocultamiento de esa historia... primero el sentido del ser, luego... como se está viendo y seguidamente como se verá.

Los españoles<sup>26</sup> heredaron disposiciones anímicas de sus antepasados epónimos que exaltaban unas cualidades significativas, el valor, la justicia, la valentía, la gallardía, pero con el paso del calendario y al abrirse paso la codicia y el afán de gloria esas bienhechoras formas de vida fueron diluyéndose y trocándose por unos defectos que dieron al traste con ese legado... que se hicieron notorios por estas latitudes. Y para indicar eso no se requiere ser refractario a ellos, sino conocedores de su realidad ancestral.

¿Qué los hizo reaccionar de una manera diferente, heterogénea y perversa una vez pisaron tierra amerindia?...

¿Acaso es menester insinuar que el esclavo/negro e incluso el indio espolearon cada uno desde su vértice al ibero para que actuara de esa forma aleve? O ¿acaso sería que como no nacieron bajo una estrella propicia, todos los forasteros les cayeron a palos y a garrote respectivamente?

---

26. Algunas veces hablo en singular o hablo en primera persona y en otras ocasiones lo hago en plural o en tercera persona, no es una omisión, es para darle mayor acento a la oración y puntualizar con énfasis un contexto, en el cual me dejo llevar por mi posición o me resguardo en la tercera persona (Nota del autor).



Tal vez. Pese a que la raza negra fue la cuna de la humanidad, un sino de sufrimiento poco a poco se fue enquistando en su estructura, de suerte que todos convirtieron al negro en blanco de sus andanzas, y cuando el mundo empezó a expandirse fueron tomados como rehenes y sacados de su hábitat para trabajos duros, y sin embargo el sufrimiento corporal no era la única preocupación que les embargaba. Cavilaban también en su familia, cuya memoria paulatinamente se esfumaba tras la partida y la separación forzosa... Igual aconteció con la raza indígena que provenía del Asia y por ende se reputaba una estirpe inferior a la que también era preciso someter y a la que el destino de paso le había negado la ocasión de asomarse a las mieles del progreso o de la sabiduría. Pudo así mismo ser fruto de la tiranía de las pasiones que se agolpaban en el corazón del español o de los españoles que le instaba o que los instaba a hostigar a esos “remedos de persona” y quitarle de paso, todo ejercicio de alegría para que ellos mostraran en su faz sin artificio alguno, las huellas de su pesar...<sup>27</sup>.

¿Sintió el español algún regodeo por eso? Aristóteles pensaba que se podían distinguir cuatro motivos de una acción intencional: la costumbre, la ira, la codicia y el deseo...<sup>28</sup> y además tres circunstancias complementarias: la ocasión propicia, el carácter del que comete la injusticia y la coacción... A mi entender es interesante esta apreciación, y digna de tener en cuenta porque ciertamente el ibero en esta tierra, actuó, no por la fuerza de la costumbre, sino por la con-

---

27. La diversidad es la existencia de dos mundos diferentes de cosmovisiones, de intereses opuestos pero que no significa prevención aunque el equilibrio sea complicado (Nota del autor).

28. During, 2010, pp.212 y ss.

currencia de los otros motivos citados y de las circunstancias complementarias... Mas ¿por qué lo hizo si en la península si bien no era un hermanito de la caridad, tampoco era un criminal al que había necesidad de recluir? Hay que esperar por la respuesta...

Nuevamente el vencido llámese negro/esclavo e incluso el indio, ¿por qué guardó silencio?<sup>29</sup> Porque no había espacio posible para la protesta y el que se atrevía a rezongar era rápidamente reducido a la impotencia... a título de escarmiento en un marco donde confluían mentalidades opuestas y carentes de valores...

Es obvio que unos sufren por pequeñas faltas con el fin de que no pudieren cometer otras mayores y a otros indiscutiblemente le son permitidos cometer iniquidades tras iniquidades y luego se les facilita en medio del terror de la parca, arrepentirse de un modo oportuno...<sup>30</sup> y eso encaja perfectamente en este cuadro, desde luego que sería indispensable averiguar primero cuáles fueron esas minúsculas faltas imputables al esclavo o al indio, porque acreditadas están las felonías de los españoles. No obstante eso forma parte del inescrutable destino de la humanidad, en el sentido de que unos están arriba y otros abajo, unos gozan y otros padecen... sin que se pudiese establecer con meridiana claridad a qué obedecía esa escala de evidencias... aunque al analizar las formas cotidianas de aquel vivir es factible hallar una salida.

Ahora bien: ¿Por qué el amo que adquiriría al negro, no le

---

29. Esa podría ser o una pregunta ontológica o un concepto fundamental e incluso un hilo conductor para mejor proveer sobre el ser, el ser ahí del vencido y el tiempo (Nota del autor. Véase además: Heidegger, pp.97 y ss.).

30. Shakespeare, II, p.899.

ofrecía después su agudeza para que aprendiera algo útil? ¿O demandaba luego su comprensión ante esa iniquidad mercantil? Porque no le interesaba que adquiriese ese esclavo ciencia alguna, es más, no le convenía, y además había que tomar en consideración el hecho de que la esclavitud estaba ligada a la explotación del hombre por el hombre, y por ende los intereses económicos eran más poderosos que cualquier sentimiento que aplacara un tanto ese esquema de padecimientos.

Sin embargo lo anterior no obsta para afirmar que en un momento dado el esclavo podía comprar poco a poco su libertad y era llamado entonces “esclavo cortado”. No obstante es de asentar que en esta villa del Señor, han pasado cosas, a las que uno se asombra. Por ejemplo, había algunos esclavos de ambos sexos que adquirirían su libertad o la compraban para “luego venderse otra vez, operación comercial que les reportaba una ganancia de cien pesos...” (Triana, IX, p.359). Esa transacción recibía el nombre de obnoxación.

He ahí pues un ejemplo típico de asimilación total a la subordinación, aunque es de considerar que esa operación la llevaban a cabo esas personas porque no hallaban otro medio racional para subsistir...

El cautivo tenía una virtud inconmensurable, la paciencia, pues se encontraba inmerso en la adversidad y por eso era insensible a los porrazos del destino... aunque mostrase lo contrario... y en eso el negro/esclavo se diferenciaba del indio, supo aguantar con estoicismo los duros embates del amo y aunque, repito, chistaba, no por eso perdía la ecuanimidad, ya que entendía que si se salía de casillas le iba a ir peor. El indio, cavilaba lo contrario, se volvía arisco o contumaz ante las acciones de su señor y recibía del bulto.

Mas, eso no era óbice para lamentarse de que solo reco-

gía golpes cuando al tener frío su amo le calentaba pegándole y se dolía, igualmente, cuando al tener calor le aporreaba sin compasión para enfriarle el ánimo... con golpes se despertaba y con golpes se dormía, sus sueños por ende eran puro golpe...

Como el esclavo carecía de diversiones específicas, le sobrevinía rápidamente una sombría añoranza, madrina de la angustia y que nada reconfortaba, y al apoderarse así de su ánimo, le intimaba a llevar dentro de sí, la afluencia de mustios pesares, rival de la existencia. Ese hábito del dolor condujo al subyugado por regla general a controlar cualquier asomo de rebeldía y optaba en cambio, por el recurso más expedito ante un cuadro tremebundo de desesperación al límite; la muerte, semejante a un pequeño esquife sin velas y sin jarcias que se veía a ratos compelido a estrellarse por la absurda dureza de las condiciones impuestas.

¿Por qué? Porque entreveía en medio de su ignorancia que no le quedaban ya hermosos días por vivir... ¿Acaso no anhelaba a que sus lágrimas y gimoteos se transformaran más tarde en oro pagando su usura con un interés de felicidad cien veces mayor? Sí, pero como eso era la promesa cristiana del más allá de la que no estaba familiarizado, y como además lo suyo era irremediable, pronto se sumergía en las aguas de la parca... y, ha sido una lástima que no hubiere —o por lo menos no conozco— datos del número de esclavos que se suicidaban, pero debieron ser numerosos dadas las condiciones endemoniadas en que vegetaban apartados de todos y de casi todas las cosas del mundo.

Sin embargo, es plausible agregar que Dios era el más ultrajado con ese ignominioso proceder ibero que tenía garras antes que ojos para despedazar al indefenso esclavo... y al defenestrado indio. La duda que germina ante un cuadro de

malinidad como el acotado hasta ahora es: ¿Por qué Dios no canceló el compromiso de la existencia del protervo colonizador para que el esclavo, sintiéndose redimido, pudiera a su vez vivir lo suficiente y exclamar: Ha muerto el infame...? Vana pretensión, porque si bien con eso la rueda de la justicia podría haber hecho su revolución, con un riguroso antecedente, las cosas a partir de esa solución divina hubieran seguido un curso diferente al establecido desde la aurora del tiempo... Hay en todo caso que andar con paciencia por el mundo sin oír lo que determinen con impaciencia los deseos humanos de vindicación.

Triste suerte pues la del esclavo: Vivir muriendo en agonía perpetua, mirar sin ver, pobre espectro de viviente mortalidad en ancas, espectáculo de horrores, oprobio de la tumba que se precipitaba a usurpar su vitalidad, breve extracto y recuerdo de aciagos días... de ahí que a continuación del desenlace fatal su cuerpo sin reposo no reposara en paz en el suelo indiferente de la Nueva Granada.

Cabe de nuevo preguntar: ¿había esclavos blancos que soportaran idéntico rigor? La regla general era que debían ser negros, pero aquellos individuos —judíos, moros o turcos— que por razones religiosas o políticas habían caído en desgracia, hasta el final del siglo XVI, podían ser considerados como esclavos y tratados como tal, incluso ya Cervantes en sus *Novelas ejemplares*, indicó algo sobre el particular. Los envíos de esclavos blancos a la América hispánica si bien no fueron frecuentes, tampoco fueron inauditos y hubo constancia de que se inquirían permisos para importar esclavas blancas a Cartagena de Indias, aunque desde luego gozaban de un trato diferente al negro (Triana y Antorveza, III, 2001, p.388). Todo ha sido juzgado por su apariencia, y lo que no se veía, no contaba y por eso como hubo escasos esclavos

blancos que no dieron la cara públicamente, se perdieron rápidamente en el anonimato.

En todo caso, fuera blanco —como excepción— o fuera negro, para el primero la carga era liviana, en cambio para el segundo la carga era tan pesada que le provocaba no solo un esfuerzo descomunal y un cansancio físico enorme sino que caía en un abatimiento que extinguía toda esperanza, y ni siquiera la obsecuente sumisión podía reparar la iniquidad de su fortuna. Igualmente para el indio ya que al mismo tiempo la rutina del dolor ultimó por dominar su voluntad y entonces las uñas solo podían clavarse como anclas, no en los ojos de los iberos, como era su intención, sino en su propia y frágil carne. Frente a ese desgarrador cuadro de cosas, ¿podían acaso las irritadas almas de sus antepasados que igualmente perecieron bajo semejante yugo, luchar en su favor desde el más allá?

Solo desde la semejanza de situaciones similares, con sus signos precursores de tipo histórico o con un análisis del orden y de la medida en ese mismo acento histórico, podrían instituir los parámetros sobre los cuales se podría afirmar algo de ese algo atávico como sería la represalia cósmica...

Únicamente sería factible presumir que las adversidades de esas indefensas criaturas, serán ensalzadas ya que sus heridas instarán a que en el momento adecuado aquellos espíritus aviesos de sus ofensores turbados aun por la hora señalada... para el juicio final, fuesen remitidos sin contemplaciones al lugar en donde solo predomina el llanto y el crujir de los dientes al mejor estilo de la *Divina Comedia*.

Sin duda alguna la existencia del colono ibero —bien como amo o bien como encomendero— estuvo salpicada de un modo u otro de manchas morales y tintes delictuales ya que su actitud aparejó la pérdida de miles de vidas entre

esclavos y nativos. Así mismo careció de la magia del conquistador o del colono de la antigüedad, pues ningún beneficio dispensaba a sus vasallos salvo los necesarios y a sus esclavos, los indispensables para que sobrevivieran, y a regañadientes. No había tampoco entre el colono ibero y el esclavo negro algún vínculo emocional, salvo el sexual, ya que el único nexo era a través de la obediencia incondicional. Por eso cuando algún colono fallecía, el esclavo daba rienda suelta a su alegría y lo expresaba de muchas maneras, algunas de ellas, soterradas, para evitar represalias de los herederos. Tampoco entre el encomendero ibero y el indio había empatía mutua, solo desdén y desprecio, y concurría perennemente un nexo de carácter sexual, pocas veces de camaradería y ocasionalmente, raramente, fluía una integración formal entre las dos razas.

Este cuadro descrito no podía ser más dramático... y en su interior no se podría divisar nada más que altivez, animosidad, insolencia, escarnio, violencia, y de parte de los demás será presumir la sumisión, la obsecuencia y la rabia contenida, además de las heridas...

Ahora bien: Al enterarse Quevedo de ese trato inicuo que recibían los negros, y con aquella sorna que lo caracterizaba, expuso una vez el siguiente relato: “Los negros se juntaron para tratar de su libertad: cosa que tantas veces han solicitado con veras... Uno de los más principales, que entre los demás, era el negro limiste<sup>31</sup>..., dijo: Para nuestra esclavitud no hay otra causa sino la color, y la color es accidente y no delito: cierto es que no dan los que nos cautivan, otro color

---

31. El limiste era el paño fino trabajado en Segovia, mientras que la bayeta era el paño negro de baja calidad usado generalmente en lutos (Quevedo, 1990, p.693).

a su tiranía sino nuestro color, siendo efecto de la asistencia de la mayor hermosura que el sol... ¿Por qué no consideran los blancos que si uno de nosotros es borrón entre ellos, uno de ellos será mancha entre nosotros?...” y se despachó en su sátira contra ese baldón con esta advertencia:... “Cogéoslo la hora y levantándose un negro, ...y dijo: Despáchense luego embajadores a todos los reinos de Europa, los cuales propongan dos cosas: la primera que si el color es causa de esclavitud que se acuerden de los bermejos a intercesión de Judas y se olviden de los negros a intercesión de uno de los tres reyes que vinieron a Jerusalén... y la segunda que tomen casta de nosotros y aguando sus bodas con nuestro tinto hagan casta a lo que y empiecen a gastar gente prieta...” (*Ibidem*, p.320). ¿Tuvo razón el autor?

La divergencia es la separación de dos líneas que en su origen habían coincidido y ese origen aquí tuvo una configuración bíblica a la que por lo visto no se le prestó atención. Al ibero le hizo falta manejar el concepto de pluralismo que se caracteriza por el manejo positivo de la diversidad sin prevención, pero mediaban tantos obstáculos que era imposible admitir esa divergencia.

Es de admirar que este cojo resentido, que a mi juicio escribió la política en cháchara cáustica, igual que su admirado Juvenal, no tuvo empacho en poner los puntos sobre las íes alrededor de esa problemática social y de un modo que diera a escarnio o befa por parte del destinatario —la autoridad— que a lo mejor no intuía la carga de profundidad que una declaración de esa índole traía consigo pero no pasó nada. Mas en eso radica el temple de Quevedo, pues ya valoraba de un modo pertinente lo diverso y en donde se excluía la diferencia y se estimulaba la identidad aunque fuera a la distancia.



Sería por eso, y con relación al renco perspicaz que las cuerdas de su instrumento lírico fueron paradójicas en repicar verdades junto a las voces de su tormento interior, que tintineaban más allá de los límites que el “decoro” en aquella época imponía, y de ahí que la fortuna regia no lo trataba conforme y más bien le ponía el lazo al cuello constantemente. Esa fue su estrella.

Cuánta razón tuvo Óscar Wilde más tarde, cuando dijo que todo en este mundo se hallaba deformado por el cinismo calculador o por el corazón corroído por la superficialidad egoísta. Y en eso el ibero lleva aún la batuta.

Si bien Freud no introdujo el inconsciente, por lo menos le dio a ese concepto el vigor necesario para meterlo en la gramática de la descripción psicológica. En el mismo sentido hay que predicar la importancia de Quevedo, si bien no introdujo el concepto de bellaquería, no obstante, le dio la acentuación indispensable para que se manejara a partir de aquel momento en que lo puso a circular con un sentido gramatical consistente.

¿Pero resumió el cojo a la verdad de lo que pasaba en América al popularizar ese concepto de bellaquería, sinónimo de ruindad o vileza?

Este libro tiene por objeto la verdad, mas “es difícil desde un punto de vista y fácil desde otro punto, lo prueba la imposibilidad que hay de alcanzar la completa verdad y la imposibilidad que hay de que se oculte por entero” (Aristóteles, 1995, p.48). De ahí que cada cronista haya buscado a todo trance explicar algún secreto de la verdad de lo que está relatando y lo que añade a ese conocimiento del tema en particular no es nada sin duda, pero la reunión de todas las ideas sobre ese contenido exteriorizarán en su momento un importante resultado. En ese sentido hay que leer este

contexto, un juego lingüístico que busca a través de la acrobacia semántica de tipo estético poner de presente la sucesión de calamidades que azotaron al vencido en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada. Un límite en todo caso para no caer en la hipérbole o la ampliación exótica de cada observación.

Entonces Quevedo, al insistir en la bellaquería, puso una nota categorial, o mejor, un hilo conductor en la actividad del ruin ibero por estas latitudes o por el mundo, e incluso cuando metió baza en otros asuntos. O sea quiso identificar esa acción con la expresión... En suma fue el Voltaire español.

¿Qué fracción de verdad quiero mostrar aquí, de suerte que al aglutinarse con otros segmentos de verdad sobre ese argumento se logre alcanzar un consenso específico? Que si el hispano hubiere sido una persona racional y razonable, en vista a obtener alguna cosa aquí, el medio para alcanzar ese fin, hubiese sido pragmático y de acuerdo con los cánones de la razón que bien pudo imponer, o sea por conducto del orden y de la razonabilidad. Eso no sucedió y mire el lector lo que ocurrió en las Indias Occidentales, más específicamente, en la Nueva Granada tras los perversos episodios del descubrimiento, la conquista y la colonización.

Mas quiero ser sincero en este aspecto: ¿hasta qué punto conocía el ibero el concepto de racionalidad o razonabilidad o el de pluralismo? Es un punto difícil de determinar pues en aquella época estas nociones no se manejaban sino un escaso nivel, y no era precisamente el del encomendero, el del amo o el del traficante, ni siquiera el oficial del rey o el cura. Hasta donde llegan mis indagaciones sobre el particular, prevalecía una prosa del mundo que tenía cuatro similitudes, la conveniencia, la emulación, la analogía

y la simpatía con sus correspondientes signos de acción y de reacción que podían ser evidentes u oscuros, y por ende eran necesarios muchos pasos para alcanzar un mínimo deseable sobre un saber específico...<sup>32</sup> (Foucault, pp.26 y ss.). Por ende es factible abonarle al español de aquel ciclo su ignorancia supina sobre esos tres conceptos; más eso no será otra excusa.

La colonia representó pues el tránsito formal de una victoria cantada de antemano dados los antecedentes del descubrimiento y de la conquista a una victoria completa, y las consecuencias que se derivaron de ese triunfo infame fueron que esta franja del mundo se mudara en grotesca, energúmena, fastidiosa y simulada, y sus habitantes de todas las condiciones en especímenes apáticos, agresivos, lacerados, humillados, agredidos, pesimistas, hipócritas y ladinos en el sentido de cada expresión. ¡Oh violencia aleve, oh mal trago de la injusticia! Cómo abates el ánimo, cómo transfigurás a las personas y cómo reduces todo lo existente a una fantasmagórica ilusión... ¿Hay todavía sentimiento?

“El sentimiento es un enemigo de la vida” (Shakespeare, II, p.142).

¿Quién venció al indio y al negro, el ibero o el descono-

---

32. Lejos de mí pretender en esta sucinta exposición exonerar por ignorancia grave al ibero de su proceder, no, lo que intento aquí es establecer si podía predicarse en esa época de la conquista y de la colonia el concepto de racionalidad que solo vino a aplicarse más o menos después que Descartes y otros colegas de profesión, arte y oficio, que de paso introdujeron los conceptos de orden y de medida o de pluralismo y razonabilidad para comparar las semejanzas que habían entre las cosas y poder de esa manera actuar en consecuencia. Pero en todo caso si existía una noción clara y distinta de lo que era sentido común, sensatez e insensatez, que vienen a ser palabras más o palabras menos semejantes al concepto de razón o de racionalidad o razonabilidad e incluso pluralidad social (Nota del autor).

cimiento de la estructura básica de la vida fáctica o sea la falta de autenticidad de esos sujetos, incluido el español? Tal es la cuestión en efecto y eso es lo que se está tratando de determinar aquí más tarde a pesar de que los signos lingüísticos por el momento vertidos aquí insinúen que ya todo está resuelto y que solo falta desgranar los capítulos restantes ya que las respuestas están cantadas de antemano, mas no es de recibo precipitarse.

No ha sido mi objetivo aquí, multiplicar los datos y sumar los argumentos alrededor de lo que le aconteció al negro/ esclavo y de paso al indio encomendado, y vilipendiar de paso al español, aunque sí opino haber arrojado suficiente luz sobre el particular sin que las eventuales contradicciones en las que pudiere incurrir conduzcan al lector a pensar que me guía un odio visceral hacia España y que lo mejor será responder las preguntas dadas al comienzo y listo. No. Estos son antecedentes informativos o primicias fácticas sobre esos hechos para que conociéndolos, uno pudiere arribar a conclusiones coherentes sobre el particular e ir despejando el camino y determinar sí la Corona y los españoles fueron los responsables de lo que aconteció aquí, repito, pues solo los hechos y nada más que los hechos fenomenológicamente tratados, podrían ayudar a facilitar la elaboración de esas respuestas. Y todavía queda tela por cortar aquí.

Lo anterior no obsta para reiterar que las armas del colono/encomendero ibérico estuvieron casi siempre exentas de la compasión o de la caridad, y solo sirvieron como herramientas eficaces para iniciar, avanzar y consumir sus procedimientos alevés y la revalidación de sus intenciones que estaban envueltas en tinieblas y que giraban en torno a la vigorización de actividad como tal, ora como encomendero ora como colono. Mas alguno preguntaría y con cierta razón,

¿Para qué tanto alboroto con la comercialización del esclavo, si Judas vendió también al Maestro a los sumos sacerdotes para que se cumpliera con ese hecho proclive, la anhelada redención del hombre y nadie se escandalizó? Fueron dos acciones diferentes, la una mercantil y la otra política y por ende solo atino a indicar que fueron dos procesos diferentes y con distintas motivaciones.

¿Se vislumbrará un crimen mayor contra la humanidad que esta inmolación y/o destrucción fraguada en la cabeza del colono/amo ibero y del encomendero español, contra la raza negra, la raza india y el medioambiente? ¿Se percibirá que hay en el mundo algo más espeluznante y más horripilante o abominable que aquellos extranjeros que vinieron a estas tierras a comerciar con la sangre del semejante durante el final de la conquista y la colonia? El monstruo marino, o la rata de la barraca que husmeaba esa sangre tenía más conciencia que esos miserables mercaderes... y es de agregar además que el trote del caballo, el paso lento al andar de la mula o del burro, los cascabeles de los arreos, las ruedas de los coches, el peso de los grillos, el fardo que llevaban en la espalda tanto el esclavo como el encomendado así como el sonido del fute o del látigo, la imprecación grotesca o el grito destemplado del amo y del encomendero, o el afligido tarareo del negro y el lamento del indio, compusieron sin acordes sublimes una danza de ritmos lúgubres que ponían hasta al viento de mal humor. Y es ahí donde habría que intuir las circunstancias de modo, tiempo y lugar que tipificaron aquellos infames y execrables crímenes contra la humanidad, o sea en el diario vivir... en el acostumbrado levantarse, en el trabajar hasta agotarse y en el medio descansar... con una alimentación, deficiente, asquerosa, parca e insuficiente.

¿Podía subsistir con respetabilidad una sociedad que condescendía con esos desafueros o que los prohijaba porque no afectaban sus intereses? Y ¿podía escuetamente abonársele a esa sociedad que no conseguía nada útil con intervenir y por ende la mejor postura era la de comer callada o bailar al ritmo que le tocara el poderoso? Sobre el papel la primera respuesta sería que no, y sobre el papel la segunda respuesta sería que no había derecho a admitírsele tal disculpa. Mas esas cuestiones no se pensaron con seriedad en el seno de esa comunidad de intereses, y cada uno cogía por donde mejor le convenía sin detenerse a mirar al prójimo, y en ese sentido se parecían a todos los que en la parábola del buen samaritano pasaban al lado del herido y le omitían ayuda o socorro, pero por lo menos aquel pobre hombre tuvo su prójimo, el buen samaritano. En cambio ni el negro ni el indio tuvieron, salvo los mártires y alguno que otro personaje con buenos sentimientos que podría ser incluso un ibero, alguna asistencia misericordiosa. El decoro ninguna vez ha sido una cualidad para ostentar con prosopopeya la sociedad neogranadina preocupada como estuvo por sus propios afanes y porque también fue decididamente muy complaciente con el poderoso, con aquel que causaba daño al inferior que evaluaba inferior.

¿Hasta qué punto fue permisible, flexible y cómplice la sociedad colonial con esos desafueros? Todo hace presumir que hasta setenta veces siete fue encubridora pero hay que continuar con el recaudo de la información y verificar luego si llegaron hasta el límite último de cualquier divisibilidad material de una complacencia tan terrible con las atroces conductas patibularias de sus favorecedores. Y si no indico nada al final sobre el particular o sea si no desvanezco esta presunción porcentual, indiscutiblemente que esa sociedad

neogranadina sí fue una alcahueta pasiva de esos desafue-  
ros, y en grado sumo.

Ha sido una lástima que no se haya podido cuantificar el número de víctimas del holocausto aborigen y de la inmolación del esclavo en manos del celtíbero, pero desde ahora, yo me anticipo y me atrevo a señalar que fueron miles de personas de ambas razas, las que perecieron en esa aniquilación infernal desatada y la cifra puede que perturbe a más de un santurrón o a un admirador de la idiosincrasia ibera durante esas tres épocas —descubrimiento, conquista y colonia— y me apoyo en que ese proceso duró tres siglos y pico, y entonces es factible admitir que tal cantidad de defenestrados al abismo insondable de la muerte de un modo bárbaro y cruel parece ajustada a la realidad y hasta más, salvo mejor opinión estadística en contrario. Pero ¿cuántos? A ojo de buen cubero yo sugiero que fueron unos cinco o diez millones de personas en las Indias Occidentales, y en la Nueva Granada un 20 % o tal vez un tanto más, de esa cifra global. ¡Qué mortandad! Aunque con altiva repulsa y con un ostensible desdén muchos estimarán que esa cifra fue producto de mi capricho y no fruto de un dato verificable... y si bien esto último fue cierto, no así la consumación del exterminio.

De ahí que el sendero desplegado en aquella época por la Corona y sus secuaces fuera de silencio y de encubrimiento, para tapar y tapar a como diera lugar tanto latrocinio, tanta lobreguez y por ende tanta perversidad y fue por eso que al cabo de mil vueltas nadie encontraba nada y cuando se topaban con algo, era un cuadro artificioso que rezumaba falsedad, un laberinto en que la mayoría se extraviaban y las cosas tras un leve alboroto volvían a su cauce. Qué poca luz había en las Indias Occidentales y más concretamente en la

Nueva Granada; parecía que todo se hiciera en la noche, en donde todos los gatos son pardos.

De ahí que en el Nuevo Mundo y más concretamente en la Nueva Granada, por esas actitudes y por esas reacciones vacuas se institucionalizara desde aquella época el concepto populista de la indignación pasajera, la noción de la cólera transitoria y la nota de la rabia por un día, a fin de que pasada la tormenta, todo volviera a la normalidad... como si nada... por eso uno está en la actualidad (2015) como está...

La memoria histórica, un instante para evocar esos hechos siniestros. Y para exigir, que esa sucesión de eventos siniestros nunca pasen de moda.

¿Alcancé la cota indefectible para departir de una constitución en debida forma del ser ahí en el mundo del vencido por parte del indio y del negro? Sí, porque representó el cambio de piel de la serpiente —el ibero— para atrapar a la incauta oveja o la caída de la mosca en la red tramposa tejida por la araña... y al cotejar este ítem con los anteriores capítulos, escuetamente representó el ocaso de la tenue luz que aún brillaba alrededor de ese ser ahí en el mundo cuyo sentido había sido develado para ceder el paso a la oscuridad con sus terribles fauces... porque ya era otra órbita, la del ser ahí en el mundo del vencido y su constitución<sup>33</sup> formal.

---

33. Es importante aclarar: Para determinar el ser ahí en el mundo, es preciso hallar el sentido a ese ser, y eso lo suministró el tiempo, y luego buscar la manera como desde el tiempo y desde el espacio, por conducto del acento histórico o de la tradición, luego se constituiría a esa condición, la de ser ahí en el mundo del vencido por parte del indio y del negro. Por lo general tras la constitución del ser ahí en el mundo, en este caso del mundo del vencido, sobrevinía posteriormente la consumación de ese ser ahí, que se daba por la aparición de la muerte en medio de la angustia y del deterioro paulatino de ese ser ahí, o de un modo sorpresivo. Así cesaba ese ser ahí en el mundo. Todo bien hasta aquí. Aunque sé que podría ocasionar inconvenientes hermenéuticos, más adelante se divisará lo siguiente: En Cartagena



Pensar en la sombra es un asunto delicado o grave...<sup>34</sup> y ahí fueron a residir el esclavo/negro y el indio tras el tránsito del ser ahí en el mundo al ser ahí en el mundo del vencido cada uno...

Ahora voy a ingresar a un mundo enteramente filosófico<sup>35</sup>, pues le voy dar un giro copernicano al contexto para

---

de Indias —como paraje con su bosque— se constituyó el ser ahí en el mundo del vencido, principalmente para el negro, ya que el indio estaba prácticamente incluido en esa condición cuando se institucionalizó la encomienda y desde ahí se le podía divisar con pertinencia pero también se le podía mirar desde la villa de Cartagena. Al negro en cambio se le podría divisar también desde el palenque, y obviamente desde Cartagena o incluso podría hacerse lo mismo desde la minería. Yo opté por indicar el palenque. Entonces como asimismo la minería ingresó a esta investigación como paraje con su bosque para dar refugio al ser ahí en el mundo del vencido tanto al indio como al negro, y entenderlos de paso desde ese hábitat surgía un problema y era la figuración hermenéutica, porque ya estaba cada uno constituido en un ser ahí en el mundo del vencido en tránsito a su consumación final y la solución estuvo en que ese paraje —la minería— con su bosque, lo denominé a la par como la consolidación de ese ser ahí en el mundo del vencido, para diferenciarlo de la futura Heroica en donde solo hubo constitución del ser ahí en el mundo del vencido y más tarde la consumación de esa condición. La diferencia entre un paraje y el otro, residió en que desde la minería, la consumación o la liquidación de esa condición abyecta ya se podría sopesar no solo desde la parca sino también desde la manumisión del negro especialmente y por eso hay que estar pendiente de esa derivación del ser ahí en el mundo, en ese capítulo ya que no solo le correspondía manejar, su sentido, su constitución y su consumación finalmente, sino que aparecía entre esos conceptos, el término consolidación de esa situación y esperar a la postre el desenlace (Nota del autor).

34. Hugo, 2005, p.494.

35. ¿Qué se ganaría con eso?, preguntaría algún acucioso lector... Yo respondo: La filosofía ha partido siempre de la admiración de ver cómo suceden las cosas en el mundo —eso lo dijo Aristóteles— y así por ejemplo el considerar de mi parte, aquí ese aspecto, no de admiración sino de estupefacción por atisbar cómo sucedió el fenómeno del vasallaje y de la esclavitud en cabeza del indio y del negro, lo que aparejó la caída de cada uno en el ser ahí en el mundo de los vencidos, como se ha visto hasta ahora, me instó a pensar que algo tuvo que acontecer, algo extraordinario, para que en la Nueva Granada, concretamente hablando, se eyectará a la condición de vencidos a dos especímenes de la raza humana, sin una causa lógica —como la guerra— y me propuse la tarea filosófica de indagar las causas exógenas y endógenas para se diera esa relación asimétrica entre esos dos sujetos

proveer el tratamiento ontológico de rigor al asunto a fin de acreditar —y eso se lo dejo al lector— si lo que hasta ahora he esbozado y lo que después bosquejaré como brazal del siguiente capítulo, que efectivamente se pudo sujetar a la realidad del ser ahí del mundo del vencido. O sea, describiré al ser, al ser ahí en el mundo y al ser ahí en el mundo del vencido como formas específicas del ser luego del fenómeno del descubrimiento de América y sus derivaciones que se han visto hasta ahora aquí en estos tres ítems para ese fin concreto.

### Tip/Ten

**Palabras clave:** Caridad. Caín. Comprensión y explicación. Identidad y diferencia. Ser y pensar. Quevedo y Villegas. Bartolomé de las Casas. Reyes de España. Dios. Los Dominicos. Capuchinos.

**Conceptos fundamentales:** Estructura fáctica del hombre. Individualidad. La esclavitud. Vasallaje. El palenque. La encomienda. Protocolos regios (ordenanzas, reales cédulas, dictámenes). Tradición. La razón humana. Iniciativa ibera. Irracionalidad. Casa de contratación. Voluntad de poder.

**Hilos conductores:** Mercantilismo. Capital. Trabajo. La minería. El negro. El indio. El colono. Dios. Tradición indígena. Afro/encomendero. El asiento. Bellaquería. Sexo. La incertidumbre. La soledad. La paciencia.

---

con el vencedor eventual, el ibero, desde un perfil ontológico mirando de frente a los fenómenos que hicieron factible ese perfil (Nota del autor. Véase además: During, 2010, pp.414 y ss.).



## Capítulo 4

### EL SER, EL SER AHÍ EN EL MUNDO, EL SER AHÍ EN EL MUNDO<sup>1</sup> DEL VENCIDO

- 
1. El ser ahí en el mundo del vencido o de los vencidos, en este caso el indio y el esclavo se ha de mostrar aquí como “el ente que tiene que ser objeto de un desarrollo ontológico suficiente” a través de la preeminencia de lo óntico, para que el indagarlo se deje ver por su conducto. Una especie de orientación teorética (estudio del conocimiento) en el tiempo y en el espacio. ¿Por qué? Porque el ser ahí en el mundo rutinario “se comprende a sí mismo a partir de su existencia, pese a que es una posibilidad de que esa existencia formal sea o no sea, y eso se brindaría aquí, tras la sucesión de la exégesis histórica o de simples hechos aislados, anecdóticos, casuísticos, cronológicos, máximas y reflexiones, preguntas y respuestas como los pilares eventuales de ese ser ahí en el mundo y en el mundo del vencido del indio y del esclavo, en el marco no solo de la encomienda y del palenque o de la minería, sino de todo lo que se ha referido antes y desde el vasallaje del indio pasando por la esclavitud de negro, después de su traída a esta tierra”. Ese concepto, conviene entenderlo como el ente que pertenece al ser, o mejor aquel que le da empaque al ser y determina su discurrir de una manera específica. La exégesis del ser y su sentido se revelan por intermedio del tiempo y luego salta al ser ahí en el mundo o algo cercano pero ontológicamente algo lejano, mas lo vivifica y le suministra después del ejercicio por diversos medios, filosófico, histórico, ético, etc., el aliento necesario al mejor estilo bíblico para que pueda ser justipreciado y sea después usado por el poder de la palabra. Pero, ¿funcionará esa medida interpretativa con la misma autenticidad como cuando fueron existencialmente originales aquellos vencidos tomados en principio como el indio y el negro a secas? Tal vez, por eso será indispensable, además darle un carácter fenomenológico, para que el estudio de ese evento alrededor del vencido tomase de un modo más o menos aproximado, la forma que le fue dada por sus ejecutores o la forma como se evidenció y no la suministrada desde la distancia del tiempo. Por ende y aunque comprendo la dificultad de abordar este tema tan abstracto es indispensable no obstante para redondear esta trama del vencido, asumir que el ser ahí en el mundo y luego en el mundo del vencido o de los vencidos es un ente que no se limitará a ponerse, en este caso con la sola expresión, de vencido o a ubicarse por delante de los demás

## EL INDIO Y EL NEGRO<sup>2</sup>

---

entes, que sería lo fácil, entonces lo mejor será que fluyere la posibilidad de que se sienta ya un ente ópticamente señalado “porque en su ser originario ancestralmente departiendo, o en su ser ahí en el mundo, le iba de un modo, pero luego fue eyectado a otro ser” ahí en este caso en el mundo del vencido, tras las acciones desplegadas por el español desde el descubrimiento de América. En otras palabras, de una manera óptica, el vencido se ha mostrado, se le ha visto tocado por su presencia, pero eso no fue suficiente, se requerirá además el manejo ontológico desde adentro de cada uno, merced al desarrollo de una actividad que lo mostrará a través del *logos* o de la palabra, y se alcance a vislumbrarlo por su consistencia y significación, o sea igual lo que al agua, le hace que sea agua y no otra cosa. Es indispensable aprehender esa noción de ser ahí en el mundo y más tarde el ser ahí en el mundo del vencido tanto del indio como del negro —e incluso de los demás personajes— pero acatando las leyes formales que lo han orientado, las preguntas iniciales y las respuestas que luego se darán en el decurso de esta investigación. A eso se contrae este capítulo y pido disculpas de antemano si lo reitero más adelante porque necesito darle el toque de insistencia filosófica (Nota del autor. Véase además: Heidegger, 1995, pp. 13 y ss.).

2. La diferencia existencial que había entre los dos, era que en los bailes, por ejemplo, al negro se le notaba una alegría contagiosa que parecía exorcizar a los demonios que le acosaban, una especie de olvido, en cambio en la danza el indio exteriorizaba una tristeza y una melancolía por la pérdida de la autonomía personal y por el recuerdo de las tradiciones que se iban diluyendo lo que dejaba una estela de pesar irredimible en el ambiente. A pesar de que era un desfogue pasional, ese baile para el uno y la danza para el otro era una especie de ritual sicodélico para intentar paliar la dureza de lo que estaban viviendo. Mas no se crea que por el hecho de arribar el negro a las funciones del trabajo pesado en la minería, o en otro terreno, el nativo quedaba liberado, por el contrario quedaba atado a una serie de condicionamientos sociales y culturales que le complicaba la existencia, por esa razón, tengo que incluirlos en este espacio, pues su suerte era igual con ciertos baremos. Desde luego y es preciso aclararlo, lo del baile y la música fue un asunto cultural y de evocaciones ancestrales de una diversión que iba cediendo espacio ante el peso de la opresión social, mas, eso no fue la diferencia entre el indio y el negro/esclavo, la más importante estuvo en que el primero nunca fue esclavizado, en el sentido literal, fue encomendado, que hasta cierto grado era algo divergente, mientras el segundo vino precisamente para convertirse en la locomotora de ese baldón de la humanidad, sin que mediara una causa formal que lo justificase, supóngase la guerra, sino una causa totalmente inexcusable, el mercado por la fortaleza física y a través de la compra y venta, por conducto del secuestro, del raptó o de otra modalidad delictiva semejante. Desde ahí se podría comprender la pregunta de qué razón había vencidos, o por qué se mutaban los

Lo verdadero ha sido la vida humana, la vida en general, en virtud de su comportamiento<sup>3</sup>. Entonces lo verdadero hay que captarlo como coherencia, en términos platónicos, de ahí que todas las formas del ser están encaminadas al Ser en lo verdadero, si se quiere realmente decir las cosas como son y de ese modo adquiriría un carácter simple, en cambio la verdad, como tal, al exigir otras consideraciones adicionales ha sido más compleja, de ahí que fuese necesario manejar aquí, al ser, al tiempo y a la verdad, no en lo verdadero, porque esto de lo que se ha hablado, no es ni fácil ni escueto, sino mucho más arduo y espinoso por los múltiples comportamientos que no han permitido aún, salvo casos muy puntuales, descubrir lo verdadero que había en cada conducta de los sujetos, y entonces es indispensable ir en pos de una verdad tras la descripción de los fenómenos que acaecieron y que establezcan luego en su medianía lo que organizó a esa forma de ser, la de ser ahí en el mundo

---

hombres en el ser ahí en el mundo del vencido si se entendió que la categoría que mutó a los derrotados, en un ser ahí en el mundo del vencido fue la guerra y con relación al negro la categoría que los puso en esa situación, por analogía, era el mercado, tras el secuestro del que fue víctima para recalar forzado en Cartagena, por ejemplo, ya que allí fluían los negocios. Por su parte, el indio sufrió humillaciones y desarraigo, el negro vejaciones y agresiones sin par, y si el indio pudo ser considerado, como ya lo dije, vasallo, víctima o enemigo, el negro/esclavo simplemente era considerado una cosa, que era menester explotar hasta el límite y cuando se salía del rumbo, cazarlo como un animal silvestre. Ambos, eso sí, tras haber sido vejados sin compasión, fueron eyectados, al ser ahí en el mundo de los vencidos, pero no en virtud de una guerra, porque en sentido estricto no existió sino por la constante agresión que padecieron bien por escaramuzas, bien por errores o desgana en la faena o bien por faltas cometidas y que facilitó por analogía esa proyección a tan lacerante situación y a eso se contrae este capítulo de tan siniestra trama histórica... y cuyo derrotero se verá con énfasis más adelante (Nota del autor. Véase además: Mosquera Rosero-Labbe *et al.*, 2007, pp.514 y ss.).

3. Aristóteles, 1995, Libro VI, 3.

del vencido que en cambio sí fue verdadero<sup>4</sup>. O sea, simple pero verídico.

Aquí voy a empezar por retraer esa realidad que he referido, pero lo que incumbirá a continuación no será si la experiencia que esa realidad ha dejado conforme a lo que he volcado en los capítulos anteriores fue real, inexacta o supuesta, sino que tras la estructura y los contenidos esenciales de esa experiencia ya esparcida y el modo como la pudieron vivir el indio y el negro frente a sus circunstancias y frente a sus opresores emergieron las condiciones para posteriormente sentir —como creo que ha comenzado a sentirse— que se ha advertido al ser ahí en el mundo del vencido o de los vencidos y para confirmar eso se requerirá ahora de acoger un criterio interno y externo entre los diversos conceptos fundamentales o de los Hilos Conductores de la experiencia del ser o de “es” —algunas de ellas expuestas en páginas anteriores— y atender después cómo se acometería concebir ese ser o ese “es” del indio o del negro como vencidos. Es indudable que hay diferentes tipos de objetividad y de subjetividad pero aquí tendré el cuidado de no caer ni en la hipérbola ni en la fantasía a fin de concretar al ser ahí en el mundo del vencido o de los vencidos en cabeza de esos dos personajes como un poder ser propio aunque también inauténtico.

---

4. Por eso debo rastrear aquí las eventuales virtudes humanas, entendidas como capacidad, hábito o predisposición para algo, o si solo concurrieron valores y leyes y muy poco de las virtudes que antes por ejemplo adornaban al hombre antiguo, aunque todavía se podría departir de las virtudes dianoéticas, como el arte, la cordura, la ciencia o el entendimiento, pero en aquel tiempo, es puntual reconocerlo desde ahora, no existían como tal, sino que existían unos *fictos* presupuestos éticos o morales que la mayoría no los cumplían o los cumplían a medias o con indiferencia. —Esto es un concepto fundamental que hay que manejar desde ahora— (Nota del autor).

Y lo haré así para reflexionar con más detenimiento en la índole de la comprensión histórica de ese proceso geopolítico desde la órbita del vencido tras haber comprobado preontológicamente esa nefasta condición en cabeza del indio y del negro. Así podría superar además y un tanto, el prejuicio o la suspicacia que perennemente han limitado el horizonte del cronista.

El modelo para confirmar que se vislumbró a estas alturas al ser ahí en el mundo del vencido en cabeza de esos sujetos, será el de formular otra pregunta y después la respuesta de rigor a esa nueva pregunta, distinta de las iniciales, y en seguida en los subsiguientes capítulos se advertirá un diferente recorrido histórico y hermenéutico para comprobar no solo la viabilidad de esta pregunta sino la claridad de la respuesta... y los aspectos que ilustraron la precomprensión de aquella realidad indicada en los capítulos anteriores y mirar si se aproxima el horizonte...<sup>5</sup>.

Lo que se ha llevado a cabo hasta ahora: Las primeras preguntas ontológicas, el inicio del proceso de precomprensión de la situación que provocó esas preguntas, un alto en el camino, y tras percibir que fuese factible haber precomprendido ese proceso y que se podría ir mejorando hasta arribar a las respuestas adecuadas a las preguntas ya expresadas en el Proemio, partí a corroborar si eso pudo ser

---

5. Ese horizonte ontológico se podría avizorar cuando se contemplen dos parajes, Cartagena de Indias, y a la minería en su estructura. Esos serán dos hilos conductores que también ayudarían a forjarse una idea de cómo esos parajes, entendidos como lugares lejos o aislados del contorno, fueron epicentros en donde gravitó con más sordidez o con más énfasis, las condiciones con las cuales pusieron al indio y al negro en un Nuevo Mundo, en el ser ahí en el mundo del vencido, pero no creo que con eso se podría cantar victoria y expresar ya las respuestas, falta todavía mucho camino por recorrer (Nota del autor).



viable, es decir, si ya se puede apreciar ontológicamente hablando, o sea desde aquella realidad de los fenómenos esbozados al ser ahí en el mundo del vencido, en este caso al indio y al negro como una forma específica del ser.

El ser... siempre el mismo, como el río, siempre distinto... el ser no es uno, “es” muchos, de ahí que fluyere un ser que acaba y otro ser no acaba... pues su potencia permanecerá latente... y activa, de ahí que el ser sea lo más cercano que ha tenido el hombre..., mas cada uno se halla detrás de su arcana presencia.

Para aquellos que no se hallaren familiarizados con el tono de Heidegger, a veces confuso, a veces tautológico, es del caso aseverar que simboliza aquí al ser ahí en el mundo del vencido y que este ente además se topa cercano a cada individuo de la raza humana, ónticamente, o sea ahí, como presencia presunta mostrándose simplemente en su ambigua pero dolorosa variedad, incluso se podría palpar ese acaecer ya próximo al ocaso de cada uno, pero, si se le pretende dar el carácter ontológico correspondiente a ese ser del ente llamado ser ahí en el mundo del vencido, hay que volver la mirada a lo que se ha visto selectivamente en páginas anteriores.

Entonces al recordar lo expresado antes, fluirá una dinámica para introducirse de lleno en este contexto y atisbar ese orbe del vencido en el marco de aquellas condiciones sociales y culturales que propiciaron esa situación, acudiendo a la tradición otra vez, para organizar un novedoso clima sobre el particular, no como a floraba en los textos rutinarios acerca de ese tema pues eso sería meramente cronológico, sino como un procedimiento casi de tipo periodístico en donde mediaba el orden y su contra, el desorden, colocados no como puros signos sobre esos eventos, sino mucho más allá,

con énfasis, o desde la perspectiva que podría brindar la posibilidad de estar al tanto de esas vicisitudes para rápidamente proceder con la fórmula ontológica de rigor.

Hay que avanzar entonces... porque la cruz permanece aunque el mundo siga girando.

No obstante lo que he expresado anteriormente, hay que tener sumo cuidado, pues muchas señales, datos o informaciones vertidas podrían recubrir lo que se hallaba afuera y oscurecer lo que eventualmente podría hallarse adentro y por ende el acceso a la certeza de lo que en realidad aconteció originalmente se podría enmarañar; de ahí que uno debe estar de antemano enterado de algunos pormenores para no dejarse sorprender... pero con el compromiso de confirmarlos después de una labor de criba ontológica ¿Por qué? Porque el análisis existencial confirmatorio de ese ser ahí en el mundo del vencido que se llevará a cabo tendrá unas bases mínimas de supervivencia histórica que si bien no podrá remplazar el evento original, por lo menos facilitará tener acceso transitorio a lo previo o al Prólogo de ese evento propiciatorio y luego al evento consolidado de la esclavitud y el vasallaje, y sin embargo eso no obsta para indicar que de un modo u otro, dejará la base indispensable para que se pueda hacer en debida forma aquí una nueva pregunta ontológica fundamental alrededor del ser ahí en el mundo del vencido en su posible totalidad y propiedad (Heidegger, pp.254 y 255)...

La nueva pregunta ontológica, diferente a las anteriores formuladas en el Proemio es una especie de jeroglífico, pero cabalmente expresada se podría mudar de aires en un “Ábrete Sésamo” para mejor proveer sobre un tópico o para darle una paráfrasis a estos aspectos, de ahí que eso circundare una responsabilidad enorme, pues uno puede estar en

capacidad de responder algo, pero preguntar algo en cambio supone primero, un cierto saber de lo que se va a indagar, y segundo, un repertorio de palabras ajustadas para que esa pregunta surta el efecto deseado y se alcance después la respuesta pertinente. O sea si no puedo o no puede el lector más tarde entender, sería el caso, aquí la pregunta ontológica que fuese de recibo, lo que se afirme posteriormente carecerá de asidero o será mera superficialidad. Y de eso no se trata.

Sin embargo no se tratará de remplazar las preguntas expresadas en el Proemio ni variar su sentido, sino de buscar más coherencia a las eventuales respuestas, como una especie de ayuda táctica para mejor proveer.

Al imponer orden y pauta real a este ítem para confirmar<sup>6</sup> que ese ente puede mostrarse como tal como primera medida es del caso establecer la pregunta que le es o que le ha sido propia: ¿Por qué hay algo en lugar de nada? O ¿Por qué hay vencido en lugar de nada? O ¿Por qué hay esclavitud y vasallaje y no otra cosa distinta? Responder tales preguntas y atinar en esas respuestas, son dos cosas distintas, puesto que la primera podría ser un subterfugio para salir del paso, empero la segunda y la tercera serían indicios de que se comprende al mundo desde ese ser ahí en el mundo del vencido desde su temporalidad —o sea desde su sentido— y

---

6. Esta confirmación no necesariamente conllevará a concebir que las respuestas a las preguntas ontológicas formuladas al comienzo están listas sino que simplemente significará que lo hecho hasta este momento va por buen sendero y es factible si siguiere en ese orden, se logrará alcanzar la meta deseada... recordando que aquí nada está inmóvil, que nada es inflexible y que cualquier cosa podría surgir al final de la jornada literaria, procurando eso sí que aquello que apareciere fuese siempre lo mejor o por lo menos superior a lo que se tenía planeado ejecutar (Nota del autor).

hasta ser arrojado al ser ahí en el mundo y después al ser ahí en el mundo del vencido.

¿Por qué hay algo en lugar de nada?<sup>7</sup>... Como no es de este lugar interpretar esa cuestión ya que no interesa a los fines que persigo, avanzo: ¿Por qué hay vencido en lugar de nada? Y ¿Por qué hay esclavitud y vasallaje y no otra cosa distinta? ¿Qué mecanismos brotaron o qué dispositivos emergieron por secuela del azar, de la fatiga o de la necesidad para que en un momento dado concurriera un vencido y por ende rápidamente se instituyera la esclavitud? O sea ¿Qué modelo de entidad y de actividad se presentó y fluyó respectivamente en aquel instante y qué tipo de movimientos se desplegaron como reacción para fraguar luego de un proceso eficaz y frecuente al amo y al esclavo, al señor y al vasallo? ¿Tenía alguna finalidad al aparecer en el firmamento social, el vencido y esa entidad llamada la esclavitud?...

Aquellos que no han leído esta crónica de otras fuentes similares, pido que me soporten a que los perfeccione sobre el particular desde un perfil ontológico y en cuanto a los que

---

7. Esa ha sido la pregunta ontológica de rigor, y la pregunta que seguiría esa pauta sería: “¿Por qué hay Ser, ese no sé qué que nos separa de la nada?” ...¿Qué tuvo que suceder? ¿Qué fuerza ha dotado al universo de las formas que hoy lo cubren? Estas preguntas, materia prima de los filósofos, han conducido también mi pensamiento por extraños parajes sin que lograrse hasta ahora desentrañar el misterio, pues ¿hasta dónde tendría que remontarme? ...¿Qué hay detrás del ser? ¿Nada o la Nada como presencia divina tras bambalinas?... Desde el punto de vista metafísico ha sido angustioso oír esos interrogantes y tener que encogerse de hombros por la impotencia de unas respuestas coherentes, de ahí que afirme que en este contexto eso es suficiente. Como se ha podido apreciar a simple vista estas cuestiones superan con creces mis expectativas y es mejor dejar ese asunto en el contexto del enigma. Sin embargo voy a insinuar más adelante un esbozo mínimo sobre el particular que pudiese servir como cabeza de puente a las siguientes preguntas y repuestas (Nota del autor. Véase además: Guittton, 1992, pp.29, 45 y 136 y ss.).

la han leído ya, excusen este compendio de fragmentos —al mejor estilo de Valerio Máximo— que a lo mejor no consigo diseñar en su más amplia y colosal realidad. Ojalá obtuviera yo con el recurso del discurso práctico-histórico, tupir los pensamientos del lector sobre el asunto, para que se percatara de la cruel y escéptica “generosidad” del conquistador primero y de la brutal e impía “clemencia” del colono ibero posteriormente —pues ya es hora de dejar a la zaga al descubridor y después al conquistador— al momento de saciar su innoble codicia avivada por su resuello de riqueza y estimulada por la debilidad tanto del indio como del negro... mas es necesario acotar algo importante...

La naturaleza de las cosas reside en su materialidad, de eso no hay duda, pese a la habilidad de muchas frases sobre el particular, y eso sobrevino por eventos catastróficos o no y asentados luego y eso también ocurrió fue durante largos y graduales procesos de desarrollo, con sus diferencias y sus afinidades, que exigieron mucho tiempo, pero lo crucial sería establecer si es eterna o no... y con relación al hombre si bien se sabe que no es eterno por lo menos se supo que gracias al movimiento de las cosas mismas, pudo emerger tras dilatados procesos de evolución y desenvolvimiento, mas lo que no se sabe aún es de dónde provino su tendencia al mal y no al bien, o si estos conceptos no fueron inscritos en la naturaleza de las cosas y por ende nada en bueno o malo, en sí. Preguntas sin respuestas...

Esa naturaleza de las cosas igualmente es un conjunto asombroso de mecanismos. No de máquinas ni de maquinaciones, esas las hace y las manipula el hombre. El mecanismo es ante todo creatividad organizada bajo dos parámetros, una entidad que tiene tamaño, forma, posición y orientación, y una actividad que procede de esa entidad y que presenta duración, orden, nivel y tasa, con dos caracte-

rísticas asombrosas, la eficacia y la regularidad. O sea no es de recibo hablar de fuerzas vivas o de propiedades oscuras, simplemente hay que ir en pos del mecanismo, ya que si uno lograra descubrirlo —el caso del genoma humano o de la neurona— podría reorientarlo, adaptarlo o simplemente estropearlo... para los fines científicos de rigor. Eso ha sucedido en el mundo natural y por eso hay algo en lugar de nada, o sea de algún lugar apareció un mecanismo, como la dupla: entidad y actividad e hicieron de las suyas para concebir eso que después se llamaría algo.

Algo es algo. Desde un punto de vista evolutivo el hombre a primera vista ha figurado como algo inaudito y desajustado del resto de las cosas de la naturaleza, aunque algunos sostengan que fue la encarnación más elevada de los profusos recursos de la naturaleza, pero si eso fuese cierto, ¿por qué existen el pesar y el dolor? ...Un fatalismo freudiano parece invadir el escenario.

Ahora bien: ¿Se podría predicar con éxito lo mismo con relación a la naturaleza social? ¿Sí pudo secretar en un momento dado una entidad que le diera subsistencia al vencido y a la esclavitud por medio de incesantes actividades mediadas por la tasa, por el orden, por la duración y por el nivel de acción y de reacción? Para escudriñar una salida a esta en-crucijada es indefectible hablar de cuáles han sido las condiciones de existencia de todo lo vivo en el mundo, y cuáles han sido los parámetros abstractos para sublimar lo etéreo o sea lo numérico, lo algebraico, o lo geométrico... Para lo primero, han existido siempre las condiciones de posibilidad, a partir del superior/inferior o fuerte/débil, absoluto/relativo y para lo segundo se han considerado las etiquetas de par/impar, primo o no primo, y así sucesivamente y en medio de esas dos cuestiones se halla siempre el orden y el desorden, la medida y la desmedida... Así ha operado este sistema...

¿De ahí pudo germinar el mecanismo que hizo operar la entidad que más tarde iba a activar el metabolismo de la esclavitud... e incluso la del vencido?

Hay que asentir al mecanismo de generación no como una estructura sino como un evento y por eso es indispensable hablar de conmemoración y no de representación, para conferirle a ese concepto el acento material y no metafísico.

Entonces: ¿Cómo se recuperaría ese evento si solo se le recuerda en los límites de la memoria histórica? Se les recuperaría, aclaro, porque tanto el vencido como la entidad denominada esclavitud aún persisten, aunque con otros matices, y por ende ha quedado casi todo acerca de su condigna actividad para generar vencedores y vencidos, amos y señores, esclavos y vasallos, o sea hay todavía una experiencia de verdad que no se ha diluido por el paso del calendario. La cosa hubiera sido distinta de no existir un antecedente sólido que aún dimanase esa actividad —o sea que hubieran desaparecido tanto el vencido como el esclavo— ya que se perdería su rastro pues solo se asumiría su representación a través del pensamiento histórico o de la tradición y no habría la continuidad indispensable para poder explorar el cúmulo de potencialidades pretéritas que trajo consigo desde su albor.

¿Y cómo se puede conocer el albor de tal mecanismo? Hay necesidad de entrelazar ese pasado con el presente, para evocar y mirar luego aquí y ahora de forma atenuada la débil continuidad de ese dispositivo social tras su inicial irrupción. Sin embargo es indefectible deliberar en la manera como ese mecanismo eyectó lo que después sería el vencido y la esclavitud y qué actividad se tuvo que desplegar en cada una de esas instancias (vencido/esclavitud/esclavo) para consumir tales resultados.

Por consiguiente habría necesidad de indicar que primero tuvo que concurrir previamente una actividad dentro del mecanismo generador de ese proceso para que emergiera la entidad (vencido o esclavitud) y esta a su vez desplegara sus baterías para que salieran a la palestra, el vencido, el amo y el esclavo o el señor y el vasallo. Y como ese mecanismo –actividad-entidad-actividad– se ha mantenido en el tiempo, sería procedente a la sazón hablar de un eterno retorno a lo mismo o sea al vencido tras la presencia activa del vencedor y a la esclavitud... tras la presencia activa de los dispositivos amplificadores que terminaron por convertir al ser humano en esclavo... y como una muestra inequívoca además de la voluntad de poder.

Todo eso da pábulo para señalar que tuvieron que existir una sucesión de antecedentes de ese mecanismo próximo a emerger y sería la natural disposición a la identidad y a la diferencia, a la armonía y a la discordancia, a lo alto y a lo bajo, a lo superior y a lo inferior, a lo fuerte y a lo débil, y afirmar luego que al pautarse materialmente esa oposición una imagen plástica de subordinación se insinuaba a continuación en el marco de ese resultado de la confrontación. No es de este lugar seguir con la retroalimentación de causas de tal mecanismo y por eso se responderá así la pregunta ontológica formulada anteriormente.

Hubo vencido casi que en el sentido literal del término, o mejor por analogía, y hubo de igual forma esclavitud en el Nuevo Mundo porque el mecanismo social con las entidades que tenían forma, posición y orientación denominadas vencedor y esclavitud irradiaron sus actividades para moldear ese orden de cosas que la América Hispánica, con una tasa una duración y un nivel en el sentido de ganar/perder y de mandar/obedecer respectivamente para fraguar otra enti-



dad bis, vencido, amo/esclavo o señor y vasallo, y de esa manera continuar con la vigorización de un eterno retorno del vencido y de la esclavitud que se autonutría con el paso del calendario. ¿Con qué fin? Con el fin de mantener los privilegios del superior y hacer cada vez más débil al inferior...

En el hemisferio de Colón habría que añadirle la existencia de un estimulante para que la actividad de esa entidad llamada esclavitud se desplegara totalmente y ese vivificante era la incapacidad autóctona del negro y su total desorientación en el espacio dado que se hallaba en un medio extraño. Igual aconteció con el indio, con relación al vasallaje, tal como lo expuse en páginas anteriores.

¿Es posible departir de una pretensa incapacidad en cabeza de estos infelices? Tal vez resulta enredada esta valoración mía y lo factible entonces será que no fue el escaso esfuerzo del negro o el nulo rendimiento del indio los que aguijonearon el ánimo torcido del conquistador y el talante mezquino del colono en contra de ellos, sino más bien la marcada diferencia cultural que había entre los sujetos, uno superior, el español, otro inferior, el indio o el negro, después un lúgubre escenario en donde iba a institucionalizarse sin medida ni control esa heterogénea subordinación y dependencia social. Y en donde además el conquistador y el colono y más tarde el encomendero y el amo iban a imponer sin restricción su ley, la del más fuerte.

La relación entre los agentes morales<sup>8</sup> —dijo Reyes— te-

---

8. Hago caso omiso de la advertencia de Reyes Mate de que solo había sujetos morales cuando la relación era simétrica, pues se requería el reconocimiento mutuo, aunque no de la misma manera. En este caso el nexo fue totalmente asimétrico, sin embargo, había un reconocimiento de parte y parte, si bien no de una manera espontánea sino forzada, en el sentido de deber y obligación, castigo y redención (Nota del autor).

nía que ver con el nexo de unos y de otros con la injusticia y con la miseria que padecía el otro (Reyes, 2008, p.154) y de esa manera se podría comprender la relación de sumisión que había entre esos agentes con el amo o con el encomendero. “Podíamos serlo todo”, dijo Castelar, “debíamos serlo todo”, insistía este político ibero, pero como no lo fueron, “la conciencia universal nos pedirá estrecha cuenta de la causa por qué no lo hemos sido...” (Castelar, 1952, p.307) y la causa estuvo en ellos mismos sin discusión...

O sea que la ineptitud o la impericia aunada a una galopante ignorancia de estos dos inermes personajes fueron circunstancias adicionales que reforzaron el mecanismo de la esclavitud y del vasallaje a través de la encomienda y de la minería y además robusteció la actividad que se desplegaba y vigorizó igualmente la sumisión del indio y del negro y acrecentó la acometida del amo y del señor que amplificaban de nivel cada día para enseñorearse totalmente en este medio.

La conciencia —y eso lo dijo Marx— estaba determinada por las condiciones de la existencia, y la historia no ha sido más que la lucha de clases, pero cuando lo uno y lo otro se ha trasladado a un escenario desconocido, el Nuevo Mundo, esa aseveración tomó un carácter apodíctico con insalvables secuelas sociales dada la idiosincrasia resentida del español y si a eso se le agrega la feliz gestación de un mecanismo de esclavitud y vasallaje suscitado desde las altas esferas del poder, para aumentar la productividad mercantil, todo estaba dado para que el ser ahí de cada uno de esos vencidos exhibiera su tétrica presencia.

¿Cuáles fueron las causas formales y materiales de la esclavitud y del vasallaje? Hay que atisbar a la sucesión de eventos puntuales, globales y casuísticos (conceptos funda-

mentales e hilos conductores) que he referido aquí y que permiten inferir que fueron muchas tanto de una como de otra índole que abrumaron mi talante, de modo que atiborraron el escenario esos términos y por ende solo me resta añadir que en la extenuación de los recursos morales del español y en la dilapidación de los caudales, condujo a España a aferrarse a una sucesión de ideas anacrónicas. Entre ellas la esclavitud y el vasallaje, bajo el tono antiguo que concretaron esas causas. Pero si la injusticia hubiese logrado una mejora sustancial de la economía española y le hubiera permitido tomar un segundo aire en el concierto europeo, repleto de alianzas no siempre con las mejores intenciones y luego eso se hubiera traducido también en una mejoría integral de la situación en las Indias Occidentales, uno se acordaría de Maquiavelo: El fin justifica los medios, pero la expropiación de los recursos naturales y la agresión sin par contra el nativo o el negro no dieron los resultados globales apetecidos y los que sucumbieron lo hicieron en vano, los que se mataron trabajando en la mina del amo o en la finca del encomendero, lo hicieron en balde y simplemente eso fue una rutina que no condujo sino al dolor y a la defenestración. Y al final sobrevino la angustia, el desconsuelo, la impotencia, la ira y tantas cosas adicionales, que también terminó sufragando el indio y el esclavo, dada la acrimonia del amo o del encomendero.

Debo aclarar que no pretendo señalar aquí que en aquella época tremebunda era forzoso eliminar la opresión y la discriminación social. De ninguna manera; eso ha sido imposible ya que la humanidad no ha conocido sino en la literatura esa pretensa igualdad o esa pretensa solución a los inconvenientes sociales. Lo que afirmo aquí es no solo cuestionar al ibero por su actitud inhumana contra sus débiles

servidores, sino requerir una privativa reparación cultural, porque ya en el siglo XVI se había instaurado en Europa la era de la conducción social hacia fines determinados —el niño a la escuela, el hombre al trabajo, a la iglesia o a las armas y la mujer al hogar o a la iglesia—, y eso fue lo que se debió implantar aquí como novedad pedagógica, mas eso no se llevó a cabo. Una gente sin educación era carne propicia para los lobos y fácil de conducir al abismo.

Carlos V quizá fue el gobernante que supo captar por primera vez el criterio de que su imperio no tenía como finalidad buscar la felicidad de todos sus súbditos, sino que había que implantar un procedimiento desde las diversas instancias del poder para que cada uno de ellos pudiera realizar un proyecto de vida acorde con su condición social sin esperar nada sobre el particular ni aspirar a un cambio abrupto de esa condición, salvo que concurrieren circunstancias extraordinarias que así lo avalaren, pero en todo caso, nadie debía salirse de su círculo si deseaba hallarse mejor. Y muchos así lo hicieron, pero en España —y por eso quedó postrada económicamente ante las demás naciones o reinos del Viejo Mundo— se creía en casi todas las esferas que la riqueza y la prosperidad ya habían sido repartidas y quedaba muy poco por prorratar y era peligroso asomarse a esa puja. Sin embargo algunos españoles creyeron que allende los mares podía probarse fortuna y mudar de suerte, se atrevieron a probar fortuna afuera, y cuando llegaron aquí le torcieron el cuello a todo lo que se atravesara con tal de alcanzar sus propios fines. El egoísmo, fue pues un concepto fundamental que se le debería agregar al español junto a la codicia y al afán de gloria al lado de la hipocresía para entenderlo en su exacta dimensión.

Ahora bien: ¿Existe el ser ahí en el mundo del vencido?

Sí, es el ser a la mano<sup>9</sup>, el que da las señales cuando uno camina por el mundo de la vida, para revelarse como uno es, pero hay que tener cuidado —y lo repito— pues esa señal puede insinuar muchas cosas, y de las más heterogéneas<sup>10</sup>. La cautela reside aquí en que si uno no aprende a esquivar el excesivo apego a la literalidad con los autores clásicos, está condenado, a imitarlos para siempre. Pero aquel —como yo en este caso— que apetezca re-pensar el tema cardinal de un modo diverso sin extraviar el molde, deberá ajustar el contexto para consumir —o mejor para aprehender— no solo a ese ser ahí en el mundo del vencido en el marco de su función organizadora dentro del contexto de la existencia, en este caso dentro del referente de la vida del oprimido en la Nueva Granada o en la América hispánica sino la posibilidad de conocer al ser ahí en ese mundo como tal y con relación a su persona. A ese ítem no se le ha dado importancia pues uno se dedica a los demás y se olvida fácilmente de lo más significativo, UNO y en este caso el OTRO, o sea al vencido.

El hombre —sostuvo Levinas— “es un ente que comprende al ser” o sea lo que es, pero esta sutileza ha sido manipulada como una empresa aislada o contingente y por eso no solo se ha extraviado en consideraciones metafísicas, sino que le ha entumecido al hombre vislumbrar en el ser todo su sentido de su ser de o ser ahí en su mundo (Steiner, 2005, p.122) o sea de nada le ha servido pretender conocer que es... pues no sabe qué hacer con ese verbo... y de esa manera cualquier proyecto de vida, aun en la actualidad se ha desleído porque carece de autenticidad. Desde luego que esta afirmación permite algunas excepciones. No obstante es importante re-

---

9. Heidegger, pp.95 y ss.

10. Heidegger, pp.95 y ss.

iterar que la exégesis del ser ahí en su cotidianidad, en su mundo, no se identifica con un proyecto de vida X, más bien se muestra en el horizonte temporal del mundo y su mundanidad como un modo de ser ahí... de cualquier cosa que se pretenda ...ser médico, ser deportista...

¿Esto puede considerarse una visión ontológica del ser ahí en el mundo del vencido, tras la respuesta peregrina a la pregunta o a las preguntas de rigor o la confirmación de que lo hecho hasta ahora es pertinente? Es una de las formas del ser. Igualmente los antecedentes que he difundido en este apartado hasta aquí, interrogaban al ser ahí en el mundo del vencido como tal y desde la perspectiva de la esclavitud —como una realidad aprehensible— pero saldrá a la luz por completo cuando estén suficientemente demarcadas no solo las funciones y la mira de ese ser ahí en el mundo del vencido sino sus efectivas repercusiones en el indio y en el negro para formarse o para comprender al final esa condición desde esos presupuestos fácticos. De todos modos se ha avanzado considerablemente y la confirmación cada vez está más cerca.

No obstante, tal vez hizo falta esta interrogación adicional: ¿Cuáles fueron los conceptos fundamentales y los hilos conductores con los cuales se alcanzó ese dominio de un trámite de precomprensión y lograr de esa manera las respuestas a las preguntas ontológicas sobre el particular aquí? Los señalados al final de cada capítulo que pautaron un sendero, sin embargo toda ontología, por rica que sea y bien remachado que esté el esquema de conceptos fundamentales e hilos conductores —desde su génesis pasando por su *episteme* y por su funcionalidad— resultará ciega si antes no ha alcanzado el sentido del ser, aquí eso ya se hizo; igualmente resultaría fútil el enfoque si no se lograra a di-

visar la constitución del ser ahí en el mundo, en su mundo, eso también se hizo aquí y restará por ende constituir la presencia ya como ser ahí en el mundo del vencido que está a un tris por corroborarse aunque faltaren otras instancias válidas para inferir totalmente lo que se ha dicho aquí y por eso están los restantes capítulos, entonces respondo que los conceptos fundamentales y los hilos conductores dispersos en este contexto ayudarían al lector a dar el paso decisivo, o sea manejar la precomprensión de la situación y por eso no será ineludible enumerarlos y explicitarlos, simplemente citarlos, al final de cada capítulo como se ha venido haciendo rutinariamente.

Eso no obsta para afirmar que pudieron faltar otros conceptos u otros hilos, bien porque no los precisé en el tiempo o en el espacio o bien porque los omití total o parcialmente, y de ahí que debo añadir a la sazón que las aseveraciones esparcidas en los capítulos anteriores, podían suplirlos y abarcar la generalidad del contorno ya que tenían un acento histórico concreto y desde ese acento se deberá colegir la índole de cualquier concepto omitido, por ejemplo, el contexto económico, y ajustarlo a lo que dije sobre el particular acudiendo al recurso de la analogía en igual sentido a cualquier hilo conductor.

Tampoco se debe olvidar que aquí trato de emprender una historia ontológica —aunque parezca genealógica— del vencido y eso empujó a estudiar a la esclavitud, tras la presencia del negro sin descuidar la proyección hacia otros sujetos, de manera que no puede ser una crónica continuada y progresista, sino un poco intermitente, más concisa quizá sin el talante de Foucault para rastrear no solo el origen de la condición de ser ahí en el mundo del vencido, con relación al negro/del esclavo sino eventualmente a los demás suje-

tos que aparecieron reseñados en el índice como eventuales vencidos en el marco de sus acciones...

Por eso, salvo mejor opinión en contrario aquí en su medianía colijo que expuse unos rasgos esenciales que encerraban los criterios demandados como algo cercano y como algo lejano a la vez que está o que estuvo en el mundo —y que persiste todavía con otros tonos— y que recayó en el indio y en el negro, por tantas circunstancias adversas a la que habría que agregarle su incapacidad para proceder ante nuevos y extraños como la conquista y colonia con sus siniestros personajes. Creí también que había alcanzado la esencia misma del asunto. Pero no, ahora percibo que quizá ni pude interrogar al nivel requerido para alcanzar luego aquellas respuestas satisfactorias que se aguardan desde el principio de este trabajo y a lo mejor ni siquiera pude alegar hasta ahora en su forma significativa o sea con un adecuado manejo del lenguaje.

Eso me preocupa y me insta a ir hacia adelante con más denuedo filosófico, histórico, e incluso periodístico en pos de la información precisa sobre cada tópico, el indio, el negro, el ibero, Cartagena de Indias, etc., para ultimar los procedimientos prescritos y aunque los hallazgos con que me tope aquí, muestren su reiteración, eso significará que fueron reales y podrían desvanecer alguna amenaza a su validez.

Aguardo a que en lo que resta de la obra consiga alcanzar el nivel necesario para que se admita al final que a pesar de todos los baremos que se atravesaron pude, no obstante, dejar una estela tenue de luz en la oscuridad de ese bosque donde habitaron el indio y el negro y que igualmente se determine que las respuestas que se esperan y que interrogaron atrás al ibero y al indio y al negro, sondearon deshacer



pretéritos entuertos a efecto de dirigir la proa hacia alguna estación decisiva de la historia del mundo.

Y esto ha dejado la posibilidad de apropiarse del ser ahí en el mundo del vencido o sea comprenderlo históricamente desde la perspectiva del discurso filosófico.

Y prosiguen las preguntas... pues hay que reconocer que aquella realidad pretérita si bien existió, solo será perceptible defectuosamente a causa de los mecanismos intelectuales deficientes que tengo y a la índole inexplicable e intrincada de los fenómenos. Y por eso hay que examinar y reexaminar la cuestión y muchas veces el dispositivo de la pregunta es un tutor ideal.

Bien: ¿Pudieron hacer algo distinto tanto el indio como el negro frente a esa contingencia de la esclavitud y del vasallaje y no convertirse en vencidos?<sup>11</sup> ...¿Había otra opción?... Quien se imagine a un vencido o quien haya sido vencido podrá adivinar esta disposición explícita de conducirse subyugado a través de una sucesión de conceptos fundamentales sobre el particular, uno de ellos, la limitación de su voluntad, otro, la pérdida de la libertad y la plena disposición al carácter, generalmente agresivo, tosco o insolente, del

---

11. Son dos conceptos distintos aunque sinónimos en ciertos eventos, el vencido supone una confrontación y en la cual cae uno de los contendientes derrotado y asume esa condición, bien en un combate, o bien en una competición deportiva, etc., pero eso no significa necesariamente llegar a convertirse en esclavo, por el contrario para ser esclavo tampoco necesariamente debe concurrir la guerra, aunque al comienzo sí era una categoría esencial, u otro tipo de confrontación similar, puede incluso concurrir otra categoría, la venta, la dote o la permuta en ciertos casos. —Algunas veces el vencido también es esclavo, por ejemplo cuando en la actualidad una persona cae vencida en las garras del vicio, enseguida se convierte en esclavo de ese vicio que lo venció y así sucesivamente—. De todas maneras el recurso de la analogía que usé en el capítulo anterior me releva de proseguir con esa apreciación (Nota del autor).

vencedor, en este caso del encomendero y del amo. También es de recibo agregar que frente a esa encrucijada no había ninguna opción que no fuera la del brutal y grosero sometimiento.

A la par de lo que esboqué marchará a continuación aquí una especie de escrutinio de glosas acerca de cada uno de los vencidos, uno con más empaque que el otro, a fin de evidenciar desde otro minarete esa triste condición de ser ahí... en el mundo del vencido y de paso aleccionar acerca de este tópico con un poco más de ardor lógico, o sea un ir y volver, sin importar que a ratos se especule que eso carece de ilación en el mejor sentido de la palabra pues lo que se ambiciona es transformar la ignorancia y mutar los criterios erróneos sobre el particular. Y eso servirá además para asegurar la consecuente precomprensión de ese tema, conforme a lo trazado en capítulos anteriores.

Al departir del ser ahí en el mundo del vencido, me estoy figurando, o sea estoy pensado sin duda alguna, el carácter de la existencia de ese ser ahí del vencido, o en otras palabras, a una idea de ese ser ahí del vencido en el mundo y su mundanidad y para que eso se surtiera apropiadamente principié a marchar por el sendero de aquella cruel realidad que me llevará rápidamente a sendos parajes —Cartagena de Indias y la minería— y tratar de advertir enseguida algún claro allá dentro que me proporcione la manera de confirmar ese modo de existencia desde esos hábitats y despejar los sesgos que las deformaciones, que los prejuicios, y que las presunciones han mostrado ambiguamente de ese panorama del vencido —en términos globales— incluida la precomprensión de ese ser mismo ahí en su mundo y en el mundo del vencido y seguidamente al vislumbrar ese claro, fraguar una labor de criba y exponer que agarré al ser ahí en el mundo del venci-

do en cabeza del indio y del negro sin descartar y lo repito que en ese contexto de los vencidos también caerán otros sujetos pero bajo unos matices menos dramáticos. Incluso la encomienda —y el palenque más tarde— colaborarán en ese proceso de desvelamiento de lo oculto en el sentido indicado en el último párrafo del Proemio.

O sea que ese ser ahí en el mundo y ese ser ahí en el mundo del vencido, ¿se pueden emplazar bajo esos parámetros? Sí, y la mejor prueba sería el desenvolvimiento de esa figura a continuación ya que existe mi voluntad de perseguir históricamente a ese ser ahí en esos dos mundos, desde su sentido hasta su consumación ontológica.

Es posible que alguien pudiese evaluar que esto se trata únicamente de una elección mía, de una actitud patética que quizá adopté no solo hacia el indio o hacia el negro sino hacia los hombres que han sido vencidos, hasta la historia e incluso la sociedad. Tal vez tuviere algo de razón, aunque no en sentido estricto, pues lo que inquiero descansa en la búsqueda ontológica no solo de unas respuestas básicas a las preguntas formuladas desde el Proemio sino que voy tras la descripción típica o atípica de lo que pudo ser conocido o de aquello que se encuentra entretejido por la intervención de personas y fenómenos en cada escenario y bajo esos acentos, esto no es una actitud patética, sino una actitud plástica...

Al mismo tiempo, y lo esclarezco, no solo me anima un sentimiento de simpatía hacia el vencido, también la necesidad de cubrir una especie de laguna histórica que ha existido en este país por conocer cómo fue esa triste y deleznable condición de los antepasados de los colombianos... desde el matiz de tan dolorosa experiencia... con la advertencia de que no persigo que se me siga al pie de la letra con esas ase-

veraciones, sino que al confrontarlas o cotejarlas, se logre responder de un modo coherente a las preguntas que bosquejé o, incluso, si se enunciaren las respuestas requeridas contrarias a mi punto de vista.

No es fácil ser vencido y vivir en medio de esa condición. O sea ser ahí en el mundo del vencido, casi nadie lo quiere relacionar puesto que no se atreve a prescribir y a revelar luego la pregunta ontológica que es de rigor o sea la razón por la cual es un vencido y no otra cosa. Es decir, no sabe cómo concordar la pregunta... y si no sabe armonizar la pregunta ontológica tampoco podrá responderla adecuadamente y todo quedará como antes. De ahí vienen los inconvenientes pues al no saber que se es un ser ahí en el mundo del vencido —incluso un ser ahí en el mundo para la muerte— pues se vive distraído en los afanes de la rutina, una especie de sentimiento de indiferencia ante todo lo que significa “ES” se ha apoderado del hombre actual, y esa postura le ha autorizado desdeñar esa posibilidad óptica, despejar la ecuación ...y en seguida apropiarse plenamente o sea ontológicamente hablando de la situación de ser ahí en el mundo de lo cotidiano y de lo que vendrá después de esa cotidianeidad en el ser humano... pero con suprema autenticidad.

El ser conviene discernir aquí, no es un género, pese a que la generalidad del nombre común, por ejemplo, zorro, articulare la totalidad de los animales que constituyan esa camada —el zorro engendra al zorro— porque al trocar al ser en algo universal, lo dejaría a la postre vacío de contenido, y fuera de aquel *logos* que le imprimiría la dinámica de lo que es, en este caso un prototipo del reino animal..., sin embargo eso no obsta para afirmar que el ser contiene una sucesión de significaciones múltiples, irreducibles entre sí,

sin que por eso dejen de tener en esa multiplicidad determinada, un punto de referencia, que los mantendrá unidos, o sea la potencia que hará a cada individualidad —zorro, león, tigre, ballena—, en un momento dado ser.

En lo que respecta a este tópico lo considero aquí, ya agotado en su esencia. Lo que viene a continuación será una especie de corolario de las anteriores afirmaciones un poco abstractas o metafísicas, porque será ineludible añadir aquí, un toque factual, una pincelada anecdótica, histórica, o simplemente conmemorativa de lo que fue aquel pasado para atraerlo con más fuerza hasta este presente...

#### **Algunas aperturas cronológicas**

¿Por qué no platico con el mismo énfasis acerca del ser ahí en el mundo del vencedor? Porque si bien hubo en términos formales “un vencedor”, el español a secas, este personaje paralelamente tras sus propias acciones incorrectas, ladinas, vergonzosas, repelentes e inicuas de suyo, acabó igualmente enrevesado en la trulla del vencido y perdió la condición original y prepotente de triunfador y eso se avizorará más adelante. Es preciso indicar, no obstante, que después del descubrimiento, la Corona de España parecía revelar que era improbable que colapsara, mas a continuación y en medio del fárrago de la colonia y de la expansión franco-inglesa, ese retroceso que parecía irrealizable, se hizo perceptible, o sea en un momento dado, se saltó de un extremo a otro y hay que decirlo con tristeza, gracias al esfuerzo desolador de ese Reino, y de su gente prosaica ya que no hay más nadie a quien inculpar.

Los españoles, fueron pues amos y señores de su fuliginoso destino. De ahí que no se pueda platicar de ellos, como si se tratase de un ser ahí propiamente en el mundo del vence-

dor... porque a pesar de que coronaron con éxito la empresa a las Indias Occidentales y se asentaron en sus tierras, no pudieron más tarde, estructurar un plan de vida, sino uno de depredación y violencia ni concretar a mediano plazo, un plan de expansión geopolítica que les permitiera adquirir de nuevo el peso político que tuvieron hasta Felipe II, pues tras su partida, poco a poco comenzó el desangre y el desmoronamiento de las estructuras que pudieron puntualizar un cenit a larguísimo plazo para la felicidad de todos sus habitantes, incluidos los infortunados amerindios. Pero no fue así. Inglaterra, Francia, Austria, estos países, por el contrario, conservaron por largo tiempo su importancia estratégica, ya que supieron manejar con energía, con precaución y con inteligencia, pese a sus desvaríos o descarríos, la heredad que les cupo en suerte conquistar y constantemente estuvieron en primera fila en el concierto europeo hasta hace muy poco y perennemente además con la frente en alto, mas eso no aconteció con España, la cual como Plauciano, el favorito de Alejandro Severo, quien como despeñado desde una ventana, le tocó deletrear: “Fui cohete, subí aprisa y ardiendo con ruido en lo alto, me calificó por estrella la vista, duré poco y bajé desmintiendo mis luces en humo y ceniza...”<sup>12</sup>.

El ibero fue pues un ser ahí en el mundo del vencedor, efímero, ya que por ostentoso, por incompetente y por gaudul más tarde pasó a mutarse en un singular ser ahí pero en el mundo del vencido..., de vencedor a vencido, qué tránsito tan patético y la explicación se encuentra en esta copla en catalán “...*Poca cosa pera forca...*”<sup>13</sup>.

¿Cómo se desarrollaba el ser ahí del vencido en la vida

---

12. Quevedo y Villegas, 1990, p.280.

13. Gracián, p.620.

cotidiana como tal? No tanto durante la vida cotidiana como tal, mejor, a partir de la conciencia –como presupuesto de realidad– y de la individualización de cada contexto, en este caso del género del negro y del indio a título de subyugado en sus momentos de clímax. Con más afectación en el primero que en el segundo, porque concluyentemente el natural de África aguantó más su dolor y su pena. ¿Se debe equiparar el verbo sufrir con el ser del vencido? No. Es un grado significativo de aproximación integral pero no lo circunscribe. A lo largo de este trabajo, el lector seguramente podría lograr reducir la complejidad del ser del vencido, o un segmento del mismo, a otra aproximación –por ejemplo estado de ánimo– si obtengo el nivel de agudeza que es indefectible en un escenario de esta índole aunque medie muchas veces ese verbo sufrir... y no repare por muestra en el estado de ánimo que conjuntamente acompañó al indio y al negro por esa lóbrega excursión vital.

Y ¿cómo se mide ese nivel de agudeza? Primero con el orden que requerirá partir de lo más simple para determinar lo igual con lo desigual, y segundo con la medida, o sea tanteando magnitudes de mayor a menor sin exigir de antemano una división en medio del orden. Hay que recordar además las diversas postulaciones del ser dadas por Aristóteles (el ser se dice de muchas maneras) que lo acarrearán a uno por el desfilar de los cuatro sentidos en que un ser puede ser: el ser accidental, en este caso el vencido/esclavo, pues el ser ahí en el mundo del hombre no ha sido, ser ahí en el mundo del esclavo, y si lo es, es por accidente, viene ulteriormente el ser según las categorías, el ser potencial y actual, y el ser en sentido verdadero o falso... (Moran, 2011, p.27) y a la sazón al esgrimir el ser ahí en el mundo del vencido al negro como esclavo y al indio como vasallo es equivalente a un ser ahí en el mundo del esclavo/vasallo, porque las características que

remolcan ambas instancias son iguales y eso conduce a verificar que algo subsumió al ser ahí desde su mundo al ser ahí en el mundo del vencido en el tiempo y en el espacio... Debo aclarar para evitar confusión que aquí estudio al ser ahí en el mundo del vencido desde la perspectiva de la esclavitud en el negro y desde el vasallaje en el indio, porque estos dos aspectos encerraban los conceptos fundamentales de todo vencido, sumisión, limitación, pérdida de la libertad, hipoteca de la voluntad, etc., y desde otro escenario no habría inconveniente en usar al ser ahí en el mundo, por ejemplo, del esclavo desde el perfil de vencido, bien por una guerra o bien por la conquista o acesión territorial... pero es más fácil la figura del vencido que vengo desarrollando, le da más radio de acción.

Si bien fueron dos experiencias distintas, la del indio y la del negro, con evidentes diferencias, los unía sin embargo, el expediente de la opresión sistemática y el negocio de la trashumancia a favor del encomendero y del amo... Eso por haber sido conquistado uno y raptado el otro, en sendas acciones que los mutaron en vencidos, no en víctimas, como sería más fácil indicar. La víctima<sup>14</sup> tuviera aquí un

---

14. Alguien podría afirmar lo contrario y decir que por ejemplo, víctima y vencido, son lo mismo, pues ambos manejan el sufrimiento, el dolor, el desarraigo y otras novedades negativas. No lo niego, eso puede ser cierto. Pero para el propósito que orienta este trabajo de investigación, la connotación de vencido tiene una relevancia cardinal porque moverá resortes distintos a los de una víctima. Igualmente platico ese concepto desde una perspectiva ontológica, o sea como una forma de ser ahí en el mundo, no de la víctima, pues ameritaría otras consideraciones fenomenológicas, sino del vencido, pues he ajustado el protocolo de la investigación a esa noción en el marco de la historia del Bicentenario de Colombia. Ya este país está cansado de víctimas, y de más víctimas, esa locución ha enfermado el ánimo, en cambio, la voz del vencido asume una connotación distinta, de lucha, de dolor y de tristeza sin que fuese necesario lloriquear o pedir clemencia o piedad. Es menos patética... la expresión vencido (Nota del autor).



tono lastimero, quejoso, en cambio el vencido tendrá aquí, voz, para reclamar algo más preciso, una reparación integral o simplemente tendrá la posibilidad de reconciliarse con el enemigo sin necesidad de exigir perdón previo, pues se sentirá igual que el vencedor formalmente y así podría equilibrar la balanza social...

Debo añadir que por vida cotidiana se ha de registrar aquí no el día a día de la época colonial, más bien, el ciclo significativo de estos dos actores de tan dolorosos sucesos que descubrieron sin saberlo ni entenderlo, una debacle ética como la que se desarrolló siglos más tarde en la Alemania nazi y por ende se mirará cada instante de consternación que ambos padecieron como el día a día regular y casi sin interrupciones.

El mero hecho de una confrontación devastadora y desigual entre el español y el indio y posteriormente el rapto ignominioso y ladino del negro por parte del mercader foráneo para traerlo a estas tierras, trajo consigo la degradación de la cultura española y la deflación de su moral/ética a unos niveles que ni siquiera en Sodoma o Gomorra se hallarían. Y una de sus consecuencias fue el reconocimiento de la impotencia de la razón para asignar un asomo de orden en las relaciones sociales entre superiores e inferiores o entre vencedores y vencidos. Esta última es otra palabra que se debe cultivar para figurarse al ser ahí en el mundo del vencido, en su entorno o fuera de su refugio.

El problema del vencido era que a cada tumbo de la rueda del tiempo se mudaban y casi siempre de mal en peor...<sup>15</sup>.

Asumo de antemano que el ser ahí en el mundo del ven-

---

15. Gracián, p.752.

cido puede ser distinguido como una excentricidad, una caída en picada al nihilismo kafkiano, y podría captarse igualmente como una obsesión apocalíptica mía, no puedo hacer nada, me basta con tocar esa singularidad semántica para que pueda encajar en ese clima nefasto y de búsqueda de aquellas actitudes que brindaran hábitos para el ibero la riqueza y la gloria, para el negro y el indio, el dolor y el destierro, sin puntualizar sus circunstancias pues hartos se presumirán. Esto podría ser el extracto de la historia de los vencidos aquí en esta tierra, desde la perspectiva del ser ahí en el mundo del vencido o su presencia activa/pasiva de la mano del que le sometió, ya que lo hizo posible.

Es pertinente recabar ahora en este concepto, ser ahí en el mundo del vencido, pero de un modo poco usual, sin galimatías, con un tanto de sentido común y de historia dentro de una prosa discursiva a veces con un tono filosófico y organizar su adecuada expresión de proposiciones y su arquitectura interna que podría romper vetustos moldes académicos. El ser ahí en el mundo del vencido, tiene su presencia, aquí, eso es evidente, es un postulado de inflexible constitución, que sondea y expone algunos de los puntos de discusión histórica alrededor de la presencia española en esta parte del hemisferio de Colón y lo que trajo consigo, aunque el trance residiría en cómo leerlo, en términos de una reestructuración de posturas a lo mejor olvidadas o desconocidas.

Solo de una manera óptica y después ontológica podría repararse mejor ese concepto. O sea es menester apreciar la presencia de esa realidad; la de ser ahí en el mundo del vencido, y más tarde reparar bien en ella cuando se acudiere a los procedimientos lógicos que le fuesen propios y eso hago aquí intercalando y lo repito en lo posible exégesis histórica, tradición, informaciones y noticias, máximas y reflexiones,

preguntas y repuestas, notas y anécdotas, sobre el particular, ajustadas a cánones propicios para esos fines.

Después de la batalla de Valmy, el príncipe de la apariencia, Goethe, dijo una frase que ha pasado con mucho ruido a la posteridad: “A partir de hoy se inicia una nueva época en la historia del mundo, y puede usted decir que ha asistido a su principio...” (Steiner, p.128) y con el apoyo de esa expresión, puedo señalar, sin tanto boato, que a partir de este momento se podría recoger algunas de las miles de páginas que acopiaron las precipitadas, deficientes, desenfocadas, incongruentes o acomodadas opiniones sobre la opresión siniestra de España, o mejor de sus ladinos, protervos e ignominiosos súbditos en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, y abrir, de paso, un nuevo folio, tal vez más auténtico por lo penetrante en pos de un propósito no solo pedagógico sino reparador de agravios y de asepsia de heridas. ¿Sería asequible ese cambio de la trama histórica? Me incumbe manifestar que en un evento de esta naturaleza, se corre el riesgo de convertir todo en un ritual que oscilaría por un lado en la rigidez de la pluma en contar la brutalidad para con el indio y para con el esclavo en esa diabólica aventura a través de los hechos contados y por otro lado en la complacencia que sentía el amo o el encomendero por la utilidad que le representaba la presencia del indio y del negro en sus posesiones, y si eso se graduase de ese modo, este trabajo solo sería una crónica más. Apetezco lo contrario, que sea una historia, pero de los vencidos, desde todos los ángulos posibles, desde el ángulo de los hechos, desde el ángulo de la historia básica, desde el ángulo de la noticia, desde el ángulo de la información, o de la anécdota, de la reflexión, del apotegma y del dato que se insertó como pie de página a fin de proporcionar un én-

fasis multifacético al expediente de la vida humana durante aquella época en la Nueva Granada...

¿Qué significa eso que acabo de anotar para el mundo de hoy? Muy poca cosa, presumo de antemano. Estas expresiones de diverso pelaje quizá no tengan la misma validez que tienen en otros escenarios filosóficos, incluso en la tradición americana los criterios factuales, básicos, ontológicos y fenomenológicos sobre un tópico específico y supongo, por ejemplo, la conquista de México, cuando se ha ventilado en la academia lo han hecho, con un toque folklórico o histórico pero sin perder el rigor. Como no ha sido mi propósito que este trabajo se ventile solo en la academia o en el foro, espero que fuese recibido por todos los interesados, académicos o no, pueblo raso, estudiantes, jóvenes, políticos, etc., para que por lo menos conozcan su contenido, precisamente por el acento y por el estilo que le vengo suministrando, así no compartan luego mis apreciaciones.

Seguramente habrá una prevención y radica en que esta modernidad, con algunos de sus especialistas en la temática, o sea por el peso de la tradición recibida sobre el espectro del negro y del indio frente a la dominación ibera, sin dejar a un lado al criollo, al mestizo, al mulato o al zambo, o por el peso de la autoridad que ha escrito este o aquel tratado sobre el particular, consientan aún en seguir transmitiendo lo transmitido, de ahí que al cuestionar seguidamente lo acotado hasta ahora, para que se adoptare una forma de conciencia diferente y manifiesta, que prevé desde hace rato apropiarse con los instrumentos adecuados de esa tradición o de la autoridad, y adaptarla mejor, y que demandaría cambios sustanciales en su formulación, enunciación y propagación, no le presten al final mucha atención. De ahí que la preocupación anotada atrás, no deja de ser otra probabi-

lidad muy marcada, de que todo quedare en parábola y la seudotradición siguiere tan campante y en sus trece. Es hora de destronar a ese refractario Papa Luna... terco como una mula (Benedicto XIII, 1324-1424, antipapa de la obediencia de Aviñón...)<sup>16</sup>.

¿Cómo hay que leer este capítulo? Desde las preguntas formuladas en el Proemio, con sus antecedentes y precedentes para ir hilvanando un conjunto de matices que avalen a ese ser ahí en el mundo del vencido para finalmente responder a las mismas con *sindéresis*.

Es de recibo añadir, una sucesión de notas, tomadas como otro fenómeno social que ratificará, esa forma del ser ahí en el mundo del vencido, porque tal ritmo de momentos, deberá apreciarse como unas apostillas puestas para incomodar, y de ese modo se podría captar como un valor agregado el grado de necesidad o de indolencia que tenía el español con respecto al nativo y en el que estaba incluido el negro.

1) Circulaban coplas hirientes acerca de la índole del negro, tras su ser ahí en el mundo del vencido o tras su estar en ese mundo y que expresan un recóndito apetito de poner distancia, incluso con el chascarrillo: “No hay negra que mal no huela”/“Malos son los negros, pero peor es no tenerlos”/“Buena hacienda es negros, si comieran lodo y cagaran oro”/“Buen patrimonio es tener negros, si nada comieran y oro cagaran...”/“Cuando el amo agarra el cuero, es mejor sonreír...” (Triana, VIII, 168 y ss.).

2) A propósito: ¿Cuántas negras y cuántas indias a la usanza de Lavinia, fueron ultrajadas soezmente por el ibero y que semejante a la dama en cuestión, fueron vengadas?

---

16. *Diccionario El Pequeño Larousse*, 1996, p.1154.

Ninguna... salvo los detalles aislados de desquite que han permanecido en el anonimato, porque la propiedad de la negra/esclava suponía cosa adecuada igual que el arado y como no tenía ni personalidad ni conciencia, por ende podía el amo usar y abusar de ella, y el encomendero, a su turno podía hacer de las suyas con la india...

3) Las indias durante la conquista y durante la colonia desempeñaron un rol no siempre secundario acompañando a las huestes triunfantes de los españoles, pues no solo le servían de desfogue sexual, pues eran muy bonitas y agradadas, sino que también les servían de informantes y de cargadoras y estas dos actividades por lo general, las desempeñaban desinteresadamente ya que lo hacían por amor o por el embeleso que sentían por cualquier miembro de esa tropa, y muy poco se ha reparado en que durante la travesía de Jiménez de Quesada, de Belalcázar y de Federmann rumbo a la futura Santa Fe de Bogotá, venían cerca de dos mil hombres, ninguna mujer ibera y muchas indígenas... —o sea que es plausible agregar que en algunas de ellas no se podría predicar el sambenito del vencido— pues dócilmente se iban de la mano del español, y este igualmente muchas veces le correspondía en afecto y en amor. Por eso ha sido atrayente, entre otras, la crónica de las Dos Beatriz de la conquista ibera en las Indias Occidentales, dignas de una novela de Balzac. En cambio las negras no tuvieron ese rol, y siempre se mantuvieron a la sombra.

4) En 1970 dijo Cortázar a propósito de su obra cumbre, *Rayuela* (1963): “Estamos necesitando más que nunca los Che Guevara del lenguaje, los revolucionarios de la literatura, más que los literatos de la revolución”. Y el novelista criollo O. Collazos en su momento recordó a propósito de una encuesta virtual, que “la amable severidad de la me-

moria se volvió una insultante ironía...” y como es factible suponer, esas expresiones acomodadas con buena voluntad a este escenario, significan también que uno debe innovar para no repetir y que la acritud de la memoria histórica se tornará una patética incongruencia si no dirige su proa hacia la perfecta acumulación o por lo menos al factible acopio de los hechos arteros que resultaron por secuela de la dominación ibera en esta parte del globo terráqueo.

5) “Oh cruel pensamiento, oh deshonesto acción, oh miserable ejemplo, indicios manifiestos de futura ruina...” (Boccaccio, p.35).

6) Obvio que corro el riesgo de incurrir en reiteraciones al insistir en la relación de dependencia que se manejó durante la conquista y la colonia, por eso diré escuetamente que este par de actores vencidos, estuvieron tan cargados de ultrajes y atiborrados de consternaciones que sería indigno contar en su pormenor ya que escandalizarían hasta a las piedras. Tampoco pretendo que se muten en sujetos dignos de lástima; por el contrario, que todo eso se conozca para que no se repitan esos hechos, y para que se revelen en su cruda realidad pues de lo contrario resultaría inútil relatarlos. Yo trato —no sé si lo consiga— tomar distancia al contemplar este esfuerzo y asumo esa sistematización peculiar como instrumento metodológico que me ha permitido hasta ahora organizar las experiencias históricas acaecidas en mi patria de un modo coherente, de ahí que esto sea una historia de los vencidos, sin más aditamento que su plena configuración ontológica.

7) El ser ahí en el mundo del vencido proyectado en el indio y en el negro no resultaba fácil unirlos en uno solo, ya que de ningún modo era viable la proximidad entre ellos, pues se podría configurar una intrincada densidad de mati-

ces dadas las diferencias de vida que tenían y no se obtendría por esa divergencia social canalizar los hechos constitutivos de cada ser ahí en su mundo y meterlos luego en el mismo saco, pero el poder del *logos* hizo que ese ser ahí en el mundo del vencido se mutara ante ellos en una uniforme contextura de escarnio y de humillación o de sufrimiento y de pesadumbre, y entonces resultó pertinente juntarlos por economía histórica.

8) Y eso va a conducir a que una vez desatado el nudo gordiano de las preguntas con las respuestas de rigor, y posteriormente se finiquite la gestión investigativa desarrollada aquí, desde ese momento, cualquiera podrá apreciar aquel pasado desde este perfil ontológico y considerarlo sin tanto esfuerzo por cribar las necesidades, los ajustes interesados, las mentiras, las ambigüedades y la sucesión de falacias o de sofismas que tantos escritores efectuaron o llevaron a cabo y que han oscurecido el panorama del indio y del negro, así considerados, puesto que se abrieron metódicamente los claros que los parajes tupidos impedían ver con refulgencia... aquella condición. Por lo menos ese horizonte ya se podrá arrimar y mirar luego aquel fenómeno, el del vencido.

9) Y para llevar a cabo ese proceso es preciso hacer otra pregunta y responderla a continuación: ¿Por qué hay vencedor y vencido y en cambio no hay nada de eso? Es de recibo alegar: Por una sencilla razón: el ritmo impuesto por la naturaleza ha sido la lucha en donde tiene que haber un vencedor y un vencido y también porque el mecanismo social que fraguó la entidad denominada esclavitud trazó un modelo binario... en este caso amo y esclavo, y en la encomienda el de señor y vasallo, que ha traído por secuela al vencedor y al vencido en este escenario. No dije victimario ni víctima, porque aquí no tenía eco su presencia.



Tengo que ratificar que el indio puso en frente, sin saberlo, su ser ahí en el mundo, su mundo inauténtico, con el ser ahí del mundo del vencedor tras el descubrimiento y después de ese incidente fue proyectado por el español, a ser ahí en otro mundo pero en tránsito a ser ahí finalmente en el mundo del vencido, y si bien al negro/esclavo le sucedió algo semejante eso a su vez fue forzado desde su tierra lejana, y por ende la percepción del hecho primordial –“ser ahí en el mundo del vencido” o estar en el mundo como tal– no se alcanzará solo con un conocimiento casuístico o con una investigación teórica por muy profunda que sea; se obtendrá presentando el claro que de pronto brotara en lo tupido de ese bosque enmarañado de sucesos y que permitirán conocer que sabía de esa condición. ¿Y dónde estaría ese claro que dispone por lo menos de una luz tenue? Quizá en los parajes convocados desde el índice, pero también la encomienda y el palenque podrían convertirse en los conceptos donde será menos complicado contemplarlos –al indio y al negro– y desde donde se podrían percibir con relativa nitidez esa condigna condición de vencidos que ya sentían pero que no entendían a cabalidad. Esto se pudo hacer al revelar, primero el sentido del ser, la temporalidad, y después mostrar a ese ser ahí desde el principio en su mundo como tal y posteriormente como ser ahí en el mundo del vencido a cada uno por su condición de vasallo y de esclavo respectivamente.

10) Y ¿cómo se podría tantear realmente la condición de vasallo en el indio?

A través de una institución: La encomienda, una instancia que provenía de la Edad Media en la península, y consistía tras el descubrimiento en la cesión por parte del soberano ibero y a favor de un súbdito, por sus méritos, de la per-

cepción de un tributo o trabajo que el indio debía sufragar a la Corona. A cambio de ese privilegio, que se instauró en las Indias Occidentales en 1503 en La Española, a través de Nicolás de Ovando y que se acabó por inercia al promediar el siglo XVIII, el encomendero, debía “cuidar” de la instrucción y de la evangelización del indígena encomendado.

Esa figura legal adquirió en la Nueva Granada ribetes de vodevil, de tramoya, y de perversidad que proyectaron una sucesión de problemas en los cuales el encomendado llevaba de la peor parte, dado que todo era exagerado y a favor del señor, una especie de amo. Igualmente se concertaba una serie de factores de tipo cultural que aunados a las condiciones geográficas trajo consigo la corruptela popularizada del sistema en detrimento de la personalidad del aborígen ya que debía o prestar servicio personal o pagar tributos a su señor y por lo general le tocaba ambas cosas de modo simultáneo. Y como el dominio de los reyes castellanos era doble en esta parte del hemisferio de Colón, o sea sobre la tierra y sobre la comunidad indígena, nada se podía hacer cuando se concretaba tal prerrogativa. No valía ni la protesta ni el reclamo; solo cuando las agresiones del encomendero eran de monumentales proporciones, la Corona en Madrid tomaba cartas en el asunto y como casi siempre acontecía, la investigación se arreglaba por debajo de la mesa. ¿Qué se puede añadir al respecto si esta sola enumeración, vaga y difusa, espanta por sí sola? ¿Qué tal si se entrare en detalles sobre el particular? Fue una época triste ciertamente y no es mi intención conmover el corazón del lector ni esto es una elegía, a más de que en la actualidad (2015) la mayoría de los individuos inmersos en sus afanes, o carecen de corazón o lo tienen de piedra.

Sin embargo lo anterior no obsta para indicar que esa

institución colaboró en demasía para hacer más patética la condición de vencido del indio, pues lo acorraló, lo avasalló y lo dejó peor que antes, puesto que perdió la autonomía de la que antes gozaba. Por eso es plausible meditar en la expresión autonomía o libertad de movimiento total y su pérdida, que adyacente al sufrimiento fueron los vectores de la condición de vencido tanto del indio como del negro. En el indio la merma de la independencia de movimiento fue relativa, sin embargo era tan restrictiva que terminó siendo absoluta. Igualmente la encomienda agotó la eventual fortaleza anímica del indio, le redujo sus posibilidades de avance social y lo estigmatizó para siempre. En ese flujo y reflujo de la encomienda como tal, el encomendado sentía de todo, descontento, impotencia, horror, dolor y afujias que se tornaban dramáticas ya que al carecer de una sólida estructura cultural de tipo occidental sus lamentos en nada colaboraron para fortalecer su espíritu. Pero cuando el indio vivía en su hábitat, libre como el viento, sus afanes o sus padecimientos los sorteaba con lo que tenía de propio su etnia y de ese modo, sí alcanzaba a paliar el pesar, en cambio ya sometido, hasta ese resguardo espiritual se evaporó.

11) ¿Y cómo se podría tantear realmente esa condición de esclavo en el negro?

A través de una institución de hecho: El palenque: que fue un camino al abismo. “¿Qué razón tienen amos y amas sin que falten religiosos y religiosas para sujetar, no al bárbaro, no al gentil o al hebreo, sino a estos pobres cristianos a tanto vilipendio? Viéndose tan injuriados se determinan pocos a huirse al desierto, que acá llaman palenques cumpliéndose en la persecución de su libertad, lo que san Pablo dice padecían muchos mártires, con esta diferencia: que si los siervos de Jesús vieron que por su santo nombre padecían

y en sus penas se gloriaban, estos otros miserables (los negros/esclavos) como soldados nuevos sin tener en sí fuerza que los doctrine desgraciadamente empeoran, manchando con innumerables pecados sus almas ...“¡Ay de vosotros ... porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito y una vez hecho lo hacéis dos veces hijo del Infierno que vosotros!” (Mt 23)... (Triana, VIII, p.278)... ¿Qué puede uno agregar a este desahogo de un defensor a ultranza de esos infelices vencidos, como fray Epifanio, cuyas denuncias molestaban a la Corona hasta tal punto que se les impedía a los frailes como él, regresar a las Indias? (Triana, VIII, pp.273 y ss.). Fue una época deprimente indisputablemente, ya que todo era gravísimo y nada admitía un término medio, que armonizara los intereses en pugna. Eso significaba el palenque o la posibilidad de salir de Guatemala para caer en Guatepeor, mas no había muchas veces opción.

Si el profeta Isaías o tal vez Jeremías hubiesen vivido en aquella época tenebrosa, y hubieren visto lo que a diario acontecía con el indio y con el negro con seguridad de que sus gritos hubieran sido mucho más atormentados y lúgubres que aquellos que difundieron ante los suyos hace milenios pues lo que habrían observado sobrepasaba todo límite de lo humano ya que ponía de manifiesto la execrable propensión al mal y habría estimulado además la profusión de los palenques para que se eludiera el vil accionar del amo español o la eliminación de la encomienda para que el indio viviera en paz. Ahora bien: Ese sitio, el palenque, no así la encomienda, debe asumirse como el último resguardo del esclavo desolado y maltratado, su vía de escape o el medio para evitar males peores, aunque ese paraje no era exactamente un espacio excelente para vivir, solo para malvivir y de paso, dado que constantemente tenía que montarse otro más allá

de los confines del señorío del esclavista, ya que de lo contrario si caía, el peso de la ley era inexorable sobre su triste persona. Eso fue un auténtico calvario, tanto si permanecía atado a la mano dura del amo o tanto si optaba por huir el negro, para mudar de aires. Partía ciego ese miserable esclavo y a tientas a buscar la esquiva luz en la penumbra de la noche, y muchas veces mal guiado sucumbía por tantos avatares que tropezaba en ese incierto sendero de libertad. En ese ir y venir del palenque, la existencia discurría en medio de la aprensión, la angustia, la inseguridad, la soledad y el hambre, por no agregar nada más a ese cuadro que parecía pintado por un expresionista de corte tenebrista como Goya.

Sea del caso afirmar que la secuela de estas sendas observaciones inhumanas alrededor del comportamiento del uno (encomendero/amo) bajo la égida colonial y la pasividad constreñida del otro (indio/esclavo) o ser ahí en el mundo del vencido, insta a configurar desde esos claros del bosque espeso —sus hábitat— algo decisivo, o sea que el ser ahí del vencido y eso lo digo conjuntamente en términos generales, pese a ser tangible ha sido algo impropio, no ha vivido según él mismo, sino de acuerdo como lo ha dispuesto el uno, en este caso el encomendero o en el otro caso el amo. Estrictamente platicando ese ser ahí del vencido, apenas existió, solo vegetaba en un andamiaje repleto de transacciones podridas y siniestras. Y por consiguiente ese ser ahí del vencido tanto para el indio como para el negro admitía un discurrir en medio del temor, de la acción del uno, de la reacción del uno y de lo que decidiera el uno, o sea del encomendero o del amo en medio del caos y de la arbitrariedad más horripilante.

12) Soy consciente de que deberían formularse preguntas adicionales para vislumbrar con las respuestas al ser ahí en

el mundo del vencido, indio y negro, y de hecho convendría enunciarlas desde la encomienda y desde el palenque, para que luego brotaren los conceptos fundamentales o los hilos conductores de la investigación que se quiera hacer sobre el particular y trazar unas nuevas líneas que ayudaren a ratificar la comprensión que ya se tuvo por lo que anoté arriba acerca de que la razón por la cual hubo vencido y esclavitud o vasallaje y no otra cosa y por las reparos ya vertidos en capítulos anteriores. Sin embargo en este instante podrían estorbar las preguntas básicas formuladas en el Proemio, pues serían consecuencia de aquellas, ya en este escenario todo va encadenado y maneja un propósito, las respuestas finales...

En efecto, esas preguntas que se podrían formular al escenario en donde militaron el indio y el negro dada su nueva condición de ser ahí en el mundo del vencido, o sea desde la expectativa de la encomienda y desde la perspectiva del palenque sin la apropiada profundización de sus contenidos, y de sus expresiones más singulares, únicamente con los sucintos esbozos señalados aquí, podrían transportar a respuestas tautológicas porque o fueron mal formuladas las interrogaciones o eran simples reiteraciones de los hechos típicos y atípicos que se han esparcido aquí, por conducto de la exégesis histórica y así sucesivamente, y por ende, dada la parquedad de los elementos de juicio, lo mejor será que alguien iniciare un proceso diferente pero semejante a este y lo condujere solo desde la encomienda o el palenque y de ese modo rendiría sus frutos.

Bien, opino que hice lo que pude sobre el particular o según mis fuerzas; no tenía más.

13) Prologo: No se vive en el tiempo como si eso fuera algo abstracto al ser, porque el tiempo es la impronta o lo

que da sentido al ser y por eso el “vivimos en el tiempo” es algo inseparable de por sí y de esa inexorable unidad, tratada por Heidegger, de una manera inconfundible (Steiner, p.130) resulta tangible contar estas manifestaciones intrínsecas del Yo: admirar, contemplar, maldecir, bendecir, suspirar, anhelar, evocar, esperar su obsesivo paso irremediable y a lo que conducirá más tarde. La muerte. Eso apareja para el ser humano, fuere sabio, ignorante, amo, señor, cura, rico, pobre, negro, esclavo o aborígen, mujer, andrógino, etc., una visión, resignada o tétrica, pero en todo caso signo de la esencia de las cosas, aunque el sabio podría repararlas mejor, es cierto, por lo menos, entendiéndolas como un compromiso más o menos paciente con la existencia que forzosamente tiene que asumir y aguardar el desenlace.

14) Y es en el manejo de ese Yo, que cada uno opera a su antojo, y al que Descartes le dio una connotación peculiar en el universo de las cosas, donde hay que atisbar al español, al indio, al negro, al criollo, al cura, al mestizo y a todos los sujetos que “vivieron en aquel tiempo” a fin de vislumbrar si esos sentimientos expresados arriba y señal de una subjetividad arcana tuvo mucho que ver en el desenlace de la situación que se dio en la Nueva Granada.

15) En el ser ahí en el mundo del vencido, en ese mundo, que más bien debería ser un submundo, como el de los sórdidos, todo dependía de los demás y nada del afectado, salvo que el mismo le hubiera dado el sentido y más tarde la constitución al ser ahí en el mundo de los vencidos tras dejar su ser ahí en lo cotidiano.

16) Probablemente se ha verificado, la doble etiqueta del ser ahí del vencido y con esa afirmación de la proximidad y de la presencia del sufrimiento y del pesar ante lo ineludible y ante lo que se vive, entre otros estremecimientos, se

hallaba constreñido tanto el indio como el negro a admitir su ser ahí en el mundo del vencido, aunque no entendiere esa figura filosófica. Pero eso no obsta para que igualmente tuvieran los dos que acomodarse a esa posición forzada ante el tiempo y ante el espacio, como subyugado, primero por la condición inicial de cada uno y enseguida avasallado también tras su condición de estar ahí como vencido y obligado a presenciar la estampa de un espectáculo siniestro, en donde la consternación... el pesar, la congoja, el desconsuelo... el dolor le pasaban a cada rato su factura de cobro. Y esa ha sido la índole del ser ahí en el mundo del vencido desde que el hombre pisó por primera vez la tierra...

En resumen yo considero que el hombre lanzado a la tierra, ha sido y será un ser ahí en el mundo de su existencia, perfilado para la muerte, y no sé si eso también representa la típica condición de vencido. Una vez Kant al comentar sobre la finitud humana arguyó que si en un momento dado a un hombre maduro se le apareciera el Ángel del Señor con la noticia de que si quisiera podría vivir eternamente pero en medio de los pesares y de las preocupaciones que assolaban a la existencia humana y viendo igualmente desfilar ante sí las sucesivas generaciones con dolor y con angustia, al ser inquirido por una respuesta seguramente respondería que no y que se mantendría con la opción mortal. O sea ¿la parca es la caracterización del ser ahí en el mundo del ser humano como vencido por obra de la naturaleza de las cosas? El ser como el verbo que va y regresa asume una posición bipolar y al hombre le corresponde vivir ese es y morir para ese era.

Ahora bien: ¿Fui explícito con el sentido del ser ahí en el mundo del vencido? Con el sentido sí, pues acudí al tiempo y al espacio y con relación a la constitución después de ese ser ahí, a lo mejor, y con relación a la constitución del ser ahí en



el mundo del vencido, antes de su consumación, aludo que tal vez, solo si se ha avistado el claro y se ha conseguido anidar en su nido de un modo apropiado. Más adelante, hablaré de la visión fenomenológica del vencido como tuve ocasión de indicarlo atrás y será factible que igualmente alcance a manejar una contemplación más objetiva de todo este proceso. “En un hombre —decía el bardo inglés— no era pecado el trabajar según su vocación...” (Shakespeare, I, p.453) sin embargo no puedo depositar tanta confianza en esa apreciación ya que también atañe a mi persona.

Tras haber barruntado algo en lo que concierne con el ser, con el ser ahí en el mundo y con el ser ahí en el mundo del vencido en su vasta generalización a partir de las aclaraciones, exégesis históricas, noticias, informaciones, máximas y reflexiones, anécdotas y notas, preguntas y respuestas efectuadas a lo largo de este extenuante trayecto hermenéutico y describir esos eventuales claros que atisbé, la encomienda y el palenque —en el marco de su despliegue fáctico o sea como refugios de dolor y de sufrimiento— y que además por razones de espacio no pude profundizar como era mi deseo, me veo ahora compelido por las exigencias de este arduo encargo, a franquear al patrón casuístico como los anteriores moldes bosquejados a fin de reiterar el acento que le he venido dedicando al contexto, con la confianza de que se podrían avistar de una manera diferente las aflicciones del indio y los pesares del negro como ser ahí en el mundo del vencido, cada uno, con énfasis en este último protagonista ya que palpablemente en su figura (negro/esclavo) concurrían todas las piezas, tijeras, herramientas y elementos para atormentar, trastornar, turbar, aturdir, abrumar e inquietar a una persona hasta el clímax. Y asimismo fue el que más soportó el peso de tan angustiosa condición.

Quedó claro a mi entender de todas maneras, una lótopo que es muy significativa aquí: el sentido y la constitución del ser ahí del vencido, y no puedo por menos de afirmar que el horizonte de tal condición está cada vez más cerca...

### **Una novedosa perspectiva informativa**

Este módulo de información que se esbozará a continuación, no solo partirá este núcleo, sin liquidar la unidad sino que permitirá ir rápidamente a lo metódicamente fructífero para mejor proveer sobre otras situaciones de hecho que irán a darle más sentido a lo que se ha pretendido desde el comienzo, consolidar una verdadera cabeza de puente que ayude a responder al final a las preguntas formuladas en el Proemio. Ya arranqué con la encomienda y con el palenque, como convenciones específicas para ir en pos del bosque donde tal vez se hallare enmarañado ese ser ahí del mundo vencido del indio y del negro/esclavo, dadas sus connotaciones logísticas pero ahora acogiendo el esquema del casuismo, pretendo descomponer ese nexo indio/esclavo, no ya desde esos lugares comunes, la encomienda y el palenque, sino desde otros contingentes claros para que con gran libertad real, siguiere destilando en el texto, la percepción de que ese algo —en este evento del ser ahí en el mundo del vencido— tendrá más cosas que exhibir y de ese modo conservar la identidad de la apreciación de vencido y hallar a la pre o la comprensión de lo que se está afirmando en esta trama.

Transpongo entonces el dominio filosófico del ser ahí en el mundo del vencido al dominio del gobierno casuístico, para que el tipo cardinal derivado dejare de ser un mero juego de palabras quizá redundantes —aunque no lo creo así— y se ubique inmediatamente en el plano individual del indio/es-

clavo dentro del horizonte del mundo del vencido, ya apreciado antes pero a fin de acercarlo aún más es pertinente representarlo con incidentes más puntuales. El casuismo así aplicado confirmará otra vez no solo una vivencia personal que pudo ser perceptiva en su medianía desde el minarete de la encomienda y del palenque sino que ahora bosquejará otra experiencia más concreta dentro de lo cotidiano de ese estar ahí y en ese ir y venir se obtendría un resultado fecundo y holístico con los eventuales recursos descriptivos que propondré a continuación de esta explicación.

Ahora bien: Por casuística deberá entenderse únicamente análisis y clasificación de los casos, no de conciencia como filosóficamente se conocen desde la antigüedad con los cínicos o con los estoicos, sino, repito, con los temas que prorrumplieron como consecuencia de problemas sociales, en este caso, la colonia —sin separar a la conquista tras la esclavitud o el vasallaje— apuntalándose un tanto en la ética, debido al amplio margen que confiere a los deberes imperfectos de los seres humanos y que trasladan inevitablemente a juicios de reproche. La casuística “no es una ciencia ni parte de una ciencia porque en tal caso sería dogmática, es más bien un ejercicio que enseña la manera en que debe buscarse la verdad...” (Abbagnano, pp.142 y 143). Y eso es lo que he intentado aquí desde diversos ángulos ...informativos<sup>17</sup> pues la clave reside en contar para que rápidamente

---

17. Es que más de cuatro siglos de dominación no son fáciles de resumir en unas cuantas páginas, de ahí que aquel apotegma de Gracián, “Lo breve dos veces bueno y aun lo malo si breve es” no tenga pertinencia aquí, pues de lo que se inquiera es de recopilar la mayor cantidad de información posible, desde diversas perspectivas para ir organizando ontológicamente el rompecabezas del ser ahí en el mundo de vencido a cargo del indio, del negro y después de otros sujetos. No es un mero capricho mío, sino una necesidad de la obra (Nota del autor).

si fuese interesante se asuma plenamente y colabore en el proceso teórico de estos sucesos que se pretende al final.

A) Yo no conozco una época más patética, y corro el riesgo de ser reiterativo, que la colonial en la Nueva Granada a la que se le ha intentado graduar de muchas maneras, y en ninguna ha conseguido instalarse con selectiva apreciación que ameritase un consenso. Era una estación de turbulencia, pero de igual forma de modorra, de angustia y a la vez de exaltación, de supersticiones y de escepticismo, de dolor y de expectación, cundía un fatalismo por todas partes y el interés primordial de los que detentaban el poder a nombre del rey o los que actuaban bajo su férula era que todo siguiera igual, o sea que si había que prepararse que la preparación fuera larga, que si había que hallar una solución a un apuro que se buscara el paliativo, no el remedio, se invocaba a Dios, pero no se creía en él, se rezaba pero de boca para afuera, ya que en el corazón del déspota, solo anidaba la ambición y la codicia. Como si fuera poco las actividades se atinaban rigurosamente establecidas, de suerte que no se podían alterar bajo ningún pretexto ya que eso conseguiría estimular sofocos o desórdenes. No había términos medios, era todo o nada. Y a través de ese orden/desorden de las cosas, en la Nueva Granada las personas marchaban al ritmo de todo género de opresiones, de acosos, de estrujamientos, de componendas, de arreglos, de melifluas declaraciones, de barrocos decorados y de sórdidas intenciones, sin asomo de caridad alguna. ¡Qué mundo!

B) ¿Hizo lo que pudo o lo que estaba en sus manos, la Corona ibera para impedir los constantes desafueros de sus oficiales y súbditos, encomenderos y amos por estas tierras para que las cosas planteadas en el punto anterior por lo menos cambiasen un tanto? No. ¿Y eso por qué? Porque se

privilegiaba al oro, era su amante y su amado, pues de puro enamorado, “de contino anda amarillo, que pues, doblón o sencillo, hace todo cuanto quiero... Nace en las Indias honrado, donde el mundo le acompaña, viene a morir a España y es en Génova enterrado. Y pues quien le trae al lado es hermoso aunque sea fiero, poderoso caballero es Don Dinero....” (Quevedo, p.516). Entonces el apego al vil metal forjó que no se adoptaran las medidas imperiosas para apaciguar los rigores de la abyecta explotación económica que se vivía y que todo girara como lo venía haciendo sin alteraciones importantes. En aquel nefasto tiempo la codicia era literalmente una carrera al campanario, para hacerse sonar y notar. Nuevamente aclaro no es que se buscara que Madrid acabase con la explotación económica o que la igualdad campease aquí en esta parte del hemisferio de Colón y que la libertad presidiese todos los actos de la sociedad; no, simplemente lo que se inquiría por parte de la posteridad, y ahora por mí, las razones por las cuales no se tomaron medidas severas para contrarrestar lo abyecto de esa explotación económica que iba liquidando poco a poco al indio y al esclavo.

Desde luego que existían organismos encargados de velar por el cumplimiento de la ley, pero dada la estructura feudal que los orientaba, en la práctica sus decisiones estaban impregnadas de anacronismo o de sospechosa parcialidad. Igualmente era paquidérmica y deslucida. De ahí que el débil, en este caso, el indio y el esclavo eran unas plumas para que todo viento que soprase en ese ciclo las llevara de un lugar a otro. Si eso era así, ¿qué felicidad en vida le quedaba a cada uno, al negro y al indio, para que temieran a la muerte? Ninguna. Y el negro llevaba la peor parte en ese juego patético y grosero.

La Casa de Contratación de Sevilla era el organismo oficial de España acreditado para regular el comercio entre ese país y las Indias Occidentales, de suerte que no se movía nada sin su aprobación. Incluso en algunas ocasiones se encargaba de asegurar la provisión de negros para la América hispánica en forma exclusiva. Todo el comercio de negros pasaba por las manos de esa entidad con su frondosa carga administrativa y por ende cada barco para tal menester debía registrarse y se integraba de esa forma a las flotas que constantemente partían para el Nuevo Mundo llevando ese infame cargamento o para buscarlo en el África.

Es de presumir, y sin insultar por esa suposición, cómo debía pulular el tráfico de influencias en ese medio oficial, o cómo la burocracia debió atender con solicitud y comedimiento a los mentirosos, a los corruptos y a los facinerosos que especulaban con todo aquello que iba a los diversos virreinos en las Indias Occidentales y a sacar un pingüe beneficio por ese delictual aunque reiterativo proceder que por lo visto en donde se anclaba jamás se movía... “Continúe siendo complaciente conmigo, amable lector, y suplido con el pensamiento las imperfecciones de mi redacción” (Shakespeare, I, p.590).

C) Existía también en cada villa más o menos poblada, la Santa Hermandad, un cuerpo policivo peculiar de los campos que en las Indias Occidentales, y más concretamente en la Nueva Granada, procedía contra los cimarrones y tenía un alcalde con su vara de justicia, nombrado al efecto por el cabildo. Mas, esa junta de alguaciles jamás intervenía contra los desafueros de los amos o de los encomenderos ni mucho menos metía sus narices en los negocios torticeros de los personajes más significativos de esa urbe, solo se metía con los débiles, con los casos de bulto y contra los caídos

en desgracia ante el poderoso de turno. A la sazón, es de recibo añadir, por ende, que todos eran unos convidados de piedra, pendientes de la coima y del dejarlo pasar para que nada se turbase y para el amo o el encomendero, los más importantes personajes de la comarca, siguieran con lo que les era propio, agredir, sojuzgar y violentar. E igualmente enriqueciéndose cada día más. Y con eso ganaban cada vez más importancia y más protagonismo social.

Pero ¿la importancia, señor, no es nada? Le preguntaron una vez a Barnave, uno de los oradores más fogosos durante la Revolución Francesa, y él respondió que sí, ya que era el embeleso de los niños, la envidia de los ricos, el respeto de los necios y la indiferencia de los sabios. Y eso era lo que atormentaba al español aquí y en su tierra, la importancia, ser reputado una persona importante, ya que de lo contrario, socialmente no existía... Y eso era una especie de muerte civil.

Permanentemente al conquistador o al colono español —igual que al amo o al encomendero— se les olvidaba algo específico: “Que ser más grande o brillar con más luz, no es excelencia...” (Milton, VIII, p.110). Y que ser más rico o más poderoso no conjetura ser mejor que los demás. Y sin embargo poco caso se le prestó a esas máximas, que prohijadas en su inmensidad semántica, han sido de invaluable ayuda...

Volviendo a la ruta en torno a la actitud de la Corona frente a los recurrentes hechos indelicados, delictuosos, corrompidos o desviados del cauce ordenado o dispuesto por parte de sus voceros, resultaba incontrovertible la respuesta dada un poco atrás, o sea que no hizo nada o muy poco pues tenía y tiene aún el dinero una majestad indisputable, aparte de que a ese inmortal caballero con un mero chasquido las puertas abría sin sonrojo y por ir tras sus encantamien-

tos, todos, absolutamente todos los hombres, se doblegaban, e inclusive concebían hasta lo imposible por tenerlo a su lado y soñaban igualmente con vender su alma negra predestinada ya al hades para acceder a su manejo. Nunca ha perdido la soberanía ese gentilhomme de marras, que sigue y seguirá tan vigoroso y tan campante como si nada aconteciere a su alrededor hasta la consumación de los siglos ya que perpetuamente valdrá en cualquier parte. No creo que nadie lo desaloje del corazón del ser humano —pues es muy perspicaz y espléndido— y han sido muy pocos los que se han atrevido a vivir sin su concurso...

D) ¿Qué debía esperar el indio o el esclavo por consiguiente ante esa articulación burocrática o ante esa situación aberrante? Escuetamente que nada, porque nada iba a cambiar, que todo iba a seguir igual o peor que antes ya que la contingencia de una contundente intervención de los organismos de control de la Corona, que tenían numerosos funcionarios y con poderes suficientes para intimidar al más hábil, y pailar ese problema espantoso no era de esperar.

Ahora bien: Los procesos incoados de residencia que con relativa frecuencia de adelantaban contra este o aquel burócrata, aquí o allá, básicamente estaban rodeados de una formalidad enervante, digno de una obra teatral de Shakespeare (*Medida por medida* o *El mercader de Venecia*) de suerte que solo dignificaban tristemente la tarima, la trama y el *vodevil* del desenlace. El oidor, el oficial del rey, o cualquier subalterno de mayor o menor rango que caía bajo las fauces de la real y majestuosa justicia española de aquella siniestra época, era simplemente porque carecía cada uno de los reales suficientes para estimular o un fallo favorable o un fallo que por lo menos los dejara bien parados.

Fue por eso que con un retintín desdeñoso en grado sumo dijo Quevedo ante tanto atropello en España: “En un país donde no hay justicia, es peligroso tener razón...”.



E) El dinero ha sido pues el sacristán de la fortuna o el *alter ego* del diablo, y en la Nueva Granada se hallaba deificado con la pompa que le era propicia. Y con esos dos pergaminos deambulaba por esta tierra durante la colonia —y desde luego a lo largo de la existencia de este país y de los demás— consiguiendo de todo, conquistando de todo, para complacer a sus áulicos. Igualmente ninguna vez reñía con el mundo. Ni reñirá. Mas sí estimulaba y estimulará la agresión, la hipocresía, la adulación, la trampa, y tantas cosas más que ruborizarían al diablo mismo.

Consecuente con lo anterior, el dinero se imponía con soberbia y de sobra, porque se hallaban los dos edecanes suyos —el conquistador y el colono o el amo y el encomendero— en las crestas del Olimpo, lejos del alcance de los eventuales dardos de la autoridad central, si es que alcanzaba a lanzarlos o si lo hacía caían en un lugar equivocado o remotamente, y reposados en la cumbre, a salvo de recriminaciones y sonrientes ante ciertos sermones, así mismo galopaban radiantes por sus posesiones... y con sus doblones, hasta tal grado que todo se hincaba a sus pies e incluso la virtud se estremecía al auscultar esos sombríos y acometedores pasos apocalípticos... o ante el eco que producía la moneda cuando pasaba de una mano a otra o caía en un bolso.

¿Será que en todas las épocas solo los orates hacían el bien y los demás que se reputaban dignos solo mostraron buena voluntad y nada más? “...Supremo dominador del mundo, ¿Acaso eres tan alto para no ver ni oír los crímenes que se cometen?” (Shakespeare, I, 1991, p.978). Ojalá que los que desaparecieron bajo la mano aciaga del colono, amo o encomendero a la par de aquellos que se esfumaron bajo la asistencia ladina del descubridor y los que sucumbieron bajo la lanza aviesa del conquistador, contemplan desde el

empíreo el espectáculo de la hora fatal que deberán estar viviendo esas almas groseras e inhumanas para la plena satisfacción del ego humillado y vejado... de los que en vida padecieron tanto por sus culpas y agresiones salvajes dignas de una fiera o de una hiena. Ya Tertuliano había advertido que la satisfacción de los mártires consistirá precisamente en presenciar las durísimas penas de los convictos en el tártaro... o de aquellos que en vida los trataron peor que a los animales de carga.

¿Sí pensaban esos aviesos personajes en tal sitial cósmico? ¿O en la índole del castigo eterno?

“¡Habla oh infierno! Habla: ¿Dónde está tu victoria? Mira cómo postrados yacen ahí tus poderes. ¿No reconoces el poder del Altísimo? ...Mira destruido tu reino, aquejado de miles de suplicios, yaces tú —y los que te acompañan— en eterna, lóbrega noche. Postrado estás ahí cual herido del rayo. Ni un solo fulgor de dicha te alegra el espíritu —ni el de tus condenados—, todo es en vano pues nada esperar puedes, ni tú, ni los que están contigo sobrecogidos en un permanente crujir de dientes e imprecaciones por doquier...” (Goethe, I, p.1346).

¿Por qué el amo o el encomendero no reparaban en la otra vida? ¿Por qué eran de una irrazonable obstinación con el mal trato o con el desprecio por los demás aunque también se hallaban excesivamente ceremoniosos y apegados a los rituales de la vida social? Considerando la cosa con la grosera moral de este siglo (XXI) me limito a indicar que ellos vivían sin importarles nada y si bajo el ropaje que mostraban eran así de impíos, es de suponer lo que tramaba a cada rato el corazón de cada uno. ¡Para espantarse del susto!

Una de las cosas que me ha llamado la atención acerca del más allá, ha sido la invitación de Pascal en el sentido

de que representaba para el individuo un parte de tranquilidad apostar a que Dios existía, pues si era cierto, ganaba mucho, y si no lo era, nada perdía, pues todo quedaba reducido a un eterno silencio. ¿Y acaso recapacitaban en esa enervante cuestión, los ávidos españoles, especialmente el amo y el encomendero? No lo creo, pues a secas andaban por la cuerda floja sin discurrir nada sobre el particular ya que únicamente se entretenían contando sus reales y solo se regodeaban cuando aumentaban...

De una cosa estoy seguro, al conducirse esos personajes tan ventajosamente, espoleados por la codicia y obtener asimismo pingües beneficios a expensas de ese prójimo tan sojuzgado, igualmente de un modo tan original y con tanta doblez, tuvieron que haber ganado en el infierno cada uno —pues allá deben estar— la reputación de prestancia por tanta perversidad, de suerte que sus compañeros, o sea aquellos condenados al padecimiento perenne por haber vivido también en medio de la traición, la perfidia, la felonía, el estupro, el asesinato, el robo y tantos crímenes de diversa laya, estarán suspirando y sollozarán luego por no haber obrado con más complacencia o con más atrevimiento para igualar a esa caterva de inicuos individuos... y como eso no les aconteció, por entenderse que eran lo máximo en diabluras, entonces deberán mostrarse dóciles ante estos diablos superiores que parecerían graves y sabios en malignidad...

Quizá no haya en estos párrafos la sal indefectible para sazonar el asunto ni enjundia en la frase que pudiera honrar al autor, pero están compuestos esos enunciados siguiendo un régimen decoroso y atildado aunque exentos de esas relaciones de hombres y cosas que antaño se contaban de un modo característico. Si bien es común en la madurez excederse en los juicios y en las apreciaciones, estas acotaciones

no son un delirio ni alguna ojeriza en particular de cuantas debajo del cielo agobian a la condición humana; es algo distinto, es un cuestionamiento solemne con doliente expresión como si hubiera divisado el antro con sus horrores. Es factible que mi razón no acierte a seguir el rastro completo de esa ignominia con la misma seguridad con que otros la habrían escudriñado pero he tratado de hacerlo mejor sin precipitaciones ni simulaciones.

La brevedad es el alma del talento (Shakespeare, II, 1991, p.238). Con esto quiero insinuar no que lo tengo, sino que para no fastidiar, acudo al enunciado lacónico para mejor proveer sobre el particular. Y para este asunto, en la Nueva Granada, la noche se hizo más profunda, pues no centelleaba ninguna iluminación en el duro corazón del español, ni tampoco la luz del conocimiento moraba en el corazón del indio o del esclavo. Y desde esos deslices el desenlace en contra de los dos últimos citados era de presentir. Al indio le dieron menos por el cogote, pero le dieron, mas sube un aullar por los aires cuando se platica del negro, pues el corazón de los justos rechinaba de pesar por tan descomedido furor en su contra. Por el momento ondeaba el banderín de la victoria de los maléficos, por el momento... a lo mejor cuando se fueron de este mundo, deben estar pasando las de san Quintín...

F) Lejos de toda la parafernalia que ha venido circulando desde épocas pretéritas, hay que reivindicar a la ambigua figura del esclavo y dejar un tanto atrás a la enigmática estampa del indio y tras compendiar esa pretensión de un modo casuístico, mirar a un averno particular en la tierra, en todo su esplendor mandado aquí todo a su antojo, por el amo, vapuleando al negro con frenesí y ardor en pos de sacarle el mayor provecho posible. El indio quedará a un

lado aunque no en las mejores condiciones aunque a ratos en adelante se le reitera más de una vez porque era el socio en el sufrir.

Por lo anterior es necesario hablar de la incursión histórica del negro para que se le advierta ahora como un cordero que triscaba al sol y balaba en una soledad impresionante, cambiando ingenuidad por ingenuidad y sin presentir en lo más mínimo hasta dónde podía llegar el hombre en el arte de la maldad. De esa manera al comparecer ante Dios, solo podría prorrumper un grito estentóreo, igual que el indio cuando le correspondiese el turno, “sin pecado” y asunto zanjado.

“¿Qué hombre es más miserable que el que ha perdido el contenido?” (Shakespeare, p.718).

Más ¡ay de aquel que hizo tropezar al negro y al indio... y le hizo perder ese contenido!

¿Cómo se comerciaba al negro? Por conducto del precio y de su edad y en pública subasta por lo general, aunque en algunas ocasiones se realizaban transacciones privadas entre los marchantes y los futuros amos, o entre amos de acuerdo con circunstancias especiales como la situación del mercado o la oferta y la demanda.

La edad del negro esclavo era uno de los factores que más influencia tenía en el precio, y en cuanto a tasarla, no había más pauta que la visual ya que la apariencia física jugaba un rol cardinal. Los negros introducidos a la Nueva Granada eran todos maduros y como en cada compra se hacía una descripción pormenorizada, en el documento respectivo se consignaban los datos físicos más relevantes. Por lo general la inmigración de infantes fue nula en ese periodo y en términos puntuales es pertinente indicar que la edad promedio era de 22 años (Triana & Antorveza, III, p.158).

Así se concertaba la voz ronca del trueno infernal por medio del ofrecimiento y el ascenso satánico del que demandaba ese “bien” para que de ese modo saltaran por los aires las rocas, comparable al fuego que era su aliento, y se resolviera el negocio a favor de sus palatinos, los mercaderes, los amos, los lacayos del poder casi sin reparo alguno que no fuera a veces el precio. ¡Qué inusitado alboroto se apreciaba entonces por el mercado! ¡Venta de negros! ¡Qué!... Sí, ¡Venta de negros!, jóvenes, saludables, mansos, ultrajados, y emperifollados a la brava o a la fuerza para el duro trabajo y para el servicio incondicional. En su carro triunfal el amo los conducía después hasta alguna de sus haciendas, o cualquiera de sus minas tras cerrar la transacción por unos doblones más o menos, como si hubiera adquirido animales para el campo, y les notificaba además a la gente su particular victoria que acrecentaba el patrimonio... a expensas del comercio humano.

En aquel desolado ciclo donde emergió la colonia, y más concretamente cuando prosperó en grado sumo ese diabólico negocio, no hubo anatema que surtiese algún efecto, o bien porque carecían de contundencia o bien porque ya la luz de la verdad eterna se había marchado del mundo, y alejada entonces de ese infernal ruido que producían las tropeías, se alojaba en los luceros del alba para que la observasen aquellos que aún tenían esperanza, que eran muy pocos. El desenvolvimiento de ese negocio era como si se repitieran los grados mercantiles y comerciales ya atravesados en el descubrimiento y en la colonia, pero en forma de espiral, de suerte que el resultado se forjaba gradual pero a saltos monumentales por el avance que implicaba, transformando muchas veces la cantidad en calidad y viceversa, pero siempre con tendencia al alza. Por eso la colonia, por conducto

de la esclavitud y de la encomienda duró tanto tiempo, y si a eso se le agrega el beneplácito casi generalizado de la sociedad, la más estrecha conexión social se formó y resultó difícil de romper...

G) Kant quiso seleccionar como premisa que aquello que existía tenía un propósito natural hacia lo cual tendía y en el caso de los seres humanos, obviamente, ese propósito era el íntegro desenvolvimiento de las facultades del hombre, pero como especie, no individualmente; mas ¿cuándo podría fluir ese mecanismo colectivamente? Para este filósofo lo constituía el antagonismo de lo que denominó “insociable sociabilidad” o sea la marcada inclinación del individuo a repelerse pero no obstante obligado a vivir junto al otro. El español comprendió la primera parte de esa aseveración, o sea, consentía el antagonismo pero no compartió el corolario de la “insociable sociabilidad” porque no le convenía para sus lóbregos fines y porque igualmente no sentía ni el más mínimo afecto por aquel individuo que reputaba inferior en todo sentido... una especie del ser del hombre hacia sí mismo al máximo ...Kant debió sentirse pues frustrado al reparar desde el empíreo semejante postura que no buscaba acomodar la más mínima aproximación que podría concurrir entre seres racionales y de ese modo Hobbes tuvo razón cuando dijo que el hombre —en este caso el ibero— era un verdadero lobo feroz para el otro hombre, en este caso el negro y el indio e incluso el criollo. ¿Hubo alguna excepción a tan patética confirmación? Desde luego que sí pero era tan exigua que ni siquiera amerita su inclusión aquí como paliativo menor.

Eso descubrió que si bien la intolerancia ha sido la constante desde que el hombre puso los pies sobre la tierra, en medio de la ignorancia más atroz, y que luego sus pasos

incipientes fueron guiados al comienzo por la necesidad de salvarse de los peligros que le rodeaban y para eso tuvo que aliarse con los demás de su especie de una manera instintiva y cuando poco a poco fue manejando con más confianza sus relaciones con la naturaleza de las cosas y vio que esa alianza le representaba un problema igual que al otro su coalición con él, paulatinamente empezaron a germinar una sucesión de categorías, tal vez la desconfianza sería la primera, luego la sospecha y más tarde la duda para que rápidamente se pasara a un estado de agresión generalizada que nuevamente la necesidad ante el acoso de otros peligros mayores hicieron indispensable concretar nuevos acuerdos de interacción mutua, mas eso era transitorio y cada vez los nexos se volvieron intolerables... pero tenían que juntarse pese a que la discordia había triunfado plenamente y eso se transmitió genéticamente de manera que en la sangre ha llevado cada hombre el virus de su propio egoísmo, la materia prima de su afán por prevalecer por encima de los demás... y eso aconteció de igual modo en la sociedad peninsular, como en las restantes, aunque se diferenció de las restantes de su especie por el matiz particularmente atroz que aplicó en el hemisferio de Colón y que ensanchaba considerablemente ese defecto ancestral y sin que resultare por ese legado, una evasiva o una coartada por tan artero proceder.

Uno alcanza a vislumbrar si acaso la gente que vino de España a las Indias Occidentales por la acción maléfica de algún demiurgo cambiaba de máscara y se ponía otra más feroz y más ladina mientras atravesaba el piélagos. Hay un movimiento en las cosas humanas sujeto a determinadas leyes que no se han podido descifrar, tal vez las leyes de la dialéctica marxista, que difieren de las leyes de la lógica formal, podrían con sus tres momentos auxiliar los procesos



enunciativos de esos movimientos y luego explicarlos partiendo de una dinámica particular de la personalidad humana. O sea el español antes de convertirse en descubridor, en conquistador, en aventurero, en colono, en soldado o en, visitador, por ejemplo, tenía una personalidad específica en la península pero desde el momento en que se embarcaba, solo o acompañado algunas veces, inmediatamente esa personalidad que manejaba un perfil determinado iba evolucionando en cuanto a reacciones, acciones, posturas y determinaciones de modo que aquella autorregulación mental que tenía en España poco a poco iba desapareciendo para ceder el paso a una mentalidad más agresiva, más desfogada, más insolente, más suelta y más libre para sí mismo; era como si se hubiera soltado de las amarras y fuera otra persona.

Y esa mutación se agravaba en la medida de la importancia del cargo con que venía investido ese individuo, de suerte que si allá parecía una máquina, aquí era todo lo contrario, una fiera con sus nuevas aspiraciones, ideales y sus pasos a seguir en pos de progresar a como diera lugar. Y llegaba al lugar preciso, al sitio en donde toda era sumisión, obsecuencia, ignorancia, ocio y otras debilidades, lo que le daba más campo de acción a esas nuevas inclinaciones, que quizá no lo eran sino que allá en su tierra, se hallaban arrinconadas por el peso de la autoridad y de la tradición.

Entonces las obligaciones sociales, comerciales, oficiales, judiciales, protocolarias, etc., adquirieron para ese personaje venido desde tan lejos una nueva perspectiva que supo aprovechar en grado sumo en detrimento del medio y de la gente por estas latitudes. No es de este lugar avanzar con esta exploración psicológica, pero para los efectos que busco, son suficientes estas razones para que más tarde alguien iniciare también una indagación profunda asido de las leyes de

la dialéctica marxista y vislumbre una explicación integral a todo este despelote anímico que simbolizó la cuestión social y humana en la Nueva Granada.

H) Y con análogo antecedente tan alevoso o tan egoísta se concretó rápidamente el destino de la etnia criolla ya libre, o sea sin asomo alguno de amor, sin atisbo alguno de escrúpulo o de algún sentimiento específico de solidaridad... para con el débil o para con el desvalido... o para con el semejante. Si bien se había emancipado formalmente de la Corona, la raza que ahora detentaba el poder con sus derivaciones en el fondo o sea en el aspecto moral siguió atada a la Madre Patria porque asimiló esas lacras a través de una personalidad ambigua, proterva y displicente fruto de la añeja supremacía ibera, cargada de odio, repleta de disgregación, y llena de un talante de puro oropel, en medio de un trasfondo de sutil o descarada componenda... contra el prójimo. O sea a mi parecer con esa actitud, personificó un desquite del menos agraviado, el criollo, por lo que había soportado con el español, pero contra el más agraviado, o sea el indio, el negro, el mestizo y desde luego contra el pobre diablo o el que nada tenía y de ahí que las cosas hubiesen seguido casi igual por estas latitudes.

Como si la anterior afirmación no fuese suficiente igualmente es de recibo añadir que el individuo que más sobrellevó los rigores de tan protervo comportamiento tanto del ibero como del insolente criollo, fue el negro como esclavo, porque raras veces durante la colonia asumía su condición de hombre libre, ya que podría incluir un gravísimo antecedente o un mal ejemplo en torno a la propiedad de ese individuo y a continuación de la independencia eso se hizo más dramático... porque siguió casi igual o peor, porque la insolencia del amo aumentaba con el paso del calendario.

De esa manera se podrá comprender porqué el ejercicio del poder en Colombia estuvo viciado desde la colonia por la ausencia de escrúpulo de aquellos que lo usufrutuaban o de un discurso racional que por lo menos protegiera al débil o al oprimido, y por ende al negar esa posibilidad, tanto la sociedad como el saber en la Nueva Granada, se atascaron dramáticamente y no hubo posibilidad alguna de que se mejorara la perspectiva. El eje temático en este país: el poder, la sociedad y el saber quedó en el aire y sometido al capricho de la autoridad sin que la razón mediara o sirviera para algo...<sup>18</sup>.

Y todo procedente de una de las instituciones más añejas que han regido a la humanidad: la propiedad, o lo tuyo y lo mío... Antes se pudo coexistir en paz pero cuando apareció ese sambenito, la concordia se disipó para siempre.

I) Es de reparar ahora lo que acontecía en aquel contexto cuando acaecían problemas legales alrededor de la propiedad de un esclavo, ya que existía un recurso procesal muy mañoso, llamado efugio que pretendía dilatar un determinado trámite o inclinar la balanza de la justicia a favor del amo y no del mercader, y eso se volvió tan recurrente que muchas veces el expediente de la violencia predominaba entre esos negociantes de la muerte. El trasiego de esclavos era el detonante de esa situación típica, porque esa transferencia de un amo a otro aparejaba que el nuevo amo hiciera caso omiso de las estimaciones particulares de su predecesor y fijaba, por ejemplo de manera arbitraria, la edad de uno o de todos conforme a su leal saber y entender. Entonces sobrevenía la disputa judicial pues se pretendía una rebaja

---

18. Solano, 2012, pp.14 y ss.

del precio acordado o una prerrogativa diferente. De ese modo respiraba la justicia ibera por estos lares, solventando bagatelas entre sinvergüenzas, en tanto que en lontananza tronaba Astrea ante tanta iniquidad.

J) Una de las raras circunstancias que tenía el negro, o tal vez la única, de atenuar el duro trato que recibía y moderar la extenuante jornada laboral a que era sometido era la de trocar en esclavo doméstico, ya que por su cercanía con la familia del amo y con el amo mismo, que en su casa parecía por lo general tratable, podía obtener, bajo determinadas condiciones, no solo cierto sosiego material sino a lo mejor y más tarde su carta de libertad, un documento notarial por el cual se dejaba constancia que una persona que antes era esclava había adquirido el derecho a la autonomía o por lo menos a vivir con cierto decoro. Mas no siempre se tenía esa suerte y entonces el doloroso trámite de expoliación seguía su curso hasta que la parca o una circunstancia imprevista ponían fin a esa sucesión ininterrumpida de suplicios.

El traslado al servicio personal del amo era algo maravilloso para el esclavo, y por obtener o alcanzar esa prerrogativa se afanaban muchos negros mas esa rara impaciencia por lograr tal cometido, tenía una o dos causas, la necesidad de un paréntesis en la vida dura, y la de un consuelo en medio del contratiempo y ese desahogo que en sí ha sido palabra vana, ahí, representaba al ancla de sus sufrimientos que en aguas diferentes iba a echar para fondear y trabajar con más sosiego. A pesar de que era un simple cambio de hábitos, es de presumir ¡cómo debía ser el hábito anterior! Hasta el grado que codiciaban casi todos cambiárselo, por lo menos debía ser menos terrorífico.

K) ¿Será que solo merece vida y libertad quien diariamente sabe conquistarlas? (Goethe, I, 1991, p.963). A lo mejor,

pero lo cierto en todo caso, es que por ejemplo, el alemán, el francés o el inglés, no hacían más que correr por el mundo, cogiendo por los cabellos cualquier placer que se les brindara, lo que no le satisfacía lo dejaban ir, lo que huía lo dejaban en paz. No hicieron otra cosa que ambicionar y hacer cosas y volver a querer y de ese modo con fortaleza anímica consumieron su existencia, primero grandes y poderosos, luego prudentes y cautos. Al español, en cambio, como de sobra creía que le era conocido el globo terráqueo, esa perspectiva lo obnubiló y conceptuó por ende que se encontraba por encima de los demás. Tenía necesidad de lo eterno pero no se dejó seducir por aquello que conducía a la eternidad sino que se aferró a lo efímero y circunstancial. En realidad el español no vino a traer la salvación a esta tierra sino a dejar su impronta de dolor y su legado de malevolencia.

L) ¿Se imponían retenes o baremos a las iniquidades de los armadores que traían los negros desde tan lejos? Por lo general no. Ya tuve ocasión de expresarlo, tanto en el negocio como en su puesta en marcha, había que distinguir entre lo asequible y lo inasequible, y esto último era lo más recurrente al momento de exigir el cumplimiento de las reglas del asiento o del transporte marítimo de negro pero fluía una palabra que convertía todo en accesible, la coima. Y pare de contar que lo demás quedará a la imaginación del lector.

Ese hilo conductor, la coima, que aseguraba que lo inasequible se volviera asequible y se permitiera por ende todo, facilitaba además que se trajeran a los negros en condiciones infernales y ese trance lo padecían esos pobres hombres que venían, ya que si naufragaba la nave, por lo general, la tripulación o parte de ella, podía salvarse, no así esas per-

sonas que aseguradas en las bodegas y vegetando en medio del padecimiento más pavoroso no sabían ni siquiera cuándo estaban en un auténtico peligro. Y la coima ahí... surtiendo su devastador efecto.

Uno de los recursos favoritos de los armadores<sup>19</sup> para eludir el cerco que algunas veces le imponía Inglaterra para mitigar los efectos de ese trágico negocio, era el usar la bandera neutral, y como en “el derecho marítimo el pabellón izado cubría la propiedad de la nave...” al emplear los traficantes la bandera de un país que no hubiere signado algún acuerdo sobre el particular, no solo se estimulaba ese comercio sino que se evadían los controles humanitarios (Triana, II, p.270). Por eso a Inglaterra hay que abonarle esta frase del apologista de la apariencia: “La suprema dicha es aquella que enmienda nuestros faltas y allana nuestros defectos...” (Goethe, I, p.388) y en ese sentido Gran Bretaña quiso frenar un poco la manera bárbara como se acarrea a esa pobre gente por el piélagos... pero sin resultados a corto plazo.

¿Cómo era transportada esa gente desde tan lejos? El sentido común debe considerarse como el genio de la humanidad por las manifestaciones para superar los escollos al lado del ingenio, y si uno averigua por la utilidad que ha deparado esa genialidad, distinguirá que se ha empleado la mayoría de las veces para satisfacer innegables necesidades que iban en contra de la naturaleza, en contra de la humanidad misma o

---

19. Debo recordar que el estilo de este libro es atípico o sea cada ítem puede ser distinto del anterior o semejante, guardando eso sí la filiación de la temática, contrario al estilo tradicional de continuidad de las proposiciones conforme a las indicaciones de cada capítulo de ahí que aparezcan numeradas las notas o dispuestas con las letras del abecedario (Nota del autor).

en contra de su dignidad. De suerte que el hombre sensato o de perspicacia se ha movido entre dos estados distintos, lo que verdaderamente ha sido —o podría ser— ventajoso para la imagen del hombre y de lo que ha sido y podría ser viable para los negocios del hombre. Aquí, frente al incordio que resultaba trasladar a un conjunto de personas de una parte a otra parte en medio de un mar peligroso y tan lejos, el sentido común y la inspiración se acoplaron para que ese envío no solo fuera más viable, sino más rentable, a expensas, claro está, de la carga que traía consigo. Y lo consiguieron. De ahí que el concepto del progreso ha germinado a través del tiempo cultivando los recursos del hombre con madurez, mas no siempre para cosas buenas o imprescindibles sino también para saciar apetitos poco santos.

El navío esclavista tenía unas características básicas que eran detectables a la distancia: el olor de los esclavos y las condiciones peculiares del navío. Al promediar el año de 1701 se denunció la manera cómo estaban los negros a bordo, y salvo los buques holandeses que por lo menos estaban organizados, los restantes barcos, lusitanos, franceses e incluso ingleses, estaban constantemente sucios y hediondos. Un cronista inglés escribió a propósito que lo único admirable que hacían esos mercaderes de la muerte, era bautizar a la mayoría a bordo, ya que por lo demás viajaban apilados y en pésimas condiciones de aseo (Triana, II, p.280).

Un barco negrero o bajel especializado en la navegación de negros desde el África hasta los diferentes puertos de América, debía cumplir una serie de pautas acerca del tipo de nave, construcción, propiedad, y que solamente podían transportar esclavos para el comercio y no mercadería (Triana, II, p.281). Pero como es lógico suponer eso era pura tinta ya que la realidad del negocio marcaba una pauta diferente,

pútrida y bestial. Se transportaba de todo y en una vergonzosa mezcla.

En aquella tétrica época, la bodega de una embarcación era el espacio situado en la parte inferior donde se almacenaban el agua y las mercancías, y como es obvio presumir, o sea como el negro era considerado mercancía, ahí se le hacinaba junto a las demás cosas. El individuo más sórdido puede llegar a ser digerible cuando se mueve dentro de unos límites, pero se convertirá en un flagelo para el prójimo cuando sobrepasa ese límite mínimo de toda permisibilidad social. En este evento, el hombre —entiéndase el ibero y sus colegas en ese negocio— sobrepasó esa medida y la desdicha para el negro se abrió paso.

La bodega de un bajel negrero tenía una altura de cinco pies y eso le parecía un derroche al armador, de suerte que de consuno con los mercaderes de la muerte, construían una plataforma a media altura y cuando el fondo del buque estaba lleno de negros, otra fila de esclavos era amontonada en esa plataforma... eso conllevaba a que muchas veces no podían ni los de arriba ni los de abajo ponerse de pie o por lo menos descansar un poco... (Triana & Antorveza, II, p.322). Con esto se infiere que habían llegado tanto el armador como el mercachifle a un grado tal de deshonestidad que rebasaba con creces la perversidad persa.

“...Y tan apretados, tan asquerosos y tan certificados, que me certifican los mismos que los traen que vienen de seis en seis con argollas por los cuellos en las corrientes y estos mismos de dos en dos con grillos en los pies, de modo que de pies a cabeza vienen aprisionados, debajo de cubierta cerrados por de fuerza, donde no ven ni sol ni luna... Tanta es la hediondez, apretura y miseria de aquel lugar...” (Triana, III, p.323).



Kepler solía explicar que su anhelo se cifraba “en encontrar también dentro de mí a ese Dios que fuera de mí, encuentro en todas partes...” (Goethe, I, 1991, p.418). Yo quisiera lo mismo pero además le agregaría que aspiro hallar a Dios en un eventual escarmiento terrenal no para esos malandrines sin escrúpulo que especulaban con la sangre humana sin rubor pues ya se fueron, sino para los que siguen aún comerciando tan campantes con la dignidad humana. ¿Sí se le disciplinó a ese personaje siniestro por tal ensañamiento con el desvalido por estas tierras? Tal vez como el vino que engaña al que bebe, así le sucedió al ibero soberbio y no fue ensalzado por ende durante su paso por este mundo. Acaso ese fue su correctivo, que pasara sin pena ni gloria al olvido y luego al hades.

“¡Oh tiempos!, ¡Oh costumbres!” exclamaba Heráclito (o ¿Cicerón?), a lo que habría que agregar: “¡Oh siglo desventurado! ¡Oh siglo imbuido de malos ejemplos, en que la virtud sufre, en que el crimen prevalece y triunfa...!” (De la Bruyère, 1968, p.239).

Y lo más patético del caso, fue que esos desalmados armadores en compañía con los mercachifles sinvergüenzas acostumbraban igualmente a llenar esas bodegas con más negros de los registrados en concierto alevé con los oficiales reales que miraban para otro lado y ese sobrecono le agregaba un componente más de desolación a la expedición. El Consejo de Indias o la casa de contratación igualmente hicieron muy poco sobre el particular a pesar del esfuerzo de algunos de sus miembros por morigerar las terribles secuelas de ese negocio vil y sobre ese tópico ya platicué en páginas anteriores y eso me releva de seguir razonando. En la colonia, por lo expuesto, se obedecía pero no se cumplía. Es que en aquella época, conviene añadir, la astucia oscilaba entre

el vicio y la virtud, la bribonada fluctuaba entre el dolo y la culpa grave y un gesto atrevido asustaba más que una simple palabra.

LL) Y a la par lo más inhumano para captar así el desenvolvimiento de esta crónica es que uno divisa que con el paso del tiempo allá, las cosas en vez de mejorar, empeoraban, parecía como si un duende malévolo se hubiera deleitado, a falta de otra diversión más sana, en punzar constantemente esa tarima de dolores para que el esclavo junto al indio, continuaran su agotadora existencia con tanta perfidia... y sobrellevaran con más énfasis las afrentas del diario quehacer. Hizo por ende, falta un Molière, el Contemplador, para que hubiese desenmascarado con prosopopeya y con su acostumbrada dosis de ironía, esa horripilante situación social.

¿Cómo fue factible que el esclavo, el indio y de paso el combinado racial, aguantaran los ultrajes y menosprecios de esos personajes de baja catadura? ¿Bajo qué circunstancias o presiones externas o internas, ellos, sumisos, soportaron las injurias del opresor, la afrenta del soberbio, la tardanza de la justicia y la insolencia de la Corona española? Tal es la cuestión en efecto, ya que en este mundo tan repleto de congojas y de desasosiegos, nadie, sabio o ignorante, rico o pobre, ha querido llevar bajo sus hombros cargas tan duras y sudar el peso de una existencia afanosa y vejada como la de esos personajes sin acudir a lo que llamaba el filósofo esclavo, “la puerta abierta” como solución radical.

El amo/encomendero —como el general de un ejército— debió ser considerado para que el esclavo/indio —como el soldado— fuera obediente pero desde luego eso no fue nunca de esa manera.

¿Es cierto que “solo conocemos a aquellos que nos hacen sufrir”? (Goethe, 1, p.421) y desde ese perfil, ¿les tocaba

vivir al negro y al indio al revés precisamente por estar al tanto de esos amos protervos? Al abatido se le dispensa todo y al venido a menos se le provee alguna ventaja... pero con esos pobres hombres, negro e indio, nada que hacer sobre el particular ya que a lo mejor se les consideraba como una especie de malhechor, quizá por su minoría de edad intelectual.

O ¿quizá aguantaban esa carga de orfandad en medio de la agresión sistemática, cada uno, el negro y el indio desde sus minaretes, para ir en pos de la promesa de una vida eterna mejor? ... Tal vez, y hubiese sido soportable si por lo menos hubiera existido moderación, ya que hasta en medio del mismo torrente o tempestad, con el paso del calendario el torbellino que desataba poco a poco iba menguando y será por eso que la sencillez de la naturaleza, para nada se parece al hombre en ese aspecto. Por el contrario la carga de padecimientos aumentaba para estos personajes con el paso del tiempo con más acrimonia para el esclavo negro.

El ánimo del ibero por lo general no reflexionaba acerca de la dosis letal de sufrimiento que le infligía al negro, ya que reputaba que eso lo acojonaba y lo alteraba, pues le estaba concediendo excesiva importancia a un detalle que carecía de importancia y sin dejar de mirar al cielo, procuraba seguir con su rutina.

Pero dentro de ese impetuoso afán por zaherir al esclavo, o de arrinconar al indio, con el fin de conseguir más provecho, hubo algo que ha pasado desapercibido y sin reparo alguno, y ha sido el silencio y el encubramiento alcahuete de muchos habitantes de esta parte del hemisferio de Colón, que me conlleva a tildarlos de cómplices de esa marea agresora porque desde el comienzo de esa aventura diabólica, ellos principiaron a disimular las faltas de los mercaderes y

de los compradores de esa gente venida desde tan lejos y en condiciones infrahumanas, más tarde empezaron a tolerar los abusos y los concebían como una audacia económica de esa minoría que seguramente repartía gratificaciones entre algunos de los miembros más prestantes de la sociedad de entonces, y por ende pasaban a ser todos una camarilla de opresores que reventaban a esa comunidad de negros directa o indirectamente, y los indios no se quedaban atrás rezagados y desplazados como se hallaban también por conducto de la encomienda ni se percataban tampoco cuál era su innegable situación. Bajo tal ropaje y de concesión en concesión se llegó a ese periodo tremebundo de la conciencia neogranadina en donde el buen sentido y la caridad cristiana sucumbieron, y la probidad y la equidad naufragaron.

La argolla del silencio se impuso y por ende se le quitó a la palabra toda ocasión propicia para expresarse. La justicia engrandece a las naciones, pero ese tipo de confabulación hace sórdidos a los pueblos. Por lo visto no existía en la Nueva Granada una relación de poder sino una relación de dominación en donde el otro (indio o negro) no era reconocido y se mantenía así hasta el final.

Oh autoridad, cuántas sandeces se han cometido en tu nombre y cuantos crímenes se han encubierto bajo tu férula.

“Cuando la libertad no es igual para todos, no está asegurada la de nadie...”, Laménais (Galindo, 2011, p.102)<sup>20</sup>.

Por ese modo de actuar de la mayoría de los estamentos

---

20. Rousseau hizo una oferta tentadora: que uno podía huir de la miseria y del dolor, con solo “volver a nosotros mismos”, y “la puerta de entrada aún estaba abierta”. Sin embargo ante el estado de alienación radical que se vivía, ¿podía el oprimido concebir esperanzas de superar esa dolorosa contingencia? Y además es de recibo preguntar ¿a dónde va uno cuando retorna a sí mismo?... (Nota del autor. Véase al respecto: Safranski, 2004, p.27).

sociales de la Nueva Granada, y al mismo tiempo por esa indolencia crasa con que se miraba al prójimo, fue que se fraguó una conciencia de desidia casi que generalizada por la suerte de los demás y con ese atávico subterfugio se principiaron a borrar las categorías éticas, y entonces los pillos se confundían con los honrados y se aplaudía o se asentía la mayoría de las cosas que sucedían por obra y gracia de esos malandrines emparejados de hecho con los benévolos que ya no lo eran en el sentido literal de la expresión.

No se debe dejar en el tintero por eso, que allá, en esa época, los resortes de la dignidad humana se aflojaron plenamente y las catastróficas secuelas de ese comportarse sin unos parámetros éticos mínimos se pueden vislumbrar hasta el día de hoy como la crónica de unas mentalidades que no persiguieron ideales o valores sino poder y dominación.

M) Una de las causas de las profusas lágrimas que se han vertido a lo largo de la tumultuosa existencia de la Nación es que parece que la maldad ha estado de pie y ha tomado el curso que ha deseado sin que el bien intervenga de una manera decidida para por lo menos paliar a sus letales efectos y residió ahí, con ese estilo vacuo de contemplar la existencia, contemporizando con todo, y mutando algo insustancial, para que lo más sustancioso, lo protervo, siguiera igual o peor y lo más triste de este atormentado antecedente social es que no se ha cancelado aún, y prosigue aún reiterándose con más bríos en la actualidad (2015) en donde todo parece estar al revés o en el lugar equivocado.

Como a nadie en esta tierra, se le inculcó el sentimiento de amor por el prójimo, o por lo menos el espejismo de la tolerancia para con los demás, acorde con el precepto bíblico, y lo repito, es que desde la aurora de su existencia oficial en el mundo occidental, esta parte del hemisferio de

Colón y más concretamente la Nueva Granada se convirtió en el sitio preferente del ser ahí del vencido. Y el palenque —y le podría agregar ahora al medio de transporte que traía al negro desde tan lejos— y la encomienda, los sitios donde se podrían divisar esa desconsolada condición de ellos, la de los demás ya se apreciarán...

“El vencedor no se puede confundir con el vencido, diversas son sus voces, como diversos son sus destinos...” (Esquilo, 1977, p.98).

¿Qué es el hombre por eso y por todo lo que ha hecho en este mundo? “Una bestia nada más...” (Shakespeare, II, p.267). Y en el caso que me ocupa, ¿que ha sido el hombre español, cuyas glorias y conquistas ya pasaron a mejor vida? No solo un bárbaro sino aquel a quien la ambición o la codicia le han cobrado con creces la deuda contraída. De ahí que la “arrogancia enaltecida cuando envejece engendra una nueva arrogancia, pero más patética...” (Esquilo, pp.99 y ss.). Y ese fue el dramático talante del ibero tras la caída..., “terrible es la murmuración, cuando procede de la inquina de un pueblo que se siente airado, han de pagarle la deuda de su encaro...” (Esquilo, p.100).

¿Por qué? Porque hizo caer al más profundo abismo a la conciencia y a la piedad, y desafió por ese corolario lo que ha significado para el creyente occidental una de las tantas razones para acceder a la condenación eterna. Por ende a tal extremo llegó ese español enmascarado ya de colono, de amo, de encomendero, de mercader sin escrúpulo, de burócrata corrompido, de cabeza de familia indiferente por esta tierra, a través de esa sucesión de tropelías, de desmanes y de abyección, y de indolencia que condescendió y/o condescendieron sin ruborizarse siquiera que el diablo estableciera su *corte regia* en esta tierra para alcanzar sus aviesos

propósitos. “No hay otra fealdad en la naturaleza que la del alma, únicamente el malvado es deforme” (Shakespeare, II, p.157). Si no podían ser buenos estos personajes de baja calaña, por lo menos debieron ser cuidadosos... y a lo sumo ser menos pérfidos (Greene *et al.*, 1999, p.264).

N) Si se apetece exponer aún al ser ahí en el mundo del vencido en su “esplendor” y de un modo peculiar, deberá llevarse a cabo además su estudio con ese reportorio distintivo de iniquidades que se distinguirán a su vez de aquellos conceptos fundamentales por los cuales los entes alcanzan su determinación. Es pertinente aclarar que ente “es todo aquello de que hablan, que mentamos relativamente, a lo que nos conduce de tal o cual manera, ente es también aquello que somos nosotros mismos y la manera de serlo... y el ser está implícito en lo que es y el cómo es, en el constar, y en el ser ante los ojos en el constar...” (Heidegger, pp.16 y 17). Consecuente con este enunciado, para determinar ante todo un ente y lo repito, en este caso al negro y al indio en el mundo como “ser ahí vencido” será indispensable al final comprender todo lo que he venido relatando con un sentido fenomenológico, o sea como una realidad que se ha podido aprehender, si bien de manera imperfecta aunque probable.

Ñ) Al dejar a un lado esa cuestión filosófica, tan importante pero a la vez tan complicada, es del caso recabar ahora por la destreza con que el colono, el amo, el encomendero y el mercader alcanzaron con un mínimo esfuerzo introducirse en la cavidad abrupta de la fortuna y salirse cada uno con la suya, mientras que otros representaban los papeles más ambiguos y más insubstanciales y permanecían en ayuno con su proceder esperando la recompensa de esos personajes siniestros o de alguien más arriba. ¿Será que todo aquí es cuestión del azar y que por ello todo lo forja el acaso? En

la historia no hay ninguna necesidad que se pueda advertir algo de antemano, lo único que aquí fluye es el eterno pasar. Todo pasa, decían los romanos. Aunque a ratos surgen circunstancias extraordinarias, sorprendentes o portentosas en este globo terráqueo que pueden inducir a suponer lo contrario, es ineludible reflexionar un rato para entretenerse un poco con las ocurrencias de la sabiduría en general, no con las jactancias de ciertos filósofos del montón. ¿Huera afectación constituida por el recelo a lo inesperado o por la certidumbre a lo determinado de antemano? Tal vez.

Sin embargo, ¿no había una receta para exorcizar ese mal que causaba el español, al amparo de su condición por estas tierras, y una fórmula además para morigerar el desconsuelo a los miserables esclavos y a su vez la aflicción de los desplazados indígenas? No había ninguna; por el contrario, el persistir en ejecutar ese mal, que a lo mejor algunos creían no lo era o de pronto no en las proporciones gigantescas que alcanzaba, era la consigna y con tal actitud se tornaba más espinoso el escenario... Bien mirado, parece factible este aserto, podría incluso servir de justificación a tan alevoso proceder y de eso no se trata aquí. Además las cosas que principian con el mal, solo se afianzan con el mal (Shakespeare, II, p.517) de manera que invocar eso sería un horrible subterfugio, porque desde la conquista, la luz del bien por estas tierras principió a languidecer y el cuervo tendía ya sus alas como inicuo agente de la noche.

Una comunidad sufre cuando se quebrantan cotidianamente sus valores más concretos, escala de los designios que animan el progreso. ¿Por qué otro medio sino por el del respeto mutuo y por el de la tolerancia, la sociedad existiría en debida forma y avanzaría con ímpetu? Al quitar o prescindir de esa tabla de valores mínimos, y atropellar todo lo que se



le pusiere encima ante el silencio cómplice de la mayoría, todas las cosas irían a colisionar para contender, igualmente las aguas reprimidas elevarían sus niveles y convertirían rápidamente en pantano todo ese sólido terruño, pues ¡ha desaparecido la concordia! ¡Ha prevalecido el escarnio! Y por ende la fuerza bruta sería el derecho, y la justicia perdería su emblema más sagrado. Eso aconteció en esta parte de las Indias Occidentales o aquí en la Nueva Granada si bien tampoco el resto del hemisferio de Colón escapó a tan infausto evento. Mal de muchos...

La suerte del Virreinato estaba pues echada desde que la esclavitud se arraigó con su nauseabundo trasegar a lo largo de la Nación y al mismo tiempo se robusteció cuando casi todos medraban merced a su esfuerzo dramático y trágico e igualmente desde que el indio al ser marginado y puesto en encomienda, perdió su dignidad y el sentido de la vida. Si los cielos observan un orden invariable en donde la distancia y la prioridad toman asiento con rigor, ¿por qué en este medio terrenal, hijo del cielo, sus criaturas más excelsas, no observan igualmente esas categorías? Al no hacerlo, los hombres vagan errantes por la superficie, en desorden, en una mescolanza aberrante que apareja la peste, la plaga, y la conmoción social... Todo se hiende y se desvían hasta las posturas más decentes y se enraiza lo más protervo.

“Son de honrar los antiguos cimientos, pero sin renunciar por ello al derecho de volver a cimentar de nuevo dondequiera...” (Goethe, I, p.391).

¿Fue la dureza de la fortuna contra el esclavo —y contra el indio, aunque algunas veces contra el mestizo, también, pero no es del caso citar lo aquí— la verdadera prueba de la fortaleza anímica de cada uno? Como no se puede explicitar lo que significaba en aquel momento la fuerza anímica

en un par de personajes que carecían de un mínimo vital suficiente para protestar o para rebelarse, y por ende no la tenían, sería un disparate afirmar que esta deidad esquiva fue dura con ellos, ya por el contrario, ese rebaño en medio de las tempestades de la sinrazón, la traza de sumisión o la imagen de resignación, con escasas muestras de coraje o de rebeldía, era la demostración palmaria de una carencia de temple, más bien una muestra de la sacudida de desaliento que los embargaba a cada rato, y no por la picadura aleve de un tábano, sino por el zarpazo de una fiera, cuyo ímpetu de por sí enervaba cualquier posibilidad de temple de ánimo, aunque muchos indios y negros, mostraron ese aspecto.

Quizá tanto el negro/esclavo y el indio como sus descendientes continuaron donde se hallaban, como si fuere una máxima forzosa en aquel momento más que nunca, por encontrarse su amo y el encomendero fraccionados entre uno malo y otro menos malo o viceversa, y al mismo tiempo ese sobrellevar con estoicismo tan pesada carga, impedía muchas veces adoptar posiciones irracionales en medio de tanto disparate.

Sin embargo, o sea a pesar de mediar una especie de conformismo atávico entre ellos, lo que debía traducirse en cierto clima de sosiego, eran tan perseverante el viento irresistible y reiterado de la execración y el sople enervante de la malignidad, que finalmente lograba que se doblegasen por completo los troncos de las encinas nudosas del esclavo y del indio que estaban completamente sometidos sin esperanza, y ese nuevo embate del opresor inicuo, poco a poco le fue restando fuerza, salvo las excepciones de rigor y sobrevenía el codiciado fin.

¿Por qué no dejo el tema de la nada a un lado y me dedico al vencido, que ha sido la razón de ser de este epítome? Tal

vez fuese la mejor opción. En todo caso aquí hay una caracterización del objeto temático de la investigación, la historia de los vencidos, y de contera estuvo trazado el método que no es otro que ir a las cosas mismas, bien escudriñando el ser de los entes, o el sentido del ser en general, y al escudriñar eso, concluí ya “cómo” se determinó tal sentido, o sea por el tiempo, y luego cómo se concretó al ser ahí en el mundo del vencido.

Mas no se trata de una afirmación escueta, me parece una actitud crítica e histórica con un componente fenomenológico experimental para abrir un dominio de investigación social y someter los resultados a la verosimilitud.

Por otra parte: El tratamiento humillante, a la par del maltrato físico, aplicado al vencido partía de la base por ejemplo, de que el negro era bruto, estúpido, obediente, sumiso, sedentario y supersticioso, señales de un cuadro que fue diseñado por aquellos que así lo tachaban dada su resistencia a doblegarse completamente y mantener, además prudente silencio, lo que también era confundido con exagerada obsecuencia y esos defectos aparentemente justificaban semejante trato (Pita Pico, 2012, p.42). Y en igual sentido el aborigen, calificado casi igual que al negro, para los efectos de considerarlo de paso un ser inferior que debía ser confiado a un ramplón encomendero que nada hizo para educarlo y también por eso explicaba su torpe reacción. Solo un vencido estoico podría sobrevivir al rigor de esa condición, y eso comprende que no sería posible entender su situación, si no se acude al expediente del ser ahí... del vencido...

Pero ¿eran estoicos tanto el negro como el indio? Sí, pero solo en el sentido literal del término, mas esa condición concurría solo cuando eran solventes para despreciar los tor-

mentos que sufrían, privilegio que ni siquiera Júpiter tenía, ya que al no necesitarla y desecharla luego, carecía de la ocasión y del mérito, de sobreponerse a esos suplicios. O sea cuando sobrellevaban con dignidad tanto el esclavo como el indio esas torturas sería de recibo difundir tal condición en el negro especialmente y en el indio de un modo subsidiario.

¿A quién debía creerle en este mundo el negro y el indio, si todos le maltrataban de palabra y de hecho y muy pocos le atendían como era debido? A nadie, aunque tal vez a la vida, pero esta se le mostraba esquiva y deforme, amén de injusta, y al carecer cada uno de ellos, de interlocutores válidos nunca hallaron un eco en quien confiar así fuese un tanto. La existencia a través de la historia ha revelado que nadie sabe lo que es lo mejor que le puede suceder ya que o le pone la luz donde está la oscuridad, o al revés, y todo se trastrueca. Esa es la existencia, de ahí que un poeta griego se quejase de esta manera: “Al azar de mis días ¿por qué hube de encontrarte?...”. Sin embargo eso no es tan fácil de digerir, cuando el error, la ignorancia o la superstición, se atraviesan en los espacios que la existencia ha dejado abiertos, entonces, el errar, el ignorar y el temer, hacen de las suyas e impiden el desahogo dialéctico del acosado y la inversión de factores se complica. El griego y el romano en su momento despertaron de la angustia existencial o quizá la superaron con la filosofía, epicúrea o estoica, y así dejaron un legado, pero ¿qué se podía interponer en este medio para que el albur irradiare y arribare convenientemente a las cosas del mundo? Fue Montesquieu quien advirtió la sutil diferencia que había entre capacidad y rendimiento, ya que “Había sido un gran error figurarse uno mismo ser más de lo que es y estimarse menos de lo que vale” (Goethe, I, p.383), no obstante ¿cómo se usaría esa máxima en la Nueva

Granada o en las Indias Occidentales, en medio de aquellos verdugos, hijos de los jinetes del Apocalipsis? En ninguna forma ya que “El hombre vencido nunca ha sido amado y en ningún tiempo será digno de amor...” (Shakespeare, II, pp.715 y ss.). Esa lección se puede aplicar aquí, pues el esclavo e incluso el indio nació cada uno con la estrella al revés, con una simplicidad histórica que le impidió descollar al uno y al otro en lo que podía ser capaz y de ese modo fueron vencidos y se quedaron sin nada que amar aparte de los suyos o de su tierra lejana ya. De ahí que con el negro es pertinente esta afirmación: Ni era más de lo que se sentía, que era poco, ni se estimaba menos en lo que realmente valía, que era exiguo.

Y con el indio: ¿Qué fue realmente lo que sucedió, si no era considerado un esclavo en el sentido estricto de la palabra? Al platicar históricamente del nativo de la Nueva Granada y sus asentamientos dispares por todo el país, en virtud de la encomienda<sup>21</sup>, es menester acordarse que con él tras su paulatina desaparición, después de su precipitada reagrupación en encomiendas, en resguardos más tarde, y en medio de su desarraigo en los suburbios de las villas y ciudades importantes o en la vagancia igual a un desplazado, uno no sabe por dónde empezar, ya que ha sido espinoso tener que echar un vistazo de lo que le ocurrió, y como es difícil de distinguir ese derrotero vital, es forzoso indicar solamente

---

21. No debo omitir a otra institución similar, la mita, literalmente turno, un vocablo que significaba que el indio estaba obligado a prestar sus servicios personales en las minas o en el campo durante un tiempo al amo, al señor o a un encomendero específico, sin que constituyera una encomienda, aclaro, si bien en el fondo era lo mismo que la encomienda aunque su radio de acción era limitado, individual y por un periodo relativamente corto, pero significaba a la par, opresión, vejación, frustración, etc. (Nota del autor).

que fue vejado y oprimido para que se capte así su sentido óntico y después ontológico ya que ahondar sistemáticamente en tal decurso no será posible, por tanta dispersión documental y testimonial.

En efecto, tras uno que otro chispazo histórico, una tanda de costras se plasmó encima de las cicatrices producidas por tantas heridas recibidas y pronto un dilatado silencio cubrió las inquietudes que sobre el particular se han venido formulando con el paso del calendario y por ende la salida vertida en este enunciado será la más pertinente, porque eso fue lo que efectivamente aconteció. Con ese desenlace se consolidó la apreciación global de que al indígena no se le ha prestado la atención que le era debida, que se le faltó al respeto y que todo ha quedado reducido a pomposas reafirmaciones de su preeminencia ancestral sin nada efectivo que acompañe tan fatua consideración ya al margen de cualquier contexto.

Y esto fue así, que ni siquiera el señorial sabio Caldas, tuvo palabras amistosas o sensibles para con el aborigen y con el látigo de su indiferencia, lo señalaba escuetamente como miembro de una de las tres razas existentes en la Nueva Granada, sin meterse de lleno en aludir a las funestas secuelas de la conquista sobre su cultura (Konig, 1994, p.237). Tampoco el retorcido bando que declaraba a los indígenas con iguales derechos que los españoles expedido en octubre de 1810 allá en la península con fines politiqueros, pudo deshacer la ignominia con que España se cebó en su contra, como igualmente no podía borrar de un plumazo esa suntuosa y oportunista afirmación oficial de las cortes, acerca de los deshonrosos símbolos que permitían en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, estimar superior en todos los órdenes de la vida al inicuo chapetón (Konig, 1994, p.213).

Los caballos gordos del conquistador o las yeguas del encomendero español y las bestias rechonchas del colono ibero retozaban en los establos y en las calles de las villas, mientras los pobres indios caían exánimes en sus portones afectados por las consunciones al pasar física hambre... fueran o no encomendados y con los negros pasaba algo similar pero peor. Advertir eso por aquellos que se reputaban personas de bien, debió ser un motivo de enojo, luego de aflicción y más tarde de resignación, sin embargo nada de eso se evidenció y todo seguía igual o peor. ¿Por qué no hizo algo en vez de nada? Solo quien siente, puede, solo quien distingue lo razonable, igualmente realiza lo que quiere o puede; mas solo quien ambiciona, puede o no hacer según su real gana, y eso fue lo que sucedió en la Nueva Granada con el conquistador, con el encomendero o con el colono español, y esa conducta ajustada al indio o al esclavo era peor, o sea más grave.

“Muchos de nosotros” –decía Canetti– satisfechos con la bondad de Dios, con el paso del tiempo nos volvemos bellacos...” (Canetti, 1994, I, p.5). Eso acaeció con el español por estas latitudes... se imaginaba antes de arribar a esta tierra, un favorito del cielo, pero al llegar se convertirá en un favorito pero del infierno porque esa confianza que sentía hacia el Altísimo en vista del caudal que le rodeaba, y como tenía que comportarse en debida forma, se aisló de tal confianza, y rápidamente fue degenerándose hasta mutarse en un pillito por el comportamiento antisocial o criminal que hizo gala en seguida para que terminara convirtiéndose en un vergajo de marca mayor. Y siempre mirando para el cielo... pero ya con relativa indiferencia.

¿Por qué esa postura tan disminuida del ser humano? No sé si por secuela de la caída pero el hombre en general ha carecido perennemente de valores sólidos puesto que se ha

sentido degradado por el destino, y el peninsular no iba a ser la excepción. Además como no ha tenido la serenidad indispensable para superar por medio de la fortaleza anímica esos avatares del albur, ha venido manipulando quizá como represalia, la existencia desde diversos perfiles, casi todos negativos y se volvió de ese modo cada día execrable con el prójimo, y en ese sentido, el español tampoco era la excepción a la regla. Entonces eso ha significado que uno esté entre diablos...

La representación de cada elemento de aquel fuliginoso contexto social, tal como lo he venido reseñando, para decantar luego su contenido y saber luego qué acciones han regido esas relaciones hasta el momento, o sea de qué se nutría, mostrarán que la agresión y de paso la indiferencia global con sus desatinos y artificios fueron los pivotes de ese contexto y eso patentó por ende que la condición humana, fue vilmente aplastada y que el expediente de esa experiencia vivida por el indio, por el negro, por el cura, e incluso por el ibero y, por el criollo a través de la conexión de los hechos que compusieron ese expediente abominable fue simplemente el cuadro donde debía figurar la forma tanto de esa agresión por acción u omisión como de la calidad pasiva que tuvieron tanto el indio como el esclavo. Eso armó una especie de sumario judicial por los hechos que estoy relatando aunque no sé si alcanzaré mi propósito de contar una historia de los vencidos desde un ángulo novedoso pero lo que vislumbro es que si al final alcanzo a responder de un modo coherente las preguntas formuladas en el Proemio de esta obra, el esfuerzo no resultó estéril.

La ilustración y el romanticismo, conviene agregar aquí, habían forjado desde sus minaretes que la razón era la única depositaria de la verdad, pero al manejar Kant el concepto



de tiempo y de espacio de un modo *a priori*, abrió la puerta a la posibilidad de que la verdad se hallara mezclada en la historia, y que el hombre potencialmente se encontraba ligada a la misma, ya que era un ser histórico por antonomasia. Y si eso es por ahí, entonces el acento de la historia contada aquí con la tradición al lado brindará la ocasión de poder asegurar rápidamente que esa ha sido la verdad...

O) El ser ahí en el mundo del indio, si bien era análogo al ser ahí en el mundo del negro, poseía sin embargo una característica básica: El indio perennemente fue indio, en la encomienda o fuera de ella, en el resguardo o fuera de aquel, en la vagancia o a la intemperie o como desplazado; no hubo manera de cambiarlo y de integrarlo a la sociedad, aun después de la independencia. O sea el ibero lo puso en cuarentena social de su ser ahí en su mundo para situarlo luego como un ser ahí en el mundo del vencido y así se quedó; es más, creo que aún persiste parcialmente en ese contexto. Con el negro, en cambio, si bien fue sacado a la fuerza por el traficante de su ser ahí en su mundo en África, para ser puesto luego en cuarentena social por el mercader o por el amo y situarlo rápidamente como ser ahí en el mundo del vencido, tras la independencia y con el paso del calendario, terminó refundido en el marco social que le detestaba y mal o bien salió de ese ser ahí en el aborrecible mundo del vencido. Más tarde y poco a poco principió a manejar un cierto estatus social, no exento de contrariedades, diferente al aborígen y tras el tránsito de las generaciones su raza con tantas amalgamas étnicas pudo emerger a un nivel social más o menos aceptable, con sus bemoles.

Eso podría llamarse su revancha histórica y cultural. No así la del indio que aún sobrelleva su aislada condición social... ¿Hay futuro para el vencido? A primera vista parecería

que sí, pero cuando uno va a la realidad social del negro o del indio en el presente (2015) percibe no solo que esa realidad ha sido deformada como en la primera parte del Quijote, sino que además, pese a los esfuerzos del Estado, esa realidad, ya deformada, viene siendo también falseada como en la segunda parte del Quijote, y entonces todo ese panorama aparece hoy en Colombia, pese a las protestas de rigor, doblemente ambiguo, vago, y dúctil con el agravante de que todo es y seguirá siendo simulación... O sea el epígrafe de Virgilio que encabezó el Proemio se halla vigente... y el vencido jamás perderá su condición, pasare lo que pasare... pero me refiero, aclaro, al vencido del montón, al vejado por su raza, al infeliz por su color, al humilde...

Decantado rápidamente el porvenir de ambas razas en el contexto neogranadino, es pertinente volver otra vez al pasado, y más exactamente al comercio lúgubre del negro para que el chisporroteo del averno muestre otra vez sus flancos más fatídicos y se convenga que le dio más duro a esa persona de color. Pero ¿son convenientes estos respingos? Esta obra tiene un carácter didáctico —como ya lo dije— y un tono panegirista, no se trata pues de un tratado histórico-orgánico, sino más bien de una ejemplificación conceptual destinada a los menesteres ya indicados, basada en el amplio campo de los sucesos tras el descubrimiento, la conquista, la colonización y la emancipación luego del 20 de julio de 1810 en la Nueva Granada y podrían considerarse imprescindibles estos giros, para darle mayor fortaleza semántica a la narración.

P) Es preciso una explicación: Debo tener cuidado con el ejercicio dialéctico en este libro, si bien me ha servido, es posible que comprenda que explica tantas cosas que de pronto no explica nada. Ya Heidegger lo había advertido de

que ese concepto era ambiguo y sofocaba a los contenidos que se le proponían que manejara pues su proceder era mecánico y se volvía o ciego o indiferente ante el fenómeno que se ponía de presente para que lo confrontara. Tal vez me he equivocado y lo quiero manifestar desde ahora, no solo al reiterar términos o situaciones sino al bosquejar en algunos acápites este tomo un soporte dialéctico cien por cien sin detenerme a cavilar de que si acaso estaba forjando una determinación de las cosas del pasado tal como ellas fueron y contrastarlas con lo que debieron ser y después buscar una síntesis, sin meditar que debía mejor determinar las condiciones de aquella realidad en que puedo llegar a emitir juicios ciertos sobre algo, en este caso sobre el español sin que tenga que fijar mojones fijos heredados de antemano: tesis, antítesis, y síntesis o de cómo debieron ser, y en eso parece que mezclé a Tácito con Platón.

A lo mejor he manejado ese marco dialéctico aquí, en la superficie, tras la aclimatación de una táctica de contrastes en donde se inquiría por la síntesis y de ahí alcanzar el tono de la realidad que fenomenológicamente demandaba este proceso. Sin embargo debo puntualizar que no quiero tesis, antítesis y síntesis, sino una hermenéutica focalizada en los vencidos desde la perspectiva ontológica de las preguntas y de las respuestas hasta llegar a la comprensión integral de ese ser ahí en el mundo del vencido luego de las respuestas de rigor sin hacer tanta apología de lo que debió ser la situación fáctica.

Si bien no puedo negar que podría haber aquí un trasfondo dialéctico en la mediación metódica de la cronología de los vencidos, es más, creo que de hecho lo hay, no obstante desde el perfil que voy asumiendo a partir del Proemio, me irá a facilitar más tarde alcanzar el nivel que he pretendido,

un realismo histórico integral, que fuese una aprehensión ontológica de los vencidos pero no de sus sufrimientos, sino de los pasos reales que dio a través de la historia que fueron adversos y que se proveyeron por parte de los sujetos que intervinieron de un lado y de otro para anclar en la situación de vencido. Por ende ser ahí, ha significado aquí, estar abierto al mundo y lo que inquiero es determinar con indudable pertinencia, es que el mundo del vencido o de los vencidos se abrió para el indio y el negro especialmente desde el momento mismo en que se planeó la expedición a las Indias Occidentales, sin proponérselo aun sus gestores y que rápidamente al tornarse contrario ese proceso-suceso para los intereses del indio y más tarde del negro vino el dolor y el sufrimiento.

Será apropiado entonces continuar y rubricar lo siguiente con relación al infame comercio de negros: Había cuatro esquemas básicos de tráfico negrero, el sistema de licencias que operó entre 1501 y 1595, el régimen de asientos que operó entre 1595 y 1696, el método de compañías que operó entre 1696 y 1789, y el comercio libre de esclavos que operó entre 1789 y 1866. Es de recibo aclarar que en ese tráfico marítimo o trata, el español cuando quiso intervenir no pudo y fracasó en ese aspecto, ya que la batuta de ese ir y venir de las naves cargadas de negros la tenían los extranjeros, lusitanos u holandeses, con una mínima participación ibera.

Era costumbre igualmente en la Nueva Granada de contar al esclavo dentro del inventario de bienes de una persona o en el catálogo de una mina o hacienda y por ende es fácil colegir que esa persona adquiriría de hecho el carácter de semoviente. También si la heredad o la mina eran vendidas, el negro formaba parte de ese lote de bienes para asegurar la mano de obra.

El negro era considerado además mercancía cuando a través de la figura llamada “aduanilla” el poseedor de una licencia para manejar ese comercio infame tenía que pagar un arancel para sacar de España o de Portugal, uno o más esclavos. Se aplicó luego ese gravamen a los negreros que en la América hispánica debían introducir esclavos tierra adentro o despacharlos a otros lugares del continente (Triana, VIII, p.68).

Si el mundo de la ficción contamina por lo general al mundo de la realidad, aquí, por el contrario, el orbe de la realidad intoxicó al orbe de la ficción, y de ese modo desapareció la noción de verosímil y surgió por ende la noción de inverosímil a fin de mimetizar, o tapar el auténtico sentido de ese contexto. En ese escenario ocurrieron tantos pero tantos eventos dolorosos y repugnantes por el hecho de ser adversos al negro o al indio, que en realidad muchos creyeron que no fueron ciertos... de ahí que se requiere del suficiente discernimiento para distinguir las diferencias que había en situaciones parecidas o las identidades que aparecían en fenómenos distintos y de esa forma, como si fuera una mano, podría ayudar a oír colocándosela en la oreja...

Si tuviera que resumir estas consideraciones críticas alrededor de los vencidos —el indio, el esclavo negro— hablaría primero que hubo un naufragio de la dignidad humana. ¿Por qué? Porque el hombre fue pisoteado por un semejante que carecía de escrúpulo, de ahí que fuese habitual que se encogiera de hombros, el depredador, señal de que no le importaba nada o que lo hacía sin querer entender la razón por la cual lo hacía. Esto último no lo profeso pero en todo caso era un lóbrego desenlace.

Freud dijo alguna vez que los cristianos fueron mal bautizados, y uno no deja de acoger esa afirmación cuando perci-

be la proterva actitud del español por estas latitudes, y eso que era el creyente por antonomasia y el eventual ejemplo a seguir. ¡Cuántos creyentes no han dejado la fe por ese macabro comportamiento del ibero en las Indias Occidentales! De ahí que español representara para el vencido no a un apóstol sino más bien a un demonio disfrazado de ángel, y yo le agregaría que se les parecería a Calígula, pese a que fue muy poco probable que esos pobres hombres supieran quién fue ese siniestro personaje.

Una cosa es indiscutible, todos los procesos de dominación política que se han llevado a cabo en este mundo, han resultado más complicados que la guerra misma pues acaba por carcomer las raíces morales del vencedor, y quizá la excepción a esa regla específica la constituyó la helenización del Asia Menor tras la ocupación de Alejandro el Magno.

Allá la espada y el *logos*, muy pronto se hicieron amigos y en el contenido de esos extremos poco a poco se fue dando un tono cultural vital que al germinar vegetó solamente para el asentamiento de las innumerables relaciones positivas de toda índole que se instauró entre propios y extraños, entre griegos y árabes.

Es preciso también proyectar aquí con más coraje los casos particulares de vejación sin olvidar aquellas cosas que puse en evidencia para suprimir ese confuso laberinto de sofismas levantados por la posteridad ibera a fin de paliar los efectos de tan maligno proceder. Hay que añadir sin rubor por ende que esas agresiones sistemáticas a la especie humana, afectaron el nivel de existencia de las víctimas y las llevaron por el desfiladero de la ignominia y del lento desarraigo. Uno de esos embelecocos esbozados ha sido por muestra, que debe darse al olvido lo que no tiene corrección. Dirían esos sofistas que nada se ganaría con revivir esa

dolorosa trama; mas yo reafirmo, que, por el contrario, si no se relievaa con dureza, todo se perdería ya que el deseo de aclamación, reparación y perdón se diluiría sin pena ni gloria. Insistirían los sofistas de viejo cuño, que eso no vale tanta severidad y así sucesivamente por el paso del calendario pero eso sería asimismo una cortina de humo cínica o una muestra más de malevolencia.

Con tales posturas petardistas lo que se podría ganar a cambio sería que comportamientos de esa índole se repitieran, como de hecho se siguen repitiendo, pues todavía hay esclavos afrentados en el mundo moderno, sin que eso causare estupor, y quien los ejecuta lo hiciere con la sensación de que no le pasará nada, pues todo estaría permitido, como si Dios no existiera. Mas si uno percibe por el medio esbozado en este capítulo, el estatus del ser ahí del vencido, no valdría la pena remontarse hasta la aurora de ese sufrimiento, a pesar de que lo barrunté al principio de esta obra, como una especie de “petición de principio” —si no es una falacia— y en cambio se podría aprehender los pasos que se dieron en ese sentido para ostentar tan malsana manifestación de la voluntad de hispánico.

¿Cómo podía hallarse cómodo el español sobre el potro de la aureola de su perverso proceder? O ¿acaso sentía que era un corcel del suplicio que debía manejar a su antojo? Tal vez imaginaba que no estaba en el lomo del caballo de la ignominia, y de ese modo el conquistador, el amo, el encomendero, el colono, el oficial del rey, el alguacil, el escribano, el mercader, el responsable del resguardo, y el cura, cada uno a su manera no solo intervenían ásperamente en la acción sino que después divisaban sutilmente la calamitosa execración con que procedían, bien por acción u omisión, y quedaban como si nada, pero eso sí, que se desbaratara la

máquina del universo y que se desquiciara el mundo antes de cambiar de talante pues ya el mal había hecho lo peor desde la expulsión del Edén y lo superior era seguir por esa ruta preestablecida. Menuda salida y por eso seguían imponiendo el suplicio al indio y el tormento al negro así como el sufrimiento a otras personas de diversas razas quizá como un dispositivo malsano de defenestración social... porque así era el mundo y así lo habían heredado de sus mayores.

Q) El rol del vencido ha sido pues el de aparecer en la otra cara de la moneda, la obscura, o ponerse al desnudo a efecto de exhibir que ha carecido de valor... y eso ha significado ausencia de porvenir. De hecho ante la carencia de un futuro mejor, cualquier alma se agita, se incomoda y se abate por completo...

Y ese rol del vencido se prorrogaba con otras actividades propias del ser vivo, el apareamiento... pues con el sexo la agresión también tenía igual designio, inicuo, aunque con regodeo...

Sobre el particular, apropiado es afirmar que en las regiones de mescolanza étnica, pasaba algo curioso: la masa de mestizaje que había junto a la masa de negros se sentía proclive al desenfreno sexual; en cambio la caterva de amos o traficantes no tenían reparo alguno en trincar en medio de semejante batahola social y de complacerse a sus anchas y por eso el ayuntamiento entre blanco y negro iba en aumento y fue llamado amancebamiento como una especie de lacra, sin embargo entre el negro y el mestizo no concurría tal denominación, grosera de suyo, tan escasa connotación se le daba a esa combinación entre esa pareja que eran consideradas esas uniones como bestiales.

También en ese aspecto la existencia en el plano sexual en tal época fue perversa, ya que era innoble, salvaje, agreste,



lasciva e hipócrita, pues simplemente una raza superior entre paréntesis sometía a otra raza inferior entre paréntesis aprovechándose de su fuerza y tras la refocilación, la cosa seguía igual o peor. Pues si hubiesen mejorado las cosas después de esos momentos de placer, hasta uno lo acepta, pero si no se cambiaba el entorno, esa nueva agresión constituía otro hito de la malevolencia del ibero...

¿Qué sugestivo encanto desde un perfil intelectual, hogareño, social, o humano, podía mostrar el amo, el encomendero o el burócrata español en aquel ciclo si luego en otro contexto a su gusto y contra el gusto de la otra parte se solazaba a sus anchas? Menuda sociedad era esa, en que todo lo ancho era para el español y lo angosto, si es que algún día fue angosto, era para el pobre diablo del sometido, reputado un simple objeto de lucro o de placer.

Para ratificar el grado de repulsión o indiferencia que sentía el español por el esclavo, es preciso manifestar que durante mucho tiempo, en la Nueva Granada, y seguramente en otras latitudes de la América hispánica, subsistió la “anotaduría” de hipoteca para establecer el derecho de prenda constituido sobre una “persona” que no dejaba por eso de permanecer en poder del deudor. O sea era una mera cosa que garantizaba el cumplimiento de una obligación principal. Se encontraba la gente pues en el terreno de la vergüenza y al repasar uno esas tristes cualidades, justiprecia que se estaba más cerca del averno que del purgatorio ya que con ese personaje siniestro había resucitado el espíritu del último maligno... y formaron por ende ya juntos un eslabón significativo de la gran cadena de la degradación y de la perversidad que han venido golpeando al mundo con saña y con rigor.

Cuánta razón tuvo pues el gran Nariño en *La Bagatela* (1811) cuando dijo que “el español trató por todos los medios de impedir a sus hijos la idea de la diversidad que llaman degeneramiento de la raza humana... y eso arraigó en los españoles sobrevivientes... si tales deben llamarse padres prostituyamos de una vez tan augusto nombre...” (Konig, pp.218 y ss.), y sin embargo de un modo falaz se aprovechaba de su prerrogativa ese ibero para hacer de todo por estas tierras especialmente con aquellas personas que se hallaban sometidas a su arbitraria disposición siguiera igual o peor.

De ahí que fuera un colosal disparate lo que el corregidor de Pamplona le expresara al rey de España en 1808 de que “el amor paternal de V.M. se derrama igualmente sobre todos sus vasallos... y los habitantes de sus remotos dominios de América experimentamos las bondades de V.M. como lo experimentan los moradores del Ebro y del Tajo...” (Konig, p.216). El polaco Rafael Lemkin quien acuñó el término genocidio en el siglo XX le hubiera lanzado un anatema por tan hipócrita declaración...

El orden señorial, o sea aquel precepto social que imperaba durante la colonia, no quiso alterar la ecuación que marcó esa época: Lealtad a España y oposición a cualquier manifestación de cambio en las estructuras de poder. Eso fraguó en todos los estamentos el hábito de la obediencia incondicional, y de paso consolidó la imagen del criollo y también robusteció la pobre figura del indio o del esclavo como ineptos, incapaces y con marcadas tendencias al error. Entonces cualquier iniciativa –del criollo– por supuesto, pues el indio y el esclavo, carecían de esa facultad, podía considerarse un crimen de lesa majestad (Konig, p.224). Y

eso me insta a concluir que los nativos a la hora del té parecían también y todos cortados con la misma tijera.

Ahora bien y retornando al argumento de la trama, con relación al encomendero, aunque fue menos intenso que el amo con la esclava, al refocilar con la india, lo hacía con amenaza, sin embargo, es preciso reconocerlo, igualmente en otras ocasiones respondía por sus acciones y la aborigen ingresaba de esa manera a un nuevo estatus social, de esposa, para consternación de la sociedad. Con la negra eso fue una extravagancia o por lo menos yo carezco de información que avale a un amo casándose por ejemplo con una negra/esclava; a lo sumo podía formalizar en determinadas circunstancias una relación ocasional que, algunas veces, con el tiempo terminaba bien para la pobre mujer. Me ha faltado espacio para platicar del ser vencido de la india o de la negra/esclava, pero considero que indicar lo relativo al hombre indio o al hombre negro es suficiente, porque bastaba mostrar esa denominación genérica, indio o negro sin importar el sexo para que la condición de vencido se patentizara...

Desde el instante en que se formalizó el tratamiento sin compasión contra el esclavo, que fue de inmediato, ante la indiferencia casi que generalizada del resto de la sociedad neogranadina, fue formándose lentamente la cultura social de la diferencia racial, basada no solo en sus rasgos fenotípicos sino en sus manifestaciones culturales más exuberantes. De ese modo emergieron mecanismos discriminatorios mediante los cuales el racismo iba tomando patente de corso en todo el territorio cuyo tono se incrementó con el paso del calendario. Incluso hoy (2015) a pesar de que existe una legislación contra ese tipo de manifestaciones, en Colombia se sabe que existe una soterrada distancia con el negro y el acento es patético: “Lástima que sea negro...”, “Tenía que

ser negro...”, “Hermosa pero negra...” y así sucesivamente<sup>22</sup>. Eso a lo mejor ya lo dije pero vale la pena su repetición.

Con el indio no ha sido igual, pues como lo he sostenido a lo largo de esta obra, el desdén o el desprecio con que ha sido tratado ha sido la rúbrica de su discriminación racial, pero no tanto por la raza en sí, o por su color, sino por su talante que ha oscilado entre la abulia y la desidia. Y en ese sentido colaboró a esa separación social si bien ha desaparecido casi que por completo de la geografía nacional.

Esa etiqueta despectiva, tanto para el negro como para el indio, en todo caso, estableció desde hace siglos un clima de disgregación y de subordinación que nadie quiso ni denunciar ni mucho menos renunciar y entonces las voces degradación y sometimiento tomaron un tinte oficial o semioficial que justificaba el tratamiento a distancia, y un temor reverencial para poner coto a esa etiqueta que aumentaba la desigualdad social adquirió connotaciones increíbles. Es de apuntar además que la diferencia de clases en este medio no fue solo producto del proceso capitalista, sino que además provino de esa genuflexión social que el blanco reclamaba especialmente al negro y de paso al indio.

Es de resaltar del mismo modo que la población hispanoamericana resultante de las diversas mezclas de blancos, negros e indios, recibió el nombre de castas y era notorio el menosprecio que el español y el criollo sentían por esos mestizos y las otras clases (Triana, II, p.513). No es de extrañar por ende que una inclinación a la autodestrucción, a las

---

22. Para un mejor enfoque de esta cuestión, es plausible recomendar el formidable estudio *Afro-reparaciones: Memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*, de la autoría de Mosquera Rosero-Labbe y Barceló Luis Claval, auspiciado por la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2007 (Nota del autor).

obsesiones malsanas, a las agudas melancolías y al inefable desquiciamiento síquico, con las secuelas fáciles de pronosticar en un momento dado fueran los corolarios de ese tratamiento, entre los miembros de esas castas.

Un racismo orgánico y segregacionista fueron pues las expresiones más relevantes tras el asentamiento y la diversificación de la esclavitud en la Nueva Granada y entonces un marcado rasgo de exclusión social se impuso hasta el punto de que todavía no se ha podido sino morigerar de tanto en tanto. El concepto fundamental de todo ese proceso fue el color y más tarde la invención de la diferencia en el discurso de la colonización que se le debió a los áulicos de Carlos V y los secuaces de sus sucesores en el trono español, agravaron el asunto, y luego tuvieron todos ellos, el descaro de invocar arteramente que eso era la voluntad de Dios para castigar a una raza maldita desde los comienzos de la humanidad (Mosquera Rosero *et al.*, p.22).

Además de ese concepto, la Corona española se valió del recurso sofisticado de que para mejor proveer en pos de su eventual redención, el esclavo debía sujetarse inexorablemente al marco de la autoridad de aquellos que detentaban el señorío de la fe, de la palabra y de la fuerza... (Mosquera Rosero *et al.*, p.22) y de igual forma desde ese ángulo se pudo concluir posteriormente la esencia del discurso de la Corona acerca del mestizaje, una fórmula para ensanchar la brecha entre el blanco y el negro, semejante al de la clase media, entre el rico y el pobre.

R) Bajo ese tamiz represivo, ¿qué le estaba permitido al amo<sup>23</sup> y a sus mayordomos o al encomendero? Casi todo; po-

---

23. La legislación, los usos y las tradiciones iberas se transfirieron a las Indias Occidentales para gobernar y para regular la vida en general. Y de ese modo se desarrolló un vasto –pero inerte– cuerpo legal

dían aplicar prisión con grillete, maza o cepo, aunque se recomendaba no poner al escalado de cabeza en el cepo. ¡Qué consideración! Igualmente podían azotarle pero los azotes no podían ser más de 25 y que tuvieran el cuidado de hacerlo con un instrumento suave que no le causase al infeliz, contusión o efusión de sangre. ¡Qué indulgencia! También el extraño “podía ferida pequeña, así como pescos-

---

relativo al trato que debía dársele al indio y al esclavo pero eran tan literal, tan casuístico y tan poco claro que las interpretaciones o las sucesivas aplicaciones en el tiempo y en el espacio resultaban inanes, y muy poco ejemplarizantes. Nuevamente el sambenito del “se obedece pero no se cumple” hizo de las suyas por estas latitudes y todos quedaban satisfechos, menos el esclavo y el indio. Solo hasta 1789 se promulgó un código relativo al negro aunque no era más que la recapitulación de antiguas normas y tradiciones, sin embargo contenía aspectos humanitarios e incluso protectores. Un historiador gringo dijo en 1804 que “Sobre la humanidad de las leyes españolas, no queda duda, pero decidir si los esclavos españoles eran más afectuosamente tratados que los franceses o ingleses es una cuestión diferente y más difícil. Todo estudioso de la historia colonial latinoamericana ha tenido la gran oportunidad de observar qué arduo fue siempre aplicar cualquier tipo de legislación, ya que era resistida o soslayada por cualquier corporación, o grupos de influencia más o menos poderosa e igualmente por la misma autoridad encargada de aplicarla. De modo que parece dudoso que hayan podido tener éxito esas normas legales que restringían la libertad de acción de quienes poseían propiedad humana...”. Por ende El Código Negro Carolino o la Real Cédula de Su Majestad sobre la educación, trato y ocupaciones de los esclavos en todos los dominios de Indias e Islas Filipinas, denominación dada en honor a Carlos III; aunque sancionada en 1789 por el rey Carlos IV, no fue más que otra mascarada oficial, que poco pudo hacer para paliar los muchos abusos que por las Indias Occidentales ocurrían a diario y que todo el mundo sabía no solo en contra del esclavo sino también en contra del indio. Conviene añadir además que unos cronistas sostuvieron con plena buena fe que las leyes de España sobre el particular fueron las que más se acercaron al punto medio de perfección y lograron suavizar por ende, la esclavitud, eso pudo ser cierto, no lo niego, pero el problema no era ese texto, elaborado quizá con las mejores intenciones del mundo, el problema era su aplicación práctica, que demandaba una lealtad a la ley y a la Corona que no era muy factible advertir por esta tierra. Por eso se convirtió en letra muerta, a pesar de que pudo servir de escarmiento a ciertos amos desalmados en un momento coyuntural determinado (Nota del autor. Véase además: Triana, II, pp.450 y ss.).

zada o empellada...” (Triana, II, p.518) o sea que cualquiera podía hacer y deshacer con su persona. Y si eso era a ese nivel, los funcionarios de la Real Hacienda, podían también y sin rubor alguno, imponer la carimbada en la espalda con hierro candente, al momento de llegar al puerto, en señal de pago de los tributos correspondientes por su introducción y le era lícito igualmente a las autoridades judiciales, aplicar los azotes en público o en privado, “una calza de hierro al pie, con un ramal pesando todo doce libras, debiendo el castigado traerla por dos meses, a descubierto, manos clavadas al rollo, decepción de orejas, de manos, ahorcamiento hasta la muerte...” (Triana, II, p.518). Pero “en ningún caso se ejecutará en los cimarrones la pena de cortarles las partes que honestamente no se puedan nombrar...” (Triana, II, p.519). Había así mismo una especie de pena semimortal, aplicadas a los negros huidos y alzados que no causaban sin embargo la muerte y que eran la prisión perpetua o la mutilación de miembros. Y todavía se examina que esas agresiones a la dignidad humana no se podían comparar con las brutalidades de los nazis..., no, claro que no, porque las superaron con creces. Con el indio la cosa fue menos drástica aunque dura en cierto sentido, especialmente cuando no cumplía con las exigencias de la encomienda y entonces era azotado sin piedad o puesto en una especie de cuarentena social, apartado del resto de su gente, lo que realmente le agobiaba.

Se debería conformar un nuevo tribunal de justicia, semejante al de Nuremberg, para que juzgase en ausencia a esos bellacos iberos que tantos crímenes contra la sensibilidad cometieron, ahora que existe en medios internacionales, la no prescripción de aquellos delitos de lesa humanidad. Y estos hechos aquí narrados, sin duda alguna, lo tipifican pero tal vez fuese exagerada esta pretensión.

Gran insurrección se observaba en una sima muy honda de almas en el infierno. Estaban gritándose a los cuatro vientos, unos presumidos, los españoles, otros vengativos, los alemanes, y algunos envidiosos de ambas nacionalidades: “Si yo volviera a nacer...”, “Si yo retornara a la vida...” o “Si yo muriera dos veces...”, mas estaban tan disgustados los demonios al oír semejante griterío que a su turno les increpaban con mucho ímpetu: “Asesinos, malandrines, cobardes, sanguinarios e inhumanos”; entre otros epítetos de grueso calibre, si tornaran a germinar mil veces, cada vez se tornarían peor y ...entonces el castigo aquí sería mil veces mayor que el que están recibiendo ahora ... Si codician eso, a la carga, a volver a nacer, pero todos los condenados enmudecieron y poco a poco comenzaron a callarse, a bisbisar —alto al nacer de nuevo— y principiaron a retirarse a su círculo en el averno... (Quevedo, pp.270 y ss.) tronando de ira y eso que estaban pasando las verdes y las maduras, sin asomo de esperanza ni de un paliativo. Es posible que se hallen en ese contexto los insolentes iberos de aquella época.

¿Es preciso aludir algo más sobre ese particular divertimento en el hades? Nada, pues eso esclareció un tópico acerca del destino de cada raza tras su partida de este mundo. Habló de por sí, de sus costumbres, de sus bellaquerías con tanta rimbombancia que ya no es forzoso por lo menos aquí, reclamar más.

Con el indio si bien sufrió también los rigores de la discriminación, el hecho de hallarse en la periferia de las ciudades, aldeas o villas, en sus encomiendas o en sus resguardos más tarde o a la deriva volvía menos despiadado el desprecio social. Había una especie de lástima general, lo repito, semejante a la exclusión, obvio que sí, pero menos inflexible que con la abismal discriminación contra del negro. Ese fue



otro punto que lo diferenció de la condición muy particular de ser ahí del vencido del negro y del esclavo. Aunque ambos padecieron en carne propia el sambenito de la exclusión, del olvido, de la agresión y de la violencia sistematizada si bien en acentos distintos, los emparejó el hecho de que no han sido lo suficientemente reparados ni mucho menos reivindicados en su condición de vencidos.

S) Tomado de antiguos aunque reverdecidos refranes, en casa de Lutero se dialogaba de este dicho que se ajustaba a la perfección en el ánimo del vencido, “Calla, aguanta y padece, con ninguno te quejes... ¿Para qué?” (Goethe, I, p.1263).

Porque la existencia ha sido y será un perpetuo unir y separar; de ahí que el hombre se ajuste y más tarde se aleje. Pero vaya uno a saber, entre el amo y el encomendero, ensamblados hasta lo más íntimo en sus negocios comunes, muy pocas veces se distanciaron, porque entendieron que en la unidad estaba la fuerza. ¿Podía predicarse lo mismo con el negro y con el indio? No, ya que sumergidos en su ignorancia, en su tristeza y en medio de tanta tropelía era una quimera lo que podían intentar hacer sobre el particular... es más, carecían de tiempo para saber si estaban articulados, aislados o simplemente descartados uno de otro dentro de su misma raza.

Ahora bien en medio de ese desbarajuste social y cultural del negro y del indio: ¿quién era el mestizo? Aquel que tenía un color incierto (Mosquera Rosero *et al.*, p.23) un degradante referente que pretendía organizar la complejidad del proceso de integración racial en la diversidad o en la diversificación de la relación origen/color para no solo dejar incólume al blanco sino para que a través de procedimientos coherentes de descendencia se pudiera depurar luego el pa-

norama racial y posteriormente el espacio de poder en manos del blanco, se pudiera encoger un poco, mas sin peligro de perderlo como había sucedido en otras latitudes. Pero no debe reputarse por eso que el mestizo las tenía todas consigo, por el contrario, sentía en su interior la repelencia del ibero y del criollo, aunque con menor intensidad.

Entonces la estratificación racial —otra agresión al negro vencido y en escala inferior al indio desarraigado o asentado en las encomiendas— apareció para la categorización espuria de las razas y concretar de ese modo el radio de acción de aquellas etnias que podían representar un peligro para la supervivencia del blanco o de aquellas que podían continuar sumisas. En ese sentido, se anticipó la Corona de España al régimen nazi con los judíos, y quién sabe si Hitler o alguno de sus áulicos pudieron ver en ese modelo o en ese cronograma, la pauta de acción para eliminar a los hebreos del mundo.

Si hubo una diáspora judía, con toda esa parafernalia mediática, obvio fue que también existió una diáspora africana pero con una diferencia aterradora: esta última duró más y causó más dolor. Mientras los descendientes de Sem fueron recompensados o reparados, los descendientes de Cam, todavía están esperando una satisfacción a las ofensas que recibieron de manos de los españoles. Todo deseo estancado ha sido un veneno, decía Andrés Maurois, y la inercia en una eventual reparación podría hacer estallar el ánimo de los herederos de aquellos vencidos.

Desde luego que no fue de ese ciclo exclusivamente el derramamiento de sangre, ni tampoco de aquel siniestro periodo la opresión al débil; se vertió y se hizo en antiguos tiempos cuando las leyes no habían humanizado las costumbres y aun después se cometieron asesinatos y atropellos

cuyo relato aterraría los oídos de cualquiera, pero allá en aquel ignominioso tiempo de la colonia, se hizo y se deshizo sobre ambos tópicos por parte de los iberos y de manera tan recurrente o de un modo tan feroz y altanero que igualaban en villanía a los “clásicos”, o tal vez lo superaron con creces.

Por eso no estoy de acuerdo con Reyes Mate (p.180) cuando dijo que la barbarie nazi se diferenció de la brutalidad ibera contra el negro porque el nazismo “no es un episodio aislado, sino la consecuencia de una tradición cultural, incapaz de valorar ni respetar la diferencia...”, ya que tal vez la Corona ibera tenía en mente un plan —igual que el gobierno alemán— de subyugar a la gente de color o reputada inferior o maligna en aras de alcanzar sus objetivos, fueran políticos o económicos el asunto se le salió de las manos y vino el desastre. Además algunos validos o cortesanos de alto vuelo enquistados en Madrid, señalaban como un sonsonete y constantemente que “aquí no había pasado nada”, eufemismo que reflejaba una especie de relajo histórico y defenestraban así a la verdad, incluso murmuraban en los salones que el negro no poseía nada pues nada había traído y por ende no podía perder nada tampoco, pues el amo estaba ahí para solventarle sus necesidades más acuciantes.

Aunque no hay consenso sobre valores atípicos, es indudable que al comparar las afrentas iberas y las tropelías nazis, aquellas fueron numerosas y reiteradas, contra dos razas, la negra y la india, y estas fueron casi que exclusivamente contra los judíos, y aunque el tiempo en que sucedieron dista mucho —la primera duró cerca de tres siglos y la segunda en cambio a lo sumo década y media— el hecho de que trajera consigo la desaparición de los indios es causa suficiente para considerar más mortífera y repelente la actitud de España que la de Alemania. También muchos occidentales

se regocijaron con el holocausto judío y lo celebraban en voz baja. En Colombia se terminó una investigación sobre el particular que debería ser publicada para aclarar viejas dudas.

En 1961, H. Arendt acudió a Jerusalén, con el fin de presenciar el proceso seguido contra Adolf Eichmann por crímenes de guerra y la serie de artículos que recopiló sobre el particular (1963) le sirvió de sustentáculo para hablar de la “banalidad del mal”, una frase que acuñó para describir que los hechos monstruosos perpetrados por las autoridades nazis fueron obras de simples figuras bufas, burócratas de carrera, débiles y anónimos funcionarios que acorde con el sambenito endémico de la sociedad alemana, creían en el mito de la autoridad, en este caso de Hitler y sus secuaces, y por eso procedieron de esa manera. Entendió esa ilustre pensadora que la relación de ese empleado anodino con la ley, era una versión diluida de la filosofía kantiana, una especie de imperativo categórico: “...actúa de modo que el Führer, si conociera tu acción, la aprobará...” (Moran, p.287) y aunque su diatriba al síncope de la moralidad alemana era destructora, ese comentario no cayó bien en ciertos círculos, pues dejaba la sensación de que “no pensar puede conducir al mal” (Moran, p.287) y eso justificaba muchas acciones bárbaras aunque en el ibero ese tipo de acciones fueron distintas, ya que no cumplía órdenes, simplemente obedecía aquellas que le convenían y terminaban por actuar de su cuenta, conforme a un pacto o a un consenso.

Desde luego que no comparto ese planteamiento, pues eso explicaría también que cada ibero durante la colonia era otro Eichmann, en ciernes, y que por ende actuaba movido solo por el interés de la Corona de España. Consecuente con ese criterio, el encomendero, no tanto el amo, que operaba como una especie de delegado del rey, podía hacer y

deshacer en virtud del privilegio que se le otorgaba y como se hallaba en medio de salvajes, muchas veces tenía que actuar sin meditar muy bien la pertinencia de sus acciones. Huero sofisma. Detrás de esa frase rimbombante de la filósofa judía, se escondía la posibilidad de borrarle al mal una caracterización religiosa o ética, y ubicarlo como una prueba de lo que podía acontecer con el hombre ignorante o con el hombre apegado al tenor literal de una disposición. ¡Puro artificio! Más inaplicable por razones humanitarias, o por razones de caridad, no tanto cristiana, si se quiere, pero eso sería una sandez tolerar siquiera esa posibilidad. El hombre que obra mal, como el español, como el alemán, o como el chino, debería responder perpetuamente ante los tribunales terrenales, o en su defecto ante el oráculo de la historia o ante la divinidad, más tarde.

Goethe nunca censuraba nada, aunque no se le pasaban por alto las cosas mal hechas, y sin embargo no las criticaba; escuetamente hacía notar esas faltas como deficiencias humanas, pero no pretendió jamás que alguien pudiese soslayarlas o indicar lo que había que hacer o lo que se debía hacer. Eso era un mero producto de la condición humana (Goethe, I, p.1.255), mas tampoco estoy de acuerdo con esa postura, cómoda y artificial, si bien no es factible que con el reproche se logre conseguir que ciertas acciones no se cometan, por lo menos subsiste la posibilidad de la reprobación social o de la expiación posterior, únicas maneras de tomarles el pulso al contexto... y mostrar luego que uno sí es capaz de actuar acorde con el bien común... ¿Utopía?...

La historia de la humanidad se podría comparar con el mito del dios al que pertenecía el oráculo de Delfos, que no hablaba ni callaba, simplemente insinuaba. Pero aquí la insinuación histórica de su desenvolvimiento siempre ha sido

una especie de crónica del terror... acompañada del error y de la distorsión...

T) Hay un tópico que concita la atención en la historia, o mejor de su fin, la promesa de mejorar. Cuando en algún escenario político, cultural, social o económico, se sugiere que algo se va a caer víctima del embate del tiempo, el establecimiento acude por medio de sus corifeos más propinuos, incluso de sus detractores a formular una promesa que adquirirá en esos momentos, tintes proféticos, de lo que va a suceder luego de que eso se desplome; unos dirán que esa mutación va a terminar mal, otros, por el contrario expondrán que esa alteración irá a mejorar el orden de sucesión de las cosas en el mundo y sobreviene luego con el paso del calendario el forcejo de unos y otros, legatarios de esta o aquella postura, mas al final la vida sigue igual... ¿Y la promesa? Ahí latente... aunque colapse lo que debe colapsar...

Un ejemplo vivo, el tránsito de la conquista a la colonia y luego la traslación de la colonia a la emancipación y así sucesivamente hasta el día de hoy (2015), y la promesa de que eso iba a conducir por mejores derroteros, ¿dónde está? La promesa siguió ahí y a pesar de los sucesivos cambios sociales nada ha cambiado en el fondo de las cosas... Por eso hay que creer en lo imposible y despojarse de lo improbable, decía Oscar Wilde.

Es mejor seguir con el hilo de la trama, ya que detenerse a sopesar eso, se corre el riesgo de descubrir que ni siquiera hubo tal promesa, y que todo fue una quimera, un engaño..., porque la novedad del mundo no podría ser demostrada desde el mundo. A Kant se le debe la idea de que lo práctico era aquello que sería factible mediante la libertad y quizá eso ha sido el meollo del asunto, pero al no poder conciliar el hombre la libertad con la necesidad y hallarse la condición

humana limitada por el entorno de las cosas y sus múltiples relaciones, la mayoría de los hechos acontecen como secuelas de una genialidad, de un acaso, de una catástrofe o de un choque fortuito de circunstancias, pero la sociedad seguía y sigue igual o peor porque si bien vive hacia adelante, ha pensado siempre hacia atrás, como lo afirmó Kierkegaard.

Pero el discurso retórico desarrollado por el español en aquella nefasta época, no era algo ideal, sino el algo tangible que lograba en medio de su libertad sus objetivos, o sea, la depredación más espantosa. Y si alcanzaba a pensar sobre el gobierno del mundo, entonces admiraba lo que representaba el soberano ibero y desdeñaba la posibilidad de que la masa pudiese mandar algún día, ya que suponía que eran incapaces de gobernarse o de gobernar mejor que la Corona. ¿Tuvo razón?

Es del caso preguntar: ¿y de dónde sacaban esos recursos retóricos espurios la partida de ilustres personajes en la Madre Patria para defender con tales medios las diabólicas acciones de sus camaradas en el Nuevo Mundo? Aparentemente de un ciego devenir de la naturaleza, que hizo a unos amos y a los demás súbditos... Eso explicaría sin lugar a dudas no solo una eventual pregunta ontológica sobre el particular sino que también probaría que en la península y en el resto del Viejo Mundo había por una parte un marcado sentimiento de superioridad, y por otra parte una marcada insensibilidad por los que sufrían ya que todo se reducía a una escueta escala de mayor a menor, seguida de una vana cháchara porque solo consideraban al esclavo y al indio, unos pobres hombres y asunto zanjado. Y con esa tremenda afectación en España osaban mirar cara a cara hasta al diablo mismo. Bueno y bien mirado, si al mismo tiempo eran compañeros. “Hay pedantes que son, además, pícaros, estos son los peores” (Goethe, I, p.393).

Uno debería impacientarse contra el ibero de antaño, al ver su dureza, su soberbia, su amor de sí mismo y el olvido por los demás, y como se reputaba que así estaba hecho —o ¿así está aún?— esa ha sido su nefasta excusa temperamental, y ello equivale a reclamar de que se le debería igualmente llamarlo al orden en el marco de la condición humana, pues eso no ha sido ni deberá ser factible en un proyecto de convivencia social. Pero eso fue historia ya, y por ende difícil de consolidar en el marco de la globalización actual. Pero hay que dejar constancia de ese pasado.

La ambición insensata que tenía el español lo condujo, de paso, a devorar su propio medio de subsistencia. Esa ha sido la elemental prueba de su proverbial insensatez. Por eso lo mejor que se le debe a la historia, ha sido la conmoción que ocasionaba con detalles como este que deberían servir de ejemplo a las generaciones futuras para que no se reiteren en el tiempo y en el espacio. ¿Qué posibilidades hay de que ese fenómeno no se repita? Por el contrario están dadas las condiciones para que no solo se renueve sino para que se multiplique siete veces siete.

La humanidad se ha estado moviendo entre héroes y monstruos, entre paladines y mastines, entre hidras y medusas, de manera que se ha llevado a cabo un espectáculo bipolar, en donde a su lado cohabitaba una masa heterogénea de personas dóciles sometidas a sus criterios excluyentes, y en donde convivían de paso unos pueblos extravagantes en los que la sumisión, la credulidad, la estupidez, la estolidez y la perversión han residido pertrechadas y organizadas en debida forma, y lo que ha sido inaudito, peligrosamente disciplinadas con la conciencia colectiva de tolerar, auspiciar, prohijar o secundar determinadas acciones perversas a pretexto de que han sido problemas que había que solventar al



precio que fuera. Eso desfilaba obviamente en la península celtíbera y en esta parte del hemisferio de Colón.

Sin embargo, ¿cabe medir con la misma vara a todos los iberos? Ni lo afirmo ni lo niego, porque en medio de ese carnaval de agresiones alevés, groseras y metódicas contra el negro o contra el indio, aquellos que se reputaban decentes, buenos o por lo menos virtuosos, suponían que aún se podía reír, pese a esa orgía de desenfreno; igualmente reputaban que aún se podía vivir sin proferir protesta alguna, pese a esa danza macabra y que aquel que aguantaba en carne propia, en el más allá encontraría, una adecuada recompensa por sentir ese hierro en alguna parte del cuerpo o del alma. Ellos, en vez de hacer del vicio del amo unas pinturas horribles o ridículas que se vieran para amonestarle o corregirle, los peninsulares que de un modo u otro no intervinieron en aquel irritante asunto de la trata y del negocio de la esclavitud o del desplazamiento o de la encomienda del nativo, le trazaron en cambio al amo o al encomendero, la vaga idea de una flaqueza susceptible de ser perdonada por el Altísimo, dadas las circunstancias en que se cometían. Mas un hombre vejado es un hombre desigual, y por ende, la inquietud, la angustia y el dolor se multiplican por ese solo hecho. Tras este aserto me abstengo de responder sobre el particular<sup>24</sup> para no parecer que tomo las cosas tan a pecho.

---

24. Sin embargo lo anterior no obsta para aclarar que ya desde el Código de las Partidas, se definía a la esclavitud como una servidumbre de la más vil y la más despreciada.... (Triana, III, p.337). Esa definición encierra un componente moral pues se consideraba la negación entera de la personalidad humana. Mas, ¿Por qué subsistía? Tal es la cuestión en efecto. Uno supone que eso pudo ser una especie de “maldición de Colón” que recayó sobre la cabeza de los negros para que surtiera un efecto devastador durante los casi tres siglos y pico que duró ese flagelo de la esclavitud en el Nuevo Mundo. El apuro de los autores de las reglas del Derecho, ha consistido en que se han equivocado

O ¿será que no hay que pensar en ello con ahínco? Tal vez.

U) Hay un vínculo apodíctico entre la pobreza y la condición étnica en la Nueva Granada. ¿Por qué? Porque desde la colonia se hizo patente con el racismo para que luego surgiera la explotación y la exclusión, unas cualidades fundamentales para inscribir esa desigualdad económica. A la par es de recibo señalar que la esclavitud en la Nueva Granada representó un cautiverio encubierto. ¿Por qué? Porque el aislamiento, el constreñimiento, el acoso, la vigilancia, la sumisión incondicional a una sucesión de órdenes inhumanas, casi que a perpetuidad hicieron que se estableciera un régimen típicamente carcelario. Y con el indio, el olvido sistemático, la exclusión social, y una galopante penuria lo mutaban también en otro prisionero... recluso también como se hallaba por lo general bajo la monstruosa férula del encomendero.

Yo considero que al no tomar en consideración con tanto rigor, el indio y el negro, las cosas aterradoras que les pasaban, y carecer de temple de ánimo que les hubiera vuelto insurrectos a ultranza, fue lo que soslayó que terminaran en un estado de abulia o de excitación anímica constante que morigeraban gracias al don de la paciencia.

Si nada hay bajo el sol que no acate sus leyes, ¿por qué el hombre no se sujeta también a las suyas y vive en armonía? Ha sido muy fácil reconfortar con palabras melifluas al oprimido por la adversidad, mas si el ibero se hallare en esa

---

al considerar que bastaba únicamente con estipularlas para que de inmediato se cumplieran en su medianía, pero, se les olvidaba que elevaban lo frágil de la condición humana, igual a un jarrón finísimo y no comprendían que corrían el riesgo de que se cayera y se rompiera. Lo triste fue que en efecto, eso fue lo que aconteció en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada (Nota del autor).

situación, y tuviere que cargar con el peso de la aflicción, con absoluta seguridad que se quejaría más que ese infeliz o aquel desdichado, sin embargo las cosas no son por naturaleza tal como aparecerían sino como son en la realidad, y solo se conoce lo que se siente.

Pero ¿qué derechos tenía el negro?<sup>25</sup> Ninguno. Ni siquiera el de la libre circulación de un lugar a otro, porque corría el riesgo de ser considerado un esclavo fugitivo. Si el imperio de la razón ha sido erigido en la civilización occidental como algo absoluto desde el siglo XVII más o menos, uno no se alcanza a explicar cómo diablos, se podía por estas latitudes actuar en contra de esa racionalidad o rebelarse contra la razonabilidad. El desdén y la soberbia del español eran la nota predominante en sus relaciones con los demás, especialmente con sus subordinados. Y ¿el indio tenía derechos o no? Limitadísimos hasta el grado que parecía que no los tenía, y como era considerado un inferior en todo el sentido de la palabra, un bueno para nada, el desdén, la segregación y el vilipendio eran las fórmulas cotidianas para con su persona. A la par, ese silencio atávico que el indio ha manejado desde tiempos inmemoriales ha sido el secuaz que le ha avasallado y le ha impedido dar rienda suelta a sus emociones reprimidas. Y cuando estaba sujeto a la autoridad del encomendero, era casi igual a la condición del negro, con

---

25. Cuando el papa Gregorio XVI (1831-1846) por medio de una bula, condenó formalmente el tráfico de negros y excomulgó a los católicos que incurrieran en esas prácticas nefastas, era ya demasiado tarde como para pretender que de un plumazo se borrarán las secuelas de tan protervo negocio y además ya el mundo se hallaba próximo a virar de sentido en ese aspecto. De ahí que no resultara fructífera esa medida clerical, que sí hubiera sido pertinente de haberse expedido dos siglos antes, pues la excomunión era una sanción digna de tener en cuenta (Nota del autor).

algunas ventajas, aclaro de nuevo, pero que no alcanzaban a mitigar ni el rigor de la subordinación ni el cabal ejercicio de sus mínimos derechos, por ejemplo, el de ser instruido para dismantelar la ignorancia.

Si bien en la región del Pacífico de la Nueva Granada las relaciones entre el negro y el indio o el mestizo generaron alianzas benéficas para las partes y trajo consigo una simbiosis cultural —religiosa y social— en la región Caribe, ese tipo de coalición étnica no cuajó como era debido, de suerte que la fraternidad que de algo sirvió en aquellas latitudes, aquí poco o nada floreció para acrecentar la aciaga realidad en que vivían esas comunidades.

V) Antes de concluir este acápite, es indispensable agregar, así sea de soslayo, que tanto el negro como el indio no sufrieron tanto los condicionamientos y cuestionamientos por su eventual inclinación sexual. Me explico: Dado el ambiente en que vivían tanto el aborigen como el negro, eran frecuentes las prácticas homosexuales, es más, entre los nativos eso era recurrente, producto de remotos antecedentes atávicos. En el negro, en cambio, eso era producto del aislamiento y del estado de indefensión en que se hallaba, que le obligaba a intimar más con su compañero de infortunio, aunque no se descartan factores genéticos, y no obstante el señor o el amo incluso la autoridad muy poco se molestaban salvo que mediara el escándalo.

La imagen pues del invertido indio o negro no representaba un problema social para el español, pero suponía un abismo entre lo normal y lo anormal, entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo natural y lo contranatura, en suma, un pecado y de los graves nada más. ¡Como si el oriundo del Viejo Mundo estuviera exento de antemano de tal condición! Y eso quizá paliaba la reacción sobre el particular.

A pesar de cierta presión ejercida por la autoridad ibera en las distintas regiones de la Nueva Granada, pero especialmente en la región Caribe, fluía un submundo de complicidad, de picardía y de pasividad en la que intervenía indirectamente la jurisdicción ibérica y dejaban pasar las cosas o se hacían la de la vista gorda, sus voceros. Eso estimuló un mercado de prostitución que derivó en terribles secuelas higiénicas como las enfermedades venéreas por la manera irresponsable como se abordó ese asunto. Aquí llevaron las de perder tanto el indio como el negro y desde luego las otras instancias raciales, pues se susurraba pero no se actuaba, se sobrellevaba y no se metía casi nadie. ¡Pura y simple alcahuetería!

No es posible olvidar que algunos sectores del clero, ciertas instituciones como la Inquisición o los oficiales del rey u oidores, entre otros, miraban con repulsa esa práctica, reprobaban tal actividad e hicieron hasta lo imposible por extirparla, pero era inverosímil, dado que eso ha formado parte del ecosistema del ser humano, y que lo alcanzaran era remoto, y eso, por lo menos, yo opino que lo entendieron casi todos y manejaron por ende el asunto con axiomático escrúpulo y con una extraña consideración que diría hipócrita o farisea. No obstante se programaban pregones, bandos y anatemas contra aquellos que incurrían en ese desfogues —fueren hombres o mujeres— y llegaron a calificarlos de pervertidos y retorcidos, pero lo repito, sin tanto énfasis, ya que concebían que eso era algo connatural, aunque nauseabundo que llevaban consigo algunos especímenes del género humano.

A veces es mejor combatir con una idea sin resolverla, que resolver una idea sin combatirla.

El homosexual, el travesti o la lesbiana, eran desde luego

cuestionados por ser modelos de desorden social y cultural, indiciados de trastornar la moral y las buenas costumbres, mas, si eso subsistía era por la ambigüedad de la sociedad de entonces que satisfecha y de modo encubierto se entregaba a sus placeres sin rubor alguno. Pues no solamente entre el negro y el indio fluía ese estereotipo de variedad sexual, también entre los miembros de la comunidad en general se configuraba con mayor acento o mucha afectación esa particularidad de género. Lo que acontecía era que al intervenir en ese medio la cultura del “tapen”, “enmascaren” o “escondan”, el tema quedaba rezagado no al olvido, más bien al mutismo encubridor y que como de tantos otros eventos se hizo igual o peor postura.

¿Ha sido recurrente en el hombre la práctica obsesiva del sigilo o del silencio ante ciertos actos de sus congéneres? Sí, con el propósito de guardar la compostura y conservar la apariencia y para que todo siguiera igual y al ritmo impuesto por el diario vivir. ¿Cómo se consumía la envidia y el enojo o viceversa por este o aquel trance sexual que era indispensable mimetizar u ocultar!

Tanto el negro/esclavo como el indio, por su condición de seres inferiores, estaban pues sin estatus frente a esa problemática tan vetusta como la humanidad, y debían por ende agachar la cabeza y pasar por debajo, pues eran formalmente vituperados y en algunos casos castigados con severidad, que significaba literalmente el rigor y la aspereza con que el mayoral o el mayordomo a nombre de sus superiores trataban al esclavo y de paso al indio, pero sin tanto estropicio.

La etnocartografía de la diferencia sexual en la Nueva Granada, permite inferir que pululaba una increíble varie-

dad de escenarios en donde fluían las prácticas de este tipo, toleradas por todos, incluso por las autoridades indígenas<sup>26</sup> y más tarde prohijadas por los jefes de los cimarrones pues eran construcciones sociales que se manipulaban desde las relaciones de dominación y cuya validez no podía ponerse en duda. Si había lesbianas, travestis y homosexuales, era producto de una diversidad genética insoslayable y la mejor manera de manejarla era a través de la pasividad. La autoridad española, al considerar infame el pecado de sodomía, quiso aplicar correctivos inflexibles a su desenvolvimiento y si bien pudo a veces actuar con mano dura, con sevicia, ya que era contra el indio y contra el negro, al final un sentimiento de impotencia se apoderaba de su ánimo y disminuían los efectos de la reprimenda. Quizá fue en ese caso en donde se mostró el ibero más tolerante.

En el tópico de la diversidad sexual, al negro y al indio, se les respetó el asilo de la conciencia humana, el auténtico hogar de toda persona, el perpetuo domicilio del corazón del hombre, el eterno paraje del individuo, como decía Castelar (p.137) y por eso no aumentaba la presión sobre su ya misérrima condición social.

---

26. Una vez dijo Fernández de Oviedo que entre los indios del centro de América y de las Antillas, el invertido era considerado un brujo con poderes mágicos, y a su vez, Las Casas, registraba que a los mexicas no les preocupaba en absoluto la orientación sexual de su hijo, pues si quería ser niña, le vestían como tal, le enseñaban las artes y le buscaban marido. Las mujeres recias eran apreciadas en Brasil y tenían muchos privilegios, entre ellos, el de poder escoger pareja de su mismo sexo. Como se puede apreciar, la sexualidad en esta parte del hemisferio de Colón, fue mejor concebida en términos de poder y pudo desenvolverse por senderos normales o comunes y corrientes, sin tanto aspaviento. En España la cosa era al parecer a otro precio y los castigos eran de por sí duros con el fin de escarmentar esas desviaciones, pero todo eso era aparentemente, pues fluía —y lo repito— una complicidad hipócrita que no admitía formalmente tales actitudes pero en privado las toleraba o las disimulaba con cierto regodeo (Nota del autor).

No es de este lugar comentar los criterios de validez alrededor de la identidad sexual del amerindio ni mucho menos indicar una tipología de las variaciones de género en el negro y en el indio, simplemente exponer cómo sobrevivieron desde su condición, sintiéndose eso sí, temerosos o sobrecogidos de temor, pero conscientes de que a la larga, por el placer se justificaba todo. Incluso la vida misma, que para muchos no pesaba nada. Doble angustia, la del invertido negro o indio, por su condición natural y por su condición sexual peculiar.

Eso fue algo que no se puede dejar en el tintero y que forma parte del catálogo de represiones formales que forjó España en esta parte del hemisferio de Colón, ya que al hablar de las diversas relaciones sociales que emanaban de las distintas castas que confluían junto al blanco y al criollo en un espacio concreto, se siente la agobiante impresión de que ese ciclo fue un periodo de extravío, de desolación, de extrañamiento y de obtusas posiciones que todo lo viciaban hasta las practicas más piadosas, de suerte que la voluntad humana anduvo en un completo desorden afectivo, carente de escrúpulos y en medio de señalamientos morales que escapaban al control cristiano: “No mires la paja en el ojo ajeno, más bien mira la viga en el tuyo...” (Lc 6:41).

W) Hasta ahora he pretendido revelar la realidad secundaria del indio y del esclavo desde el ser ahí en el mundo del vencido y pudo verse —o eso supongo— al comienzo con su sentido original ya que ha sido cada uno arrojado a la existencia que concurre en el mundo, pero no en el marco de una existencia normal que ha requerido en el mundo —excusen la reiteración— actuar sobre las cosas, o sea de tipo instrumental, que de hecho la asumieron los dos, y convertirse a la fuerza luego no en el ser en el mundo para la muerte



uno y otro, como cualquier parroquiano, sino arrojado después a otra existencia más dolorosa o más patética, la de ser ahí en el mundo del vencido. En este caso doble condición o tal vez tres manejaron tanto el indio como el esclavo —y los demás subyugados— el inicial atribuible por su condición de ser ahí en su mundo, y de modo simultáneo la de ser ahí en el mundo para la muerte, como ser humano, contingente y finito y el segundo o el tercero también contingente y finito, pero flotando durante ese espacio de su vida en el poder de otro, como ser ahí en el mundo del vencido arrastrado por la adversidad y eso por lo general no le ha sucedido al individuo común y corriente, o sea la dolorosa experiencia no necesaria como era la sumisión de hallarse subyugado por otro.

Si Heidegger desde el perfil de su ontología/fenomenología, dijo que fluían dos modos de existencia, el auténtico o sea aquel vivir acorde con la tragedia de estar en el mundo pero sin claudicar y de frente al destino, y el inauténtico o sea aquel vivir ficticio en medio de la agresión, de la veleidad, de la ambigüedad o del entretenimiento estéril, cabría preguntar ahora: ¿Qué tipo de existencia tuvieron estos vencidos? Si formulé de un modo correcto las preguntas ontológicas para que se dieran las respuestas definitivas, debo admitir entonces que su vida no fue auténtica, de eso no hay duda pues les correspondió ser lo que no eran... vivir lo que no eran de antemano en medio de la agresión más espantosa. Y no fue auténtica, primero porque en el mundo de cada uno, la existencia era impropia, o sea se vivía en medio de la ignorancia, de la tradición y escasamente había originalidad o progreso, y más tarde tras el descubrimiento, la conquista y la colonia, fue uno y otro arrojado a otro mundo, menos auténtico todavía, el de ser ahí en ese mundo del vencido, antesala del averno.

Entonces existe la posibilidad de que se hubiere oteado por parte del lector que la existencia humana no ha sido el punto de partida y el motivo inspirador de este texto, sino el mero campo donde se ha movido el indio y el negro como el ser ahí en el mundo y más tarde como el ser ahí en el mundo del vencido sin salir del mismo nunca, sin esperanzas posibles de escapar a esa situación, salvo las excepciones de toda regla. Y eso se apreció desde la periferia tras haber obtenido el sentido del ser, por el tiempo, y después una vez constituido en el mundo inauténtico el ser ahí en su mundo, ir poco a poco en pos de hallarlo a cada uno —indio y negro— en ese mundo del ser ahí en el mundo del vencido. Eso podría facilitar el alcance del ser ahí en el mundo del vencido, no como una mera representación o imagen de corte platónico, ni tampoco como criatura que ha sufrido al mejor estilo escolástico, más bien a la usanza de los presocráticos, la de un ente, reducido a la condición de un objeto convocado a la presencia del hombre por conducto de la adversidad, la fuente de su desolación. En este caso convocados a la presencia del encomendero o del amo, que hicieron visible a la encomienda y posible la existencia del palenque respectivamente.

La esclavitud “es eterna, al menos en sus ingratas acepciones metafóricas: como trabajo penoso, en tanto que dura obligación, cual sujeción rigurosa y férrea disciplina, en el silencio forzado ante la injuria...” decía Cabanellas (Triana, III, p.336) y a pesar de que esa definición mostraba el aspecto inicuo de la misma y que ya se conocía en la península, no obstante el español por estas latitudes para nada la tuvo en cuenta y por el contrario la reducción al negro y al indio a su más mínima expresión social, como esclavo y como encomendado, o sea como inferior y forzoso de cuidados como

un niño, resultó por un lado una ventaja y por otro lado un baldón general y cultural para España no solo por ese afán de exorcizar y explotar al foráneo traído de tan lejos o de encerrar, de expulsar y de echar de su hábitat al nativo de estas tierras sino porque además a pesar de conocer lo que simbolizaba seguía en sus trece.

El mohín perennemente, el *rictus* como una eventual manifestación de superioridad étnica y las acciones alevos fueron los factores que echaron a perder buena parte del proyecto de vida de la Corona ibera por estas latitudes, si es que ese proyecto de vida subsistió tras la muerte de Isabel la Católica, a quien Dios debe tener en su gloria. “En verdad no eran fáciles de tratar –los iberos– hay que reconocerlo”, dijeron los propios españoles allá en el Viejo Mundo, pues tenían un “alto concepto de sí mismos y ese carácter difícil venía de lejos...” (Jover Zamora, I, p.39) y como ese gesto y esa actitud se evidenciaban en el trato con el negro y con el indio de un modo cruel y prepotente estos hispanos parecían hijos del diablo para escarnio de su gente allá en la península que los consideraban unos paladines.

Las Indias Occidentales, especialmente la Nueva Granada, le permitió a los españoles sentirse libres, sin que fueren vasallos de otro que no fuera su rey, Felipe II, III o Felipe IV, entre otros, y además a través del uso de la fuerza, del engaño y de la agresión, lograron que esta tierra les sirviera con denuedo y como si fuera poco con la cabeza en el suelo. Asimismo el criollo por imitación terminó por considerarle una especie de ser superior, por esa original altivez que manejaban estos peninsulares lo que les permitía muchas veces salirse con la suya. ¿Por qué no se portaron igual los iberos en Flandes o en Italia o con Inglaterra? El problema con el Otro no se debería remediar con indicar “el infierno es el

otro...”<sup>27</sup> porque se supondría que el cielo me correspondería, el problema con el Otro reside, en que es un instrumento para convertirlo a uno en vencido o en vencedor porque hay una interacción pasiva o activa que obliga a ubicarse en uno o en otro bando sin importar el infierno o el cielo, solo basta sentir en qué lado está, uno o cada cual, como vencido o como vencedor. Y la importancia del Otro estará entonces en la dinámica que haya fluido o que fuese a fluir para optar por una u otra condición. Y en este caso el español fue el que impulsó la dinámica para erigirse en eventual vencedor frente al Otro, en este caso el indio y el negro pero no frente al inglés o al belga.

X) Pican pican los mosquitos/unos pican por la cara/otros pican por el c..., pero seguían picando. La primera función de la anécdota es aflojar el contexto y la segunda es aportar ingredientes que le den solidez al relato, y que lo hagan más humano, más asequible con una característica singular: manejar un perfil narrativo especial. Es una especie de metáfora, polisémica en su proyección y colabora eficazmente en el manejo de la información. Si bien la aseveración que antecede a esta acotación no es una anécdota en el sentido literal de la expresión, por lo menos me sirvió de espacio para rubricar la categoría de su presencia aquí. La sátira era una manera de agredir con ímpetu en aquella época, y la réplica que no se demoraba causaba más estrago en el sátiro. Y en ese aspecto, la Nueva Granada, se convirtió desde la época de la colonia en un juego constante de epigramas, de puyas, de bromas macabras, de salidas ingeniosas, que ponían a la gente a sufrir o a tener que tolerar la socarro-

---

27. Moran, p.369.

nería como represalia más tarde. Lástima que ni el negro ni el indio pudieron usar ese recurso para incomodar al amo o al señor...

Los barruntos trazados en este acápite expusieron pues a la sazón al esclavo y al indio en su exótico entorno, en su constitución como un ser ahí en el mundo del vencido frente a su temporalidad como hombre y frente a su otra temporalidad indeterminada y atormentada de subyugado, ya que se hallaba subordinado a un español dedicado con fruición a enriquecerse a costa de ellos, con acento en el negro, porque España vivió durante buen tiempo a costa de ese esfuerzo del esclavo aunque un tanto también del indio por medio de la encomienda...

Y) La otra pregunta, no ya de carácter ontológico sino epistémico que germina por lo anterior, es: ¿Cómo pudo salvaguardarse y sostenerse la fe cristiana en ese entorno tan siniestro cuando esos depredadores también invocaban el nombre de Dios? Y además ¿cómo pudo mantenerse la parte religiosa de la península ante tanta iniquidad en este contexto? ... Las respuestas podrían concretarse: primero en que solo terciaba una abismal y una colosal indiferencia religiosa, y segundo, que era de un modo tan generalizado que esta parte del hemisferio de Colón parecía un territorio pagano.

Indudablemente que había ministros de Dios por todas partes y muchos de ellos ejercían su actividad y por eso religión había, y todos parecían contritos, pero si el mal con sus edecanes, la codicia, la hipocresía, el crimen y la lascivia estaban cerca, obvio era asentir que el talante de Dios que se ha posado sobre su Iglesia cuando esta ha sido auténticamente santa, estuviera lejos... y eso fue lo que aconteció, se sentía la ausencia de la divinidad, más por culpa de los latrocinios de los feligreses, de la dejadez de algunos de

sus presbíteros y de la indiferencia de la autoridad... que de la auténtica existencia de Dios... entonces solo militaba el culto y el rito, que eran solo exterior, pompa y banalidad.

Hay que tener cuidado con Dios...<sup>28</sup>.

Z) Uno debe sorprenderse ante el ser, lo que es, y desde luego ante el ser del ente, el indio y el esclavo en su condición natural, y ante el nuevo ente —el indio y el negro— posteriormente de que es, de lo que significaba además ser ahí y no otra manera, como ser ahí en el mundo del vencido de un modo radical y definitivo. Y por eso solo desde el yo y lo repito, se podrían delinear las eventuales coordenadas de esa demarcación ontológica del vencido y para seguir avanzando, no queda otra opción que insistir en la exposición histórica, informativa, noticiosa, anecdótica, etc., para tratar de alcanzar una respuesta ante tanta iniquidad. O sea Yo lo veo así, de esa manera y no de otra, ese Yo que piensa desde la perspectiva del presente será el único capaz de vislumbrar esa aterradora realidad en retrospectiva junto al paciente lector y a eso se contrae este epítome... y mirar si las respuestas que al final se dieron serían las más adecuadas para salir de ese laberinto infernal que el pasado le legó a la posteridad. ¿Cómo se sabe de buena tinta que esas respuestas serán las más ajustadas ante tanta iniquidad?... Si se comprendió esta crónica y si después todos los cabos fueron atados convenientemente por el lector... probablemente se acertare con las mismas.

Hay cosas que ni se pueden conocer ni tampoco cosas que se puedan representar pero hay que seguir en el camino y avizorar qué acontecerá.

---

28. Hugo, p.511.

Demasiados tópicos de los hombres y de la mismísima naturaleza han quedado en lo óntico, o sea en la mera superficie, porque no se ha podido acceder al claro del bosque que los albergaba de una manera encubridora, alcahueta o silente aunque muchas veces esas cosas humanas y naturales han esparcido muchas semillas por la tierra antes de meterse en ese bosque para que pudieran seguirles la pista y encontrar la índole de cada cosa, pero el hombre no ha ambicionado mirar para el suelo, sino echar un vistazo al cielo y así poco a poco el tiempo ha ido sepultándolas y tapándolas hasta que se borraron de la memoria. Solo con la ontología —y la realidad que de ella se ha derivado— y de la mano de la fenomenología y de la hermenéutica se podrían revivir ciertos expedientes ancestrales de ambas instancias siempre y cuando se lleve a cabo no solo una labor de criba sino también un enfoque metodológico adecuado tras la(s) pregunta(s) ontológica(s) de rigor que encabezare(n) el escenario. Eso trato aquí.

El vencido, fuera negro/esclavo o indio, sabía desde su ignorancia o desde su ingenuidad, que carecía de la más mínima esperanza para tener una mediana confianza en el futuro, y eso, estorbaba cualquier posibilidad de mejorar su estilo de vida. ¿Por qué? Porque quebrantados en su llanto, afligidos en su padecimiento, y desde lo hondo de sus corazones arropados por el infortunio —de paso con la perseverancia en resistirlo— y por la amargura que eso deparaba, solo esperaban lo peor, y lo execrable residió en que el remedio a ese delicado apuro social, la parca, se difería y solo venía cuando menos se esperaba. Hasta en eso carecieron de la suerte, de que arribara rápido la muerte que los liberara del tormento de la subyugación. ¿Valió la pena haber sido tan obsecuentes o tan sumisos? Eran vencidos, no tenían otra opción.

¿Qué ha sido al final de cuentas, el ser ahí en el mundo del vencido? Simplemente la de ser ahí, exánime, la de hallarse, en esa dolorosa contingencia, tras el desliz del destino o de la adversidad, y al apropiarse tristemente de esa condición, tras ese traspies, ponderar más tarde: El mundo era un valle de desequilibrios injustos y de lágrimas a raudales. En todo caso, el ser ahí en el mundo del vencido hay que entenderlo como el proceso final que afecta a todo ser vivo...

El ser ahí en el mundo y el ser ahí en el mundo del vencido ha sido cosa del sujeto mismo en tanto que individuo; mas con el indio y con el negro fue un asunto político pero sin saber la Corona cómo usar la razón para aminorar los efectos de esa condición que en ellos fue doble: vencido por el hombre y luego vencido por la naturaleza...

A título de cierre junto al ser ahí en el mundo del vencido (negro e indio) es oportuno afirmar que las consideraciones casuísticas vertidas aquí, tuve que describirlas pues carecía de otra elección ya que comprendí que si escribía de la encomienda y del palenque largo y tendido hubiera ocasionado una fatiga colosal a la obra y la hubiera estropeado por completo. En cambio a través de lo que esa casuística informó dadas las situaciones concretas que de la misma dimanaban con relativa nitidez fue que pude hacer algo sobre ese contexto ontológico. También aproveché ese mecanismo para echar un vistazo ahí, como si esos sitios o esos casos concretos fueran sendos altares donde se inmolaron estos vencidos, estado de presencia existencial que borrarán todo lo artificial que proviene de verter aseveraciones personales intuitivas o sin respaldo alguno. Si el ser es hablar al ser e interrogarlo, primero en pos de su sentido, o sea en el tiempo, y más tarde mirarlo al constituirse como el ser ahí en el mundo, en su mundo como tal, y rápidamente perci-



birlo como al ser ahí en el mundo del vencido, y se quisiera repetir esa experiencia, creo que se debe proceder como lo hice hasta ahora en este contexto... De lo contrario esa expresión, a pesar de la resonancia gramatical, será solo una palabra hueera...

Voy un poco más allá: En cada “ES” y eso lo sostuvo Heidegger (Steiner, pp.100 y ss.) el ser se revela a sí mismo, es una peculiaridad de modos singulares o combinados que solo se aprecian en un medio concreto: Aquí cuando explico el negro ES vencido, o el indio ES vencido, debe preliminarmente preguntarse por ese ser (ES), cómo se configuró ese sentido, de ES, y para eso acudí al expediente del tiempo, el descubrimiento, y más tarde para apreciar al ES en su mundo inauténtico, tuve que acudir a las experiencias que la historia o la tradición contó del indio, pues en cuanto al negro hubo de presumirla, dada la imposibilidad de acudir al acento histórico que se hallaba en África, y posteriormente tras las versiones y enunciaciones esbozadas aquí se pudo más o menos armar históricamente la constitución del ser ahí en el mundo del vencido a cada uno. Y para confirmar y reconfirmar cómo se especificó esa condición, yo escogí al palenque y a la encomienda, a fin de interpretar cada condición desde esos lugares específicos donde lo cercano irradiaría la precomprensión de ese mundo del vencido en lo que concernía al negro y al indio y más tarde me situaré en Cartagena y en la minería para que se acceda a la comprensión del fenómeno.

Dejo así esa consideración, no pretendo estimarla como si pudiera constituir una descripción adecuada del ser ahí, y pienso que a ningún historiador/filósofo le satisfaría que le estén indicando cómo proceder; esto ha sido una mera sugerencia.

Pero hay más: tanto en sí mismo como en su contexto, este texto está planteando un problema nuevo: la reflexión histórica y filosófica acerca de su propio presente desde la perspectiva que dejó Heidegger y por eso habrá que aguardar al final para que la posición definida tras las respuestas mostrase sus fortalezas y sus debilidades.

En fin, fuese lo que fuese, debe militar en mi ánimo o en el ánimo del que pretenda respaldar esta aventura, las determinaciones epistemológicas, sensibles, mensurables, eficaces para la adecuada categorización de la realidad al mejor estilo de Kant<sup>29</sup> y descubrir al fin que eso efectivamente aconteció para darle la impronta de “SER ahí del...”, en este caso en el mundo del vencido.

Los lógicos de Port Royal indicaban a menudo que la principal forma del pensamiento humano era el juicio que se “constituye con “SER” y que su principal uso es el de significar afirmación o aserción...” (Gracián, p.48). Pero es preciso acordarse de que “no hay duda de que no sabemos, excepto en el nivel más trivialmente psicológico, de dónde venimos al ser. No existe ninguna categoría de la biología del parentesco que pueda resolver el problema central. Desconocemos hacia qué fin nos han proyectado en la existencia, aparte de la muerte...” (Steiner, p.140) y por consiguiente solo desde el ser ahí del vencido, por el momento, se le ha podido dar el relieve a la constitución de yecto de la condición humana

---

29. Aludo a las categorías de cantidad, calidad, relación y modo, para luego poder formular juicios de la misma índole, a partir de la unidad, de la totalidad y de la pluralidad (Cantidad), de la afirmación, de la negación y de la indeterminación o indefinición (Cualidad), de la propiedad, de la causalidad y de la acción recíproca (Relación), y de lo problemático, asertórico y apodíctico (Modo). Solo así se podrán ajustar todos los juicios a las formulaciones acordes con la realidad de las cosas (Nota del autor).

en los términos de los lógicos galos y del filósofo alemán intercambiando o interpolando al ser con la pro-yección proyectado a vencido. En otras palabras si se aspira descubrir al ser, al ser ahí de..., se debe previamente explorar si se hallare en condiciones de formular la pregunta ontológica de rigor con estos términos y si la puede formular, entonces también la podría responder y de ese modo podría darle el toque ontológico a ese ser ahí... como sentido del ser del ente y su temporalidad<sup>30</sup>.

Entiendo que el mundo trae al hombre bajo el signo y la representación de las cosas y de las situaciones, y en este entorno dramático del ser ahí del vencido, no era cualquier cosa o situación la que se le puso de presente al indio o al negro/esclavo para mutarlo de su inicial condición en un ser ahí del vencido, sino aquella cosa o aquella situación

---

30. No debería hacerlo, pero tengo el deber de explicitarlo un poco más, de la mano de Heidegger: El ser es presencia y afirmación global, el ser ahí ya es un paso adelante, un tanto más concreto, es algo preontológico que requiere luego de una pregunta sobre el particular, por muestra, ¿qué hace? (hizo) ese ser ahí... de (cualquier situación o sea algún proceso natural o alguna gesta de la historia) y para responder posteriormente se necesitará de un montaje epistémico que partiendo de la exégesis de la pregunta, o de las preguntas recorra(n) un sendero de búsqueda de la claridad y que concluirá cuando se topare con esa claridad a efecto de proveer luego la o las respuestas y en eso también jugará un rol importante el espacio y el tiempo pues los entes son temporales (procesos vitales o acontecimientos históricos) e intemporales, siendo estos últimos las relaciones numéricas, espaciales, etc. Entonces ese ente o ese ser del ente que se denomina ser ahí en el mundo del vencido podrá mostrarse en sí mismo por sí mismo. Un ejemplo, el fuego... ¿Por qué hubo fuego y no más bien nada?... eso podría ser el interrogante inicial pero se debe tener en mente las categorías indefectibles para caminar por el sendero adecuado y hallar los mojonos que permitan ulteriormente vislumbrar la tan cacareada claridad y determinar a la sazón, la anhelada respuesta por qué hubo fuego y no otra cosa ... Por ende la faena reside en que se capture ópticamente el contexto, el fuego, desde afuera, con su presencia, y rápidamente o lentamente entenderlo ontológicamente o sea captarlo desde adentro y alcanzar explicitar la respuesta (Nota del autor).

(el descubrimiento) que puso a cada uno a distinguir lo que estaba viviendo y “hacer lo suyo este ser ante los ojos, e incorporarlo a cada existencia...” y sentir luego los efectos... (Steiner, p.141) para bien o para mal, en este caso para mal y por eso Heidegger, lo llamaba *dasein* o “estado” ahí y en donde esas personas vencidas debieron consumir su ser ahí (Steiner, p.142) o sea su ser ahí en el mundo del vencido. Con una paradoja a cuestas, de un modo auténtico, pese a que eso es también inauténtico, ya que no es la condición del hombre. Pero es auténtico porque como dijo Virgilio, la única esperanza que le quedaba al vencido era no tener ninguna, y esa afirmación es auténtica.

No es fácil darle un expediente idóneo al ser ahí... pues la pregunta ontológica o las preguntas ya debe(n) presuponer un principio de conocer desde adentro a ese ser ahí en el mundo, en su mundo del... o sea si aquí deparó del indio y del negro debo hallar su sentido y más tarde tras un ir y venir por el acento de la historia concluyere que cada uno fue constituido como un ser ahí en ese tremebundo mundo pero del vencido...

Obvio que la condición de ser ahí en el mundo del vencido del indio y del negro fue elocuente por sí sola, por el hecho de hallarse inermes ante un opresor de cuidado y por eso se me facilitó hacer las preguntas ontológicas en el Proemio, y tras la meditación metodológica alrededor del ser, del ser ahí en el mundo y del ser ahí en el mundo del vencido, me exigió reparar y volver a reparar en los contextos –descubrimiento, conquista y colonia– y advertir acuciosamente que no, nunca fueron ellos mismos –el indio y el negro– en el sentido literal de la experiencia fáctica de la existencia, o sea que no fue auténtica, y eso facilitó constatar hasta ahora, lo fácil que se mutaron tanto el indio como el negro en

un ser ahí en el mundo del vencido, uno como vasallo y otro como esclavo... pero faltan todavía más detalles.

¿Por qué hay ese ser del vencido y no nada? Al responder de nuevo esa pregunta estoy admitiendo tácitamente que debe existir una reformulación de la respuesta o adicionar la que hice anteriormente y por eso afirmo que ello podría explicarse la razón sencilla de que cauta si no engañosa ha procedido la naturaleza con el género humano al introducirle sin ningún tipo de conocimiento en este mundo, o sea sin saber lo que es la vida ni mucho menos sin saber lo que es el vivir, como dijo Gracián. Y si alguien no sabe lo que es la vida ni el vivir, tampoco conoce lo que es vivir la condición de ser ahí en cualquier contingencia auténtica, y la de tener el cuidado suficiente para sobrellevarla de pleno derecho y recordando, sin impresión que al final será un ser ahí para el mundo de la muerte ...y cuando se vive sin autenticidad, esta contingencia ineluctable se asume con temor, de ahí que la angustia y el aburrimiento hayan sido los resortes más visibles de la existencia humana que por lo visto nació de ese modo dado el interés de la naturaleza por no prodigarle más prerrogativas o privilegios que las indispensables al individuo para que cursara su vida.

Poco antes de morir, César dijo que el cobarde sucumbía muchas veces, el valiente en cambio solo una vez.

Es de recibo puntualizar que para utilizar este procedimiento ontológico/hermenéutico no fue indispensable intentar la fusión sujeto/objeto (Kant/Fichte) ni efectuar el deslinde cartesiano (sujeto/objeto) ni tampoco "El tú eres" (Brentano/1° Husserl) lo que hice, y lo repito, fue redactar la pregunta o que las preguntas se ajustaren al concepto específico o peculiar del tipo gramatical que apoyare al es, por ejemplo: ES Futbolista. Entonces la ecuación principiaría

con las preguntas o las preguntas que harían viable el despliegue hermenéutico de rigor para responderlas luego de un recorrido y una vez formulada la pregunta o las preguntas, buscarle su sentido, que se hallará en el tiempo y después, como se presume, o sea que admite prueba en contrario, de que es inauténtica, ese ser ahí en el mundo del deporte denominando fútbol, ir tras las huellas que alcanzarían a responder las preguntas y confirmar posteriormente si ciertamente esa persona, ES futbolista o se halla en el ser ahí en el mundo del deporte del fútbol.

Hay que refrendar entonces si aquí se manejaron adecuadamente las preguntas fundamentales que interrogaban por el ser y si se pudo además ver algo de ese sentido (Heidegger, p.14) aunque a estas alturas, considero, salvo mejor opinión en contrario, que fueron bien enunciadas pues han permitido desplegar un abanico de hechos puntuales que han explorado las condiciones de ese ser ahí en el mundo del vencido tras observar a ese indio y a ese negro desde su ser, desde su ser ahí en el mundo como tal y ulteriormente constituido como un ser ahí en el mundo del vencido, aunque lo repito, falten datos adicionales que se desbrozarán más adelante para un enfoque total del contexto.

Por lo expresado es pertinente admitir que fue ineludible forjar esta extensa y a veces confusa incursión ontológica pero no desde un perfil abstracto sino desde los hechos mismos para que se fuesen reparando algunos baches o vacíos que los anteriores capítulos dejaron especialmente en lo que tenía que ver con la índole de la constitución del ser ahí en el mundo y del ser ahí en el mundo del vencido a través del indio y del negro y desde su multifacética configuración en medio de la vejación y de la diversidad (la tierra, la encomienda y el palenque) y por intermedio del nexo de las

diversas circunstancias vertidas hasta ahora a fin de ir en pos de la claridad de cada paraje señalado a efecto de consolidar un poco más el contexto... y por ende creo que ya se podría mirar mejor el panorama de aquel horizonte y tomar la decisión de apresurar el paso para arrimarlo o para acercarse uno a lo que ya se está insinuando a lontananza bajo un diverso acento de adversidad.

### Tip/Ten

**Palabras clave:** Teorética. Análisis existencial. Comprensión ontológica. Óntico/ontológico. Fenomenología. Mecanismo. Actividad. Estructura. *Logos*. Asimilación cultural, Propósito social. Antonio Nariño. Racismo. Código Negro Carolino (1789). Diáspora judía. Hitler. Las Siete Partidas. Gregorio XVI. El concepto. El juicio. El razonamiento. Dialéctica. Iglesia.

**Conceptos fundamentales:** El ser y el tiempo. Núcleo estratégico del poder. Ser ahí en el mundo. Casuística. Lo verdadero y la verdad. La Nada o Nada. Presencia. Ser y nada. Formas lógicas del pensamiento histórico<sup>31</sup>. El color.

---

31. Las formas lógicas del pensamiento histórico, conviene indicar aquí, son aquellas manifestaciones o categorizaciones que harán viable acceder al contenido y al contexto de cada historia y puede asumir diversas modalidades, desde una perspectiva fundamental, la del concepto, que es el punto de partida de toda jornada histórica, científica, social, cultural o religiosa, de ahí al juicio y después al razonamiento. Me limitaré al concepto aquí: El concepto y definido desde sus componentes, iniciales, por ejemplo, el concepto de historia con su definición en ancas, facilitaría al lector involucrarse en eso que significa historia y de esa manera, se describirían, se ordenarían y se perfilarían las imágenes que ha mostrado el fenómeno histórico y al categorizarse luego, o sea incluyendo a la categoría de la tradición, de la comprensión, de la explicación, del tiempo, del evento primordial, etc., arribar al conocimiento epistémico sobre el particular. Aquí por ende será necesario manejar el concepto fundamental y el hilo

Presupuestos éticos. Valores y leyes. Egoísmo. Limitación de la voluntad. Pérdida de la libertad. Amancebamiento. Genocidio. Racismo.

**Hilos conductores:** Cartagena de Indias. La minería. El fin justifica los medios. El grosero sometimiento. Los prejuicios. Las presunciones. Estado de ánimo. Sufrimiento. Vida cotidiana. La coima. Relación de dominación. Adversidad. El sexo.

---

conductor, y tener claro de antemano, la definición de historia y de los principales conceptos que han ilustrado este texto. De ahí que a pesar de lo ostensible que pudieren resultar ciertas conductas o comportamientos, si no se tiene el sentido de las formas lógicas del pensamiento histórico, todo se volvería circunstancial, reiterativo y lo que sería peor, superficial, y las respuestas al final no tendrían pertinencia con relación a las preguntas vertidas en el Proemio de cualquier obra de esa índole. Hay que leer pues esto muchas veces entre líneas, o entre párrafos, a fin de eludir las generalizaciones y las formalizaciones conceptuales, de ahí que mi propósito sea el de considerar al objeto —el indio y el negro— como pilar y desde lo dado, para ir volcando contenidos materiales, como información, como noticia, como comentario, como crónica, como exégesis histórica o filosófica, o como mera anécdota, que aquí ha sido y será útil, para distinguir todo el andamiaje fenomenológico mejor y finalmente se alcance el nivel que se requiere en una investigación de esta naturaleza. Esto es una colaboración al lector para que no se aburra o se desanime (Nota del autor).





## Capítulo 5

### CARTAGENA DE INDIAS: EL PARAJE CON SU BOSQUE *ECCE CARTAGENA, ECCE HOMO*<sup>1</sup>

No ha sido fácil trazar un plan de continuidad con respecto a esta crónica, menos aún con respecto a la historia integral del indio y del negro, solo bocetos, y a medias, ya que para ello debería hacer una partición, un segmento y el negro para acá y el resto que sea el indio para allá, pero es tan difícil romper dos puntos del tiempo y del espacio sobre todo cuando han concurrido entre esos dos sujetos un esquema único de vejación y eso ha obstaculizado romper tal esquema que establecí con los dos para que cerca o desde la lejanía caminasen en esta historia de dolor y de sufrimiento, ya que hacerlo de otra manera hubiera desleído la índole del contexto. Sin embargo eso no obsta para que se comprenda que a continuación y en los restantes capítulos haré un esfuerzo para que sin perder esa secuencia cronológica a la vez evidente y oscura pueda moverme con más libertad de acción con un personaje que con otro en medio de otros parajes distintos.

El camino que he intentado construir aquí ha sido para ir en pos de una exploración de similitudes entre ambos sujetos para acreditar su condición de vencidos, y el examen on-

---

1. He aquí Cartagena, he aquí el hombre...

tológico de ese concepto que analicé en el capítulo anterior, me permitió confirmar tal aserto. Resta la reconfirmación o validación, para comprender tras el estudio del otro capítulo, este angranaje.

Por eso ahora es preciso darle un giro novedoso al escenario y para eso debo ir a una ciudad, Cartagena de Indias, que por esas cosas del destino, se volvió epicentro de dolor para esos personajes, el negro y el indio ya formalmente como vencidos, para echar de verla como era y quizá como es en la actualidad, divisar su entorno cronológico... y extraer una o varias conclusiones.

Ojalá Cartagena de Indias desde su fundación hubiese sido como la Toledo árabe, oficina de personas, taller de la discreción, fragua de la decencia, escuela de buenos hombres, centro de buenas costumbres y no la que era y quizá la que es en la actualidad, lugar donde habita y no se va la villanía<sup>2</sup> de toda índole...

\* Le correspondió a Don Gonzalo Fernández de Oviedo, quien dicho sea de paso, fue también Gobernador y capitán general de la villa, el honor de platicar por primera vez de la futura Heroica (circa 1535) en un momento en “que las cosas de estas Indias aún no estaban en fama de tanta riqueza que desearan para los hombres pasar a estas partes, antes,

---

2. Gracián, con un insuperable juego de palabras, asociaba la expresión villa no como ciudad, sino como sitio donde moraba la villanía, la sinvergüencería, la corruptela y la depravación más infame, y con eso le ponía una cruz a la urbe que consideraba albergue de bandidos de toda clase y de ese modo, por ejemplo, tachó a Granada con una cruz, pero Córdoba salió peor, la tacha fue con un calvario de cruces. Es de suponer lo que era en aquella época, siglo XVII... Una pregunta ontológica que se desprendería de esta alusión sería: ¿Con cuántas cruces se tacharía a la futura Heroica tras el ejercicio histórico e informativo que se llevará a continuación?... (Nota del autor. Véase además: Gracián, 2009, pp.207 y ss.).

para traerlos había que ser con mucho sueldo y apremio...”. Incluso a los reos de muerte o de otras penas gravísimas, los desterraban a estas latitudes, tal era la nefasta referencia que se tenía del hemisferio de Colón (Muñoz Atuesta, 2012, p.2). O sea que con su testimonio se puede advertir que los asuntos en aquel periodo en la villa, no marchaban de la mano de la esquiva fortuna, pero ciertamente los pasos se iban dando...

\* Y uno se sorprende al meditar que al cabo de un tiempo, esa aprensión por venir a estas tierras, se trocó en un afanoso apetito por arribar al precio que fuera a fin de conquistar gloria y riqueza, los conceptos fundamentales de la vida del español en aquella ignominiosa época.

\* De ese modo, se podría alguien imaginar cuál sería la razón por la cual Dios en su omnipotencia le adjudicó esta tierra a esos truhanes y en bandeja a través de su vocero el Papa, mas al desconocerse aún esa razón suficiente —o ¿basta con enunciar la razón suficiente y todo quedaría zanjado?— sería apropiado conjeturar que fue para castigo de la gente que habitaba en el hemisferio de Colón. Sin embargo, esta perla podría explicar ese contexto: “Mas como su Divina Majestad envía los trabajos según se sirve y para los fines que sabe, todos enderezados a nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos de ellos, por todos le debemos dar gracias, pues son señales que no se olvida de nosotros...” (Aleman, I, p.166) y no obstante tampoco queda uno satisfecho con la elucidación del literato español ya que eso le agregaba un condimento poco aromático al ambiente. De todas maneras esa cuestión, o sea de que si fue designio o castigo de Dios sigue latente... porque uno sabe tan poco de las cosas...

\* Al sospechar que en efecto ese proceso que arrancó con

Colón fue obra del Altísimo por una razón suficiente, cuando se divisa más tarde el desenlace de ese eventual proyecto celestial por la decisión humana tras lo que he expuesto, y por lo que resta, queda en el aire una sensación de inquietud y preguntaría más de una persona: ¿Falló la estrategia del Señor? No es fácil responder, pero es indispensable colegir acerca de lo que significa aquello que Dios ha despachado —en principio formalmente— y lo que el individuo forja a continuación con esa remisión, libre como se encuentra en medio del cosmos. Entonces allá en el fondo surge una tenue luz de comprensión sobre ese tópico porque la diferencia está en el manejo que se le dé a ese designio porque de hecho ha pasado que el ser humano ha distorsionado todo lo que ha tenido en sus manos y con fundamento en sus vicios y deleites lo echa a perder o lo ha echado casi todo a perder. Dios tenía un propósito con Cartagena de Indias, eso fue cierto a lo mejor, pero escogió a los españoles para que la convirtieran en un fortín de prosperidad; sin embargo, la sola pretensión divina no fulguró como debía por caer en manos impías —Dios propone y el hombre dispone a su arbitrio— y por ende esa urbe llegó por ende a un instante en su discurrir en que todo era fetidez y malignidad.

\* Cartagena de Indias se convirtió en aquel ciclo por esos desafueros de los españoles en la cúpula de la dignidad del vencido quebrantada, y filosóficamente hablando, en la espesura del bosque por donde era imposible divisar lo que estaba aconteciendo para ganarse ese galardón que después se trasladó a la Nueva Granada porque ciertamente no se tuvo en consideración al ser humano sojuzgado por la fortuna pues se reputaba inferior, y por esa sola condición el ibero le aplicó un tratamiento peor que a una bestia. Si París era parecido al cosmos, y de Atenas se dijo que era un compen-

dio de todas las civilizaciones (Hugo, 2005, p.556) Cartagena de Indias a su turno era semejante —a pesar de su potencial en contrario— a la cuna de las barbaridades, pues al recibir a los negros, e inaugurar un infame comercio, patrocinó la novedad del escarnio a ese hombre de color que desembarcaba en sus costas, y gracias a ese proceso la cuchilla se humedeció en un continuo jolgorio de sangre y padecimiento. ¿Cómo pudo acaecer ese fenómeno tan grotesco en un medio donde debía brillar la luz de Cristo? Se alegrará que la ciudad en sí no podía ser reputada de esa manera o de otra, pero los hechos que ocurrieron en su interior, bajo la mirada indiferente, incierta, insolente y vaga de los estamentos sociales más importantes, validó esa calificación. ¿Y sí es viable hacer ese ejercicio recriminatorio contra unas murallas, unas calles, unas plazuelas, unos árboles, unos cuantos palacios, algunas iglesias, muchas casas y la playa?... Debo confesar que carezco del talante aragonés o sea que si lanzo una opinión puedo apearme de ella fácilmente cuando me muestran lo contrario (Gracián, p.208)... y voy a ver si eso es cierto aquí...

\* La incipiente sociedad que abordaba a desplegarse en Cartagena de Indias a pesar de los buenos augurios, se hallaba identificada por los lastres morales que traían en ancas sus primeros pobladores, y al mismo tiempo se encontraba aupada por un inusitado desarrollo económico, desigual por cierto, lo que estimuló la distancia entre aquel que tenía y aquel que no tenía, y ese contraste perturbó los fundamentos éticos de la naciente comunidad y con el paso del calendario, se fraguó una configuración social en donde predominaba la exclusión, que aún subsiste, aunque ya se está borrando. ¿Qué tipo de configuración? En medio de un tiempo oscuro como aquel, que se podía definir como alijo

de sufrimiento, matute de miseria y garito de necesidad por intermedio de una constante depredación mercantil se instalaban las desigualdades sociales y quedaban por eso matriculados sus habitantes entre los que tenían —pocos— y los que no tenían que era el resto, y en la mitad, el que era considerado una nada, el indio o el negro y todo eso por la codicia y la hipocresía que estimulaba un orden de cosas nefasto a través de la agresión contra el desprotegido y contra el infeliz hasta llegar al clímax... Y los que poco o nada tenían pero que eran “alguien” muy circunspectos veían ese tétrico desfile de la vida con hipocresía puesto que les tocaba medrar a expensas del poderoso.

\* Empero la novedad residió en que dentro del marco de esa sociedad colonial, la cartagenera, y eso resultó atípico, llegó por esas contradicciones en su seno a conocerse a sí misma, tal como era, sin hipocresía ladina y por eso posiblemente fue más dinámica que cualquier otra sociedad semejante, por ejemplo la del altiplano, ya que si bien no le faltaban ni los espejos, ni las muecas, y le agregaban igualmente los enredos y las patrañas frente a los demás, no obstante pactaron tácitamente en aquel tiempo, una sólida connivencia social no entre todos, sino entre los que tenían y allí frecuentaba el afecto, la cortesía y la solidaridad, que rayaba en la grosera coautoría por las acciones deleznable de aquellos que tenían la sartén por el mango, los amos y los encomenderos, o el comerciante al lado y con un silencio cómplice, un sector del Clero y la mayoría de la autoridad ibera.

\* Los seres humanos, dijo Heidegger, quedaban atrapados en el vivir de sus vidas y se convertían en dispositivos afectivos o no, en dispositivos de desprecio o no, y en compromisos morales con los de su clase (Moran, p.217), especialmen-

te si era alta, y eso aparejó en la futura Heroica, un modo de ser ahí en el mundo muy peculiar, por los antecedentes referidos.

\* Qué cosa tan extravagante aconteció en esa villa, o sea la triste circunstancia de que lo hermoso y lo horripilante hicieren una buena amistad, que lo majestuoso fuera empañado por la aparición de lo retorcido y que una misma mano pudiera persignarse y enseguida pudiera propinar una sucesión interminable de latigazos. Cartagena de Indias, antes de todo eso, tenía una jovialidad auténtica con sus indios desparramados a lo largo y ancho de sus demarcaciones o encomiendas, y con los forasteros que arrimaban con timidez o con insolencia, pero que forcejaban tenazmente para apoderarse de un espacio, mas todo era con relativa sensatez. Allá el júbilo de cada uno de esos habitantes era el relámpago que iluminaba las ardientes noches de verano, igualmente la parodia conducía su distinción y de su contorno salían muchas veces o la contorsión de una vaga sonrisa o la levedad de sus jornadas cotidianas... Hasta ahí todo podía cavilarse estándar aunque estereotipado ya que se conjugaba lo amargo con lo pueril, y en medio de eso la risotada con el llanto... Eso determinó una urbe de folletín con sus caricaturas, mas eso le daba pompa quizá no a la altura de París, pero era ya algo digno de contar (Hugo, p.557)... Además los asuntos marchaban acompasadamente a un ritmo más o menos corriente... hasta que sobrevino el caos y el entorno se alteró sustancialmente.

\* Cartagena era como París, no tenía límites. Ninguna otra ciudad de la Nueva Granada ha ejercido esa dominación que todavía la enaltece, pero eso no obsta para que se sepa lo que realmente aconteció cuando se convirtió en la capital del averno o quizá en su antesala. La denominación



definitiva la dará el lector a la postre. Y no por eso hay que despojarla del título de una de las villas más señoriales de la Nueva Granada, y la general opinión es que la tuvo gracias a los iberos. No obstante considero toda su crónica una confusión que ha dado pábulo a errores de perspectiva en cuanto a su talante para convertirse en la cuna de los oprimidos y de los opresores, en un mercado persa y en un lugar de tránsito donde se consumaron tantas tropelías en contra del negro y en contra del indio. Si Brentano escribió en 1875 sus *Últimos deseos para Austria*, una especie de catálogo de las iniquidades que sufrió, sería sugestivo igualmente que alguien emprendiera la labor de dejar constancia de las perversidades que se cometieron en el interior de la ciudad, sin el retoque barroco que le han dado sus hijos más epónimos.

\* Esas fueron las cosas más propias que acontecieron en la futura Heroica sin tanto subterfugio o embeleco romántico o sea que antes del arribo de los negros, lo cotidiano transitaba a un ritmo pausado e *in crescendo* pero cuando empezaron a llegar esas personas, ese ritmo adquirió ribetes dantescos y altisonantes que perturbó el sentido del día a día. El debate sobre el particular se enriquecerá cuando se examinen sin las pasiones propias del que ha nacido o vivido allá, las circunstancias de modo, tiempo y lugar de esos hechos funestos: desembarque, embarque, tráfico, compra y venta de negros, asentamientos de indios en encomiendas impropias o minúsculas, explotaciones a diestra y siniestra, expoliación temprana de los recursos naturales, ausencia absoluta de caridad y de autoridad, salvo las excepciones de rigor, mínima consideración por la vida del prójimo y una débil estructura ética de la sociedad en aquel periodo ya que no pudo resistir el embate siniestro del nuevo orden económico, la esclavitud. Me anticipo a sostener desde aho-

ra, y que conste como síntesis de lo que voy a desarrollar, que a pesar de sus nobles títulos, esta villa tiene otro, no tan distinguido y es la de haber sido la cuna de la bellaquería racial, la cuna de la agresión contra el débil y contra el oprimido, en fin, la suma de los desarreglos de la Patria, ya que por ahí llegaron muchos de ellos, disfrazados con otro empaque. Miguel Ángel decía a menudo, y lo repito ahora, “Solo creo en los hechos”, y a ellos me remito a continuación para sustentar mi aserto.

\* ¿Cómo se puede captar racionalmente que una urbe pudiese mudar de aires o de apariencia y seguir siendo la misma metrópoli como si nada hubiera acontecido en su interior? Hegel indicó en alguna parte —quizá en la *Fenomenología del espíritu*— que la realidad estaba formada por opuestos que se hallaban en permanente conflicto y en ese escenario aparecía una síntesis de esa contienda dialéctica. Lo ostensible en todo caso, con relación a esta ciudad, declarada Patrimonio de la Humanidad, tal vez por los lúgubres secretos que guarda bajo la tierra o en sus murallas a la par de sus antecedentes culturales, es que tuvo que precipitarse en una constante transición social que constreñía a su gente —amo, encomendero, indio, mestizo, cura, autoridad, soldado, esposa, madre o hijo— a enraizar sus hábitos para acomodarse a ese escalofriante ambiente, el de albergar a los esclavos y transmutarse más tarde esa urbe en un centro negrero de primera categoría, y la sociedad, en una colectividad complaciente y tolerante que se beneficiaba directa o indirectamente de ese comercio con los foráneos. Y lo abominable fue que se adaptaron rápidamente y de la manera más cómoda, en ese esquema social y mercantil, sin reparar en el débil, en el desvalido o en el infeliz que llevaba una pesada carga.

\* “Lo único que ha impedido a Dios mandar un segundo diluvio ha sido la circunstancia de que el primero fue inútil”. Eso lo expresó el moralista francés Chamfort y tuvo razón, pues el hombre no se ha mosqueado, o no ha rectificado, cuando ha percibido, ha examinado o ha presenciado esos actos inicuos contra el semejante que ha caído. Sin embargo esa persona, en este caso, el encopetado habitante de la ciudad amurallada, enamoraba con arrobamiento, mimaba a sus animales, repartía delicadezas a propios y extraños de su nivel, amaba a la familia, vertía lágrimas sobre las tradiciones románticas, se estremecía ante los golpes del destino contra los enamorados, se desvivía por los folletines del momento o de la novela de moda, tañía su lira para contar los horrores contra los primeros cristianos y constantemente ensalzaba a Dios con incienso... Pero no sabía o no quería saber, o se hacía el que no sabía que a su lado infinidad de tropelías se cometían contra el infeliz, por el hecho de ser negro o indio. Esas son las misteriosas conjunciones que gobiernan el alma humana y que separan las ideas de los hechos, que deslindan los propósitos de las acciones, de ahí que nada se hubiere resuelto en pos de la concordia o la solidaridad y todo continúe igual o peor que antes.

\* Fausto exhortaba a que se luchara sin descanso por una excelsa existencia pero este sabio de pupitre, o vivía lejos del mundanal ruido o simplemente no contempló la miseria humana, a pesar de que era un hombre que ya tenía sus años a costas. Hay que reflexionar en todo caso en esas palabras, en esas zalameras voces que instan a pelear para convertirse en un soldado del saber y en un recluta de la caridad, mas no ha sido evidente que el individuo cayera en ese hechizo, para que sirviera de acicate y cada uno se transformase luego en sensato y en discreto. Sin embargo el

orgullo ha sido primero, y de segundo la codicia que le ha seguido velozmente con frenesí. Y eso sí lo ha embriagado hasta la saciedad. En Cartagena de Indias aquel tópico, el de la sensatez o el de la discreción, no hizo carrera en el seno de la sociedad; por el contrario, se marginó a cada uno de sus bondades y la gente “de bien” prefirió proseguir su avance por el despeñadero de la maldad y de la indiferencia en pos del dinero y de la reputación social.

\* La futura Heroica ostenta en apariencia hoy, el bullicio que pertenece a la alegría, la calma que pertenece a la tierra santa, mostrando una satisfacción que parece no tener fin, pese a algunos altibajos, pero ese cuadro es artificial, lo que aparece tras el fondo de ese decorado es un retroceso a la decadencia de antaño, al dolor del pasado y a la discriminación del pretérito y flota en el ambiente una especie de neblina inoportuna de insatisfacción, semejante al día brillante que de pronto es acometido por grises nubes y negras repletas de torbellinos.

\* Ninguna ciudad de la América hispánica reflejó tanto la auténtica idiosincrasia del español bajo sus distintas facetas, conquistador, encomendero, colono, autoridad, amo, señor, etc., ni exhibió igualmente tanta sordidez entre la gente que la moraba, como en esta villa, ya que todo se trincaba de un modo promiscuo, hasta el grado que en la actualidad, cuando el eco evoca ese apesadumbrado periodo de la colonia, deja emerger una especie de bruma, que sale de las murallas impregnando el ambiente de un aire sulfuroso o luctuoso. Mas la mañana díscola y joven se encarga luego de disiparla, y la comparsa como ritual sigue su curso pero esa atmósfera enerva todavía el contexto... mas la artificiosidad persiste aún...

\* El tiempo quiso detenerse en Cartagena, mas como fue

tanta la impudicia y la transgresión que cundía por todos los sitios que se vio compelido a irse por encima de sus murallas, y le dejó como legado un cúmulo de reminiscencias entristecidas, que de un modo masoquista las generaciones posteriores se propusieron resucitar a la usanza de un vermífugo y anhelar luego de esas jornadas “refulgentes” purificarse de tanta perversidad, de tanta crueldad o de recordar sus alcances folklóricos. ¿Sería cada una de esas manifestaciones la forma específica de expiación? Tal vez sea una línea de reconocimiento, y otra línea de lo potencial, como escuetas evocaciones del pasado pero eso no exonera, históricamente hablando, a la ciudad. ¿O sí? En donde se profesa la virtud decía Gracián, no convienen los lucimientos... (Gracián, p.423).

\* La expiación, y eso lo dijo Wilde, era la manera más aguda de tomar conciencia de las cosas. Mas, si no se comprende la índole de esa expiación, ¿qué pasaría? Es ahí donde reside la problemática del holocausto tanto del esclavo como del indio, porque no se ha percibido a cabalidad ese fenómeno monstruoso. En efecto, comprender no es lo mismo que conocer, muchos cronistas que han carecido de una visión filosófica y las sucesivas generaciones, sobre el particular han imaginado que bastaría con conocer que eso sucedió de ese modo para no seguir con el incordio de indagar con más profundidad. Pero el asunto va más allá de esa llana disculpa, puesto que comprender es una actividad cognitiva específica que facilitaría abarcar o concebir las notas primordiales de un concepto o de un fenómeno histórico, que ha servido para percibir en las relaciones humanas muchas explicaciones de eventos pretéritos, en tanto que conocer, simplemente ha sido tener una noción de la naturaleza de las cosas y sus nexos entre sí, dentro del mundo físico sin

explorar demasiado el entorno. Cuando alguien entiende un fenómeno histórico, por ejemplo, el holocausto judío, puede explicarlo de un modo satisfactorio, pues eso le apareció desde adentro para prorrumper hacia afuera, y por el contrario cuando una persona echa de ver algo, escuetamente como consecuencia de la experiencia, o sea desde afuera hacia adentro, advierte solo la índole de ese acontecimiento de la naturaleza, pero sin poder suministrar una explicación pormenorizada del evento, salvo que fuese un científico. Pero eso es ya harina de otro costal. Las Ciencias Sociales sostienen pues la comprensión solo para alcanzar a exteriorizar un concepto o la naturaleza de un fenómeno histórico, las Ciencias Naturales por el contrario, no solo buscan conocer un fenómeno o alguna cosa de la naturaleza con sus nexos, sino que lo sopesan con el rigor del caso para luego comprenderlo a través de los mecanismos científicos de rigor y después explayarse en elucidaciones sobre el particular, si las Ciencias Sociales aplicaren este mecanismo otra cosa sería la historia...

\* Consecuente con lo anterior, en esta triste crónica de los vencidos, y específicamente de lo que les acaeció en Cartagena de Indias al negro y al indio, como sendos subyugados, lo básico era estar al tanto de esa condición de vencidos y la razón de la misma únicamente, y por ende eso se volvió recurrente y salvo las excepciones que son plausibles en este caso, todo ha permanecido flotando en la nube de la especulación, ya que y lo repito, al no comprenderse en su integridad ese fenómeno de la explotación social de los vencidos, pese a la polaridad entre la familiaridad y la distancia que tenía la sociedad cartagenera de tal lance aciago, por muestra, sus prejuicios le disuadieron de asomarse a la verdad que los hechos exhibían de manera patética. Y además

como se blandía una teoría política —como en la actualidad (2015)— del poder único para fructificar sus ventajas y ensanchar de modo arbitrario y soberbio los beneficios que se derivaban de esa conducta de la indiferencia, de la indolencia o de la abulia, y admitiéndolo todo, rápidamente una *praxis* judicial peligrosamente maniquea, hizo de las suyas y prontamente se archivaban casi todas las iniquidades que alcanzaban a llegar a esa instancia, y el olvido complementó el resto del telón cuando finalmente bajó tras el fin de la trama colonial.

\* De ahí que fuese cierto concebir, entonces, que al no existir en aquel momento en Cartagena, una auténtica justicia humana, los vencidos —tanto el negro como el indio— quedaban no solo por la desidia de la población restante sino por las extravagantes y prevaricadoras decisiones judiciales y políticas, como unos individuos despreciados y marginados, como unos seres abatidos, y como unos personajes zarandeados, hasta que definitivamente los despedían a toda prisa para que se esfumaran sin pena ni gloria de este mundo. Ese era el sino de cada uno. Y como si fuera poco rápidamente con el paso del calendario fue sesgándose ese inicuo proceder social y judicial, y en vez de resarcir así fuese simbólicamente a esos tristes personajes lo que terminó ejecutándose fue una mascarada y todo quedó como si nada, o en el mejor de los casos como algo que era inevitable e imposible ya de subsanar. Por eso la historia colombiana ha expresado un sentido determinado en su orientar dialéctico/hermenéutico hacia la simpatía, por el poder, a fin de no fastidiarlo o no pisar callos y por eso no ha sido una historia de la libertad/razón como pretendía Hegel, porque lo único que ha organizado este pasado criollo ha sido la existencia, apacible, excelsa, mediocre o pésima, al lado de ese ícono,

el poder, y de ahí que la mayoría de los nacionales hayan sido incapaces de reorientar, no de zanjar, el precario rumbo del país. Y esto se puede percibir aun en la actualidad cuando los mecanismos que alimentan al poder siguen incólumes. Cartagena de Indias fue pues un vivo ejemplo sobre este tópico. Es más, sigue siendo un vivo ejemplo... si no, repárese cada fin de año en su interior...

\* ¿Es de recibo achacarle ese acopio de depravaciones a la urbe en sí, a sus habitantes sin distingo de ninguna índole? ¿No se hallaban ahí por lo menos cincuenta justos? (Gen 18:20-33). Sí es de recibo atribuir ese depósito de desenfrenos a sus habitantes más distinguidos y a lo mejor, había algunos justos, pero no se escucharon sus protestas exaltadas como las que hicieron en su momento los Graco en Roma y con el rigor que la naturaleza de las injusticias y la índole de los atropellos que se estaban cometiendo a diario y a diestra y siniestra lo reclamaban. Desde luego que puede fluir una disculpa débil, que habiendo sido el imperio español —desde el más humilde soldado hasta el más encopetado valido, con las excepciones que confirman la regla— uno de los más despóticos, corrompidos y codiciosos que han existido en el orbe, por esa reacción natural de las cosas, debía ser tradicional también que sus súbditos lo fueran, y si se le criticaba se corría el riesgo de la retaliación social por parte del opresor, de ahí que se optase por el mutismo o por la apatía pues no había manera de mejorar ese sino atávico.

\* Mas eso sería sofisma de distracción inmoral. Hay que admitir en todo caso que aunque el rico y el pobre o el superior y el inferior no han sido más que del mismo polvo, sin embargo, el respeto, ese Ángel del mundo, estableció una distinción de sitio en el alto y en el bajo y eso ha sido lo que ha prevalecido aunque en la tumba terminaban siendo igual



cosa. Y si a eso se le agrega la maldad por un lado y el lucro por el otro lado, no se requiere de invitar a Tiresias para conocer el porvenir de las acciones de esa dupla siniestra en el mundo persistentemente ubicada en el mejor asiento.

\* Yo no pretendo conmover a nadie con esta historia de los vencidos, con énfasis aquí en los subyugados de Cartagena, solo contar lo que sucedió con esos hombres infelices. De ahí que esa eventual coartada carezca de un subterfugio equilibrado, porque sería tolerar el crimen por el crimen mismo dados los antecedentes ancestrales. Hay que leer por eso lo siguiente y recapacitar después: Algunas veces cuando llegaba un buque negrero a los muelles de esa ciudad, y dejaban expósitos y exánimes a los negros, estos no podían poner ni siquiera los pies en la tierra esponjosa, no podían ni siquiera extenderse para descansar, aquello era un verdadero suplício, un auténtico calvario o una verdadera cruz de espinas y muchos por ende morían. Casi nadie, salvo los escasos santos curas que pacientes aguardaban ese cargamento humano para intentar paliar ese sufrimiento dantesco a pleno sol, inclemente de suyo, estaban ahí. No hay evidencia tangible excepto la certidumbre patética de esos sacerdotes que avalare la presencia activa de una compasión colectiva de la sociedad cartagenera ante esas vicisitudes atroces... que a lo mejor hubiera paliado el monstruoso sufrimiento de esa gente, mas no hubo sino un mutismo cómplice y apañado. Y si todavía se pretende minimizar esos eventos siniestros ya que era secuela de un imprevisto problema atávico... sería un disparate de marca mayor. Nada de eso, pura y física maldad y de la selecta, o de la infame, de la que hacía que hasta el mismo diablo se ruborizara... y el averno trepidara ante tanta iniquidad. Eso no tuvo nada de atávico, sino de demoníaco. Y reflexionar que esa gente fue bautizada en la

palabra de Cristo... ¡Válgame Dios! A lo mejor si ese tropel hubiese sido formado por la despiadada y dura experiencia social que le acaeció a un Guzmán de Alfarache o a un Lazarillo de Tormes, al llegar entonces a esta tierra con esa experiencia a cuestas tal vez poseyeran otro sentido de la vida y habrían mirado de un modo diferente al prójimo más frágil, y otro hubiera sido el destino del indio o del esclavo por estas latitudes.

\* Por ese conjunto de sucesos lamentables uno debe forzosamente afirmar sin rubor aquí en este acápite, que allá en la futura Heroica todo caminaba al revés, ya que se oscilaba entre el desprecio y el vituperio, entre la ignominia y la sinrazón cuando lo sublime hubiera sido de mi parte subrayar ese proceso entre la admiración y el elogio. ¿Acaso no estoy excediéndome sobre el particular? No, porque además en esa ciudad se pactaban tácitamente dos males mayores que la misma esclavitud, y era el exagerado y el desproporcionado tratamiento ignominioso que se le daba al negro, y el menosprecio por su condición física en vista del cruelísimo trabajo al que se le sometía y en un parecido sentido la atroz indolencia y la cruel servidumbre con que se oteaba y se trataba al indígena. Entonces había una raza libre y al frente, de lejos, una raza esclava y una raza vasalla, que incluía de paso al mulato ya sometido al incordio de la opresión citadina. Bajo esos parámetros las familias de bien, o trabajaban en labores dignas o no trabajaban, y medraban a expensas de la Corona o vegetaban de la explotación, de una forma directa o indirecta del infeliz esclavo, del negro, del indio muchas veces y del miserable mulato. ¡Terrible incongruencia! Mostrarse altivo pero sin hacienda y que los demás llevaran el peso de sus asuntos, o sea los más débiles, tras una explotación sin misericordia, y de ese modo del

escaso peculio que tenían, estos iberos del diablo, casi que semejantes al traficante o al mercader de esclavos, con el excesivo usufructo de la faena de aquellos infelices, se mutaba en mucho y paulatinamente se acrecentaba su capital, casi que de la nada. Y eso no solo aconteció en Cartagena, eso también sucedió en todas las ciudades menores, mayores, villas, villorrios, ya que ahí se afianzó una cultura de la pereza, del laborar poco y de esperar mucho, de manera que los poderosos seguían siendo poderosos y los débiles seguían siendo indeleblemente débiles. Y todavía se pregunta el mundo la razón por la cual no ha existido una verdadera justicia social.

\* Ha circulado de boca en boca desde tiempos inmemoriales una máxima que dice: No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, ni médico que lo cure ni remedio en la botica, pero esa máxima se luxó aquí, frente a esa dramática situación en donde ni el mismísimo demonio era ya capaz de intervenir. Y ese mal sí duró más de cien años... es más, todavía perdura.

\* Hay que advertir, no obstante, que esa villa, pujante y rebosante de fortaleza marina, acorralada en aquel tiempo por tanto vividor, por tanto mercachifle, leguleyo, armador sin escrúpulos, encomendero, y en igual sentido por oficiales del rey vendidos al mejor postor, alguaciles y oidores cortados con las mismas tijeras de la ambición, curas silenciados, potentados sin pudor y amos sin recato alguno por la condición humana, no tenía otra opción que vivir en la oscuridad, bajo el sigilo de la afrenta acumulada día a día y lo que era execrable, ante la impotencia que proveía incubar los proyectos más bellacos. Tal vez Dios no ha querido valerse de otro correctivo al mejor estilo del usado en Sodoma y

Gomorra, pues ciertamente aquel proceso exterminador que tenía un propósito ejemplarizante también —como el primer diluvio— resultó infecundo con el tiempo.

\* Y lo peor vino después: Con el paso del calendario se apreciaba el declive del imperio español, y en las altas esferas de la corte se rumiaba ya con esa lóbrega posibilidad —por la corrupción, por la ineficiencia, por las intrigas a toda hora, por la impericia, por el desánimo, por la imprudencia o temeridad, por la codicia, por la hipocresía, por la altivez y por los planes utópicos— pero en estas tierras, se alentaba lo contrario, algo distinto, y se creía que la Madre Patria era todavía una potencia o sea la gente importante de estas tierras, Cartagena especialmente, pues era la cabeza de puente informativa, pecaba por ingenua, por ignorante ante la galopante situación de crisis que se vivía en el Viejo Mundo y bajo ese perfil, no vislumbraba el abismo y nadie se preparó para las derivaciones de ese proceso tan común en la existencia humana. Esa ignorancia o esa ceguera se exhibieron sin duda cuando se ambicionó salvar a España con una sumisión menos patética por parte de la clase criolla y de ahí que el pretense anhelo de independencia resultara una opción fallida pues no se supo qué hacer, cuando cuajó de chiripa en 1810<sup>3</sup>. Es más, no se esperaba tampoco.

\* Entonces: ¿quiénes eran los verdaderos habitantes, ya que ni el esclavo o el indio o el mulato encajaban en tal denominación, en Cartagena y de hecho en la Nueva Granada? Los individuos ansiosos por ganar más, los hombres contentos con lo que tenían, los individuos prestos con lo que usufructuaban y los personajes diligentes con lo que hacían, que era

---

3. Meisel, 2010, 2011, 2012, 2013.

muy poco para los demás, mas sí para ellos, sin importarles lo que acaecía a su alrededor. Aquellos hombres —generalmente españoles, sin descartar al criollo— asumían de hecho un delirio divino de superioridad y eso los exhortaba a subyugar a su antojo lo que les rodeaba con superfluos aires de circunspección. Una especie de regia majestad los afectaba y como tenían “buena suerte” eso lo consideraban un dios entre ellos. Ni siquiera la justicia cósmica estaba atenta a sus tejemanejes para intervenir y por eso vegetaban encantados de la existencia. ¡Así cualquiera! Si reaccionaron posteriormente fue porque las cosas que se desarrollaban, principiaban a tocar sus intereses particulares y por eso el desastre que sobrevino más tarde los afectó económicamente, pues fueron obligados a cambiar de conducta, localista y egoísta, tras la marcha de los sucesos por secuela de la caída del Imperio ibero en manos de Napoleón. Pero ya esa es otra historia, que relaté en el tomo segundo de esta obra.

\* El consuelo está en el cielo, ya que “nosotros estamos sobre la tierra, donde no hay más que calvarios, preocupaciones y pesares...” (Shakespeare, I, p.414). Esa frase de cajón se recitaba palabras más o palabras menos como una letanía para adoctrinar a los vencidos en la futura Heroica. Y para no desanimarlos de la dura faena, se convertía en un emoliente a fin de amansar los males irreversibles ya que se usaba esa máxima tan hábilmente de tapadera para el inmoral amo o encomendero, e incluso para el cura socarrón que quedó inscrita en el corazón del afligido. Era al mismo tiempo una especie de ritual de apaciguamiento para calmar los espíritus inquietos que pululaban también por la metrópoli, mas eran tan pocos, que nada pudieron hacer sobre el particular.

\* Ah por eso, “Cuán difíciles de digerir son nuestros prójimos...” (Nietzsche, p.302).

\* Si todos tenían que morir, ¿a qué grande orgullo? Pero eso no los sujetaba. Proporcionaban, por el contrario, los prepotentes de aquella época, su flor a la soberbia y su es-piga al crimen contra el esclavo y contra el pobre aborigen, y entonces la mies que recogían era el odio que regaban con lágrimas los destinatarios de sus desplantes. Cuando uno confronta esta patética afirmación con la magnanimidad, e “indaga por la justicia humana y por la justicia divina, pero al no hallarlas, el cielo y la conciencia, se muestran vacíos” (Castelar, p.314)...

\* El esclavo, en medio de sus infortunios en esa metrópoli, quería impactar; tan desesperado se hallaba y a veces desgarraba su escasa ropa, y quedaba semidesnudo, o en harapos, y después gritaba desaforado y sin embargo ni una palabra amable recibía, por el contrario, fue si no se callaba, ni tampoco socorro, salvo que fuese algo urgente, y por ende al no causarle ninguna conmoción su patética figura ni sus voces lastimeras al amo o a sus secuaces ya que no conseguía nada, regresaba mustio a las tinieblas del abismo, a la barraca donde malvivía, con la remota esperanza, algunos, de que aun en el infortunio, el día siguiente les otorgaría un cierto gozo. Por eso se decía que el negro solo era feliz cuando dormía a pierna suelta y solo descansaba cuando moría. ¿Qué soñaba el negro? Seguramente que era libre y que podía hacer lo que le viniera en gana, pero ese despertar debía ser duro y grotesco. Lo mismo acontecía con el indígena, salvo que era en menor escala.

\* A través del ritmo cósmico uno ha entendido que tras la oscuridad de la noche, salía indefectiblemente la claridad del día, y metafóricamente la ha aplicado con relativa fortuna a los altibajos en este mundo, pero en Cartagena de Indias, con relación al esclavo ocurría algo inaudito: no

había un cambio de frente, ya que todo seguía en la penumbra, sin alteraciones sustanciales, pues las fuerzas oscuras promovieron un eclipse sempiterno que impedía no solo el giro copernicano sino el paso total a la claridad y desde luego a la esperanza y entonces un mero albor apagado y fosco cercaba el entorno y sus murallas... Y el indio allá perdido en la lejanía de su encomienda rumiando de paso su infortunio que parecía no tener fin. Ante ese lóbrego contexto que desafiaba al cambio del ritmo de las cosas del mundo, es pertinente preguntar: ¿A quién le fue peor en Cartagena y en la Nueva Granada? Al negro sin discusión alguna. Le dieron —como se dice coloquialmente— hasta con el balde e igualmente al indio y al mulato, reiteradamente en menor proporción, pero golpes al fin y al cabo que dolían y que causaban un enorme desconsuelo.

\* De ahí que el negro fuera cogido era como un pájaro en la liga que cuanto más pugnaba por liberarse más se prendía... En ningún tiempo el duro corazón del amo español amonó sus nervios de acero y jamás sus rodillas se doblegaron ni siquiera ante Dios... Y quién, salvo el Señor, sabrá cómo saldó sus cuentas. No obstante esa indicación, yo me inclino a conjeturar cuán dura deberá ser su tribulación en el último círculo del infierno...

\* Lo más patético de referir aquí y que debería concita estupor era que al desdichado e inerme negro le tocaba realizar, además de su dilatada jornada en cualquier mina, o en medio de los pastizales, en la hacienda, en el cuidado de la heredad, en la manufactura de algún elemento artesanal, en la custodia del ganado, y en otra serie de obligaciones tan deleznales que ni el amo ni el encomendero ni tampoco el criollo ni siquiera el indio, podían cumplir, consumir una faena adicional como contribución y donación de sus dueños

para el adelanto de obras de beneficio común. Y se hacía, para colmo de males, durante el tiempo libre del esclavo, que no era mucho. Se contaba al respecto que en noviembre de 1673, se ordenó al conde Castelar, Virrey del Perú, que reconociese las fortificaciones de Cartagena, a su paso por esa villa rumbo a España, e informara el importe de las obras teniendo en cuenta “que los vecinos de la misma, habían de ayudar con sus esclavos y otros medios según lo habían hecho en otras ocasiones...” (Triana, III, p.507). A esa nueva carga se le denominaba fajina y por lo general se cumplía por las mañanas en los días de fiesta o de guarda. En el ejercicio de la fajina el esclavo debía acarrear los materiales de un sitio a otro, bajarlos, supliendo a veces a las bestias para su movilización, por cuanto la industria se hallaba falta de medios sobre ese particular. ¡Qué desastre humanitario!

\* Es de suponer a la sazón que al no trabajar alegremente ese esclavo o ese negro en la cotidianidad del medio, de su obra nadie se entusiasmaba y ante esa indiferencia hacía lo que podía, por eso le tildaban de remolón. Y cuando trabajaba todo parecía un convento, por el silencio sepulcral que reinaba en ese interior, ya que todo era callar y obrar, hacer y no decir, con escasa iluminación solar, lo que de por sí daba al escenario un ambiente lóbrego...

\* El español por lo visto no tenía un sentido humanitario ni respetaba para nada lo que significaba para los demás el reposo... y eso que sabía que hasta Dios descansó en el séptimo día. La paciencia ciertamente se agrandó en aquel sitio de horrores, y apartó de un manotón al disgusto para que se desarraigara de ese medio o que por lo menos ese sauco infecto hiciera de las suyas pero en silencio para que las consecuencias para el negro y también para el indio no



fueran a agravar aún más esa proterva condición de ser ahí en el mundo de los vencidos.

\* Yo pienso por lo recorrido hasta ahora que la contribución que le correspondió prestar al negro en la construcción del excelente sistema defensivo de la ciudad, un complejo sistema de anillos, diseñado de tal manera que parecía un baluarte inexpugnable, a pesar de su natural resistencia que por lo demás era suplida con palo y azote, fue tremenda pero sin agradecimiento alguno. ¡Qué ingratitud! En efecto, tras la incursión del corsario Francis Drake en 1586 a la localidad, se dispuso su fortalecimiento a través de paredes (el recinto amurallado) o de fuertes (en la periferia o en el interior de la villa, tal como el de San Fernando, San Felipe de Barajas, San Sebastián de Pastello, etc.) y eso representó un alto costo para la Corona y se requería por ende y con premura de la colaboración de todos los habitantes de la ciudad. La sociedad cartagenera de hecho asintió pero qué agradable es decir que sí y que sea otro el que ejecute esa afirmación. Y bajo ese tamiz, lo repito, ¿cuántos negros ayudaron y perecieron luego en la construcción de esos baluartes? ¿Cuántos negros desaparecieron en las aguas del mar Caribe o en sus ciénagas? ¿Cuántos negros quedaron mutilados? Y ¿a cuántos negros les retribuyó la Madre Patria su brío denodado por cumplir con su cometido más allá de su extenuante jornada al servicio del amo y del rey? (Quintero Saravia, 2005, pp.279 y ss.). No hay un dato sobre el particular, de ahí que el quejido que se siente en cada paso por la muralla o en cada torre de los diversos fuertes que hoy adornan a la ciudad, por dentro y por fuera, sea el único testimonio sobre ese anónimo latrocinio cometido contra el esclavo. Por eso a todos esos anillos defensivos deberían cambiarle el nombre y ponerle a título de reparación los

apelativos usuales para los negros en aquella época, que con su esfuerzo, con su sangre, con su sudor y con abundantes lágrimas, pusieron su empeño en sacar esas construcciones avante. Y fueron los otros los que se llevaron el reconocimiento social y oficial.

\* Lo más paradójico o lo más patético: ese tal reconocimiento social se lo llevaban o se lo apropiaban los amos, los encopetados, los oficiales del rey, el oidor, todo el estamento altivo de la villa, menos el que debía, el negro que trabajó hombro a hombro en ese proyecto. Y nadie exigió condigna reparación ni una sentida protesta ni mucho menos de España un *mea culpa* oficial... Silencio, pero es hora de cambiar y exigir otra actitud... no obstante tendría el negro o el esclavo e incluso el indio que nacer de nuevo, pero esta vez de familia judía para que entonces ese acontecimiento geopolítico se consumara... lograrse concretar.

\* Esos acaecimientos reiterados en el tiempo y otros eventos más perversos desplegados con el paso del calendario y que este amo o cabeza de familia, y aquel mercader o encomendero hizo, ejecutó o toleró y que rebosaron el cáliz de la amargura humana, constituyeron la mayor calamidad humanitaria durante la colonia en la Nueva Granada, y en Cartagena, y de ahí que nada en este país se pudo madurar, ningún proyecto en beneficio de los más débiles pudo cuajar, pues a cada momento se tragaban el presente y se castraba con afán el día por porvenir como si se temiera lo peor... Un legado irrevocable cuyas raíces aún sobreviven y de ese modo todo cuanto se ha hecho y todo cuanto se viene haciendo, a veces con buena fe, lo admito, ha sido y es precario aún. Se ha patinado, se resbala todavía en todos los frentes, substancialmente en el social, y finalmente se termina cediendo en aquello que no debería cederse ni un

ápice para garantizar un mínimo vital. Epicuro decía —y con razón— que el hombre que continuamente se caía, no cambiaba nunca a pesar de que luego se levantara.

\* ¿Por qué ha sido tan difícil en esta atormentada e ingenua Nación ambicionar rectificar los errores completos y solo se ha procurado enmendar un tercio o quizá menos de los cometidos a lo largo de la historia patria? Porque en esta parte del hemisferio de Colón, especialmente en esa villa, Cartagena de Indias, se ha creído, candorosamente o no, que una sucesión de conceptos generales y vagos, una fila india de opiniones eruditas, solemnes promesas y ampulosos juramentos ante diversos altares, eran susceptibles de mejorar el orden imperante, y si fallaban, como de hecho fracasaban esas trazas de necedades demagógicas, entonces a manera de reparación imponían la política del fuste, del látigo, de la represión y del castigo al echarle la responsabilidad a los demás. Y los primeros que llevaban del bulto, eran el negro, el indio, y pare de contar ya que allá nada era suficiente. Al perro más flaco siempre se le han pegado las pulgas.

\* ¿Hubo en Cartagena de Indias, una guerra formal o disfrazada contra el esclavo o contra el indio para hablar luego de vencidos? Formalmente hablando solo dos conflagraciones hubo por estas latitudes: La guerra a los blancos explotadores del pardo y del indio, en la capitania general de Venezuela y que fue la diabólica e indefectible consigna de T. Boves y sus aguerridas huestes, al promediar las luchas por la independencia en el siglo XIX y la guerra de negros contra blancos, nominación dada por el infausto Morillo a las acciones bélicas de Bolívar cuyos ejércitos estaban formados en buena parte por negros (Triana, III, p.765) pero desde el punto de vista material dado el procedimiento inicuo usado contra el indio y contra el esclavo y no solo en Cartagena

sino en la Nueva Granada, por analogía es pertinente hablar de que hubo una guerra disfrazada entre esas partes y que tanto el indio como el negro resultaron vencidos desde el comienzo de esa contienda atípica que desplegó el español pues no había equivalencia entre las fuerzas... No hubo Waterloo pero sí hubo el desierto o la soledad del valle y el palenque... como refugios postreros para el indio y para el negro en donde también les iba mal...

\* Dado el grado de agresión por las políticas desplegadas, que llevó a cabo el amo ibero y el señor encomendero contra el negro y contra el indio, con el apoyo expreso o tácito de las diversas instituciones que operaban en esta ciudad y en el resto de la Nueva Granada, uno no puede menos que confirmar que eso fue una verdadera conflagración<sup>4</sup> aberrante y sin cuartel contra los intereses de esa gente miserable que no luchaba, que no se defendía, salvo casos puntuales, que no respondía, salvo las excepciones que la historia conoce, y que solo se resignaba a gestionar un trato decente, y pese a eso, a mansalva, a sangre fría y con alevosía, era vejada y poco a poco conducida a la tumba. Fue una guerra, heterogénea, pero una guerra en la que sobreeseguro el amo se despachó a su antojo con ardidés o con subterfugios y el encomendero en el mismo sentido. Y la autoridad, ahí bien.

\* ¿Qué memoria conserva la ciudad amurallada de esa gente infeliz? Uno que otro mito, algunas leyendas, ciertas historietas estereotipadas o determinados cuentos de terror

---

4. En cambio si bien el trato que le daba el encomendero al indio no era el mejor, por lo menos difería en grado sumo del que le daba el amo al negro, por eso hablo de una guerra soterrada de exterminio contra el esclavo, y contra el indio pero en menor escala durante la colonia aunque este último sí la tuvo de veras contra el conquistador ibero y a la misma me referí en el tomo primero de esta obra (Nota del autor).

o de ignominia que merecen ser borrados del colectivo para dar paso a un desagravio integral... o que por lo menos se tomen con la seriedad que el asunto amerita y no como un anodino *mea culpa*, una escueta jarana o simples chismografías populares. Los testimonios que aparecieron en esos géneros, de seguro hubieran incrementado la popularidad de Edgar Allan Poe de haberlos conocido en su momento, por lo escalofriantes que fueron en su integridad. Innegable que la historia no puede hacerse cargo de todas estas particularidades y no puede hacer otra cosa, ya que penetraría en el infinito, por eso recreo esto con los detalles, una especie de hojas pequeñas en la vegetación, que a lo mejor serán de utilidad (Hugo, p.121). En aquella espeluznante época, la ciudad ciertamente representó una farsa ignominiosa, en el sentido de que sus habitantes vivían como si nada realmente importante aconteciera alrededor de su particular esfera de influencia. Y la malignidad ahí en todo su esplendor, y las puertas del averno abiertas de par en par mostrando su falsa suntuosidad para atraer incautos. ¿Incauto el amo español o el amo criollo? ¿De qué sirve una respuesta si hay obras que muestran lo contrario?

\* En la antigüedad los vicios de los hombres quedaban grabados en bronce, y las virtudes en cambio se escribían en agua (Shakespeare, I, p.933) pero aquí, en Cartagena de Indias y en el resto del país ha sucedido algo peculiar y es que también los vicios de los hombres se están escribiendo todavía en el agua junto a las virtudes, de manera que todo viene quedando rápidamente sumergido en el más insolente olvido... ¿Quién se acuerda del escándalo de ayer o del pasado año? Nadie...

\* La ciudad de Cartagena de Indias empequeñeció al negro, como Waterloo redujo la estatura de Napoleón, igual-

mente el negro languidecía en su regazo como el pueblo raso antes de la Revolución Francesa y durante las luchas por la independencia, muchas veces el negro fue puesto como carne de cañón, semejante al esclavo en Estados Unidos cuando combatió al lado del norte en la Guerra de Secesión. La imaginación humana tan proclive para deificar al caído, en esta ciudad fue la excepción, pues hubo un colosal vacío al respecto ya que solo evocaron más tarde a sus “mártires”. ¿Por qué? Porque al casarse la hipocresía con el interés, al unirse la mentira con la codicia y al integrarse la gente “de bien” en esa urbe en un mutismo cómplice, la mejor manera era procurar olvidar ese anatema social y en cambio encomiar lo que provenía de su gente... Por eso se ignoran tantos datos escalofrantes de suyo, que de conocerlos, harían temblar otra vez las rocas del tártaro...

\* ¿Cuál fue la razón por la cual la comunidad cartagenera reparaba con ojos repugnantes o con ojos indiferentes al negro/esclavo y de paso al indio/vasallo? Simplemente porque los consideraban inferiores, los describían como unos monstruos, o sea un desliz que la naturaleza incurrió con ellos, y por defecto no podían alcanzar la perfección que debería tener la raza humana en general. Eso fue lo que dijo en 1627 Alonso de Sandoval, un jesuita bien intencionado, que aspiró a paliar las secuelas de esa afrenta social llamada esclavitud y otras formas de dominación, a través de la evangelización. De ahí que tuviera aprietos dialécticos al momento de hablar de la diferencia racional y racial, y por eso se vio compelido a enseñar que el color negro provenía o de la voluntad de Dios que quiso esa variedad para adorno del universo o de las particulares condiciones de esa gente...

\* Es del caso averiguar: ¿Por qué el pudor, el sentido común y la caridad cristiana, no clamaban en aquellos nefastos

días por un pronto remedio a tan oscura situación? Circula esta anécdota, no sé qué tan cierta fue, que una vez le preguntaron a Voltaire la opinión que le merecía un selecto grupo de personalidades emperifolladas de París que acababan de salir de misa en la catedral y respondió con sarcasmo: “Parecen tan buenos católicos, lástima que no sean nada cristianos...”. Lo mismo acontecía en esa villa.

\* En esa metrópoli, solo se le rendía culto a la riqueza y a la pompa. Y ante la gloria y la adulación la gente encopetada desfallecía. Estaba repleta además de lo que no era substancial, regida por mediocres o sinvergüenzas en medio de la ignominia, y se medraba entre la suntuosidad, la miseria y la pobreza, y si en otras latitudes la gente tenía el ingenio en las manos, acá la gente lo tenía pero en el pico, en aquella villa no se hacía caso sino a lo intrascendente, a lo fútil, en cambio a lo significativo o importante, escasa atención se le prestaba. Y allí entonces ni bien se vivía ni bien se moría... todo era pura mascarada...

\* Todavía no comprendo bajo qué circunstancias rituales o convencionales los amos, los mercachifles o los encomendados españoles revelaban sus pecados y cuál era la posición que adoptaban los curas en esos pretensos instantes de recogimiento o fervor, o sea si los regañaban por sus faltas, si los absolvían o si exclusivamente aquellos relapsos recitaban unos pecadillos de poca monta para cumplir con el precepto sacramental y listo, quedaban salvados. Pero se olvidaban en aquellos momentos que eran unos simples heraldos del hades porque hicieron que miles de esclavos bajaron a lo profundo del averno, en vida, ellos, flor de lejana tierra, hábiles en la faena, que sin embargo en unidad compacta descendían al barranco y de ese modo, reinaban a su antojo aquellos encopetados personajes indolentes e insolentes sin

rubor alguno. ¿Tuvo algún efecto en el cielo esa absolución si confesaban sus pecados tanto el amo como el encomendero o como el mercachifle? Si no existía un evidente propósito de enmienda tal vez no, pero debo abstenerme de indicar algo más, por sustracción de materia.

\* Y si por ventura alguno de esos espeluznantes señores, consiguió, tras su muerte, burlar el severo escrutinio celestial e ingresar al empíreo tan campante, por haber sido perdonado en la tierra, me imagino a los ángeles tarareando irónicamente el Salmo 31,9-14, entre otros, para expresar su desconcierto. O sea los querubines saludarían su incómoda presencia con alaridos de ruidosa protesta. ¿Y sí existirán esos modelos allá?

\* Al español residente en Cartagena de Indias y a su descendencia que tenían la dudosa notoriedad de amo o de encomendero yo les agregaría otra reputación, la de camaradas de las hienas<sup>5</sup> ya que como estas se han sustentado constantemente con desenterrar muertos o de vivir entre la carroña para alimentarse. Es que la ciudad se parecía a una bellísima mujer, nada villana, y toda cortesana, hacía buena cara a todos, y muy malas obras, consentía lo bueno que era escaso y aplaudía con entusiasmo lo malo que era bastante, era desenvuelta y con su sola vista cautivaba... y como su poder era grande... la gente procedía a como diera lugar con

---

5. Eso no significa que el negro fuere una hiena, no, lo que quiero indicar metafóricamente en ese párrafo es que como los amos vivían a expensas de la salud de esa pobre gente que sucumbía en medio del fragor del trabajo, la reputación de cada uno era semejante a la de los dueños de hienas, animales que como todos saben vegetan de lo inerte, de lo muerto o de aquello que hiede o espanta. Y por ende sus propietarios eran semejante a esa clase de animales carroñeros, o mejor sus congéneres (Nota del autor).



el fin de congraciarse con ella... Esa era (o es) Cartagena de Indias... la villa donde habitaban estos villanos.

\* “Bien haya a los que suyos parece”, era el estribillo en aquella época tremebunda, para acarrear esas bendiciones de caminos (Alemán, I, 2009, p.127) y poder holgar su nombre ante la posteridad, pero ¿de qué puede servirle ya?... ¿Será pertinente ahora, y para una sociedad que reclama el perdón y la reconciliación como la contemporánea, acordarse de esas injurias a la dignidad humana y sacarlas a relucir? Si el requerimiento fuera injusto o exagerado, a lo mejor no fuera viable, pero si no fuera de tal envergadura el asunto, será esa sociedad la que no sería leal con ese pretérito maltratado y vejado de mil maneras. Si no se hiciera de un modo conveniente, habría que echar una ojeada al cielo entonces y atisbar si se abrirán sus puertas para que Dios mire hacia abajo y frunciere el ceño ante semejante cuadro que atenta contra la naturaleza de las cosas y que por eso demandan satisfacción y castigo...

\* Muchos reputarán que puse en la picota a la futura Heroica, o que eché al oprobio a la ciudad actual; nada de eso, lo que he tachado, hasta donde ha sido posible aquí, ha sido el ruin y mezquino comportamiento de una sociedad que vivía dentro de sus murallas y que vive aún, que llamada a jugar un rol en el marco de la rutina del día a día con sus altibajos en esa urbe antes y ahora, fue inferior a las circunstancias y por ende mostró una anemia vital y una indiferencia aberrante comparables a Babilonia o a Nínive. Fue una villa que no tuvo la fortuna de que un Vermeer (1632-1675), pintor neerlandés cuyo gusto por buscar la esencia de las cosas era proverbial (“Vista de Delft”), la plasmara para percibir ese hálito que subyace por lo ido o la suerte de que un Canaletto (1697-1768), pintor italiano y precursor

del paisajismo moderno y de la vista urbana por intermedio de un cuadro de su ciudad natal, Venecia, para que la delinea al detalle y echar de ver luego el hormiguero humano que recorría sus calles. Mas si la hubieran pintado ese par de estupendos pintores a cuatro manos, indudablemente la posteridad estuviera aún consternada ante la realidad y la esencia del desafuero y el mal que circulaba por esa metrópoli.

\* Pero ¿revelarían acaso esos eventuales cuadros, la corrupción moral y física de sus habitantes de “bien”? ¿Acaso mostraría la infamia del día a día contra el negro?... De la clase y del talento de esos artistas no se puede dudar y quizá lo hubieran llevado a cabo... aunque de pronto Gracián, con su gracia y con su donaire, la hubiera reflejado en su maléfica intensidad, como una segunda Córdoba o una nueva Madrid...

\* Al amo español, al señor insolente procedente de la Madre Patria<sup>6</sup> y a todo hidalgo de bragueta que aparecieron ensortijados para expoliar estas tierras, y asentados en la ciudad amurallada, sería adecuado inquirirles a cada uno, si las condiciones lo permitiesen, lo siguiente: ¿Cuál fortaleza de diamante o qué brillo de gema representada en la capacidad del negro, e incluso en la pobre capacidad del indio no rompiste con tus afilados dientes y decoloraste con

---

6. Es un desatino invocar ese apelativo por parte de los americanos, ya que ser hijo ha sido por lo general ocupar un sitio preferente en el corazón de la progenitora, y de hecho jamás ninguno de los habitantes de este parte del mundo sintió que ocupaba tal lugar, ni siquiera supo que existía ese regazo espiritual. Colocado el nativo, el esclavo, el criollo en medio de la disonancia racial del ibero, era de esperar que no tuviera para con él ni para con esa tierra, el más mínimo apego. Claro que hubo excepciones pero eso ya es harina de otro costal (Nota del autor).

tu mirada de basilisco? ¿Qué de aquellas virtudes que el pobre negro traía consigo desde tan lejos, o qué indio tenía desde aquí no descuartizaste inicuaamente? ¿Qué tipo de clemencia amparaban tus obras? ¿Cuántos defectos cubrían tu capa? ¿Cuánta flor, representada en la agraciada negra o en la bella india, no arrancaste con violencia y lujuria?... ¿Qué verdad no profanaste? ¿Qué justicia no confundiste? ¿Qué sencillez no condenaste?... ¿Acaso pensarán tus herederos en la actualidad que me ciega la pasión, que me mueve la ira o que me despeña la ignorancia sobre el particular? No por cierto, y si ellos quieren desengañarse solo con volver atrás la vista hallarían tus acciones eternizadas en el cieno de la descomposición y que desde Adán eran reprochadas con severidad (Alemán, p.108).

\* “Sabemos lo que somos, no lo que podemos ser...”  
Shakespeare.

\* El temor que me asalta, a ratos, con esta crónica de los vencidos, especialmente en lo que tiene que ver con la futura Heroica es que estas líneas se encuentren o recargadas de epítetos exagerados o escasas de médula para persuadir y para encrespar, pues parecen humo de incienso o el juego retórico de un febril corazón que busca alentar una profunda satisfacción... Mas, cada cosa a su tiempo parecería ser el mejor toque en este momento... o “que todas las cosas, en su tiempo y lugar...” (Shakespeare, I, p.139) y pese a esa recomendación, siento que tanto ardor sobre el particular puede rebasar los límites.

\* “La presencia del mal puso a meditar a los gnósticos si acaso no sería una divinidad menguante o cansada que se puso a improvisar este mundo con un material impropio” (Borges, 1986, p.134).

\* ¿Cuántas vueltas completas dio el carro de Apolo a las

salíferas ondas de Neptuno y cuántas docenas de lunas con centelleo prestado dieron la rotación al mundo desde que el primer negro pisó la soleada tierra cartagenera? Tantas jornadas celestes que sería imposible cuantificarlas aquí en su dolorosa e ignominiosa dimensión pero fueron numerosas y aplastantes y en donde la sociedad cartagenera desoyó los alaridos de los infelices negros y ante esa inercia, el naufragio de los valores de una comunidad se hizo patente. La colonia duró ciertamente más de dos siglos.

\* Sin embargo es menester echar en cara que como “se está en el mundo donde hacer el mal es frecuentemente laureado y hacer el bien, locura peligrosa...” (Shakespeare, II, p.529), es preciso acudir por ende, a la rara adaptación del primer versículo del Salmo 126: “Si el Señor no guarda la casa, en vano vigilan los que la cuidan...” (Hugo, p.29), y probar que todo ese estado de cosas aberrantes obedeció en parte a la indiferencia y a la incapacidad del Clero de poner las cosas en su sitio desde un perfil espiritual. Y atacar con creces que ese subterfugio de que si no se actuaba con mano dura, ejemplarizante o sin contemplaciones, el amo podía perderlo todo, o el encomendero quedarse sin indios, y eso era lo que a la mayoría les parecía normal o corriente, para justificar la demencial embestida que se hacía contra los esclavos y contra los indios.

\* Pero ninguno se acordaba de que el dolor acuciante del esclavo o del indio tenía veinte sombras que se parecían al dolor mismo pero que no eran ya ese dolor, eran algo más comprometido que se descomponía cada vez que se producía en diversos acentos el sufrimiento. Mas sus ojos alucinados por ese padecimiento encandilado por las incontables lágrimas, de tristeza, de impotencia o de ramalazo físico, dividían una cosa en diferentes objetos igual que esas pers-

pectivas que miradas de frente no ofrecían sino confusión pero que observadas de lado permitían distinguir los contornos de esas cosas y de ese modo aumentaban los motivos de pesar...

\* Alguien podría invocar que esa barbarie social sobrevino en la futura Heroica en virtud del antagonismo visceral entre civilización y barbarie y entre el color blanco y el color negro o el color azabache, pero esas manifestaciones de la discrepancia cultural o étnica de ninguna manera podrían justificar semejante actitud ladina... aunque bien podrían explicarla solo como una reacción forzosa en ese inefable juego de contrarios que perennemente ha concurrido en el seno del mundo. No obstante la divergencia ha sido algo añadido tras la relativa capacidad plástica que ha tenido el hombre frente al otro y frente a lo que le rodeaba, pero a continuación brotaría la pregunta: ¿algo añadido a qué?... (Heidegger, 2008, p.135)<sup>7</sup> y yo alegraría a la sazón que el entendimiento humano al no aprehender las cosas según el modo de ser de estas, sino según su propio modo, como lo aseveró el Aquinate, ha conjeturado caprichosamente o de buena fe, que esa ha sido la forma correcta y se ha deslizado así por el camino del error, de la ignorancia y de paso asumiendo un comportamiento grotesco que se avivaba si manejaba de paso la superioridad en cualquier orden y como le ha dado beneficios ha seguido con ese tono.

\* Mas eso articulaba una cosa siniestra, que el español quería a la humanidad pero detestaba a la gente, especial-

---

7. Sería una faena ardua explicitar en este contexto el alcance filosófico del concepto identidad y del concepto diferencia y para una comprensión de ambos, remito a: Heidegger, M. (2008). *Identidad y diferencia*. Barcelona: Antrophos (Nota del autor).

mente si era de color... o era indio, y esa aseveración sería más patética si se hiciere extensivo a todos los mortales entre sí. Durante el siglo XVIII en el Caribe se tornó una costumbre despistada prohibirle al negro esclavo que se comunicara con los suyos en su idioma o al indio que se educara totalmente, y eso provocó al principio, en el negro, pues al indio lo dejaré aquí a un lado, un innegable desbarajuste emocional y le tocó de contera acomodar al mohín, al chillido y al bailoteo como sinónimos de la palabra exacta que le toleraba alterar posteriormente la restricción, platicar con los suyos y de esa manera dramática sobrevivir en medio de la devastación y de la agresión. Entonces eso aparejó concebir un método peculiar para comunicarse entre sí, que no se podía detectar con facilidad y era el baile y el canto individual o grupal, convenciones encubiertas no solo para dialogar en medio del pesar sino de manifestar su inconformidad con esa descabellada disposición del amo, mas un mecanismo ingenioso que eludía semejante restricción que iba contra cualquier principio mínimo de la dignidad humana. Y en aquellos lugares donde cogió más fuerza tan necia disposición, y desde luego tan lógica reacción musical fueron Cuba, Puerto Rico, y La Española, donde la melodía y sus manifestaciones más evidentes se volvieron más rítmicas, más acompasadas, en suma, más embriagadoras. Esos lamentos jíbaros y cosas por el estilo, emanaron, a no dudarlo de ese ignominioso criterio.

\* Yo infiero después de estas aseveraciones que esto es hacer historia exasperada, sí, irritada, porque estoy soltando los demonios que por mucho tiempo han arrinconado a los habitantes de las Indias Occidentales, especialmente a los de la Nueva Granada, tras esos desmanes, pero cumple además esta crónica de los vencidos, una función de criba

para luego proveer las bisagras que abriesen las puertas del pasado de ese Nuevo Mundo, qué digo, de ese mundo diferente, tétrico, contumaz, maligno, empobrecido en donde prevalecía una lucha desigual entre los hombres, y en donde uno predominaba con todo su ímpetu contra el otro, mas trataré aquí de tener el cuidado eso sí, de guardar las distancias con el tiempo. O por lo menos a eso aspiro, a dejar un fiel rastro de esos desmanes con la descripción de aquellas acciones del verdadero canalla y las que pudieron ser realizadas por cualquiera sin que necesariamente hubiese que tildarlo como tal, por ejemplo, las acciones del criollo o del cura.

\* Tras esta breve caracterización de la disparidad étnica impuesta por el pensar del hombre español o por el hombre en general y que ha dado pábulo a tanto desafuero procuraré principiar a considerar lo siguiente: En medio del fragor del desconsuelo del esclavo, ¿qué secuelas irremediables se derivaron de tal aprensión? ¿Se suicidaban muchas personas tratadas tan inicuaamente? Salvo mejor opinión en contrario, y ya lo dije antes, no hay un registro oficial, pues con seguridad eran enterrados en fosas comunes, lejos de los cementerios católicos o de las iglesias, o sea de manera anónima, pero eso no obsta para sustentar una respuesta afirmativa por la siguiente cuestión, apremiante de suyo: ¿acaso no era mejor para ese infeliz tomar las armas contra sí y acabar con esos golpes de la cruel fortuna? ¿Quién desearía sobrellevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una existencia ruin, si tenía a la mano la solución? O ¿sería que temía algo, después de la muerte, “esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno”? (Shakespeare, II, p.249). Si el esclavo y tal vez el indio, carecían de una noción del más allá, conforme al criterio cristiano, pese al

adoctrinamiento de rigor, es de presumir que podía en un momento dado, de desesperación, abrir la puerta...

\* Ser o no ser, tal es la cuestión en efecto, decía el bardo inglés... He aquí el problema básico que acosa al género humano... ¿Morir? ¿Dormir? ¿Soñar?... ¿Estaba el esclavo al tanto de la promesa del cielo? ¿La pudo comprender en virtud de los méritos de Cristo? A lo mejor unos la entendieron y otros en cambio, en vista de tanta defenestración no, pero en todo caso cada uno podía considerar si las acciones perversas que llevaban a cabo los amos iberos gozaban de una buena fama bastarda ya que la manejaban con la habilidad suficiente para pasar inadvertida o para colarse por encima de casi todos sin ser insinuada como tal. De ese modo el español asentado en Cartagena escondía ese trasfondo de iniquidad al poner al mal a llevar el exterior del bien o a disfrazarlo de bienestar y en el trato con su esclavo o con el indio sacaba a relucir su perfidia. Y frente a esa contingencia, la salida a todos los inconvenientes era el suicidio...

\* Al dejar atrás esta consideración típicamente metafísica, es pertinente ahora indicar algo acerca de una institución que como pocas se ha ganado el rol de funesta. Aludo a la Inquisición, una fórmula ingeniosa ideada en Roma para someter a la brava a todo aquel que no quisiese profesar la fe cristiana... Y pensar que el Maestro predicaba la tolerancia...<sup>8</sup> y pese a eso se convirtió en el semidiós del mundo español en ultramar, se le respetaba y se le temía a cada instante, se le citaba en cualquier ocasión y sus menores actos parecían milagros para acorralar al maligno y cuantas palabras vertidas eran para casi todos, oráculos...

---

8. Mc 9:38-40. Lc 11:23.



\* ¿Qué rol jugó pues la aciaga Inquisición en este execrable negocio con el negro? Por Real Cédula de Felipe III, del 25 de febrero de 1610 y dirigida a don Fernando de Velasco, Gobernador y Capitán General de Cartagena se estableció el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición y fueron sus fundadores Juan de Mañozco y Luis Blanco, quienes tenían el encargo de vigilar la actitud religiosa de los feligreses en toda la región (Muñoz Atuesta, p.22). Y el papel que hizo durante su presencia activa en esa villa fue mirar hacia otro lado cuando se trataba de ese negocio inmundo, pues no era de su resorte, pero cuando se trataba del esclavo la persecución era implacable y execrable a todas luces, pues muchos de ellos fueron injustamente procesados al no renunciar a sus convicciones ancestrales y ante esa renuencia, la autoridad eclesial juzgaba que sus rituales y sus cantos, secuelas de esas creencias atávicas, eran advocaciones al diablo<sup>9</sup>. ¿Y cómo diablos iba a advocar al demonio el esclavo si lo tenía físicamente en frente cada día en la figura del amo o de su secuaz?

---

9. Las penas que establecía la Inquisición conforme a la tradición medieval eran de acuerdo a la índole de la decisión que se adoptaba frente los procesados, y si bien podían ser absueltos, en algunos casos, la mayoría de las veces esa sentencia determinaba que eran penitenciados, reconciliados y relajados. Igualmente al que no se le podía demostrar su culpabilidad, era llamado difamado, cuestionado cuando era sometido a tormento por los indicios que militaban en su contra, sospechoso leve o fuerte de herejía, y los hallados responsables podían ser condenados a penas pecuniarias, la imposición de sambenitos, el destierro, la cárcel o las galeras. Quizá la manifestación más impresionante de ese tribunal, era el auto de fe, y consistía en dar a conocer públicamente y de un modo solemne, las sentencias dictadas sobre los procesados y con ello se pretendía ejemplarizar a los demás. Cuando un hereje a pesar de haber abjurado y haberse luego reconciliado con la Iglesia, volvía a caer o reincidía en la herejía, se le llamaba relapso, y se entregaba al brazo secular para que sufriera el máximo castigo (Nota del autor. Véase además: Jover, I, pp.862 y ss.).

\* Ahora bien: es de recibo aclarar que con relación al negocio negrero o a su vil explotación comercial, esa entidad eclesial no tuvo injerencia alguna, ya que carecía de competencia sobre el particular, pero sin embargo les hizo falta una que otra requisición para llamar al orden a esos truhanes, de modo que fueran menos perversos en ese negocio, pero no pasó nada al final. Sin embargo eso no es óbice para añadir la siguiente perla jurídica: Una sentencia del Tribunal de la Santa Inquisición de las Islas Canarias (1576) había establecido por vía jurisprudencial que el intento de escapar de la esclavitud era una apostasía, punible si se frustraba y expiable si tenía éxito a través de un auto de fe, en el cual el cimarrón era quemado en efigie. Era considerado un apóstata igualmente aquel esclavo que por deserción o abandono de la fe, rechazaba la autoridad civil y eclesiástica (Triana, II, p.162).

\* Esto a mi juicio sería suficiente para percibir que la Inquisición solo se involucraba cuando estaba de por medio un hecho de esa índole, la fe, pero fortalece la convicción de que estaba al servicio de los intereses del amo o del asentista a quien le era fácil acusar a un esclavo de conductas impropias con relación a la Iglesia y evadir así cualquier asomo de responsabilidad pecuniaria o de cuestionamiento ético. Si no dijera más de lo que ya se ha dicho, bastaría para entender que la religión y la política concordaban en aquella época, sobre todo en el mecanismo de obrar para atenzar y si sobre el papel parecían contrarias, o sea acerca del tema de la evangelización y de la propagación de la fe así como de la extirpación de herejías y otras conductas semejantes, las unía en cambio de una forma integral la persecución al caído o al que sospechaban que se había marchado de la fe y ahí

mostraban juntas una habilidad para constreñir y sancionar que aun suscitan espanto.

\* Desde otro ángulo, tal vez más vernáculo, la urbe cartagenera vivía en medio del bullicio, del caos mercantil, del tráfico de personas y con el ojo de sus autoridades puestos sobre aquellos individuos, generalmente esclavos, indios, mulatos o de baja extracción social, que podían perturbar la calma ciudadana, pero sin descanso para enrolarse con los poderosos para el fraude, para la mentira, para el robo, para la felonía y para el escarnio a los demás, que la mayor parte de ellos, ya concertados, cosechaban escudriñando por varios caminos la misma meta, hacerse ricos, como si en ese evento, estuviera todo bien, todo honor y toda felicidad, sin reparar que tras un simple chasquido del destino podía cada sujeto separar del caduco cuerpo, su alma infame y se anularían todas esas vituperables fatigas en pos del caudal y de la gloria, y el tiempo que todo lo consume liquidaría con rapidez su memoria de autoridad o de potentado o la conservaría durante un breve lapso para su vergüenza.

\* ¿Para qué tanto afán en este mundo? El español sacaba partido de la condición de vencido del negro, del indio e incluso del criollo, porque no solo se aprovechaba de cada uno sino que muchas veces dominaba el arte de atemorizarlos o de deslumbrarlos con cien gestos o cien muecas de apariencia agresiva o engañosa y sacaba u obtenía beneficios tras esos desplantes. E incluso el necio que le servía de lacayo al español en aquella villa o en cualquiera de la Nueva Granada, se dedicaba también a vapulearlos con lecciones de superioridad con ojos huraños... y desde luego se lucraba con tan engañosa posición.

\* La ciudad de Cartagena de Indias sin proponérselo al abrir de par en par sus puertas a ese tráfico inmundo de

personas, al centrar su corazón en el mero intercambio de vanidades, al instituir a ese perpetuo comité de elogios mutuos entre los mismos con las mismas, al prohiar ese nauseabundo negocio del esclavismo, y al callar, de paso, solapadamente, todas las violaciones a la dignidad humana que se hicieron en medio de ese tira y afloje mercantil, todavía en su gozne al girar se siente un ruido infernal, un sonido carente de armonía, una sinfonía maléfica, cargada de quejas y lamentos por doquier... y un céfiro rarificado recorre aún de sur a norte ... sin cesar a la urbe en señal de que no ha sido reparada aún la ofensa a la humanidad. Porque fue a la humanidad entera a la que afrentó con ese maligno proceder de su gente...

\* Si se mirase la perspectiva cultural o económica de la futura Heroica en aquel periodo, si se atisbase cómo podía aparecer su cielo en el día a día de aquella época, que tal vez debería ser igual o mejor que al de hoy (2015) y si además se observase lo heterogéneo que era ese entorno social por los antecedentes consignados en tantos documentos, tras la criba de rigor, nadie dudará que algo siniestro aconteció para que sus personajes más importantes no estuvieran a la altura de las circunstancias éticas que eran de esperar, pues toleraron, permitieron, o patrocinaron, que en las calles, que en la periferia o que públicamente se cometieran tantas tropelías y se derrocharan tantas esperanzas... en tan corto espacio, y además cuando con un poco de buena voluntad, pudieron contribuir a edificar una villa repleta de prosperidad y de tranquilidad... y no lo hicieron.

\* ¿Qué significa eso para el mundo de hoy? el concepto de acción pretérita difícilmente tendría la misma validez que posee en la actualidad, aunque en este país la tradición más genuina insinúa una aproximación por su reiteración en la violencia.

\* ¿Acaso es de recibo suponer que al indio y al esclavo los puso en la tierra un dios distinto? El problema fundamental de la cultura ha sido la búsqueda de un consenso ya no por la verdad sino por la convivencia entre los seres humanos y si eso no se ha logrado aún, en aquella época era viable considerar esa posibilidad, dado el garrote físico que llevaba cada uno, entonces era como si hubieran sido creados por un demiurgo inferior y castigados luego por el demiurgo superior.

\* ¿Qué tipo de novedad podía paliar en algo la condición del esclavo durante ese tenebroso periodo? Ninguna novedad podía paliar los efectos catastróficos de tan tremebunda condición y como si fuera poco lo anterior, esa villa, tampoco ofrecía el escenario propicio para que se convirtiera en un fortín de la mesura o del alivio para el que lo necesitara; por el contrario, y esa es una de las conclusiones más escalofriantes, era —no sé si todavía lo es— el reverbero de las pasiones más infames que ha tenido el ser humano sobre la tierra, entre ellas, la ausencia total de clemencia y la falta absoluta de caridad. Sin embargo de vez en cuando la diosa fortuna se acordaba del pobre negro o del infeliz indio, y dejaba en el aire flotando una flecha que de pronto atinaba en el blanco y se mutaba tan desoladora situación de uno o de otro, pero eso lo repito, acontecía tras la muerte de un obispo.

He trazado aquí un panorama de conceptos fundamentales e hilos conductores para mostrar cómo Cartagena de Indias se hundió en el lodazal de la ignominia, a continuación variaré de sentido al contenido de este capítulo... en donde el poder y la dominación consolidaban su accionar, a continuación variaré el decorado barroco para darle paso a un tapiz más asequible y el recurso ideal serán las apostillas informativas.

### **Apostillas informativas**

\* Al promediar el año de 1680 se le otorgó de hecho el título de “Gobernador” a Domingo Criollo, caudillo de un palenque situado en la Sierra de María, un esclavo libre que llegó a tener bajo su férula cerca de seiscientos negros cimarrones y como en el palenque había un buen número de “criollos del monte” (nacidos sin conocer amo) quiso el líder negociar su libertad mediante capitulación con el cura de Turbaco, quien se fue para España a obtener tal concesión y consiguió al efecto la famosa “Cédula del perdón” cuyo cumplimiento como es fácil suponerlo no pudo llevarse a cabo por la resistencia tenaz de los dueños de esclavos de la región a ponerla en práctica. O sea fue un intento –pero fallido al final– de que el esclavo podía acceder a un determinado tipo de mejoría social... con una pizca de atrevimiento político o religioso... Mas eso era prueba fehaciente de que se obedecía pero no se cumplía... y que tampoco en el fondo existía el propósito de paliar siquiera parcialmente la condigna situación del esclavo, e incluso tampoco la hubo con relación al indio y todo siguió igual o peor en la futura Heroica. La retaliación fue infernal.

\* De ahí se desprende que una tranquilidad sombría rodeara continuamente a Cartagena de Indias por aquella época y era por consecuencia de la obstinación de contemporar o de actuar con la menor mala fe posible para con el prójimo. Eso afectó el clima global de vecindad. En Roma, por el contrario, epicentro del poder y de la ignominia, llamada por Lutero, Babilonia, y parecería una ironía, las cosas a pesar de todo, marchaban por un mejor sendero porque no se salían de sus límites, o sea por lo general no se mezclaba al inocente con el culpable, y si bien se engañaba a diario y

se agredía constantemente, eso no repercutía en la marcha social de la capital del imperio.

\* En la futura Heroica casi todo se convertía en conflicto, en apuro, en choque de intereses, para todo había diques, retenes, baremos y eso entorpecía la marcha de los asuntos humanos, con énfasis en los vencidos, especialmente en el esclavo. Y una prueba la constituye ese incidente del “caci-que” cimarrón. Me podrían reprochar poner en situaciones dantescas al español, y situar por el contrario al esclavo o al indio como un obsecuente servidor del tirano sin chistar como si estos personajes de ningún modo reaccionaran también con furia ante las agresiones de sus amos, en forma traicionera o aleve, pero eso fue la nota excepcional, tal como lo relaté arriba, y de ahí que fuese lo raro y lo difícil de representar de una manera apropiada, porque la fuerza que desplegaban contra esos remisos era tan colosal, que no había escapatoria posible y solo les quedaba el recurso de la soledad tanto al negro como al indio bien en el palenque o bien en el valle o en la montaña en donde se quedaban defensivamente a medrar, hasta que sucumbían víctimas del medio o de haber sido recapturados.

\* Retomo la trama del cimarrón y la eventualidad de acoplarse al ritmo cultural del momento: Como en aquella Real Cédula se consagraba la posibilidad a esos remisos de que se les fijara un territorio donde vivir, y se establecía igualmente la contingencia de que se les pusiese un cura y un Justicia mayor, ambos españoles, y que luego potencialmente se sometieran al Gobernador de Cartagena y que pagaran además tributos y otras consideraciones pertinentes para establecer una rutina a esa causa, esos pasos no se pudieron ejecutar por la cantidad de intereses creados alrededor de ese tema que lo estragaban o lo boicoteaban. Es que era una

resbaladiza pauta social de negociación, que podía alentar transformaciones al orden establecido y se pusieron entonces los dueños de la villa, los poderosos de ocasión, los amos descontentos, a la tarea de impedir su puesta en marcha. Y lo repito, dañaron el esquema y todo quedó igual o peor. ¡Cuántas cosas positivas no se habrían producido de haber prosperado esa iniciativa!

\* Había también en la provincia de Cartagena un negro esclavo llamado Domingo Biohó, cuyo amo, Juan Gómez, era reconocido por su extrema crueldad, razón por la cual el día menos pensado huyó con otros cuatro negros, con la mujer del dueño y tres negras que le servían, y después se le unió otro grupo de esclavos hasta que se completaron cerca de treinta fugitivos cimarrones. Bajo la férula de Biohó se reagruparon cerca de Tolú y cuando Gómez quiso recuperarlo perdió la vida en el empeño y nació la leyenda. Desde ese momento “Dominguillo”, fue reconocido como cabeza y rey del arcabuco (bosque o monte espeso y cerrado, ideal para que el negro se escondiera), título que luego se modificó por el de rey de Matuna, en honor a la ciénaga que lleva ese nombre y dado asimismo por lo escarpado del sitio que resultaba difícil dominar. Su gesta bélica concitó la atención de las autoridades por lo que a partir de 1605 se dio inicio a la “guerra de los cimarrones” que se extendió por la parte norte de la Nueva Granada y que concluyó en 1609 con la condena del “soberano” de marras a las galeras y aunque pudo fugarse y rehacer sus huestes, el acoso oficial y otras vicisitudes como el cansancio y la falta de reposo de su gente, lo condujo a negociar una tregua que cumplió a medias pues entraba y salía de Cartagena con arrogancia, lo que instó a que el gobernador de entonces, García Girón cavilara de que era necesario acabar con ese engorroso problema y



resolvió que el 16 de marzo de 1612, el cimarrón regio, muriera en justicia, o sea ahorcado (Triana & Antorveza, II y III, pp.170 y 217 y ss.). Y de ese modo murió para escarmiento de los de su progeie.

\* ¿Por qué los esfuerzos —incluso los mínimos en pos de la reivindicación social del negro y de paso del indio— fracasaban o tenían ese turbulento finiquito? Por el momento atino a una: se debía primero introducir a la gente en el concepto de una sociedad alegre para que vieran qué agradable resultaba abandonarse a la existencia sin tanta complicación; pero debía esa gente en Cartagena dejar a esa sociedad pacata en donde vivían pero eso era imposible...

\* ¿Y pudo jugar un rol importante la índole de la idiosincrasia cultural del negro para que cualquier acercamiento fracasare? Aunque ese concepto de idiosincrasia es ambiguo, no por eso se puede soslayar una aproximación, y afirmar que por lo general el esclavo no tenía ninguna afinidad cultural o social con el ibero o con el criollo, o sea no se entendían desde el nivel de amo y esclavo ni tampoco había condescendencia, paciencia o un poco de amplitud o generosidad de uno frente al otro y cualquier posibilidad en ese sentido era imposible. De ahí que esa diferencia abismal no podía ser responsabilidad del negro, era su modo de ser ahí en el mundo y lo pertinente hubiera sido un proceso de reeducación agregado con un poco de buen humor y se hubieran podido solventar tantas cosas...

\* ¿Qué le hizo falta al esclavo en la futura Heroica o en la Nueva Granada para buscar un consenso que aminorase sus afujias? Quizá una adecuada formación o tal vez un sentimiento de autoestima considerable... que espolease un sentimiento de aproximación, aunque también una buena dosis

de humor le hubiera facilitado al negro una mejor perspectiva aun en medio de las dificultades. ¿Podía fluir ese estado de ánimo ante ese cuadro? Tal vez no.

\* En el censo de artesanos del barrio de San Diego de Cartagena llevado a cabo en 1777, se constató que la mayoría de ellos eran operarios negros que cubrían de igual modo una variedad de oficios, desde alfarero hasta curtidor, pues el ibero que pasaba por estas tierras, venía enrolado a la milicia, a la burocracia o en el comercio al por mayor, de ahí que rehusara desempeñar esos oficios, considerados bajos o viles. Desde luego que esa serie de actividades artesanales elevaban un poco la estimación del negro dada la calidad del producto terminado que ofrecía y tal idoneidad se produjo cuando ese negro, esclavo muchas veces, libre o manumitido otras tantas, fue especializándose en diversos ramos aunque en el marco de la pirámide social, seguía en el último lugar del escalafón (Triana, II, p.188).

\* En el marco de ese escalafón social, tanto en la Nueva Granada como en Cartagena, existía un personaje que ha pasado un tanto desapercibido u opacado por el negro y por el indio: se trataba del mulato y no era porque estuviera mejor sino porque a veces no se le requería con urgencia o simplemente no era tan vejado o marginado con el énfasis con que era humillado el negro o el indio. Pero en un momento dado, las puertas se le abrieron en el Virreinato o en la futura Heroica también para el mulato tras la presión de cierto sector de la raza blanca que se alarmaba cuando escaseaba la mano de obra del negro o del esclavo e incluso no había un indio disponible en la encomienda. Y esa carencia de contar específicamente con la mano de obra esclava para las labores artesanales se debía cuando la autoridad les

mandaba a los esclavos a colaborar con los misioneros en su faena apostólica, y como sabían artes manuales, y de todo un poco eran utilizados para esos menesteres. Y eso no solo encarecía la mano de obra sino que faltaba, de ahí que se optara de vez en cuando a la mano de obra mulata cuando los controles impuestos para evitar el éxodo de la mano de obra del negro con los monjes fallaban en su cometido. Edgar Allan Poe decía que cuando quería saber cuán malvada o cuán estúpida era una persona o cuál era su pensamiento en un momento dado, adecuaba la expresión de su rostro lo más exactamente posible a la expresión del suyo y después esperaba qué ideas o sentimientos brotaban conforme a esa expresión... Igual debería hacer yo aquí ante ese cuadro malféfico del ibero...

\* Constantemente el negro ha provocado desconfianza, su color como que espoleaba la suspicacia, y al efecto se contaba que el negrito Manuel María, un protomártir de la independencia fue fusilado en 1816 tras una pendencia con un ibero y al reconocer además que era “patriota”, como quien dice “godo y negro, doblemente...”. Esa doble condición, patriota y negro lo remató, y condujo después a que se regara como pólvora este antecedente: “Alerta que el ser patriota es delito de muerte, pero yo lo soy y lo seré aunque pierda la vida...” (Triana, III, p.192).

\* “Yo sé que todo final suele ser del vencido...” (Cioran, 2010, p.14). Entonces: si de nada aprovecha el mundo porque de arriba siempre ha descendido la angustia ante el final como niebla ¿con que fin el ibero se tomaba tantos afanes?...

\* La tierra ha sido y fue testigo de la suerte que le cupo al negro —y al indio— y eso obedeció a un no sé qué de la naturaleza de las cosas, y no a un antecedente vil, ya que cada uno nació libre y así se desenvolvía hasta que una mala

pasada de la fortuna, los embauló en sus fauces y los condujo por el desfiladero de la desventura y del padecimiento.

\* ¿Por qué el negro —y de paso el indio— parecían huéspedes no invitados en un sitio y por consiguiente a menudo les daban la bienvenida cuando se iban? Largo tiempo su sombra y su sino han sido sus yugos, sendas evidencias que para nada servían para adornar la galería del corazón oprobioso e indiferente del español.

\* Cuando se analiza la naturaleza de la esclavitud en otras latitudes y en otros tiempos, se observa que fue también dura pero no tuvo ese dramático toque apocalíptico que se vivió en Cartagena y en la Nueva Granada.

\* El negro, asediado por el dolor, por la agresión y por la melancolía poco o nada tenía que hacer en ese mundo de sombras, y un interminable valle de sollozos rodeaba su dolorosa existencia. Y mientras tanto la grosera copa de la prosperidad se enseñoreaba sobre el amo ibero ante la complacencia generalizada de la sociedad de entonces.

\* Si por lo menos tuviera el alcance ese adolorido sujeto de qué boca partió el soplo que encendió la antorcha de aquel nefasto acontecimiento, y dio pábulo a esa inmoral opresión quizá hubieran hallado el remedio, la solución o de pronto ese conocimiento le haría fuerte para rebelarse... pero en medio de la ignorancia más terrible no entendía lo que acontecía a su alrededor. Por lo menos a Moctezuma le quedó el consuelo de que estaba próximo a caer en manos extrañas por una decisión cósmica inatajable y eso le volvió impasible a lo que le acaecía o a lo que le iba a acaecer muy pronto, pero aquí en la Nueva Granada y más concretamente en Cartagena eso no lo palpó ni lo asumió el esclavo y por eso fue más doloroso y más patético.

\* Es preciso recordar que la carga letal que pesaba sobre

los hombros del negro lo convertía de hecho en un transeúnte errabundo, pues debía estar perpetuamente presto a marcharse hacia otro lugar, en el caso de que fuese vendido y por ende una esperanza de mejoría se anidaba en su corazón ante la futura situación, pero muchas veces la realidad le volvía añicos esa ilusión...

\* La debilidad y la impotencia acopló al negro a un estilo de vida, moldeó también su talante, de ahí que de nada valía ni la resistencia ni el heroísmo porque lo echaba a perder completamente. ¿Era preciso referir este capítulo así a cuentagotas, de manera que solo se pudieran conocer tres o cuatro casos puntuales, tal vez más, y unos a manera de apostillas y que los demás contenidos hubiesen sido vastas generalizaciones de tipo sociológico, ético o filosófico? La verdad se ha construido con fundamento en los retos, en los enfrentamientos y en las rupturas acomodándose en este evento a los baremos del tiempo, por medio del *logos*, en este caso de la exégesis histórica, de la noticia, de la información, de la nota, del pie de página, de la máxima o de la reflexión y de la anécdota, puntos de inflexión semántica para dar con el cariz que le fue más propio a cada evento y ver cómo se acomodaba mejor si como anécdota o como información y así sucesivamente. Eso con el propósito de hacer asequible la comprensión aquí en este capítulo y allanar el camino para las respuestas a las preguntas formuladas en el Proemio además para dejar la sensación de un relativo conocimiento de causa sobre el particular. ¿Se podía aguardar a la sazón un componente de redención, de remedio o de superación a esa retahíla de agresiones y de malandanzas en contra del negro en aquella época? Si es en la actualidad y uno no deja de observar cómo se sigue lacerando a la condición humana, desde distintos frentes, en aquel ciclo, sin

esperanza, sin apoyo, sin energía suficiente para potenciar al mínimo sus recursos anímicos y menguadas sus fuerzas físicas era obvio que ningún espacio de redención, ningún contexto de remedio o marco de superación, salvo las excepciones de rigor podían puntualizarse para el negro y de contera para el indio, y de esa manera tan agobiante situación se prolongó en el tiempo y en espacio tanto en Cartagena como en la Nueva Granada. Quizá con más ímpetu en la futura Heroica...

\* ¿Por qué Cartagena de Indias y no otra villa de la Nueva Granada? Porque en esta villa se agolparon los primeros contingentes de negros que recalaron en sus muelles para la infame faena de la esclavitud; si bien Santa Marta puede considerarse como la primera urbe que los recibió, fue en la futura Heroica en donde realmente se concretó tan infame negocio y en donde se direccionó hacia otras localidades.

\* Infeliz negro, desdichado aborigen, morador a la fuerza y a la distancia en la villa de Cartagena de Indias, destinado por la suerte a sufrir el colmo del despiadado infortunio como si esta tierra tuviera cuentas pendientes con el destino y ese fuese el procedimiento que esgrimíó para cobrarlas, ellos fueron, sin proponérselo, la parte más débil del mástil y sin embargo les correspondió soportar todo el peso del velamen y por eso eran arrojados con más violencia por los vientos de la existencia, y lo peor, mal asistidos para recuperarse de esos golpes de la subsistencia. Alejados de la escasa o mínima felicidad que les tocaba por ancestro, asumieron, no obstante que tenían que convalecer a expensas de la agresión, el oprobio y la resignación. Triste condición, ni los prisioneros o los esclavos de Ciro el Grande o de Tamerlán el Cojo, aguantaron tanta malignidad... con ellos, allá las cosas pasaban rápido y sin cortapisa.

\* Aquí distingo lo siguiente: el lenguaje se convirtió durante la colonia, especialmente en Cartagena de Indias, en algo inerte porque carecía de los poderes que hoy (2015) detenta y que le son propios, en aquel tiempo, se hallaba replegado sobre sí mismo, dada la proliferación de dialectos y de signos precursores y eso hizo que el castellano, por ejemplo, se hundiera en su propio espesor dada la estrechez que manejaba para emerger y solventar la crónica de la vida en Cartagena. Desde esa perspectiva la gama de sucesos lúgubres que rodearon la estancia del negro/esclavo y en menor escala la del indio/vasallo se convirtieron en una mera sucesión —o de jeroglíficos o de signos inestables— que impidieron que la realidad de esos hechos se conociera a cabalidad, por conducto de la prosa del saber<sup>10</sup> en aquella época. Eso trajo consigo que además no se cristalizara una adecuada relación, salvo casos específicos, de las palabras con el mundo de tales cosas y en cambio se materializó un tenue y variable nexo con las huellas y con los rastros que esos desafueros dejaron tras de sí ...hechos indicadores de sucesos, pero no de los sucesos como sobrevivieron.

\* Por ende, posiblemente al carecer la historia de una herramienta fundamental por esta tierra, que si operaba en el Viejo Mundo, como era la prosa del saber y una gramática general básica<sup>11</sup>, faltaron las condiciones logísticas de rigor y no se tomó en serio luego al holocausto que aconteció en Cartagena y en la Nueva Granada o se relativizó su importancia, ya que hizo falta el manejo apropiado de una prosa del saber en la colonia, por ejemplo, el uso de un adecuado control de la analogía o de un vínculo de maridaje entre

---

10. Foucault, pp.33 y ss.

11. Foucault, pp.86 y ss.

la forma invisible y aquello que en el fondo del mundo de las cosas permitía que se hiciera visible y necesaria —como en la historia de Atenas y en la historia de Roma— ya que la conducción de ese proceso epistémico hubiera facilitado que aquella forma invisible —la manera como se ha manejado la esclavitud— saliera como una figura palmaria aquí, y al aplicar la analogía por las categorías de semejanza, de aproximación, de similitud de identidad o de diferencia, se hiciera notorio el acento histórico en la futura Heroica y en la Nueva Granada con nuevos componentes para apreciar la magnitud de la catástrofe y de malignidad. Mas tampoco eso fue una excusa...

\* Ese espejo en cuyo fondo se han mirado las cosas desde todos los ángulos y desde donde se han mandado unas a otras las imágenes, esas cosas del mundo —en este caso de la esclavitud— fue lo que le permitió a los judíos en el siglo XX con un adecuado manejo además de la prosa del saber de ese siglo, dejar constancia de lo que les ocurrió en manos nazis. Mas ese espejo en Cartagena y en la Nueva Granada, como no podía recibir o mandar las imágenes de esas cosas se nubló y de ese modo poco a poco la prosa del saber sobre esos deplorables hechos se desvaneció y se dio paso a una prosa subalterna o *ficta* del saber, y poco confiable de paso, la del rumor... y entonces por esa circunstancia, no fue factible recrear —si es que el término es plausible— la dimensión de la tragedia moral con la esclavitud y de paso con el vasallaje en esta parte del hemisferio de Colón.

\* ¿Pero tenía algún sentido manejar en Cartagena de Indias y en la Nueva Granada, una prosa del saber de aquella época tan en boga en Europa? Sí tenía sentido, pues eso hubiese dado pábulo a que muchos eventos siniestros de esa índole se hubieran sancionado como era debido, bien direc-



tamente en unos casos, bien indirectamente en otros, pero resultó tangible que desde Felipe II al no existir un consenso sobre la manera de conocer los desafueros de los amos o de los encomenderos y después corregirlos incidió en el desenvolvimiento de la sociedad de un modo concatenado tanto en relación con la población nativa como con la población negra y con el anhelo de la burguesía de ennoblecerse a como diere lugar. O sea la inercia, la codicia, la liviandad o la ignorancia le sirvieron de parapetos a la autoridad y sus cómplices para mantenerse en sus trece sin necesidad de rendir cuentas en serio.

\* Mientras tanto, al burócrata le seguían cayendo del cielo comisiones, al amo o al encomendero el dinero les bajaba a montones, y al oidor o al oficial del rey para no quedarse atrás, entre otros, le menudeaban solicitudes y se llenaban sus bolsas como apretado granizo, reales, doblones e incluso dobillas en cantidades suficientes que pesaba esa alforja más que un matrimonio a la fuerza y como eso ni cansaba ni incomodaba nada hicieron para que cesaran las causas por las cuales se llenaban sus bolsillos a montones. Y en torno a ellos, como meros convidados de piedra, el negro y desde luego el indio, y desde la barrera los demás miembros de la sociedad, contemplando el espectáculo indigno incluso del Coliseo romano.

\* La experiencia en la Corte ibera de que se podía emplear el liderazgo religioso para el aumento y para la conservación del prestigio de la monarquía, instó a los líderes locales, tanto en Cartagena como en las restantes villas de la Nueva Granada, a contar con el Clero para rechazar cualquier resistencia por mínima que fuera de aquellos estamentos que se encontraban a su nivel, e incluso para mantener amedrentados a los de rango inferior. Y para ellos manipula-

ban unos valores y secundaban unas estrategias a fin de darle posteriormente en algunos casos hasta sentido de cruzada a posturas militantes.

\* En Cartagena de Indias había una especie de control del pensamiento —como en toda la Nueva Granada— pero con la diferencia que aquí fluía un acento particular ya que era un puerto que recibía y despachaba personas de todas las raigambres, circulaban además individuos de diversa ralea y por ende era ineludible atajar los contactos intelectuales e incluso religiosos con el exterior y de paso restringir la circulación de ciertos libros considerados resbaladizos. En 1559 se prohibió en España que la gente fuera a estudiar al extranjero, salvo en los colegios de Bolonia, Roma, Nápoles o Coímbra (Jover, I, p.873) y desde 1558 todo texto importado debía tener licencia del Consejo de Castilla, con el propósito cardinal de fiscalizar también las costumbres. La persecución en la futura Heroica de la brujería, de la hechicería y de las prácticas adivinatorias, tomó ribetes de vodevil y si bien se consideraban delitos menores en comparación con la blasfemia, era evidente que en la periferia de esa villa, se realizaban esos ejercicios que iban a la par de las convicciones de los negros y en menor grado de los indios. Sin embargo se acosaba cualquier manifestación del intelecto que pudiera chocar con la ortodoxia.

\* El negro recurría a esas ceremonias ancestrales como un modo de evadir, así fuera por un instante, las afugias propias de su cruel existencia, y de paso mostraron a la posteridad que los efectos de la religión cristiana no habían tenido el tinte reparador que se buscaba con la catequesis. La historia de esas creencias que aquí se tratará en su perfil bajo, dio cuenta de que era la expresión de una curiosidad diferente ante los designios del cosmos, y que era arraigo además de

una cultura sacra basada en el gesto y en la seña por conducto de un movimiento corporal que daban al entorno unos efectos especiales. Del lado de su proliferación se colocó la impotencia de la Iglesia católica de paliar los sufrimientos de su etnia o de su persona, y del otro lado de su aceptación y de su divulgación entre ellos, las experiencias recibidas y una sucesión de manifestaciones que llenaban de asombro a los seguidores.

\* La Iglesia combatió esa práctica, y si hubiese puesto el mismo celo en la mitigación del dolor del negro y del indio en Cartagena y en la Nueva Granada a lo mejor la cosa hubiera mejorado sustancialmente, pero vivía apegada a la forma, de ahí que por ejemplo, lo que no soportaba era que en aquellas ceremonias nocturnas de los negros o en las danzas de los indios, se hicieran bromas con Su Majestad Regia, con el Clero o con la Inquisición; el precio era bien alto.

\* Al fin y al cabo, pese a tantas resistencias soterradas por parte de propios y de extraños, la teología se desarrolló de una manera exagerada en esta parte del hemisferio de Colón, ya que muchas cosas de la vida cotidiana dependían de su aquiescencia, y en Cartagena eso no fue la excepción. Por el contrario fue la regla general de comportamiento sacro y en medio de todo eso, la ciencia padecía de asfixia mental y se hallaba como inhibida y la cultura bastante restringida a ciertos ámbitos de acción que parecía condenada de antemano al grosero olvido. Cartagena de Indias y la Nueva Granada parecían enemigos de la ciencia y de la cultura en general y de todo aquello que difería de la ortodoxia pura. Yo considero que debajo de todo eso había un rastro mayor del conflicto entre una teología pujante y altiva, y de las otras manifestaciones diversas, la ciencia, la cultura y el esoterismo africano, que buscaban cada una definir la auto-

nomía de la naturaleza de las cosas ante el misterio de Dios. Pero lo que concita la atención de ese esoterismo africano en Cartagena de Indias, especialmente, era la simplicidad y la espectacularidad con que manejaban sus ritos de iniciación en pos de vías, mas eso escapa al control de esta obra y por eso me limito a indicar que las discusiones aún continúan en pos de reconstruir a grandes rasgos cuál fue la esencia de esas luchas soterradas, entre un bien formal y un mal que no era formal pero en cambio sí lo era dolorosamente también tangible.

\* ¿Era ventajoso vivir<sup>12</sup> en esa ciudad amurallada por aquella época tremebunda? Si uno pertenecía a la élite acomodada y en pos de ennoblecerse, podía uno medrar bien, distenderse de las presiones del día a día, sosegar, aunque poco a poco se iban desnaturalizando las costumbres y todo cada vez se hacía más difícil. Sin embargo, las cosas marchaban a un cierto ritmo en que ni se percibía el afán ni se notaba la parsimonia. Pero si a uno, por un tiro de la adversidad le tocaba vegetar en el cuadro de una condición social distinta, negro, indio, pobre de solemnidad, etc., nadie alcanzaba a sobrevivir lo suficiente como para saborear el decorado de la existencia, porque se convertía en miserable y su existencia se tornaba absurda.

\* Una consecuencia dramática de la cotidianidad en la

---

12. Durante la colonia en la Nueva Granada y más concretamente en Cartagena de indias, la capital comercial del virreinato, no existía la vida, ni la ciencia de la vida, pero sí había un dominio general sobre las cosas con un orden descendente y muy bien estratificado que comprendía entre otras cosas, las nociones de riqueza, de valor, de prosperidad, de tierra, de renta, de interés y una sociedad centrada en el comercio, en la tierra y en la circulación de bienes para efectos de clasificar a sus miembros (Nota del autor. Véase además: Foucault, pp.164 y ss.).

futura heroica, por aquellos años de la colonia consistió en el hecho extravagante de que la gente “de bien” se encerraba a su gusto y quedaba de ese modo, a su capricho, perennemente estampados dentro del Corralito de Piedra, y esa actitud social señalaba un talante para rodearse solo de aquellas estirpes cuya condición y distinción social lo permitía y lo condescendía... Una especie de cuarentena general de tipo social se vivía pues por aquellas calendas, producto de esos resabios hipócritas traídos del Viejo Mundo. Si bien la expresión “Corralito de Piedra” puede admitir otras connotaciones, aquí se puede sobrellevar como una especie de barrio cercado solo para determinadas personas<sup>13</sup>.

\* Cabe hacer un alto en esta exposición pues corro el riesgo de desleírme en una constelación de consideraciones retóricas que no son ya precisas en este capítulo, basten pues esas reflexiones a manera de síntesis, indicando solo que Cartagena de Indias fue la cabeza de puente que cultivó un desfiladero de iniquidades, un báculo de bellaquerías y una sima de putrefacción en el resto de la Nueva Granada, sin que esto le reste “mérito” a otras villas que también procrearon ese contexto. ¿Por qué? Porque le correspondió florecer y desarrollarse en un ciclo en donde los hábitos morales se hallaban ausentes, en donde solo una vana aspiración de gloria y riqueza lo dominaba y en donde una falsa piedad

---

13. El columnista de *El Heraldo* de Barranquilla, A. Martínez (amrtienez@uninorte.edu.co) escribió el 16 de diciembre de 2014 lo siguiente: “Una vergüenza llamada Cartagena. Mientras los turistas se pasean por los jardines de su fachada de mentira, las muchedumbres que hay detrás padecen los horrores del olvido y de la segregación...”. O sea que creo que no he exagerado el contexto de mis apreciaciones acerca de aquella villa colonial que por lo visto vivía casi igual que ahora. ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! (Nota del autor. Véase además: Diario *El Heraldo*, edición del 16 de diciembre de 2014, Opinión).

y una hipócrita devoción lo circunvalaba, de suerte que el verdadero espíritu del hombre desfalleció y languideció. Mas no por esas falencias la villa dejó de progresar y salir a flote, no obstante la rodean aun distintas manchas, de sangre, de sudor y de muecas por doquier, señales del sufrimiento que se vivió por muchos de sus habitantes que cayeron en la desgracia al ir a parar a sus muelles y después a sus minas, haciendas o factorías.

\* Dejo el tratar con más detalladas exposiciones estas cosas porque si bien convendría poder alargarlas un tanto y harían más pertinente la comprensión sobre el particular, y lo reforzaría, pero temo que me conduciría más lejos de lo que exige la materia principal y de lo que yo pretendo indicar que no es denostar contra la ciudad sino reprochar a su sempiterna clase dirigente que se ha regodeado desde los albores de su fundación en todos los vicios que han afectado la imagen de una urbe de sus quilates y lo repito, hacer legible el proceso de comprensión fenomenológico que se requiere consolidar.

\* Unas palabras categóricas: Se adopte o no se adopte esta recapitulación, será puntual mostrarse conforme, no obstante, que en este capítulo –como en los anteriores, hasta ahora– quedaron reunidos en un todo simple o en un casi todo sólido, muchas cosas singulares, antes desacopladas o aisladas del útil hilo conductor que las aunara o del idóneo concepto fundamental que las soldara, y aunque apenas rocé en la razón de estas cosas sin meterme en otras de mayor calado por motivos de espacio, no equivale eso a una incapacidad o una negación de su existencia; fueron imponderables que toda crónica suele asumir en su interior.

\* Al fin: ¿con cuántas cruces tacharía a Cartagena de Indias? Allí todo era flor, o sea como era entre fulleros, la

trampa y engaño, las notas primordiales<sup>14</sup>, allí la grandeza de su fachada se trocó en vileza y de ahí su hermosura en fealdad, y el agrado en terror, y tal que parecía la villa bien vista, no fachada sino echada por instantes su ruina<sup>15</sup>, se veían jardines sí, mas al acercársele uno a mirarlos, se avizoraban espinas y malezas... y cuantos entraban riendo salían al final llorando... y fue desde ese lugar donde se pudo apreciar también, hermenéuticamente hablando, la comprensión parcial de vencido del indio y del negro, y eso porque se pudo apreciar la luz, la tenue luz que emanaba del bosque de ese paraje llamado Cartagena de Indias, a la que le pondré tantas cruces como en un camposanto... faltará la otra mitad que será la minería.

\* Lástima que la futura Heroica o mejor, sus habitantes más encopetados no hicieran lo mismo que los habitantes de Nínive, cuando al escuchar las palabras de exhortación de un profeta, “promulgaron ayuno, hicieron penitencia grandes y pequeños”. Al advertir Dios lo que habían hecho “y como se convertían de su mala vida no les aplicó el castigo anunciado...”<sup>16</sup>. La conclusión de este capítulo como suma de una que otra que pude verter en páginas anteriores es que la futura Heroica puso de presente un rostro falso que ocultaba el corazón adulterado, maligno o indiferente de cada uno de sus habitantes.

\* Pero, ¿se aclaró el panorama, se alcanzó a mirar de cerca tanto al paraje como al bosque para luego introducirse en cada uno para desenredar la rústica madeja que ocultaba los siniestros hechos en contra de los vencidos? Por lo menos

---

14. Gracián, p.218.

15. Gracián, p.219.

16. Jonás 3,1-5.10.

ingresé al escenario, o sea al paraje, y poco a poco, me introduje también en el bosque de esos acontecimientos, y considero que a través de la exégesis histórica, y demás esbozos estilísticos, sí hubo una solvencia explicativa de ese espeluznante trasegar del indio y del negro en mano del encomendero, del amo o del colono y se avistó un claro en la espesura del bosque y una tenue luz apareció en medio del fragor cronológico de la villa. La comprensión está casi en su punto...

### **Tip/Ten**

**Palabras clave:** Cartagena de Indias. Gracián. Graco. Sodomía. Gomorra. Guzmán de Alfarache. Lazarillo de Tormes. Inquisición. Córdoba. Toledo. Nínive. Jonás. El Barroco. Consejo de Castilla. La prosa del saber. El lenguaje. El control del pensamiento. Real cédula. Napoleón.

**Conceptos fundamentales:** La sociedad humana. El cimarrón. El mulato. El prójimo. La tolerancia. La penitencia. El arrepentimiento. La exégesis histórica. La religión Católica. El respeto. La corrupción. El afecto. El desprecio. La indiferencia. La idiosincracia.

**Hilos conductores:** Los vicios sociales. La reputación social. La gloria y riqueza. El embarque y desembarque de negros. La maldad y lucro. El ritmo cultural. El maniqueísmo. La inercia. La sociedad alegre. El escalafón social. La brujería. La blasfemia.





## Capítulo 6

### LA MINERÍA: OTRO PARAJE<sup>1</sup> CON SU BOSQUE<sup>2</sup>

*Sic Vos Non Vobis*

Virgilio<sup>3</sup>

Dos pilares tenía el sistema económico ibero<sup>4</sup> por aquella

- 
1. Este lugar fue un sitio lóbrego donde lo que le aconteció al medioambiente y al negro, en menor escala al indio, y junto a la futura Heroica conformaron un doble sitio del infierno que permanecía oculto y que era necesario desocultar integralmente por este medio para que al final se comprendiese esta trama. ¿Por qué? Porque en esos parajes se escondían y concurrían las tres formas del ser: Estar a la mano, o sea el negro estaba a disposición del amo, en menor escala el indio a disposición del encomendero, luego estar ahí, o sea estar en el sitio –villa o mina y encomienda– y finalmente el *dasein*, tener que ser esclavo o vasallo sin posibilidad alguna de elección ya que asumieron esa carga ambos. Entre todas las apuestas posibles del ES, le tocó al negro y al indio, una presencia ya dada, quedar luego expósitos y eyectar más tarde a estar en el mundo del vencido cada uno, sin vivir su vida, o sea la vida del mundo de ellos y eso volvió patético el drama de los vencidos. Le correspondía a las siguientes generaciones de esas razas padecer con más énfasis esa tétrica aventura y como cada paraje tenía su bosque que mimetizaba cada historial, ha sido necesario montarlos aquí para la cabal comprensión del fenómeno de los vencidos (Nota del autor).
  2. Aunque por lo general aludo al negro/esclavo en este capítulo, no por ello, debe olvidarse al indio, desplazado, disgregado y viviendo en la miseria, o en la encomienda, también sufría en carne propia, la tara del vencido, a pesar de que ya no se le necesitaba tanto en aquellos menesteres para los cuales fue traído el africano. No obstante era empleado en esas labores infames no aptas que su condición física pero debía cumplir con su cuota para gozar de los eventuales beneficios de la encomienda. “Ha sido una crueldad anonadar a un hombre que cae...” pero el amo o el encomendero no quisieron jamás salir o saltar de ese mal paso que dieron frente al indio o frente al negro (Nota del autor. Véase además: Shakespeare, I, p.942).
  3. “Aunque vuestra, no será para vosotros...” Virgilio (Hugo, 2005, p.339).
  4. De España se heredó una cuestión atávica: Allá, la alegría parecía ostensible pero falsa, de falsedad absoluta y en cambio los pesares, ocultos pero ciertos y tangibles. Si se repasare la crónica de la Nueva

época en esta tierra: el trabajo esforzado del esclavo o del indio en las minas, y el flujo de metales preciosos al Viejo Mundo. Entonces es de recibo afirmar que bajo ninguna circunstancia las autoridades asentadas en esta parte del hemisferio de Colón, iban a consentir un cambio de las relaciones en la minería, la corteza económica de la Corona, su joya más preciada, para mejorar en grado sumo la inicua y triste condición del negro... o la del indio —que dicho sea de paso consideraban ya superada—, dado que se hallaban sometidos a la encomienda y lo abrigaba la ley en el sentido de que no se podían aprovechar como esclavos. Para eso estaba el negro. Mas todo eso era un sofisma de distracción pues el amo empleaba a uno o a otro acorde con las condiciones estipuladas por otra exótica institución, la mitra, aunque menos nociva que la encomienda, si bien parecidas. Entonces, las cosas debían marchar al ritmo impuesto desde la metrópoli y desde el preludio de la exploración y explotación minera, comenzaron los desmanes y los desafueros laborales ya que era necesario producir al precio que fuera y por ende suponer una mutación a las reglas de juego —que consistían en trabajo y más trabajo, y cada vez más arduo— era imposible, ya que iba a representar un atentado a los ingresos y al progreso del caudal de los interesados en ese negocio infernal.

Está acreditado que el español por estas latitudes jamás tomó arado ni se esforzó de ningún modo en colaborar con sus esclavos o con sus indios en la mina o en la encomienda para patrocinar unas condiciones más viables al trabajo que

---

Granada se observará que esto ha sido uno de los peores legados heredados, pues se terminaba siendo infeliz por tomar las molestias como catástrofes en virtud de ese sino siniestro (Nota del autor).

se ejecutaba sin tregua (Jover, I, pp.451 y ss.) o para tornar más decoroso, ya que eso era un insulto a su dignidad, no servía tampoco para el campo, ni guardaba ningún ganado, ni nada que se le pareciera o que encarnara esfuerzo. Eso personificó que le tocara al esclavo, al indio, al mulato, al zambo y aun al mestizo involucrarse en esos menesteres considerados inferiores y contribuir con esa pujanza laboral al encumbramiento y enriquecimiento de ese personaje avieso y de paso a la Corona. Que a la postre para nada les valió pues en sus manos, esos cuantiosos recursos se diluyeron en humo. Ciegos se han mostrado los hombres mientras han vivido en la tierra, decía Goethe.

Si existe un medio natural devastado, un hábitat deteriorado y un ambiente desbaratado en esta parte del hemisferio de Colón, ese ha sido el sector de la minería, de ahí que ocurriera un espectáculo de depredación tras la presencia ibera y un estado de desolación se atisba rápidamente después de los fatídicos pasos del colono/amo por cada mina. Ni un asomo de reconstrucción o de adelanto de las condiciones del entorno; nada, lo de ellos era simplemente explorar y luego extraer, extraer y listo. Ese ecosistema fue también otro de los colosales vencidos tras la presencia ibera y sus efectos pueden percibirse hasta el día de hoy (2015) en donde cada vez se pretende preservar los recursos del hábitat, especialmente en las cuencas de los ríos o los parques naturales ya que muchos de ellos corren el riesgo de desaparecer. Sin embargo subyace el esfuerzo soterrado del nuevo corsario ibero, o foráneo, para explotar ese hábitat y para dejarlo totalmente exánime luego de su expoliación sistemática. Entonces es fácil imaginar que los recursos naturales se han convertido en esta tierra desde aquella época terrible, en un averno pues la mano siniestra del colono/amo con sus

constantes agresiones contra la naturaleza le ha impedido que se reponga, como todo lo vivo, y ante la seguidilla de agresiones materiales, obvio es admitir que eso está hecho un desastre, un infierno en resumidas cuentas.

Y la omisión de las autoridades españolas sobre el particular, en el sentido de que no hizo lo posible para controlar esa desenfundada apetencia por explorar y extraer donde fuera y en cualquier circunstancia los elementos que contenía desde tiempos inmemoriales ese ecosistema, fue perturbadora y cómplice con ese denuesto ambiental dada la mollicie que mostró tan legalista como era en todos los sentidos de su trasegar político por esta tierra, ya que aparejó que dejara firmada en blanco una orden al peligro de extinción que nadie más tarde reparó en su índole y ese riesgo se fue haciendo cada vez más grave en la medida en que el calendario hizo de las suyas y ninguno tomaba cartas en el asunto al conceptuar viable el “contenido” de ese documento en limpio o en blanco por el hecho de hallarse rubricado.

En ese aspecto, el español —el colono en sus categorías clásicas, amo o el que se beneficiaba de la mita y la autoridad real aquí— por acción o por omisión, fue una réplica de Atila, el rey de los hunos ya que o nada subsistía a su paso o lo que quedaba se descubría tan exangüe que requería de un milagro para reanimar aquel entorno. Ese desalmado escenario no hizo del peninsular un elemento digno de emulación. En primer lugar porque en cada mina, socavón o lecho de río quedó el testimonio fehaciente de su afán por agotar su activo, y en segundo lugar porque la imagen de su vida material que presentó ante la posteridad, por la continuación de ese evento dañino en grado sumo, fue poco ansiado. Igual sucedió con otros detalles de su luctuoso trasegar por estas tierras.

Potencialmente el estado del esclavo en aquel tiempo –sin mencionar al indio pues ya muy poco intervenía en la actividad minera en comparación con la de aquel, aunque de vez en cuando se involucraba o lo era a la fuerza en tal faena en mayor o menor grado acorde con las circunstancias de la respectiva encomienda o del sitio donde viviere a la intemperie o con la tribu según el caso recibía el mismo trato– era espeluznante porque no militaban las condiciones mínimas que garantizaran su resistencia, o sea ni siquiera hablo de supervivencia, era lo exiguo que se podía aguardar o sea que resistiera, en medio del dificultoso trabajo o después de un periodo más o menos extenso laborando dentro de ese filón. Y sin que esto suene ahora como otra elegía, es del caso rotular que el negro esclavo era el más pobre, el más acabado, el más miserable y el más abatido de todos los demás personajes de niveles inferiores que habitaban el virreinato de la Nueva Granada, que parecía o por lo menos a mí me dio la impresión de que incluso los restantes sujetos que no estaban involucrados a ese proceso, junto con el amo/colono/encomendero se hubieran asociado para hacerle más desventurada la vida al negro y devastarlo totalmente.

La opresión, la ansiedad, la irritabilidad, la ineptitud, la impotencia para reaccionar, el agotamiento y la agonía tras conjugar de pleno derecho esos verbos, volvía al negro taciturno, insensible al mundo exterior y dentro de su alma solo habitaba la descomposición de una vida indigna de ser vivida. Nadie tuvo ascendiente sobre el amo para que por lo menos morigerara su bestial dinamismo en atormentar al esclavo con esas draconianas reglas para la exploración y explotación minera.

El aparato que hizo posible que se acumularan esos ultrajes contra el negro y de paso contra el indio hasta hollarlos

como vencidos, tanto en el paraje de la ciudad —llámese Cartagena de Indias, Santa Fe de Bogotá o Anserma— como en el paraje de la minería o de la encomienda —que también fue otra posición aunque no tan diabólica como estos con relación al negro y divisarlos— no era propiamente humano; se denominaba sociedad y fue el medio esencial para que el hombre descollara como tal, contando con su abrigo o protección. Todo cuanto fue posible hacerlo vino de individuos, pero vinculados en la sociedad en donde se sentían desindividualizados para actuar de una manera u otra y en aquella época ante la complacencia de otro aparato, originario de la sociedad, que bien pudo controlarlos el Estado y tampoco lo hizo.

Por tanto la colectividad, o lo colectivo, como ficción legal de la sociedad, ha funcionado como algo intercalado en las existencias individuales y eso lo dijo Ortega y Gasset, para hacer marchar bien o mal a esas personas de carne y hueso que tomadas aisladamente jamás hubieran podido explotar ni la tercera parte de las actividades que desenvolvían en lo cotidiano...

El río abría un cauce y luego el cauce esclavizaba al río, advertía en alguna parte Ortega y Gasset. Eso aconteció con el hombre frente a la sociedad, le abrió un espacio y luego ese espacio atenazó definitivamente al hombre.

Se hizo mal en tolerar esos desafueros que poco a poco minaban la estructura física y mental tanto del negro como del indio. Y eso fue producto de la sociedad enfermiza de la época que no hizo nada para detener esa barbarie social que cada día adquiría un tono más cetrino.

¿Un factor significativo del aumento de ese tono cetrino? Las enfermedades, que hicieron de las suyas con los esclavos y con los indios, de paso, en el terreno de la minería, y aun-

que los primeros “eran parcialmente inmunes a la malaria, los negros eran azotados con frecuencia por la viruela y el sarampión, pero las llagas, bubas, varias enfermedades estomacales, la sífilis, la lepra, la tuberculosis parecen haber sido los males principales...” (West, p.86). Lo mismo acontecía con los indígenas que también padecieron semejantes achaques, unas veces con más acento que los negros. Y si bien es de suponer que el amo hizo un relativo esfuerzo por paliar esas pandemias que eran recurrentes, por ser contagiosas y de rápida propagación, lo atrasado que estaba la medicina y la inexistencia de una profilaxis adecuada, hizo ineficaz el remedio de las mismas —si es que había algún remedio que no fuera dejar expósito al enfermo— y se volvía ese o aquel campamento un hades al cuadrado, en donde caía esa plaga era inminente el desenlace fatal y a la sazón el sufrimiento de cada enfermo era patético y digno de conmiseración, al margen de que le correspondía seguir laborando hasta el límite.

Cuando afirmo hades al cuadrado, pretendo en realidad simbolizar doble hades, o sea el primero como sitio diabólico de trabajo y de sufrimiento y el segundo como otro sitio diabólico pero de enfermedad y de dolor...

La alta incidencia de morbilidad entre los negros de las minas y los indios que las trabajaban, pero encomendados, se reflejó en una alta tasa de mortalidad y “era necesaria una introducción constante de nuevos esclavos para reemplazar a los muertos” —que debieron ser bastantes— “y cuando aquellos no se obtenían disminuía drásticamente la producción de oro. Además la mortalidad infantil debió ser alta, por ejemplo, en Remedios (1632) una cuadrilla de 94 esclavos, de los cuales 38 eran mujeres de edad de procrear, contenía solamente 11 niños menores de 10 años...” (West, p.87).



Y “a tanto ha llegado” ese pobre hombre, el negro, que incluso sonaba mal su nombre de esclavo de minas ya que era semejante al apelativo de marginado, de alejado, de grosero, de malicioso, de flojo y de ahí para abajo. Por eso atormentado con todo tipo de cepos, grilletes, cadenas, y obligado con uno u otro tributo, y con algunas imposiciones sociales propias de su aislado nivel, desfilaba la existencia en medio del sarcasmo, del escarnio, de la befa y del pasatiempo de los demás que lo tomaban como objeto de burlas y desde luego de agresiones.

En la Nueva Granada y en el resto de las Indias Occidentales, todo, por ende, era pesimismo y turbulencia, y por eso cuando el cielo bajaba su mirada hacia esta parte del hemisferio occidental, tremolaba, y un bochorno sofocante y pesado aire, igual al que deberá sentirse en las puertas del averno, iba circundando el lóbrego ambiente. Entonces al apagarse el día, ese cada día adverso repleto de afrentas, lleno de faenas arduas sin descanso y extinguirse las luces de la tarde, el negro y el indio a lo mejor, escuchaban un retintín que le murmuraba a cada uno: “Un día de estos expirarán tus dolores...” (Gracián, p.142). ¿Y eso era suficiente para calmar el ánimo de esos afligidos por tantas calamidades? Es preciso en todo caso afirmar que a cada cual le llegará su vez pero irrita pensar que muchas veces eso se anticipaba por la mano artera del hombre.

La ventaja que tenía el negro esclavo en la mina, sobre aquel que era destinado a otro menester menos duro, e incluso sobre el indígena encomendado, era que podía convertirse con el paso del calendario en un negro libre. Y gozar por ende de su libertad. En efecto, “para fines del periodo colonial se había formado en las regiones mineras de la Nueva Granada, una abundante población de negros libres”. El

elemento libre estaba compuesto principalmente por negros que habían podido comprar su libertad, igual a los que habían huido, los mulatos y los escasos individuos que habían sido liberados por amos compasivos. Casi invariablemente los “libres” seguían trabajando como mineros, con frecuencia como lavadores independientes de oro o como trabajadores libres en minas españolas; algunos llegaron a comprar pequeñas minas, quizá de aluvión y uno o dos esclavos. Se calculó que al promediar el año de 1809 más del 80 % del oro producido en Antioquia era extraído por trabajadores independientes y el resto por esclavos... y Zaragoza tenía más negros libres que esclavos. Además ya desde 1789, Francisco Silvestre, visitador general de la Nueva Granada, había calculado que el virreinato tenía cerca de 550.000 mulatos y negros, de los cuales 420.000 eran libres y el resto esclavos...” (West, p.88).

La anterior afirmación debe ser considerada la excepción a la regla, porque el negro que recobraba o compraba su libertad —el indio no podía hacerlo ya que no era esclavo sino encomendado— tuvo que sufrir mucho, padecer en demasía por hallarse inmerso en la minería para conquistar ese objetivo. ¡Cuántas lagrimas! ¡Cuánto dolor debió resistir para hacerse acreedor a lo que por naturaleza le correspondía! Eso también constituía un tártaro... por el suplicio que requería sobrellevar para buscar la manera de conquistar su libertad. Yo pienso que cuando coronaba esa empresa, ¡cómo debía burlarse de su persona, el éxito, cuando iba en pos de su encuentro! Mas eso no era obra de la casualidad, era producto de su ingente faena en la extracción de metales preciosos que le permitía acceder a esa posibilidad. Pero no todos tuvieron la misma suerte y pese a los datos consignados por la autoridad regia, que no son de fiar, la situación general del

negro, del esclavo, del mulato o del indígena no mejoró en lo sustancial.

En aquel excelso momento, al acceder a la manumisión, ese negro vencido se convertía en un vencido orgulloso de haber saltado la tapia, pero más tarde reconocía que esa postura era ridícula y patética. ¿Por qué? Porque mantenía su calidad de exiliado, no pertenecía a nadie, cierto era, pues la tierra le miraba con desdén, y por ende ese emancipado solo tenía el derecho de llegar al límite inferior de la escala social, pues ya le estaba vedada otra pretensión diversa.

Solo un poeta de aquilatados méritos, podría recitar el sentimiento del esclavo liberado al momento de despedirse del resto de su cuadrilla, y ¡cómo debió ser ese abrazo angustioso del que se quedaba!, ¡de aquel que era privado de deleitarse con aquello que la naturaleza le había otorgado generosamente!, ¡los juramentos que en aquel supremo instante se vertían, se ahogaban por las lágrimas derramadas!, ¡el precio por su libertad que tanto habían comprado con sus suspiros al fin se volvía realidad con uno de ellos!, ¡mas por fuerza tenían que continuar los demás, de manera que en un adiós sumario, tantas despedidas como estrellas y anhelos se agolpaban al momento de irse el emancipado... que debía tener por divisa, ser simple y reservado a partir de ese soplo de gozo! ¡Qué momento debió ser cada suceso de esa índole!...

Esta alusión por lo menos ha dejado un mejor sabor que las anteriores reticencias tristes o lóbregas de suyo, pero quedaba otra, tan próxima a lo real, que no podía ser ya seductora, mejor ignominiosa y por eso el plano de afrentas tomó ribetes de imprecación cuando se observaba no la partida del amigo, del hermano o del camarada, sino del nivel

cultural del negro/esclavo en el yacimiento que permanecía igual o peor que antes. La sorpresa del que se iba, fue al encontrarse luego con otros mundos, como por ejemplo, el urbano o el campo, pues en esos sitios la situación sin ser la mejor, aclaro, por lo menos convertía lo cotidiano en algo aceptable, y esa impresión debió ser estupenda provista tras su nueva condición, pues no era lo mismo distinguir una cosa como esclavo y advertir la misma cosa como libre.

El negro emancipado, intuía ya que en ese contexto de libertad, no era vilipendiado por el amo, sino confrontado por los demás de su mismo talante, para que se metiera en aquellos medios sociales diversos e inferiores y siguiera bregando, aunque con precaución pues el escarnio, la befa, la desconfianza, la agresión y la hipocresía, eran las categorías que indistintamente manejaban los de baja caradura, los de su nivel, hallándose casi todos en condiciones más o menos semejantes frente a la autoridad, frente al poderoso o frente al patrón. Ese ha sido el estorbo de la ignorancia o de la incultura. Hay que dejar, no obstante, ya al negro redimido, “suelto como los indios” y enfrentado al albur de una existencia disímil, con el deseo de que ojalá sus asuntos caminaran al compás de la fortuna.

No concurrieron registros ni novelas ni compendios románticos en este medio tan racista que indicare o contare los logros específicos de un exesclavo o relatare si por lo general le fue bien o mal; juzgo que conceptuaron casi todos que le fue mal, pero no obstante revelo que a partir de ese momento, al concebirse independiente, se defendió con ahínco y con vigor del mundo y de sus trampas y pare de contar. ¡Ah! Si la situación hubiere sido al revés, o sea si el libre hubiera sido el hombre blanco, el país estuviera atiborrado de crónicas de las hazañas de los blancos manumitidos...

De todas maneras, es de recibo añadir que hubo uno que otro negro, manumitido, que pudo triunfar en la existencia y “sacarse el clavo” como se dice coloquialmente. Mas, ¿qué era triunfar en la existencia para una persona de color recién liberada? Todo o Nada. El día o la noche. Y eso lo podía conseguir el negro nuevamente tras la intervención del azar, o acumulando bienes con el sudor de su frente, a la par de llevar una vida congrua, y tal vez a través de excelentes decisiones y con el buen ánimo para todo, y si esas condiciones formales se cumplían en un marco de experiencia real, es factible responder que sí podía triunfar en la vida en ese aspecto material. ¿No es un eufemismo? No, pero cuando se pretendiere preguntar al negro por su nueva vida cultural o su rumbo religioso, ¿cuál podría ser la respuesta?... Que hizo lo posible por amoldarse a esas novedosas pautas de intercambio social y se le despertaron por consiguiente sus sentimientos dormidos o dopados de altruismo y de solidaridad...

Esto fue lo mejor que le pudo suceder al negro en medio de tanto latrocinio. ¿Dios aflige al que más ama a fin de que luego sus dones se reciban con tanta más dicha cuanto más retardado se hallaba el beneficio?<sup>5</sup> El lector habrá podido distinguir los diversos tipos de maniobra estilística que he venido llevando a cabo con el fin de procurar una visión amplia de determinados puntos del argumento, y la pregunta y la respuesta, al margen de las formuladas en el Proemio, que fueron la base de este engranaje, ha sido uno de ellos, al lado de la anécdota o la cita bíblica por muestra a fin de exhibir diversos tonos a la narración, salirme de la rutina, en otras palabras. Sin embargo no es fácil responder esa

---

5. Shakespeare, II, pp.902 y ss.

pregunta porque no hay elementos de donde aferrarse para indicar algo concreto sobre el particular.

Un motivo peculiar de repulsa social hacia el negro/esclavo en la mina o fuera de ella, lo constituía no solo su condición de marginado y de excluido, sino también su color, lo que impidió una paulatina integración social con los demás miembros de la sociedad, en los niveles inferiores. Eso, unido a la sucesión de exacciones que de todo tipo recibía, como si fuera un blanco puesto a la vista de los tiradores, volvía el ambiente hosco, tétrico y con poco espacio para contemplar la subsistencia con cierto nivel de complacencia. Y ¿quién en su sano juicio podría hacerlo? Casi nadie, mas hallándose libre un esclavo, la cosa era a otro precio pues concurría un componente anímico por el cual luchar. ¡La autonomía! Y su sostenimiento a como diera lugar. Una indicación formal me permite afirmar la necesidad de que frente al fenómeno de la esclavitud, lo opuesto apareciera, o sea el fenómeno de la manumisión, y hay que señalarlo como uno de los corolarios de la esclavitud, junto a la venta y a la permuta, y al ser asimilada prescindiendo de todo contexto, cabe establecer como posible aun en aquel marco siniestro. Y todo gracias a tesón del negro o al albur y en algunos casos a la benevolencia del amo. Desde luego que esa manumisión podía ser voluntaria, por un acto de liberalidad de la autoridad o a instancia, de la Iglesia en un momento dado, y comprada.

El futuro amo español, especialmente el castellano, por esa tendencia de convertir en realidad el sentimiento de ser y sentirse noble, y en vista de que en España poco o nada podía obtener, se las ingeniaba para probar suerte en las Indias Occidentales, y plasmar entonces su deseo de “señorear sobre hombres y realizarse como nobles...” (Jover, I, p.449).

Y en esta tierra halló el pasto propicio para que germinasen sus aspiraciones sociales a expensas de tanta expoliación. Y en un momento dado para avalar esa nobleza que supuestamente lo caracterizaba manumitía a uno que otro esclavo, o facilitaba la compra o accedía a los ruegos eclesiales o particulares tras una festividad y con esto quedaba ante los demás como un chapetón que sabía señorear con un sentido de caridad cristiana.

No se puede desconocer el rol que ese celtíbero, hombre del Renacimiento —pero medio quedado en el Medioevo— en indefectible tránsito hacia el Barroco, le asignaba al estímulo económico como palanca para su ascenso social y para adquirir la estima social, pero ese espoleo monetario debía provenir de una actividad que fuera en aumento para que se aceptase su nueva incorporación en el tapiz axiológico social de aquella época. Tenía que ser afortunado, pero de un modo constante, sin ese temor a caer en la ruina o en el desdoro, y por eso la minería personificaba una extraordinaria veta de prosperidad —entre otras— a mediano plazo, transmisibles a sus herederos para mantener así el buen nombre. Y que junto al de algún detalle dadivoso como la manumisión o de similar índole, ponderaba su eventual buen crédito entre la sociedad, pero esos gestos no eran frecuentes.

¿Puede predicarse a la sazón la existencia de un “Dorado negro” en el sentido más literal de la expresión por ese afán del ibero de comprar todo al precio de casi nada? Desde luego que sí; la aparición de los metales preciosos excitó durante la colonia una codicia desenfrenada y una ambición sin límite, al costo que fuera y por todas partes se desató una verdadera fiebre por el oro o por la plata, precisamente no solo para enriquecerse sino para salvaguardar el nivel social y económico que una explotación de esa índole traía consi-

go, pero eso sí auxiliado por la mano negra del esclavo que le resultaba barata en exceso. De ahí que el apelativo de “Dorado negro” tuviera asidero. Si Marx hubiese estudiado a profundidad el asunto espinoso de la minería en la América hispánica de seguro habría hecho más legible la teoría acerca de la plusvalía, ya que precisamente el minero español y su círculo vicioso se enriquecieron a raudales gracias a ese fenómeno socioeconómico y a ese interés por sostenerse al importe que fuera forzoso a expensas del trabajo sin remuneración o escasísima del negro/esclavo o del indio. Y mientras tanto el molino de las tripas del esclavo/indio iba bastante picado (Alemán, I, 2009, p.167).

Querer mandar y ser servido, antojarse, disponer de medios económicos para ufanarse y ser reconocido, dominar, subyugar e impresionar, fueron las constantes de la encomienda y de la minería en la Nueva Granada. Y el que iba a las Indias y alcanzaba a ser encomendero o conseguía finalmente ser amo de negros en la explotación de una mina o de varias, se mutaba en patrón de vasallos o señor de esclavos, y a quienes por órdenes del rey, se le concedía o por méritos, o por dinero, o por tráfico de influencia, esta o aquella canonjía, sobre las cuales les pagaban tributos, mas acumulaban tantas riquezas, que superaban al encomendero o al amo en rentas y servicios y en número de vasallos al marqués o al conde de tal en la península, se mutaba en señor de señores.

¿Podía existir otra razón para hacer que lo que ejecutaba el encomendero o el amo los transformara en siniestros personajes cortados por las mismas tijeras? A veces uno se deja llevar por el entusiasmo visceral de una causa fallida, o por la impotencia de no ir más allá de la simple descripción de esos hechos adversos pese al recurso fenomenológico pero



ha valido la pena el esfuerzo por hallar un resquicio y toparse con una salida integral a la odiosa presencia española en esta tierra. Sin embargo el móvil de la riqueza fue el que alteró al amo o al encomendero en algo siniestro... y si se le agrega el otro móvil, la gloria... la postura quedará peor...

Entonces, uno intuye con base en la generalidad de los asuntos humanos: El descubridor, el conquistador, el colono y el chapetón, cada uno vino a lo suyo, o sea a enriquecerse, vana pompa de figuración social, que no era más que un trámite de ostentación hipócrita. Pero lo importante, la causa de ese arribo aquí, a la Nueva Granada, no fue un síntoma especial del ibero; por el contrario eso fue un síntoma de sus particularidades étnicas, sociales, religiosas y de la neurastenia que manejaba el ibero de manera que para juzgarlo cien por cien y no fracasar en ese esfuerzo habría que confrontar sus propósitos y sus resultados y colegir si el francés o el griego hubieran podido llegar con semejantes intenciones en tales circunstancias.

De ahí que sea ineludible desde ahora, ir cambiando un tanto el decorado de la insistencia en pintar la personalidad del español, como solamente maligna y como irreplicable en los demás seres humanos, como si hubieran arribado de Marte, hasta inferir una fórmula que conciliare posteriormente sus anhelos y sus frustraciones en esta parte del hemisferio de Colón con base, no solo en los pésimos resultados de su gesta, sino también en sus propósitos.

Esto podría conducir a una encerrona o a una contradicción con relación a lo que he expresado anteriormente pero también se volverá inevitable hacer un alto en el camino y retraer la mirada al Proemio y sopesar con nuevos elementos las preguntas ontológicas esbozadas y distraer un poco esa sensación de impotencia que me invade al profesar que

solamente bastaba el deseo de denostar del hispánico para que emergieran por sí solas las respuestas. No, ya advierto un panorama diferente al apreciado al comienzo, y es que la condición de vencidos de los nativos no solo se dio por la acción del español, sino por otras causas quizá tan graves que esa actividad. Todavía queda tela por cortar y por eso prosigo con la usual descarga de artillería pero con menos intensidad.

No hay que olvidar que en todas las épocas de la humanidad ha florecido la hipocresía y la vanidad ¡ninguna era se ha caracterizado más que otra en ese aspecto!, pero en el hemisferio de Colón ante nuevos campos de acción esas poses se incrementaron y entonces la afectación hizo de las tuyas en grado sumo. Por ende he ahí el espectro de la condición humana con sus baremos, con sus ilusiones, con sus frustraciones y con sus atavismos, ha vivido con ese vertigo, e igualmente observo con estupor que también en la coyuntura contemporánea todo es vano y es fingido y que la generación actual no podría variar la constante de la regularidad de esos vicios, porque tendrá las sutiles o virtuales ilusiones, con graves defectos y diversas sensaciones sobre el presente y sobre el porvenir que tenía la anterior...

¿Entonces para qué seguir? Este es un ejercicio fenomenológico y por eso hay que ir al centro del fenómeno que produjo al ser ahí en el mundo del vencido, detenerse ahora sería una necesidad.

Tras la presencia activa de esos antivalores, lo aparente, lo deleznable y lo fútil, ¿podía el desdichado negro, sometido y humillado, hacer el bien al que no solo le miraba con malos ojos o con asco sino que le hacía mal? ¿Podía hacer lo mismo el arrinconado indio? (Lc 5:44). De ningún modo, y no hay razón para censurarles esa reacción tan humana...

Cabría pensar que no había nada muy diferente de lo que se entendía por amar al enemigo, o sea el derecho a pensar lo que se quería pese a la súplica bíblica, mas se trataba de la distinción entre el uso privado de la razón y el uso público de la misma frente a las exigencias rituales de la religión. En suma a lo mejor el negro o el indio podían “perdonar” o “hacer el bien”, pero nunca olvidaron las afrentas recibidas.

¿Qué tipo de sociedad se pudo organizar entonces durante la colonia? La sociedad humana siempre ha sido imperfecta, caótica y marrullera, y si a eso se le agrega como un componente básico al concurrir estos desiguales actores —el amo, el encomendero, el oidor, el oficial del rey, la autoridad, el cura, el indio, el esclavo y sus dolidos o apesadumbrados descendientes— de ningún modo cabía la posibilidad de que se salieran del patrón comunitario que el tiempo ha forjado sobre el particular y por ende no se concretó una comunidad que por lo menos estuviera en la medianía de la época y en pos del adelanto social sino una sociedad peor de la que existía en aquel ciclo por el mundo. Tampoco pudo esa colectividad de hombres tan heterogéneos bribones y apesadumbrados fraguar una sociedad digna y ante la presencia de gigantescos prejuicios y descomedidas ambiciones, lo que surgió fue una sociedad mezquina, fruto de un híbrido político incapaz de dar respuesta a las mínimas expectativas de sus habitantes menos favorecidos por la fortuna. Por ese cúmulo de desafueros y desafectos entre los de arriba y los de abajo terminó convertida en una sociedad aburrida, una sociedad mentecata, pasiva, agresiva e indolente en donde no militaba la alegría. Y no fue de extrañar que además de ese contexto social infernal se desarrollara impunemente otro tipo de averno para el esclavo, la minería, que de igual forma significó el abismo para el aborigen tras el desarraigo

en la encomienda, pero igualmente incluido en esa mecánica de explotación maléfica de los metales preciosos. La sociedad colonial en la Nueva Granada, estuvo rodeada pues de un clima de hastío en el cual las personas marchaban hacia el camino de los ojos cerrados con la vista totalmente nublada, de suerte que todo era melancolía y sin que conceptuara en un feliz desenlace a eso de vivir. Creo que nadie fue feliz en ese interregno temporal.

Y por eso si en el seno de esa sociedad aburrida y pacata, se ensayare en la balanza tanto al esclavo como al indio, solo una pluma haría inclinar la báscula, tan iguales se atinaban en el peso de la opresión y tal vez se esquine en la del negro/esclavo porque este padeció un poco más. Interrogar a ese pasado como punto de transición hacia la claridad del bosque, a través del negro y del indio por lo que padecieron como vencidos es intentar descifrar con eso, los signos anunciadores de un comportamiento anti-social del ibero en estas tierras.

De ahí que del marco de esa sociedad neogranadina abigarrada, encerrada entre prejuicios y acosada de tanta insidia, la marcha del mal era vertiginosa porque era patrocinada o estimulada desde la misma autoridad, y entonces el vicio y el crimen terminaron siendo tolerados, aupados y camuflados muchas veces y por eso la clemencia se escondió por repugnancia a la falta misma cometida por la autoridad. Bajo esos presupuestos vivieron el esclavo y el indio en medio de tanta decadencia y de tanta desolación moral. Y si en resolución “todos aman sus obras” según Erasmo (Aleman, I, p.405), es de admitir aquí que el amor del ibero, o sea su obra fue una miseria y lo que amó entonces fue una desventura.

La casi desaparición prematura del indio en la región Ca-

ribe (siglo XVI) y la importación masiva de negros procedentes del África, y de paso, la venida masiva de blancos, aprestó una mezcla de linajes y le proveyeron igualmente a este virreinato, una facha, un talante mulato, un matiz americano y además con la existencia de los términos mandinga, carabalí, inga, o dinga, mostraron asimismo una equivalencia afro-caribeña, extensiva al resto de las Antillas que no aquilatava la realidad del trato y la fama entre esas clases que muchas veces se miraban pero no se determinaban. ¿La consecuencia natural y obvia de semejante embeleco etnográfico? Que se careció de una auténtica identidad nacional o virreinal, aunque poco importaba esa división para los intereses del amo o del encomendero y de la misma autoridad ibera preocupada esta última como estuvo solo por el recaudo de tributos, mantener el orden dentro de los límites y medrar sin apuros. Entonces escuetamente hablando cada uno de aquellos miembros de esas castas inferiores eran simples peones en la brega y carecían de alguna consideración privada, particular u oficial y no debían tener ninguna pretensión que no fuera la del servicio (Triana, III, p.211). Pero el inconveniente con esa prevención atávica más tarde, fue que tal promiscuidad étnica, tras la independencia, no pudo proporcionar una imagen coherente a la Nueva Granada y a la sazón se produjo una especie de ruptura de lo local con lo regional y después entre sí las regiones con el centro o el país —origen del centralismo y federalismo— y sobrevino por consiguiente una desintegración del interés político por acrecentar el sentido de la tierra y se careció soterradamente de una cultura del amor, ya que solo se apreciaba lo autóctono, y lo ajeno se evaluaba o poco o nada. Ese fue otro de los apuros —y graves— que dejó el celtíbero en su aciago trotar por esta tierra, un malsano desinterés social por aquello que no le interesaba.

Hay que proseguir con el tema básico de este capítulo, pese a que se torna inevitable girar de vez en cuando a otros tópicos afines pues lo que se trata aquí o trato aquí es redondear la información con la apostilla, o con la exégesis para concretar más el contenido. Pues bien: El problema de la minería y de la explotación del negro en sus profundidades y en menor escala la utilización del indio en las minas, dio pábulo a conmociones posteriores, a una especie de remordimiento colectivo extraoficial, en donde solo los intelectuales esgrimían las razones por las cuales no solo se debían condenar esos hechos sino evitarlos, pero parece que la lección no ha sido asimilada ya que hoy (2015) se oyen también voces de alerta acerca de la nueva utilización de la minería para asaltar el patrimonio nacional. Mas lo que me atañe razonar aquí es cómo ni siquiera el arte que seguía a la ciencia, en el terreno de la minería pudo cumplir igualmente esa loable faena de acompañamiento, para matizar esa labor porque fluían otros intereses menos técnicos y de ese modo el procedimiento rutinario no varió en lo sustancial.

En efecto, el arte de extraer los ricos filones que yacían en el fondo de las minas se inspiró en las ideas originales de las diversas tribus que pululaban por aquellas zonas, ideas que fueron forjadas como los bardos escandinavos que templaban sus arpas al son de las tempestades más violentas, y eso por cuanto la mayoría de las regiones mineras importantes de la Nueva Granada<sup>6</sup> que se descubrieron y se

---

6. El término Nueva Granada, alude por lo general, en este texto “a la región de los Andes que está incluida dentro de los límites políticos actuales de la República de Colombia. En la época de la colonia “Nueva Granada” cubría la totalidad de los Andes norteños (Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela) tras la creación del virreinato de tal nombre en 1739. Anteriormente el nombre de Nuevo Reino de Granada se aplicaba únicamente al área político que incluía la Cordillera Oriental, sede de la cultural chibcha y Santa Fe de Bogotá era su capital...” (Nota del autor. Véase además: West, 1972, pp.17 y ss.).

desenvolvieron durante el siglo XVI tras la presencia ibera, requirió de ese concurso artesanal para llevar a cabo la explotación de las minas, y eso mostró que el amo carecía del componente de gestión indispensable en este caso, excusen el anacronismo y por eso todo fue un disparate. Y fue por eso que la producción de oro declinó en algunas zonas al promediar el siglo XVII, por el uso excesivo de dispositivos mal dispuestos u obsoletos o sin la adecuada planificación, empero la zona del Chocó como distrito minero, dado lo inagotable que parecían sus vetas, conservó su cenit no solo con el mantenimiento del ritmo de extracción del oro, sino por el descubrimiento de la importancia del platino como metal precioso que pinchó un inusitado interés por parte del Viejo Mundo en seguir de cerca su evolución. Y pensar que en la actualidad esa zona es la más paupérrima de la Nación. De nada le sirvió pues, haberse convertido en punto de referencia hasta 1820 de ese admirable metal, el platino.

Algún lector podría especular, que si bien fue acertado el anterior planteamiento o los demás que antecedieron a ese párrafo, sin embargo, dirá, que lo mejor será evocar a Platón, en el sentido de que subyace todavía una verdad olvidada con este asunto de la minería y que sería ideal que empleara la mayéutica para hacer salir a la luz esa verdad escondida en el vientre de la historia. Eso intento a través de la pregunta ontológica por el ser ahí del vencido, por la pregunta epistémica acerca de la índole de la relación amo/esclavo o encomendero/indio en medio del forcejo con la autoridad ibera, complaciente de suyo y por la pregunta metodológica de rigor, o sea cómo debo arreglármelas para averiguar si lo que indago pudo ser cierto o verosímil. Todo eso supone una realidad aprehensible impulsada por pautas mecánicas, leyes naturales y la contingencia causal. Es

más, puedo evocar aquel pasado/presente (la Colonia) como perteneciente a cierta era del orbe, diversa de las restantes, que se caracterizó por un acontecimiento dramático: la opresión sistemática del nativo, del indio y del negro para conseguir ese ibero la riqueza apetecida...

En todo caso conviene aclarar que el platino era desconocido antes de la explotación de los recursos en el Chocó. Y los iberos que lo “hallaron mezclado con polvo de oro en la batea” le dieron el nombre de platina por el parecido con la plata y como el peso específico del platino es ligeramente superior al del oro, no era fácil separar ambos metales durante el lavado. “Por lo tanto como el metal se consideraba sin valor, los mineros comenzaron a usarlo para adulterar el polvo y las barras de oro. Mas los ensayadores de las fundiciones reales y de la Casa de la Moneda de Bogotá, descubrieron rápidamente esa práctica fraudulenta que se consideró ilegal desde 1707 y se ordenó igualmente que se enviara mercurio a los mineros del Chocó para que el oro se refinara localmente” (West, p.63). Por ende la utilización de algo tan nocivo para todo ser vivo y para el medioambiente, como el mercurio que se ha venido empleando desde hace siglos por estas latitudes, ha sido algo perverso, de ahí los inconvenientes genéticos que los habitantes de las riberas de los ríos de este país han tenido ancestralmente.

Solo hasta el último tercio o cuarto del siglo XVIII se vino a examinar públicamente el valor que tenía el platino cuando se llevaron las primeras muestras a la península, y al ser inspeccionadas por eminentes eruditos en esos menesteres, las reconocieron como un elemento químico y principiaron los procedimientos para refinarlo y para hacerlo maleable. Como es lógico sospechar, “la Corona advirtiendo una nueva fuente de ingresos estableció inmediatamente el monopolio



sobre la producción del Chocó, la primera y por entonces única fuente mundial del nuevo metal... hasta el descubrimiento de los depósitos aluviales en Rusia en la década de 1820..." (West, pp.64 y 65) que aminoró un poco la bonanza de ese metal en esta parte del hemisferio de Colón.

Una de las características típicas de las poblaciones mineras era contar con la fundición y ensayo de oro, pepitas y artefactos de oro indígenas, extraídos de las minas y de las tumbas vecinas pues tras ese proceso era que se cobraba y se recaudaba el quinto real o tributo, o sea se legalizaba la operación de extracción, y el fundidor, uno de los tantos cargos que la burocracia real adjudicaba luego de un remate, era el encargado a su vez de darle el toque metalúrgico a la mercancía, a fin de proveer su curso legal. Y de esa manera contiguo a la caja real, se encontraba también la oficina del tesorero oficial que incluía el complejo sistema de cuentas de la Corona, de ahí que se transformaban en los elementos más monopolizadores del poder virreinal ya que todos los que intervenían en la minería y los comerciantes que merodeaban a su alrededor tenían la obligación de registrarse para los efectos del control del intercambio mercantil de ese metal (West, p.98).

Esta es una obra en progreso, en donde confluye una labor de parches de diferentes asuntos que se hallan no obstante concatenados, en trámite permanente de clarificación conceptual de amplio espectro y tal vez provea una muestra de la condición que vengo indicando y como no sé si puedo llevar a cabo esa labor de criba en forma lineal, tengo que acudir al recurso del zigzag (IM ZICK-ZACK dijera Husserl) aprovechando un dato, ubicando una referencia, rastreando una información, confirmándola hasta donde fuera posible, pero perennemente hacia adelante a fin de lograr el

objetivo: la depuración del material y una aproximación a la recapitulación más pertinente para su total comprensión. Reanudo pues el trabajo con la certidumbre de que a esta pobre gente —o sea al negro y al indio— jamás pudo llegarle nada bueno del español.

Cuando los iberos llegaron a las Indias Occidentales, más concretamente al Nuevo Reino de Granada, después virreinato de la Nueva Granada, carecían de la experiencia ineludible para la explotación minera ya que los conquistadores y los colonos por lo general eran soldados o aventureros que desconocían los métodos más sencillos de ese procedimiento ancestral, incluso el lavado de oro les era extraño, de modo que les tocó poco a poco no solo ir asimilando ese mecanismo sino aprenderlo de los indios para que luego los negros los emplearan al momento de explorar las distintas minas o los yacimientos de aluvión.

No sobra complementar que el empleo del oro estaba disgregado por las Indias Occidentales para diversos usos y existían por ende centros de extracción, de aprovechamiento, de acopio y de artesanía metalúrgica en muchas latitudes, en Perú, en México, en Colombia, etc., de manera que cuando los conquistadores y colonos llegaron se toparon con una sólida industria y por ende se vieron compelidos a traer mineros de su tierra, especialmente de Galicia, para que les socorrieran en esas perspectivas auríferas que a sus ojos codiciosos se abrían. No es de este lugar comentar la naturaleza de la operación para obtener el oro (West, pp.51 y ss.) ni mucho menos el mecanismo de compra, venta o pago de tributos, ni en qué se aplicaba. No. Aquí solo se hará referencia a la minería para aludir a la embestida que sufrió el negro, el indio y el medioambiente y darle otra connotación, más terrible a su condición de vencidos, puesto que esa dura

faena, llevada a cabo por estas personas pero dirigidas en cambio por hombres que no tenían ni idea de cómo se ejecutaba, pendientes solo de la cuantía para alimentar su codicia, tenía que traer consigo inconvenientes, problemas, desgracias y apuros de toda índole, en que llevaban la peor parte tanto el indio como el negro esclavo y desde luego el ecosistema.

Sin embargo lo anterior no obsta para rotular que Oviedo y Valdés, un testigo presencial de los establecimientos coloniales al germinar el siglo XVI, refirió cuatro formas en las cuales el indio extraía el oro en La Española de un modo coherente: “1. Explotación de lechos de los ríos mediante la desviación de la corriente por diques y acequias. 2. Excavación de pozos en las terrazas de las corrientes y en regolitas profundas meteorizadas donde se había acumulado oro por concentración residual. 3. Remoción de la superficie en busca de pepitas dejadas por concentración residual. 4. Excavación de túneles verticales o inclinados en regiones meteorizadas de vetas de cuarzo aurífero...” (West, pp.50 y ss.). O sea que concurrían unas reglas mínimas sobre ese proceso, que la mayoría de las veces se omitían para los efectos de la producción. Y sobre esos ítems procedían los demás aborígenes y más tarde los esclavos en las diferentes denominaciones de las minas en el continente. Esta referencia, constituye una información general sobre el particular que puede orientar la descomunal faena que se llevaba a cabo para extraer los metales preciosos de la tierra, o del lecho de los ríos. E igualmente pueden colegirse las infernales condiciones en que al negro o al indio les correspondía soportar tal trabajo a temperaturas que ni un diablo podría sobrellevar.

Con el paso del calendario obviamente que los mineros

traídos de España mejoraron algunas técnicas sobre el particular, aunque los indios que habitaban la región andina, especialmente, eran los más diestros artífices del oro que extraían y sus métodos industriales sobrepasaban los que los iberos conocían anteriormente en las islas del Caribe o en el Viejo Mundo. ¡Vaya! Por lo menos el indígena los superó en algo, pero para nada lucrativo.

Los asentamientos mineros de la Nueva Granada fueron aquellos lugares donde la explotación constante del hombre por el hombre fue la nota predominante, y eran de tres tipos, a) nómadas o efímeros y que eran la mayoría en la Nueva Granada, que se ubicaban en la minería de aluvión y eran abandonados rápidamente tras la consunción de los depósitos de oro y por ende a sus habitantes les tocaba irse luego a otros sitios contiguos a seguir con la batida; b) sobre depósito de veta, o sea menos efímeros con una duración más o menos extensa y c) campamento de placer (material aluvial arena o grava que contiene abundante partícula de metal, oro, plata o platino) en donde parecían inagotables los residuos o sea que podían forzar a la gente a permanecer pues había una gran existencia de metales y en donde más tarde se fundaron algunas ciudades dado el mayor tiempo de duración del proceso de extracción, aunque también en el campamento tipo b) se organizaron ciudades como Cáceres o Zaragoza (West, pp.92 y ss.). Todo ese extenuante asunto analizado sobre el papel parecía no ofrecer apuro, es más, debía deslizarse sin contratiempos, salvo los imponderables, pero cuando se iba uno a la realidad de ese trámite de extracción de los metales y a las condiciones indignas en que vivían la mayoría de los indios o esclavos es donde “tuerce la puerca el rabo” como se dice coloquialmente y se distinguen las injusticias abismales de ese esquema social de

explotación. Además la concesión de un campamento más o menos perdurable, conllevaba el privilegio de la tala de bosques pues la madera se requería para complementar muchas faenas y de ese modo el agotamiento agreste principiaba su ritmo infernal aupado por el siniestro amo (West, p.93).

Eso revelaba en el dueño o en el encomendero —cuando le tocaba al indio intervenir— un irracionalismo brutal, expresaba una “mala leche” en el accionar que concernía a cada uno y mostraba un mal que ninguna tendencia filosófica ha osado explicitar. El problema del peninsular en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada durante la colonia ya que fue el ciclo en que más depredaciones cometió, ha sido un problema generalizado de la civilización occidental, una etapa siniestra, que aún no se ha superado del todo, en que el espíritu aparecía estrechamente vinculado al cuerpo: la pureza de la sangre, la dignidad de la raza, la decencia de la estirpe, y eso ha determinado —al europeo, especialmente al ibero y al germano— a suprimir, a segregar, a expulsar, a asesinar, a degradar a todo aquel que no tuviera idéntico compromiso étnico. El hecho de tener sangre judía, por muestra predispuso al ibero y después al alemán, tocayos en esas agresiones racistas en las cuales se beneficiaron con creces patrimonialmente hablando. Y qué no platicar con relación al indio y al negro por parte del peninsular.

En la Nueva Granada, la obsesión por el abolengo no fue un hecho aislado sino recurrente en toda su extensión, y se hizo notorio en aquellas regiones en donde la minería era la nota predominante en el terreno económico. Y si a eso se le abonaba la corrupción galopante de la burocracia peninsular, el desarreglo de las costumbres y el caso omiso a la razón y al sentido común, era de aguardar que se terminara

por afectar todo el engranaje social en este medio hasta el día de hoy (2015) en que la sociedad criolla se lamenta todavía de tanto desafuero.

Si una sociedad consideraba a la esclavitud, sin ambages, como el derecho de propiedad de un hombre sobre el cuerpo, vida y productos de otro hombre, no era de fiar en sus principios morales y punto. Se podría alegar que eso era una práctica común y admitida, que el negrero y el traficante de esclavos fueran personas sin escrúpulos, y con el paso del calendario esa idiosincrasia atípica se fue pasando sin rubor al amo y entonces se convirtió en un individuo particularmente áspero con sus esclavos pues corría el riesgo de que si se ablandaba perdería la imagen que le antecedió y podía irse a la quiebra. Qué reflexión tan bellaca, y en la explotación de una mina el tratamiento debió ser de un rigor impresionante que hubiese acobardado a una bestia de carga porque también era una práctica común y admitida el arduo trabajo. ¡Que necesidad! Y desde ese perfil como consideraba el peninsular que aquel que se derrumbaba económicamente una vez, extenuante trabajo tenía que forjar para reponerse, hacía y deshacía para evitar ese dolor de cabeza. Eso bien mirado podría ser válido, pero como lo malo estaba en los métodos salvajes que empleaba contra sus vasallos/esclavos para evitar que eso sucediera, es ahí donde surge el anatema contra la sociedad de aquella tétrica época.

Y eso que la cola faltaba aún por desollar, como decía Cervantes. La fenomenología no ha sido un estudio crítico sino un análisis científico de la conciencia humana<sup>7</sup>, y enténdase a la conciencia como cada lector quisiera asumirla

---

7. Moran, pp.336 y ss.

desde su propio Yo pienso o Yo soy, y aunque en este escenario es factible que se observen posturas críticas, no por eso se ha dejado a un lado el contenido epistémico que se persigue con estas aseveraciones a partir del acento histórico, hasta llegar a la anécdota, porque la fenomenología desde ese ángulo ha promovido una clase diferente de realidad entendida como esfuerzo por desenterrar significados aun en los aspectos más insignificantes del diario vivir en aquel nefando ciclo...

De ahí que fuese procedente que al decantar las notas que informan este texto cada lector a su vez hiciere su propio enfoque partiendo de la relación que surgía entre los diversos sujetos por secuela de las acciones propias e impropias de aquella realidad que se desea develar. Y eso lo ayudaría a retener lo pasado de un modo diferente o sea como pudo discurrir este detalle o aquel punto de aproximación a los hechos.

Conviene en todo caso estar al corriente que a veces se expedían enmiendas a tan patéticas condiciones y por eso a medida que el tiempo vagaba, periódicamente se desarrollaban aquellas prácticas oficiales tendientes a intervenir con celo fiscal esa deplorable actividad y por eso cada dos o tres lustros, el visitador de turno exponía alguna recomendación que procuraba interpretar —por ejemplo— las ordenanzas de minería de Gaspar de Rodas o hacer la suya (las ordenanzas de Anserma fueron promulgadas en 1544 y revisadas en 1609 y en 1622) y de ese modo se ansiaba regular rápidamente esas operaciones, pero en vez de tener un carácter humanitario, lo que buscaban esas disposiciones era aumentar la productividad y por ende incrementar los tributos sobre la cantidad de metal extraído y en lo concerniente a la mano de obra utilizada, como para exculparse de antemano, un

fárrago normativo envolvía la posibilidad de morigerar los efectos contra los esclavos y contra los indios y nada sucedía, ya que todo seguía igual por lo irrealizable que resultaba otorgar alguna concesión de mejora al trabajo. Esa fue la paradoja que sobrevino tras el cúmulo de cánones sobre el particular, ya que intentaban la mayoría de las veces hacer más efectivo lo material y cuando codiciaban acomodar lo relativo al personal, o a la jornada, en mejores condiciones, eso quedaba convertido en nada por la cantidad de letra menuda que le incrustaban al manual (West, p.93).

¡Cuánta falta hizo Solón de Atenas! El puro hacerse presente de nuevo se hizo evidente aquí con la anterior descripción o sea al traspasarse ese umbral del pasado con esa acotación, y traerlo hasta acá, considero que ha dejado el resultado de que era inverosímil la salida decorosa a la problemática social que envolvía esa actividad siniestra por la actitud torticera de los interesados en el manejo y en el control del negocio.

Tras pasado ese umbral cabe preguntar para repetir el anterior ejercicio: ¿Qué otra cosa le correspondía arrostrar al negro, además de su trabajo intenso? Una de las afrentas que le correspondió asumir sin cortapisas al negro/esclavo desde su llegada a Cartagena de Indias, y que más tarde se intensificó en los lugares inhóspitos donde prestaba su concurso, fue la responsabilidad de haber transmitido con más énfasis la viruela, una enfermedad infectocontagiosa y epidémica que se caracterizaba por unas pústulas que al secarse dejaban manchas en la piel y eso le salió bien caro por las represalias que aparejaba. En efecto, pese a que fue traída por los iberos, no obstante en las minas (entiéndase campamentos de cualquier tipo), en las haciendas o en los ingenios en donde aparecía esa pandemia, se consideraba



al negro como portador y es de presumir por ende las venganzas de diversa índole que por eso recibía una vez pasaba tan terrible aflicción o en medio de las mismas en señales de desagravio al destino<sup>8</sup> (Triana & Antorveza, IX, pp.416 y ss.). O sea no solo le tocaba sobrellevar los efectos de las enfermedades tropicales sino en el caso específico de la viruela aparecía ante los otros, como el portador, sin serlo y debía de ese modo asumir las secuelas. O sea que proporcionaba un motivo de irritación no solo al ibero sino al indio o al criollo.

Por lo visto el negro no acertaba una en su beneficio. Ni el indio tampoco. Si bien el porvenir avanzaba a grandes pasos, mientras tanto: ¿qué se hizo en el interregno aquí? ¿Cómo se arreglaron las cuentas por este virreinato? Nunca se ajustaron las cuentas pues a veces o casi siempre escaseaba la categoría cósmica que ha hecho y deshecho al mundo, el azar. Es la historia de siempre; podría mostrar mil

---

8. Una cuadrilla típica de Zaragoza, “a fines del siglo XVI tenía 21 esclavos, 11 hombres y 10 mujeres. Un señor de cuadrilla, de Remedios, poseía en 1632 un total de 94 esclavos, otro tenía un cuadrilla de 109. En el primer caso 50 negros se dedicaban a la minería y lavado de oro, 22 al trabajo agrícola, 22 eran viejos y niños que desempeñaban funciones domésticas. De los mineros 18 eran hombres y 32 mujeres, los agrícolas eran 16 hombres y 6 mujeres. La segunda cuadrilla tenía aproximadamente la misma proporción de hombres y de mujeres...”. Como es fácil colegir ese era el mecanismo que servía de base para la minería y en donde un capataz blanco o mulato fungía como administrador de la mina, y manejaba los esclavos de un señor, este a su vez era un hombre rico, con varias cuadrillas, y varias minas y residía habitualmente en una de las ciudades más grandes: Popayán o Zaragoza, y el esclavo negro solo podía aspirar a convertirse de acuerdo con sus habilidades en “el capitán de la cuadrilla” o sea de su gente, y cuando podía económicamente hablando comprar su libertad, que solo es apreciada cuando se ha perdido. En los registros mineros que se llevaban sobre el particular todo parecía en orden y lo repito, así tenía que ser, mas al ir al contexto, o al campo de los acontecimientos, es en donde se percibirá la bellaquería del amo y la insolencia del encomendero (Nota del autor. Véase además: West, pp.84 y 85).

expresiones sobre el particular, que simbolizaban al hombre frente al hombre y agazapada la fortuna, lista para hacer caer a uno de ellos, y mostrar luego con eso que el mundo ha visto a mucha gente con los pies más altos que sus cabezas. Y es bueno recordar que en ciertos momentos ese albur abrazaba al negro y le proporcionaba lo que más anhelaba, lo que destrababa la consumación de su ser ahí en el mundo del vencido, usualmente tras el arribo de la parca, pero aquí en este escenario escabroso y siniestro, sin embargo había una remota posibilidad, y a veces ni tan remota, que aunque estuviera ya consumada la condición de ser ahí en el mundo del negro y muy pocas veces en el indio, a la espera solo de lo ineluctable, surgía como desde un cubilete la fortuna y trocaba el estado de cosas... En Cartagena de Indias, eso pasaba muy pero muy poco, ya que hasta esa deidad sentía fastidio por asomarse por esas latitudes...

Nuevamente el puro hacerse presente hizo de las suyas aquí con la precedente delineación de la situación fenoménica y eso ha mostrado que no fue un mero capricho lo que se ha mostrado hasta ahora, sino una secuencia de representaciones en donde el acontecer de una realidad que no se conocía bien, se ha expuesto en su exacta dimensión... y eso apoya a delimitar con más énfasis una de las formas de constitución del ser ahí en el mundo, o sea en el mundo del vencido con el sufrimiento que eso implicaba. Se percibieron las apariciones de los sujetos que intervinieron en aquel pretérito para completar esa constitución de ser ahí en el mundo del vencido o de los vencidos, a cargo del indio y del negro, principalmente y cada paso que conté fue una vía de acceso para darle a ese “es” la vida, la vida que vivió en condiciones tan lamentables.

Para el ibero el componente humano en las zonas mine-

ras resultaba de suma importancia como las minas mismas, pues se “requería de una fuerza de trabajo para lavar el oro de los cascajales, y extraer el mineral de los veneros...” (West, p.71). Por eso la Corona hizo hasta lo imposible para instalar la encomienda minera y de esa manera obtener de un modo disimulado también el trabajo forzado del indio, ya que no podía ser esclavo, y por eso el negro arribó después. El esquema funcionó en el centro de las Indias Occidentales, y en las mesetas de los Andes donde había bastante gente y la población era dócil, porque se hallaba acostumbrada a las labores de ese tipo ya que había sido impuesto o por sus caciques o por los jefes de otras tribus tras una victoria. Pero no surtió efecto por estas latitudes de la misma forma, ya que los aborígenes circulaban en tribus, a la intemperie o eran pocos, con un bajo nivel cultural pero con un sentido nómada y de autonomía increíbles. Además no eran aficionados al trabajo forzado, ya que eran flojos, indolentes, no tenían mucha capacidad de resistencia y casi nunca estuvieron sometidos al yugo de un tercero. De ahí que en la Nueva Granada por ejemplo, España se viera obligada a traer negros que suplieran ese tipo de faena y “durante los siglos XVII y XVIII, esa raza se transformara en una potencia de trabajo minera y sus descendientes, mulatos o negros, continuaran, después con la explotación de pequeñas minas de placer en Colombia” (West, p.71).

En la Nueva Granada, especialmente en la parte central y en su Cordillera Oriental, los mineros iberos padecieron de la insuficiencia de la mano de obra y cuando el trabajo indígena colapsó por sustracción de materia, resultaba un problema cumplir con las metas trazadas sobre el volumen de metal precioso por extraer y eso aparejaba rapapolvos de la autoridad. Un fraile carmelita, Antonio Vázquez de Espinosa que estuvo de visita en la Nueva Granada por 1614,

dijo: “Hay muchos depósitos de oro, plata y esmeraldas, y todos los ríos arrastran oro, pero por la poca población, la riqueza del reino se muestra poco” (West, p.72).

Conforme lo consignó también un funcionario oficial de alto vuelo que estuvo de revista por estas latitudes en 1578, “si las minas dejaran de trabajar, cesarían por completo los negocios y el comercio del dicho Nuevo Reino de Granada, pues su actividad económica principal es la manufactura de textiles y la producción de alimentos, todo lo cual se vende en las regiones de minería...”. Dos siglos más tarde un acucioso observador del acontecer virreinal, sostuvo que: “La principal y casi única razón para la subsistencia de este vasto reino y de su comercio con España... es el oro, que se extrae de numerosas minas trabajadas en las provincias de Popayán, Chocó y Antioquia. Las demás provincias, como las audiencias de Quito y Santa Fe, subsisten sobre la base de ese oro y del comercio con las provincias mineras...” (West, p.99).

Esa fue la justificación para traer el averno a esta parte del globo terráqueo y de paso amargarle la vida a una raza, la negra, cuyo único pecado ha sido el tinte de su piel. Ese mundo de la minería para el esclavo mostraba y sigue mostrando aún la parte más negativa del hombre y de su ser ahí en el mundo del vencedor o del amo, porque las cosas, por lo general, de una manera obstinada permanecían inalterables... en ese paraje y el bosque desde luego que lo cubría todo permanecía tupido de follaje y el esfuerzo consiste en quitar ese follaje.

Eso indicaba una cosa: Que en la Nueva Granada había un ambiente de prosperidad, mas esa bonanza no se reflejaba en todos los niveles sociales, sino únicamente a nivel del amo, a nivel del encomendero, a nivel del burócrata, y a nivel del comerciante y a aquel que se dedicaba a la industria

textil o al campo, pues cada día que pasaba acrecentaban sus caudales a la par que crecía el patrimonio espurio de los funcionarios corrompidos, que con ladina complacencia toleraban todo tipo de tropelía no solo contra el fisco regio sino también contra los subordinados de esos personajes de alta prosapia. Y abajo los negros, los indios y los mulatos, soportando la estolidez de los amos y patronos por colaborar en el éxito empresarial de esa caterva de miserables expoliadores. E incluso el criollo del montón, aquel que no tenía ni donde caerse muerto era humillado y vejado por esa élite. Todo respiraba pesar interno y externo aun en medio del auge mercantil y a casi todos les tocaba acomodar el rostro a la fisonomía del que detentaba el poder económico o político.

En medio del proceso de importación e incorporación de negros esclavos a la mina, España tuvo que establecer o aplicar sobre las carreras, el sistema de la encomienda para amarrar al indio díscolo al trabajo en las socavas y cobrar el tributo<sup>9</sup> correspondiente y lo repito, se perpetró para eludir

---

9. Es del caso aclarar que los indios o las cabezas de la familia de cada uno, debían pagar al encomendero tributos anuales en oro, tejidos o productos agrícolas y debían laborar igualmente cierto número de horas al día o a la semana o al mes o al año, en las minas o campos de su señor, o en la ejecución de otras faenas útiles para el bien común, a cambio de eso recibían, una protección eficaz, una ración alimenticia, un salario más o menos simbólico, esto último aconteció posteriormente y cuando trabajase efectivamente, y se completara con la adecuada instrucción cívica y religiosa. ¿Se cumplieron todas esas disposiciones de la encomienda? Si se hubieren cumplido al pie de la letra o en sus pormenores más generales, de seguro que esa institución concebida con plena buena fe, habría sido un éxito y un trampolín para el fortalecimiento cultural y laboral del aborigen, pero como eso no fue así, es de concluir entonces que el nativo por saltar del sartén cayó en la brasa y de modo soterrado de encomendado pasó a esclavo en las minas. Y eso que no tenía fuerzas para ese trabajo tan extenuante, pero al español, eso poco le importaba (Nota del autor. Véase además: West, p.72; Alemán, p.188).

la restricción de que el indígena era vasallo, no esclavo. ¡Eso se denominaba evicción de la ley por la ley misma! Durante el siglo XVI estos esquemas eran más numerosos alrededor de los centros mineros de Popayán, Anserma, Mariquita, Zaragoza y Cáceres, y en “1565 había más de 8.000 indios encomendados dedicados a la minería de oro en Popayán que entonces incluía todo el territorio desde el Alto Perú hasta Antioquia. Habitualmente se exigía a los indios mineros que trabajaran tres o cuatro meses al año de acuerdo con la institución conocida como mita. Para garantizar el trabajo continuo de una mina cualquiera era necesario obtener varios turnos de indios... Una norma de 1579 decidió que las raciones alimenticias de los indios incluyeran dos libras de maíz por semana, una libra de carne de cerdo al mes y una libra mensual de sal para conservar la carne,... y cada mes, igualmente había que matar una res para dividirla entre la cuadrilla de obreros. Además cada trabajador debía recibir dos mantas de algodón de dos yardas por  $3/4$  de yardas al año...” (West, pp.72 y ss.). Habría que considerar entonces al ibero como el primero en el mundo que con la mejor intención proveyó lo peor...

Estas encomiendas por lo general albergaban a unos indios competentes en la técnica de la minería y usaban sus propios mecanismos para la extracción del metal, y es de suponer que tales aborígenes de mita, debieron al principio gozar de ciertas prerrogativas como las arriba anotadas, pero con el paso del calendario, las mismas se fueron degenerando, incumpliendo o corrompiendo, de suerte que poco a poco se fue malgastando esa avenencia que se había asentado en aquella zona limítrofe del país y a la final resurgió la agresión y el sometimiento brutal al indígena pese a encontrarse formalmente encomendado y no esclavizado.

Si eso se hizo con lo verde, ¿qué no se haría con lo seco? En cambio entre los indios de los ríos Cauca y Magdalena, la cosa fue a otro precio, ya que el sistema de encomienda “resultó un fracaso que se debió en especial a la peculiar cultura de los indios y a la rapidez con que fueron exterminados casi por completo...” (West, p.73). Y la razón estuvo en que estos pueblos ribereños cercanos a ciertos centros, o alrededor de las villas más importantes eran opuestos a los agricultores sumisos y dóciles lugareños de las mesetas ecuatorianas y peruanas, que trabajaban sin parar allá, a los cuales los españoles se habían acostumbrado demasiado y eso repercutió posteriormente en la inhumana reacción ante ese nuevo orden de cosas, que perjudicaba en grado sumo el peculio del colono minero. La aniquilación fue la secuela de esa situación. ¿Y qué sobrevino después de ese desastre humanitario?

Entonces apareció el negro. Ya en 1533, Don Pedro de Heredia, Gobernador de Cartagena había obtenido la licencia para traer 100 esclavos tostados, pues ya se sabía de la debilidad ancestral del indio del Caribe y aquellos fueron enviados al Sinú, con el propósito de sacar oro de las tumbas indígenas, puesto que los nativos por motivos religiosos se negaban a cumplir ese encargo sacrílego y más tarde en 1549 se dispuso por una Real Cédula que en efecto los vernáculos quedaban exentos de tal trabajo, mas como existía la manguala, la componenda, eso no tardaría en soslayarse. En 1544 eventualmente había ya negros laborando en Popayán, seguramente traídos del Perú o quizá lo más factible haya sido que esos africanos hubiesen llegado a Cartagena y poco a poco fueron diseminados a lo largo de la región central andina. Al promediar 1590 se importaban más o menos mil esclavos por la futura Heroica, pero ese apunte es

inseguro si se tiene en cuenta la sucesión de simulaciones en los registros que se llevaban para birlar al fisco el tributo correspondiente. En pleno siglo XVI, el lote de esclavos destinados a la minería se despachan a las tierras bajas de Antioquia y a los valles del Cauca y Magdalena, donde la población indígena había sufrido una merma considerable. En todo caso, salvo mejor opinión en contrario, a mi entender, el número de esclavos negros en los centros mineros, de mayor o menor importancia estratégica, eran más, muchos más, pero muchos más de los que aparecieron asentados en los tramposos manuales de control (West, pp.8 y ss.). Me lo sugieren tantos indicios, entre ellos, el de la mala fe del peninsular.

Debo asumir que el lector hasta ahora deberá no solo tener varios puntos fijos en la mente para ir consolidando la idea del averno del vencido, tanto con el negro como con el indio, sino que además dispondrá de los conceptos fundamentales y de los hilos conductores alrededor de los contenidos programáticos para darle el toque lógico al pensamiento histórico. O sea que ya debería ir manejando la comprensión y la incipiente explicación de esta construcción teórica, a fin de dar un paso adelante en pos de la predicción de las respuestas al final. A ese estado mental debieron conducirlo o conducirle no solo los contenidos esbozados sino estos dos parajes que se han expuesto, la villa de Cartagena de Indias y la minería por estas latitudes y en donde se mostraron no solo la fetidez del ser ahí en el mundo del vencido sino que además se exhibieron descaradamente: La indiferencia social, la tolerancia oficial, la formalidad documental, la desfachatez, la corruptela, la doblez, el crimen, la lascivia, la codicia, una relativa ignorancia para manejar esa explotación minera, el incumplimiento de los paráme-



tros mínimos de supervivencia del minero indio o negro, la nula proyección social, la poca atención a las necesidades indígenas o los apremios de las negritudes, las enfermedades o las pandemias que asolaron al indio o al negro, el ataque sin compasión al medioambiente y los antecedentes que fueron constituyendo un cuadro de ultrajes y depredaciones metódicos que se hicieron cada vez más notorios en la medida en que la producción no se optimizaba y era necesario producir y producir. Y ese proceso ladino fue erigiendo además la paulatina cultura de la mano dura en contra del indio encomendado y más tarde en contra del esclavo negro, traído desde tan lejos para remplazarlo ya que los consideraban responsables, a los dos, por no alcanzar ciertas metas que en la mayoría de los casos resultaban utópicas o desatinadas.

¿Ese era el reino de Dios sobre la tierra?...

Este paraje, por ende, secretaba un orbe de oposiciones, una realidad antiética porque existía entre los diversos actores que actuaban en esa heredad minera, una disputa, desigual, pero querella al fin y al cabo, y por eso había dos formas de ver ese orbe contrapuesto, una, la del colono/amo y/encomendero, y la otra forma la del negro y la del indio. Entonces no concurría ningún vínculo entre esas dos partes, ni siquiera el laboral, porque el ibero en sus denominaciones citadas, manejaba un estándar de vida unilateral que impedía a cualquiera que no fuera de su catadura, sentirse tentado a adaptarse a ella.

Desde esa perspectiva será de reparar a la sazón, que ante el constreñimiento y la agresión, la unilateralidad de ese nexo *ficto* entre esos dos personajes, uno que se hallaba arriba y otro que se encontraba abajo, era evidente en sí mismo y resultaba casi que imposible que por el momento

cambiara el orden de esas relaciones sociales. Y de hecho nunca cambió ni cambiará... aunque —y lo repito— a veces la suerte metía baza en pos del más débil... aunque después las cosas seguían igual o peor.

De ahí que esta crónica, que podría parecerse a una memoria histórica, pero que no lo es, por la sencilla razón de que no ausculta ítem por ítem a las víctimas —aquí son solo vencidos— ni las individualiza en una especie de colectivo acongojado y restaurador ya que uso un estilo literario, peculiar desde la exégesis histórica hasta la máxima o reflexión, etc., con el agregado fidedigno y realista de rigor para describir mejor las cosas, pero en el fondo se podría cotejar mejor con un novelón, pues milita aquí un argumento que sojuzga a varios sujetos de la trama, los dominados, no obstante, quizá por primera vez en la historia universal, están cumpliendo una función principal —yo no he leído una sinopsis plena de los derrotados, ni siquiera los de Troya, a los que sesgadamente se refirieron entre otros Homero y Virgilio, como señuelo para matizar sus mitos en torno a los héroes o en torno a los supervivientes de la guerra— y tras enlazar los disímiles sucesos en que se vislumbraron ceñidos esos sujetos, a través de esta necrología, y lo repito, sería saludable alcanzar una plena satisfacción histórica ya que tras el argumento de este novelón, en donde han pululado la fetidez social, el escarnio, la hipocresía, la malicia y un mal generalizado, arribará el final con las respuestas que fuesen pertinentes al contexto de las preguntas formuladas al comienzo de este trabajo.

Es indispensable, sin embargo, aclarar por si acaso, que también se diferencia este epítome de la memoria colecti-

va de las víctimas de la violencia<sup>10</sup>, que recientemente se publicó en Colombia en el tratamiento de la acción y en la intervención de los personajes ya que me vi obligado a envolver las sensaciones, los sentimientos, y los eventos en un tiempo absoluto, una especie de tiempo lingüístico a la usanza de Bergson (Gracián, 2009, p.37) para que al ir decantando las diversas etapas de ese azaroso discurrir por el arribo de Colón, se pergeñaren las conclusiones del caso tras las respuestas que se reclaman con insistencia aquí. Por eso lo particular como tal, desapareció de ese casillero de generalidades que han pautado poco a poco la trágica y patética recapitulación de los subyugados.

Ahora bien: Los españoles, o por lo menos los castellanos, hablaban bien y les agradaba oír hablar en idéntico sentido y eso era una especie de pasión vehemente que les distinguía de los alemanes o de los ingleses; les encantaba de paso,

---

10. Tras seis años de trabajo, el Grupo Memoria Histórica de Colombia entregó su informe que contenía los sucesos violentos que ocurrieron en esta parte del hemisferio de Colón entre 1958 y 2012 y determinó con meridiana claridad que hubo al menos 220.000 muertos y lo que era más grave, que el 80 % de esas personas eran civiles. Dolorosa tragedia cuya investigación codició, entre otros tópicos, que no se repitiera en el futuro inmediato. Mas sin demeritar la importancia de esa obra de forzosa consulta en la academia y en los diversos escenarios en donde se quiera dejar constancia de lo funesto y lo terrible que ha sido ese flagelo, es preciso acotar que mientras no se sopesa con meridiana claridad, esto que estoy contando, esto que pongo a consideración del mundo acerca del holocausto del aborigen y del esclavo, como un antecedente, que demanda también consigna reparación, poco o nada sucederá sobre el particular y el mundo seguirá girando y gastándose sin remedio alguno en medio de la violencia y del latrocinio impune. “¿Debe engañarse al pueblo? Desde luego que no. Pero si le echas mentiras entre más gordas fueren, mejor...”. En fin, para que eso sea aprehendido en debida forma, es forzoso acudir al expediente del lenguaje —o sea a esta recopilación y la de aquella memoria acerca de la violencia en Colombia— para que pudieren surtirse los fines reivindicativos que buscan ambas experiencias lingüísticas (Nota del autor. Véase además: Goethe, 1, p.112; Gadamer, p.266).

lo artificial del versículo, y gracias al Siglo de Oro ibérico, se pudo disfrutar del bien decir con pasión o con galanura, mas, si esa cualidad que les adornaba; no en vano Schopenhauer indicaba que *El Criticón* de Gracián, era el libro de filosofía más importante del mundo, y no fue mentira que Molière reparase en Calderón o en Tirso para solventar sus dramas, lo que le otorgaba de calidad estética a las letras peninsulares, hubieran también incorporado un sentimiento de amistad por el prójimo, especialmente con el inferior o con el desvalido, sería inequívoco asentir que las cosas en esta parte del globo habrían marchado contrario a lo que aconteció. El hombre verdadero y real, dijo Nietzsche, solía perder la cabeza y de seguro perdía igualmente el buen decir (Nietzsche, p.110). Mas el español no perdió el buen decir aunque perdiese la cabeza por haber obrado mal.

En el campo minero, fluían dos mundos, el real y el aparente. El primero manaba ataques a todo dar contra el negro y contra el indio, y el segundo, en cambio, fraguado de un modo artificial por el amo o por el encomendero en connivencia con los delegados de la Corona ibera, del cual se dejaba formal constancia de que todo se hallaba en orden en los respectivos papeles oficiales. Así se protegía ese mundo ficticio de las pesquisas de algún funcionario preocupado y la política del tapar, tapar y tapar a como diera lugar, se impuso desde entonces hasta ahora en Colombia sin solución a la vista. Eso me exige a presumir que no había una voluntad política o judicial para averiguar qué era lo que desfilaba en ese mundo real, tan repleto de atrocidades, de manera que casi nunca se podía evaluar el auténtico estado de cosas allá; bastaba únicamente la tasación y el recaudo del tributo y listo, lo demás carecía de importancia. Un desfile de indiferencia pues rodeaba esa actividad del amo o del

encomendero y casi nadie en las altas esferas oficiales de la Corona se inquietaba por la suerte de esos infelices. Uno de los tantos fines de este vademécum, es precisamente el de desenterrar ese pasado simulado, liquidar esa diferencia sutil entre lo efectivo y lo inexacto, y rastrear, asimismo, un mecanismo diferente para aplicar algunas fórmulas novedosas contra esas actuaciones infames que pretenden aún condigna sanción. O sea es indefectible y no sé si esta obra lo alcanzará, aturdir ese pretérito preñado de tanta doblez y de tanto desvarío y diseñar luego un plan contingente que sosiegue las ansias de reivindicación social que con esperanza reclaman las comunidades afroamericanas, y a la distancia las comunidades indígenas, tal vez para desagraviar el alma de cada uno de sus antepasados epónimos, víctima de tanto desafuero.

Salvo muy contadas excepciones, en ningún tiempo tuvieron suerte estos infelices personajes, aludo al indio y al esclavo, ya que en presencia del ibero altanero y opresor, se aturdían, se sobresaltaban y hablaban poco, de ese modo, se dejaban no solo seducir fácilmente sino que cuando ese recurso fallaba la reacción era la violencia intimidatoria y el pesar se apoderaba rápidamente de sus almas. ¿Cuántas víctimas dejó la colonia entre negros e indios por el opresivo proceso de esclavitud y por el aberrante trámite de la encomienda? Ni un oráculo podría señalar una cifra aproximada...

¿Qué efectos colaterales dejó la colonia, particularmente en el campo de la minería? Al ser impuesta desde arriba y a la fuerza, uno podría imaginar que esas secuelas ya venían cantadas o inmersas tras la artera eficacia con que actuaron los iberos, o sea el control de la situación, pero eso se le salió de las manos al español avieso y transmitió, para

desgracia de los habitantes de este medio, en cambio, una violencia en curso que no ha parado aún, otro tipo de intimidación cultural, que es de corte epistémico que se trata todavía de vencerla y un sentimiento global de resistencia soterrada para esquivar las embestidas o minimizar sus letales derivaciones sin importar de donde provinieren. Dejaron esto peor que como estaba. Mas esos efectos colaterales, solo fueron percibidos, a cuentagotas, en la medida en que el Imperio ibero decaía y por ende la nueva élite de poder, acomodada ya en el reino andino central, principiaba a ejercer el señorío con idénticos propósitos, aunque disfrazadas sus intenciones con melifluas palabras. De ahí que esa reacción no adquiriera ribetes descomunales, sino al son de una trompeta con sordina. Por eso en este país no ha pasado casi nada, en suma no ha sucedido ninguna conmoción de envergadura que moviere los resortes del poder de una esquina a la otra, con tanto vigor hasta reventarlos sino que se ha quedado alternándose entre sí, en una especie de toque-toque y de aquello nada, como dice constantemente en la actualidad (2015) un conocido locutor nacional, y todo ha subsistido igual.

¿Por qué? Porque usó de un modo arbitrario y mendaz tres metáforas que le permitieron a la élite del poder central erigir un modelo de Nación a la sombra de una burguesía “cleptocrática y mitómana”: La primera metáfora, la de la periferia nacional; la segunda metáfora, la de los ejes del mal, y la tercera metáfora, la de las regiones explosivas o salvajes. Esas han sido unas consideraciones inicuas y avariciosas que ha manejado el cogollo criollo para sostenerse en el poder y por eso cuando arribe al capítulo pertinente y en lo atinente a esta problemática, platicaré con un poco más de claridad.

¿Qué se debió hacer con el indio y con el negro, los vendidos por antonomasia hasta ahora por parte de España? Después de rayo caído, no hay san Martín que valga, dice un dicho popular, mas eso no obsta para señalar, sin que esto fuere la última palabra, ya que esta se expresó en la historia, que lo primero que debió hacer la Corona hispánica frente a los desafíos de la conquista y los retos de la colonia, era reconocer la condición débil del indio y más tarde la condición indocta del negro, si se consintiere como un mal necesario la presencia de este último como esclavo, y al mostrarse conforme con esa índole, ayudarle a levantarse a cada uno y además a colaborarle a sostenerse por sus propios medios, pues de nada servía eso si no se complementaba con esto otro. Tengo la certeza de que si hubiese obrado de ese modo, a todos les habría ido bien. Completa felicidad a España, completa felicidad a las Indias Occidentales... mas todo se asentó en el aire, se inscribió en el agua y las promesas se extendieron en la arena cerca del mar, de suerte que rápidamente fueron borradas por las olas de la marea... vespertina. Y por eso un diluvio de vanidad perversa sobrevino entonces a esta tierra bucólica, que no aspiraba todavía ser descubierta de tal forma. El averno sustituyó la cálida esperanza de un Edén y más tarde los demonios se apoderaron de todo, y lo que pudo ser regocijo se trocó en dolor e infelicidad.

Los dos parajes aludidos, con sus bosques fueron como los torbellinos de Escila y Caribdis, o sea revelaron la situación de que no se podía evitar un peligro sin caer en otro, si se eludía a Cartagena de Indias, no se podía eludir la minería por parte del indio o del negro, o viceversa, y de ese modo quedaron engolfados entre esos dos terroríficos escollos que revelaron además hasta dónde pudo llegar la irracionalidad humana. Yo considero que ahí, en el marco de la minería

le fue peor al negro y al indio que en Cartagena de Indias, porque de una manera irrazonable e irracional fueron empujados a unas faenas típicamente inhumanas, de las cuales no quedaba ni siquiera consuelo del cansancio, tan abatidos quedaban los dos, especialmente el negro/esclavo.

Con sus avatares y pesares, los trabajos del negro en la minería trazaron sin embargo un límite; mas allá, no había nada más espeluznante, o sea en ese escenario concluían los anteriores juegos de dominio, transporte, llegada, desembarco, tránsito y otras faenas distintas a cargo del negro y en menor escala del indio, como las manufacturas de artesanías, labores de pastoreo, de cría de ganado, de cultivo, caza y pesca, de cuidado de extensiones de tierra, etc., porque la exploración y explotación aurífera de superficie y en minas exigía una labor denodada y cargada de riesgos de todo tipo, que muchas veces no se podían paliar ni evitar, aunque paradójicamente tenían para el negro y en menor escala para el indio, la posibilidad de prosperar en medio de ese arduo trabajo... Entonces la minería convirtió al negro, y de paso al indio, en un peregrino productor que iba de una guaca a otra si bien con la eventualidad de que tras una larga jornada la sacudida de la fortuna le facilitara una vida más digna como sucedió en muchos casos... más para el negro que para el indio, y por eso floreció socialmente, claro que con el paso del calendario y a duras penas luchando contra todo y contra todos...

En Cartagena de Indias, eso no aconteció ya que socialmente el negro esclavo seguía siendo negro y esclavo así cambiaran las circunstancias de modo, tiempo y lugar para esa persona oprimida, porque esa sociedad encopetada jamás dio su brazo a torcer... en ese aspecto a pesar de su trasfondo cristiano... y ahí pudo existir una diferencia sustancial, entre los dos parajes, con sus respectivos bosques, en donde



se apreciaron sus tenues luces y sus escasos claros para proveer un sentido más auténtico para la cabal comprensión de la constitución, de la consolidación y de la consumación del ser ahí en el mundo del vencido, en este caso para el negro y para el indio. En la futura Heroica, por ejemplo, una vez constituido y consolidado el ser ahí en el mundo del vencido para el negro o para el indio, muy rara vez se consumaba con algo diferente a la parca, o sea que la regla general, era que una vez consolidada esa condición, la de ser ahí en ese nefasto mundo, la misma subsistía; en cambio en la minería había una posibilidad, de consumir al ser ahí en el mundo del vencido, por parte del negro o del indio, con algo que no fuera la muerte, sino a través de la manumisión graciosa del amo o de la compra de la libertad... cuando la fortuna reía...

Unas palabras finales: Si bien departí del sentido del ser, de la constitución del ser ahí en el mundo y en el mundo del vencido y finalmente de la consumación de ese ser ahí en el mundo o en el mundo del vencido, que por lo general se cumplía tras la parca, no obstante en algunos casos lo repito, podía el negro rescatar su antigua condición de ser ahí en su mundo, libre, sin ser ya un ser ahí en el mundo del vencido, y por eso es del caso indicar que en Cartagena de Indias, por ejemplo, se daba la constitución del ser ahí en el mundo del vencido para el indio y para el negro, y también se consumaba con raras excepciones de manumisión. En cambio, en la minería ya estaba constituido ese ser ahí en el mundo del vencido para el negro y para el indio, y se consolidaba por ende, pero podía convertir esa condición ya consolidada, en otra, que era diferente y era la de recuperar su condición de ser ahí en el mundo pero ya libre... Esto fue una diferencia significativa, porque en la minería de cualquier tipo, paradójicamente no todo estaba perdido para el negro o para el indio —que nunca redimía su libertad porque

él no era esclavo, aclaro, pero le tocaba vivir como tal, en la mita o en la encomienda, hasta la consumación de su ser ahí en el mundo o sea tras la muerte— pues aquel hombre de color, ya lo dije arriba, podía recobrar su ansiada autonomía, no siempre, pero acontecía. En cambio, en Cartagena de Indias, una vez constituida la condición de ser ahí en el mundo del vencido, era muy difícil que se acabara por una causa distinta a la muerte.

De todas maneras la minería fue un paraje desolador que trajo abruptamente el horizonte y lo puso frente a uno para mirar el sufrimiento humano tras la adversidad del negro y en menor escala del indio. A continuación se avistarán a otros sujetos que también mutaron su ser ahí en el mundo al ser ahí en el mundo del vencido, aunque ya fluye aquí la comprensión fenomenológica...

### **Tip/Ten**

**Palabras clave:** Real Hacienda de España. Atavismo impúdico. Levedad del ser. *Dasein*. Indicación formal. Gracián. Calderón de la Barca. Molière. Oviedo y Valdés. El Siglo de Oro español. Manumisión. La vanidad.

**Conceptos fundamentales:** El Sistema económico español. La Región Andina. Plusvalía. Minería. La sociedad humana. La opresión. La ansiedad. La ineptitud. El agotamiento. La agonía. El trabajo.

**Hilos conductores:** La guaca. El oro. La explotación y exploración minera. El siglo XVI. El siglo XVII. La pandemia. El escarnio. Los antivalores. La periferia nacional. Los ejes del mal. Las regiones explosivas y salvajes. La befa. El nivel social.



## Capítulo 7

### EL CURA: UN VENCIDO INSÓLITO

“En el día final convocarán a los  
vencidos”

Virgilio *Eneida*, II, 670

“Y así dijo Dios: A mi cargo está y a su tiempo lo castigaré, mía es la venganza, yo la haré con mi mano...” (Alemán, I, p.185).

El desliz de muchas personas ha sido que nunca han conocido la verdad en sí mismos sino en los otros, y así se ha visto que alcanzaron lo que estuvo mal en el vecino, al amigo le dijeron lo que tenía que hacer, y para sí mismos, “ni dicen ni hablan”, en llegando a sus cosas, desatinan, de manera “que en las cosas ajenas son unos lince y en las tuyas unos topos...”<sup>1</sup>. Uno de los ejemplos más típicos ha sido el del cura, hasta tal punto que en la Edad Media, el estribillo que usaba frente al monaguillo o frente al sacristán era “Haz lo que digo no lo que hago...” y de ese modo no solo se curaba en salud sino que seguía con su comportamiento ajeno a los protocolos cristianos.

En la Nueva Granada y en el resto del hemisferio de Colón, sucedió lo mismo, con el ministro de Dios, no todos,

---

1. Gracián, p.612.

aclaro, pero un número significativo de ellos, pasaron por esta tierra, tan repleta de pesares y de sangre sin el talante persuasivo o sin el oído suficiente para decir o escuchar lo apropiado, de manera que fue muy poco lo que hicieron por su parroquia, por el feligrés o por el infeliz, que era el más urgido de su afecto, de su comprensión y de muestras fehacientes de consuelo. De ahí la necesidad histórica de aplicarle una especie de sambenito histórico porque ciertamente no impidieron que la seductora boca del suelo patrio, tuviera sus labios manchados con la sangre de sus propios hijos ni que fuesen aplastadas sus flores bajo las herraduras planas de pasos enemigos<sup>2</sup>.

También es pertinente reconocer que a esta tierra llegaron curas buenos y llanos, sin artificio ni embeleco, tan sencillos en el vestido como en el ánimo y en el habla, “con el pecho desbrochado mostrando el corazón, la conciencia a ojo y con el alma en la palma...”<sup>3</sup>, hombres al fin de tiempos antiguos que pusieron en alto el nombre de la Iglesia y de su mentor Jesús. Sin embargo no fueron la mayoría sino la minoría, porque los demás, con “ser todos palabra, no tenían palabra sino para el poderoso, mucho de formalismo y nada de verdad, mucho de circunstancia y nada de sustancia, en suma ente de poca ciencia y escasa conciencia...”<sup>4</sup>.

---

2. Shakespeare, I, pp.441 y ss.

3. Gracián, p.751.

4. Gracián, p.752. La conciencia, dijo Heidegger, era la vocación de la cura, que salía de la inhospitalidad de ser en el mundo para avocar luego al ser ahí en el mundo como tal, y popularmente se le ha maneado como una caracterización del fenómeno en su función, o sea a lo que uno se atiende si la sigue o no el hombre en su ir y venir. Si el ser ahí se ha interpretado como todas aquellas maneras de conducirse, como un curarse de o un cuidarse y ser auténtico en cada caso, o intentarlo, la conciencia vendría a ser la balanza que pesa el día a día a ese ser ahí en su mundo sin que eso garantice la adecuada orienta-

Sombras de aquellos que iban delante, medios hombres pues carecían de entereza y es de recibo añadir como se lamentó la posteridad de que aquellos primeros agigantados en moral y en servicio, no regresaban con la frecuencia que era menester...

Por estas razones considero al cura también un vencido, pero atípico, y no desde la perspectiva del indio o del negro cuyo ser ahí en el mundo del vencido ha sido patente y patético, sino desde otro perfil, en donde la irritación por su conducta construyó la nota predominante y luego concluir si valió la pena incluirlo en ese esquema de los vencidos, como un convidado muy particular, igual acontecerá con los restantes sujetos, o si por el contrario fue también una víctima particular de ese proceso de opresión puesto que se encontraba en la mitad de ambas instancias. ¿Hay una pregunta ontológica?... tal vez...

Como indicó Dilthey<sup>5</sup> la historia de los movimientos espirituales, tiene la prerrogativa de que los monumentos que los han exteriorizado han sido veraces, y entonces podría uno equivocarse en cuanto a las intenciones que subyacían tras cada erección de un obelisco, pero no en cuanto lo que ese o aquel monolito enseñaba en su objetividad pues en

---

ción del horizonte ontológico, tal como se ha venido haciendo aquí. No obstante la conciencia ha tenido una función crítica y ha hablado conforme a determinada acción u omisión, pero la exégesis no pauta ese aplauso o ese reprochar de la conciencia, pues generalmente de esa manera arriba a expresarse contaminada por el dogma, por la tradición, por la autoridad o por la cultura. Entonces si se quiere tomar conciencia de una cosa, del *sorge* o de lo que significa ser ahí en el mundo de uno como tal, ontológicamente hablando se requerirá de un proceso que valide su presencia libre de toda presión. Hasta ahora ha mostrado una falsa originalidad, que es preciso cambiar por una sencilla originalidad que se alcanzaría con la autenticidad en el vivir (Nota del autor. Véase además: Heidegger, pp.314 y ss.).

5. Gadamer, I, 2003, p.291.

este caso las representaciones escultóricas o pictóricas relacionados con la Iglesia y con el estado de cosas en la Nueva Granada, fue tan fecundo cuando testificaban o denunciaban un contexto o una situación sobre ese pasado tan repleto de pesares que no había dudas sobre el particular. La faz escultural o pictórica de san Pedro Claver o de cualquier otro mártir que estuvo por este país, por ejemplo, podría mostrar lo que le tocó lidiar a cada uno en un momento dado... mas eso fue la excepción, y no la regla general.

La primera palabra que debió salir del hombre, y del cura en aquella época y en la actual, incluso, sería la de “perdón”, porque no ha conocido materialmente hablando lo que florecería al oírla o al expresarla, pero ha faltado algo, la piedad, la única expresión capaz de enseñarla, y si se careciere de ese sentimiento, como de hecho ha sucedido, ese apacible vocablo que tanto conviene a los labios de un hombre o de un cura, el perdón, nunca se percibirá...<sup>6</sup>.

### **Inquietudes profanas**

Es del caso convenir que la presencia de las comunidades religiosas a lo largo del territorio nacional granadino, era no solo para complacer el último deseo de la Reina Católica sino también para compensar el prurito espiritual que la Corona española sentía ante el tratamiento inicuo que ya recibían sus súbditos y los esclavos, una manera de paliar los catastróficos efectos que la intemperancia, la voracidad y la perversidad del encomendero o del amo/colono —y de hecho del descubridor y del conquistador en el pasado inmediato— estaban produciendo en el terreno de los hechos...

---

6. Shakespeare, I, p.441.

una especie de culpabilidad anticipada, pues no se ha de dudar que allá en la Corte se conocía al pormenor los detalles mortíferos de sus socios o áulicos en esa empresa de sistemática rapiña, mas se hicieron muchos de sus áulicos los de la vista gorda.

¿Sirvió para algo ese plan? Solo si se atisba que el pueblo indígena y más tarde la comunidad de esclavos recibieron las primicias de la religión revelada y dejaron atrás un largo periodo de oscuridad; ese plan entonces pudo traerles algo de consuelo a sus atribuladas almas. Es de anotar por eso, que el cristianismo se arraigó con ímpetu enérgico en esta tierra, y se convirtió en un baluarte inexpugnable contra la tropelía espiritual de los escépticos, sin embargo esa solvencia espiritual no pudo desatar los lazos de la agresión con que el español amarró al indio y luego al negro. ¿Mas eso de la cristianización no sería acaso una mera formalidad? Entre los primeros aborígenes, o mejor durante el tránsito de la primera generación de nativos a la segunda y así sucesivamente, fue factible que eso resultara una escueta formalidad para esquivar las condignas sanciones que las autoridades ibéricas imponían a los contumaces o a los renuentes de catequizarse, pero con el paso del tiempo se fue tomando conciencia de la necesidad de creer ciertamente en Jesús y en su propuesta redentora y eso lo hizo la transición generacional, no en todos los casos. Habría que indagar hasta qué punto ese compromiso sacro fue cien por cien cierto y si abarcó a casi toda la gente de nivel inferior. No obstante el cura muchas veces hizo la tarea sobre el particular pero algunas veces no habitaba en su talante esa predisposición anímica que era característica de aquellos que sostenían el corazón del cielo, y que debía ser tan santo como severo.

A pesar de que el estilo muchas veces lo impone el tiem-



po, resulta innegable que el modo retórico que desde san Pablo ha venido manejando la Iglesia para persuadir a la feligresía se ha mantenido contra viento y marea, o sea no se ha mutado en algo que vaya a favor o de la moda o de la tendencia del momento, pero eso no ha sido suficiente para alterar la manera de ser y de actuar del poderoso. Las fuerzas oscuras que han rodeado al Cristianismo, no se han derivado de la presencia improcedente de ciertos sectores conservadores, sino de la estampa activa de los intereses creados que persistentemente han englobado a la Iglesia en su diario trasegar por el mundo.

¿Qué hacer frente a esa incontrovertible realidad? Muy simple pero paradójicamente muy complicado, al que anhelara soportar la cruz de Cristo, no ayer sino todavía hoy, le tocaba ser un modelo de excelencia, en donde la gracia hallare un cubículo para que el cuerpo resistiere los embates del enemigo, y pudiere pesar igualmente las faltas del otro en la balanza en donde pesaba sus propias lacras. Le convenía igualmente a ese paladín de Dios, escardar el vicio y no dejar crecer el suyo, desnucar las protervas inclinaciones propias y aunque pudiere parecer un despropósito, su exterior debía asumir la figura de un ángel. En suma, atacar a la iniquidad que se ha escudado invariablemente en el lado del más poderoso.

Y aquí la expresión SER no es contenido, sino aquello que hace posible todo contenido o permite que algo se presente como lo que uno tiene por delante. A diferencia del ente, que algo es, no es el ser. Eso es mucho más profundo y enigmático... en cuanto adviene temporalmente en cabeza de cada ente... Ya se sabe la importancia de esta palabra <ser> ¿Hay que comprender a la sazón que el ministro de Dios debería estar prendido en el proceso singular de ser ahí

pero en el mundo de la divinidad? En caso afirmativo, debo imaginar un cambio histórico que atañe a la existencia del hombre y que significa una mutación que afectará a lo que constituye la humanidad del ser humano y lo que es saber lo que será ese cambio de frente alrededor del nexo con el Altísimo.

Ahora bien: ¿Que hizo el cura español o el cura criollo al respecto en estas latitudes? No siguió al pie de la letra el protocolo salvífico o sea la caridad y el amor al prójimo. Y por ende será indiscutible aseverar que muchas veces, compelido por esos macabros haberes mercantiles, le era preciso mirar hacia otro lado, dejar las cosas como concurrían, y aunque en ciertos momentos la crisis de las agresiones lo instaba a intervenir, carecía, no obstante, de la altivez de una conducta sin mácula o de una pericia que pudiera por lo menos limitar el pertinaz esfuerzo de devastación que animaba al descubridor, al conquistador, al amo, al colono o al encomendero. ¿Por qué? Porque su principal arma, el anatema de la condenación, la eterna ordalía en el averno, poco o nada surtía efecto en el alma de esos malandrines... auténticos basiliscos de mortífera contemplación. Entonces no encajaba ese cura en el modelo arriba propuesto. Esa fue una falla del sistema y trajo consigo que más tarde se derrumbara este interlocutor en los barrancos del vencido. Otro más pero como convidado.

Cerca de Lyon nació en 1786 Juan Bautista María Vianney, y fue ordenado sacerdote en 1815, dada su pujante vocación espiritual y los dones que desde temprana edad manejaba, no obstante que su instrucción no fue la ideal para esos menesteres sagrados, ya concitaba la atención. Pese a su limitación académica, la posteridad más tarde le reconoció como el “cura de Ars” ya que al ser escogido párroco

de esa villa, Ars-sur-Forms (1818) una localidad que había sido borrada del mapa como cristiana por secuela del proceso revolucionario, esta vegetaba en medio de un galopante ateísmo y en donde hormigueaban, el escéptico, el que no le importaba el prójimo, el epicúreo, el rico y el poderoso, el agnóstico y finalmente el pecador recalcitrante. Es de sospechar que el reto que tenía en frente era colosal sobre todo dada su juventud y su escasa formación intelectual. Sin embargo: este cura no se arredró en lo más mínimo ante ese desafío y poco a poco mostró que sí reunía las exigencias para convertirse en defensor de Jesús, y sacó adelante esa villa, en medio del estupor de sus habitantes que paulatinamente fueron volviendo al redil. Eso significa una cosa: que la actividad pastoral propiamente dicha no era un imposible terrenal y que con buena voluntad y ánimo puntual, era viable transmutar con gestos y acciones elocuentes, de amor, de persuasión, de paciencia y con prédicas repletas de ejercicio y de gestión, las costumbres laicas y a ratos corrompidas de esa parroquia o de cualquier otra en similar estado, no para que se cambiaran posteriormente en un lastre, sino por el contrario para que se mudaran en un modelo cristiano, repleto de amor por el prójimo. De esa manera reconcilió al lugar con la religión, le brindó un novedoso aliento, hasta el grado que aun en vida, eso era ya un sitio de peregrinación por el olor de santidad que de su persona dimanaba al solo verlo. Por eso fue canonizado en 1925 y a partir de entonces se transformó en el patrono de los curas párrocos. Había muerto en 1859.

¿Voy a retrotraer esa beatífica existencia hasta los confines de esta tierra durante la colonia para que sirviera de prototipo? Literalmente no, pues “Estilo es que lo que pide el tiempo”, como dijo Gracián (2009, p.22), pero como ya

lo indiqué arriba, ese estilo del cristiano ha permanecido más o menos estable, y por ende es de recibo afirmar que en cualquier tiempo un cura sí puede ser ministro de Dios a carta cabal, no necesariamente en la colonia por ejemplo, pero cuando se aleje del epicentro del poder y cuando se concentre en su labor apostólica en pos del débil, del necesitado y del acorralado... sin que irreparablemente tenga olor a santidad o sin que inevitablemente tenga que medrar a expensas del poderoso y seguirle sus instrucciones ladinas. La santidad solo deberá ser su arquetipo.

Sin embargo ni siquiera la presencia de santos varones por estas latitudes pudo detener el apetito codicioso del español en todos los frentes, y un ejemplo patético fue el de san Luis Beltrán (1526-1581), un dominico que hastiado y contrariado por los abusos reiterados de la recua de infames encomenderos y amos por el bajo Magdalena y víctima igualmente de las acechanzas de esos cobardes que querían matarlo a toda costa, pidió desconsolado volver a España, en vista del fracaso de su misión evangelizadora ya que no logró que cuajara ningún proyecto en beneficio de los más necesitados, aunque la semilla del Cristianismo sí la dejó bien arraigada. Canonizado en 1671 por el papa Alejandro VII, paradójicamente fue designado patrono de la Nueva Granada y tampoco ese reconocimiento sacro pudo paliar los efectos nauseabundos de la satánica conducta española.

Desde luego como no puedo hacer un análisis exhaustivo sobre el rol de este venerable santo ibero, debo, empero, expresar que su huella se disipó con la manera de catequizar más tarde, en la que el cura le hablaba al colono o al encomendero o con demasiada acritud o con excesiva indulgencia y con eso propiciaba espacios de confrontación o de indiferencia. En cambio al indio o al esclavo, los trataba con

impasible deferencia, o con fastidio muchas veces dada su ignorancia y su oscurantismo. O sea dos extremos para manejar ese proceso de culturización que no ha sido estudiado con el rigor que esa experiencia demandaba. Por eso hay tanto católico hueco y vacío. Hizo y hace falta aún, tacto, mesura y uno que otro toque enérgico para mutarse en un industrioso intermediario entre el poderoso y el débil, y con este, el débil, en otro espacio, para proveer sosiego a su ánimo en el cotidiano trasegar. No lo forjó tampoco de ese modo y eso dejó secuelas que todavía se lamentan en las esferas religiosas. Lo ideal hubiera sido que el cura hubiera empleado en su misión los resortes propios del discurso retórico de carácter religioso<sup>7</sup> porque entonces la situación habría sido otra, ya que un mensaje de esa índole con el acento peculiar de execración sacra y dirigido directamente al mendaz, le hubiera hecho sentir agujoneado por un temor descomunal y a lo mejor un sudor helado inundaría su cuerpo ya que semejante cuestionamiento advertiría más cosas de las que realmente escuchaba... y le haría auscultar los oxidados goznes de la puerta del hades abriéndose de un modo infausto y al débil se le hubiera convencido de tener la paciencia que los textos evangélicos han ponderado para la mayor gloria de Dios. Hoy (2015) ese estilo directo, sin ambages, a lo mejor ya no amedrenta, pero en aquella época, seguramente sobrecogería de terror hasta al más socarrón o al más cínico y además habría suministrado un pócima de alivio al frágil. Mas si persistiera ese talante, o ese estilo

---

7. Véase al respecto: Meisel, R. (2015). *El discurso retórico, o el arte de persuadir en el campo político, forense, pedagógico y religioso*. Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar.

catequístico, con un toque ambiguo, quién sabe a dónde irá a parar el fervor religioso con el paso del calendario.

Todo eso tiene un tinte de razón, pero había un problema, y grave, que quizá acompañó para que lo anteriormente expuesto se consolidara. Y era que muchos curas que se quedaban afincados en una villa o en una parroquia, carecían de la vocación pertinente para ese fin, no sentían ese llamado de Dios en su corazón, y tomaban los hábitos para vegetar con la comodidad del que se sabe importante en un lugar como ese y en aquel tiempo. Eso jamás debe soslayarse al momento de justipreciar la presencia del cura por estas latitudes y consentir con eso que fue una de las causas por las cuales terminó en el redil de los vencidos. Y los capellanes ecuanímes tuvieron que pagar por los díscolos y por los oportunistas.

Los hombres deberían ser lo que parecen y ojalá ninguno pareciese lo que no es...<sup>8</sup>.

Implícitamente si ese cura hubiese platicado sobre la densa nube de angustia que flotaba en medio de aquel infierno terrenal, que constituían los campamentos, las encomiendas o los valles, y con sollozos hubiera igualmente regado esa tierra alterada ante tanta devastación diabólica, del mismo género habría hecho sentir —al colono o al amo perverso y su recua de acólitos— como una basura digna del fuego eterno. Mas nunca lo hizo o si lo llevó a cabo, dado que carecía de esa fortaleza anímica que se podía reparar en un san Vicente Ferrer o en un san Francisco Javier, esas expresiones se las llevaba el viento con suma facilidad.

H. Belloc, un notable historiador europeo, manifestaba

---

8. Shakespeare, II, p.393.

con furor que detrás de la Iglesia católica tenía que estar el poder de Dios, pues de lo contrario, dada la reiterada torpeza de muchos de sus miembros, esta hubiera desaparecido del concierto terrenal. En tal sentido, estoy identificado con este pensador, autor de numerosas biografías.

El argumento básico de esta crónica puede asentarse en el hecho de que la presencia del cura en cada villa o en cada parroquia de la Nueva Granada, era equivalente a la del Lazarillo de Tormes, o sea al servicio de varios amos, de ahí que ninguna vez pasara hambre al ser protegido de muchos aprietos por canónigos de alto vuelo y honrados caballeros que fungían como tal. Se acordaba cada sacerdote, que Ulises no fue valiente sino astuto y que cualquier hombre —incluso el ministro de Dios— había de mostrar su ingenio, “no en igualar al que le hacía ventajas, sino en echarle el pie delante en la medra...” (Jover Zamora, II, p.481). Y eso desde luego menguaba la labor pastoral del clérigo, y aunque su bondad no pasaba desapercibida, sin embargo las circunstancias le arrastraban a mantenerse en su entorno vital. Hizo falta intrepidez y una idoneidad hacia la intermediación inequívoca, sin concesiones ni esguinces.

El cura ha sido el ser ahí en el mundo no de la divinidad como dije en páginas anteriores, sino para la divinidad o para Dios y ha tenido que vivir su ser ahí en función del otro, o sea del prójimo como ser ahí en el mundo; la dificultad reside por lo tanto no en el sentido de ese ser ahí en el mundo para Dios, pues eso lo otorgaba la ordenación sacerdotal sino en la constitución formal y material de su ser ahí para el otro ser ahí en el mundo, por el trajinar dialéctico que significaba compenetrarse en una instancia donde debía

percibirse el acento del Señor... No todos lo han logrado... porque había que vivir en autenticidad plena.

Muchos curas en aquella época, no dejaron su ser ahí en el mundo, para internarse en ese ser ahí en el mundo del prójimo, especialmente en el mundo del desvalido o del infeliz (o del vencido) y de ese modo no podían realizar auténticamente ese novedoso ser ahí en el mundo del otro, y todo quedaba convertido en un sainete, en algo que oscilaba entre la mitad de su ser ahí en el mundo y la otra mitad en el otro o sea en el ser ahí en el mundo del prójimo, que podía ser el del vencedor o el del vencido, sin definir nada, y entonces la impropiedad o la inautenticidad hacía y deshacía a su antojo y el poder sacaba partido de esa mala jugada.

De ahí se desprende que la corrupción terrenal empantabanaba en muchas ocasiones al presbítero, y le frenaba remar la barca de Cristo con desinteresado afecto, pues le tocaba adoptar la postura del recíproco interés, de la dependencia egoísta y de la inclinación a veces obsesiva por el poderoso y le daba la espalda a su verdadero interlocutor, las sufridas ovejas. Esta situación se ha visto casi siempre como síntoma de descomposición social o del individuo perteneciente a una sociedad clasista que juega cruelmente con los marginados, o del hombre investido de cierta prerrogativa que no se involucra con los más necesitados. Mas eso se ha tornado tan recurrente en las descripciones históricas, que es mejor revelar que ha sido un presagio del grado de cansancio de una sociedad que ha distinguido que acomodando o remediando los estilos de vida antiguos y actuales hace que todo continuase igual. O peor que antes.

El cura no debió dejarse acorralar por el mal y caer vencido sin dar la batalla, al contrario, debió triunfar sobre ese



mal, haciendo el bien<sup>9</sup> en la forma de denuncia, de anatema o de censura acre como hicieron ciertos presbíteros epónimos en aquella época, pero y lo repito, esa no fue la constante sino una voz que clamaba en el desierto...

Es puntual por consiguiente reconocer que la defensa que llevaba a cabo el cura en favor del débil, con las excepciones que son de rigor, conviene aclarar, fue muy poco espontánea, no muy generosa, muy frágil, y exteriorizaba una posición que no atornillaba a su sagrado ministerio como tal y en aquel ciclo (el descubrimiento, la conquista y la colonia) tan ambiguo que demandaba pinchazos vigorosos, cuando una persona de esa envergadura pastoral no reparaba la ecuación, todo se volvía un círculo vicioso y el mundo seguía su marcha gastándose a medida que avanzaba.

Entonces un céfiro afligido envolvía la mirada de aquel cura, como señal de ineficacia, a pesar de que el amo, el encomendero o el burócrata se reían en torno suyo. He hablado demasiado aquí de sus débiles méritos sin ponerme en la situación de cada uno, mas las llagas mudas de los vencidos platicaban demasiado de esa insuficiencia pastoral. Y desde luego en la soledad de su crepúsculo, como su alma no se hallaba forjada de pedernal, ni de acero, expresaba la desilusión con un oleaje de lágrimas que obstaculizaban sus meditaciones sobre el particular. Dios indudablemente lo perdonó, siempre y cuando hubiere expresado de modo inequívoco un laudable propósito de enmienda o eso hubiera acontecido en el último minuto de su existencia. Eso supongo que hicieron muchos clérigos y pese a eso aún continúan como vencidos.

---

9. Rom 12, 21.

No sé por qué, mas tengo la impresión de que en este medio hizo falta la fortaleza de roble de un Lutero, la dureza frenética de un Calvino, la exaltación fogosa de un Loyola y la sutileza efusiva de un Erasmo de Rotterdam. Hubiese sido algo colosal, pues se hubieran conjugado casi que armónicamente la herencia clásica y el legado humanista del Renacimiento, la ideología de la Reforma y el empuje de la Contrarreforma, y todo se habría rectificado de una manera manierista o barroca que escudriñaba mediante el poder de la señal, del artificio, del ingenio y de la fortaleza anímica, cambiar, sorprender, mudar de aires a través de la manipulación de la lengua... y en el fondo a la vida misma, sin sarcasmo ni antifaz.

Mas como eso no sucedió, la peculiaridad del ibérico en la Nueva Granada fue desarrollarse en el marco de una situación deformada, por su dislocado talante de distinguir las cosas a su erróneo y ambiguo modo y procedía entonces dentro del cuadro de su trágica estampa en un cosmos carente de compasión y sin un futuro halagüeño, que solo se ensamblaba con la hipocresía de unos y de otros. ¡Qué mundo! Y eso fue su entretenimiento a dos bandas —con el indio o con esclavo y con el cura— y como nada había que le gustara tanto como lo irracional, paladeaba la existencia hasta más no poder.

Yo no soy moralista, no quiero serlo, ni tampoco este escrito tiene connotaciones éticas. Sin embargo lo anterior no obsta para indicar que hizo falta en el cura de aquella época que manejara un imperativo concluyente que le sirviera de regla determinante de su deber ser primordial, por encima de todo, el débil. Mas como el presbítero seguía siendo un ser humano, sería mejor acomodar tal imperativo y volverlo hipotético, o sea construido por un precepto que aludiera a

un saber hacer, acércate más al pobre que al rico, acompaña más al necesitado que al opulento... y esas variantes se hubieran convertido en la expresión fundamental de la ley cristiana, “ama a tu prójimo” pero sobre todo al que sufre, al que gime, al que padece, al que no tiene nada. Pero se me expresará, no había nacido aún Kant y por eso no se podía utilizar su adagio clave: “Actúa de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda siempre valer al mismo tiempo como principio de una legislación universal” (Abraham, p.444) empero insisto, no era ineludible que eso sucediera, ha sido un apotegma mundial... que muy probablemente se aplicaba desde tiempos inmemoriales.

Hay que avanzar: En aquel momento para el hispánico, el eventual triunfo social, la ganancia económica, alcanzando subvenciones de los poderosos como premio a sus bellaquerías por estas tierras, fue “el signo glorioso” de un proceso ignominioso de existencia con un componente de degradante materialismo que al final lo condujo por el desfiladero de la capitulación ya que en ese ir y venir se llevó por los cachos hasta al pobre cura y lo remitió sin contemplaciones al sitio de los vencidos como un huésped especial. Y como era igual a Don Quijote, ese ibero “llevando la determinación de aventurarlo todo a la de un golpe...” (1, 8) se puso de ruana a las Indias Occidentales, y más concretamente a la Nueva Granada, con toda la gente reunida pero qué más daba ya, si terminó impudicamente con casi todo. Así manejó este engranaje el español por estas tierras. ¡Que el cielo lo aplaste! Y ¿al cura?

*El periquillo Sarniento* fue el título de una novela escrita por José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) en la cual se narra el problema del racismo en México y buscaba con ese texto, si no zanjar, por lo menos pautar el modo de

mitigar las hondas divisiones entre criollos, mestizos, mulattos, negros y españoles, de una manera digna. En realidad, ese epítome era un vasto retablo de costumbres y ambientes populares que puso de presente el cuadro de miseria y dolor que había en el ambiente y confrontaba además la actitud prepotente de los poderosos hispánicos que persistentemente estaban en plan de segregar, de agredir y de enriquecerse a costa del sudor de los demás. Pero eso no viene al caso aquí, lo que incumbe en cambio es revelar que en uno de sus esquemas, denunció el “fariseísmo” de una religión, “que proclamaba el amor a los semejantes y permitió la esclavitud....”. Y remataba el código: “Lo que me admira y me escandaliza es ver estos comercios tolerados y estos malos tratamientos consentidos en aquellas naciones donde dicen que reina la religión de la paz y en aquellas en que se recomienda el amor del semejante como el propio del individuo...” (Triana, III, p.209).

A la sazón a ese epónimo escritor le correspondió por ende estar al tanto de cómo se organizaba esa realidad paradójica, o cómo se acoplaba, por si algún día, “se me antojara ser cristiano y comprar negros como si fueran caballos”, pero concluyó defraudado “jamás me aficionaré a tal religión...” (Triana, III, p.209). Incuestionablemente que un amargo sinsabor dejan esas palabras vertidas por este escéptico pensador, pues se percata uno que mucha responsabilidad le cupo al cura de tales hechos, por no asumir con entereza su misión que era la de consolar con decoro al oprimido, no contemporizar con el opresor y denunciar con valentía sus perversidades.

Como consecuencia de esa afirmación se puede sugerir el prólogo de la constitución del ser ahí en el mundo del vencido, o sea en este caso, del cura, ya que poco hizo, con el

encargo que tenía, de evitar que se arrinconara al negro por su color, al indio por su condición o al mulato por su casta, y no poner fin o por lo menos no atacar con enjundia las diferencias raciales, invocadas por los encopetados, a pretexto de una superioridad que no la contemplaba el Evangelio. Y esa actitud desalentó a tantos que paulatinamente junto con el negro, con el indio y con el mulato, se fueron apartando de la religión cristiana en sí, aunque intervenían por compromiso social con los ritos. Eso merecería otra indagación más profunda.

Desde luego que el soporte básico en pro de una eventual defensa, podría radicar en que el cura carecía de resortes institucionales para proteger al inerme, pero esa fue una mera coartada, porque el recurso del púlpito era amplio y variado en su extensión para colmar de reproches a ese agresor de la especie humana y además tenía un poder ínclito de convocatoria que podía poner en aprietos a la institucionalidad misma con sus denuncias. Tampoco lo llevó a cabo el presbítero por regla general. ¿Faltó imaginación? Tal vez, o a lo mejor carácter o temple. El aprensivo o escéptico perpetuamente ha esgrimido esos tropezones para sonreír con desdeñoso sarcasmo, pues se considera una persona que desde lo más recóndito de su corazón, ha sentido que su única filosofía era la del regocijo, sin preguntas ni circunspecciones acerca de la índole de esta vida terrenal que con tan escasa consideración ha montado la naturaleza.

Es de recibo alegar por ende, que el cura estaba al corriente de lo que circulaba por su entorno y colegía en su fuero interno, también que no había derecho ni humano ni mucho menos divino que tolerase ese cuadro, el comerciar con la sangre del hombre, mas casi siempre se encogía de hombros pues no era de su competencia intervenir con la ve-

hemencia que el caso reclamaba. Unos pusieron el grito en el cielo, cierto fue, pero carecieron de la resonancia dialéctica que una ignominia continuada reclamaba para enervar ese contexto.

Sería muy fácil alegar que esos eran asuntos del mundo y que lo suyo era “a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César” según el precepto evangélico, pero eso sería un pobre exhorto, que contradeciría otros preceptos más terrenales, Lc 6, 25, Mt 5, 6, Jn 21, 6, Mt 6, 10, 16, en donde se reclamaba acción en pos de los más necesitados.

Es posible que se me reproche mi dureza de corazón y mi falta de caridad cristiana para con el prójimo, en este caso del abatido abate, al juzgarlo con una severidad insolente, sin respetar su fuero, y sus falencias, tan propias de la condición humana. Eso es cierto y lo admito. Pero el clérigo en aquella época y en la actual ha tenido y tiene una responsabilidad social muy seria que exige deberes y responsabilidades más delicadas que los demás, y entre ellas, se halla la de cuidar la salud física y espiritual del inferior, del que sufre, pero no de un modo rutinario o mecánico, sino con aquella herramienta que le dio el Maestro, el amor (Jn 15, 17) y de una manera eficiente, o sea con gestión, aquella preocupación por procurar los medios precisos para ejecutar una actividad de la mejor manera posible, y evaluar luego sus resultados para corregir fallas.

Eso apacigua un tanto mi ánimo, porque considero que tengo razón en la reconvención. Pero, ¿no debo concebir asimismo que todo eso ha sido producto de una confabulación de aquellas personas que han detestado al sacerdote y a la Iglesia de Cristo con el fin de desacreditar a una persona y a una institución que tan cerca ha convivido con la gente? Cuando los hechos han sido reiterados en el tiempo

es factible arribar a una conclusión: De todo hay en la viña del Señor, y en este caso, había de todo, monjes insolentes, monjes irracionales, monjes impertinentes, monjes descarados, monjes sin vocación y monjes taimados, y por el contrario también concurrían religiosos sensatos, religiosos ponderados, religiosos activos, religiosos enérgicos, religiosos caritativos y religiosos compasivos, aunque eso no obsta para indicar que muchos de ellos no tenían de honrados más que el traje.

Ante la impotencia del buen cura frente a la avalancha de hechos ignominiosos del día a día, pertinente es indicarlo, la tristeza y la melancolía velaban su existencia de manera que su mirada carecía de ese vigor pastoral que se demandaba en aquel ciclo. La afrentosa posición social del prepotente español, fuese amo/colono o encomendero, e incluso funcionario de la Corona, agravaba más las cosas que se desplegaban alrededor de lo que tenían que padecer el negro, el indio y el mulato. Este último en menor escala. Y es ahí donde podría surgir una salida a esa eventual condición de vencido convidado aquí del cura, que se acreditare en lo que resta de este material que efectivamente se hallaba en una tercería o en la mitad de dos instancias, una poderosa y otra debilucha, de las cuales no se podía liberar ni inclinarse para el lado más enclenque sin poner en perjuicio la estabilidad de la Iglesia...

Igualmente se podrían reinterpretar los hechos que hasta ahora he vertido para arribar a una conclusión más o menos decorosa y sacar del tinglado al ministro de Dios en el último momento, y salvarse de ese modo del averno de la historia. Por eso es importante aclarar que aquí estoy usando un procedimiento distinto, el dialéctico, porque voy a considerar ese problema en el marco de las relaciones sociales y mirar

sus contradicciones o sus conflictos, desde el curso de la historia a partir de la instauración que más adelante concebiré del diálogo *ficto* entre un cura y mi persona. ¿Por qué? Porque todo equilibrio es provisorio, las contradicciones se repelen y se atraen para luego compenetrarse y renacer por conducto de una síntesis afortunada.

Por esa potísima razón no fluirá aquí la pregunta ontológica que se reclamaba anteriormente, pues este decurso va a ser diferente.

La mancha más grande que empañó el vidrio de la evangelización en esta parte del globo provino de esa falta de coraje generalizado del cura, especialmente el de las villas o el de los pueblos circunvecinos para poner freno a tanta injusticia social. Los ricos, respetaban a la Iglesia, eso era incontrastable, departían con el cura, eso era cierto, colaboraban con obras de caridad, también fue indiscutible, pero no sentían misericordia para con el caído, para con el inferior y bajo esas condiciones, era evidente que lo que hicieron con las manos lo deshicieron con los pies.

Es hora de profundizar un poco aquí, ya que como señaló el Aquinate, una de las dos buenas razones para negar la existencia de Dios, ha sido la presencia del mal. Pues bien, la pregunta filosófica por antonomasia que brotaría de lo anterior no sería otra que la pregunta por el Ser de Dios y en mi opinión tanto la filosofía como la teología deberían cada una intentar traducir posteriormente ese requerimiento y formular la respuesta de consuno o por separado de tan álgida cuestión, pues aquí no se hará. En todo caso, destila para mí una llamada recóndita del Ser de Dios para el ente —en este caso para el hombre— (no estoy en condiciones de explicar si se hace extensivo a la naturaleza de las cosas) pero la tarea filosófica o teológica no ha podido explicitar los al-



cances de esa convocatoria que proporcione otra apertura del bosque que rodea la existencia y de ese modo advertir lo intangible o sea lo inefable. Si uno pudo vislumbrar al ser ahí en el mundo del vencido, en este caso al indio y al negro a partir de cuatro recursos, la encomienda y el palenque, o Cartagena y la minería el modo de advertir al Ser de Dios en su inmensidad no podría ser únicamente contemplando al universo, mejor atisbando también la acción depuradora de aquel que se llama su ministro o de aquel que lo invoca como su Señor. Pero esa acción del uno o del otro, tiene que ser auténtica, piadosa, humanitaria, a fin de que dimane la claridad que permanece oculta en el tupido y frondoso bosque del trasegar y de ese modo comprender la esencia del Ser de Dios. Él está ahí... Mas si esa categoría no alcanza el nivel de suficiencia ética ¿en qué queda la cuestión primordial? Habría que buscar otra opción, quizá metafísica, pero eso escapa al control de esta obra.

Y ¿por qué? Porque las acciones malignas del encomendero y del amo, enseñorearon la posibilidad de que Dios no existía, que era una quimera, ya que en esta vida, nada se ha castigado con severidad, que todo se ha consentido, el rico seguía siendo rico y feliz y el pobre sobrellevando todo y con su pobreza al hombro y al final nada pasará, pues tras la muerte no había nada. Y con semejantes ejemplos lo patético atentaba contra la presencia... En la Roma antigua era proverbial preguntar: ¿Qué era el hombre después de morir? Y era también proverbial responder: Lo que era antes de nacer. Esto es un cuadro complicado y complejo aún para el creyente, pues lo pone contra las cuerdas y casi sin posibilidades de conteo de protección, sin embargo ante esa posibilidad surge otra, la presencia del bien y por ende las

cargas parecen nivelarse hasta cierto punto, pues si Dios es amor, eso es el prototipo del bien.

¿Y qué es el bien? ...Tal es la cuestión en efecto. Un contradictor del mal, una réplica, aunque debería ser al revés, el mal es el contradictor del bien porque este concepto es superior... pero así son estas cosas en el mundo.

Comprender. Qué palabra tan difícil de captar para el sabio y tan fácil a la vez de digerir para los necios, pero este último desconoce lo que eso implica, o sea la de explicar posteriormente esa comprensión y por eso se atora. ¿Cómo es viable la comprensión y luego la explicación de este tema? Lo forjaré dentro del marco de una teoría de la experiencia real de lo que es el reflexionar, como lo sostuvo Gadamer (Moran, p.264) pero esa experiencia real aquí, o sea el contacto con el clérigo bueno —como el cura de Ars— o con el auténtico creyente, será lo que vaya a proporcionar el combustible necesario a fin de activar que ciertamente Dios está ahí o que por lo menos se vislumbra a ese Ser de Dios y se pudiere en definitiva elucidar la condición de vencido convidado del cura en general. La tarea de la comprensión que procuro armonizar como una especie de mediación reside en poner en una balanza al mal y al bien; si existe solo el mal, no existe Dios, pero si también existe el bien desde luego que existe Dios.

Ninguna vez se percibirá al bien si no ha sido contrapuesto formalmente y materialmente al mal. La discusión de ese problema casi parece una ironía del destino, el que la formulación de una adecuada respuesta sobre el particular, llegare a establecerse desde la historia y no desde la religión como era de esperarse y es ahí en donde habría que buscar los rastros del bien y del mal y despejar las inquietudes en torno a Dios.

Eso simboliza que el modo del Ser propio de Dios, del estar ahí y divisarlo a medias como tal, deberá ocurrir desde la comprensión del hecho histórico, de lo malo y de lo bueno, y de sus secuelas que a su turno deberían explicarse satisfactoriamente como instancias únicas fácticamente hablando, aunque desde un perfil ético no hubiere consenso sobre esos hechos históricos buenos o malos a partir de la antigüedad hasta el día de hoy. A su vez esos hechos deberán irradiar un sentimiento de apertura hacia lo auténticamente humano —la tolerancia, el respeto, la caridad y la compasión—, si es que esos conceptos fundamentales han formado parte del corazón humano, y ratifiquen —sean buenos o malos— proscribir las vanas especulaciones esotéricas de propios y extraños que pululan dentro y fuera del Cristianismo, concebida como una religión de fe y no de obras. Sobre el particular recuérdese la carta del apóstol Santiago.

En el mundo de las cosas, han sucedido eventos aparentemente malos, que sin embargo, si se analizaren las secuelas que se han derivado, han resultado buenos, entonces a partir del modelo general de la comprensión y de la explicación —dialécticamente platicando— habría que avizorar un submodelo inductivo probabilístico o nomológico deductivo para que un acontecimiento X pudiese ser comprendido y explicado de esa manera y arribar a la conclusión en este caso acerca de la existencia de Dios, desde el horizonte de la historia. Como no hay una forma canónica de ese esquema, dejo el tema de ese tamaño y prosigo.

La labor del cura no ha sido su fe, que se conjetura, sino la de su aspecto dinámico, la de su lucha invariable contra el mal que roe la tierra. Eso ha sido un indicio del contrapunteo que ha existido entre ambas figuras, el mal y el bien. Mas si ese cura aparece ante los demás, indiferente, cómpli-

ce, excesivamente cauto, censor pero del infeliz o del débil, ¿qué se debería esperar?

Si el mal implica ausencia de Dios, el bien, por el contrario, debe encarnar lo contrario, ya que el único que ha podido y puede estimularlo desde diversos retoques ha sido y es Dios.

El Dios de Dios para el ente —se lee como un disparate, mas no lo es— se sustrae a cualquier intento de representación, eso es incontrovertible, y conjuntamente se oculta deliberadamente (Exo 3, 13,14) y por eso solo será posible divisarle, y a tientas, por medio del lenguaje y del tiempo o viceversa en medio de la acción histórica compasiva que refleje un auténtico sentimiento por lo humano y que se opusiere a lo protervo o insolente que habita en lo malo. Y esa acción sensible en el tiempo y en el espacio debe partir primero de su vocero, de su pastor, o sea, del cura, quien es el llamado a mostrarse como una luz, primero dentro del bosque y luego de su prosélito. El bien como la encomienda o como el palenque, han sido los claros para distinguir el ser ahí, mas en este caso, el bien refleja al Ser de Dios como tal y al cura como su fiel escudero si actuare en consonancia con ese concepto.

Me detengo solo para hablar de dos ítems: el lenguaje y el tiempo y no de la acción del cura o del creyente, o de lo bueno y de lo malo, ya que corro el riesgo de distraerme y por lo ya expuesto medito que platiqué un tanto de su desempeño. El primero es el reflejo del estado de ánimo y a su vez ese concepto es una rapsodia de sentimientos ondulantes y variables que afloran o por casualidad o por un evento externo, extraño o no. El segundo a su turno, es el orden mensurable de las cosas que se mueven en el espacio y al darle un tinte histórico de que estuvieron en movimien-

to, desfilaron y se perdieron en la distancia... eso adquiere connotación. Al entender que el Ser de Dios para el ente es un concepto vacío que carece de la forma de ser de todo ente<sup>10</sup>, no puede ser constreñido ni por el lenguaje ni por el tiempo, pero sí puede ser evocado o avistado –Dios a la vista decía Ortega y Gasset– por conducto desde esos dos conceptos fundamentales, pues son los resortes que hacen saltar al hombre por encima de la superficie y mirar más allá de sus narices. Y ese hombre que brincó ha sido y será el cura, en primera instancia (Lc 14,34) y en segunda instancia el creyente, ya que todo prosélito ha tenido, tiene y tendrá sus obligaciones para identificarse como cristiano (Lc 10, 27). Una dupla para entrever al Ser de Dios.

Sin embargo el tiempo y el lenguaje han servido de catalizadores para la propagación regular e indefinida tanto del mal como del bien, y al admitir que el mal implica ausencia de Dios y el bien, presencia, y siendo ante todo, el ser, presencia, nada más cierto que Dios ES. Y ES por intermedio del bien, aunque se haya opacado por el mal, pero eso no disminuye la influencia de Dios que fluye simbólicamente en el día a día de la naturaleza de las cosas.

Eso puede ser asequible. Pero ¿cómo se involucra el lenguaje y el tiempo, con sus pares mal/bien, en ese proceso de apreciar a Dios por intermedio del cura o de las acciones de los que se consideran cristianos mas en la praxis no han mostrado ese sentimiento? Esto es una mera especulación, porque nadie podría pretender otear a Dios desde la perceptiva del cura, la mayoría de las veces sería imposible divi-

---

10. El hombre es ser en cuanto no es ente como los demás entes, aunque debería ser tratado como tal, además es ser para sí ser ahí para el mundo... en diversas modalidades y para la muerte o sea ese ser es un don y de que solo porque se da el ser –al hombre en especial– existe el ser ahí, el ente en su ser (Nota del autor).

sarlo. Mas como hay que hacerlo como ejercicio aquí, será a través de la tradición que ha dejado un legado recogido por el lenguaje y por el paso del tiempo y que ha prohiado confirmar hasta un límite tal presencia etérea.

Empero hay que tener cuidado: Las acciones “caritativas” de sus ministros y de sus prosélitos o de los que se dan golpes de pecho y croan ¡Señor! ¡Señor!, no envuelven la posibilidad de creer de plano en Dios, por el contrario, tiñen cualquier eventualidad sobre el particular dadas las intenciones ocultas con que vienen acompañadas por regla general. Por eso solo distingo como mecanismo vector, el amor al prójimo, y por lo que atañe aquí, es suficiente. Queda la acción, mas reitero que ella debe ser contundente en el sentido de que resplandezca la auténtica voluntad del individuo —cura o discípulo— por hacer el bien, amar al prójimo y sobre todo amar a quien lo detesta. Esas serían las condiciones mínimas de posibilidad en donde se podría divisar, lo reitero, la presencia sutil de Dios, su Ser Ahí en el universo, Alfa y Omega.

Al remontarse uno a la época colonial en la Nueva Granada, sospecha la presencia de una tradición de exigir pruebas a la divinidad o de ambicionar conocerle más, pero no de acatar sus preceptos, mas al observar de contera el desplome de la mayoría de los valores divinos y humanos o naturales y morales o éticos por parte del ibero y acolitado algunas veces con buena fe por el cura, se pregunta: ¿Cómo diablos podía la gente de todas las clases sociales presenciar el siniestro espectáculo de la depredación y la degradación del esclavo y del indio, y sin inmutarse acordarse constantemente de Dios? Creo que no entendían que con esa manera ladina o hipócrita, le estaban quitando la gloria a Dios que no ha sido otra que mirar la totalidad del hombre en la tierra, llevando a cabo el plan divino. ¡Amar al prójimo!

O simplemente creían que eso no era necesario ya que no militaban pruebas de su existencia.

Epicuro puso a pensar a la gente, con su paradoja: “Si el mal existe, o Dios no existe o Dios es perverso”... pero si hubiera vivido ese pensador en aquella época de seguro que hubiera variado la paradoja: El mal existe, entonces Dios no existe o Dios existe pero el hombre es perverso.

Emilio Castelar, uno de los oradores más eminentes de España dijo en las cortes españolas a propósito de un debate contra la Iglesia, que Dios era grande en el Sinaí ya que el trueno le precedía, el rayo le acompañaba y la luz le envolvía... (1952, p.139). ¿Por qué no se mostró semejante en la Nueva Granada, si mayor vocación exhibía o había más terror? Desde luego que lejos de mi cuestionar al Señor, ni más faltaba, lo que hago aquí es un ejercicio retórico para indicar que muchas veces ni la presencia del Altísimo es prenda de garantía para que todo marchare sobre ruedas en este orbe inicuo, ya que el mundo presencié cómo de ese Dios del Sinaí se saltó al Cristo del calvario, mas las cosas humanas en vez de mejorar, empeoraron, aunque la fe cristiana formal se estableció en la tierra, para muchos fue como una patente de corso para importunar al prójimo con sus perfidias. Mas ¿de qué ha servido todo eso si todavía el creyente tiene que escuchar las admoniciones paulinas relatadas hace dos mil años, porque precisamente su comportamiento aún deja mucho que desear? Entonces, el contexto es inextricable y un observador a la distancia no sabría qué actitud asumir.

Si milita el bien, Dios también milita, pero, si no existe el bien, Dios tampoco existe.

Me desvié un tanto del tema, lo admito, pero no importa, era indefectible si anhelaba arrimarme a esa problemática moral.

En la Nueva Granada, la Iglesia era una religión de poder en donde el cura era su portavoz local o parroquial, y por ende sabía que no debía dejarse manosear por ese icono que tenía una cantidad de brazos como pulpo, y maniobrar en cambio, una política de amor, de solidaridad y de apoyo social. No lo hizo así y cayó en la tentación, para preparar con esa postura la entronización de una justicia vindicativa para aquel que no creyera aunque se portaba bien y una justicia de perdón para el que creía aunque no fuera un buen cristiano, como lo era el amo/encomendero español. Eso resultó fatal pues aumentó la distancia entre el sacerdote y el común de las personas, que no dejaban por eso de ir a misa o de asistir con puntualidad a las fiestas patronales, de modo que poco a poco el clérigo fue incorporándose al bando de los vencidos, sin saberlo, y los fieles de casta inferior alejándose gradualmente de la fe. Ni qué hablar de los ateos, el regodeo que sentían debía ser enorme. La arenga del presbítero resultaba estéril e ineficaz a esas alturas, en medio de una sociedad despiadadamente dividida entre ricos y pobres y entre superiores e inferiores.

Al cura le ha pesado en líneas generales el silencio, ese mutismo compinche que terminaba por remorderle la conciencia, si bien sabía que en el fondo nada podía hacer frente a la envidia del poderoso colono o encomendero español, debía no obstante dejar palmaria constancia de su desagrado ante tanto desafuero. Sin embargo, algunos o muchos, no maneja una cifra exacta, consiguieron sobreponerse en ese dilatado intervalo de la colonia —casi tres siglos— al apuro político y demandaban caridad, compasión y buenas obras; con eso indisputablemente se descargaban de un lastre inmenso que habitaba en el corazón de la generalidad de sus colegas de oficio. Pero era una minoría que no alcanzó el nivel ineludible para superar al cura cómplice y por eso en



su vasta generalidad el ministro de Dios por estas latitudes, fue un vencido más, con una característica: se mutó en un subyugado peculiar, pues tenía todas las condiciones para arribar como vencedor dadas las credenciales que trajo consigo y sin embargo no pudo acceder al podio como tal.

Después de haber leído la crónica de los santos cristianos, ninguno preferirá al cura de su parroquia o de su ciudad.

¿En qué contexto continuó participando el cura, amanguado con el poder por secuela de ese vandalismo ibero en contra de los más frágiles sin asomo de irritación la mayoría de las veces? Mal situado o tachado pues fue inferior a las exigencias retóricas que reclamaba el medio social y ese era un punto —el retórico o la facundia— que los jerarcas de la Iglesia católica, durante la colonia, no pudieron utilizar en aquellos momentos, ni exigir de sus subalternos posturas más substanciales, pero como estaban todos ligados con la Corona ibera en virtud de los acuerdos geopolíticos se sentía la Iglesia, el Clero y cada presbítero encadenados formalmente hablando a la autoridad regia. O sea toda la jerarquía clerical quedó enredada en ese espantoso tema aunque es de anotar el dilema que tuvieron algunos prelados en la Nueva Granada cuando avizoraban la índole de ese holocausto, tan terrible que zarandéó las puertas del cielo.

¿Cambió Dios de bando y se quedó con el español en vez de permanecer con el desventurado? Hay una frase violenta formulada por el teólogo Karl Barth, y que podría ser la eventual respuesta a esa pregunta alarmante y no sería ni afirmativa ni negativa sino tajante y con otro sentido: “Dios pronuncia su eterno No al mundo...” (Steiner, p.11) y aunque apareciere como incoherente, por lo menos simbolizaría en este espantoso acontecimiento contra la dignidad humana, una perceptible indiferencia y una parquedad invariable como señales de que ante la caída inicial esa posición celes-

tial —la del silencio y la del NO— han sido las constantes en el cuadro de lo cotidiano del mundo. O sea que esos gestos de Dios revelaron que lo que está pasando, ha sido y será por secuela de la expulsión del Edén. No es fácil asimilar esta frase ni la subsiguiente elucidación, porque insinuaron una especie de complacencia cósmica ante el desastre o ante la agresión cobarde y por el dolor humano, mas no entreveo otra dentro del marco del orbe y sus afanes. La caída desde las estrellas, le ha costado pues al individuo un alto precio, pero especialmente al más débil... mas como existe una recompensa...

### **Tras los pasos de Platón: El diálogo...<sup>11</sup>**

En lo que resta de este capítulo, el cura podría increpar-

- 
11. Esta es la excepción a la regla que anuncié en capítulos anteriores pues voy a departir asido de la dialéctica, porque el diálogo, ha sido ante todo, de corte dialéctico. Para Marx la dialéctica de Hegel fue la más importante dentro de la tradición alemana, pero su triada, era estática, no apreciaba el movimiento de las cosas o el fenómeno a fin de buscar un principio explicativo y no meramente racional. La dialéctica marxista, que será la usada aquí, considerará al fenómeno del vencido, en su aspecto dinámico, no esencialmente en su aspecto ético, pues solamente un matiz dinámico podría proveer la correcta interpretación de lo que aquí, en este capítulo se pretende, al convocar al cura a que hablare: Si finalmente se le puede considerar un vencido insólito en virtud de su comportamiento frente al vencedor —que lo subyugó, que lo embelesó o que lo corrompió— y su indiferencia ante el vencido: ¿Qué clase de lucha entre opuestos condicionaría la unidad y el desarrollo del comportamiento del cura? El punto de partida será la acción recíproca entre el cura y el otro, vencido o vencedor, y si esa acción podría ser reducida a la lucha de dos tendencias opuestas y que en su unidad se llamaría el comportamiento del hombre, en este caso del cura. Obrando sobre la condición humana, el individuo altera su propia naturaleza y se acomoda a la nueva naturaleza o por el contrario la rechaza. Yo afirmo de entrada, que el cura en las Indias Occidentales vino para influir sobre la condición humana del indio y en eso consistirá la trama y no a dejarse influenciar para alterar su propia personalidad en pro del más fuerte, en detrimento del más débil, de ahí que fuese hasta ahora considerado por mi pluma, un vencido insólito (Nota del autor).

me ya, que no ha proferido palabra hasta ahora y a lo mejor de ninguna manera querrá quedarse en este escenario con el escrúpulo que le roe el alma y que le escarba la conciencia de no indicar nada en contra de lo que he dicho, con o sin razón. Incluso podría invocar el derecho de defensa y la presunción de inocencia, y yo, abogado como soy, me veo compelido a la sazón a concederle la oportunidad para que se justifique ante el tribunal de la historia y de ese modo no sea remitido al averno de la reprobación para siempre, sin que mediare ese término procesal de descargarse de ese lastre ignominioso. Además se halla en su condición de vencido, pero como un convidado peculiar es pertinente acceder a un diálogo de tinte dialéctico... Pero que conste, será únicamente con relación a este personaje que le concederé tan favorable coyuntura histórica procesal, quizá por mi condición de adepto a la Iglesia católica, y por eso concluida su exposición, todo seguirá igual o eso espero aunque ya se podría tomar una decisión sobre esa pretensa condición.

Para estas y otras cosas tiene licencia el señor cura, que no le estorbaré en su propósito de dejar en alto su dignidad, que dicho sea de paso, yo no he debatido aquí, pues lo que le he reprochado o lo que he cuestionado ha sido su conducta o su proceder como hombre de carne y hueso con sus afanes, flaquezas y afujias cuando fungía como ministro de Dios. Que el Altísimo le tenga de la mano, señor cura, pues si no alcanza convencer se despeñará de la cumbre de su prestigio hasta el abismo de su completa condenación terrenal. Bien, tiene la palabra.

—El señor cura: Mi profesión, es guardar secreto (*Don Quijote*, II, 1) y Dios me entiende. Ahora bien: Desde que el mundo es mundo, ha triunfado la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de

la valentía y la teoría de la *praxis*... si eso ha sido la inquebrantable vocación del hombre —criatura mudable, vana, y cuya conducta es impredecible pues milita el reino del azar constantemente— mi sentir fue que no pude “en ninguna manera persuadir de que toda esa caterva...” (*Don Quijote*, II, 1) de mandrines que el autor ha referido aquí hayan podido enmendarse o morigerarse un poco. Había en esos personajes un enardecido reconcomio de envanecimiento y una burlona sonrisa aparecía en su faz engreída cuando le platicaba acerca de la necesidad de recomponer su existencia, repleta de pecados graves. Y en esos momentos parecían cada uno, el amo, el encomendero, el oficial del rey, el oidor, como rivales de Dios y antagonistas de sus ministros, y se exhibían más altaneros que el diablo.

—El señor cura: Yo imploraba misericordia por los débiles, el indio, el negro, la mujer, el niño, el mulato, el enfermo, el pobre, pero como escasa respuesta o solución obtenía, ¿qué consuelo le podía brindar a cada uno, salvo unas amistosas palabras que de nada le servían para amortiguar el duro trance de ese discurrir tan repleto de pesares y preocupaciones? La promesa que yo les brindaba a ellos, la tomaban con cierto recelo, puesto que la ocasión no estaba como para mirar arriba, había que poner los pies sobre la tierra y bregar por la subsistencia, mas la insolencia del amo, del encomendero, del oidor, del alguacil, etc., de ninguna manera contribuían a que esas voces atenuantes surtieran efecto, sino que igualmente impedían en sana lógica concretar una solución a la vista. La imaginación, y eso lo dijo Joubert, ha descubierto más cosas que los ojos y pienso por ende que aquí se han desplegado esos latrocinios con un tono exagerado en grado sumo. Todavía que puedo departir aquí, cuando se ha dejado de platicar sobre el particular es

preciso reflexionar que la Iglesia no es tema mundano; así se halle en el mundo, pertenece a otra instancia, y no se le puede imputar complicidad por las acciones torticeras de algunos de sus fieles e incluso del silencio de alguno de sus ministros. Ella está por encima de tales reproches o aseveraciones. Esa responsabilidad es personal e intransferible.

—El señor cura: Muchas veces callé pues palabras que no han de rendir provecho, mejor es enmudecer y que se las diga el corazón a Dios (Aleman, II, p.516).

—El señor cura: A los ojos del indiferente en religión, “el sacerdote es un misterio “(Valery, I, 1995, p.152) y como en efecto es un misterio su personalidad, frente al orbe y frente a Jesús, se le distingue por la mayoría, mitad ángel y mitad hombre (Valery, p.152) o mitad diablo y mitad hombre en un eterno enroque de posiciones y en donde conjuntamente se bosqueja el problema de su sinceridad a la hora de confrontar a los hombres, especialmente a los poderosos. Por lo general nadie repara en que un clérigo es un individuo como los demás, pero que tiene la obligación de discurrir sosegadamente las cosas de la existencia, de abstraerse así mismo de sus pretensiones y de sus aprensiones, y de vislumbrar con meridiana claridad campos y valores morales. Por eso le caen encima a la menor de sus faltas o al derroche de sus inclinaciones no muy santas a veces, mas eso no compromete a la dignidad de su oficio que es la de servir de vocero de Cristo en la tierra, para apacentar su rebaño espiritualmente. Eso es propio de su condición de eclesiástico, mas nadie y lo repito, concibe ese orden/desorden de un ministro de Dios, salvo el Señor desde su inmensa bondad y excelsa sabiduría.

—El señor cura: La dificultad se encona cuando se trata, no de los asuntos de la fe, pues eso depende de cada uno,

sino de su acción frente al pecado, frente a la opresión y frente a la agresión al indefenso. El ateo se irrita fácilmente al ver que un presbítero muchas veces no denuncie esos abusos y esos atropellos, si tiene a su disposición el púlpito, sin embargo, olvida ese personaje, que no es por falta de pantalones, o por carencia de lucidez es que un cura se abstiene de entremeterse en esos tópicos, que sería lo ideal, no, estrictamente no ejecuta las faenas retóricas de rigor que demanda el escenario, y en contra de esa legión de truhanes, porque el establecimiento no lo acompaña, y muy pocos políticos o gobernantes son capaces de brindarle un apoyo irrestricto. Y entonces al denunciar este o aquel denuesto y no hallar una respuesta inequívoca de los destinatarios —los deshonestos o la autoridad— queda en medio del baile retozando peligrosamente sin pareja...

—El señor cura: También es menester recordar que en la época colonial, había un misticismo romántico y pintoresco alrededor de la Iglesia y de sus ministros, y desde ese tamiz, muchos clérigos, incluida la jerarquía, se dejaban seducir por ese arrobamiento espiritual y guardaban en su corazón esas remembranzas encantadoras y por ende no les apetecía trastornar el momento con denunciar hechos ante sus interlocutores más cercanos, y que por lo general eran los que figuraban comprometidos en esas depredaciones, y que luego le explicaban, que eran exageraciones y que todo estaba bien. Y por comodidad entonces cada uno les creía, tan buenos cristianos le parecían, con misa dominical a bordo, incluida la confesión y la comunión y el asunto pasaba a un segundo plano. ¡Cómo no creerle!

—El señor cura: Sin embargo esa postura no fue la constante, los archivos de las Indias en España han sido testigo de la cantidad de denuncias que la Iglesia por conducto de

sus ministros hicieron sobre las actividades delictuales y pecaminosas de los españoles en el Nuevo Mundo y si no se tomaron los correctivos de rigor, no es de recibo achacarle una responsabilidad moral al Clero, puesto que nunca ha perdido sus esperanzas sobre el porvenir de la humanidad pero que mira con preocupación y con tristeza esos desmanes contra el género humano. Eso me conduce a inferir que esto puede considerarse una trampa dialéctica que tienta al autor de este centón para irse lanza en ristre contra una institución a la que aparentemente pertenece en cuerpo y alma y a la cual debería respetar, mas parece habersele salido de las manos tener tal consideración reverencial. Ahora bien: el sacerdote, durante la dominación ibera aquí, conocía su fragilidad, captaba lo que acontecía, bueno o malo, y le tocaba además lidiar con una masa ignorante y fanática a ultranza, de manera que debía desenvolverse con suma cautela para no herir susceptibilidades que agravarían el contexto. Y cuando hablo de una masa fanática, incluyo al amo, al encomendero, al mercader, al oidor, al pueblo en general. La cosa como se puede atisbar, no era fácil de digerir. Esos grupos parecían hallarse en una enorme y bulliciosa sala de bailes, toda dispersa o aglutinada según la clase a la que pertenecía cada espécimen, expuestos u opuestos en un contraste extravagante, pendientes del más mínimo detalle especialmente de aquellos a quienes la luz doraba con énfasis y atisbando con el rabillo del ojo a los demás que parecían sombreados por las tinieblas de la noche y ver qué acontecía posteriormente. ¿Quién podía intervenir ahí? Ni Dios con su infinito poder, ya que trocaría el libre albedrío del hombre.

—El señor cura: No se podía tampoco procurar solventar mediante la homilía dominical o a través de sermones al

mejor estilo de Savonarola, la pésima situación social de la colonia, y cuyos elementos no se han podido enumerar aún con claridad en la actualidad, era un despropósito, por eso es menester hacer cortes y mirar, detenerse, tomar aire y avanzar oteando el panorama y establecer de ese modo las circunstancias en que discurrió ese periodo nefasto de la crónica de la Nueva Granada y en el cual la Iglesia tuvo un rol preponderante, cierto, pero desde el ángulo de la evangelización para que todos los habitantes de aquel virreinato, pudieran considerarse hijos de Dios. Allá, el encomendero o el amo, allá, el oidor o el visitador, fueron ellos los responsables directos de la hecatombe en esta parte del hemisferio de Colón y deberán asumir las secuelas de tan inicuo proceder, y no tanto el cura o el subalterno de esos personajes. De ahí que no esté de acuerdo en eso de girar la cabeza en busca del cura como ministro de la Iglesia, para endilgarle complicidad por su silencio, carece de sentido y mi experiencia me confirma la posibilidad de que salga indemne de los cuestionamientos vertidos en este tonel.

—El señor cura: Hay quien anatematiza al presbítero por la acción u omisión de alguno de sus colegas de vocación, hay quien además, se mofa; igualmente uno que otro dirá que suscita irritación o resentimiento y los periodistas o historiadores a su turno divierten a los lectores a su costa ante la consternación de los prosélitos de la Iglesia. Eso no es ético. Cuando le hablo así, pensaba en que la humanidad ha olvidado que el párroco la ha llevado en su corazón siempre, de un modo u otro, y que muchas veces no ha podido exteriorizar la solidaridad para con los infelices porque muchas circunstancias se le han atravesado —algunos baremos han sido puestos por el rey de este mundo— y como carece de una logística pertinente, tiene que contentarse a la sazón



con orar por ese prójimo desventurado y llorar muchas veces por la impotencia de solo decir y no hacer al mismo tiempo, como reclamaba Gracián.

—El señor cura: Finalmente, usted ha citado aquí al santo cura de Ars, el patrono de los párrocos, un hombre que pese a sus limitaciones intelectuales luchó con empeño contra el ateísmo rampante de su feligresía y lo puso como paradigma del pastor. Muy bien. Mas se olvida de fray Antonio de Montesinos (+1526) un dominico español que se hizo popular por sus rapapolvos ante Diego Colón y sus áulicos en La Española los días 30 de noviembre y 7 de diciembre de 1511 en donde condenó con vehemencia los desafueros de la conquista contra los indios y aunque no pudo conocer de primera mano el trato que le iban a dar a los negros, su voz de alerta sirvió no solo para que Las Casas más tarde tomara cartas en el asunto sino para que se expidieran las Leyes de Burgos (1512) encaminadas a mejorar las relaciones entre los nativos y los conquistadores celtíberos. Ese fue un adalid contra la agresión y contra la malignidad del español arrimado a estas tierras, un ejemplo de lo que podía hacer un fraile, y muchos como él, también hicieron lo propio, pero no constan las crónicas debidamente documentadas que refieran al detalle esas denuncias o debates por las acciones ignominiosas de esos mensajeros del mal. Pero existen aquí o allá en España, referencias o alusiones directas o indirectas como tuve ocasión de expresarlo arriba.

—El señor cura: El mayor dolor que siento, no tanto las falsas aseveraciones aquí vertidas, sino el temor que juzgase la mayoría que esas afirmaciones eran dignas de crédito y no se condolió de mi persona... igualmente me están condenando pecados veniales como si fueran mortales... (Alemán, II, p.510) ...Finalmente señalo que si el bien que exigíamos

se pusiera en práctica se hubiera aplicado aquí, en la Nueva Granada corría el peligro de poderse perder fácilmente al juntarse o liarse de un modo u otro con mal —tan hábil es— y entonces todavía habría enorme dificultad en separarlos convenientemente... ¡gracias!

Lc 6, 44<sup>12</sup>.

### **Fin del diálogo/monólogo**

Esa cita bíblica tiene una explicación: “Por sus frutos los conoceréis...” dijo Jesús y eso conlleva a exteriorizar que el cura debía ante todo, obrar, actuar, proceder sin temor alguno en defensa del prójimo abandonado y acorralado; si de nada servían las palabras, debía acudir al expediente de la reacción con acciones concretas que reivindicaran la postura de la Iglesia como defensora a ultranza de los oprimidos aunque muchas veces formularon las quejas correspondientes. Mas, ¿dónde quedaban aquellas promesas del presbítero a los lastimados que eran semejantes a las prodigios de los jardines de Adonis, que un día estaban en flor y al día siguiente daban su fruto?

La Iglesia católica no ha pasado por una severa crisis es-

---

12. Hay que señalar lo siguiente: El hecho indicador no fue la pasividad del cura, fue el silencio, durante y después de la colonia. Esta vergonzosa abstención pareciera que formaba parte de su obra pastoral, el sigilo a toda costa, en la que su mutismo ante esos gravísimos eventos podía resultar prudente en vez de una postura radical de denuncias y amonestaciones a diestra y siniestra. No sé si eso fue una política oficial de la jerarquía católica, aunque bien mirado no resultará tan aberrante si efectivamente eso se hizo como una actitud de mesura ante los hechos que se estaban viviendo. A lo mejor, ¡quién sabe! Ahora bien: Que hubo muchos sacerdotes que desde el púlpito atacaron con vehemencia las agresiones contra el indio y contra el negro o contra el mulato, estoy de acuerdo, pero fue una minoría, no la mayoría, que se excusaba o que sacaba el cuerpo para eludir su responsabilidad social de ese entuerto cultural (Nota del autor).

piritual tras la reforma protestante, eso ha sido extraño en un mundo donde las convulsiones son síntoma de cambios profundos en el seno de la sociedad, y ante ese cuadro, obvio es suponer que al no concurrir un cuestionamiento tan severo como el que hizo Lutero y que estremeció y además partió en dos a la Iglesia, sus miembros desde el más encoquetado arzobispo hasta el más sencillo clérigo, han creído conveniente casi siempre recurrir a las directrices del Concilio de Trento y ya en el siglo XIX o en sus postrimerías a los Concilios Vaticano I y II, para solventar cualquier asomo de trances. Y por eso se halla en la actualidad en una posición incómoda pues no se ha podido arreglar a las nuevas exigencias del tiempo presente que han sido disímiles a las reivindicaciones pretéritas, salvo que el pontífice actual (2015) rompiere el nudo gordiano de la tradicionalidad y procediere, por ende, a girar la proa de la nave de la Iglesia.

En todo caso, los tres enemigos del cura fueron su descontento con el mundo, con las acciones humanas que iban de mal en peor y con los disparates y engaños de todos contra todos... y frente a esa desolación social muchas veces no sabía qué camino escoger y optaba por el más fácil, el del retiro, el de la contemplación y el de la oración, mas sin acción que era como decir y no hacer. Muchos de ellos manejaban la sutileza como una guillotina, igual que Rembrandt, pero no lograban descabezar a ninguno de los destinatarios de las mismas porque generalmente no le captaban el trasfondo de lo que esas perspicacias encerraban y todo se quedaba como antes o peor.

La transformación del cura en estas latitudes debió ser similar a la de la larva. Un ser viviente primitivo que se muta primero en una crisálida y después en una criatura más perfecta, la mariposa. El cura que era cándidamente idealista

al salir del seminario, tras el tropezón con la realidad, negación del idealismo, debió transformarse en un materialista, sin perder su espiritualidad, y esa dureza de la experiencia lo hubiera obligado muchas veces a dejar de ser cándido y a convertirse también en un hombre de acción que no creía sino en su fe cristiana... y en los hechos... eso habría cambiado el panorama.

### **Conclusión**

#### **“Ser o no ser, he aquí el problema”**

Shakespeare, II, p.248

Entonces ya para ultimar este capítulo es pertinente reconsiderar lo siguiente: si bien el cura fracasó con su postura ministerial frente a los desafueros iberos en las Indias Occidentales, no por eso hay que acreditarle responsabilidad en esos bochornosos hechos, ni por acción ni por omisión, pues carecía de la competencia necesaria para obrar sobre el particular, además, el poderoso en aquella época, escasa atención, salvo los ineludibles rituales de ocasión, le prestaba y como por lo general esos atropellos colindaban con la locura en esta parte del hemisferio de Colón, ni con una política más agresiva desde el perfil pastoral, hubiera conseguido el cura algún progreso espiritual o una mejoría sustancial en las actividades del indio y del negro.

Por ende, oído el señor cura, en su monologo/diálogo en donde mostró cierto énfasis y cierta flojedad a través de un procedimiento de contrastes en donde emanó una perspectiva diferente, soy del parecer de dejar entre paréntesis la condición de vencido insólito del mismo en vista de que en realidad ¿cómo podía apaciguar al poderoso si era desordenado y si era desarreglado espiritualmente hablando?... Aunque no hay que olvidar que el abate ha tenido la sempiterna

habilidad de moverse a la perfección en terrenos ambiguos y el resultado de esa ambigüedad ha sido el de tener abierta casi siempre la puerta en todas partes. ¿Ventaja o desventaja? Depende del cristal con que se mire.

Si la mujer moza y hermosa y bien traída, arrastraba en aquella época tres peligros, el marido viejo, mezquino y mal acondicionado, el cura en aquella época, frente al conquistador, frente al amo, frente al encomendero, frente al colono, y frente a la autoridad, arrastraba también tres peligros: el interés, la codicia y el afán de gloria, y esos riesgos eran incompatibles con cualquier sentimiento de solidaridad o de respeto por la dignidad humana. Sin embargo hay algo que se debe justipreciar, y es que en ese tiempo todo era dantesco con unos sujetos bien definidos en cuanto a sus intenciones frente al prójimo y de esa manera, no iban a perder el ímpetu con que iban a consumir su voluntad... y contra el cura, que era el menos indicado y si no pudo la Corona, mucho menos un hombre de carne y hueso con un hábito... de ahí la escasa atención que le prestaban, si bien en determinados momentos le oían con cristiana atención.

Le pudo faltar plasticidad a este diálogo/monólogo y réplica a su vez, por eso parece sobrecogido por el inexpresivo tono estético. Sin embargo es menester aclarar que esta decisión de dejar en suspenso la vocación de vencido en el clérigo, no ha sido una traición a lo que he venido expresando, lo que dije fue cierto, mas en las acciones humanas y el cura es humano, hay que analizar un componente no ético, relacionado con su responsabilidad, o sea si fue culpable por acción u omisión para endilgarle después como sambenito, la contrahecha condición de vencido insólito —que fue lo que hice desde el índice— pero tras el ir y venir de los hechos que he contado aquí, con mi estilo que tiene las semejanzas

de las formas existentes, de todos los discursos, posteriormente al arribar a un determinado estado probatorio y tras haber leído las acotaciones del clérigo que me parecieron asequibles y oportunas, opté, no por variar el sentido del título del capítulo, sino dejarlo en suspenso, entre paréntesis, para que tras esa inhibición mía, en un futuro no muy lejano se lograra precisar si cabe la posibilidad de confirmar esta afirmación provisional o por el contrario hay que mantener en firme la condición del cura de vencido insólito.

### **Tip/Ten**

**Palabras clave:** El cura. José Joaquín Fernández de Lizardi. Cura. Las comunidades religiosas. Dios. Platón. Diálogos. Dialéctica. Marx. Hegel. Don Quijote. Comprensión/Explicación. El ser ahí en el mundo para Dios.

**Conceptos fundamentales:** La manumisión. La libertad. Las escalas sociales. El feligrés y el amo. El presbítero. La Iglesia. La teología. La filosofía. La tolerancia. El respeto. La caridad. La compasión. El lenguaje. El tiempo. El ser de Dios. El ente.

**Hilos conductores:** La enfermedad. El escarnio. La ética. El reconocimiento social. La indiferencia social. El perdón. El amor al prójimo. El racismo. El bien y el mal. La moral.



## Capítulo 8

### EL TURNO PARA OTRO VENCIDO: EL CRIOLLO

“Si os hacéis sordos a lo que os digo,  
si os atrevéis a volver vuestras armas  
contra las de Vuestra Majestad,  
vuestro país será en breve un vasto desierto...”

Pablo Morillo  
(Quintero Saravia, p.287)

Con el fin de no caer en reiteraciones que cansen al lector, quiero declarar que no voy a tratar otra vez aquí al ser ahí en el mundo del vencido. Será apremiante entonces que se tome nota sobre lo que dije con relación al negro y al esclavo e incluso con relación al cura y trasladarlo a este escenario en donde con absoluta seguridad encajará de un modo pertinente si se siguieren las pautas de rigor. Tampoco voy a entrar en detalles alrededor del proceso de la independencia y de la reconquista; esos tópicos han sido tratados con variedad y reiterarlos sería una pérdida de tiempo. Además, en el tomo segundo y tercero de esta obra esboqué los rasgos esenciales de esos trámites, y a ellos me remito para los fines a que haya lugar.

Voy a aludir escuetamente a la condición de vencido del criollo encopetado que se creía el heredero natural del poder del español en estas latitudes, y confiado en esa premisa se embarcó en una aventura que Bolívar no dudó después,



en confesar que había sido precipitada. Mas el orgullo y la vanidad han podido más en este mundo que el sentido común y la sensatez, por eso este país se encuentra como se encuentra, sin hallar aún su centro vital o su eje para llevar a la gente a la prosperidad.

Antes de avanzar, una aclaración es significativa: Si bien tanto el cura como el criollo, e incluso el chapetón, figuran aquí como vencidos, ese concepto técnicamente hablando no sería posible endilgárselos si vengo describiendo las mil y una desventuras del negro y del indio como vencidos formalmente platicando, por ende, a través de una ficción o de una licencia literaria, como se quiera llamar, busqué el modo de hacerlos comparecer a este contexto para que asumieran desde sus perfiles esa detestable condición y mirar después si ciertamente a lo mejor con el paso del calendario y por los eventos posteriores, en el criollo y en el ibero finalmente se tipificó ese estatus. Aunque quedó latente ese sanbenito en el cura, pero eso es otra cosa.

Y como todo en este mundo está en el parecer, pues no se atienden las cosas que son sino las cosas que parecen aunque hay unas cosas que ni son ni lo parecen y la gente hace que sean pese a que no parezcan<sup>1</sup>, y además como en este texto las cosas a veces parecían y otras veces no parecían, según el espejo con que se atisbara, voy a utilizar en este capítulo y en el siguiente una especie de seguidilla a efecto de que las cosas parezcan, y por eso procedo en consecuencia... para que esto en efecto parezca como si en verdad fuera cada uno de los citados un vencido.

¿Y si por ventura resultan positivamente tanto el criollo

---

1. Gracián, p.433.

como el ibero vencidos? Bueno, entonces las cosas no parecían sino que fueron... realmente.

Hay que puntualizar lo siguiente: A continuación se va a tratar al criollo durante la colonia, al criollo tanto durante el ocaso del sistema y el tránsito en pos de la emancipación, como durante la dura reconquista, en donde de hecho quedó relegado a la condición de vencido aunque sin las restricciones que se aplicaron al indio y al negro.

El ibero en esas tres fases, con más énfasis en la etapa de la reconquista, se burlaba y se deleitaba con la falsa ilusión con que los criollos manejaban alguna semejanza con él, y le suministraban un colorido a esa quimera bajo la cual operaban a su antojo para autorizar sus propios actos y aparecer ante la sociedad como los portadores de la decencia social.

Pero eso no disimulaba el odio o la antipatía que sentía ese español de marras por el nativo, desde los tiempos en que promediaba la conquista, y mostrar igualmente su sempiterno ademán de insolente a ultranza, y es de conjeturar lo que reptaba de gozo al echar una ojeada, cuando se enteraba de los padecimientos del criollo por prosperar, o cuando se percataba de sus afujias o de sus pretensiones de ascenso social, o más tarde cuando advirtió los afanes de libertad de aquel, o por lo menos de aquellas cándidas exigencias de una mayor cobertura para intervenir en el poder virreinal o local, y tras las cenizas del alzamiento de aquel indiano incauto bajo los restos de la primera República, el regodeo por la represión, de ahí que pedía el ibero como complemento que el diablo actuara con más avidez para hacer realidad lo que ejecutaba con los otros, el indio y el negro, a cada rato: liquidar, agredir, vengar, segregarse, corregir, escarmentar, castigar, constreñir... y por eso desde ese minarete, ya el criollo era un escueto vencido, pero el

asunto va más allá, porque en el fondo el criollo también era un español.

Mas era vencido porque de ninguna manera se le tuvo en cuenta para las cosas de importancia en el virreinato y le tocaba por ende resistir el tiroteo de agresiones verbales o físicas que de un modo furibundo le propinaba el español... cuando exigía o reclamaba alguna cosa que parecía pertinente.

Los futuros próceres de la Nueva Granada y posteriormente Bolívar, conceptuaban que luego de que la Nación fuere sólida bajo los auspicios de Inglaterra, de Francia o de Estados Unidos, según el caso, países más o menos liberales, mostrarían al mundo lo que era verdaderamente capaz esta parte del hemisferio de Colón, mas algo se interpuso, y ese algo, o sea, la estupidez o la altivez de ellos, dieron al traste con esa posibilidad de manejarse libremente, porque es cosa cierta y eso lo dijo Jenofonte, que los gobiernos son aquellos que saben gobernar por encima de cualquier consideración.

Oscar Wilde definía al pomelo, como un limón que tuvo una oportunidad y la aprovechó.

Pero es que había un problema con el criollo; es preciso confesarlo: codiciaba el honor como el ibero y como eso era pecado, se convirtió en el alma más pecadora que existía en el Nuevo Reino de Granada y eso asimismo lo deducía el español, de suerte que estaba atento a los pasos o a los malos pasos que daba y proceder luego como lo llevaba a cabo cuando lo tenía sometido al orden y a la jerarquía, y posteriormente con más cólera y con más animadversión en sus acciones tras la fallida independencia. En ese *interregno* antes de la independencia, el ibero estaba más a la ofensiva, y aunque sabía de antemano que no vivía momentos propicios y que era mejor actuar con circunspección, no obs-

tante el desafuero y la agresión todavía concurrían, pero a una escala menor. Pero después vino lo peor, la reconquista.

Es de presumir la alegría que le da a una persona, conforme al concepto bíblico, al recuperar aquello que se le ha extraviado o lo que se le ha ido de las manos. Eso mismo aconteció con el ibero cuando recuperó transitoriamente lo que había perdido.

Es hora de hacer unas precisiones históricas de tipo étnico: Por mestizo ha de entenderse el resultado del cruce de razas entre la española y la indígena, por criollo ha de entenderse a su turno al hijo nacido en estas latitudes pero de padres europeos, generalmente españoles, y por chapetones los nacidos en España pero que se encontraban en esta tierra por un asunto regio, por un encargo oficial o desempeñando labores de dirección y control fiscal o económico. Las diferencias sociales entre criollos y españoles se agravaron en el siglo XVIII cuando los Borbones determinaron que las funciones de importancia en las Indias Occidentales, debían estar en cabeza de los españoles oriundos de la Madre Patria y por ende los criollos y los mestizos fueron descaradamente segregados de responsabilidades oficiales importantes, como virreyes, adelantados, capitanes generales, presidentes, gobernadores, entre otros, y eso abrió una brecha gigantesca de tipo etnográfico y desde ese concepto fundamental de la exclusión se podría entender la condición de vencido del criollo sin tanta parafernalia mediática. Incluso el mismísimo Bolívar había elevado su voz de protesta por tan controvertida decisión. Además, en México estaba prohibido el matrimonio entre una nativa y un español...

El criollo, antes de iniciar el proceso de la independencia, cuyo trámite fue forzado por las guerras napoleónicas, o mejor, por la presencia activa del corso en la geopolítica

européa, se había ofrecido al infierno en vida y de ese modo, si el infierno era el poder del español, virrey, oidor, oficial del rey, amo, encomendero, jefe de tropa, alguacil mayor, etc., lógicamente subsistía maniatado y confinado al mundo del español, al ser ahí en el mundo, no del vencedor, sino al ser ahí en ese mundo rutinario del hispano, que ya de por sí era inauténtico. Y era muy difícil zafarse. No obstante desde un perfil financiero al despuntar el siglo XIX, los criollos en la América hispánica empezaron a adquirir preponderancia mercantil y agrícola, y de esa manera, los ricos, poco a poco fueron amistándose con el poder español, que desde luego los miraba con simpatía. Pero eso fue la excepción a la regla.

O sea que ese criollo, el del común, que ya de por sí vivía su ser ahí en el mundo de manera inauténtica ahora se encontraba peor, viviendo en otro mundo que también ostentaba igual calidad pero en condiciones deplorables de subordinación y de grotesca humildad... casi de vencido, pero sin la patética connotación de tal aseveración. Y de esa manera de una forma apócrifa tenía que acomodarse a ese mundo inauténtico, el del español con sus simulaciones y con sus imposturas. Doble fatalidad y sin poder hacer nada... Por eso este país está como está... ya que la gente ha vivido acomodándose y reacomodándose a las situaciones que con un poco de buena voluntad, de constancia y de perseverancia podría superar y arreglar de esa manera una forma diferente de vivir la vida, desde el perfil de la autenticidad.

Cuando el criollo de la Nueva Granada se vio en trance de manumitirse o de sacudirse de esos grilletos, en vez de romper de una vez por todas con ese nudo, como hizo el Magno, estrictamente hablando se puso a cavilar qué era lo más conveniente, si una asociación en donde la autonomía fuera

por lo menos algo tangible, o al contrario, y ahí dudaba...<sup>2</sup> y se puso a deshojar margaritas. Nadie pensaba seriamente en la posibilidad al despuntar el siglo XIX en esta tierra, de alcanzar totalmente la emancipación de España, solo los románticos o los que no tenían nada que perder, eran los que se aferraban a esa quimera.

Mas ¿qué fue lo que sucedió para que el criollo no optase por una fórmula radical? Temía perder ese único privilegio que tenía, el de medrar a expensas de la Madre Patria o tal vez inutilizar la estima del chapetón que las traía todas consigo. La rutina, siempre la rutina, el temor al cambio ha paralizado al criollo desde tiempos inmemoriales, y por eso podría reputarse un vencido muy particular... Porque tal vez desde ahí se podría constituir su ser ahí en el mundo del vencido tras ubicar el sentido en el tiempo y en el espacio luego del descubrimiento.

De ahí que cuando alcanzó a percibir el criollo ilustre, no el rico o el terrateniente, que ese imperio, el español, se había convertido en humo y en sombra, y que solo allá, se conmemoraba con nostalgia lo que había sido y ya no era, que en la práctica, ha sido como si no hubiera sido, casi de

- 
2. Quizá el mérito del criollo cartagenero residió en que el 11 de noviembre de 1811 afirmó en compañía de otros “próceres” que a partir de esa fecha, la villa quedaba libre y soberana de cualquier dominio. Lo que me llama la atención, no esa declaración de independencia, que me pareció formidable, es lo siguiente: ¿Quiénes fueron esos criollos encopetados que hablaron a nombre del buen pueblo de Cartagena? ¿Cuál era ese buen pueblo de Cartagena? ¿Se incluyeron todos los estamentos sociales, incluidos los esclavos y los indios? Si no estaban todos los habitantes de la urbe, hubo discriminación en esa manifestación mediática de autonomía, y si los criollos eran de la élite simplemente lo que pretendían era un escueto y provechoso “quítate tú para ponerme yo” y listo. Es que Cartagena de Indias se parecía en aquel momento, tal vez ahora también, a Edimburgo, la sempiterna ciudad que nunca supo lo que pasaba abajo, en sus sótanos, en sus alcantarillas o en el submundo... (Nota del autor).

inmediato presumió que vendrían tiempos mejores y puso en marcha en compañía de otros criollos de mentalidad dogmática, propósitos sin una adecuada planeación política y en medio, apareció la conversación, la irresolución, la disputa, la reunión, el cenáculo y una especie de conspiración mal orquestada se empezó a fraguar que dio a luz en medio de una espantosa improvisación pero gracias al azar salió adelante pero con el futuro comprometido.

El español, mientras tanto, atento a todo ese tejemaneje que ya se conocía en la capital del virreinato, porque existía una exultante cultura del rumor o del chisme, exhibía su dedo índice al cielo y advirtiendo además lo que sobrevendría... por haber dudado la Nueva Granada, los alcances de la vocación cosmopolita de España y oponerse a sus designios en esta tierra con proyectos de emancipación o de autonomía regional.

Y en ese intervalo entre el colapso peninsular y el inicio trémulo de un proceso de autonomía virreinal, nadie se puso de acuerdo, ni la autoridad española para reprimirlo con severidad, ni el criollo con su par, para radicalizarlo, y entonces salió como de un cubilete la fórmula del 20 de julio de 1810 con las secuelas que ya se conocen.

Entre tanto, y eso resultó fatal, allá en la metrópoli no se tuvo una crisis espiritual acerca de ese ocaso o de ese trastorno, ni antes de las guerras napoleónicas ni después de la emancipación, ni enseguida de la independencia definitiva de las colonias en el Nuevo Mundo; eso ha sido inaudito. Pero puso en evidencia las razones por las cuales en ningún tiempo superó el declive que se venía venir y que terminó por hundirla en el cenagal de la miseria social. ¿De qué le hubiera servido? Para tomar conciencia de las cosas, como aconteció en Francia o en Prusia a continuación de la caída

del corso, o en Italia luego de la irrupción del nacionalismo o de la reunificación. En Francia o en Inglaterra, por ejemplo, hubo crisis y por eso se adoptaron medidas para mudar de aires ese orden caótico; en España por el contrario, todo siguió igual o peor, sin un proceso interno de rectificación del rumbo social o político. Eso se transmitió genéticamente hablando a las Indias Occidentales, de ahí que tampoco en ninguna nación, salvo México, se hubiese llevado a cabo una catarsis y un esfuerzo por mutar el orden imperante.

Igualmente es de recibo aludir que no había coherencia interna en la Corona, pues se topaba dividida, disgregada, invadida, sometida, humillada, con dos reyes, y solitaria. Además, solo contaba con la dispersión de sus fuerzas, en medio de enemigos reales y amigos de ocasión que solo escudriñaban sacar provecho de tan calamitosa situación.

No coexistía tampoco una comunidad de intereses en el Viejo Mundo, lo que persistía y de hecho ha subsistido, es y ha sido una colectividad de enemigos o rivales soterrados y una vieja pugna dinástica puesta en crisis por el ascenso de un orden diferente al establecido y por las secuelas de la Revolución Francesa. Eso terminó con las pocas ilusiones de España en predominar otra vez en el concierto europeo (Jover Zamora, I, p.675). De la misma forma había circulado demasiada agua debajo de los puentes desde Fernando el Católico y los tiempos habían cambiado. Ni en la península ni por aquí se percataron de ese suceso...

La colonia con su lento andar, con su parsimonioso caminar y por su rutinario modo de apreciar el día a día, en la ciudad, en el campo, en la iglesia, en el mar, en la guerra, en la encomienda, en la mina e incluso en el hogar, o en el trabajo, convirtió el escenario social en un colosal y macizo monumento a la indolencia, a la pasividad y a la desconfian-



za ante cualquier cambio de frente que pudiese alterar ese estilo de vida, y eso aparejó que en un momento determinado los soportes de ese monumento se aflojaran y definitivamente se vinieran al suelo. Realmente todo eso fue nada comparado con la reacción ibera tras la independencia de la mayoría de sus colonias en las Indias Occidentales, y que en la Nueva Granada se denominó la reconquista... que terminó por fusionar —sin proponérselo— a esas dos fases citadas, la colonia y su ocaso, mas me precipité un poco aunque será mejor a partir de ahora platicar del criollo vencido en la última fase, teniendo en cuenta que los cuatro tomos anteriores departí de esas dos fases y a ellos me remito por economía histórica. Sigo únicamente en lo que concierne para ultimar detalles y cerrar las etapas de la colonia y su ocaso.

A pesar de que esos problemas de la indolencia diaria y del declive en todas partes demandaban medidas urgentes, el español de esa época apocalíptica no alteró su modo de actuar, guardaba silencio sobre lo esencial y prefería en cambio murmurar, bisbisar o mascullar entre dientes y eso le pesó en grado sumo pues su capacidad de reaccionar se atrofiaba poco a poco ya que caía en un juego trivial de palabras, tales como patriotismo, ayuda divina, esplendor, tierra sagrada, y una sucesión de tonterías que acabaron con liquidar las pocas posibilidades que existían de sobrevivir al caos imperante y emerger de nuevo con brío, lo que había sido producto en parte por su propio desdoro y en parte por su necia altivez. Eso parece una paradoja pero le convino a las Indias Occidentales, más concretamente a la Nueva Granada.

Mientras tanto, el criollo del cogollo, el criollo encopetado, a la usanza de un adolescente, o sea de una manera precipitada, empezaba, por pretender primero y exigir luego un

nuevo manejo del poder virreinal, o sea compartirlo, y más tarde sin contar con la ayuda experta de alguien, echarse sobre los hombros una carga tan pesada, como la de una eventual emancipación, la de una probable integración con la península o una alianza estratégica frente a un enemigo común, que hubiera bastado para hundir un bajel. Y esa carga era tan colosal para una persona —como el criollo— que aspiraba tomar las riendas del poder o de colaborar con más ahínco con el ya establecido que ni siquiera un Atlas que hubiera nacido en esta tierra la podía aguantar sobre sus espaldas.

Ahí principió quizá a constituirse la condición peculiar de vencido del criollo, porque ningún sol le anunciaba dignidades nuevas como la del presumido ibero ni tampoco coloraría con oro sobre sus hombros diferentes privilegios que desde hacía tiempo disfrutaba el odiado chapetón y por ende no iba a complacerse de esas preesas sociales; por el contrario, cuánto iba a sufrir por mirarlas a la distancia y por intentar después ponérselas encima. Eso era simplemente un completo vodevil y cuando le tocó lidiar con esas prerrogativas pretéritas del ibero, de nada le iban a servir pues el desbarajuste social que encontró tras la independencia definitiva fue tan tremebundo que especular en aquellas canojías marchitas era un auténtico despropósito y no iban a componer la situación.

La formación del criollo, o sea aquel de la élite colonial enmarañada en el poder, partía de la base etérea de que iba a ser el heredero del poder ibero directa o indirectamente, y por ende ese proceso estuvo estrechamente vinculado a los conceptos de cultura española y de jerarquía y orden, que designaban expresamente un modo de actuar, un precepto y una escala social tradicional, respectivamente, de

carácter irreversible pero que terminó a la larga convertida en alienación social (disculpen el anacronismo, en un engendro diabólico). Al hallarse el entorno virreinal interpretado por la idiosincrasia peninsular, tan avara de su propio yo, ególatra hasta el cansancio, cualquier proyecto de sus áulicos, de su descendencia o de sus protegidos tenía que seguir la misma dirección, y no había de ese modo posibilidad de virar la proa hacia otro océano. Por eso la Nueva Granada quedó como quedó, exánime... y sin pretensiones de prosperar... y el solo hecho de deliberar que no tenía futuro, hizo que su hijo predilecto, el criollo, se sintiera casi que vencido de antemano por el peso de esa rutina.

Solo desde ese recodo se podrían entender los esfuerzos de Camilo Torres, uno de los próceres más brillantes pero más ilusos que tuvo la América hispánica cuando por conducto de su famoso “Memorial de Agravios” pretendió darle lecciones a España cuando en verdad lo que estaba era agrandando un círculo vicioso en donde no le sería viable a su generación salirse con la suya.

La Ilustración, entendida como un esfuerzo intelectual por salir de la minoría de edad cultural, escasa atención le prestó a la independencia de las colonias en el Nuevo Mundo, a pesar de que insistían en la necesidad de la libertad de todos los hombres. O sea, los ilustrados no fueron en su mayoría compinches en la emancipación, quizá porque consideraban que la autodeterminación de estos pueblos era un asunto complicado o precipitado dada la inmadurez ancestral y era menester prudencia a la hora de apoyar un esquema de esa índole.

Ciertamente que fluía una contradicción, puesto que si bien profesaban esos filósofos un liberalismo a ultranza, también era cierto que apoyaban el mantenimiento del ré-

gimen imperialista o colonialista. Luego uno se pregunta: Al ver el estado pasado y actual de las cosas en el Nuevo Mundo, ¿era un disparate lo que cavilaban tales metafísicos sobre el particular? Es oportuno reconocer que por el camino de la independencia las naciones de las Indias Occidentales si bien ganaron en experiencia política, también se desgastaron con aquellas experiencias negativas que habían estimulado cada proceso de emancipación y no hubo un equilibrio que compensare las cargas. Y se terminó por adolecer de una auténtica cultura de aquella formación política que demandaba la Ilustración... y en eso pudieron tener razón los intelectuales de aquella época sobre ese particular.

Sin embargo lo anterior no obsta para indagar: ¿Qué era la libertad para la Ilustración en el siglo XIX? Un fin en sí mismo, mas no un medio para acarrear la autonomía nacional. Y esa convicción la tuvieron los legisladores en las Cortes de Cádiz tras el colapso ibero, cuando apoyaron la igualdad de los nativos de las Indias Occidentales, pero en cambio les negaban el derecho a la independencia de cada virreinato.

¿Si eso fue así, sirvió de algo la Ilustración? Algunos historiadores, como John Lynch, consideraron que aunque no fue una causa, por lo menos constituyó una fuente indispensable para que los líderes del Nuevo Mundo, principiaron a manejar sus expectativas y justificar de paso sus aspiraciones de albedrío e independencia de la Madre Patria. ¿Por qué? Porque había un galopante aumento de la miseria, no había progreso en el sentido material de la palabra, y la gente necesitada se localizaba acorralada por la pésima situación y esos tres puntos consentían la existencia de un derecho a resistir a la opresión y acabar con la tiranía. Exigía en definitiva un nuevo orden de cosas, pero que el criollo no lo iba a poder suministrar ni proveer... carecía del talante para eso

y del altruismo que una acción de esa índole requería... Ni Bolívar, ni Santander, ni Páez, ni la segunda generación tras los próceres, salvo las excepciones que la historia ya conoce, se hallaban en condiciones geopolíticas de aventurar ese nuevo orden... y todo quedó en promesas, y esto a su vez se trocó en otra estrella negra para considerar al criollo un vencido atípico.

Mas se olvidaba un detalle: La mayoría de los próceres criollos pretendían subir y ponerse sobre los cuernos de la luna, más peligrosos que los de un toro pues estando fuera de su lugar, era forzoso dar abajo con ejemplar infamia<sup>3</sup>. Y de hecho al subirse más temprano que tarde todo eso se vino al piso. Entonces uno infiere que la Ilustración insistía en baremos y diques de contención precisamente por esa circunstancia, la utopía. ¿Por qué? Por la minoría de edad de los hispanoamericanos. Entonces es factible volver a preguntar: ¿Tuvieron razón los intelectuales europeos después de los acontecimientos? Viendo este vodevil cultural, este desbarajuste social y esa hecatombe económica que data ya de dos siglos, a lo mejor sí.

Hasta ahí, desde un plano filosófico y político. Sin embargo cuando se va al grano, uno atisba que la autodeterminación del criollo iba en contravía de la avidez de las restantes castas que habitaban en el virreinato de la Nueva Granada por mantenerse en ese tono y el asunto tomó un cariz inesperado y divergente a lo planeado por la élite criolla, o sea la rica, que devino más tarde en la ruina política de la primera República y en atasco de la segunda República y de la que emergió después de la escisión bolivariana.

---

3. Gracián, p.139.

En efecto, a principios del siglo XIX fluía un consenso entre los pensadores criollos de que era ineludible principiar a mirar el asunto de la emancipación pues los tópicos en el Viejo Mundo estaban cambiando rápidamente y era necesario acoplarse a su ritmo. No obstante lo anterior, ciertos intereses creados en el virreinato eran del parecer que todo eso parecía una opereta, algo precipitado y podría conducir por un desfiladero sangriento. De ahí que no fuera cierto que en los círculos de poder en Santa Fe de Bogotá o de ciertas ciudades importantes de la Nueva Granada, la posición era unánime. No, de ningún modo hubo un consenso que autorizara una posición única e intransigente para proceder de conformidad a las novedades del tiempo; por el contrario, muchos de los contertulios, los indiferentes o aquellos que veían el peligro que se cernía sobre la Patria, se apartaban de los demagogos, pero en vez de reaccionar y poner los puntos sobre las íes, acudieron al expediente de la indiferencia y dejaron que esa fiera se soltara e hiciera de las suyas.

Por eso será indefectible ahora reorientar la cuestión básica de estos últimos párrafos: ¿Se encontraba preparada la tradición escolástica y dogmática insertada en la mayoría de los estamentos sociales de por aquí, para dar la bienvenida al anhelado propósito de unos cuantos ideólogos o de algunos políticos frustrados que al carecer de un poder efectivo, buscaban cómo detentarlo directa o indirectamente? De ninguna manera, también lo repito, y eso no lo divisaron los cabecillas de las distintas regiones del virreinato formados cada uno a su manera y según su leal saber y entender en el complejo arte de la política o de la filosofía política. La consecuencia natural y obvia de semejante desbarajuste prerrevolucionario fue que la sinrazón, y el caudillismo se

fue incrustando poco a poco en los anhelos de cada uno con sus irracionales ideas de emancipación sin una bitácora que guiara ese proceso que rápidamente iba a convertirse en una tormenta colosal y darles enseguida a ellos, el rótulo de vencidos. Es más, les iba a estallar casi en sus manos la bomba de tiempo que entre todos ellos armaron sin saber qué iba a suceder después de lanzarla a la ventura...

La sociedad neogranadina, la potentada, la que convivía amancebada con el poder ibero, de hecho no comulgaba con un cambio de frente, ya que miraba atenta a su comodidad presente y poco le importaba la perorata de aquel o de este personaje por muy inteligente o encopetado que fuera, y que los tachaba como un extravío propio de la vanidad. Es más, no se debía avivar a la autoridad española, pues abrigar una perspectiva de cambio favorable era algo irreal y hasta ridículo. Esa prevención social no la tuvieron en cuenta los políticos criollos, que ya se sentían jadeantes por estrenar la poltrona del poder.

Sin proponérselo, esa ciega postura, esa ausencia de suspicacia o ese desdén o falta de previsión por la opinión ajena y contraria, también condujo a esos dirigentes por el sendero de la derrota más tarde, al darle la espalda esa sociedad que recelaba de sus acciones y que en un momento coyuntural les cerró las puertas y fueron fáciles presas del reconquistador despiadado.

Es que la nación ibera —y eso lo dijo Bolívar en su Carta de Jamaica— solo había sobresalido en fiereza, en ambición, en venganza y en codicia... mientras que la Nueva Granada, alegó, solo ha sobresalido, en imitar, en cavilar en exceso, en hacer muy poco y en hablar demasiado.

¡Cuánta razón tuvo pues Hegel cuando advirtió con tino que la soberanía por sí sola era peligrosa y que solo debía

ser soberano el pueblo organizado! ¿Cumplía ese requisito tan importante el virreinato de la Nueva Granada? De ningún modo porque los estamentos sociales estaban polarizados, frente a una élite marrullera y altiva se hallaba un pueblo raso indiferente o inconforme que tal vez pudo atisbar que cambiar de manera de vivir no era cambiar una miseria por otra miseria y que era mejor por ende no intervenir y de hecho solo por la fuerza de las partes en conflicto le tocó meterse en la mitad de las nuevas guerras de la independencia que terminaron al promediar la década de 1820. Y nada bueno sacó pues su malandanza prosiguió, y con más énfasis.

En aquella época (aludo a la época del ocaso de la colonia, en tránsito a la emancipación y en espera de la reconquista, lógico es indicarlo), al criollo le costaba demasiado trabajo compenetrarse, y no solo con palabras sino con hechos que muchas veces eran mal interpretados. A costa de malos entendidos y dando bandazos de aquí para allá, y viceversa, se dio comienzo a una aventura que prometía laurel, solo si la razón y el sentido común la hubiesen estado escoltando desde su prólogo. Esa actitud pues del criollo contra el criollo, acabó rápidamente por descolgar la balanza de la medida y al hallarse sin peso se vino abajo y arrastró a todos consigo en su caída. Si entre los amigos de la emancipación acontecía eso, que concurrirá, de suponer lo que ocurriría entre aquellos refractarios a la independencia, que eran bastantes. Si no había realidad, el estado que se pretendía fraguar carecería de norte, como en efecto acaeció.

¡Pero, por Dios, qué locos han sido estos mortales!, decía Shakespeare y cuánta razón tuvo sobre el particular. Es que la mayoría de los hombres están hechos de un modo extraño, no se les ha visto nunca en su verdadero estado y la razón ha tenido para ellos límites muy estrechos, de manera que



la traspasan con suma facilidad y han corrompido por eso con frecuencia cualquier noble cosa por querer apurarla y extremarla en demasía...<sup>4</sup>.

Esa ausencia de gusto, esa carencia de ponderación para ser más específico, o esa despistada diferencia de intereses, entre los del pro y los del contra o entre los mismos partidarios, delató la débil conciencia que se hallaba anidada en el corazón del vernáculo e inspiró el desvío de los propósitos que alentaban la revuelta por la autonomía. Había —en suma— exiguo consenso sobre el particular y lo mejor para esta tierra hubiera sido aplazar para otra ocasión, más propicia, ese designio bienhechor de haber actuado con la cordura que las circunstancias exigían.

He ahí pues un concepto fundamental inherente al criollo y a su descendencia, la inmadurez, para ratificar la condición de vencido, para testificar que también se hallaba inmerso su ser ahí en ese mundo del vencido sin tanto eufemismo... aunque con secuelas menos traumáticas que las del indio y las del negro. Esa inmadurez social y cultural tras haber superado la condición de ser ahí en el mundo del vencido provisionalmente, luego de la emancipación se convirtió en una enfermedad regional y más tarde en una pandemia.

¿Por qué? Porque además de la discriminación oficial y de su irreflexión en materia geopolítica, igualmente persistía el talante subalterno en la mayoría de los próceres, un indigno sentimiento de inferioridad se acunaba en la voluntad de esos patriotas y todo paso que iban a dar, por ende, venía preconfigurado por el temor y por ciertos gérmenes sociales que han resfriado o enfermado a la existencia.

---

4. Molière, 1987, pp.712 y 713.

Lo más aberrante de ese sentimiento subalterno que lo abrumaba era que provenía, no de la excelsitud de la existencia del español, sino que procedía de la afectación y de la fanfarronería con que a diario se conducía por esta tierra. Semejantes adornos no podían suscitar tan débiles sentimientos de inferioridad ni tampoco podían causar una gran impresión que encaminara el proceder hacia la sumisión. Ni un ápice de pudor le puso el criollo a sus palabras o recato a sus genuflexiones y eso lo condujo de rodillas por la Nueva Granada, desde luego con las excepciones propias de toda regla.

Y si a esos antecedentes de obsecuencia social y cultural se le agregaba la presencia de gérmenes que corroían su interior y que afectaban sus relaciones personales, era dejar ir muy lejos la constitución de ser ahí en el mundo del vencido, de hallarse ya en ese ser ahí en el mundo del vencido no solo de un modo peculiar, sino de antemano, de lo más patético.

La familia del criollo vivía en una especie de hibernación personal y social, a cierto nivel determinadas actitudes no eran bien vistas o soterradamente criticadas, de suerte que el rol de la mujer, por ejemplo, quedaba reducido a su mínima expresión, y si era casada peor, pues la compostura y el recato eran las categorías por asumir sin importar los sentimientos de ella al momento de definir su vida como madre, como esposa y como responsable del hogar, mientras el criollo, su esposo, a fuer de manejar las apariencias frente a los demás, poco a poco iba consumiéndose entre la abulia, la obsecuencia, la rigidez y la hipocresía.

Y mientras tanto el corazón de las mujeres criollas, especialmente el de la consorte y el de la madre, suspiraban y tendían sus ojos al cielo y a la nada, porque en este mundo sus anhelos eran aniquilados por la férrea autoridad paterna

y marital. Y de esa manera igualmente se asfixiaban importantes emociones de interés personal y social. Otra vencida en suma, pues casi nunca halló consuelo ni en la casa paterna ni en su hogar al lado del marido.

La mujer soltera, casada, viuda, o solterona, cada una desde su perfil, ubicaba el alma entera para exhibirla ante al cura o ante la sociedad prometiendo constantemente que sus atractivos estaban destinados a la salvación eterna. Se mejante cuadro familiar ni siquiera sería posible de imaginar en una sociedad igualitaria, en una sociedad en donde existiera el dolor en proporciones adecuadas o concurriera la miseria de una manera morigerada, y si esa actitud no era así, cómo diablos en una sociedad en donde acontecían tantas cosas pérfidas, malignas y perversas, ¿cómo se toleraba que se cerraran los ojos a la mujer del criollo a fin de hechizarse con el más allá? Eso fue un disparate social, sin embargo es preciso por cortesía dejar el asunto así con relación al sexo débil. Ella no tuvo la culpa de esa situación y actuaba con plena buena fe. ¡Hay que entenderla para luego justificarla!

Ahora bien: Esa pacata actitud familiar trajo consigo que se institucionalizara entre los miembros de cada clan, la desconfianza, y eso más tarde se hizo notorio entre los partidarios de la manumisión y ayudó a fraguar las distancias y forjar las prevenciones entre ellos. Sin lugar a dudas, la desconfianza ha sido gravísima para toda relación humana, pues amén de forjar un sentimiento de suspicacia, en el caso de los patriotas, imbuyó un desapego gradual y erigió de ese modo el contraste entre uno y otro. Esa escama despiadada, honda radical, se apoderó pues de los cabecillas, los sujetó con fuerza y los ligó con ímpetu y puso, por ende, a esa generación contra la pared y a las restantes en idéntico

sentido, con un acento cada vez más provocador y camorrista. Eso aconteció en el ocaso de la colonia, porque durante ese ciclo efervescente, aunque existían baremos entre ellos, como no tenían intereses en pugna, más o menos congeniaban con hipócrita complacencia ante el señor ibero que los manejaba a su antojo.

Por eso no ha habido nada más relevante en la crónica de la humanidad que la estabilidad que proporcionaba el orden instaurado por un opresor, sin embargo no deja de ser paradójico que al mirar uno en el espejo retrovisor de la historia, se distinga una sombra que ha perturbado tal orden, y esa sombra se ha llamado la fortuna, ese ángel del destino que con un chasquido de su dedo ha hecho volar en mil pedazos ese orden y volverlo desorden.

Por eso Colombia ha sido un país de hipócrita y ladina interacción... en medio del orden provisional, y peor en medio del caos, gracias al azar y a la incuria de sus dirigentes.

De ahí que si se pretendiera examinar la crónica de la violencia en esta parte del hemisferio de Colón, se deberá de antemano inquirir por ese sambenito —la desconfianza— que tanto daño ha causado en las relaciones humanas y que ha provocado más roturas y más estropicios que un tsunami.

Cuando un hombre desconfía, se vuelve taciturno, voluble y suspicaz en grado sumo. Todo le causa alarma y le crea prevención. Eso acontecía en el ánimo de cada patriota que aspiraba a desatar el nudo de la opresión ibera al final del siglo XVIII o al comienzo del siglo XIX. De no haber prevalecido esa escama, yo me imagino a cada criollo, viéndose diestro en tenerse sobre las ligeras cuerdas de todas las posibilidades, y capaz de danzar sobre el abismo de la mano de su colega de empresa. Una condición así sería la posición de un hombre sensato, alegre, que siente por primera vez una

libertad en el querer y en el actuar. Sin embargo la cosa no marchó de esa manera y un paulatino estado de decaimiento y una verdadera restricción del auténtico instinto fundamental de la existencia —la voluntad de poder ser más— se fue apoderando de casi todo lo que tenía algún valor en la Nueva Granada: la vida, la honra, los bienes...

No en vano Antonio Nariño notificó en 1823, el infeliz porvenir que le esperaba a la República, ya que emergía en donde las otras habían muerto, o sea tras la discordia.

Y esa dolorosa premonición se ha cumplido poco a poco hasta hoy (2015) pues los cimientos de la Nación fueron contruidos precariamente desde hace dos siglos y pico, de suerte que un número considerable de vencidos ha figurado en la necrología del país, a más de dejar tras de sí, un olor cetrino a penurias y desdichas y de paso ha permitido olfatear un creciente hedor insufrible a estiércol que ha corroído en igual sentido las estructuras morales del país. Asimismo una acelerada estrechez ambiental circunda la tierra patria, pues todo está descompuesto o a las puertas de descomponerse, y el desierto sigue creciendo sin que tercié una solución a corto plazo. La desconfianza ha sido la madre de los males de Colombia pues dejó a sus hijos con una hija terrible y siniestra: la disputa. Doble forma de ser ahí en el mundo ha tenido el criollo, la primera cuando al nacer fue eyectado al ser ahí en el mundo del vencido de una forma particular y después a pesar de que formalmente salió de ese ser ahí, tras la emancipación, materialmente ha continuado en esa condición, dada la catastrófica y violenta inautenticidad con que ha venido viviendo su existencia en medio de un mar de lágrimas y dolores.

Desde luego que estos esbozos son incompletos, de ahí que fuere indispensable hacer un examen cuidadoso de ese

pasado o sea desde cuando cuajó la emancipación en sus etapas tempranas, y con un escrutinio que comenzó con la etimología de los gestos y de las palabras de los próceres en aquellos momentos y gestionar rápidamente a re-experimentar o revivir esa existencia en su totalidad dentro y en torno a esos gestos y a esas palabras que ayudaran además a “tener la vivencia” sobre el particular, raudamente vendrá el preguntar y el responder si las condiciones de modo, tiempo y lugar fueron apropiadamente entretejidos desde un tono morfológico y con un acento semántico para descubrir entonces nuevas cosas que permanecían ocultas.

¿Qué principio me guió, cuál fue la consigna y la precaución del método que adopté a fin de descubrir esas cosas nuevas que permanecían ocultas? El principio fue el abordar en diagonal ese proceso a través de la historia conocida (conceptos, hilos y palabras clave) con la consigna de desvertebrar su pretensa certeza pregonada por aquel saber sometido a través de un acoplamiento de pistas, ideas, noticias, líneas cronológicas e instrumentos de información con la precaución de no caer en sofismas; más bien desocultar y asegurar luego la coherencia del discurso, cuyo auténtico contenido se hallaba sepultado por tantos intereses. O sea trataré de saber hacer ver la relación esencial obsesiva por cierto entre el vencedor y el vencido... en esta parte del mundo.

Tras esta intermisión, es del caso preguntar: ¿Qué otras circunstancias acolitaron a la desconfianza para instaurar todo ese estado de cosas confusas que salieron desajustadas tras la independencia el 20 de julio de 1810, y que facilitó la constitución de ser ahí en el mundo del vencido del criollo liberal o de los criollos liberales, ya fraccionados? Su candidez o ingenuidad. Una confianza ilimitada en lo que

profesaban potencialmente que iba a sobrevenir por secuela de esa pomposa declaración de independencia. Eso creó un falso clima de optimismo que rivalizaba con la crudeza de aquella situación.

¿Qué es un cándido? Voltaire escribió una novela que llevaba por título *Cándido* y en ella puso de presente cuán ingenuo era pretender que se vivía en el mejor de los mundos posibles cuando todo alrededor del hombre se caía, se estrujaba, y fenecía luego sin pena ni gloria y por eso lo ideal era dedicarse cada uno a cultivar su jardín...

El ingenuo, al mejor estilo del criollo de esa época, era un alma lírica, donde alternaba la tranquilidad y la confianza exagerada del aficionado a la botánica, de que iba a salir algo bueno de algo malo, con un candor que ruborizaría al mismo diablo por tanta sandez. A pesar de que rezumaba fatalismo, creía de un modo paralelo, que las cosas, sobre todo la política y la cotidianeidad, le iban a resultar a las mil maravillas, escuetamente porque sí, sin atinar a medir las circunstancias de esos acontecimientos que por su índole no eran mensurables o predecibles tan lucrativamente.

Es de resaltar eso sí, que aquel criollo, especialmente el llamado cachaco, era enérgico por su potencia vital, dinámico por su potencia poética, mas no era dueño de sus recursos; perennemente dependía de un tercero o de un acaso benévolo, y eso trajo consecuencias dolorosas tanto para su persona como para la sociedad en que habitaba. Y ¿por qué? Porque España ocupaba sin esfuerzo tras tantos años de dominación abyecta, su sitio único y soberano en el corazón de la gente, y le implantaba de paso, las condiciones de su existencia, con tanta evidencia que para 1809 más o menos, al carecer de datos que le guiaran ese discurrir, no supiera a ciencia cierta qué actitud asumir. Y optaron por una deci-

sión a todas luces descabellada. La independencia, pero a la ligera, al tropel y sin un cálculo lógico de posibilidades de mantener ese nivel de autonomía. Es más, muchos ni siquiera pensaron en la posibilidad de la reconquista.

La ingenuidad del criollo le instaba a rechazar por un lado la esperanza, y por otro lado le alentaba la voluntad de vivir y de comprender. Le susurraba la idea de retroceder ante cualquier asomo de contradicción en lo que viere u oyere, igualmente le exigía romper los lazos con aquello que podría representar un peligro y le murmuraba además que debía ignorar los males que podían acecharle por cada paso que daba por el mundo. O sea para unas cosas se encontraba presto, para otras cosas se sentía ajeno, y eso le costó caro. Una ambigüedad en el decir y en el hacer que causaron mucho daño.

Una extraña e infecunda combinación rodeaba pues su trasegar, especialmente en el campo político. En ese terreno era un filósofo, al que le repugnaba sin embargo, el principal medio de la filosofía, no dar por cierto sino aquello que apareciera claro y evidente ante su conciencia; igualmente era un sabio, pero que no podía usar el instrumento más pertinente, la lógica. Y además era un místico, de especie singular, pues se dedicaba a la contemplación de la exterioridad sin derivar soluciones de ese proceso mental. Era un descalabro.

No advertía asimismo que se hallaba entre opuestos y rivales, que ya era tiempo de abrir los ojos y que era menester de paso vivir alerta. Procuraba ir con cautela, cierto fue, en algunos episodios, especialmente en el hablar, pero lo que reparaba no lo entendía, de manera que muchas veces atendía a todos, y de todos se confiaba y tenía al ibero en principio por enemigo. Sin embargo, más tarde, por esas



piruetas de lo cotidiano, terminaba convertido en su camarada.

De ahí que Morillo al considerar al criollo de antemano un vencido, lo puso en la mira de toda la gente, y es de suponer entonces la sucesión de bisbiseos, el cortejo de murmullos, la sucesión de consejas que iban poco a poco circundando a la Nueva Granada en ese trámite llamado la reconquista, y que trajo más sombras a esta acongojada tierra. Ni Chile ni Argentina sufrirían las secuelas de un proceso de esa índole y por eso están como están, rodeados de una tranquilidad general que a veces se ha visto turbada por uno que otro rebelde con causa y pare de contar sin más secuelas que las propias de un accidente político a ratos breve que más tarde se autocorregía. Pero no cayeron en las redes de una violencia sistemática —como aquí— y allá cuando aconteció ese síndrome fue fugaz, lo que frenó que se transformaran esos territorios en sempiternos cementerios.

Quedaron en el tintero otras circunstancias que se fueron incubando al final de la colonia en el talante del criollo para su desventura, como la incuria, pero ya es hora de parar en seco este cuestionamiento social y enderezar la proa de este capítulo hacia otros ítems bien punzantes, por lo menos no tan corrosivos de la autoestima nacional como los esbozados aquí y ahora.

No es difícil sugerir que esos vicios del criollo, ocultos o manifiestos, continuos o recurrentes antes de finalizar la colonia, y producto de esos gérmenes, constituyeron la materia prima de lo que sería más tarde la siguiente generación, y de ahí que su constitución de ser ahí en el mundo de un modo particular de vencido resultó palmaria y con vocación hereditaria tras la fallida independencia y en medio de la reconquista.

Desde luego que hay que tomarse su tiempo para aclarar la eventual confusión que rodea la estela del vencido en general, particularmente con el estatus extendido que le ha tocado a cada uno, pese al paso del calendario; sin embargo ese aparente barullo se disiparía al percibir que la pérdida de una de las propiedades más esenciales de la existencia humana, como lo es la libertad, ha sido baluarte común a todos ellos, sin excepción.

“¡Ay dura tierra! ¿Por qué no te abriste?” (Dante, *Infierno*. Canto XXXII).

Esos pocos rasgos que acabo de explicitar acerca de la índole del criollo, son suficientes para merecer la constitución de su condición de vencido, aun siendo poco explicables en sí, dada la escasa extensión del boceto, pero me parece ver en la actitud del nativo de esta tierra, un cierto cálculo, una especulación sobre su futuro, que quizá lo instaba a seguir el juego, a nadar a favor de la corriente y a no meterse en aguas profundas. Sin embargo, y eso es lo que me pone a dudar, si medía los riesgos de este o aquel lance, ¿por qué se metió en la aventura de la independencia sin tener una noción clara de lo que iba a posteriormente a sobrevenir? ¿O no lo previó? La perenne desorganización social del virreinato de la Nueva Granada, giró alrededor de dos momentos: la displicencia y la dureza del español por esta tierra y el miedo a la muerte o la depreciación social del criollo, y ese inconsciente colectivo le impidió a este último manejar con soltura el concepto de libertad, y eso era porque se hallaba demasiado restringida, muy solapada y existía el temor de ondear su bandera. Ah, Delacroix, qué falta le hiciste a esta Nación en ciernes. Tu fastuoso cuadro, hubiere a lo mejor ayudado a optimizar la impresión de lo que ha significado el término libertad.

Yo estimo, salvo mejor opinión en contrario, que de todos esos conceptos o hilos esbozados y de aquellos que no sugerí, pero que concurrían subrepticamente en el ánimo de la mayoría de los nativos, y que por economía textual no cité, el microbio que hizo más estragos por estos lares, fue el sambenito del poder, o sea el deseo de compartir el poder por ese afán de reorientar al virreinato bajo un nuevo estatus y desconocer con esa postura, “los sacrificios del digno rey en pos de la prosperidad de la Nueva Granada”. Y eso trajo consigo con la reconquista que se produjera típico ajuste de cuentas contra un vencido por partida doble, primero por su fracaso en instaurar un nuevo modelo de Estado emancipado de la península, y segundo, por sucumbir ante Morillo víctima de sus propias necesidades.

No hay que olvidar que España tenía una concepción totalitaria acerca del poder que la condujo a la “domesticación de todas las almas” especialmente a las de ultramar y por ende la uniformidad en la opinión y el respeto absoluto a la autoridad: afirmaban con tachuelas compactas ese poder de un modo sistémico y holístico. Los súbditos del rey o sea los nacidos en la península y que después arribaron a esta tierra con esa concepción entre ceja y ceja no pensaban nada distinto que no fuera el respeto incondicional a la autoridad, y el castigo a la desobediencia o a la rebelión era severo y condigno. De ahí que la reconquista fuese un mar de sangre y de dolor por las sanciones que casi de plano aplicaban los militares españoles.

La voluntad del criollo se hallaba pues en sempiterna oscilación y si a eso se le agregaba el disenso y la irresolución de los líderes de la revuelta, la situación francamente no era la más óptima. Desde el principio, el nuevo régimen instaurado debió ser más fuerte que sus líderes, más ambicioso

que la aspiración regional y más coherente con la realidad geopolítica del momento. Empero al nacer débil frente a sus cabecillas, enclenque frente a las zonas de confluencia regional y de contera endeble ante la sociedad en general, ese régimen tenía los días contados ya que el futuro era sombrío.

Y todavía pregunta la gente qué era la “Patria Boba”.

Una marca indeleble de no saber qué hacer con lo que se tenía en las manos, de enredarse la mayoría en discusiones bizantinas mientras afuera el peligro acechaba con alevosía y con decisión. En suma, una actitud insolente, disparatada y mentecata ante lo grandioso, como era el Estado que se pretendía instaurar, o sea, fueron inferiores aquellos pusilánimes hombres a las circunstancias, y esas condiciones fraguaron ese remoquete de ingrata recordación.

El poder... todas las contradicciones lo enaltecen, es apetitosa por lo que dimana de su porte, autónomo frente a todos, tal vez con excepción del amor, pregúntesele al efecto a Marco Antonio o al rey Eduardo VII de Inglaterra sobre esa novedad. Ocupa su trono, sin rival, en sitio único y como soberano en el mundo lo sojuzga tan manifiestamente que define sus condiciones por su propia existencia. Es un semidiós.

El poder además —y desde el principio— se volvió ineludible, incluso reconsideran eso aquellos que lo han perdido y sienten su misteriosa ausencia, y luego no saben qué hacer para recobrarlo. Igualmente para acceder a esa estampa, es indispensable que al cruzar la tierra el firmamento, su línea se encuentre con la línea del individuo y de tal topetazo surja un chisporroteo vivencial que reconfortará al gran espíritu que alienta a la humanidad y resultará escogido este o aquel, puesto que dos ejemplares tan distintos, se han atraído y se han integrado en una simbiosis única que dolo-

rosamente solo resultará viable por un cierto tiempo y luego de ser seductora esa efigie, se mutará en una Gorgona o en una bruja al mejor estilo de la que saludó a Macbeth, para escarnio o para extrañeza del hombre que se perfeccionó en su seno. Y como Sísifo, otro espécimen por el instante providencial, retornará para cumplir su cita cósmica, mas nuevamente llegado otra vez aquel adverso momento también caerá.

Quien anhele confirmar esta afirmación, que escrute la historia universal... y verá al poder tras la edad perdida de los colosos del pasado, el regreso de Alejandro extraviado en la India, Calomagno dormido en su tumba o Federico II soñando en Palermo; e incluso la revancha de sus sucesores, el advenimiento de nuevos titanes y el deterioro del discurso histórico sobre el particular... por la adulación y por la distorsión... No obstante el poder ha seguido con su embrujo... y con su doble faz: ascenso y caída.

¿Qué sentía el criollo por el poder? Fascinación, ya que no lo usufructuaba; regodeo por lo que percibía que establecía el que lo ocupaba en la Nueva Granada, y relamen por predecir qué iba a hacer cuando lo tuviera en sus manos. Sin embargo le asaltaba el miedo a dar el salto decisivo y cuando lo hizo no era el periodo oportuno y entonces pese a esa contrariedad, no fue capaz de defenderlo con ahínco por las desavenencias internas. Napoleón aconsejaba no hacerse cuadros alrededor del poder, es decir, composiciones imaginarias acerca del mismo, pues el poder entendía, que se concertaba por sí mismo, de ilusiones y en el contexto de situaciones significativas en donde la fortuna jugaba un rol preponderante. Pese a eso resultará sugestivo proveer un cierto toque literario a ese enamorado social.

¿Qué acaeció entonces en torno a ese icono en la Nue-

va Granada en las postrimerías de la colonia, en la primera emancipación y durante la reconquista? Antes de proseguir con una respuesta más o menos coherente, asevero que el criollo encopetado, no aquel criollo rico que vivía en su mundo de opulencia, durante la colonia particularmente, tenía personalidad ambigua ya que fluctuaba de un lado al otro, según el ritmo de la ocasión y por eso fue el responsable de lo que aconteció, o por haberse precipitado, por no saber esperar o estrictamente o por no saber qué concebir, una vez atravesado el Rubicón... ¿Quién sabe hacer fila? Si Hitler hubiera esperado, si Áyax no se hubiera precipitado... Bien, era ese criollo de la élite, hijo de su madre y de su humor voluble, desposado con su opinión hasta las últimas consecuencias, y así todos eran diferentes, cada uno de su gesto y de su gusto, unos pigmeos en el ser y unos “gigantes en la soberbia, otros al contrario, en el cuerpo gigantes y en el alma enanos...” (Gracián, p.100). Algunos lastimaban como el alacrán, por la cola, y algunos “todo lo hacían cuento sin dar jamás en la cuenta y finalmente hallarás pocos hombres...” (Gracián, p.101). Y si esa era la definición básica del criollo, ¿qué se debía esperar entonces? La hecatombe.

También es oportuno contar que entre el criollo y el español, existía la misma oposición que se advertía en la *Antígona* de Sófocles o sea fluía una obstrucción social irreconciliable que debía resolverse dialécticamente a través de la lucha de contrarios en pos de una síntesis afortunada. Aunque hubo disputa de contrarios, la síntesis que se esperaba no prosperó y surgió una que ni siquiera Hegel lo hubiera intuido. ¿Por qué? Porque la síntesis no resolvió al final la ecuación y tras la independencia todo siguió igual o peor. En cambio, en los Estados Unidos cuando alcanzaron su emancipación fueron tan radicales contra Inglaterra, que muchas

de sus costumbres fueron proscritas y el sistema métrico de ellos, por ejemplo, fue borrado literalmente del mapa. Era un nuevo Estado que se iba a organizar no en vista de la fuerza, pero sí de la libertad y del valor imperecedero de la personalidad. Esa sí fue una síntesis afortunada en el mejor sentido de la palabra.

Y una paradoja, cuando algunos de los próceres de la Nueva Granada distinguieron ese esquema, o mejor esa forma de contenido político, trabajaron a toda prisa para imponerlo de cuajo aquí, y en su tarea subterránea excluyeron con rabia aquellos planteamientos de los refractarios a esa postura, que exponían ideas opuestas y todo se volvió un *maremágnum* de fórmulas, todas hueras, y finalmente se acudió al expediente de la violencia, epílogo infeliz de una patria que había nacido en cuidados intensivos. Sé que me adelantado otra vez un tanto, mas eran ineludibles estas precisiones para un mejor enfoque conceptual del asunto.

Todo en aquella época de tensión y de turbulencia era un murmullo generalizado de que el poder durante la colonia estaba férreamente controlado por la jauría de oidores, jueces visitadores, alguaciles de justicia, oficiales del rey, y de ahí para arriba hasta llegar al virrey. No había manera de eludirlo, y el criollo entonces se veía compelido a ingeniársela para contemporizar con aquellos españoles que lo detentaban; se veía precisado además a medrar a sus expensas, ellos que a su vez igualmente y con mayor tino prosperaban gracias a ese fisco desorientado. Entonces, ¿cómo iba a brotar en medio de semejante componenda burocrática y mercantil, la chispa que realmente encendiera ese aparato y facilitara posteriormente la formación de un orden político diferente, con escasos vestigios de lo ya inerte? El 20 de julio de 1810 fue por eso la caricia momentánea del opor-

tunismo, enmarcado en un siniestro incienso que condujo a una masa informe por los desfiladeros de la tontería y de la arbitrariedad. Y eso repercutió integralmente en el ir y venir de las cosas en la Nueva Granada cuando tras muchos afanes alcanzó la verdadera independencia.

En el fondo la historia del poder —que alguien debería escribirla de un modo integral, aunque las llevadas a cabo por algunos intelectuales, han resultado excelentes, si bien sesgadas por la ideología— ha sido espontánea, muy poco deliberativa, y en consecuencia debe ser asumida desde el vértigo que ha producido su nombre y con ese tono se incrustó en la vida social de la humanidad. Esto reveló que es menester reconsiderar sobre su transitar y es lo que tanteo hacer con estas líneas muy someramente, con cautela, a fin de alcanzar a traducir de esa manera las reacciones que ha suscitado aquí entre el patrono temporal de ese icono —rey, virrey, gobernador, capitán general— y los destinatarios de sus rayos y centellas, el criollo, el mestizo, el indio, el negro, el zambo y pare de contar.

Durante la colonia, las Indias Occidentales, y más concretamente la Nueva Granada, vegetaba en el limbo político, y lejos del epicentro mercantil, casi en bancarrota a pesar de ser la despensa tanto de España como del resto de Europa. Y el poder actuaba automáticamente, casi que por inercia porque se obedecía mas no se cumplía... se respetaba mas no se procedía, en fin, todo era papel y más papel, ineficacia al por mayor y eso minaba la estructura monolítica de la autocracia regia. Sin embargo el criollo no supo explotar, por falta de iniciativa, por temor o por comodidad, esa esterilidad administrativa para ir, en cambio, instaurando poco a poco, con el vicio del sigilo que le era propia para los menesteres fútiles, una cultura de emancipación parcial que acuñara el



porvenir. Si Roma prevaleció fue porque su élite patricia se esmeró constantemente en manejar los hilos secretos del poder de la República, de la dictadura o del imperio, de manera que su cultura de poder no se diluyese; solo cuando se sintió agotada en el siglo V d.C. fue que abandonó esa práctica y sucumbió. Aquí se empezó por donde ella feneció.

Es más: durante ese nefasto periodo colonial o en sus postrimerías, la incuria y la farsa histriónica hicieron de las suyas y esos factores junto con el despotismo absolutista en la Nueva Granada, en donde el altivo virrey y sus secuaces hacían y deshacían a su antojo volvieron a la región agreste y ladina, hasta que el desenfado se tomó literalmente a la capital del virreinato y a las demás regiones del país y cuando sobrevino la decisión de emanciparse, ese remedio terminó siendo peor que la enfermedad.

El virrey Amar y Borbón, el último vocero del rey español, era una persona tan anodina, que bien podría aplicársele el remoquete de que “en su alma estaba la nada” como dijo Michelet refiriéndose a Luis XV, y que yo añado igualmente a su turno con el nombre del rey inicuo Fernando VII, que tanto mal le causó a la península (Cioran, 2005, p.31).

Le correspondió pues a ese virrey, ondulante y escéptico, obtuso e intransigente, irresoluto y superficial, de una apatía asombrosa, cerrar el ciclo de la colonia con notoria ineptitud y eso facilitó el paroxismo revolucionario de los criollos. Así se determinó el síncope ibero en esta parte del hemisferio de Colón, para provocar más tarde otro síncope a la élite criolla luego de la reconquista.

Hubo algo más particular en todo ese proceso que se desarrolló en la Nueva Granada tras su descubrimiento y fue que no acaeció ninguna ruptura, diferencia o discontinuidad radical entre los ciclos subsiguientes, o sea, en la conquis-

ta, en la colonización y es la independencia/reconquista, de modo que el discurso negro y triste de la violencia y de la agresión continuó vigente de suerte que con el paso del calendario lo que sucedió fue un fortalecimiento del ritual de avasallamiento.

En aquel contexto sicodélico, añadido, fue generándose un caos inquebrantable tras la fatídica segmentación entre los líderes de la revuelta que después se trasladó en forma de egoísmo regional a todos los estamentos sociales y políticos de la Nueva Granada, de manera que eso resultó en un colosal desorden, secuela inevitable para yacer luego como vencido puesto que falló eso que Hegel llamaba subjetividad del poder, esa intuición para presentirlo, tomarlo y sacar partido y como no se siguió esa clarividencia, sobrevino el colapso y la melancólica condición de subyugado cuando vino Morillo con toda su gente a poner orden en medio del caos más espeluznante...

La asonada del 20 de julio, salió avante provisionalmente porque el poder virreinal era venial, venal, o sea una mera ficción, igualmente el rey se hallaba lejos y entonces se luchó contra fantasmas y esa situación volvió aparente la realidad misma y por ende los criollos, con pocas excepciones, y sin olfato, se propusieron enterrar rápidamente un cadáver que aún no estaba muerto y cuando más tarde se cercioraron de lo contrario, echaron a correr y dejaron tirado el espectáculo que habían organizado. Desde luego que no todos se acobardaron o se sometieron, sacaron la cara Nariño, Santander, Serviez, y el grupo de valerosos hombres que se fueron para el Casanare a tratar de salvar lo que parecía insalvable. Se confundieron pues las premisas y entonces el desenlace tenía que ser incongruente, caótico y sin sentido.

Había muerto la criatura antes incluso de recibir el bautismo oficial; los descuidos de sus padres provocaron ese deceso.

Y ¿los demás personajes que intervinieron en aquella mascarada del 20 de julio y en sus siguientes etapas? Muy bien, gracias. A la mayoría la historia los ha juzgado desde un doble perfil como vencidos, o sea primero como criollos sometidos en la lid, y segundo vencidos por terminar en la degradación más aberrante, la subordinación quejumbrosa, y por eso la sentencia ha sido inflexible en grado sumo. ¿Merecen acaso la rehabilitación esos protagonistas que por temor, por miedo, o por afectación agacharon la cabeza al reconquistador? Solo si uno principia por acostumbrarse a reflexionar en las afrentas de la que fueron víctimas muchos de ellos y solo si uno comienza por amoldarse a meditar si en idénticas circunstancias se actuaría igual o peor que ellos, entonces la respuesta sería afirmativa, y de hecho la reivindicación ofrecida debería proceder de inmediato en el corazón de cada colombiano.

Pero a veces los cumplidos negativos eran peores que la injuria, decía Cioran. Mas se tratará de lograr que con esa reivindicación que el sol iluminare con un calor inusitado ese pasado triste y estéril... y se pueda soportar lo peor que sobrevino.

La reconquista. Durante el desenvolvimiento de ese proceso político y militar el poder se fue concentrando poco a poco y de nuevo en las manos de una figura siniestra por un lado y eficaz por el otro. Aludo a Don Pablo Morillo. Una frase avala mi aserto: "La patria no necesita de sabios...". Pobre Caldas. Empero hay que recordar que cuando llegó a Margarita y perdonó a Montilla, no meditó que podría ser traicionado, dado que le había dado su palabra de honor de que no se iba a levantar en armas otra vez, y cuando se

enteró de que había incumplido la promesa, montó en una terrible cólera y juró que iba a ser implacable contra los criollos. Y lo cumplió a cabalidad.

Lo que no supo Morillo o lo comprendió después, no obstante ya era tarde, fue que a lo sumo la esperanza social de buena parte de la élite criolla en la Nueva Granada era el aumento del rango, una presencia más activa dentro del panorama político y económico del virreinato; igualmente, que se le tuviera en cuenta simplemente nada más, pero el haber dado la espalda al desacreditado virrey y sus áulicos a tan obsecuente pretensión, fue lo que incubó la asonada de 1810 en muchas regiones del país en ciernes sin que coexistiera un derrotero predeterminado. No había en su integridad una vocación de independencia, de desprendimiento del seno materno ibero. O sea un milagro inesperado le sobrevino a ese grupo de personas, y pese a que impetraban la autonomía relativa y luego la absoluta de España, no supieron luego qué hacer con ese prodigio que salió como de un cubilete. De haberse enterado la Corona española de tan mezquina exigencia, o de haber atendido el vejete que fungía como virrey esa obediente pero ambiciosa petición, a lo mejor los acontecimientos subsiguientes también se hubieran conducido por otro sendero. O no se hubiera presentado nada, y aquí paz y en el cielo gloria.

Pero ¿quién ha entendido al azar? Nadie, porque en este caso hizo salir de la sombra a un puñado de hombres, sin que fluyera que tras de ellos, un conocimiento integral de la magnificencia del poder y de su gloriosa genealogía y de una manera torpe no entendieron su auténtico alcance y más tarde, ya no el azar, sino ellos mismos lo echaron todo a perder.

Durante la transición de la colonia a la emancipación y

de ahí a la reconquista se produjo una lenta yuxtaposición de la identidad, se era, ya no se era y se volvía a ser adepto o sumiso vasallo del rey y de sus oficiales y por eso el espíritu subalterno que persistentemente alentó al criollo se mantuvo casi incólume, salvo el talante noble y altivo de aquellos héroes de la Patria que persistieron con pertinaz persistencia en rescatar lo que estaba naufragando. Es triste notar cuántos que fungen aún como próceres, no fueron más que inicuos oportunistas y lacayos que sacaban partido a toda ocasión, si caía cara ganaban o si caía cruz también ganaban. Mas ya están rehabilitados aquí...

Por eso se le debe tanto a Santander y a Nariño. Hombres tenaces e inaccesibles, intrépidos y audaces que no dudaron un instante en sacrificarse en pro de la Patria. ¿Los demás? Inteligentes algunos, solapados otros, oportunistas la mayoría, bulliciosos muchos, y uno que otro con sentido común que reclamaba medida y prudencia.

Ese fue el perfil espeluznante del vencido criollo, ser más obsecuente y más sumiso, o sea, un incondicional de aquello que aparentemente quería cambiar —pero a medias—, y por eso el traje negro y la levita de ese criollo eran la expresión de un alma muerta, de un sepulturero de la esperanza vital que además no tenía el derecho a despreciar ese presente tan preñado de posibilidades.

En lo que vengo refiriendo, he mostrado sin ambigüedad que nadie adquirió la confianza suficiente para dispersar las nubes de prevención, y nadie tuvo el coraje de parar los vientos de incompatibilidad que constantemente oscurecían el panorama virreinal, y de ese modo no se pudo aquietar la ansiedad que corroía el ánimo de los habitantes de la Nueva Granada y que consistía en no entender a cabalidad qué terreno pisaban o qué era lo que estaba en realidad sucedien-

do. Tal vez Nariño y Torres, intentaron hacer algo en pro de esa situación, pero a cada uno lo desbordó el entorno con sus múltiples intereses en juego. Eso reveló la incompetencia o la impericia generalizada que militaba en el ambiente, dos conceptos fundamentales que reforzarán la convicción de vencido del criollo. Y si a esas esos conceptos se le agrega la inexperiencia, el asunto era de marca mayor. Y tenía que terminar como de hecho terminó esa generación de criollos, vencidos.

No me explico por qué casi nadie vislumbró lo que se preparaba en España con Morillo a la cabeza, no entiendo aún, por qué siguieron los líderes empeñados en luchar entre sí, cuando el peligro de la reconquista era una realidad tangible. No he visto mayor estupidez... y de esto no hay que sacar ninguna consecuencia porque ese ciclo se debe olvidar por haber sido demasiado inconsistente como para servir de eje a la reflexión.

El virreinato de la Nueva Granada, indisputablemente, o estaba ya vendido o estaba hipotecado en trance de venderse... y quien lo pretendió comprar por primera vez no tenía ni cómo pagarlo ni cómo administrarlo, por eso lo perdió de nuevo a la fuerza tras la reconquista. Y para superar esa reconquista fue preciso implantar una serie de mecanismos de transición, de transacción y de consensos entre criollos neogranadinos y venezolanos que no tenían ni la empatía ni la tradición de coaliciones geopolíticas entre sí para que después del esfuerzo militar se intentara de reacomodo institucional que también generó mil problemas y finalmente todo se partió en tres pedazos.

Un escrutinio de los datos procedentes de las evidencias que ese nefasto pasado dejó inscritas a la deriva, me inducen a discurrir no solo en ese desorden social al momento de

intentar independizarse, sino que nunca fluyó una seria protección contra los desmanes del poderoso y que la justicia solo intervenía en los casos en que era flagrante la violación de la ley, y se introdujeron por ende dos hilos conductores, que todavía carcomen la unidad nacional, la tiranía de las opiniones y hegemonía de las exaltaciones dominantes. Y si a eso le añado el estado de ánimo en general del pueblo y las irreconciliables diferencias entre los criollos, es forzoso concluir que nada positivo iba a resultar de esa amalgama de pasiones, en el futuro de esa colonia, tan descuidada se hallaba por la Corona.

Y acaeció lo inesperado, pero no por eso aguardado por los próceres y por los adeptos a la Corona, más tratado con desdén o con indiferencia, o a lo mejor con alivio, ¡quién sabe! Llegó Morillo y arribó para recuperar este feudo y lo que hizo, al finiquitar su maniobra castrense, fue sumergirse en una ordalía de sangre y terror. Con su temperamento taciturno y reservado le dio un toque siniestro al vencido o sea al criollo, que no sabía qué actitud asumir o si se volvía consecuente, y a la sazón, debía pasar por una purga, y eso contribuía a consternar el contexto pues las consejas y los murmullos perturbaban el panorama social. O si por el contrario huía, como lo hicieron algunos, pero tampoco se atrevía ya que temía represalias contra su familia. Igualmente nadie sabía qué hacer ante los desplantes del nuevo amo que eran continuos y de ese modo se acrecentaba la crispación estéril de la mayoría de los residentes de Santa Fe y de algunas regiones de la Nación ya subyugada de nuevo.

La única ciudad en la que el ridículo mataba durante esa época de la reconquista fue Santa Fe de Bogotá, nada más propio para anular al criollo vencido que suministrarle ese empaque de befa que dejaba a la persona a la intemperie

social, especialmente cuando el Pacificador o su círculo más cercano, le infligía duras reprimendas y le enrostraba su vil condición de hostil al rey de España. Instantes duros, sin lugar a dudas.

¿Cómo se percibió la singularidad de esa genealogía del criollo ya vencido en esas tres etapas? Durante la colonia había que verlo sojuzgado, durante la inicial independencia había que mirarlo altivo vencedor en pos del abismo y tras la reconquista había que otearlo obsecuente o indefenso a expensas del re-conquistador. Entonces la identidad del criollo vencido arrancaba de lo ya dado en esos tres ciclos, postrado, agotado y desfallecido en un marco de dominador/dominado y de esa manera se convertía en la fuente del vencedor a través de una sucesión de reglas que espoleaba pasar de un estado a otro, o sea de la colonia a la emancipación y de ahí a la reconquista sin que esa relación se hubiera alterado en lo más mínimo. Y todo seguía igual. Y ante ese cuadro digno de el Bosco, yo considero que el angustiado criollo vencido tenía que gritar: ¡No estoy cansado, ni herido, estoy desesperado, no estoy triste ni acorralado, estoy desesperado...! ¿Por qué? porque tenía una rivalidad perdedora con el español, igual a la de Lucifer con Jesús...

En aquel tiempo, o sea durante la colonia en su recta final, en medio de la volátil y frágil emancipación y en plena represión de la reconquista, la Nueva Granada era un mosaico de regiones bajo la égida borbónica con una distancia cultural incalculable, y a raíz de esa diferencia formativa fue que fluyeron diversos niveles de criollos vencidos, los encopetados, los burgueses y aquellos que nada tenían que perder con uno o con otro bando. Igualmente con el remoquete de provinciano se quiso vulgarizar a las regiones de la periferia de Cundinamarca y Santa Fe de Bogotá, mas



eso convino, porque en esas zonas discriminadas se soportó sin tanto estropicio la condición de vencido, pues no había apuro del invasor por ajustar cuentas con aquellos que en realidad estaban al margen de las luchas de poder que se concitaron en la capital.

Se podría alegar que Cartagena de Indias, Popayán o El Socorro, entre otras, padecieron los excesos de la reconquista y regaron con su sangre el suelo patrio, y eso fue indiscutible. Sin embargo, muchos de sus habitantes lograron con supina habilidad y sin caer en el melodrama de la humillación eludir los cercos que como vencido les estaban aplicando. Y de ese modo, la condición de vencido adquirió en esos territorios un tinte distinto, sin tanta agresión y sin tanta abyección, mientras en la capital y sus alrededores todo andaba de una forma parasitaria, monopolística y en medio del terror más agobiante. No se ha juzgado como se merecen los capitalinos por ese comportamiento tan degradante que tuvieron en ese periodo de la reconquista; en Francia, hace rato los hubieran señalado como colaboracionistas y de seguro el paredón les esperaba con complacencia. Sin embargo me olvido de la rehabilitación y entonces es preciso parar de contar.

Ese tópico de la discriminación, de la exclusión o de la diferencia cultural, de hecho perturbó posteriormente las relaciones políticas una vez consumada la independencia tras Boyacá, y en el marco de sus secuelas de riesgo es de recibo someter a la reflexión las razones por las cuales no hubo una luz por muy tenue que fuera para que alumbrara la mente de la clase dirigente y ofreciera una salida a la encrucijada de aquel momento, y si no existieron esos presupuestos fue porque no había una evidente toma de conciencia sobre cómo olvidar el pasado, reconstruir el presente y prospectar

el porvenir y se avanzó de esa manera con la condición de vencido en ancas. Y con un pretense orgullo regional sobre sus hombros.

Yo supongo, salvo mejor opinión en contrario, que no había necesidad de depositar tanta confianza en la élite criolla, si mantenía aún su yugo en el cuello en señal de que todavía sentía el peso de su lamentable condición. En cambio el criollo rico ni se inmutaba ante ese desfiladero de sangre y de terror al mejor estilo de Robespierre, porque al dinero le ha ido por lo general bien de un lado o del otro.

Eso me demuestra una cosa: Que la reconquista vino a mostrar que el poder político español era más profundo de lo que se sospechaba y que había además centros de puntos de apoyo invisibles que en un santiamén a otro salían al ruedo a mostrar sus uñas y permeaban el ambiente a fin de revelar la solidez de ese legado ibero. Muchas cosas en la experiencia nacional me convencieron de que el acontecimiento histórico del descubrimiento y las fases siguientes no hicieron a este país, mayor de edad y de que todavía no lo es...

Hay que recordar en todo caso, que la decadencia de la colonia estuvo enmarcada por el ritmo frenético de las incursiones napoleónicas en España mientras que en estas tierras, diferentes formas de violencia salían a relucir y desdibujaron casi por completo la fisonomía tradicional de esa etapa ya próxima a fenecer para ceder el paso a una nueva era. ¿La emancipación? Creo que ese fue el error, discutir que era la única opción política y a veces me acuerdo si acaso no tuvo razón Camilo Torres con su "Memorial de Agravios" y lo que pretendía en el fondo, pues uno de los efectos de la colonia fue el de anestesiar a los habitantes de esta parte del globo terráqueo, y cuando esa anestesia

se fue pasando, el paciente ingresó en un estado de euforia que le hizo cometer simplezas con un efecto paralizante y angustioso hasta que vino el topetazo de la realidad con la reconquista y esto se transformó en un circo para el torpe paciente que todavía se hallaba en lenta recuperación. Aunque en verdad, ya había muerto en vida.

España contagió a las Indias Occidentales, más concretamente a la Nueva Granada de su aire de nostalgia, por esos sus cantos, por sus coplas y por su literatura, que no han sido más que el compendio de su añoranza (Cioran, p.42) pero ese hálito que contaminó el ambiente no encajó en el contexto y todo resultó o una farsa o algo sumamente patético pues era todo calculado muy chapuceramente, de ahí que esa melancolía que debía invadir este país como fruto de una extensa e intensa relación con la península, no fuera auténtica y por eso hasta ahora, la historia de aquel país y de este, no hubiere tenido el alcance y el vigor de una crónica como la de Inglaterra o la de Francia con sus posesiones de ultramar.

La colonia en su ocaso, quiso desactivar una frase: el espíritu de lucha; la emancipación quiso acuñar una frase: libres de España pero a nuestra manera, y la reconquista a su turno impuso su pauta: Guerra sin cuartel para el vencido. Alguien explicó una vez que todo aquello que procediera del “demonio” tenía sentido aunque no fuera veraz e incluso a mí me pareció una manera de filosofar que no ha carecido de importancia ni de eficacia para entender esa época que será preciso concebirla como una actitud; o sea del vencedor, del vencido, de todos en suma ante el reto de lo cotidiano.

Este capítulo y quizá el quinto tomo en general, pese a todo lo que se ha mostrado aquí, está demandando un espa-

cio para interrogar a la historia acerca de los efectos del poder ibero sobre las Indias Occidentales y más concretamente en la Nueva Granada, y al poder mismo acerca de su discurso en contra de los vencidos citados también aquí e incluso en contra del mismo ibero, o sea una crítica de la práctica gubernamental que tanto daño hizo y de las distintas formas de gobernabilidad que facilitaron esas secuelas (Foucault, p.21). Aunque no es mi intención explorar este tema, tan prolijo y tan complejo, de una manera exhaustiva, ya que solo me he limitado hasta el momento a los aspectos fenomenológicos acaecidos en virtud del descubrimiento de América con ciertos toques arqueológicos/genealógicos a fin de situar al ser ahí en el mundo del vencido, como una forma del ser ahí, con el manejo del acento histórico tras la inclusión de la exégesis histórica, de la información, de la noticia, de la máxima o de la reflexión, e incluso de la pregunta y de la respuesta como glosas interpretativas que le han sido propias al trabajo metodológico, reputo que eso sería suficiente para comprender a grandes rasgos las modulaciones de esas tres etapas —el ocaso de la colonia, la independencia y la reconquista— que sobrevinieron tras la expedición a las Indias Occidentales, entrecruzadas en el tiempo y en el espacio y vislumbrar de esa manera la condición peculiar de vencido del criollo.

El criollo no era —en sentido estricto— un vencido, como el indio o como el negro vivía en medio de la rutina del español, bajo su férula, y como en Roma, era el equivalente a un ciudadano de menor rango a diferencia no del patricio romano, sino del patricio español que era un ciudadano del montón...

Pero como por sus frutos los conoceréis, todo lo que

recogió al final de la dominación española fueron dolores, pesares y preocupaciones, entonces asumió también desde esa perspectiva, no tanto desde la colonia, pues su estatus aunque de servilismo, no era de subyugado, pero sí desde el ocaso de la colonia, en la independencia y luego de la reconquista, la condición de ser ahí en el mundo de los vencidos.

El criollo buscaba al siervo en vez de buscar al Señor. Eso fue su perdición. Y al mismo tiempo como el español no levantaba los ojos al cielo, porque creía que se hallaba ya en el pináculo, el criollo lo acolitaba con su obsecuencia y con su servilismo, y eso acontecía a diario desde la colonia hasta bien entrada la reconquista en muchos casos.

¿A qué causa se le deben atribuir estos hechos, estos procedimientos, estas conductas que referí, reiteré, conté y denuncié más o menos con cierta extensión aquí? Al mal, podrían decir algunos, a la indolencia del bien, podrían responder otros, o a la naturaleza de las cosas por su ambigüedad...

El bien y el mal han sido potencias creadoras, mas el mal ha sido más recursivo y más activo; de ahí que muchas veces ha prevalecido sobre el bien que parece que se acomodara con indiferencia y con desgana ante las constantes embestidas de su rival. ¿Cuándo reaccionará en debida forma? ¿Habrá que esperar hasta el final? ...Tal es la cuestión en efecto.

El día 13 de octubre de 2013, la República de Colombia le rindió un tributo de admiración a la heroína colombiana Mercedes Ábrego, mártir de la independencia de la Nación, pues se conmemoraban 200 años de su vil fusilamiento en la ciudad de Cúcuta, frente a sus dos hijos, que atónitos observaron esa ladina ejecución ordenada por la falsa y vergonzosa justicia española, que la consideró reo de muerte, a sus escasos cuarenta años de edad, por haberle confeccionado,

presuntamente según algunos, un uniforme de gala a Simón Bolívar.

¡Qué horror, qué ignominia! Y pensar que a Bolívar le dijeron de todo tras el Decreto de la guerra a muerte contra los españoles o que a Santander se le tildó de asesino por haber ejecutado a Barreiro y sus secuaces. Pero si evoco esta anécdota no es para decir que es preciso exigir justicia; no, lo que quise mostrar fue que a medida en que uno se entera de un detalle como ese, la forma arbitraria del poder se aparece como una regla de acción represora.

Ahora bien: La verdad podrá dormir pero nunca morirá. Pero ¿qué tiene de particular la verdad para ser objeto de deseo...? ¿Será que acaso tiene la autoridad de un hecho de la naturaleza? En ese sentido todo ha permanecido igual, no se sabe todavía si acaso no sería la verdad una potente realización de ciertas leyes naturales aún desconocidas o mal conocidas, que es peor, o a lo mejor la responsabilidad social del hombre frente a los hechos cotidianos para evaluarlos y proceder de conformidad a fin de mantener sin titubear el nivel de su capacidad o de su talante para conocer al mundo. En todo caso es incierto ese derrotero.

Entonces, ¿la causa de todo ese holocausto contra el indio, contra el esclavo, y contra el criollo, fue simplemente por la presencia artera del mal y por la apatía del bien? Tal vez, porque en este tanteo polémico es posible que por falta de erudición o de formación cabal, la ignorancia hubiera tomado una cosa por otra, o hubiera confundido los conceptos alrededor de la causalidad pero especialmente el espinoso concepto del bien y el agobiante concepto del mal, de ahí que afirmar o negar esa cuestión, terminaría por desplazar el núcleo descriptivo de los hechos y eso quedaría envuelto

en una nube metafísica, por ello no saber es peligroso... precipita muchos eventos.

Sin embargo hay que analizar lo siguiente: Todo lo que concuerda con las condiciones formales de la experiencia es posible. Si eso ha sido así, al revisar de nuevo este cuadro que bosquejé hasta aquí, y mirar con atención, si esos hechos contra el indio, contra el negro, contra el criollo y contra el medioambiente, han concordado con las condiciones formales que la experiencia de eventos pasados, recuérdese la conquista de las Galias o algún evento semejante, ha señalado como recurrentes y entonces debo afirmar tras el cotejo de rigor que esos hechos tenían que acontecer, pero no fueron secuelas del bien o del mal. Entonces la respuesta habría que buscarla en el ejercicio del poder. No en el bien o en el mal que en sí no tenían nada que ver con el poder sino con su ejercicio.

Y como tengo la seguridad de que esa réplica fue insatisfactoria y ante lo concluyente del interrogante, solo me resta insistir que el poder ha sido la causa de todo, porque ha sido una bestia desbocada que ha controlado, que ha manejado y que ha instado a casi todo en este mundo, sin que fuese el resultado del juego del bien o del mal en sí mismo considerado, pero cuando ha mediado el afán de gloria que ha sido una calamidad, o ha intervenido la codicia que ha sido un sambenito al unirse con el poder, le ha tocado a este embrollarse en la consumación de las intenciones del que ha buscado la gloria o ha reparado en la codicia sin importar la esencia del talante humano. Y eso será bueno o malo dependiendo de los frutos que hubiere producido tras la siega, pero en el marco del ejercicio del poder.

Y por eso lo del mal y lo del bien que quede inscrito solamente como una posibilidad en el esquema de cada cultura,

especialmente en el ambiguo terreno de lo religioso y de lo moral o de lo ético.

Hice lo que pude sobre el particular.

Sé que faltó incluir a los comuneros en esta rapsodia de sangre y de dolor para mostrar una vez más cómo fue de inaudito, torpe e hipócrita ese proceso de la colonia en donde no se respetaba ni lo más sagrado que había en esa nefasta época, la palabra empeñada, mas el decreto de indulto firmado en 1782 por las autoridades iberas sobre el particular me releva de insistir sobre ese proceso prerrevolucionario ya que se encuentra mediado por una decisión de perdón oficial que insta a las partes a olvidar ese incidente a pesar de los desafueros cometidos.

Lo anterior no obsta para señalar algo importante, y es que el pueblo raso, hasta cierto punto no resultó vencido en el sentido literal del término, como el indio o como el esclavo, y a pesar de que durante la emancipación fue requerido por los bandos en disputa y se produjeron adhesiones a las dos partes, básicamente esa comunidad observaba con indiferencia el derrotero de esa pugna, ya que entendía que eso era una lucha por el poder y lo que iba a suceder, como en efecto sucedió, fue un cambio de casaca sin que los verdaderos problemas de la masa se resolvieran.

¿Quién fue pues el criollo que resultó vencido? El criollo empotrado en la élite, pero escaso de recursos, el criollo, bien fuese filósofo, abogado, comerciante, agricultor o ganadero, artesano, o ese criollo sutil, o intrigante que oscilaba entre los dos grupos, o aquel que tenía su confianza puesta en el cambio de amo, para medrar de un modo diferente a sus expensas. Esos fueron pues los criollos vencidos durante esos tres momentos, final de la colonia, primera independencia y reconquista.



¿Qué estatus se le debe dar a estos vencidos y a los vencidos en general? El de unos extraños como los locos, o entre los orates. El de un sonámbulo entre despiertos.

Hay que recordar que uno de los conceptos más tangibles que determinó el carácter básico de la emancipación, fue el concepto de “Patria Boba”<sup>5</sup>..., nunca dos palabras pudieron encerrar tanto en tan poco espacio como ya lo dije antes. Tal vez el primero que la puso de boca en boca fue Nariño, el Precursor, a través de alguno de sus escritos en el ciclo de la primera República o a lo mejor tras la consolidación de la segunda República a fin de poner de presente el peligro que se corría si se alentaba el fantasma de la división.

---

5. Esa crónica puede resumirse así: En noviembre de 1811, a un año y pico del pronunciamiento del 20 de julio de 1810, las más importantes regiones del virreinato, se integraron en la denominada Confederación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada y en el marco de la autonomía que reinaba en esa federación, cada zona promulgó su Constitución, Tunja (diciembre de 1811), Antioquia (mayo de 1812), la ciudad-estado de Cartagena (junio 1812) y así sucesivamente. Eso significaba que mientras la Confederación no promulgara una carta política global que aunara bajo su seno a esas miniconstituciones, carecía de competencia para funcionar en su dinámica política. Como si fuera poco y al margen de esa federación, Santa Fe o Cundinamarca formó su propia estructura estatal y en 1812 se llamó República de Cundinamarca. El fraccionamiento del virreinato recién autónomo era una evidencia que iba a provocar una guerra civil de colosal magnitud y que iba a dispersar recursos indispensables para una eventual defensa ante los preparativos de la Corona ibera para una probable reconquista. La consecuencia natural y obvia de semejante postura de lado y lado, era el desastre anunciado y que aparejó el fin de la primera República. Los Estados que formaron esa Confederación desconfiaban de la hegemonía de Bogotá y esta a su vez se mostraba reacia a que se diluyera el poder central que desde hacía casi tres siglos manejaba, por ende fluía un choque de intereses que solo se iba a solucionar para empeorar las cosas más tarde a través del recurso a las armas. Cuánto daño hicieron el papel, la sospecha, el discurso barato, la rigidez de las doctrinas, la envidia, la pequeñez de ideas, y la falta de visión a corto plazo, y es ahí en esos conceptos fundamentales o hilos conductores en donde hay que auscultar los males de la República (Nota del autor. Véase además: König, pp.188 y ss.).

¿Se sigue todavía en la “Patria Boba”? Tal es la cuestión en efecto.

Unas palabras finales: ¿Por qué fracasó la emancipación de 1810? Porque no existía el concepto que después se arraigó en Europa, el nacionalismo, y esa ausencia dejó huérfana a la racionalidad política, que no sabía qué camino seguir. La emancipación de los Estados Unidos, en cambio, no fracasó porque sus líderes regionales sí sabían de antemano la ruta a seguir y los mecanismos lógicos que eran necesarios para que el proceso siguiera su curso normal, en medio de las dificultades propias de las relaciones humanas. Y bien mirado, cuando cada jefe de una colonia —Delaware, por ejemplo— oteaba el escenario en que se desenvolvían los acontecimientos y las tensas reuniones que se llevaban a cabo con los jefes de otras colonias, entendía que debía ceder en algo para que la suma de esas concesiones de las colonias fuera capaz de sacar adelante la independencia de la totalidad de esas colonias, de tal manera que eso para mí fue nacionalismo o el prólogo que se desplegó más tarde en el Viejo Mundo. Eso hizo falta aquí...

El horror fue el componente de esa época en que fungía como vencido el criollo, era una especie de pesadilla, en donde oscilaba la tensión del pánico y la dureza de la maldad. Y hasta el extremo llegó esa situación sicodélica durante la reconquista que cuando se producía una detención o una ejecución, se temía, no por la suerte final del infeliz, sino de lo que fuera a decir al invasor... La alucinación del temor hizo pues de las suyas...

El cuadro del criollo vencido fue doloroso y patético, quizá peor que el del indio o del negro, porque estos no entendían lo que pasaba; en cambio aquel sí comprendía la gravedad de su lamentable condición; de ahí que fuera un

doble vencido: moral y socialmente hablando y eso era terrible en aquella época. Francisco I de Francia, tras la derrota en Pavía, le escribió a su madre Luisa de Saboya y le dijo: se ha perdido todo, menos la dignidad... Aquí se había perdido todo y hasta más...

Algo adicional: Si desde el punto de vista humano, social y cultural, las tres etapas de la expedición a las Indias Occidentales, el descubrimiento, la conquista y la colonia, fueron un desastre personal, colectivo humano y ambiental, la reconquista fue peor pues aniquiló política, social y militarmente a los estamentos más vitales de la sociedad neogranadina, al criollo especialmente, y puso al revés a este país, y si me fuera dada a mí la ocasión de escoger cuál de esas etapas fue la menos espantosa, no dudaría en afirmar que el descubrimiento, el segundo descubrimiento, porque dejó abierta una posibilidad de que las cosas se enrumbaran por un sendero más pertinente y aunque no fue de esa manera, por lo menos quedó la sensación de que pudo haber sido y no fue. Pero durante la reconquista esto fue tierra arrasada, camposantos por doquier y dolor a montones por toda la Nueva Granada, sin tocar para nada la situación económica que si ya venía en declive, en aquel lóbrego momento tomó ribetes de caída en picada.

Con otras palabras: Tras la reconquista, la Nueva Granada quedó convertida en pedazos de cortezas de árbol, y entonces es de reparar ¡qué desecho y qué basura era aquello!, y pensar que en un pasado no muy remoto, ese hábitat y su gente, habían servido de materia prima para alumbrar el efímero esplendor de España... Y por eso la condición de vencido en el indio, en el negro, en el criollo y en todos los descendientes de los mismos con sus mezcolanzas raciales, ha subsistido aunque ya en un tono etéreo, y eso porque todavía se halla en el ambiente aquella desolación que invadió

al virreinato frente a ese feroz proceso de la reconquista. Por último, la advertencia consignada en el epígrafe de este capítulo resultó catastróficamente premonitoria.

La verdad ha sido un plus de fuerza —dijo Foucault— y la misma mostró aquí que al acrecentarse el servilismo, la obsecuencia, la hipocresía, la rutina y la precocidad de la burguesía criolla en su precipitado afán por recomponer la escala del poder, incrementó las disimetrías e hizo que la derrota se inclinase para el lado de ese criollo atrapado como una mosca en una telaraña, y por ende el orden visible fue el sigilo, la impostura, la venalidad y más tarde la confusión y la violencia de las pasiones encontradas, las iras de la impotencia y los rencores de la envidia, tal fue la medida del ser ahí en el mundo del vencido para el insolente, ingenuo, taciturno, mendaz o inquieto criollo en la Nueva Granada, o sea, una conciencia que besaba y mordía al mismo tiempo...

### **Tip/Ten**

**Palabras clave:** El imperio español. Nariño. Los Borbones. Robespierre. El terror. La reconquista. Pablo Morillo. Montilla. Bolívar. Santander. Camilo Torres. Caldas. La geopolítica. Sísifo. El Memorial de Agravios. Delacroix.

**Conceptos fundamentales:** Carta de Jamaica. El oca-so colonial en la Nueva Granada. El virreinato de la Nueva Granada. Amar y Borbón. El 20 de julio de 1810. La Patria Boba. La burguesía criolla. La candidez granadina. Las cortes de Cádiz. Las guerras napoleónicas. El absolutismo real. El poder. La exclusión. La cultura española. La inmadurez. La incompetencia. La impericia. La discordia. La incuria. La libertad.

**Hilos conductores:** El chapetón. El criollo. La condición social. El orgullo. La antipatía. El orden y jerarquía. La rutina. El dogmatismo. La comunidad de intereses. La precipitud. La miseria. La desconfianza. La rebelión. La autoridad real. La tiranía de las opiniones. La hegemonía de las exaltaciones. La rivalidad. La familia. La mujer.

## Capítulo 9

### UNA PARADOJA: EL ESPAÑOL VENCIDO POR SÍ MISMO

“El necio comprende solo cuando ha sufrido”

Hesíodo

(Abbagnano, p.564)

Mientras en el resto del Viejo Mundo durante el siglo XVI en adelante había una vigorización del Renacimiento en todos los órdenes, por el contrario en España lo que germinaba a toda prisa era una refundación del Feudalismo basado en el aumento exorbitante por parte de la nobleza de su poder territorial al margen de que el pueblo, cada vez con más énfasis, se hundía en el abismo de la malandanza (Jover, I, p.29). La existencia del mundo es una actividad que se ha efectuado hacia adelante, y que cada cosa en los asuntos humanos se ha dispuesto según el modo que su consistencia o inconsistencia impusiere. Por ende en la península predominó un señorío absurdo por lo pasado de moda, y también allá era el sitio en que todos parecían hallarse como ubicados en la cueva de Montesinos, alejados de la realidad, por adoptar posturas contra el sentido común. Eso fue el preámbulo de la catástrofe de esa Nación.

Probablemente los hispánicos han padecido por eso y hasta más, pero ¿no hay probablemente aquí un recóndito secreto de resarcimiento y de desasosiego anímico por parte de esa raza? Tal vez, no obstante es puntual recordar que ta-

lento<sup>1</sup> y oro no les escatimó la Providencia y la obra enorme de sus reyes preclaros, Alfonso el Sabio, Fernando III y los católicos, entre otros, ha sido un monumento en honor a la constancia, a la perseverancia y al coraje de una etnia que tenía ya un par de milenios sobre el orbe. Mas la instalación absurda de una valla dogmática y pendenciera entre el español y el europeo o entre el ibero y el americano, tras Felipe II, arrastró a resultados infaustos para un discurrir social que se perfilaba repleto de atractivos, y por eso lo más doloroso más tarde, fue el grosero despertar.

De ahí que el trámite del descubrimiento, de la conquista, de la colonización, de la independencia y de la reconquista se desarrolló de un modo paradójico ya que pese a figurar el ibero como responsable de ese accionar desde el principio de la faena como vencedor de pronto en cada instancia llevaba igualmente su cota de derrota y como la piel de zapa poco a poco iba disminuyendo ese potencial. Pero, ¿cómo diablos surgió en aquel momento irreversible como

---

1. Me es forzoso aludir al Siglo de Oro español, inscrito en el reinado de Felipe II (1555-1598) y que aconteció desde 1530 hasta 1640, en donde no solo se exhibió el esplendor de una cultura colosal (Cervantes, Lope, Góngora y Argote, Alemán, el Greco, Velásquez, Teresa de Ávila, Calderón de la Barca, Gracián) sino que igualmente significó el advenimiento transitorio de una prosperidad económica, al menos hasta 1590, y circunscrita a Castilla, mientras el comercio con la América hispánica, enriquecía a Cádiz y Sevilla. Mas como algo paradójico, mientras España se abría a todas las tendencias de la época, y se creía además que eso iba a conducir a su consolidación integral, la sociedad ibera, sorpresivamente se replegó sobre sí misma, desdeñó las innovaciones y a pretexto de una “pureza o limpieza de sangre” lo vetusto o lo tradicional, se ancló otra vez en su seno. Y sí a eso se le añadía la presencia grosera de la Inquisición —que en otras latitudes existía pero como una formalidad salvo ciertos casos— hizo que muchos judíos, moros y conversos se fueran de la península a explorar otras posibilidades mercantiles y dejaron a la Nación exánime. Eso fue un colosal error, que más tarde repetirá Hitler al expulsar o perseguir a los hebreos (Nota del autor).

un vencido más, el peninsular, si tenía todo menos alma de estropeado? Por la acumulación paulatina de ese nivel de altibajos, caídas y recaídas y ante cada traspies aumentaba la sensación de deterioro y de menoscabo. De traspies en traspies fue lo que le aconteció —lo acoto desde ahora— al ibérico y desde luego al americano puesto que también recibió ese legado tan endeble, de no manejar un perfil seguro, a través de una racionalidad abierta al diálogo con la realidad. Cada caída representaba una cuesta abajo en la rodada y el esfuerzo por levantarse era tan tenaz que llegó un momento en que se quedó tendido cual boxeador que quedaba noqueado por el rival en la lona del cuadrilátero. Mas eso no se puede entender en el sentido físico sino en el sentido espiritual pues un galopante sentimiento de angustia existencial acompañaba a cada personaje, como descubridor, como conquistador, como colono, como amo, como encomendero, o como reconquistador, etc., en su diario trajinar, de manera que no disfrutaba de lo que mal hacía... si es que de eso podía fluir un deleite.

Toda una vía láctea de consideraciones podría exponer a continuación sobre el particular, pero eso sería dar una excesiva trascendencia al tópico y de ahí que seré sucinto en esta etapa del texto que aspira a llenar un espacio sobre ese socorrido asunto de los inmolados, que yo denomino para mejor proveer, vencidos. Suena más dramático y llamativo, el otro patético y lánguido.

Desde el comienzo de la aventura del descubrimiento y las sucesivas etapas en esta parte del globo terráqueo, el español en cada actividad que desplegaba se proponía como aquel individuo montaraz del que hablaba Lichtenberg, de ubicar un blanco en su jardín, la consecuencia natural y obvia de esa decisión, era la de que en cualquier momento



alguien iba a tirar contra él. Y en efecto fue lo que constantemente le sucedía y de esa manera iba perdiendo puntos hasta que ya no pudo recuperarse más.

Poner una pica en Flandes, era una alusión de lo complicado que resultaban para España las empresas en las diversas partes del globo donde tenía un control político o económico, y esa expresión que nació bajo Carlos V cuando los Países Bajos estaban bajo su férula, vino a significar posteriormente lo duro que había resultado una expedición que no produjo los resultados que se esperaban. O que escuetamente no valió la pena ese asunto. Si bien es preciso aclarar aquí que desde la expedición a las Indias Occidentales encabezada por el genovés hasta la partida del Pacificador Morillo de América, la gesta de España en términos económicos no resultó ni fallida ni fracasada, por los cuantiosos recursos que proveyó a la metrópoli aunque por indolencia, impericia, corruptela, flojedad, avaricia, se diluyeran sin pena ni gloria y contribuyeran por ende a que España terminara de hundirse en el concierto europeo. Y fue ahí en ese momento donde se tipificó la condición de vencida de España... pero eso no viene al caso aquí. Pero en el campo moral fue una catástrofe.

Flandes fue el dolor de cabeza de España, en cambio América no lo fue nunca, sino en los momentos decisivos de su manumisión, ni tampoco simbolizó el Nuevo Mundo, un anuncio apocalíptico del ocaso, pese a la fanfarria de lo grotesco o tras la balandronada del desdén. Sin embargo el español, desde su perfil de soldado, de conquistador, de funcionario regio, o de comerciante simbolizó cada uno desde ese nivel, la premonición del crepúsculo porque cayó vencido, acosado por sus andanzas y por eso no fue el español tomado en abstracto, lo fue el español ya particularizado en

su quehacer en América. Flandes, no obstante, personificó el campanazo de alerta de ese futuro descenso, y nadie reparó en esa eventualidad.

La Corona ibera tenía la obligación de mirar con mesura a los neerlandeses, no lo hizo y le salió cara la vuelta. La Corona ibera tenía en sus manos el porvenir de España y de sus colonias con las riquezas que cada una le proveía regularmente y sin embargo en vez de mirar con medida y con sensatez esta parte del hemisferio de Colón, que explotaba a diestra y siniestra, le dio la espalda y dejó todo en manos de vividores y embaucadores, y esa aberrante situación condujo con el paso de los siglos, a cambiar el orden de las cosas, e ir al despeñadero.

Si la afligida condición del vencido sacude lacrimosamente a la conciencia y a su persona, ¿cómo se ha de sentir aquel vencido que ha propiciado su propia ruina?... Pésimo. Y aunque no sé si el ibero se consideró como tal, lo cierto es que cuando se marchaba para Flandes o se marchaba para la Nueva Granada, parecía un enfermo del gusto o por ignorancia o por cansancio e incluso por capricho o por tener lisiado el juicio... y de ese modo, la afectación, la pedantería, el extravío y un falso señorío se apoderaban de su talante, y paulatinamente al actuar de ese modo, iba disminuyéndose como vencedor en lo que realizaba para concluir como un vencido más. Y lo repito sin que se pudiera establecer si alguna vez lo supo. Pero eso no será óbice para indiciarlo como tal... pues ¿qué hizo en el mundo amerindio para justificar o para darle un título diferente o un tratamiento especial? Nada, salvo regar con sangre esta tierra... y posteriormente encerrarse en sí mismo, como el avestruz para no divisar la caída...

El plan de la Corona ibera para procurar una utilidad ra-

cional a su empresa en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, no podía tener el sentido de una aventura, como al comienzo de la conquista pudo tenerla, debía manejar un criterio de gestión, de eficacia, de solvencia y de sentido común a mediano plazo, construyendo la obra y cimentándose a pedazos, como se ha fabricado un mosaico. Al carecer de un norte peculiar para esos fines, al español —desde la conquista hasta finales de la reconquista— le faltaba no solo la idiosincrasia pertinente para persuadir o para realizar un proyecto de vida por estos lares, sino que, como si fuera poco, exteriorizaba una tozudez que rayaba en la paranoia pues se empeñó en montar un valle de lágrimas que más tarde le iba a pasar la cuenta de cobro, que consistía en que todo el producido de sus bellaquerías al final no iba a rendir los frutos sociales, económicos y políticos que esperaban con fruición. Todo fue transitorio y fugaz, por eso España no gozó cien por cien de las riquezas que extrajo ladinamente de las Indias Occidentales.

Con una personalidad auténtica y cargada de buena fe —como la de sus adalides literarios del Siglo de Oro— el ibero, llámese conquistador, colono, encomendero, etc., por el contrario, hubiese podido formular exigencias ante la existencia y ante sus semejantes por medio de la acción positiva garantizada por la perduración de su método, sin menoscabo de nadie y el asunto hubiese prosperado. Eso lo hicieron los colonos que arribaron al norte de América.

El español en esas condiciones por estas tierras y por Flandes, se perdió a sí mismo... pero no en el sentido material, sino que se perdió a sí mismo porque con sus pasos siniestros le abrió el hueco a las generaciones posteriores para que al pasar cayeran sin previo aviso, ya que cada uno en el manejo de su actividad, parecía un león de la sober-

bia, un lobo de la avaricia, un tigre de la ira, un buey de la pereza y un linco de la envidia...<sup>2</sup> y como si fueran pocos estos epítetos alababan a quien no correspondía y agredían a quien no debía sin saber que eso tarde o temprano iba a causar nefastas secuelas políticas y sociales.

La filosofía del hispano —si es que tuvo alguna vez un plan de vida de esa índole— no se orientó a lo pragmático, supereditado como se hallaba al dogmatismo y al tradicionalismo y como carecía de un sentido práctico, se hundió en el mar de la rigidez y de la rutina que ningún beneficio trajeron consigo a su modo de existencia ni a los que vivieron en esta parte del hemisferio de Colón. De ahí que la continuidad cultural que persiguiera la Corona por estas tierras e incluso en Flandes, se desvaneciera rápidamente tras la independencia, una continuidad que se había empezado a marchitar al morir Felipe II. Igualmente las nebulosidades metafísicas de la Iglesia española, sin un acompañamiento eficaz y caritativo de la mayoría de sus ministros y sin la guía de una autoridad que no estuviera pendiente de bagatelas, apostó a lo largo de la colonia unos mojones que le extraviaron de su senda espiritual.

¿De qué redimió a la gente que habitaba las Indias Occidentales, y más concretamente la Nueva Granada, el español cuando vino a implantar la colonia? Tal vez del oscurantismo, y de la ignorancia. Pero repito lo que hizo con las manos lo desbarató con los pies y aunque... tras el descubrimiento y la conquista fue mucho lo que se pudo hacer en pro del indio y de la tierra, con su presencia, no obstante el asentamiento colonial trajo las falsas apariencias, y se intro-

---

2. Jover, II, pp.42 y ss.

dujo además la perversidad, la codicia en grado sumo y la gazmoñería, y por ende lo que prometía una redención en el sentido literal de la expresión, vino a terminar en un teatro de agresión sin par, en un enramado de desforestación y en un canon de depredación sin parangón que rápidamente se propagó y dañó cualquier posibilidad de que efectivamente en esta tierra floreciera la prosperidad general. Con el medioambiente sucedió algo contradictorio, mientras en el Viejo Mundo se favorecieron de las bondades de esta tierra, de sus productos exóticos y benéficos, la naturaleza que fue tan pródiga sufrió tal colosal devastación que todavía se sienten sus secuelas, especialmente en los cauces de los ríos, en las cuencas y en los valles, en todo se hizo de manera exagerada, desordenada y sin un patrón específico de conservación; si bien es pertinente reconocer que en aquella época escasa noción se tenía de ese último criterio.

Cuando el colono griego arribó al litoral italiano o gálico, salvó a sus habitantes de la carga de ignorancia en la que vivían, y les encuadró una mecánica de saberes, que hoy por hoy, a pesar de ciertos reparos, constituyeron el soporte de la cultura occidental. Eso los redimió de la oscuridad en que vegetaban. En cambio, por aquí, se mutó una lobreguez, por otra tenebrosidad, que concluyó mudada en un claroscuro de vaguedades e imprecisiones y por ende todo siguió casi igual o peor que antes del descubrimiento. El griego era proteico, seductor y admirable, el español en cambio, era sinuoso, ladino y desdeñable y con el poder en sus manos el perfecto instrumento del mal y del abuso por doquier. ¡Qué diferencia! Y se topó además ese español investido de autoridad y armado con una suerte colosal, pues se halló además frente a una masa de personas, de individuos divididos, ignorantes, imperfectos y defectuosos que moraban en un complicado

rompecabezas territorial en el que nada encajaba... de manera que se pudo despachar a su antojo. Eso elevó el nivel de escarnio al ambiente y para colmo después trajeron a los negros; de ahí que el escenario tomara luego el ribete de un vodevil sangriento. Y sobrevino enseguida una mezcla racial que aupó más la división y la escisión social.

El español oía, con el paso del calendario, el inusitado incremento de los bramidos de las tempestades de la existencia que provocaba directa o indirectamente y sin embargo no buscaba abrigo para soslayar o eludir sus efectos. Igualmente distinguía el naufragio mismo que tenía que sufrir y tampoco hizo algo y por haber dejado nacer y crecer las causas de ese siniestro; el riesgo se tornó inevitable. Nadie supo o ninguno entendió porque en la Corona ibera no se pudo divisar que el día llegaría en que el subyugado nativo de las Indias Occidentales, iba a demandar por su patriotismo, y en la vida hizo nada sobre el particular, sino, por el contrario, acrecentó las medidas de represión que en un instante determinado estimularon lo que perennemente ha sobrevenido en este mundo, que nada es para siempre y que todo perece o sucumbe, bien por el peso del tiempo o bien por el peso insoportable de sus contradicciones<sup>3</sup>.

---

3. Francia también vivió una época turbulenta con las “guerras de religión” que principiaron en 1559 con el auge del calvinismo y que concluyeron en 1572 tras la nefasta noche de san Bartolomé, pero eso no fue óbice para mostrar que ese país ya caminaba rumbo al caos e iba a colapsar. Por el contrario sus hijos más propincuos, semejantes a los vástagos de España, pero con más tino o con más suerte, dejaron sentadas las bases para que de hecho se produjera un cambio dialéctico de la situación que se vivía y que desembocó luego en la Revolución Francesa. Pero como eso desborda las exigencias de este tonel, hasta aquí llego, solo para comentar además que en otras latitudes también se vivieron momentos de efervescencia y de calor, de crisis y de problemas, pero fue a través de la razón principalmente y de la fuerza, que pudieron superarlos. En España, por el contrario,

¿Qué novedades se asentaron en la Nueva Granada durante la colonia? Nada digno de encomiar, la autoridad ahí en sus trece, la Iglesia conminando al más débil, el amo derrochando a diestra y siniestra, y el negro o el indio rezagados, humillados y ofendidos por doquier. Y la marea creciendo en una incesante actividad genética que iba a traer resultados catastróficos, y como si fuera poco todo llegaba tarde por estas latitudes... Todavía es así en la actualidad...

El colono, o el amo y encomendero al lado de la autoridad virreinal pensaban que al dejar su casa dejaban la paciencia pues vivieron en un clima de impaciencia generalizada, anchos de frente cada uno, el entendimiento por el contrario brillaba por su ausencia. De esa forma la existencia de ellos en este medio, objetivamente hablando parecía normal, pero interiormente, dado el carácter que mostraban eran la perfecta prueba de que eso era mascarada, o la suma de contrastes que les impedía caminar hacia la virtud, y en cambio los estimulaba a ir en pos del vicio, en pos de lo áspero y en pro de lo indecoroso, de ahí que paradójicamente no vivieran tranquilos, y esa categoría los tipificaba como vencidos gracias a sus propios esfuerzos, ¡Qué paradoja!

---

las contrariedades, las complicaciones y las componendas evitaron que se solucionaran, ya que todo era apaciguamiento, y lo peor fue que poco a poco la brecha se fue ensanchando hasta alcanzar límites colosales. La península, no tardó pues en mutarse en la cenicienta europea y ese remoquete se trasladó a las Indias Occidentales y adquirió inusitada preponderancia porque se veía a los extranjeros como seres superiores, dignos de reverenciar, no de imitar, como hubiera sido lo pertinente. “Las perlas componen el collar, pero ciertamente el hilo es el que lo hace”, dijo Flaubert en una carta del 26 de agosto de 1853. ¿Qué tal que España hubiera tenido una revolución como la de 1789 en Francia? Bajo las condiciones sociales en que vivía ni siquiera una deidad hubiera podido facilitar los medios para alcanzar ese proceso, dado el talante que manejaban en que todo era apariencia y altivez (Nota del autor).

¿Qué fue lo que afectó en un instante dado el proceder del ibero, especialmente en el terreno cultural? Las cosas del mundo y de la vida que ni entendía ni se esforzaba por entender. Porque ciertamente ya las cosas no iban bien desde la muerte de Felipe II, y no iban bien, ni allá ni acá, porque no se daba a quien no tenía, sino a quien tenía, y las dádivas no iban sino a donde había, y suficientes, de manera que hacían presentes a los ausentes y todo era un despelote social, religioso, económico, cultural y político (Gracián, pp.132 y ss.).

Si alguien pudiese ir a conocer cualquier bosque en España por aquel ciclo, repararía pasmado que a los árboles derechos los talaban, mientras que a los árboles torcidos los dejaban en pie (Greene *et al.*, 1999, p.271) y eso contribuyó al desmoronamiento moral de la Nación y a que después se instaurara una cultura no solo de la represalia injustificada, sino del facilismo, de la componenda y el dejar pasar las cosas para no complicarse y por ende las consecuencias de esas actitudes fueron las que también hundieron a la península. O sea un cúmulo de causas que generaron un efecto demoledor... en todas sus colonias. Es bien sabido —dijo Foucault— que el dominio de las cosas pasaba por la relación con los otros y esa relación tenía tres ejes, el eje del saber, del poder y de la ética, y cuando alguno de esos ejes fallaba, alteraba la generalidad de las relaciones y por ende será preciso indagar entonces si las reglas de acción que se han derivado de esos ejes, en aquella época adolecieron de consistencia y como yo creo que sí, es de recibo afirmar que ahí estuvo, en la ausencia del dominio de las cosas, la causa por la cual todo falló o colapsó... en este medio.

No lo puedo asegurar pero tras la conquista de las Indias Occidentales, en España, el reino de la confusión, el princi-



pado de la vacua ostentación y el ducado de la ausencia de gusto, principiaron a señorearse, con el inconveniente de que casi de inmediato, se trasladaron a sus colonias en el Nuevo Mundo, y de esa manera el alboroto y la desidia empezaron a invadir las actividades cotidianas y una enervante y fastidiosa rutina abordó el ir y venir de las cosas por acá. Algunos pensaron que no todo estaba perdido, pero cuanto más insistían en hallar una solución, surgía como de un cubilete lo opuesto para atravesar diques o retenes a cualquier propuesta innovadora sobre el particular y el esfuerzo por mejorar se perdía. Todavía en la actualidad en los países latinoamericanos se vive una situación semejante, o sea que esa pandemia no se ha desarraigado.

De cosa salió avante la Expedición Botánica. Fue, o un accidente, o puro azar. Y eso porque hay que reconocer que tanto en la península como en el Nuevo Mundo, las personas de bien, que ciertamente las había, vivían con decoro, dentro de sus límites y promoviendo hasta donde lo permitían las circunstancias, empresas en donde brillara el talento. Mas eso fue la excepción...

La crónica de España o del español con sus diversas manifestaciones profesionales, oficiales, militares o empresariales, puede reputarse, desde el descubrimiento hasta la reconquista, para no llegar más lejos, como la aventura de una ascensión cantada, de un desplome previsible con el paso de los años y la cronología de una caída anunciada. Pues una inercia, una desgana y una periódica fatalidad, marcaron los símbolos palpables de los soberanos que sucedieron al Taciturno del Escorial, y a partir de ese aterrador instante, con Felipe III, se promovió un ciclo de hostilidad hacia todo lo que fuera primicia en pos de la prosperidad, hacia todo lo que fuera a marchar de lo relativamente bueno

a lo excelente, y el éxito principió a ser acorralado... Con tales aliados internos, los rivales externos o los enemigos de afuera ¿para qué?... Y la Nueva Granada fragmentada en medio de su propia adversidad... se complacía en imitar ese proceder majadero.

¿Se puso alguna vez de moda el español en Europa? No, ya que eran considerados altaneros, holgazanes y unos buenos para alardear y murmurar, y nulos en el hacer, en cambio en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, como sufría esta tierra del complejo de inferioridad, en este caso el criollo, y tal vez como no había otra opción o no la escudriñaban, aquel se puso rápidamente de moda, esencialmente entre los mediocres hasta el punto que imitaban hasta su modo de ir al baño.

Una dejadez, una indolencia y una recurrente adversidad, y lo reitero, para dar más énfasis al tópico, fueron los signos visibles que emergieron tras la desaparición de Felipe II y a partir de su sucesor, se inauguró en España una época sombría y larga, que mutó al español en un individuo pesimista, taciturno y fatalista, y al arribar, como siempre, esas características como legado a la América hispánica y más concretamente a la Nueva Granada, la afectación, el artificio y la doblez comenzaron a hacer de las suyas entre los criollos y desde luego en los chapetones. Es un dislate inquirir la razón por la cual en Colombia, la gente actúa así o ha procedido de ese modo, con un carácter tan áspero, tan agresivo, tan agrio, tan desabrido y desprovisto de una auténtica cultura del amor. Eso no se hurtó, se heredó...

Si el criollo padecía de ese síndrome de sentirse subalterno ante el español, ¿cómo se sentiría el indio o el negro frente al criollo y frente al ibero? Doblemente subordinado. La filosofía tiene que hacerse cargo de aquel tiempo,

elevándolo como concepto fundamental a condición de que hubiere alcanzado su plenitud y al lograr ese cometido, por lo esbozado aquí, esa constitución de subordinación y de vencido tuvo su cumplimiento efectivo...

Un detalle anecdótico para recordar y mirar de reojo cómo era la tramoya por estas latitudes del ibero para ostentar no solo su poder sino su doble moral: El primer virrey que llegó al virreinato de la Nueva Granada —creado en 1717 pero suprimido en 1723 y vuelto a instaurar en 1793— y que se llamaba pomposamente el Conde de la Cueva, Don Jorge Villalonga, quien se hallaba en Lima como Cabo Principal de Armas de esa próspera región, fue acusado de contrabandista... además fue censurado por su exótica propensión al boato y al lujo y la impresión que produjo su llegada a la capital fue pésima y de mal gusto (Mantilla, 2008, p.26).

Si la sal se corrompe, dijo el evangelista, ¿cómo se salará a la tierra?... No quiero prejuzgar cuál era la forma de cultura de aquel momento, mas entiendo que todo lo que estuvo presente y era admitido o tolerado al menos como regla social formaba parte de la dogmática de aquel entonces y por ende este aserto bíblico hay que tomarlo con precaución.

*A buen fin no hay mal principio*, era el título de una de las obras del bardo inglés, o sea si aquí el proceso de la colonia hubiese tenido un final excelente, vaya y venga con el mal principio, pero al resultar esa última etapa una catástrofe, es de anotar que en este contexto, ese título de la obra literaria carece de significación o pertinencia.

“Harto más digno de culpa serás tú” —en este caso el español— “si pecases, por la mejor escuela que has tenido...” (Aleman, II, p.35) y esa escuela que tenía pudo dejar mejores frutos, por ejemplo que en América, los nativos hubieran logrado mutarse en buenos navegantes o en otra cosa pare-

cida a fin de sacar partido de sus habilidades ancestrales, pero solo se usaron sus aptitudes para conocer tierra inexplorada y encontrar tesoros en la heredad. Y considerándolo así, estimo que se puede reconocer ahí un punto de partida: el esbozo de lo que se podría llamar la actitud feudal...

Yo me sorprendí al vislumbrar el modo con que el español, perpetraba la travesía oceánica de allá para acá, en donde ni las tempestades mismas, los vientos mugidores, las rocas estriadas y las congregadas arenas, traidores apostados para sorprender a cualquiera, le inquietaban o le ponían en ascuas, incluso pareciera que muchas veces, ese piélago desistía de su natural propósito deletéreo para dejar pasar con certidumbre a ese osado navegante, parecía además que le hinchaba el velamen con su propio aliento a fin de que honrara rápidamente la tierra americana, pero cuando igualmente atisbé que al arribar en vez de sentir los cálidos abrazos de esta parte del globo o las ardientes palpitaciones de la arena, se descomponía en una figura siniestra, uno se sorprende y colige que en todo ese proceso había una especie de complicidad cósmica para dar más confianza al opresor. Lo de finalidad cósmica hay que captarlo aquí como la finalidad interna del tiempo y el punto hacia el cual se encaminaba la historia del descubrimiento de América.

En el contexto de la cotidianidad, en el corazón del ibero en la Nueva Granada —y en toda la América hispánica— coexistía una especie de catarsis, en donde la religión, la familia, el vecino, la autoridad, y el arrepentimiento constante de unas faltas que carecían de importancia eran la nota casi diaria, en cambio la honradez, la amistad leal o el propósito de enmienda brillaban por su ausencia, entonces en lo humano, o sea, en el tratamiento para con el subalterno, para con el vasallo, para con el esclavo, para con el indio,

todo seguía igual o peor. Tenía fuego en el alma y en la vida inferno, el tormento del qué dirán, de las pasiones, del respeto, de la urbanidad, el trabajo, la Iglesia por un lado y por el otro lado el afán de lucro, la codicia, y la agresividad para con el inferior. Al sopesar eso en una balanza resultaba vencido... por sus propios “méritos” y esos han sido los conceptos y los hilos con los cuales hay que percibirlo.

¿Por qué era así y no de otro modo? Por alarde, por fanfanochería, por ese afán de deslumbrar a propios y extraños y por ese sambenito de continuar literalmente los rigores de la tradición. Aunque se sabía “que cuanto el mundo ofrece es sombra, es viento”, como declamaba Pedro Soto de Rojas (1584-1658), el vate de la melancolía barroca... (Jover Zamora, II, p.443) ese español, desde el virrey hasta el menos encopetado pero que tenía algún cargo con poder, aquella máxima no los afectaba y cada uno persistía en su indolencia, en su insolencia y en su malignidad.

No enuncio juicios morales categóricos ni anatemas éticos contundentes contra el español en general porque sería la torpe retaliación de un resentido; lo que expresé fue poner de relieve como una sociedad aristocrática como la ibera que creía en las múltiples escalas de jerarquía y de valores y que tenía el hábito del mando y de la dominación; llevó ese hábito hasta límites insospechados en estas latitudes; por eso cuando a esa gente le tocó dejar esta tierra (1824) no lo hizo como Ulises al abandonar Nausica sino al revés, o sea con frustración y con rabia...

Pudo el ibero escalar a lo más alto, pudo de paso avizorar lo más lejano, sin embargo al no estar al tanto puntualmente de lo que buscaba en ese horizonte de posibilidades, se extravió en nimiedades. Pretendió hacer un buen papel, pero al no entender en qué consistía o entender mal su rol, ¿cómo

lo iba a forjar si su discurso fue de violencia y avasallamiento? ... El uso de la razón por parte del ibero fue ilegítimo pues no se sometía a ninguna instancia y como tenía que definir las condiciones en las que debía utilizar esa razón para determinar lo que se podía o no hacer, se aseguró aquí, lejos de la metrópoli, de hacer lo que le convenía y punto.

Carecía igualmente el ibero, por ese pesimismo ramplón que manejaba, de un buen ánimo contra la inconstante fortuna, adolecía también de una sensible predisposición anímica contra los embates de la naturaleza, y en vez de buscar soluciones cuando se presentaba en forma abrupta, acudía al mecanismo más expedito, el de achacarle la responsabilidad al indio o al negro y al criollo. No suplía con tolerancia o con buena voluntad tampoco los descuidos ordinarios de los demás a su cargo y aún pretendía que se excedieran en sus obras o faenas. Relátase una vez que aquella deidad tan esquiva, la fortuna, le invitó un día pero como ese indolente celtíbero replicase que mejor la vería más tarde, quedó luego que siempre fuera tarde porque nunca llegó esa tarde. De ese modo ganó puntos para acercarse pronto al bando de los vencidos.

De ello se infiere que cohabitaba en el celtíbero un espíritu destructivo y corrosivo visto a través de la imperfección que dejaba a su paso y que se prolongó durante mucho tiempo y eso contribuyó, igualmente, a enclaustrarlo en el toldo de los vencidos, pues nada bueno sacaron de esos vicios. El hispano fracasó en su empresa montada desde el descubrimiento a causa de su ceguera irracional pues alucinado por falsas expectativas se metió en líos y descompuso el escenario; debió, en cambio, ser un hombre sensato que avistara con mirada de águila no los más pifiados espejismos ni las más pavorosas circunstancias detrás de las más suges-

tivas mamparas, sino lo que efectivamente se anidara en el mundo en que vivía, de ahí que terminó siendo como Don Quijote, un deformador de la realidad.

En el español de nuevo o viejo cuño, hacer lo incorrecto, obrar mal, robar, acosar, depredar, no le inmutaba en lo más mínimo, pues bastaba al divisar su entorno más inmediato, y distinguir rápidamente que su paisano llevaba a cabo las mismas picardías, a veces con más envidia, y entonces el propósito de enmienda, si lo hubo, se esfumaba rápidamente en medio de la aurora del nuevo día y lo imitaba sin rubor.

Igualmente había en el peninsular una tónica de consternación, que lo sugestionaba con la derrota, y en aquella época era tan vehemente esa forma de conciencia, que a ese país se le bautizó de una manera elocuente: “La España negra”. ¡Vaya suerte la de esta tierra!, haber sido hollada por una casta de taciturnos de marca mayor (Gracián, p.29). Y bajo esa perspectiva, lo ceñido, lo breve, lo inútil, lo superfluo, lo melancólico, lo sutil y lo indolente fueron las improntas o los límites externos del español durante mucho tiempo. La condición de vencido era ya irreversible. Y estos nuevos elementos ayudaron con más énfasis a encerrar en un círculo esa condición.

“De aquella Nación, más desdichada que prudente, sobre quien han llovido en estos días un mar de desgracias...” (*El Quijote*, II, p.63) especificaba la consigna de todos los españoles frente a la realidad que vivían, y además cuando se indicaba “donde esperaban lo que Dios quisiese hacer de nosotros...” (*El Quijote*, II, p.54) se avalaba una postura mustia cien por cien. Si bien esas expresiones vertidas por Cervantes aludían al morisco, uno no puede menos que extenderlas a otras personas, conociendo la personalidad melancólica y resentida de ese autor, o de trasladarla al español de capa

y espada, que rogaba siempre a Dios “me abra los ojos del entendimiento y me dé conocer cómo le tengo que servir...” (*Ibidem*, II, p.54) y sin embargo nada de eso llevaba cabo, sino lo contrario.

¿Que hizo el español en el mundo para sentirse superior a los demás? Nada, sino que creyó suficiente, que con llevar un nombre sonoro, una sangre noble y un escudo de armas, lo acreditaba de plano para sentirse por encima del prójimo, cuando en realidad la estirpe no ha significado nada sin la virtud...<sup>4</sup>. ¿Fue un hombre grande? no vi en él más que el bufón de su propia mediocridad...

Todo eso fue discrecional porque lo repito, Cervantes en el ocaso de su vida al presentir también el declive de España por tantas acciones desacertadas o medidas necias pretendió dar a entender en los capítulos finales de su novela cumbre las preocupaciones sobre el porvenir peninsular. Eso impelía un tufo de capitulación, un testimonio de primera mano de la aceleración del crepúsculo, paso previo para asumir la condición de vencido, por parte de sus paisanos. Era el ibero un truhán hasta cuando se hallaba solo como si temiera que unos testigos invisibles sorprendieran el secreto de sus maldades<sup>5</sup> ...en ningún tiempo se despojó pues de su máscara ni siquiera a un paso del sepulcro, como sí lo hizo Augusto César.

Y fue durante el reinado de Carlos II donde se empezaron a coagular esos desastres que iban a conducir al peninsular por la pendiente del vencido y ello, entre otras razones, por el retroceso militar de España en el concierto europeo, por la galopante decadencia económica y el hundimiento de la

---

4. Molière, p.500.

5. Molière, pp.692 y ss.



Corona tras la precariedad genética del monarca supuestamente hechizado y que determinó luego de su muerte el fin de la otrora famosa y refulgente casa de Austria. En las Indias Occidentales si bien ese fenómeno por el momento no se sintió, eso no simbolizaba que la fatalidad se iba a escabullir de por aquí; no, por el contrario, ese silencio, esa ausencia de noticias veraces lo que fraguó en esta parte del mundo, fue un clima de distensión ficticia que por dentro iba corroyendo las bases de cada virreinato...

No pretendo desbrozar la política interna o externa de España; solo busco establecer cómo la pésima conducción de los intereses políticos de la Corona, por parte de sus súbditos, trajo consigo el sentido del ocaso, luego el comienzo del ocaso, más tarde la constitución del ocaso y finalmente el ocaso mismo con la pérdida de autoridad geopolítica en Europa. El horizonte político era muy ancho ya, y al no percatarse a fondo la Corona de los movimientos de las demás potencias que le afectaban en un plano estratégico, poco a poco fue perdiendo preponderancia y se terminó por mutar ese proceso en algo gris y turbio hasta diluirse en la alcantarilla. Los caracteres específicos, de la ecuación ibero/Indias Occidentales en la perspectiva de la historia de los siglos XVII-XVIII marcaron un distanciamiento cada vez más irreversible entre ambos, y en ese reverbero se fue cocinando la decadencia social, política y económica de España no solo en estas latitudes a pesar de que aún mantenía su predominio sino que ya se miraba allá en el Viejo Mundo lo que iba a sucederle más temprano que tarde. Pienso que el primero que intuyó el paso a la decadencia fue Napoleón, dada la fragilidad y la división del Reino de España. Después el salto del español para caer vencido era un hecho casi notorio.

El cambio de cuadrante, de vencedor altivo a un venci-

do casi en ciernes, y más tarde en un vencido patético fue concluyente al trastornarse el rumbo de la política de la Corona en el mundo, pues ante la ruina en tantos frentes, un colosal desánimo generalizado vino a colmar a la gente, y los modos de comportarse principiaron a descomponerse de manera sustancial, y a partir de ese momento los españoles de entonces ya no eran individuos, eran disfraces, mal dibujados en su vasta y mediocre totalidad, marco que asumía ribetes sicodélicos dada la impostura popularizada en que se vivía. Ni siquiera el sufragio tardío de los hombres capaces para superar esas debilidades pudo tener éxito... y entonces ese dictamen también se convirtió en una parodia estúpida y sin sentido.

¿Cómo se vislumbraba al ibero en el resto del mundo porque aquí era un semidiós? Como un disparate ataviado de erudición, y arropado de arrogancia, como un personaje de vana fanfarronería, y como un individuo burocráticamente majadero, desproporcionadamente inútil, y costoso de paso, que no era digno de fiar y sin embargo por estas latitudes como aquel solía dedicar además sus desocupaciones a maltratar al prójimo o a machacar con aleve agresividad al esclavo o al indio y aunque se distraía culturizándose, no obstante era reputado un hombre de valor y digno de imitar pero ni lo era ni lo merecía. Si bien “no tenía garras como el león, uñas como el tigre, cuernos como el toro o colmillos como el jabalí... ¡mas cómo dañaba!” (Gracián, p.101). Y como para rematar la faena tenía una lengua más afilada que navaja de barbero, y en eso fue un líder. Tal ha sido la triste proyección del español por el orbe... un ser que a los demás excedía en fiereza y en hipocresía, mas en el mundo amerindio se complacía con sus debilidades que parecían fortalezas.

“El alma española nunca se ha sentido atraída por la virtud de la obediencia, de ahí el esfuerzo de santa Teresa por obedecer e insistir sobre la importancia de la misma...” (Cioran, p.53) y es que para el ibero obedecer era como someterse, era un golpe a su orgullo, de manera que no había fuerza alguna o respeto válido que lo detuviera en ese afán por no dejarse mandar y cuando tenía que hacerlo, ¡qué cara ponía! Qué diferencia hubo entre la conquista de Inglaterra y la conquista de las Indias Occidentales; porque mientras en Albión, los normandos terminaron conquistados por los sajones, en la Nueva Granada, sucedió lo contrario, y los iberos terminaron expulsados.

Si las cosas iban a salir tan mal como salieron, al español, le hubiera resultado más seguro, “salir del lugar que no conocía ni era conocido” (Aleman, II, p.358) que quedarse a la ventura de alcanzar lo que no podía alcanzar, dado el grado de imperfección que manejaba... pero la paradoja del proceso que se inició con la expedición a las Indias Occidentales, radicó en que a pesar de que manejaba un grado de imperfección tremendo, le iba bien, sin advertir las enojosas consecuencias que se iban a promover por los constantes desatinos. El simple hecho de que alguna acción resultare acertada o positiva no significa que siempre fuese a producirse del mismo modo, de suerte que habría que tomar medidas para cuando viniere el giro adverso y eso fue lo que no se hizo, nada se previó, y aconteció lo que tenía que acontecer.

“Para derribar una piedra que está en lo alto de un monte, las fuerzas de cualquier hombre son poderosas, y bastan. Con poca la hace rodar al suelo. Empero si para que se quisiese sacar aquella misma piedra de lo hondo de un pozo

muchos no bastan y diligencia grande se había de hacer...” (Alemán, II, p.402).

Lo anterior significa que la aventura de las Indias Occidentales no podía ser manejada a la ligera, al principio tal vez se justificaba un poco de improvisación pero con el paso del tiempo debieron afilarse las estrategias tendientes a lograr un progreso concreto de la nueva tierra que les cayó como una bendición del cielo. No obstante la consideraron una piedra que se encontraba en el pico de una montaña para que bastara un simple empujón y asunto resuelto, aun por el más enclenque, pero no entendieron a pesar de las apariencias, que esa piedra, llamada América, sin pulir, se hallaba en lo profundo de un pozo, y por ende para sacarla en su totalidad era menester destreza, no fuerza, habilidad y no fortaleza física... y vino después la cuenta de cobro del destino por carecer de previsión histórica.

En suma, español, frente a la gente de las Indias Occidentales, más concretamente de la Nueva Granada, “fue malo de una manera y peor de la otra” (Alemán, II, p.443) y bajo ese aserto su condición de vencido paradójico asumió además un estatus patético sin posibilidad de que el orgullo que blasonaba lo defendiese. Le fue bien a España por aquí y por irle de ese modo, tras los medios infames usados, pagó caro ese mezquino procedimiento y cayó vencido luego que el hijo que vino a estas tierras.

Y ¿del rey de España, qué? “Quien tiene criados necios, forzoso ha de hallarle siempre atajado en las ocasiones, cayendo en cien mil faltas o desasosiegos y pesadumbres...” (Alemán, II, p.295). Carlos V al someter por la fuerza a las Indias Occidentales no les dejó a los vencidos sus bienes en propiedad sino en usufructo y mediante una presencia; eso era lógico, pero sus sucesores no respetaron esa decisión

regia y toleraron que sus voceros hicieran de las suyas en esta tierra y esa orden muy poco se cumplió... porque se apropiaron totalmente de ese concepto.

Hay que considerar lo siguiente: cuando el español salió para el Nuevo Mundo, “venía con la determinación de ser hombre de bien, a bien o mal pasar, deseaba sustentar su buen deseo, mas como de estos es que está lleno el infierno...” (Alemán, II, p.173), eso se quedó en Cádiz... ya que en realidad venía simplemente a hacer lo suyo: Gloria y doblones. Y con el viento de su vanidad y de su codicia a su favor hizo lo que le vino en gana.

La condición de vencido del español, se completó cuando tuvo que admitir que en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, ningún amigo dejó y aquel que presumía disfrutar, solo por su bolsa le era inseparable. ¿Cuál fue la libertad con que se beneficiaba el obsecuente criollo en este caso? No de una libertad total, sino de una libertad para negociar, para codiciar y para enriquecerse, gracias a esa física y grosera subordinación.

Los acontecimientos apoyados y estimulados por el ibero en la Nueva Granada, fueron expresión de lo que después se denominó el proceso de alienación de la sociedad en la cual el producto, la sociedad, o el hombre mismo, no se escapaba al control oficial y aparecía por consiguiente una sensación de impotencia, de desencanto y de perplejidad en todos los sectores hábiles de la comunidad neogranadina. De todos estos elementos el que prevaleció fue el de la impotencia en los nativos/criollos, y el desencanto sobrevino después al español ya que no alcanzaba la satisfacción que requería para mantenerse a tono y distinguía en cambio cómo las cosas que prosperaban a su alrededor se desleían de sus manos sin poder hacer nada.

Desde ese ángulo, fácil es inferir que sufría el ibero una patología del poder, en su ejercicio, y en sus derivaciones, y consecuente con esa postura, al hallarse confundido entre lo que ejecutaba y lo que obtenía cayó en la red del vencido. ¿Por su conciencia? Tal vez, pues la pretensión del hombre ha sido la de tener sensaciones de satisfacción en variadas formas así como los medios para alcanzarlas. Sin embargo cuando observaba que a pesar de actuar conforme a lo prescrito en la Nueva Granada, sentía que todo seguía igual o peor, por eso albergaba un recóndito vacío existencial, un extrañamiento o un aburrimiento letal respecto de lo que era ese mundo que desde España le fue establecido, y de lo que era en realidad aquí, y eso lo transfiguró en un espécimen distinto. Si la comparación es pertinente, sería como cambiar de alimentación...

Con esta sucesión de reflexiones retroalimentadas desde el suelo de la experiencia del vencido en general, o sea desde la fuente de la evidencia, y con un determinado índice de abstracción quedó, a mi juicio, justificada la inclusión como tal del ibero, y aunque de eso también se pueda colegir un resto metafísico, no por ello hay que olvidar que eso constituye una sustancialidad propia de quien lo expresó, en este caso, el suscrito.

En suma, con el español en la Nueva Granada, las cosas no solo fueron perversamente forjadas sino de paso mal explicitadas, y la verdad quedó en el limbo, igualmente con palabras altisonantes, justificaba el ibero sus malos actos y a lo mal hecho, el celtíbero le ponía enfrente lo bien dicho. Mas eso no le sirvió sino para convertirse en un vencido más de un modo paradójico.

Oh deidad, modula la ofuscación de los vencidos, pues si bien el furor que trajo el destino por estas latitudes, solo

dejó males, pesares y llantos, y además lanzó a la miseria a sus habitantes, es necesario tomar un segundo aire. Ya no hay caso lamentarse o enfurecerse, ni se debería tratar de un simple recurso retórico sino de una verdadera plegaria, de un “Ábrete Sésamo” para que la puerta de ese orbe de dolor metido en un cofre repleto de cuantiosos padecimientos se cierre para siempre y permita que un nuevo aire refresque el ambiente asqueroso que hasta ahora ha “aromatizado” a la Nación.

En suma, el vencido por sus propias acciones, lo fue, no el español en el sentido global de la expresión que ya manejaba su propia deformidad o incompetencia espiritual desde la península con sus secuelas fatales, sino aquel ibero que vino con el título de descubridor —con reservas de mi parte— con el rótulo de conquistador, con el acuerdo como colono para ser amo o encomendero, con la Real Cédula para fungir de autoridad en los niveles de competencias asignadas por Madrid, y en fin todo aquel hispano que en el marco de sus acciones, de sus reacciones, de sus omisiones, poco a poco fue descendiendo por la pendiente de la molicie, de la malignidad, de la codicia y de la hipocresía para baldón de la raza, y la condición de vencido la alcanzó cada uno no por la superioridad del rival que tenía enfrente, sino por las mejores armas que su compinche el mal, le proporcionó para intervenir engañosamente en ese juego de la vida en la Nueva Granada. Eso lo perdió al final de la jornada y por eso ningún recuerdo agradable ha quedado de su presencia por esta tierra, y eso desde luego también es una forma de reputarse vencido... Aunque en concreto la condición de vencido la asumió el ibero de aquí y el de allá, por sus latrocinios, torpezas, negligencias y tonterías.

### **Tip/Ten**

**Palabras clave:** Cervantes y Saavedra. Cueva de Montecosinos. Felipe III-IV. Carlos II y III. Madrid. Francia. La Revolución Francesa. El Siglo de Oro. Guillermo el Conquistador. Albión. Foucault.

**Conceptos fundamentales:** El carácter del español. Alienación social. La cultura. La economía mundial en el siglo. El mal. La sociedad y el poder. El ocaso vital. Los siglos XVIII-XIX. Los ejes del poder, del saber y de la ética. El dominio de las cosas.

**Hilos conductores:** La pureza racial. La hacienda. La angustia existencial. El pragmatismo. La apariencia y la altivez. El vicio. La virtud. La paciencia.





## Capítulo 10

### EN POS DE UNA VISIÓN FENOMENOLÓGICA DE LOS VENCIDOS EN GENERAL: LAS RESPUESTAS

“No es vencido sino el que cree serlo”

Fernando de Rojas

Esta visión fenomenológica de los vencidos facilitará articular las respuestas a las preguntas que se formularon al comienzo de esta obra, tras el recorrido analítico/existencial que se hizo a fin de oponerse a las construcciones en el aire, a los descubrimientos fortuitos, a la admisión de conceptos superficialmente rigurosos frente a cuestiones falseadas que se han extendido a través del tiempo, y desenmascararlos aquí concretamente hablando, como fue mi intención y finalmente obtener del lector su beneplácito correspondiente al final de la jornada.

Me explico: A lo largo de esta obra, el vencido ha aparecido como una forma de ser ahí en el mundo, desde luego en el mundo del vencido, tras la ocurrencia del fenómeno del descubrimiento de América y los subsiguientes fenómenos que se mostraron igualmente en páginas anteriores. Ahora tengo necesidad de revalidar todo ese contenido con relación al vencido y sintetizar el proceso desde la perspectiva de otro fenómeno, la del vencido y no ya desde una forma de ser ahí, nota primordial de la ontología sino del evento en sí, a fin de observarlo de un modo tal vez diferente y confirmar

entonces que lo ejecutado valió la pena y proceder rápidamente a finiquitar este asunto.

Por eso a continuación aparecerá un conjunto de observaciones previas a las respuestas... que van a darse para zanjar el proceso, como una especie de propedéutica... pero de un modo muy particular, en zigzag, en espiral, en ascenso o en descenso, con otras glosas históricas, con inusitadas informaciones de diversa índole e igualmente con noticias globales aclaratorias o novedosas, cierto tipo de refrán y una que otra anécdota, y desde cualquier ángulo una aclaración, un alcance, una reflexión o cierta explicación psicológica relativa al fenómeno como tal del vencido pero sin desconocer su estrecha conexión con el ser ahí en el mundo del vencido.

El físico austriaco E. Mach (1838-1916) cuando reivindicó la presencia de una filosofía de la ciencia en la que solo habitara lo que podía ser expresado a través de las leyes experimentales, quiso describir fenomenológicamente a la electricidad en términos de la suma de las experiencias que tenía de ellas (Moran, 2011, p.5) y con eso dio pábulo a un recurso positivista/empírico para entender de una forma consensuada la realidad del mundo físico. Consiguió con ese plan un reconocimiento formal a ese propósito y abrió el camino a muchas posibilidades en el terreno científico —Einstein, por ejemplo lo estudiaba mucho— y por ende considero, salvo mejor opinión en contrario, que se le puede dar un tratamiento de la misma índole al vencido con base en la suma de las experiencias sobre el particular.

No es de este lugar, aclaro, analizar la fenomenología, entendida como una filosofía que sigue las cuestiones mismas a partir del mundo, del conocimiento y de la conciencia en el marco de una amplia y variada perspectiva teórica (Moran, p.3) pues aquí solo servirá de referente para des-

cribir este fenómeno, del indio, del negro y del criollo y de los demás, desde la pista ontológica de su forma de ser, de ser ahí en el mundo del vencido, en el más amplio sentido del concepto, “como todo lo que aparece en la manera en que aparece al que experimenta...” (Moran, p.4) y esquivar las pésimas construcciones e imposiciones puestas sobre el vencido en general a través del tiempo, quizá por el desconocimiento de esta especie de método simple o tal vez por soberbia intelectual.

Mas hay que entrever también a la fenomenología como el estudio de aquella forma en que aparecen las cosas ante la conciencia de uno, por ejemplo la luna, y al atisbarla, descubrir que es un círculo pequeño plateado con algunas manchas negras, empero la realidad es otra, sin que se requiera una explicación de ese incidente sensorial. Entonces lo que aquí se va a tratar a continuación será cómo fue que aparecieron en la realidad de aquel pasado la sucesión de hechos nefastos que pusieron contra la pared a la dignidad humana a fin de darle la dimensión exacta y apartar de una vez, la visión estrecha que deparaba la anterior visión de ese evento deletéreo. Fenómeno y realidad del negro, del indio y del criollo y los otros que se hicieron visibles a través de su localización en el tiempo y por intermedio de su acento histórico para dar con una forma específica: el ser ahí, ellos, en el mundo fenomenológico de los vencidos.

La práctica aquí será fundamental manipularla de una manera conveniente, pues “nuestra experiencia propiamente descrita debe reconocer que se presenta a sí misma como la experiencia de ocuparse directamente del mundo. Cualquier explicación filosófica del conocimiento ha de permanecer fiel a la evidencia experiencial (*sic*) más profunda...” (Moran, p.5). O sea, si pretendo continuar como intérprete

de tales pautas fenomenológicas que son y han sido de rigor, debo proceder con cautela, y debo poner además mi atención en la índole del influjo en mi conciencia/talante de esa particularidad y de qué manera fue advertida, y cambiar un tanto la forma como ha sido simbolizada por el sentido común o por la filosofía tradicional. Eso creo que hice en páginas anteriores y que ahora intento revalidar.

Para el caso en cuestión, ya debo estar convencido de que la experiencia del vencido no ha sido una mera colección de objetos en una caja y que debí inevitablemente figurar para conseguir entrever el brillo que provino de los mismos. No, por el contrario, debo admitir que al describir cuidadosamente las cosas del vencido —el indio, el esclavo, el criollo, e incluso el cura y el español— que se encuentran en esa caja de sorpresas que ha sido la existencia desde el pasado hasta el presente, tal como ellas debieron florecer en la conciencia de los mismos a partir de las múltiples acciones e interacciones que ejecutaron en el desarrollo de cada periplo vital, sí acerté en los parámetros que diseñé desde el índice hasta aquí y lo que voy efectuar es una labor de repaso de la bitácora para asumir que tengo ya la visión fenomenológica o la visión científica del asunto de los vencidos en Colombia.

Y la manera que tuve de aproximarme a esos problemas y a los eventos derivados y que tales entes soportaron o que vivieron, y lo repito, fue tomar en consideración su manera de aparecer a la conciencia, en este caso a la de ellos, por un lado, y a la mía por otro lado para que definido el sentido de ese ser, por la temporalidad, darle luego el toque pertinente desde un tamiz fenomenológico. Solo así creo que pude atinar en la delineación precisa de la historia de los vencidos en la Nueva Granada. Y aquí en forma general.

Al tomar en consideración lo que pudo asomar en la conciencia del indio, del esclavo, del criollo, del cura y del ibero, y sentir la condición de vencido, tuve en mente el soporte cronológico, o sea, el sentido de ese ser, lo que ha contado el tiempo y luego ubicado en esa temporalidad visité a la historia —que hasta el momento en el mundo ha sido el único soporte eventual de lo verdadero o de la verdad— y registrar luego los asuntos concretos que descollaron, y qué actitud mostraron conscientemente los subyugados. Y si estoy en la historia, por ejemplo, evoco aquí, a los que iban a ser inmolados en el anfiteatro romano, que le gritaban a César al unísono “Los que vamos a morir te saludamos...” y eso me mostró que eso no fue una mera representación de la situación patética que estaban viviendo, por el contrario, era un estado de ánimo, una plasticidad peculiar que les impelía a mostrarse enérgicos hasta el final sin claudicaciones ni concesiones chapuceras y eso era fenomenológicamente hablando lo que se buscaba, la actitud, la postura, sin ambigüedades e igualmente fue esa plasticidad lo que llevé al papel aquí con más énfasis en el negro y en el indio.

Esclarecer entonces ese acontecimiento del indio y del negro y los restantes como vencidos con este procedimiento, fue trasladar al campo ontológico —esa realidad que fue— y suministrar una consistencia que de otra manera no se podría llevar a cabo sin caer en eufemismos. O sea desde las preguntas que le fueren propias hasta las respuestas que serían de rigor en ese evento tras seguir el proceso de pre-comprensión y de comprensión que le fue completo en ese fenómeno del vencido.

¿Qué hizo falta? Hicieron falta muchas cosas.

Por ejemplo: ¿Qué significa el vocablo vencido? El parti-

cipio pasado del verbo vencer, que simboliza derrotar, apabullar.

Por ejemplo: ¿Arranca el vencedor el horizonte peculiar del vencido? Para eso es menester rastrear el clima que vivió el vencedor y el vencido, y la significación de cada condición. Con esas bases racionales se podría personificar cada actitud y la consecuencia que emana de sentirse lo uno o lo otro. La peor soledad es la del vencido, puede ser cierto, mas ¿quién transmite, dado el aislamiento del vencedor y dado lo frágil de toda condición humana que de pronto, como Aníbal, no supo qué hacer con su hazaña, la índole de su sentimiento de victoria o de superioridad y vive de ese modo sumergido en su mundo de vencedor sin saber qué hacer a continuación? Por ende es puntual la circunspección a la hora de ordenar la sucesión de eventos en este marco conceptual del vencedor porque ciertamente hay también mucha tela que cortar sobre el particular.

No obstante, la simple eficacia del sentimiento del vencedor y su particular gozo que han resultado tangibles, de eso no hay duda, mas de repente le sobreviene una singularidad a esta dupla vencedor/gozo y era la de mutarse ese vencedor con su complacencia repentinamente a la impropia condición de vencido del que muchos dudarían con relación al español; pero la historia ya había advertido un caso semejante... En efecto, el caso fue el que registró la tradición del único vencedor que ha perdido. Se llamaba Carino, hermano de Numeriano, ya que pese a que había derrotado a Diocleciano en Masía (285 d.C.) sus soldados en vez de respaldarlo, sorpresivamente se sublevaron y apoyaron súbitamente al vencido. ¡Qué fortuna tan grosera!

O sea, de vencedor, rápidamente quedó en vencido, cuando todas las condiciones fácticas señalaban lo contra-

rio y apostaban a ese ejercicio, el que vencía, ese era el vencedor, y aquel que perdía ese era el vencido típico y eso igualmente sucedió con el español, desde luego que con muchos matices, pero que trascendió como una consecuencia directa del pésimo manejo de los ejes del saber, del poder y de la ética y en contra de elementales principios cristianos y morales. Era un fracaso anunciado que cosechaba la empresa organizada por el español. Dejo a los hechos que describí la viabilidad de mi afirmación sin tener que seguir con esa cantinela.

Tan fácil de entender lo anterior como el nudo gordiano fue difícil de deshacer y aunque cada español fuese un supuesto ángel del cielo, lo cierto fue que halló finalmente su hades en esta parte del hemisferio de Colón y pagó así por sus desafueros. Fue un sujeto que perdió tras el incorrecto ejercicio del dominio de las cosas y de su relación con los otros...

Ese suceso atípico en que concordó la dupla vencedor/vencido de un modo simultáneo me facilita preguntar: ¿Cómo encarar al español si tuvo en este escenario la doble condición de vencedor y más tarde de vencido aunque en circunstancias diferentes? Es algo complicado, cierto es, pues entraría en trance su yo contra su otro yo. Mas la solución estará en considerar eventualmente como un vencedor/vencido al soldado español y a los demás de su condición oficial, funcionarios reales, visitantes, alguaciles, ujieres, virreyes, descubridores, conquistadores, colonos, amos, encomenderos, hombres de negocio enriquecidos y envilecidos, dentro de los límites de cada competencia en el día a día, y teniendo como referencia la concurrencia de lo que le aconteció a Carino. Y a lo alto como en la punta de



una pirámide al español en general, o sea a la especie y el género, el hombre.

La anterior aserción puede razonarse como una salida a la encrucijada esbozada pero siempre y cuando no se tolere enseguida la doble condición de vencido del ibero ya que esa no ha sido la idea de este libro sino que cada español, conforme a su accionar en las Indias Occidentales, así fue dispuesto no solo como un vencedor sino en términos generales como un vencido por la caída de España y además a la manera de una condigna sanción social, por su pésimo talante y por su mal carácter amén de su espuria conducta en la Nueva Granada.

Entonces la visión fenomenológica de todos los personajes que aparecieron reseñados aquí, desde el descubridor hasta el criollo, pasando por el indio y por el negro, proporcionó la reminiscencia de su condición de vencedor o de vencido, y suministró potencialmente una base casi científica para un surtir en el marco de la historia, de la sociología e incluso de la filosofía, una manera disímil de distinguir a esos sujetos y una forma específica de zanjar esa dupla desde lo real que fueron esos fenómenos. Y tras superar esa etapa, del vencedor/vencido, que se divisa con las representaciones que realicé en páginas anteriores, me detengo ya no tanto en la personalidad ambigua del español en cada accionar particular ni en abstracto ni en la personalidad del criollo o del indio como lo hice en los capítulos antepuestos, sino a generalizar y mirar al ente, a cierto tipo de individuo, al intervenir en esa marcha hacia el fenómeno del vencido... Y para eso más adelante procesaré otra pregunta por ese ser que personificaría hacer que un ente —al que se interroga— reapareciere diáfano en su ser ahí en el mundo... y nombrarlo al final desde la posición de lo que fue su existencia.

Empero debo sustentar que los asuntos relacionados con el fenómeno del vencido, o mejor con el ser ahí en el mundo del vencido —o que tienen que ver con el indio, con el negro, con el criollo y los demás— están sumergidos de un modo global en las fluctuaciones de lo que le ha sido más familiar: la amargura, el dolor, el llanto, la imprecación, la súplica, la impotencia, el resentimiento, el odio, la venganza, la humillación o la resignación, etc., a la par de la identidad consigo, con su ser en el mundo inicial y luego, con su ser ahí en el mundo del vencido, de manera que ha sido preciso atraer esas esencias con una gradualidad de mayor o menor envergadura en el indio, en el negro, en el criollo o en los restantes sujetos para determinar, si se ambicionare, por ejemplo, quién padeció mas o quién sufrió menos en ese valle de lágrimas. Eso aquí lo decidirá de nuevo el lector.

El espíritu de la época que marchaba del descubrimiento hacia la reconquista en el Viejo Mundo y más concretamente en España, utilizaba un componente síquico que se adaptaba a un repertorio colectivo recogido del pasado y por ende perennemente se miraba en retrospectiva a la tradición y a la autoridad como soportes de la existencia personal y social, pero no era extraño, eso ha sucedido en todas las épocas, en donde un sentimiento ante el triunfo o el fracaso instaba a ver en el pretérito o en la tradición las fórmulas para asimilarlo y seguir adelante. Mas en la Península Ibérica esa absorción se volvió patética y torpe, lo que permitió que el oscurantismo, la ignorancia y el error hicieran de las suyas, y proporcionaran en su conjunto las bases de toda la debacle en que se vio sumida. Y en cada época a pesar de que eso ha operado bajo ciertos parámetros, ha sucedido a veces que al pretender desdeñarlos se corría casi que el mismo riesgo que corrió España cuando los condujo al exceso.

De ahí que estime provechoso aleccionar con la historia en mano, la evidencia de un individuo muy peculiar que intervino directamente en consumir su paso de pretense vencedor a vencido merced a que desconocía o quiso desdeñar, la índole de las cosas del mundo, su dominio y las relaciones con el otro, de aquel mundo, sin saber que esa petulancia le iba a costar muy caro, como a España le costó, por el contrario, no por menospreciar sino por amarrarse hasta el cuello con una anacrónica tendencia relativa a estos dos tópicos. Por eso aquí la visión fenomenológica será el punto de comparación que valiere de pauta de revalidación o de reevaluación de lo que describí en los ítems anteriores y de este cotejo.

Tras su derrota en Salamina, el prepotente Jerjes (484-465 a.C.) al sentir desde lo más recóndito de su corazón el rigor del infortunio se puso a lanzar lúgubres lamentos... conforme a las pautas trazadas por sus antepasados, pues opinaba que con eso paliaba el padecimiento intenso y: “rasgó sus rutilantes vestiduras y lanzó un estentóreo grito que aún zumba en los oídos de la posteridad para dar la orden a su ejército desalentado que emprendiera la malhadada retirada...” (Esquilo, 1977, p.35). Si bien eso fue un gesto de vencido tras sentirse vencedor... le sirvió de coartada para seguir adelante con el ritmo de la existencia y no perecer en el esfuerzo. Si evoco esta situación no es para señalar que deberé trazar su continuidad, no, lo que quise señalar fue cómo una figura histórica determinada al ejercer la forma de poder en su especificidad singular, invita a reflexionar acerca de cuestiones de alcance general...

Ahora bien: ¿Cómo efectuar un recorrido por este contexto trágico del orbe griego desde un contorno fenomenológico? ¿Tiene pertinencia? Como ejercicio didáctico sí,

puesto que orienta hacia la interpretación correcta de los factores que han alimentado al comportamiento humano, especialmente en momento de tensión y de hecho al hallarse en trance de caer vencido o de haber sido vencido, ha generado y generará ese clima en el hombre, sin importar su condición, que se ha mantenido incólume tal como lo vengo reseñando históricamente.

Entonces la pertinencia reside asimismo en que será un ejercicio pedagógico a fin de aprender este procedimiento que permite evitar que se siga mutilando o deformando el auténtico curso de un suceso o de un fenómeno y darle en cambio un sentido más real. Y para alcanzar ese nivel se exhorta de entrada, a darle y lo repito, en este evento, una conducción ontológica con la pregunta o las preguntas de rigor, y hallar en el tiempo el sentido a ese ser ahí en el mundo... y más tarde a ese ser ahí en el mundo del vencido y rápidamente una vez surtidas esas dos etapas ir de la mano de la exégesis, de la crónica, de los dramas, de las comedias, de los grandes dramaturgos y comediantes helenos e incluso a Heródoto o Jenofonte y las tradiciones persas para conocer el andamiaje con que se cuenta a efecto no solo de suprimir las observaciones superfluas o desenfocadas y los apresuramientos conceptuales sino para mirar atentamente el eventual teatro de ese suceso que al punto marcó la ruta al provenir de Europa. Y enseguida detenerse a calcular la idiosincrasia del personaje central, en este caso, el rey persa, e intuir las vivencias que confrontó en aquellos dolorosos momentos de altivez, de prepotencia, de ira, de dolor, de frustración y de incertidumbre por la mudanza súbita de la fortuna y por el cambio brusco de planes que tuvo que llevar a cabo, en suma de lo particular de su gesta a lo general de una actividad similar... para sopesar el contexto de lo

uno y de lo otro y fijar de ese modo el fenómeno global del vencido. Indagar después las palabras clave que acomodaran esa percepción del hecho concreto —el lloriqueo de Jerjes y posteriormente la urgente decisión de arriar bandera— y estar al tanto a la sazón de esa actitud unilateral, tan propia, del dominado por el destino. Solo con una mente abierta y atenta sería factible prescindir en ese proceso de una cantidad de conceptos fundamentales o hilos conductores, entre ellos, el de la confusión, empatía o antipatía, y atender en cambio la forma y la naturaleza de los casos, como si no hubiera ocurrido nada hasta este momento, o mejor, como si se estuviera en primera fila observándolos. Esa es la índole de la fenomenología... tras el procedimiento ontológico: ver al fenómeno... tal como ha sido o como fue, e incluso como es. Y es de mucha utilidad este mecanismo en el campo judicial, pero eso no forma parte de esta trama.

Prosigo con el ejercicio pedagógico: Y de esa forma al responder finalmente la pregunta o las preguntas que fueron formuladas al principio, se podrá descorrer con confianza el velo de ese ser ahí en el mundo del vencido, en este caso de Jerjes y su postrera actitud ante la historia como un patrón individual que sería necesario luego ubicarlo como un patrón general del vencido. Hay en todo caso que tener en cuenta a la intuición, ese mecanismo interno de cada uno que le permite ubicarse en un contexto, e iluminarlo como el rayo en una noche de verano. Ciertamente Jerjes no se puso en el lado correcto de la historia.

¿Encajó el anterior ejercicio inteligible de carácter histórico como una visión fenomenológica de un vencido peculiar, conforme con las descripciones que hice en páginas precedentes y mirando de reojo a España? Empeño mi palabra de que sí encajó en el cuadro fenomenológico que le ha sido

propio, a pesar de la brevedad de la exposición... porque ciertamente quedó confirmado que lo mejor en este mundo ha sido andar por el justo medio de las cosas, sin ladearse con exceso hacia un lado o hacia el otro.

Sin embargo debo añadir que esto no es una doctrina ni un cuerpo permanente del saber que se irá acumulando alrededor del vencido, es preciso concebir estas proposiciones como un ejercicio filosófico e histórico y un examen en pos de franquear el concepto de vencido. Ahora es indispensable aclarar otras cuestiones...

Por ejemplo: ¿Qué es la intuición? Hay muchas definiciones. A mí me complace una: “Es una simpatía intelectual”, según Bergson, por la cual “uno se coloca a sí mismo dentro del objeto en función de coincidir con lo que es único en él y por ende, inexpresable...” (Moran, p.10).

Otro ejemplo: Cuando uno habla de vencedor y de vencido, se debe sospechar que hubo una guerra o una confrontación. ¿Sí la hubo en ese caso? Esa podría ser la primera pregunta de carácter ontológico que habría que formularse para poder ingresar al mundo del vencido aunque será necesario ir al sentido del ser y mirarlo en el tiempo. Hallado ese sentido del ser, pasa a las otras fases que aquí y atrás se dijeron y en el caso del rey persa, lo prioritario podría consistir en indagar cuál fue la conflagración que estalló entre los griegos y los aqueménides así como las causas, etc., de esa forma se distinguiría al instante una perspectiva del entorno y muy pronto facilitaría la apreciación integral del asunto después del escrutinio intuitivo de rigor. Empero aquí, la pregunta con la cual se preparará la visión del tema, es embrollada por tantas variables y por eso es indispensable tener una idea global del tema para poder preguntar...

Desde luego que la ontología histórica tiene que respon-

der por el sentido del ser ahí del vencido, su constitución y ha de ocuparse luego de la índole del fenómeno de ese o aquel vencido al momento de elucidar la respuesta o las respuestas, a la pregunta o a las preguntas de rigor...

Entre España y las Indias Occidentales, y más concretamente entre la Corona ibera y la Nueva Granada existía una relación colonial, de vasallaje y de sometimiento unilateral sin concesiones ni contraprestaciones. Se obedecía y punto. No había en sentido estricto una rivalidad entre el celtíbero y el criollo, o entre el virrey y los demás súbditos, fueren criollos, mestizos, negros o indios. Y si no existía sobre el tapete esa contención, mal podía existir técnicamente hablando un estado de guerra en la colonia. Ya en la emancipación, tras la reconquista y durante las guerras de la independencia, sí es acertado reparar en un estado de beligerancia entre las colonias de América del Sur —no todas— y la Madre Patria y que se iba a resolver entre 1819 y mediados de la década de 1820 aunque España duró varios lustros más antes de reconocer oficialmente a sus antiguas colonias. La guerra a muerte contra el español decretada por El Libertador durante la segunda década del siglo XIX fue una fiel prueba de ese aserto o tal vez el detonante de esa lucha.

Sin embargo, lo anterior no obsta para revelar que sí había una “guerra interna” o “guerra sucia” entre la autoridad española asentada en la Nueva Granada y muchos de sus súbditos, especialmente cierto núcleo del estamento, el criollo, que se hallaba apartado del poder. Pero esa discordia era más bien sicológica aunque a veces con un componente material o real y en la cual, perennemente llevaba la peor parte el nativo. Y entre el amo/encomendero concurría también una lucha feroz contra sus “súbditos” o sea contra el negro y contra el indio y a veces contra el mestizo o el

mulato por diversos componentes, pero lo significativo será señalar que si bien no había una beligerancia declarada entre las partes, las confrontaciones entre el fuerte y el débil, eran tan recurrentes que concluían en el campo casi siempre con un vencedor, el ibero, y con un vencido, el criollo, el negro, el indio y los demás descendientes... Era un lastre ancestral...

Las fricciones o la “guerra sucia” entre el chapetón y el criollo discurrían en medio del chisme, del pasquín, del anónimo y del panfleto con los cuales se ponía en evidencia a uno de los dos, en medio del regocijo de los habitantes de la villa que se relamían del gusto no solo de oír esas jácaras, pues muy pocos leían, sino de retransmitirlas amplificando su contenido. Era una especie de Internet en aquella época y muchas veces la solución a esa disputa estaba en el duelo.

Los acontecimientos deciden quién ha sido el vencido, pero algunas veces no se ha podido discernir cuándo alguien ha podido reputarse un vencedor.

Es de agregar que igualmente han cumplido el rol de vencido, aquel soldado que perdió en una guerra o en una batalla y sucumbió, aquel preso, el desertor, el traidor, el tránsito-fuga, el excomulgado, el exiliado, el indigente, el insolvente al mejor estilo de Timón de Atenas, o sea aquellos que de una manera u otra han sentido el peso de no hallarse entre los suyos, de sus pares o en el seno de la sociedad, sino por el contrario excluidos, marginados, detenidos, acorralados, humillados y ofendidos, etc., a este tenor participarán pero a través del silencio penetrante cuando conmemoren que alguna vivencia dolorosa de la que voy a delinear a continuación en cualquier tiempo verbal –pasado, presente histórico o presente– les llegare hasta lo más profundo de su alma quebrantada.



Es menester entonces proporcionar ya el tono de convalidación a la visión fenomenológica de esta cuestión, de una vez por todas, consecuente de que si bien “las cosas solo tienen importancia en relación con el presente, en cuanto pertenecen al pasado, tienen toda la irrealidad de lo caduco..., el bien y el mal son en la misma medida, categorías del presente..., y que con la distancia nada ya es bueno ni malo...” (Cioran, 2012, p.131). No obstante, será típico repicar todavía que en el enramado de una validación fenomenológica de esto y aquello, y en este caso, la del vencido, es puntual estar al tanto de su temporalidad, o sea no importa que ya hubiere sucedido, y por eso será significativo describir lo factual o lo hecho, o lo ejecutado, desde la conciencia que tenía el vencido en aquel entonces de su condición o sea como lo dilucidaba, si era por un mal paso, por un dardo de la fortuna, por un desliz, o por ignorancia, y como lo asumía, con resignación, con desesperación, con añoranza, con rabia, con impotencia, etc., y posteriormente yo asumiré la contingencia dentro de mi conciencia de eso para advertir si eso fue lo que pudo acaecer en términos concretos<sup>1</sup>.

Desde luego que no se podrá colocar tanta confianza en esas oscilaciones de la conciencia del vencido, o del que lo escruta o lo hizo visible, de ahí que fuere indispensable

---

1. La acción y la reacción están vinculadas a la índole del tiempo específicamente humano, para que se puedan fraguar las condiciones necesarias de evocación, remembranza y recuerdo para la historia. Desde luego que con relación al vencido al recordar algo de esa condición, se hallaría tentado a controlar esa situación, y darle un retoque anormal a la crónica, por eso es indispensable una coincidencia subjetiva entre el vencido y el historiador para tratar de eludir esa posibilidad pero contando y lo repito, con los acentos históricos y cronológicos que el pasado ha establecido y que de un tono variopinto he descrito aquí, desde la exégesis histórica hasta la anécdota (Nota del autor. Véase además: Moran, p.296).

asociarlas con la intuición del que va a manejar ese proceso fenomenológico, para vislumbrar si se acoplan en el sentido más general de la palabra, o sea, si pueden estimarse coherentes con el sentir de que le es propio al vencido. Si bien esto es una visión subjetiva, no se puede hacer más nada, porque ambas instancias harán parte de la comprensión fenomenológica integral a través de la índole del sentimiento que se comparte desde el pasado y desde este presente pero con el acento histórico, con la información, etc., del que está provisto pues sin esos acentos, todo eso sería conjetura.

Mas aclaro, ese sentimiento no puede ser de índole afectiva... es algo diferente, concurrencia de matices similares, dado que se está en presencia de seres humanos que han compartido y que compartirán a pesar de la distancia en el tiempo y en el espacio, intereses y destinos comunes, fáciles de asimilar, entender y bosquejar.

¿Qué regla es obligatorio obedecer en todas las épocas cuando se quiere enunciar un discurso sobre el vencido? La del poder y su conocimiento, o sea la definición del primero y el manejo de los mecanismos que lo han puesto en marcha en lo que respecta a lo segundo. Mas no se debe asumir como un principio sino como su causa... eficiente.

Y el problema del poder con relación al vencido por estas latitudes tenía en este caso una doble relación, la sumisión al rey de España y la obediencia incondicional a sus comisionados. Orden y Jerarquía —que todo lo disponía a su antojo— y que igualmente podrían ser reflexionados como los principios básicos del poder en las Indias Occidentales.

Ese icono, el poder, en la Nueva Granada, hizo de las suyas, ya que disimulaba o estimulaba la arbitrariedad privada o pública, y como acontecía con regularidad, ocurría

que aquel que detentaba el mando en un sitio determinado e invocaba igualmente el privilegio real otorgado, automáticamente adquiriría patente de corso para forjar vencidos, y desde luego aupar vencedores dentro de la recua de personajes que le acompañaban, e incluso a los refractarios, después que fuesen chapetones, ya que eran llamados para que se incorporaran a ese circo de vanidades.

De ahí la mejor arma del vencido ha sido y será aprestarse de paciencia; es más, debería ser su único oficio que de seguro lo mutaría en un arte, pero por desgracia ha sido una virtud de la que carecen la mayoría de esas personas o de la gente en general, pero si cada uno tuviere esa armadura, jamás sería abatido.

Hay que insinuar lo siguiente: el vencido de ninguna manera ha tenido la obligación de vivir su dolorosa existencia sumido en la mediocridad, ya que eso poco a poco lo va extinguiendo, y en cambio el vivir con estoicismo, le facilitaría coexistir en su infortunio con decoro, o sea que por el hecho de hallarse al lado de la vida, y no dentro de la vida, como sería lo normal, de ningún modo será óbice para relegar de su dignidad. Mas, es preciso consentir que cualquier elemento anormal que se introduzca en la existencia de una persona ensombrece su imaginación, le hace perder la compostura y muestra una conciencia angustiada o deprimida. De ahí que estas glosas deberían ser tomadas como meras recomendaciones sin que se hallare probada su plena efectividad.

No obstante es un paso adelante entre tanta oscuridad.

El vencido, sea cual fuere su denominación —indio, esclavo, soldado, cura, desertor, exiliado, insolvente, etc.—, ha recorrido y recorrerá invariablemente su interior afligido, con desgarradora aridez y punzado además con patéti-

ca melancolía, y bajo esa sucesión de circunstancias llegará más tarde al crucial momento en que tras haber completado todos los círculos del tiempo, no podrá ya extraer nada de sí, pues todo se desempolvará íntegramente expirado... y entonces sobrevendría lo peor, esa amarga sensación de sentirse desgastado y así ni siquiera la decepción por lo que le rodea, o el desencanto por el mundo, alcanzará a perturbarle de nuevo, pues ya no queda más tela de dónde cortar...

Si existe alguien en el mundo que no puede ni mentir ni engañar en cuanto a lo que está viviendo, ha sido y será el vencido. Carece del ánimo, aunque quisiera y como la sombra del espejo refleja de un modo nítido su talante triste, es de conceptuar que no tima ni tergiversa su estatus.

Si alguien indagase por la definición de infierno, que busque a ese interlocutor ya vencido y le pregunte que de seguro él responderá que “eso es una experiencia personal en la que ni Dios ni el diablo intervienen...” (Cioran, p.50); si bien este último personaje puede manejar también una impresión sobre el particular, tras su expulsión del cielo.

Si cada vencido narrare su historia, tengo la certeza de que no fastidiaría a su oyente o a su lector pues esa confianza sería sustanciosa al hallarse ese dramaturgo reputado de antemano con el sambenito de “pobre diablo”... por tan abyecta condición y eso le ha agrandado casi siempre ante la audiencia como un ser idóneo para ser oído o leído con tolerancia dado lo peculiar de su discurrir.

Ciertamente que el padecimiento o el desconsuelo atraen...

No concurre ningún tipo de vencido —ni siquiera Napoleón— que no hubiese acariciado la necesidad de llorar en un momento dado y en eso se asimilan a los personajes fundamentales de Chejov, ya que al gimotear ellos, por lo que

estaban viviendo y sintiendo, instintivamente sus ojos miraban al Altísimo y sin proponérselo, empezaban a pedir la intervención de Dios...

¿En qué insiste el vencido? Por lo general en que su causa era justa, que lo suyo era pertinente, que fue un inmolado más, y desde su cubil cuando no se le reconocen esos tres tópicos, principia sin proponérselo, como una manifestación espontánea de su conciencia, a regodearse con la decepción que siente. Una paradoja existencial que en ciertos espíritus superiores ha constituido un bálsamo... ejemplos: El profeta Daniel en la jaula de los leones, Boecio en la cárcel, el cardenal Wolsey rumbo a la Torre, y la reina de Francia antes de ser guillotizada...

Cuanto más consideraba el vencido esa desconsolada condición, más sentía la fuerza de las redes que lo ataban a esa posición y entonces optaba por arrastrarse despacio como un caracol, y sin dejar rastro de esa determinación, con altiva aplicación, o sea con indiferencia, aparente o real, pretendía sustraerse de su ubicación inferior, a veces lo obtenía y conseguía a la sazón atajar su voluntad desleída aunque permaneciera atado a esos lazos de abyección. Mas cuando no obtenía esa prebenda de sentirse por encima de su situación, su ánimo tendía a colapsar y si no se recuperaba, el riesgo de sucumbir era alto... y ¿acaso ese albur de extinguirse no era lo mejor?

El vencido por lo general, tenía fe en algo o en alguien, y más si era religioso ya que se aferraba a su credo con devoción. Al rezar apreciaba que en un momento dado saldría de tan dura posición y recuperaría su anterior categoría, pero cuando era ateo o no tenía fe en nada ni en nadie, la cosa se complicaba porque apreciaría irracional orar o creer en que una deidad o alguien vendrían en su ayuda y lo sacarían

adelante. ¿Cambia Dios sus proyectos por cualquiera que le ora directamente o por intercesión? No es fácil responder; en los Evangelios se halla registrada la importancia de la oración, a través de la fórmula, “pedid y se os dará” pero al sopesar con rigor esa pregunta es preciso indicar que la plegaria en ese sentido puede considerarse simplemente una terapia que ayuda a morigerar el estado de ánimo de una persona y en el evento en que la oración no cambie a Dios, por lo menos transformaría al que implora.

Es más hermoso reírse de la vida, que lamentarse de ella, eso es indiscutible, pero ¿podría predicar ese apotegma quien se encuentra vencido? Si dejaras de esperar, dejarías de temer, decía Séneca, de ahí que para el sometido lo único sensible es que disponga de aquello que dependiera exclusivamente de su talante, con el aliciente de que toda condición por muy crítica que sea, es mudable. Y cavilar igualmente esto: ¿Qué es lo que depende de su talante? La paciencia, o barajar y esperar... y ¿lo que no depende de su talante? El albur... y lo cotidiano en tal escenario personal.

Y en efecto, ¿qué opinaría aquel vencido cuando en un momento dado cambiase de aires la esquiva fortuna y saliere beneficiado con su movimiento? Que su sollozo estuvo bien fundado y por ende fue recompuesto, y que además de ahora en adelante debería servirle a esa deidad. Si no lo hiciera, con seguridad le pasará más tarde la correspondiente cuenta de cobro. Empero si era ateo, simplemente un soplo de alivio saldrá de su boca y trataría en lo sucesivo de empezar de nuevo quizá con más brío y se acordará de Goethe: “Aún me quedan hermosos días por vivir...”.

“No hay desdicha que tanto se sienta, como la memoria de haber sido dichoso...” (Alemán, II, p.438).

Cuando Bolívar se propuso “exterminar a la raza infame

de los pastusos” se puso al frente del ejército que se encargó de detener en seco a los insurrectos en la ciudad de Ibarra y la tropa no solo cercó a la villa, sino que después de acorralar a los rebeldes, desató una carnicería horripilante que dejó cerca de 800 muertos en las huestes pastusas. Uno de los sediciosos que logró escapar fue el indio Agualongo, quien en contra de toda esperanza y apoyado solo en la suerte, pudo reorganizar los restos de su milicia y puso en aprietos a la civilidad republicana. Santander, consciente de la tenacidad de ese aguerrido hombre de armas, le envió una propuesta generosa de reconciliación pero este aborigen creyéndose invencible de un modo insensato, en vez de rendirle el proporcionado tributo al azar, y consentir las condiciones de paz que le ofrecían, desafió su destino y prosiguió tan desigual confrontación (1824) y más tarde que temprano tuvo su triste epílogo, cayó vencido, preso, fue fusilado en Popayán. Ese fue un ejemplo del subyugado reincidente.

Cuando uno avista al vencido desde cualquier ángulo posible deduce que debe sentirse acosado por un ansia infinita del futuro y atormentado por el natural hastío del presente.

¿Cómo se puede ser vencido? La respuesta sería con otra pregunta: ¿Cómo se puede ser lo que ya se es? En esta última pregunta debo tener moderación ya que ese desenlace ineluctable, por lo que dije en páginas anteriores tras citar a Kant, no significaba despeñar en el submundo eterno del vencido, mas ¡quién sabe!, pero en todo caso: ¡Hay que acordarse de Calderón de la Barca! Y ¡de Saulo de Tarso...!<sup>2</sup>.

¿Cómo es eso de tomar un mundo para ponerlo de golpe en otro mundo? Eso le ha pasado al vencido pero no por vo-

---

2. 1 Cor 15, 15-16.

luntad propia sino por voluntad ajena que dispuso tomarlo de un mundo, y ponerlo en otro mundo, el del vencido... ¿Cómo pudo algún vencido, Casio, Bruto, o Jerjes, enseñar los dientes, o marchar a cualquier ritmo, tras esa condición en un momento crucial de sus vidas? Por lo menos no bajaron la cabeza como el toro para embestir a voluntad, eso sería peor o contraproducente; simplemente cada uno hizo lo mejor que era contemporizar con la situación, si bien no era lo mejor, lo cierto, fue que tampoco era lo peor y en cambio sí la medida adecuada para sobrevivir con pundonor o caer con honor.

El honor y el pundonor, dos conceptos fundamentales para el vencido con altivez. Sin embargo esos dos elementos no se pudieron apreciar ni en el indio ni en el negro ni en el criollo primordialmente porque carecían de aquel carácter íntegro que en la antigüedad era prenda de solvencia moral y en cambio manejaban unos conceptos que contrastaban con estas actitudes, entre ellas, la sumisión, la obsecuencia, la dejadez, la ignorancia y la carencia de unos sólidos principios morales. Desde luego que militaron excepciones.

Pese a este derrotero de contrastes, hay algo que ensambla a todo vencido, sea inteligente, sea necio o sea indolente, y ese algo se denomina supervivencia al precio que fuese necesario. No ha existido ningún vencido que no hubiere acariciado la posibilidad de soñar lo que iba a hacer cuando sobreviviera a su martirio, y en ese sentido, paradójicamente hablando, tal sentimiento no lo dejaba así estuviere maniatado por el pesimismo, por el pesar o por el desaliento y por el dolor. Ha sido un antídoto para instar a no desfallecer, aunque al final muchos sucumbieron, pero por lo menos tuvieron ese hábito.

Sí, el afán por sobrevivir, ha sido y será la clave del ven-



cido. Ese término tiene una fuerza mágica al lado de la paciencia ya que se complementan. Y considerándolo así, reputo que se puede reconocer en esos dos conceptos un punto de toque: el esbozo de lo que podría llamarse la actitud del ser ahí en el mundo del vencido para no claudicar...

¿Constituye o ha constituido la parca el remedio para el vencido o ha sido y será el fuste que acabará con el vencido y con el vencedor, o sea con todo el género humano? Ya lo respondí en párrafos anteriores de un modo sucinto. Sin embargo una respuesta afirmativa agotaría el tema, pero como además del destino ineluctable, preexisten del mismo modo el azar, la eventual intervención divina y la indeterminación cósmica, es menester filosofar un poco más sobre el particular. Shakespeare puso en boca de César que el valiente moría una sola vez y el cobarde varias veces, pues siendo la parca el fin inevitable arribará cuando fuese el momento y punto. Temerle antes de tiempo, es anticiparse a irse de este mundo poco a poco como con premura y con desolación. ¿Es un remedio o no? Si fuera un remedio el suicidio, sería la nota predominante de la existencia humana, y no solo la del vencido sino la de todos, abarrotada como se halla de pesares y de preocupaciones, por ende yo opino por ahora que no es un remedio sino una salida natural a la existencia de cada ser vivo.

Cuando se sopesa la existencia de una persona como Simón Bolívar, no deja de ser recurrente la aparición de ciertos signos premonitorios que insinuaban poco a poco los pasos de su encumbramiento y por ende un determinado nivel de protección superior fluía con algunas manifestaciones aparentemente sin sentido, como si una etérea presencia envolviera su trasegar por el tiempo preciso, pasado el cual,

recobraba su pretérita condición de simple mortal. No hay evidencias documentales para soportar esta anécdota, pero luego de la derrota sufrida en 1813 allá en su país, el mantuano decidió irse para la Nueva Granada y a su paso por Santa Rosa de Viterbo, quiso adquirir un caballo, el dueño no se lo vendió por temor a perder la cría, que conforme a la consorte del propietario del animal, estaba destinada a un héroe, a un vencedor. En 1819 durante la escaramuza del Pantano de Vargas, la mujer del dueño del caballo, se acercó al futuro Libertador y en medio de los afanes de la conflagración, le regaló el potro “Palomo” que no era otro, que el animal del vaticinio. Cuando sobrevino el declive propio del vencido, hasta ese caballo destinado al prócer vencedor se había marchado.

Al despuntar el siglo I d.C., el cristiano era un vencido voluntario, no quería existir, deseaba morir en Jesús y de esa manera su reto era el de confrontar a la autoridad romana para asumir esa condición y luego tras su martirio elevarse a la gloria celestial. De haber proseguido esa tendencia en el seno de la comunidad de los prosélitos del Mesías, muy pronto hubiera desaparecido por sustracción de materia, mas un incidente que Paul Veyne, calificó, “la banalidad de lo excepcional” (Abraham, 2010, p.98) forzó que esa directriz dramática disminuyera y se retomara la vida en su sentido natural y obvio como un don de Dios. En efecto, la conversión de Constantino no ha dejado de asombrar a propios y a extraños, hasta tal punto que todavía parece inexplicable, salvo para los creyentes que la estimaron una intervención divina, pues aquel personaje no requería de una metamorfosis tan conmovedora ni tampoco estaba librando una batalla decisiva, mas lo suyo fue un asunto personal de tanta

eficacia que volvió al mundo romano cristiano, sin tanto estropicio y sin que mediara una labor propagandística. De esa manera y paulatinamente tras el reconocimiento oficial del emperador, el Cristianismo, una obra maestra del poder de Jesús y la muestra palpable de su cercanía con el Señor, se tornó en la religión por excelencia y sus prosélitos dejaron de considerarse vencidos de antemano y asumieron con vigor una nueva filosofía de vida. Dios es vida, Dios es Dios de vencedores, no de vencidos.

¿Dónde se palpa con naturalidad a un vencido? En la secuela de una batalla... por la vida, en el resultado de una disputa contra el rival, en el desgaste tras la lucha contra las fuerzas de la naturaleza y con mayor evidencia en la confrontación consigo mismo por las derivaciones que se han notado después de caer en manos del vicio, del pecado o del crimen.

¿Qué es una batalla por la vida? Una oscilación... (Hugo, p.302) ¿Por qué? Porque hay un momento en que la batalla degenera en combate, y se particulariza y se fracciona en múltiples detalles que la vuelven indeterminada en el tiempo y en el espacio. A las cuatro de la tarde de aquel verano de 1815 en Waterloo, la situación era de ese modo por los constantes altibajos y bamboleos que acaecían en ese trajinar. Mas a esa hora sangrienta, todo parecía inclinarse a favor del corso, fortificado y precavido, la batalla por la vida institucional la estaba ganando Francia, por la multiplicidad de combates que iban generando confusión en los aliados. Empero con el paso del calendario, surgió lo inesperado y una sucesión de inconvenientes principiaron a aflorar y comenzó por ende para los galos, el prólogo del descalabro en esa estratégica confrontación. En otras condi-

ciones esos apuros no hubieran afectado la dúctil estrategia de Napoleón, pero ahora era el cosmos, en su perpetuo ir y venir el que regía ese asunto y entorpeció todo para que el emperador no se saliera con la suya otra vez. No estaba ya en la ley cósmica del siglo XIX que Bonaparte venciese en Waterloo, pues otra serie de acontecimientos se preparaban en los cuales ya el corso no tenía espacio, y la contrariedad del universo se hizo notoria, y a la sazón era tiempo ya que este hombre grande cayera y se le reputara un vencido más (Hugo, p.314)...

No prosigo con otros ejemplos alrededor de la disputa con un rival porque me acuerdo de Santander contra Bolívar y las nefastas consecuencias que dejó para la Nación esa pelotera, hasta el punto que esa porfía la mutó en vencida de antemano, tampoco en el desgaste tras la lucha contra las fuerzas de la naturaleza, porque me acuerdo de los desastres que a diario acometen a la tierra y mejor me quedo callado... ni tampoco en la confrontación del hombre consigo mismo, porque me acuerdo de Otelo, el rey moro en la obra de Shakespeare, y me detengo... además ya casi no queda espacio.

Estas son informaciones, noticias, anécdotas, preguntas, respuestas, aseveraciones, citas bíblicas, o máximas de carácter histórico o cronológico que adyacentes a la exégesis histórica que vengo realizando han compuesto este mosaico de variedades fenomenológicas alrededor del vencido... su itinerario, su hábitat, su ánimo... y el registro que sobre el particular hizo el pasado en casos puntuales para testar la viabilidad del ser ahí en el mundo del vencido en cabeza del indio, del negro, etc.

¿Por qué no terció alguna de esas dimensiones recónditas

expresadas en los párrafos anteriores para que se corrigiese el inconveniente del vencido, en este caso, la contrariedad del indio, el apuro del negro/esclavo después de su inhumana situación o la dura realidad del criollo y la del mismísimo cura o español? Al principio de esta obra, que va adquiriendo proporciones colosales, lo que me preocupa, ya indiqué algo relacionado con el sincronismo como evento, y a ese concepto me remito para intentar soslayar la derivación de esa inquietud terrenal, que crispa el ánimo del interlocutor al observar cómo en algunos acontecimientos, una de las tres representaciones anteriores, se ha mostrado complaciente con determinada persona, o con cierto pueblo, y en cambio ha olvidado totalmente a una raza o a una comunidad entera, sin que mediere una justificación, o una coartada. ¿Cuál prefiero? Todas y ninguna, depende de mi estado de ánimo.

En todo caso el sentimiento moral ha brotado siempre de una experiencia de sufrimiento y aunque debería ser un acercamiento o al otro o a la divinidad, por el contrario, en este marco del vencido en la Nueva Granada, la experiencia de sufrimiento del indio no lo acercó a la del negro y viceversa, ni mucho menos la experiencia del criollo lo acercó más a Dios, o al otro criollo que también sufría, pero como estos dos sujetos, aludo a los dos criollos, tenían un enemigo en común, el ibero, escuetamente se arrimaron por compromiso y rápidamente ese encargo político se deshizo tan pronto creyeron ingenuamente que habían superado al rival común. Y en eso nada tuvo que ver el destino, el hado o la fortuna, típico temperamento. Y Colombia se mutó en una Nación de necios vencidos.

¿Por qué Dios ha jugado un rol aquí si tal vez no se ha sentido su presencia? ¿Será que el individuo ha sido un mero

intermediario entre Dios<sup>3</sup> y la nada, como lo sostenía Descartes? ¿O por el contrario es la réplica de la Nada para acceder a Dios?... La primera respuesta: Porque Dios estaba presente en el ánimo de la mayoría de la gente que habitaba esta parte del hemisferio de Colón, algunos eran fervientes creyentes, aunque buena parte de ellos, eran solo creyentes de boca para afuera. La segunda repuesta: A lo mejor es aquel que se encuentra enfrente o a la espalda de la Nada, como presencia y no como intermediario, y desde luego solo mira el desenvolvimiento global del cosmos, no sus fuerzas individuales. La tercera respuesta: No es una réplica, la Nada simplemente será el refugio temporal o eterno del hombre

- 
3. La prueba ontológica de Dios sería la pauta a seguir en este caso. En cualquier parte en que hubiere una escala valores, uno mejor, habrá siempre una cima de perfección, lo óptimo. Y si en el dominio de las realidades externas si hay una cosa mayor que la otra, habrá entonces otra superior entre todas, y ese es el ser del ente perfecto, Dios. Esta es la prueba ontológica de Dios, trazada por san Anselmo en la Edad Media. Ahora bien: Principio de las cosas según los griegos: O hay un principio y habría que buscarlo, o muchos, si eran muchos serían ordenados o desordenados pero si fueran desordenados sus derivaciones serían desordenadas y a la sazón el mundo no sería orden (cosmos) sino desorden lo que es distinto al caos. Igualmente la noción kantiana de Dios revestía dos aspectos: el cielo estrellado encima y la moral en cada ser humano. Y por último se ha discutido si los contrarios son principios, pero si las leyes de la dialéctica materialista prescriben que existe en la dinámica del orbe, la atracción de los contrarios, tras su repulsión inicial, es del caso aseverar que son principios. El lector se preguntará la razón por la cual incluí este aserto teológico, que no tiene nada que ver con el contexto fenomenológico, y te respondo que el Occidente se ha visto influenciado de una manera u otra por la divinidad, que existe, que no existe o simplemente que es indiferente a la naturaleza en vista de la existencia del mal y del dolor. Y eso en un marco donde militó con creces el dolor y el mal, era obvio que tenía que hacer una alusión sobre el particular y que cada uno determine si eso es cierto o no. Desde luego que hubiera sido interesante darle un toque fenomenológico a ese tema teológico, pero habría primero que ubicar el sentido de ese ser del ente perfecto en su temporalidad y en su espacialidad. Pero como es eterno e infinito, rebasa con creces las limitaciones fácticas y racionales de la fenomenología... y lo mejor será dejar el asunto de ese tamaño (Nota del autor).

cuando sobrevenga el fin... básicamente la contra del ser y en cuanto a su presencia es algo tan metafísico que no puedo responder. Solo la Fe podría proveer el empaque de rigor.

A lo mejor ni esto ni aquello que departí tendrá repercusión, pues el hombre ha sido un eje danzante de la realidad, un mal oyente de la naturaleza y de sí mismo, y cuando agregó que también muchos han pensado que el hombre ha sido aquel que hizo viable que el Ser se reflejara en el universo pero de una manera que ha rayado con lo irreal, sobreviene una sacudida, y tal afirmación toma un giro inesperado y discreto, mas me detengo pues principié a rozar el misterio. Y como se ha perdido la voz de lo propio tras el desarraigo en su triple versión, “de la tierra natal, de la lengua propia y del acontecer esencial de la lengua...” (Rocha de la Torre, 2010, p.427), no será posible establecer lo que sobreviene después de esa afirmación.

La falta de un principio orientador en la forma de establecer las proposiciones aun en los casos más favorables, es lo que ha dificultado al filósofo o al historiador/filósofo conseguir una convicción casi que matemática. Y lo peor es que a ese principio orientador, no se arriba ni por la duda metódica ni por la conciencia pura ni tampoco por el contrasentido de algún dato, sino por la vida misma, aquí y ahora y con retrospectiva. Entonces es cuando comienza el crujir de dientes y la impotencia pues eso ha sido arduo de explorar adecuadamente. ¿Por qué? Porque se corre el riesgo de ver bien las cosas, pero expresarlas con un lenguaje inapropiado, o ver mal las cosas y expresarlas con un lenguaje pertinente o sofístico, o ni una cosa ni otra y queda un disparate. E incluso ver todo a medias o deforme y expresarlo o con un lenguaje sofisticado, o con un lenguaje intrincado o confuso, y eso ha sucedido con los vencidos en Colombia.

La carencia de un principio orientador, o sea cómo se debía exhumar lo que se hallaba oculto o disfrazado y revisar casi todo, trajo consigo que aún persista la oscuridad del abismo de ese o aquel suceso, por ende se impone la necesidad de auscultar los tenues latidos de los vestigios, rastros y huellas para toparse con el tesoro buscado. Entonces el principio orientador lo fragua cada cronista a su manera, yo lo hice aquí a través de las palabras clave, los conceptos fundamentales y los hilos conductores, reunidos bajo una sola matriz.

Hay algo que por lo menos merece más atención y tal vez yo no la anoté aquí, y es que en el curso de la historia del vencido o de los vencidos, especialmente en lo que atañe a los sujetos referenciados en este espacio y luego en el decurso del accionar del vencedor, en este caso el español, y que luego se mutó en vencido igualmente, habría que describir la idea basada en el esquema de Hegel y de Marx, o sea la idea del desenvolvimiento entendido como un apéndice de la evolución de las cosas de la naturaleza, porque ha significado una repetición de manera diferente de grados ya alcanzados o superados, pero que se reiteran, una especie de negación de la negación, en forma de espiral y no en línea recta y de un modo catastrófico —aquí en el caso del español— de tal suerte que se hará indispensable acotar que esos cambios, en los vencidos —desde su inicial condición de ser ahí en su mundo— pero especialmente en el vencedor/ vencido desde su calidad inicial, estuvieran augurados para fortalecer la alternativa o el cambio de la calidad no en cantidad, sino en otro tipo de calidad, merced a los impulsos internos del desarrollo de las contradicciones del mundo y de sus afanes, o sea el choque de fuerzas opuestas, las tendencias que cambian, y la interdependencia del fenómeno



vencedor/vencido, y eso colaboraría para sacar al saber de su sometimiento.

Ciertamente en este orbe todo ha sido interdependencia, por la unidad real del orbe en su materialidad y desde luego por la sucesión de contradicciones que esa unidad ha encerrado, y por la aparición de las condiciones de las causas que han provocado las desiguales reacciones que suscita el contacto con el movimiento de las cosas, de ahí que casi todo esté interconectado dentro de un círculo y aquello que no está interconectado, es por obras del azar.

Entonces la única vía para intentar acertar a vislumbrar la interdependencia del fenómeno del vencido con el vencedor y otros factores, está en ir al cuerpo de prácticas y de discursos determinados en aquella época o en la que fuese del caso, pues esa vía podría conducir al investigador a lo que sucedió tras esas interdependencias y los restantes factores y sacar al saber fenomenológico de su sometimiento a ciertas reglas fijas que aquí por lo menos he querido sacudir.

Salvo mejor opinión en contrario, estimo que pude hallar el camino y que lo expresado en páginas anteriores constituyeron afirmaciones o negaciones fenomenológicamente hablando de aquella realidad pretérita que con trabajo se trajo hasta acá, y por ende y con esa aseveración se convirtieron los vencidos en sujetos objetivados...<sup>4</sup>.

Un vencido estaría en condiciones de suministrar una idea de lo que el mundo hubiera podido llegar a ser si hubiera prevalecido su acción, o de lo que pudo haber sido algo y no fue, por ejemplo, el caso de Pompeyo el Grande, si la potencia del azar se hubieran compenetrado con su talante

---

4. Reyes Mate, p.132.

al lado de la necesidad y de la fatiga o al menos le hubieran tolerado un margen de maniobra más allá de lo cotidiano, y pudiera emerger ese patricio romano como un típico vencedor y no como yacía sometido por César. ¿Cómo hubiera sido a la sazón el mundo occidental?

En el decurso de las vidas de Alejandro, de Ciro el Grande, y quizá de Carlos V, pueden hallarse esquemas de un modo solidario o individualmente considerados de ese tratamiento especial que le dispensaron a ellos, las tres fuerzas cósmicas o el acaso, y que componen típicos ejemplos de que hay buena estrella y mala estrella. Por fortuna esos poderes han sido magnitudes inconmensurables y sin duda conviene que continúen así, pues de lo contrario sería invivible conocer de antemano las futuras acciones de esa eventualidad.

¿Otra verificación superficial de la anterior afirmación? Goethe... quizá fue uno de aquellos hombres que pudo consumir su proyecto de vida, y no distingó a otro, porque “tras él, las circunstancias son cada vez menos favorables a la grandeza singular y universal del individuo...” (Goethe, I, p.112)... ¿Por qué? Porque era un genio, con una obra inmensa, además dotado por la naturaleza de indudables atributos estéticos y de indudable perspicacia política, y con una profusión de ideas que enriquecieron su imagen, le hicieron acreedor a ese calificativo aunque su indolencia y su talante entre aristócrata y cortesano le impidieron que consumara plenamente su plan de vida, aunque cumplió en lo que más le gustaba: la actividad artística.

A la par ostentaba el patricio de Weimar, el don de movilizar las ideas, darle el tono y el toque adecuado a las mismas y como era un versado en casi todo, eso le facilitó su labor de mediador en pos de la armonía cósmica. A lo mejor y del mismo modo, Tomás Moro, y retrocedo en el tiempo y

de paso, Erasmo de Rotterdam, también tuvieron la misma ocasión de trocar el orden imperante, fastidiados como se encontraban por tanta molicie, malicia y locura en las cortes europeas pero fracasaron también sin que esos desengaños pudieran convertirlos en vencidos. No, fueron simples deslices que no comprometían la índole de sus perceptivas políticas, éticas y filosóficas. Mas se me olvidaba que al mundo se ha venido para disfrutarlo, no para cambiarlo, ya que ni el Mesías pudo con esa empresa hasta ahora...

Esto es un alto en el camino. La sucesión de aseveraciones históricas, cronológicas, noticiosas, anecdóticas y reflexivas entre otras, muchas de ellas ambiguas y vertidas en los apartes anteriores, pudieron distraer al lector, una especie de divertimento, especialmente al estar platicando de una visión fenomenológica del vencido, en general, cuando solo se pretendía hablar del indio y del negro y de otros sujetos, pero como estimo que se hallan acomodados todos los seres humanos en tal condición, la de vencidos, tras el desenlace de la vida —o eso supuse ya que puedo estar equivocado por lo que expuse y reitero con referencia a Saulo de Tarso y a Kant— no quedaba otra opción que meterlos, pero singularizando en algunos, y embutirlos luego en el mismo saco y proseguir con el derrotero, de ahí que ahora retomo la trama del capítulo para continuar con el grado de especificidad que le es propio o que le debe ser propio.

El hecho de que a lo mejor la parca no fuese el detonante que ubique al ente del ser ahí en el mundo como un vencido más, muestra que la fenomenología ayuda a desmitificar posturas cerradas o dogmáticas y siempre deja abierta la posibilidad de abrir esclusas y oxigenar el ambiente. Yo, por ejemplo, he variado de perspectiva en muchos eventos de los que describí aquí gracias al apoyo fenomenológico y

ontológico de rigor, que no me dejó encerrar entre cuatro paredes, sino que me proveyó de los componentes fácticos y racionales que he manejado para salir de esas paredes y aproximarme con mejores perspectivas a las cuestiones que antes aparecían ante mí como evidentes, y que ahora ya no lo son.

Cuando vuelvo los ojos a esa actualidad del pretérito, lo único que me parece interesante de cuanto ha sido, “son las épocas de orgullo monstruoso, de provocación gigantesca, de desidia triunfal, en la que el espíritu ahíto de poder aplacaba sus ansias buscando otros poderes mayores...” (Cioran, 2010, p.105) y es de imaginar, por ende, tras esa afirmación, a un valido en la corte de Felipe IV o de Carlos II con sus aspiraciones irrefrenables de dominio que llevaron más tarde a la península al agotamiento de manera lenta pero calamitosa, procediendo a diestra y siniestra, manipulando esto o aquello para sacar adelante su plan y con la mirada puesta en Europa si era geopolítico el tema, o si era económico en América. El ansia conllevó pues a ese estado de cosas en la península y a incrementar la condición de vencido de todos los que habitaron las Indias Occidentales, especialmente la Nueva Granada y desde luego la Madre Patria, que ni fue madre ni tampoco fue algo distinto a un opresor a la distancia durante el descubrimiento, la conquista, la colonia, la emancipación y la reconquista.

Vivir para ver.

Unas palabras más: El vencido fenomenológicamente hablando, y eso lo afirmo tras la reducción que el asunto amerita, oscilaba entre la debilidad y el límite, esa formulación puede resultar torpe, pero al volver a interrogar las evidencias básicas propuestas a lo largo de este trabajo que ya toca retirada, se pregunta uno: ¿Cuál ha sido el norte del

vencido por estas latitudes en aquella época tan lejana? La exclusión y todo lo que se derivaba de ese concepto, lo que podría dar lugar a confirmar casi de un modo apodíctico, ese es un concepto fundamental para vislumbrar al vencido. Y ¿los otros conceptos cuáles serían? La soledad, el suplicio, la presión, el acoso, la agresión, el desprecio, la degradación, la humillación, como formas inequívocas de tratarlo, de manejarlo, de someterlo, o de hundirlo sin remedio alguno y que de un modo u otro fueron tratados en páginas anteriores bajo denominaciones diferentes, o como hilos conductores.

¿Qué será preciso tener en cuenta, entonces, tras lo anterior, para los efectos de mostrar ya una visión fenomenológica más definida del indio, del esclavo, del criollo, del cura (pese al paréntesis) y del mismo ibero ya remitido a ese hades, e incluso de los citados aquí de manera particular? Que nunca tuvieron presente el valor como persona de cada uno de ellos, ni siquiera el ibero para consigo o para con su camarada, de manera que el estatus global era simplemente el de haber sido un instrumento puesto a disposición de los intereses de la Corona y de la caterva de vividores que vegetaban a sus espaldas. Y en cuanto a los nombrados en este capítulo, Pompeyo, Wolsey, etc., su escasa previsión o la mala fortuna les hizo caer en esa condición.

La vida humana en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, después del descubrimiento fue circundada por los intereses económicos de los más poderosos sin opción alguna para chistar, de manera que poco a poco los conceptos de amo, de señor, de vencedor, de autoridad, una vez consumada la segunda independencia se fueron pasando al bando del criollo, pero de aquel que tenía dinero y desde luego poder para rubor de aquellos que de buena fe creyeron que esto iba a cambiar tras el 7 de agosto

de 1819. Y todo siguió igual o peor, ya que solo se transformaron los nombres y las etiquetas, el contenido opresivo siguió y lo repito igual, de aquí se infiere que uno todavía es un subyugado...

Por eso Bolívar fue el vencido más grande de todo este proceso al lado del indio y del negro pues cayó por la indiferencia de sus amigos y la felonía de sus enemigos.

Solo restan las respuestas de rigor para desechar la idea de que ese fenómeno advertido “pareció ser” (Heidegger, p.39) y que perdí mi tiempo, pues se aró en el desierto y se sembró en el mar. Incluso si las respuestas no fuesen pertinentes, no corro el riesgo de que ese fenómeno del vencido se hubiere mostrado como “lo que no es en sí mismo” y en ese “mostrarse” tomare el aspecto, y lo repito, “de parecer ser”, pues en lo posible llevé a cabo un análisis histórico incluso más allá de los límites establecidos para que subsidiariamente se adoptare este ejercicio como una ontología de la actualidad de aquel fenómeno, en caso de un desfase total o parcial. Aspiro a lo contrario, o sea a que hasta ahora fluyere una relativa comprensión del fenómeno del vencido, y como tal se podrán responder de un modo adecuado las preguntas formuladas en el Proemio, si bien también será hora de atisbar si esos interrogantes fueron cabalmente enunciados.

Hice lo que pude sobre el particular, aunque soy sincero en reconocer que puse mi empeño en absorber las estructuras ontológicas que han orientado la condición del vencido y por lo menos la existencia del fenómeno que hizo posible al ser, ser ahí en el mundo del vencido, que ha sido considerado únicamente como un escueto “ser ante los ojos” (Heidegger, p.54) en su generalidad.

Consecuente con lo expuesto, hay que indicar que el

fenómeno que originó el ser ahí en el mundo del vencido, o sea el descubrimiento de América y sus antecedentes y consecuentes, era en sí inverosímil de vislumbrar desde su experiencia original, ya que fue, pero eso no obsta para alcanzar a retrotraerlo en mejores condiciones fácticas, y luego admitir —así fuese a regañadientes— que esta exposición articulada no fue ni una reiteración de vetustas expresiones ni las últimas repeticiones sobre el particular, y en ese sentido me siento satisfecho, fue una novedad. En suma se ha convalidado la visión fenomenológica con este capítulo que desde el Proemio anuncié y ya es hora, por consiguiente de consumir la faena literaria.

### Las respuestas<sup>5</sup>

Unas palabras previas: El descubrimiento de América<sup>6</sup> en

- 
5. Una vez dijo Mario Benedetti que por lo general cuando creía que ya tenía todas las respuestas, pronto le cambiaban las preguntas y todo se alteraba y aparecía el desconcierto. De ahí que plantear las preguntas desde el Proemio y recorrer un largo trecho hasta aquí, ha significado para mí no solo eludir miles de baremos, solucionar múltiples dudas, tener el coraje para eliminar impulsos irresistibles y adoptar la decisión de no ceder ante las impresiones indefinibles, sino también asumir el riesgo de que sea posible que apareciere la necesidad de cambiar las preguntas o no responder. Ojala que no aconteciere ese evento primordial y me permita llegar hasta la meta (Nota del autor).
  6. A fin de evitar confusiones semánticas deseo aclarar y reiterar lo siguiente: El fenómeno ha sido lo que se ha mostrado como tal, y desde esa definición puntual, cualquier cosa, objeto o concepto que apareciere ante uno, inmediatamente adquiere esa connotación. O sea que aquí hubo fenómenos desde muchos ángulos entendidos como sucesos, buenos, malos la mayoría, regulares, o rutinarios, y de esa manera a lo largo de este epítome se podrá apreciar que departí por ejemplo del fenómeno del vencido. De hecho fue y es todavía un fenómeno literalmente hablando. Pero como además concurría aquí un procedimiento lógico en donde se pretendía —no sé si aun lo he conseguido— advertir esa condición del vencido desde el punto de vista ontológico/fenomenológico, tuve forzosamente que en muchos párrafos hacer claridad, que una cosa era el fenómeno del descubrimiento de América, como fenómeno en sí, y otra cosa era como fenómeno que eyectó al indio primero y luego a los demás sujetos a

sus sendas fases, la primera y la segunda, tomado en su conjunto fue una colosal afirmación humana... y dio la impresión de que durante mil y pico de años se hubiera estado formando una nube y al cabo de catorce siglos, estallara la tormenta. Y sobrevino luego el espanto tras el concierto de truenos, rayos y centellas que cayeron a raudales sobre esta tierra virgen... Y como hablo en nombre de la historia anoto que esa estrepitosa tempestad nunca dio aviso de mengua sino de un aumento paulatino de su caudal y entonces por las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, eso se volvió un tumultuoso torrente de aguas, no siempre claras, que discurrieron con fuerza y con violencia por todos lados para estupefacción de los ya sorprendidos habitantes y las sucesivas generaciones del hábitat que nunca habían presenciado un espectáculo de esa índole.

Y entonces empezó el viacrucis para los nativos, y más tarde para el negro, especialmente, porque no sabían lo que tenían que hacer frente a ese cuadro dantesco de desolación y las cargas que les impuso el español sobrepasaron ciertamente la fortaleza de cada uno. ¿Por quién hay que llorar a la sazón, por el indio, por el esclavo o por el criollo sojuzgado, maltratado y humillado o por el ibero que por

---

convertirse en vencidos. Si bien esa condición de vencidos, también fue un fenómeno, aquí tuvo un valor agregado, que se tomaba ontológicamente o sea como una forma de ser ahí en el mundo por parte del ente hombre. Y la causa eficiente por la cual el indio y después los demás sujetos citados aquí, iban a configurarse en la forma de ser ahí en el mundo, pero específicamente del vencido, tras haber dejado atrás su ser ahí en el mundo suyo, fue ese proceso-suceso. Entonces en la obra lo que se ha mostrado hasta ahora fueron los pasos por los cuales desde ese fenómeno principal y eficiente, consumado por Colón, se llegó a una estación en donde de una condición de ser ahí en el mundo, la normal, se pasó de modo definitivo a otra que era atípica, la del vencido con mejores elementos de juicio (Nota del autor).



esas cosas de la vida también recibió su merecido, mas en menor escala en ese ten con ten con la existencia? Viene una reflexión: El indígena inocente descuartizado en Santa Marta, el negro relapso cazado como una fiera cerca del palenque, o el sabio criollo fusilado ¿eran menos dignos de compasión que aquel descubridor, conquistador, soldado o amo que también sucumbía víctima de la reacción natural del nativo, del esclavo o del criollo rebelde y de cualquier contingencia por estas latitudes? Sé que la Corona y los estamentos subalternos negaron cualquier aproximación como si los de por aquí no fueran seres humanos, y de ahí se deriva una cosa: la aspereza de la discriminación, y la verdad que encerraba esa política de la jerarquía y el orden trajo más problemas que soluciones.

El martirio tenía su corona en sí mismo, dijo Víctor Hugo<sup>7</sup>, y aquí esa Corona era tan augusta para una parte como para la otra, sin distinción alguna y por consiguiente la respuesta sería la de llorar por todos los inmolados de ambos lados, los caídos en combate, por los muertos en escaramuzas, o liquidados en celadas, también por los descuartizados, por los ahorcados o por los fusilados en acciones militares, judiciales inicuas o ilegales, por aquellos que cayeron en ejecuciones sumarias o por fuera de la ley, en fin, por los que ofrendaron su vida, fuesen iberos o nativos, buenos o malos, que en aquella época ni la piedad ni la clemencia eran conocidas como una virtud o como un deber sino muestras de debilidad por parte del opresor, y si no existían esos dos parámetros de convivencia moral, todo se podía esperar. Asumo que aquí tengo mejor juego pero por razones de espacio

---

7. Hugo, pp.45 y ss.

me tengo que retirar y dejar la mano de póker más o menos de esa forma para no agrandarme con la partida.

De esa manera hay que determinar una cosa adicional: que tras el descubrimiento de América, el género humano que vivía por aquí, resultó bastante maltratado porque cuando subió al tinglado llevó la peor parte del combate desigual que se trabó con las fuerzas extrañas venidas desde tan lejos, sin embargo el desenlace de esa lucha dio algunos buenos frutos, no la cantidad que se esperaba, pero en fin algo ya era algo, en medio de tanta cizaña y de tanta yerba mala. Es que el progreso de la humanidad pasa una cuenta de cobro y por lo general la sufraga aquel que no tenía nada que ver con ese proceso de avance.

Ahora sí, al grano.

#### **RESPUESTA A LA PRIMERA PREGUNTA ONTOLÓGICA FORMULADA EN EL PROEMIO**

-La hostilidad del español que arribó por primera vez a las costas del Caribe se produjo primordialmente por no haber hallado ni a los orientales ni las riquezas que esperaban conseguir. Si bien Colón creyó que había llegado a Catay, sus compañeros de aventura rápidamente se dieron cuenta de que esas islas no podían ser el trasero de Asia porque no presentaban ninguna de las características que los viajeros de antaño habían registrado de esos lugares cuando estuvieron por allá, ni tampoco vieron signos evidentes de la cultura oriental, caracterizada por la exquisitez de sus formas estéticas. O sea, superados los momentos de euforia por la llegada, rápidamente pasaron a un estado de ánimo distinto y como no tenían con quién descargar su frustración, el nativo asumió en carne propia las consecuencias y de paso el hábitat.

-Esa hostilidad se manifestó en diversas formas, la agresión física, contundente o leve, la treta, la mentira, el ardid, el engaño, la felonía, el acoso sexual, la explotación laboral, la humillación, la depredación del medioambiente, la intromisión descarada en los asuntos de cada tribu y la brusca sustitución de la escala de mando, de manera que el descubridor en sí, el soldado, el aventurero, el marinero, tenían todas las de ganar en ese juego de hostilidades desplegados en contra de un sorprendido aborigen que no entendía lo que acontecía... La piedra angular del edificio que se pretendía construir por estas latitudes carecía de soportes éticos, y por eso desde el comienzo no se podía esperar nada positivo así fuera en su medianía, porque los impulsos que gobernaba ese accionar del ibero eran irracionales. Santo Tomás de Aquino preguntaba si el hombre requería de alguna ayuda sobrenatural para conseguir el fin para el que fue creado...<sup>8</sup> mas ante la ausencia del amor al prójimo que hubiera elevado al ibero por encima de la condición humana era poco lo que podía lograr para alcanzar el fin del hombre. Pero no solo el ibero, todo el género humano, con las excepciones que le son propias ha padecido de esa falta absoluta o relativa de amor al prójimo. Quizá el ibero dado el escenario tosco que encontró no mostró señales de ese sentimiento altruista pero el paso del tiempo, tres siglos y pico, le había dado esa posibilidad de morigerar ese síntoma. No lo hizo...

-La contrariedad del español fue aumentando de intensidad a medida en que se surtían las etapas de ese proceso-suceso denominado el descubrimiento de América, de ahí que sea pertinente indagar: ¿Ha sido la hostilidad hacia el otro,

---

8. Reyes Mate, p.103.

la característica esencial del ente/hombre como ser ahí en el mundo de la cotidianidad y más allá de ese mundo? Todas las formas del ser ahí en el mundo cuyo sentido lo ha dado el tiempo, y en las que se podría incluir tras su constitución en el ser ahí en el mundo del vencido, en el ser ahí en el mundo del vencedor, en el ser ahí en el mundo de la familia, han ofrecido una serie de matices que terminaron por oscurecer el panorama de cada expresión, por eso la posibilidad de despejar ese panorama por medio de una respuesta afirmativa a esa inquietud podría convertirse en un ingrediente constitutivo de lo que verdaderamente ha caracterizado a cada una de las formas del ser ahí en el mundo, no revelar un consenso a la hora de protocolizar los conceptos fundamentales y los hilos conductores sino exponerlos con relativa moderación para no caer en inexactitudes, de suerte que cualquiera que atisbare alguna forma de ser ahí en el mundo, tras ubicar su sentido y su constitución, lo pudiere aprehender con eventuales e hipotéticos elementos de cada situación, como el amor, el desamor, la hostilidad, el temor reverencial, el odio, la angustia, el aburrimiento, entre otros, pero con el énfasis en la hostilidad, el baldón del ser humano.

-Al asumir ese compromiso de responder esa primera pregunta, tengo que asentir que la constante del individuo cuando se introduce como un ser ahí en el mundo, ha sido en efecto la hostilidad y no otro concepto, por ejemplo la crueldad, que se deriva precisamente de la hostilidad, y por ende debo obligatoriamente sostener que el punto de partida de toda analítica existencia del ser ahí en cualquier mundo, ha de ser la hostilidad manifiesta o velada hacia el otro ente/hombre y mirar esa circunstancia como un *a priori* en ese modo de “caber” en el mundo... Y tal vez sea lo único

auténtico que asuma ese ente/hombre cuando se muestre al mundo, esa hostilidad, porque seguramente no pidió ser llamado a este valle de lágrimas, y desde esa congoja siente que la única forma de protestar es sentir casi desde la adolescencia hostilidad hacia el otro —su padre, su madre, el típico complejo anti-Edipo, su familia, sus amigos, sus parientes, sus deudores, sus acreedores, sus maestros, sus jefes—, etc., y hacia el medio que lo rodea.

-A partir de tal consideración, debo afirmar entonces que el español manejaba ese término, igual que el indio o el negro, pues eso provenía de los ancestros del hombre, mas no podrá constituirse en una eximente de su responsabilidad personal en los sucesos que sobrevinieron tras el descubrimiento de América, sino un agravante porque si bien ha existido la hostilidad, esa se ha mantenido latente en la superficie, e incluso se ha manifestado en el día a día de cada ser humano, mas de un modo relativo a cada sociedad y por eso no ha perdido la cabeza cien por cien ni se ha desbocado en el ejercicio de esa debilidad ancestral. Sin embargo en el ibero eso no pasó, pues el descaro de su hostilidad se produjo cuando llegó a estas tierras, y por ende ese germen se activó totalmente e hizo de las suyas. O sea el ser ahí en el mundo del ibero tuvo dos connotaciones, una cuando estaba en la península, rutinaria e inauténtica, y otra cuando vino a esta parte del hemisferio de Colón, cotidiana pero auténtica en el sentido de que exteriorizó una hostilidad rampante y concluyente contra el otro y contra el hábitat. Y esto se volvió un cobertizo en donde se sucedían todas las pasiones más viles que ha manejado el ser humano comenzando con la hostilidad... ya que de ahí se derivaron los vicios, los pecados las inmoralidades y los delitos contra la humanidad y contra el ecosistema.

-La idea formal de un *a priori* de hostilidad en el ente hombre dentro de su mundo ha llevado en sí misma, un contenido ontológico, no de mera presencia, sino real, porque el hombre cada vez que se involucra con el otro e incluso consigo mismo, ha vivido, ha experimentado, y ha sentido la sacudida, el estremecimiento o el remordimiento por la aparición de esa sensación y eso es predicable en el español, en el indio, en el negro o en el chino... pero el conjunto de datos vertido aquí, me ha dado la ocasión de comprobar que no fue un mero capricho mío el de virar hacia la fenomenología/ontológica sino lo hice por la necesidad que tenía de ir a una nueva fuente que me permitiera más tarde, no solo responder las preguntas planteadas en el Proemio, sino mostrar algo diferente, no que el español fue un sinvergüenza o un pillo con los habitantes de esta parte del globo y que de paso defenestraron al medioambiente, pues eso resultaba palmario tras una rápida lectura de los tres primeros capítulos de esta obra, sino todo lo contrario, un ser humano común y corriente que sin embargo fue reubicado en un medio diferente al suyo y ahí se perdió el decoro humano. Eso lo acreditaría si se cambiaran de sitio, por arte de birlibirloque, ¿quién sería el agresor y quien sería el agredido? Desde luego que el indio o el negro y el español respectivamente. Y esto porque esa noción de hostilidad se ha de predicar en cabeza de todos los individuos, sea sabio —con menos intensidad, claro—, harapiento, ignorante, blanco, indio, mujer, hombre, casado, soltero, joven, viejo, desde el momento mismo en que vino al mundo... Ha sido una especie de sambenito.

Entonces para mí resultó una experiencia gratificante este desenvolvimiento fáctico de la investigación, porque si bien arranqué con una serie de premisas, percepciones

anticipadas, prejuicios y limitaciones sobre la índole de la misma, más tarde el curso de la exploración a través de la exégesis histórica, de las informaciones recopiladas, de las noticias suministradas, de las máximas y reflexiones, de las preguntas y respuestas, de los datos o citas bíblicas y de las anécdotas vertidas, tuve un cambio de actitud, una especie de catarsis que poco a poco me dio la ocasión para ver mejor las cosas, o sea al fenómeno del descubrimiento de América, y sus derivaciones, al fenómeno del vencedor y finalmente al ser ahí del vencido en su más dramática y real determinación tras esos dos fenómenos... y pude a la larga responder esta pregunta que me parecía fundamental, aunque no descarto que el lector a su vez haya podido imaginarse otra respuesta o retraer el proceso y reformular esta pregunta o la otra, y proceder luego en consecuencia. Esta investigación no ha sido ni será una camisa de fuerza, ha sido simplemente un campo de exploración ontológica en donde los diversos hechos que impulsaron la condición de ser ahí en el mundo del vencido, apenas se han prospectado con aprensión... porque ciertamente unos cuantos párrafos alrededor, por ejemplo, de la hostilidad innata del ser humano no podrían constituir la apertura y el cierre total del ser ahí en el mundo del vencido ni con esto tampoco se agotó la temática... ni mucho menos justificó o minimizó el impacto de la agresión alevé del español en esta tierra... escuetamente esto fue un enfoque distinto. Por ello la respuesta reside en que fue la hostilidad humana que todo lo ha perturbado, la causante de esa reacción/agresión, por parte del ibero en las Indias Occidentales.

#### **RESPUESTA A LA SEGUNDA PREGUNTA FORMULADA EN EL PROEMIO**

Durante aquella época, o sea desde el descubrimiento

de América, hasta la reconquista, mientras en la península italiana la jovialidad era soberana y por ende un ambiente de regodeo y de festín presidía casi todo, en la península ibera por el contrario, la farsa llevaba su cetro contra viento y marea y por ende un ambiente afligido y melancólico encabezaba el día a día español. Parecía que todos los días fueran lunes... o las vísperas de semana santa. Entonces la consecuencia natural y obvia de ese desencanto ancestral, en España, era que el mohín, el fastidio, la hostilidad hacia el prójimo, la enervante rutina, la mueca, el desdén y un permanente diluvio de vanidad guiaran la mayoría de las acciones o de las reacciones de los españoles, especialmente de aquellos que medraban a expensas de la Corona. Y de esa manera no había porvenir. Y cuando se venían para las Indias Occidentales, como que se espabilaban o adquirían un aire distinto, maléfico, y en todo caso donde metían baza aparecían las complicaciones, las acciones delictuosas, las sinecuras indebidas, etc....

En cuanto pueblo, España aun cuando presentaba signos de madurez por el paso del tiempo, sin embargo mostraba su gente también las señales de un niño malcriado o inconforme que constantemente escupía la mano que le daba algo, despreciaba al que consideraba inferior o simplemente posaba de esto o de aquello, pero sin nada concreto que orientara su existencia hacia fines más prácticos, si es que ese tipo de existencia, nacer, crecer, enrolarse a la Iglesia, o a la milicia, al mar o a la Corona, después casarse, tener hijos y más tarde morir, sin más expectativas podría considerarse un fin en sí misma y en medio de todo ese fárrago, la indolencia, la altivez, la amargura y el despotismo. Era un lamentable combate que el español en su tierra libraba contra el aburrimiento y contra la angustia... y finalmente perdía el comba-



te. Ese fue el tipo de español, con su hostilidad escondida, el que arribó a estas tierras, frustrado, con un cúmulo de instrucciones burocráticas debajo del brazo, impracticables la mayoría pero ansioso de caudal y de gloria... y aquí y lo repito, soltó las amarras de su contrariedad reprimida. Desde luego que casi todas las personas escudándose en su presunta estirpe han ocultado sus negros designios arropándose en los pliegues de ese falso linaje en cualquier parte donde hubiesen adquirido cierta preponderancia, de tal suerte que por lo general no se saldrá con la suya y en cambio denotará extravío, necedad o malignidad. Mas la pregunta que se inscribirá aquí es: ¿Alguien ha vencido al aburrimiento y a la angustia en medio de los pesares y preocupaciones de la existencia cotidiana? Quien lo afirmare sin titubeos que tire la primera piedra.

Allá en la metrópoli sabían de los desafueros de los españoles por aquí, desde Colón y sus secuaces se supo la cantidad de iniquidades cometidas contra el indio, contra el medioambiente y después contra el negro, contra el criollo fue simple discriminación social o política, pero no hubo agresión como contra esos dos personajes, cuyo escarnio era la ignorancia y el color de la piel, y a pesar de que hubo intentos, proyectos, políticas, estrategias para minimizar, sancionar, morigerar, o paliar ese tipo de actividades, en la práctica, eso resultaba quimérico, ilusorio e incluso irrealizable en la mitad de esos propósitos, porque faltaba una voluntad política más decidida del valido o del rey; igualmente había una sucesión de intereses creados, entre ellos, el de carácter fiscal o económico, a la par que fluía potencialmente una galopante corrupción, y crecía a diario una frondosa burocracia, al margen de una inoperante capacidad logística que estorbaba casi todo y eso se inscribía o estaba al

orden del diario vivir, e igualmente los apuros geopolíticos de la Corte, en el Viejo Mundo hicieron que se olvidara o se marginara el asunto de las Indias Occidentales hacia tópicos subalternos en donde terminaba mandando el comodín del valido, el arlequín del cardenal o el adjunto del ministro, y así sucesivamente...

Entonces frente a ese criterio, la política oficial de España con relación a las Indias Occidentales, sobre el papel era el cumplimiento de sus deberes como Madre Patria y defensora de los valores cristianos, y sobre la dolorosa realidad que acaecía en el Nuevo Mundo, la política semioficial era el tapar, tapar, ocultar, mimetizar o esconder para que las cosas marcharan como venían marchando sin asomo alguno de mudanza que perjudicara el *statu quo*. A más de que en ciertos medios allá en la península, se creía que las informaciones que aparecían, circulaban o llegaban a las diversas instancias del Reino, eran exageradas, mal intencionadas y no consultaban muchas veces la realidad, cuando precisamente era lo contrario, ciertas, con las mejores intenciones para que las cosas mejoraran y si no consultaban a la realidad, era porque siendo tan desastrosas o aciagas, contar esos hechos punto por punto podía generar incredulidad en aquel que los recibiera.

Estas breves razones me instan a responder que España no fue la responsable del holocausto indio o negro en la Nueva Granada, y no lo fue porque las instituciones no delinquen ni tienen conciencia de sus actos, han sido sus gobernantes los llamados a responder ante el tribunal de la historia por sus desafueros o por sus infaustas decisiones políticas, fiscales, económicas, culturales, sociales, etc., pero cuando uno distingue el desfile de soberanos de esa Nación, a partir de Felipe II, o desde Felipe III, monarca desde

1598 a 1612; Felipe IV, monarca desde 1621 a 1665; Carlos II, monarca desde 1665 a 1700; Felipe V, monarca desde 1700 hasta 1724 y desde 1724 a 1746, nieto de Luis XIV y quien dimitió en favor de su hijo Luis I pero al morir meses después tuvo que reasumir el cetro; Carlos III, monarca desde 1759 a 1788; Carlos IV, monarca desde 1788 a 1808, quien abdicó en su hijo Fernando VII, monarca a su turno desde 1808 hasta 1833, uno llega a la lóbrega conclusión de que únicamente fueron una partida de inútiles, un conjunto de personajes torpes, estópidos, fatuos y con una mentalidad no solo reducida a la mínima expresión sino incapaces de pensar en grande y por eso cayeron en manos de sus favoritos y aceleraron el declive español y de paso perjudicaron el lógico avance de la América hispánica. Si por lo menos allá en la península hubiera mandado un Federico el Grande o un Richelieu, pero no, y por ende hay que resignarse ante ese regalo tan torpe del destino. Y de ahí por sustracción de materia ninguno de ellos, dado el grado de necedad, de indolencia, de fatiga mental que manejaron en sus reinados, puede ser convocado para que asuma la responsabilidad por esos crímenes contra la humanidad, y los subsidiarios responsables hay que buscarlos en sus validos, sus alcahuetes y en aquellos subordinados más trascendentales que prevalidos de sus cargos, ocultaban, disfrazaban o distorsionaban lo más significativo en el marco de la competencia real, para que cada uno se saliera con la suya y las cosas siguieran, y lo repito, igual y cada vez peor.

Voy más allá de la antepuesta aseveración: Como lo expuse en páginas anteriores, y lo traigo a colación aquí, el aparato que tornó viable esa acumulación de desastres humanitarios en cabeza del negro y del indio, y en menor escala en el criollo, fue la sociedad humana globalmente

considerada en este medio, porque esa comunidad pese a que se convirtió en el dispositivo básico para que el hombre creciera más tarde, consiguió, rápidamente que se apartara de su individualidad, y que cediera parte de su personalidad a un conglomerado de personas que por conducto de otro aparato, el poder, iba de contera a desleír cualquier asomo de ser ahí que era antes en su mundo primitivo, y por ende se desataron todas las pasiones y se soltaron las amarras para que se procediese a diestra y siniestra al amparo de esa sociedad que prometía paz y prosperidad o por lo menos seguridad. Ese serafín de la tierra llamado poder tuvo mucho que ver en lo que aconteció en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada. Tal vez con esta aseveración responda en parte a una inquietud sembrada en páginas anteriores alrededor de la tendencia del hombre al mal... o si realmente existía lo bueno y lo malo... lo que hay es hostilidad... hacia todo, incluso hacia la vida misma...

Y con semejante atributo, ese arcángel, el poder, acomodó la seguridad con el orden y de ahí tras la unión, se ejecutaron mil tropelías, entre ellas las que comenté en este texto y que merecen todavía condigna sanción, si bien no es de recibo por esto señalar con el dedo inquisidor que fue España. No, fue la sociedad española en cabeza de sus voceros más representativos allá y acá, los que de un modo directo o indirecto, circunstancial o fortuito, por acción u omisión, pretermittieron las reglas mínimas de humanidad que debía tener cada persona por el solo hecho de vivir en sociedad, y estoy casi seguro que a lo mejor si hubiera arribado otra gente con mentalidad diversa a la sombra de una sociedad consolidada, a estas latitudes hubiera actuado con semejante agresividad y oprobio... aunque de pronto con menos intensidad. Y lo afirmo, de ese modo tajante, pese a que en

páginas anteriores bien pude sostener lo contrario, de que solo los españoles eran los únicos capaces de cometer semejantes tropelías. No, pues ahora me convengo, y es de sabio rectificar, que ha sido la sociedad humana la única responsable de los desafueros de los hombres que la integraban sin que para eso mediare la cultura o la incultura, lo único que ha mediado es el efecto del medioambiente en donde llegaban porque disparaba las alarmas dentro de cada individuo para que apareciere la enjundia del desafuero y la furia del descontrol. Y desde adentro de cada persona, el estigma de la hostilidad.

Sé que no se esperaba una respuesta de esta índole, incluso podía configurar una contradicción a lo que expuse desde el Proemio, una especie de felonía a los postulados que demandaban una pronta y cumplida reparación, una condigna sanción histórica y un público resarcimiento por parte de España. Pero precisamente la investigación histórica, aunque partiere de unos supuestos bien definidos y más o menos prolijamente explicados, como aconteció en los diez capítulos de esta obra, no siempre habría que arribar al desenlace que se aguardaba porque si las respuestas estaban predeterminadas desde el momento del Proemio, ¿para qué entonces avanzar con este recuento factual? En eso consiste la indagación ontológica, que partiendo de una realidad dada, el vencido<sup>9</sup>, se vislumbrase en los hechos que determi-

---

9. Debo aclarar que la condición peculiar del vencido del español no tuvo nada que ver con su accionar en esta parte del hemisferio de Colon, sino que fue simplemente obra de su conducta y de su manera de ver el mundo o de ser ahí en el mundo, en su mundo, inauténtico, en aquel mundo, que fue donde se concretó el ocaso. Aquí en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada, cuando se marcharon en 1824 fue simplemente porque ya nada tenían que hacer aquí frente a la dolorosa realidad geopolítica que ya mudaba de aires y de contextos. España se venció a sí misma (Nota del autor).

naron esa eyección del ser a ese extraño mundo del vencido, no solo como pasaron los eventos que compusieron en sí, cada fenómeno, desde el descubrimiento, la conquista, la colonia, la independencia, y la reconquista, sino también las secuelas y las responsabilidades que se derivaron de haber caído en esa condición, el indio y más tarde el negro, y otros, tras el descubrimiento de América.

Hay mucha oscuridad en todo eso, lo admito<sup>10</sup>, y lo que hice fue desempolvar viejas heridas para ubicar el manejo de la responsabilidad en algún personaje definido, desde un perfil ontológico, o sea desde la realidad que dimanó del fenómeno o del conjunto de fenómenos analizados aquí, y al concluir la descripción de cada uno de esos eventos, lo significativo fue que alcancé a intuir pese a lo expresado antes que el responsable de esos desafueros fueron en su orden el descubridor, el conquistador, el amo, el encomendero, el colono, y aquellos que vinieron por la reconquista, españoles, la gran mayoría, en términos generales pues en cada uno de forma concreta aunque genérica fue donde principió y

---

10. Si taché a la Cartagena de Indias, y a su clase dirigente y no mostré indulgencia alguna por la actitud pasiva que adoptó la sociedad encofetada de esa urbe, debería haber tachado también a España y a su corte corrupta e indolente, no lo hice, dirá alguien y eso podría conducirme –insistirá ese alguien– por el despeñadero de la incongruencia o de la insensatez histórica, pero ni tanto que queme al santo ni tampoco que no lo alumbre. La explicación es muy sencilla: La sociedad cartagenera, la altiva, conocía de primera mano todos los desmanes y desafueros de los españoles en su terruño contra el indio y contra el negro, y esas noticias eran y lo repito, de primera mano, que no requerían de acuciosos informes, ni que se tergiversaran y sin embargo mantuvo por un larguísimo tiempo una postura cómplice con su silencio... esa es la razón por la cual ubiqué a la futura Heroica en ese contexto, un paraje para divisar al ser ahí en el mundo del vencido, y con España o más concretamente con su corte, sucedió algo diferente, y era que la distancia no permitía distinguir con meridiana claridad qué era lo que sucedía por estas latitudes (Nota del autor).

se consumó luego la acción criminal contra la gente en esta parte del globo y contra su medioambiente, que excedió los límites de la condición humana y como una muestra además de una salvaje hostilidad hacia sus semejantes y hacia el hábitat. Y en medio de ellos, como cómplices por su silencio, por su encubrimiento y por su actitud cortesana muchos sectores de la sociedad neogranadina... y allá en España los subalternos más importantes del valido de turno.

### **Tip/Ten**

**Palabras clave:** Numeriano. Carino. Constantino. Jerjes. Casio. Bruto. Simón Bolívar. Agualongo. Waterloo. Las Guerras Médicas. La intuición. Goethe. Carlos V. Ciro el Grande. Alejandro. César.

**Conceptos fundamentales:** El honor. El pundonor. El vencedor. La paciencia. El vencido. El amo. Supervivencia. La necesidad. El azar. La fatiga. La exclusión. La soledad. El desprecio. La humillación.

**Hilos conductores:** El sentido del ser ahí en el mundo del vencido. La constitución del ser ahí en el mundo del vencido. El aspecto fenomenológico. La parca. El Cristianismo.

## CONCLUSIÓN

El silencio al lado de la sonrisa  
han sido los allegados de la satisfacción...

¿Tuvo voz el vencido aquí? El hombre había sido hecho grande pero él mismo se encargó más tarde de que poco a poco fuera empequeñeciéndose y de ese modo recibió el extraño nombre de vencido, de manera que fue ridiculizándose ante el porvenir. Entonces cada pueblo se convirtió en carne de cañón, y sus integrantes en potenciales servidores de tan deplorable condición. Esta crónica ha servido por ende para intentar darle luz a esa sombría oscuridad y producir por lo menos la sensación de un eclipse y mostrar en ese *interregno* que a pesar de esa consagración como sometido, todavía podía dejar constancia en voz alta de tan acongojada situación y poder luego gritar, *nec pluribus impar...*<sup>1</sup>, o sea, no haber sido a pesar de todo, inferior a los demás.

Creo que debe considerarse que a partir de ahora habitará en el alma de todo vencido, una cosa, si no nueva, por lo menos diferente. Tuvo voz y eco... y se repetirá.

Cuvier soñó alguna vez con la posibilidad de que “la ciencia fuera una copia de la naturaleza en donde el discurso científico frente a las cosas fuere un cuadro...” (Foucault, 2007, p.290) y como yo estoy de acuerdo con esa idea, quise hacer realidad a través de este libro, aquel ensueño que

---

1. Hugo, p.336.



en lo fundamental recogió la condición básica del vencido en las Indias Occidentales, más concretamente en la Nueva Granada. No conceptúo que haya podido sortear las divergencias entre los supuestos de hecho de esas pretensiones, la del barón de Cuvier y la mía, tantas han sido las diferencias de toda índole, pero estoy sosegado porque al darle el toque adecuado al texto me aproximé un tanto a esa colosal exigencia.

No sé si alcancé el nivel suficiente en las respuestas que articulé, pero en fin, fuere lo que fuere lo que debo asentir es la firmeza que tuvo el negro frente a lo nefasto que había sido su situación y en cambio criticar la indolencia del indio frente a los desafueros recibidos, y la resolución del negro por salir de ese atasco funesto, aunque muchas veces no lo hubiera conseguido, y la negligencia del indio, por mantenerse tan campante. Esas fueron las cosas que me pusieron a pensar sobre la auténtica índole de cada uno, y agrego el esfuerzo del negro para no caer en el precipicio de la lobre-guez pese a todo lo que le aconteció, y la ligereza del indio por arrojar-se en el barranco de la resignación, también son señales de que fueron diferentes hasta en eso...

El negro en algunos casos pudo salir del atolladero de la esclavitud, el indio en cambio no quiso salir de esa situación por indolente, sin embargo estas aseveraciones no obstan para que los oscuros montones de huesos sepultados en todas partes de la Nación, no sean olvidados cien por cien, y recuperen por lo menos la dignidad perdida o arbitrariamente conculcada... con la voz que les dí aquí... Una estatua del negro o una imagen del indio, con los puños en alto, sería adecuada y oportuna en vez de las figuras de un par de seres humanos, ostentando los grilletos de su opresión ladina...

Platón dijo que los sofistas hicieron de la *polis* griega un

nido de víboras habilidosas y elocuentes; si aquel pensador hubiera presenciado el latrocinio ibérico por estas latitudes a lo mejor hubiera expresado que los españoles hicieron del Nuevo Mundo un cubil de vencidos, una tierra de pesares, un extenso camposanto y un valle de fieras ávidas de sangre que se mataban entre sí sin que mediara un método que las tranquilizara. De ahí que también terminaran vencidos e ignorados por Europa durante mucho tiempo... pues el destino le ha pasado a esa Nación, una cuenta de cobro alta, y merecida por cierto.

¿Siguen vencidos el indio y el negro? Las personas vencidas, llenas de amargura y de congoja, no miran detrás de sí, saben que les seguirá siempre el pesar y el dolor, y lo más triste es que eso lo transmitieron a las sucesivas generaciones, de manera que si tanto el indio coetáneo como el negro contemporáneo no se olvidan de ese pasado terrible, persistiría en ellos y en sus herederos ese sambenito terrorífico de reputarse aún vencidos, porque no han superado esa lacra... que significa, rencor, sensibilidad extrema, malestar, discriminación, y otros conceptos fundamentales que continúan estropeando su ser ahí en el mundo en estos momentos... ¿Y el criollo y el cura y el español en qué tónica se encuentran en la actualidad? No se sienten ni como el indio ni como el negro, aunque es factible que se vislumbren cambios en el horizonte, o sea desde su perfil ninguno se ha considerado vencido, pese a las descripciones que hice, pero eso ya no importa aquí. Lo sustancial es que si bien están más o menos acordes con su estatus personal, pese a los baremos del diario vivir, siguen afrentando a los rayos del sol matutino, y el cura por ejemplo, muchas veces sin captarlo, desbanca las ramas, y no se ha dado ninguno de ellos cuenta por eso, que podrían concurrir las circunstancias propicias para que

el abrazo sincero y leal reúna a todas las razas y cada mejilla rozare con la otra sin prevención... y finalmente se produzca lo que el cielo tanto reclama: la reconciliación entre vencedores y vencidos... ahora que por lo menos estos últimos recuperaron la voz...

El río Jordán, el desierto y Galilea, fueron los hilos conductores de un desplazamiento fundamental intuido por el evangelista Marcos desde un comienzo y desde esos tres parámetros hay que percibir el movimiento del Mesías en pos de la instauración de un plan de redención<sup>2</sup>, “El plazo se ha cumplido...”, igual sucedería en este escenario de vencedores y vencidos. El descubrimiento de América, el desierto y la Anábasis serían los hilos conductores de un desplazamiento fundamental en la historia de los vencidos y desde estos tres extremos hay que percibir el movimiento en pos de la reconciliación, como un proceso de depuración de lo ya hecho, el descubrimiento y el desierto, y tras la retirada de esos escombros, la Anábasis, vendría la avenencia entre las partes para dar a cada cosa el coeficiente de realidad que le correspondiere. Y punto final. No será fácil pero sería una faena loable.

Como el hombre es el único que puede interrogar al ser, o de “pensar y decir el ente y el ser” (Steiner, p.132) una especie de imperativo intencional o “un avanzar hacia la estrella” (Steiner, p.132) o sea poco a poco, rápidamente, o de tal o cual manera, sería pertinente y entonces solo él podría averiguar por ese ente, por ese ser del ente, llamado en este escenario, el ente del vencido y superarlo con el procedimiento que insinué arriba y si eso no acontece, lo repito,

---

2. Mar 1,12-15.

las cosas seguirán igual y por ende se aró en el desierto y se sembró en el mar porque hay que empezar por la depuración de los escombros dejados por el descubrimiento y por el desierto que sobrevino, y si no se hace sería simple muestra de falta de lucha o de coraje para moldear mejor el futuro.

Desde este nuevo horizonte, el *dasein* del vencido, o ser ahí, que fue el mundo, aquel mundo concreto y literal, real, rutinario en el que se sumergió al indio, al negro y al criollo arraigado en la tierra para darle el sentido correspondiente a su condición, será alterado por otro mundo, más auténtico, el mundo del ser ahí en la reconciliación —así fuese formalmente hablando— y tal vez esa fue mi intención al concebir esta investigación, a efecto de que primero se le echara un vistazo por encima ópticamente, ya que solo se manifestaba, y segundo que al profundizar en los escenarios y en los eventos cruciales de la espantosa rutina en aquella época tan tremebunda, alcanzar el nivel ontológico/fenomenológico que la situación merecía, pudiendo, además no solo comprender ese tétrico enramado con las respuestas dadas sino que además surgió como de un cubilete una fórmula de transición social para zanjar de una vez por todas esa espinosa situación.

Esto desde un ángulo abstracto, pero viable como un ideal. Aunque límpido y potencialmente eficaz sin la menor concesión a la improvisación o a la payasada de los necios o de los miopes.

Ahora resta por echar de ver cómo es ese ser ahí en el mundo del indio y del negro, en la actualidad, y confirmar que el primero permanece en la más absoluta inautenticidad, porque no ha podido superar el éxodo, o el desplazamiento de que fue víctima hace siglos, y vive todavía sumido en el tormento de haber sido y no es ya, no olvida, mientras

que el segundo sin embargo también permanece en la inautenticidad vital, vicio de todos los entes hombres, mas por lo menos esa penca no es tan patética o dramática como la que padece el indio aunque tampoco quiere hacer un borrón y cuenta nueva. ¿Se ha consumado el ser ahí en el mundo del vencido tanto para el indio como para el negro, en los términos de referencia que esboqué en la parte final del segundo capítulo? Si hubo la tan anhelada reconciliación, ya se extinguió el trasunto, pero desde un vértice filosófico el tiempo ha sido el que ha rematado todo en este mundo... de ahí que cada ser ahí en su mundo lo asume pues la parca ha conseguido prescindir, individualmente hablando, de esa condición en ese sujeto si bien como lo dije en páginas anteriores los vencidos asumen por partida doble la caída de su ser ahí en el mundo, primero como tal, y segundo tras la muerte. Sin embargo le resta a los vencidos, al indio, al negro y al criollo, retraer la situación y recuperar tras la reconciliación, con el ibero o con su rival, su inicial ser ahí en el mundo, en su mundo aunque también fuese inauténtico.

La visión fenomenológica del vencido, a su turno, me ha proporcionado aquí fundamentar con radical causticidad el paso a paso del fenómeno auténtico surtido en aquella época, el descubrimiento de América, y me ha proporcionado además los criterios formales de exactitud, simplicidad y veracidad sobre el particular a pesar de tantas limitaciones, consciente eso sí, de que la conciencia en aquellos momentos estaba determinada por las condiciones de la existencia y que la crónica de la América hispánica, más concretamente de la Nueva Granada, fue escuetamente una desigual lucha de clases en medio de una ignorancia atroz.

Unas palabras adicionales: Lo anterior no obsta para indicar que la tragedia del vencido en aquella época nefasta

plantea la siguiente pregunta: ¿Qué resultaba mejor para el indio, para el esclavo, para el criollo e incluso para el ibero y para el cura, sometidos a su manera al sambenito de la adversidad, haber o no haber nacido? Aquí la respuesta dependerá del grado de malestar que cada uno sintió, aunque me atrevo a indicar que los tres primeros señalados, indagaron muchas veces al hallarse postrados por ese escarnio, si hubieran deseado entrar a la vida si previamente se les hubiese sondeado, y si hubieran podido además vislumbrar qué tipo de existencia les aguardaba en este mundo “el mejor de los mundos posible” según Leibniz<sup>3</sup>, o si por el contrario bajo ninguna circunstancia hubieran aceptado venir a este valle de Josafat<sup>4</sup>.

- 
3. Blumenberg, 2010, p.479. Estimo, salvo mejor opinión, que llevé a cabo una faena reconstructora del concepto de vencido pues introduje a través de un principio orientador dividido en palabras clave, conceptos fundamentales e hilos conductores un enfoque fenomenológico de lo que “es” esa condición y los elementos que lo hicieron posible... en síntesis, el ser ahí en el mundo del vencido ha sido un ente determinado en el tiempo y constituido por las circunstancias tradicionales o históricas de modo, tiempo y lugar que hicieron posible ese estatus...
  4. Una vez presentó Kant la siguiente cuestión: “¿Qué debería elegir el hombre sensato con pleno juicio y reflexión madura, si antes del fin de su vida, se le apareciera un ángel del cielo, dotado con todo el poder sobre su destino futuro, y le presentara la elección inapelable y dejare a su arbitrio, querer seguir existiendo durante toda una eternidad o cesar por completo su vida? Era su criterio que sería sumamente arriesgado decidirse por lo primero o sea por un estado completamente desconocido y no obstante de duración perpetua y entregarse de esa manera a un destino incierto, que sería inmodificable y eterno, porque ya no habría vuelta atrás, a pesar de un postrer arrepentimiento por la elección hecha, pues el tedio de la monotonía sin fin y a pesar de la añoranza de un cambio...”, sería insoportable. Esta pragmática consideración del pensador si bien conllevaba a considerar una actitud ética ante lo inmutable de la secuela de la decisión adoptada, solo invitaba a pensar sobre los alcances de las determinaciones del individuo o sea sobre su tránsito por esta existencia que oscilaba entre el aburrimiento y la angustia pero breves y una existencia incierta pero eterna. ¿Cuál escogería Ud., estimado lector? (Nota del autor. Véase además: Blumenberg, pp.481 y ss.).

¿Cumplí el objetivo que me tracé al principio de la obra? Por lo menos pienso que formalicé un orden secuencial y jerárquico de las ideas desplegadas conforme al índice y a la disposición instaurada, incluso en la generalización, en la individualización, en el orden y en el grado de vinculación de los párrafos seguí criterios lógicos para alcanzar un cierto nivel de coherencia y conseguir la unidad de sentido textual que tenía cada capítulo. Asimismo modifiqué frases poco claras, largas y complejas y las sustituí por otras más ligeras o breves para que la adecuación de los elementos que integraban la parte y el todo, se correspondieran mejor, y la continuidad descriptiva adquiriera el ritmo deseado... Por eso salvo mejor opinión en contrario opino que sí hice la tarea aunque debo recordar a Julio César cuando dijo que las obras humanas eran más admirables si se tenían en cuenta las limitaciones que las condicionaban, y tras reflexionar sobre el particular me siento confortado...

Vayan con Dios.

Barranquilla, sábado 21 de diciembre de 2013.

Revisión final: sábado 5 de diciembre de 2015, 10:10 a.m.

Continuará...

## ANÁLISIS DEL TEXTO

El libro pudo resultar denso, tampoco puedo soslayar ni la dificultad que eso implica ni la extensión del mismo, de ahí que considere necesario, hacer las siguientes preguntas para que el lector si a bien lo tuviere, las contestare y de ese modo el contenido de la obra pudiese hablar de nuevo, y quizá mejorar un tanto la perspectiva del argumento...

- ¿Cuál fue la teoría central del autor? ¿Cuáles fueron los argumentos de la misma?
- ¿Fueron correctamente formuladas las preguntas/problemas que acompañaron todo el proceso argumentativo y las subsiguientes preguntas formuladas en el decurso del texto?
- ¿Hubo contradicciones entre las diversas premisas, temáticas y consideraciones básicas desarrolladas en los distintos capítulos con relación a la conclusión de la obra?
- ¿Las respuestas dadas a las preguntas/problemas suplieron con creces las eventuales debilidades del texto o por el contrario no cumplieron las expectativas?
- ¿Cuál sería su opinión sobre la obra?
- ¿Estuvo de acuerdo con el desenlace final?

Gracias.





## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

### Diccionarios

- Abbagnano, N. (2004). *Diccionario de Filosofía*. México: FCE.
- El Pequeño Larousse* (1996). Buenos Aires: Larousse.
- Howatson. M. C. (1991). *Diccionario de la Literatura Clásica*. Madrid: Alianza.
- Poupard, P. (1987). *Diccionario de las religiones*. Barcelona: Herder.

### Enciclopedias

- Gran Enciclopedia de Colombia* (2007). Bogotá: Círculo de Lectores.
- Gran Enciclopedia Larousse* (1980). Planeta: Barcelona.
- Historia Extensa de Colombia* (1966). Bogotá: Lerner Editores.

### Textos

- Abraham, T. (2010). *Historia de una biblioteca*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Alemán, M. (2009). *Guzmán de Alfarache*. Barcelona: Cátedra.
- Anónimo (2005). *Las mil y una noches*. Barcelona: Planeta.
- Aristóteles (1995). *Ética a Nicómaco*. Bogotá: Ediciones Universales.
- Aristóteles (1996). *Metafísica*. Bogotá: Ediciones Universales.
- Auerbach, E. (2011). *Mimesis*. México: FCE.
- Baroja, P. (2008). *Opiniones y paradojas*. Barcelona: Tusquets.

- Blumenberg, H. (2010). *Descripción del ser humano*. México: FCE.
- Boccaccio, G. (1991). *Vida de Dante*. Madrid: Alianza.
- Borges, J. L. (1986). *Cuentos*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz.
- Borges, J. L. (1986). *Textos cautivos*. Barcelona: Tusquets.
- Canetti, E. (1994). *El suspiro de las moscas*. Madrid: Anaya.
- Castelar, E. (1952). *Discursos escogidos*. Madrid: Aguilar.
- Cerón Gonzáles, W. (2012). *El papel de la Filosofía desde Michael Foucault*. Medellín: Ediciones UNAULA.
- Cervantes Saavedra, M. de (1980). *Don Quijote de la Mancha*. León: Everest.
- Cioran, E. M. (2005). *Desgarradura*. Buenos Aires: Tusquets.
- Cioran, E. M. (2010). *Breviario de los vencidos*. Buenos Aires: Tusquets.
- Cioran, E. M. (2013). *Cuadernos*. Buenos Aires: Tusquets.
- Copi, E. y otros (2013). *Introducción a la lógica*. México: Limusa.
- Davis, W. (2004). *El río*. México: FCE.
- De La Bruyère, J. (1968). *Los caracteres o las costumbres del siglo XVII*. Barcelona: Zeus.
- Descartes, R. (2006). *Discurso sobre el método*. Bogotá: Ediciones Cupido.
- During, I. (2010). *Aristóteles*. México: UNAM.
- Esquilo (1977). *Las siete tragedias*. México: Porrúa.
- Fernández-Armesto, F. (2006). *Los conquistadores del horizonte*. Barcelona: Destino.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales*. Volumen III, Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2007). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores.

- Foucault, M. (2012). *El poder, una bestia magnífica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Galindo, J. R. (2011) (Comp.). *Uribe y Uribe*. Bogotá: Universidad Libre.
- Goethe (1991). *Obras completas*. México: Aguilar.
- Gracián, B. (2009). *El criticón*. Madrid: Cátedra.
- Granados, R. (1966). *Historia de Colombia*. Bogotá: Bibliográfica Nacional.
- Greene, R. y otros (1999). *Las 48 leyes del poder*. Buenos Aires: Atlántida.
- Guardini, R. (1972). *La muerte de Sócrates*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Guitton, J. (1992). *Dios y la ciencia*. Madrid: Debate.
- Hamilton, E. (2002). *El camino de los griegos*. México/Madrid: FCE/Turner.
- Hegel (1968). *Filosofía de la historia*. Madrid: Alianza.
- Hegel (2008). *Lecciones de filosofía de la historia*. Madrid: Gredos.
- Heidegger (1995). *El ser y el tiempo*. México: FCE.
- Heidegger (2008). *Identidad y diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Hernández, J. (1997). *Martín Fierro*. Bogotá: Panamericana.
- Horacio (2008). *Sátiras II*. Madrid: Gredos.
- Hugo, V. (2005). *Los miserables*. Barcelona: Booket.
- Husserl, E. (1996). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Husserl, E. (2005). *Meditaciones cartesianas*. México: FCE.
- Jover Zamora, J. (1996) (Director). *Historia de la cultura española, "Menéndez Pidal"*. Madrid: Espasa Editores.
- Konig, H. J. (1994). *En el camino hacia la nacionalidad...* Bogotá: Banco de la República.

- La Santa Biblia* (1989). Bogotá: SBU.
- Lane, R. (2007). *El mundo clásico*. Barcelona: Crítica.
- Mann, T. H. (1993). *La montaña mágica*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Mardones, J. M. (1991). *Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales*. Barcelona: Anthropos.
- Máximo, V. (1988). *Hechos y dichos memorables*. Barcelona: Akal Clásico.
- Meisel, R. (2010-2011-2012-2013). *Bicentenario de Colombia*. Tomo I, Tomo II, Tomo III, Tomo IV. Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar.
- Meisel, R. (2015). *El Discurso retórico, o el arte de persuadir en el campo político, forense, pedagógico y religioso*. Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar.
- Milton, J. (2008). *Paraíso perdido*. Madrid: Gredos.
- Molière (1987). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Montesquieu (2001). *El espíritu de las leyes*. Bogotá: Ediciones Universales.
- Moran, D. (2011). *Introducción a la fenomenología*. Barcelona: Anthropos.
- Mosquera Rosero-Labbe, C. y otros (2007) (Edi.). *Afro-reparaciones: Memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Caribeños y Observatorio del Caribe Colombiano.
- Muñoz Atuesta, F. H. (2012) (Comp.). *Cartagena de Indias*. Cartagena de Indias: Genealogía e Historia Editoras.
- Nieto, J. J. (1993). *Selección de textos políticos, geográficos e históricos*. Barranquilla, Gobernación del Atlántico.
- Nietzsche, F. (2006). *El Anticristo*. La Plata: Terramar.
- Nietzsche, F. (2009). *Sobre los valores y el perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Gredos.

- Parain, B. (Dir.) (2003). *Historia de la Filosofía*. México: Siglo XXI Editores.
- Pita Pico, R. (2012). *El reclutamiento de negros esclavos durante las guerras de independencia, 1810-1825*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- Quevedo Esencial (1990). *Edición a cargo de Celsa Carmen García Valdés*. Barcelona: Taurus.
- Quintero Saravia, G. (2005). *Pablo Morillo, general de dos mundos*. Barcelona: Planeta.
- Reyes Mate (2008). *La razón de los vencidos*. Barcelona: Anthropos.
- Rocha de la Torre, A. (Ed.) (2010). *Martin Heidegger: la experiencia del camino*. Barranquilla: Universidad del Norte.
- Safranski, R. (2004). *¿Cuánta verdad necesita el hombre?* Madrid: Lengua de Trapo.
- Safranski, R. (2007). *Un maestro de Alemania: Martin Heidegger*. Buenos Aires: Tusquets.
- Said Hung, E. (Ed.) (2012). *Diálogos y desafíos eurolatinos*. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.
- Sánchez Lobato, J. (2006) (Coord.). *Saber escribir*. Bogotá: Instituto Cervantes/Aguilar.
- Shakespeare, W. (1991). *Obras completas*. México: Aguilar.
- Solano, J. (2012). *El Caribe colombiano en la formación de la Nación. El médico y prócer José Fernández Madrid*. Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar.
- Steiner, G. (2005). *Heidegger*. México: FCE.
- Todorov, T. (2010). *La conquista de América y el problema del otro*. México: Siglos XX Editores.
- Triana y Antorveza, H. (2002). *Léxico documentado para la historia del negro en América*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

- Valery, P. (1995). *Estudios filosóficos*. Madrid: Visor.
- Valery, P. (1995). *Estudios literarios*. Madrid: Visor.
- Vilar, P. (2008). *Historia de España*. Barcelona: Crítica.
- Virgilio (2008). *Obras I y II*. Madrid: Gredos.
- Von Wright, G. H. (1997). *Explicación y comprensión, dos tradiciones*. Madrid: Alianza.
- West, R. (1972). *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo colonial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

### Revistas

- Revista *Clío de Historia* (Año V, # 55 mayo de 2008), Madrid.
- Revista *Credencial Historia* (2008). Anécdotas en la historia de Colombia. Bogotá: Revista Credencial.
- Revista *Investigación y Ciencia*, No. 453, junio de 2014. Barcelona.
- Revista *La Atalaya*, Volumen 134, Número 7, abril de 2013. Bogotá.

### Diarios

- Diario *El Espectador*.
- Diario *El Herald*o.
- Diario *El Tiempo*.

### Magazín

- Ámbito Jurídico* (Año XVI/No. 379 del 30 de septiembre al 13 de octubre de 2013).
- Hoja de Misa dominical. Arquidiócesis de Barranquilla. Febrero 22 de 2015. Ciclo B. Primer domingo de Cuaresma.

**Internet**

[http://es: wikipedia.org/wiki](http://es.wikipedia.org/wiki)

[http//.www.literato.es/Frases:Para\\_no\\_darse\\_por\\_vencido](http://.www.literato.es/Frases:Para_no_darse_por_vencido)

[http//Halshs.archives-ouvertes/fr/docs/00/53/25/56/pdf/at17.Gomez PDF](http://Halshs.archives-ouvertes/fr/docs/00/53/25/56/pdf/at17.Gomez.PDF)

[http//www.reme.uji.es](http://www.reme.uji.es)



